

MICHAEL PRAWDIN

Gengis Kan

El conquistador de Asia

PIRELLA GÖTTSCHE LOWE



FACULTAD DE GEOGRAFIA E HISTORIA
BIBLIOTECA



Colección «Libros de bolsillo Z», núms. 156-157
© MICHAEL PRAWDIN, 1938
© de esta edición revisada y compendiada por el autor, julio 1968
EDITORIAL JUVENTUD, Provenza, 101, Barcelona (España)
Primera edición, julio 1968
Depósito Legal, B. 26.464-1968
Nuestro núm. de edición: 4.510
Portada: R. Colau
Impreso en España - Printed in Spain
ATENAS, A. G. - Escorial, 135 - Barcelona

619067239
226561815

R
67117

G.H.

D92
GEN
(1968)

MICHAEL PRAWDIN



UNIVERSIDAD COMPLUTENSE



5316352291

GENGIS-KAN

Traducción directa del alemán de
Guillermo y Luis Gossé

Revisión literaria de
Carlos del Corral Casal



FACULTAD DE GEOGRAFIA E HISTORIA
BIBLIOTECA
Geografía e Historia
a la Biblioteca de
Gutierrez Centurion
Donativo de



Geografía e Historia

EDITORIAL JUVENTUD, S. A.
PROVENZA, 101 - BARCELONA

EUROPA ESPERA AL REY DAVID

CORRÍA el año 1221. Hacía cuatro años (desde que el papa Honorio III hizo en 1217 un llamamiento a la cristiandad para organizar una nueva cruzada) que una verdadera riada de hombres salía de Europa hacia Oriente. Esta vez provenían, principalmente, de la Baja Alemania, de Dinamarca, de Noruega... Se embarcaban en su patria y, costeano el litoral oeste, llegaban a Portugal, donde se quedaban algún tiempo para ayudar a los cristianos de allí contra los infieles; luego, volvían a embarcar y, al cabo de un año de navegación, llegaban a Siria, donde se reunían los numerosos cruzados que acudían de todos los países- Allí se formaba un ejército, verdadero conglomerado de creyentes, ambiciosos y aventureros de todas las nacionalidades, no teniendo en común más que la cruz bordada en sus vestiduras y la esperanza de victoriosas batallas. Sin embargo, la consistencia de estas masas no era mucha, y los musulmanes, que habían reconocido sus ventajas, encerrábanse en sus inexpugnables plazas fuertes... y esperaban.

Esta espera no fue larga; pronto inicióse la desmembración del ejército de los cruzados. El rey de Hungría fue el primero en regresar a Europa; le siguió él duque Leopoldo de Austria... y los que quedaron se dirigieron de Siria a Egipto, porque allí se podía esperar un botín más remunerador. Todos convergían en la rica ciudad marítima de Damietta, en el Nilo, de la que se apoderaron tras de un asedio que duró año y medio, después de perecer 60.000 de sus 70.000 habitantes, de hambre, de miseria y de enfermedades.

Pero la alegría que esta victoria y el rico botín conquistado motivara en Europa, fue prontamente extinguida. Los sobrinos de Saladino, sultanes de Egipto y Damasco, se confederaron contra el ejército cristiano y rodeáronlo. Los sitiadores se trocaron en sitiados, a los que tan sólo otra cruzada, con nuevos ejércitos, podía sacar de su desesperada situación.

Todas las miradas se dirigieron al Hohenstaufen Federico II, el cual había sido consagrado emperador por el papa

Honorio III a cambio de la promesa de cruzarse. Presionado por la opinión pública, Federico II envió al duque de Baviera, al frente de numerosas galeras, a Egipto, pero no se prestó a seguirle con un fuerte ejército. Y Europa entera, muy preocupada, esperó hacia Pascua una nueva noche fatal en Oriente...

En medio de esta angustiosa espera llegaron súbitamente cuatro cartas alentadoras del predicador de las cruzadas, Jacobo de Vitry, obispo de Ptolemais. Éstas iban dirigidas al Papa, al duque Leopoldo de Austria, al rey Enrique III de Inglaterra y a la Universidad de París. Y en todas comunicaba una increíble noticia.

La cristiandad había encontrado un nuevo y poderoso aliado en cierto rey David de la India, que con un incalculable ejército se había puesto en marcha contra los infieles.

Jacobo de Vitry describía, con todo lujo de detalles, la visita del califa de Bagdad al Patriarca nestoriano de ésta para rogarle que enviase una carta al rey cristiano David suplicando su ayuda contra el Sha de Choresm, quien, aunque mahometano, quería avasallar al Califa por la guerra.

El rey David acudió a la llamada del Califa, derrotando al Sha de Choresm y apoderándose del poderoso reino de Persia. En aquellos momentos se encontraba a cinco jornadas de Bagdad y Mosul.

Esta disposición de la Divina Providencia causó extraordinario júbilo en Europa. Bien es verdad que los europeos ignoraban dónde se encontraba aquel fabuloso país llamado la India, con su rey cristiano David, ni quién era el Sha de Choresm a quien dicho Rey había derrotado.

De nuevo vino a la memoria de los europeos la antigua leyenda de que en el lejano Oriente existía un poderoso reino llamado India, cuyo emperador era el Preste Juan... «y que su poder excedía al de todos los reyes de la tierra...».

Hacia tres cuartos de siglo, en la época de la segunda cruzada, se esparció el rumor de que este Preste Juan había atacado y derrotado, en el lejano Oriente, al reino de los sarracenos para acudir en ayuda de los cruzados, rumor éste que había excitado los espíritus occidentales. Pero, luego, el silencio se hizo sobre este monarca y solamente los cristianos nestorianos, que se hallaban diseminados en innumerables comunidades por toda el Asia, se aferraban testarudamente a la idea de que en Oriente existía un poderoso reino cristiano. Decíase que el Sultán no permitía a ningún cristiano del Oeste ir allá, del mismo modo que el Preste Juan no admitía mahometano alguno en su reino...

Y he aquí que Vitry escribía, clara y terminantemente, que el tal David era nieto del Preste Juan, el hijo del rey de Israel, y que sus vanguardias se encontraban ya en las fronteras de Mesopotamia, pero que desde allí se habían dirigido hacia el Norte con el fin de guardarse las espaldas

antes de «marchar sobre Jerusalén». En el Norte había batido a los georgianos, que, aunque cristianos, no eran verdaderos creyentes...

Hubo júbilo por doquier en Europa, tanto en la cristiandad como en las comunidades judías, que ordenaban acciones de gracia, reuniendo dinero para entregarlo al rey David. En dos de sus cartas, Jacobo de Vitry había dicho que el rey David era el rex *Judeorum*... Por consiguiente, el monarca que se aproximaba era el rey de los judíos y se dirigía hacia Occidente para libertar a su pueblo del destierro.

Pero pasó el tiempo sin que desde Oriente llegasen a la Europa expectante ulteriores noticias acerca del rey David. Damietta hubo de ser cedida nuevamente a los mahometanos, en otoño, y los cruzados pudieron agradecer a su buena estrella el garantizárseles la retirada.

Esta circunstancia fue considerada, precisamente, como una prueba más de la presencia del rey David. Pero si los sarracenos mostraban una desacostumbrada moderación era debido a que su Sultán les había prohibido todo exceso, poniéndoles ante los ojos el ejemplo del Sha de Persia, siempre victorioso y, sin embargo, derrotado por el rey extranjero. Lo cierto era que en alguna parte, entre Mesopotamia y el mar Caspio, se encontraban ejércitos extranjeros de incalculable fuerza... Pero no iban en ayuda de los cruzados...

Por el contrario, desde los reinos cristianos de Armenia, Georgia y el Cáucaso llegaron a Europa noticias de que sus ejércitos habían sido derrotados; sus ciudades, saqueadas, y sus castillos, arrasados. Luego se supo que los guerreros extranjeros habían atravesado el Cáucaso, invadiendo las llanuras situadas al norte del mar Negro.

Allí moraban los terribles comanos que, en sus incursiones de pillaje, exigían tributo, en el Norte, a los principados rusos, y en el Oeste, al reino de Hungría. Estos temidos comanos atravesaban el Don llenos de pánico ante el invasor, implorando ayuda y dejándose someter, por el emperador de Bizancio, en Macedonia y Tracia.

Desde el fuerte genovés de Sudak, situado en Crimea, vinieron galeras notificando que la fortaleza había sido tomada por asalto e incendiada. Y dos años después de las alentadoras cartas de Jacobo de Vitry, desde las estepas rusas llegaron a la Europa occidental rumores de que los príncipes rusos habían sido derrotados y aniquilados con sus ejércitos, mientras los extranjeros atravesaban el país, devastando, robando y asesinando a mansalva. Se contaban cosas horribles de ellos: tenían cortas las piernas; el cuerpo, gigantesco; el pecho, extraordinariamente ancho; el rostro, moreno... Bebían sangre... Y, no obstante, llevaban estandartes donde se veía la cruz.

Sobre su origen y propósitos esparciéronse nuevas suposiciones: eran descendientes de los pueblos de los tres Reyes Magos y se dirigían a Colonia para rescatar las reliquias de esos reyes... Hasta llegó la noticia de que volvían a Oriente con la misma rapidez que vinieron, habiendo desaparecido sin dejar rastro.

Europa respiró, aliviada. Nadie estaba al corriente de la ley primitiva que regía en el continente asiático, a la que tan sólo la técnica guerrera de la Edad Media y la civilización europea pusieron fin: la ley de la lucha eterna entre los nómadas y los pueblos sedentarios de los Estados culturales. Nadie sabía que, en aquel momento, los pueblos nómadas habían emprendido su último y más formidable ataque contra el mundo culto. Solamente dos décadas más tarde se supo la verdadera personalidad del hombre a quien Jacobo de Vitry tomara por el rey David; pero entonces, esos mismos jinetes salvajes se arrojaban sobre Europa, transformando su parte oriental en un montón de escombros y llenando de pavor la parte Oeste, amenazando con la ruina a los occidentales y haciéndoles pasar el peor trance de toda su existencia. Entonces se supo lo que había sucedido en el lejano Oriente: surgió una nación, y un hombre cambió la faz de la tierra para varios siglos.

GENGIS-KAN

EL JOVEN TEMUDSCHIN

I

ANTIQUÍSIMOS como la propia China son sus enemigos: los bárbaros del Norte, pueblos nómadas que, con sus rebaños, bordeando el desierto de Gobi, van de uno en otro lugar de pastoreo.

Cuando China era todavía un Estado feudal incoherente y el emperador de la dinastía Tschu era más bien un mediador celeste que un emperador, estos bárbaros del Gobi invadieron por primera vez el Imperio del Centro, obligando al Hijo del Cielo, en el siglo VIII antes de J. C. a trasladar su residencia muy al interior del país. En el siglo III antes de J. C. la dinastía Tsin convirtió a China en un solo Estado militar, uniendo en una única Gran Muralla de 3.000 kilómetros las múltiples murallas que defendían a los diversos príncipes feudales contra los bárbaros, y así quedó cerrada la China del Norte al mundo nómada. Pero unas cuantas décadas más tarde, las tribus de los hunos arrollaron aquel gran bastión durante sus invasiones. Los grandes emperadores de la dinastía Han conquistaron toda el Asia central hasta más allá de Pamir, llevando la frontera china hasta pasados los partos, en el Asia Anterior, y abriendo la ruta de la seda hacia la antigua Roma. Fueron ellos los primeros en vencer a los bárbaros del Gobi y rechazarlos hasta su desierto.

Pero no se podía aniquilarlos, ni subyugarlos tampoco. Cuando se destrozaban sus hordas de jinetes, éstas, en su huida, se precipitaban hacia el Oeste llevando consigo a las tribus que vagaban por allí, y el alud humano, siempre creciente, atacaba en su camino a los Estados culturales y erigía sobre sus ruinas un imperio efímero; o bien, derrotado, se dirigía más lejos obligando siempre a seguirles a nuevas masas humanas. A aquellos dilatados espacios, entonces devastados y yermos, acudían inmediatamente nue-

vas hordas bárbaras de raza mongólica, tunguta y turca, que, ávidas de pastos, sedientas de botín, amigas del pillaje y de empresas guerreras, salían de las selvas del norte y de las cordilleras limítrofes. Codiciosos, espiaban a sus vecinos sedentarios para descubrir en ellos el menor síntoma de debilidad. Entre tanto, se hacían la guerra mutuamente (batallas sin importancia, pero sangrientas e interminables) por los pastos, los rebaños y el ajuar de los nómadas, que constituía el misareble botín. Así continuaron durante siglos, durante mil años. Nombres y pueblos cambiaron, pero la situación siguió siendo la misma.

Estos nómadas no tenían escritura ni anotaciones, pero conservaban la tradición verbal, y el relato ante el fuego del campamento de los hechos acaecidos mantenía vivo en la memoria de las tribus el recuerdo de hazañas guerreras de los antepasados. Un mongol noble sabía informar a su tribu hasta de la séptima generación.

Yessughei-Bogatur (Yessughei el Fuerte) conocía la historia de su tribu hasta la onena generación. El fundador de ésta fue Burte-Tchino (El Lobo Gris), en la vigésimotercera generación de su raza. El abuelo de Yessughei era Kabul-Kan, que reinaba sobre todas las tribus de los mongoles yakka y tuvo la osadía de ir a molestar, hasta las lejanas regiones del Sur, al emperador del poderoso reino chino.

Pero luego este reino, al que protegía una enorme muralla por la que podían cabalgar seis jinetes en fondo y que no terminaba nunca, se alió con las tribus tártaras hostiles, cuyos rebaños, al oeste y sudeste de Mongolia, pastaban desde el lago Buir-Nor hasta las montañas Chingan. Y a pesar de que Kabul-Kan mató muchos soldados chinos y tártaros, murió envenenado y quedó quebrantado el poder de los mongoles.

Su hijo Katul, un tío de Yessughei y último kan de los mongoles, guerreó muy a menudo contra sus enemigos, pero éstos eran tan numerosos como las arenas del desierto y el pueblo tártaro se hizo cada vez más poderoso. Muchas tribus de las estepas se llamaron a sí mismo tártaras para que la gloria de este nombre recayese también sobre ellas, y el nombre de mongol cayó en olvido. Las diversas tribus llevaban de nuevo el nombre de la familia de su jefe.

Cuando sus tres hermanos y numerosos primos y parientes eligieron a Yessughei como Bogatur de la tribu Kiut-Burtschigin (kiutes de ojos grises), consiguió reunir una vez más bajo su mando unas 40.000 tiendas. En vista de ello, los generales chinos le enviaron embajadores rogándole que, junto con ellos, luchara contra los tártaros, que habían llegado a ser demasiado peligrosos.

Derrotó a éstos, haciendo prisionero a su jefe Temudschin. Cuando regresó, con un rico botín, a su *ordu* (cam-

pamento de tiendas) en la frontera de Delugun-Boldok, en la parte superior del río Onón, se encontró con que su favorita Oelon-Eke (Madre Nube) le había dado un hijo. Era una antigua costumbre que el nombre de las personas recordase el acontecimiento más importante de la fecha de su nacimiento; de ahí que Yessughei llamase Temudschin a su primogénito. Al nacer, el niño tenía en la muñeca un minúsculo hematoma, en forma de una gema de color encarnado, y el *schaman* profetizó que sería un poderoso guerrero.

Este niño fue Gengis-Kan, el mayor conquistador en la historia de la humanidad. Erigió un reino que desde el Mediterráneo llegaba hasta el Océano Pacífico, y desde la taiga siberiana hasta el Himalaya. El imperio más poderoso que la tierra jamás conoció.

Su pueblo y sus sucesores le veneraban como a un dios (Stutu-Bogdo), cuya vida debía, naturalmente, corresponder a los doce períodos «celestes» del calendario mongólico, y como Gengis-Kan murió en el año 1227, que era el año *Gach* (año del cerdo), los cronistas trasladaron su nacimiento al año Gach 1155 y dejaron que su vida durase seis veces doce períodos. En los anales chinos, su nacimiento está indicado en el año 1162 del caballo (*morin*).

Cuando Temudschin cumplió los nueve años de edad, Yessughei-Bogatur, ateniéndose a los usos y costumbres, emprendió la marcha para buscar en alejadas tribus una esposa que dar a su hijo.

Nunca el pequeño Temudschin había ido tan lejos. En sus emigraciones, desde los pastos de verano a los de invierno y viceversa, el *ordu* se quedaba en el territorio que correspondía a la tribu, situado entre los ríos Onón y Kerulo. Atravesaron anchos y fértiles valles entre altas montañas cubiertas de espesas y oscuras nubes. Por doquier encontraban ríos tumultuosos en cuyas orillas se podían cazar grullas. En los islotes de los ríos empollaban infinidad de patos salvajes inmensas bandadas de gaviotas grises revoloteaban y con ellas se ejercitaban los muchachos a tirar al arco.

Luego, los verdes prados se hicieron cada vez más escasos; peñascos negros, parcialmente cubiertos de musgo amarillento, como si fuese orín, se elevaban por doquier; las montañas eran más bajas, pero rocas desnudas cubrían el terreno y en los desfiladeros rugía el viento como si en ellos se desplomasen fantásticas cataratas. Pasaron ante el monte Darchan, lugar donde gigantescos bloques de piedra negra yacían esparcidos. El pueblo sigue denominando a este lugar «las fraguas de Gengis-Kan».

Constantemente tenían que subir nuevas colinas, y Temudschin notó que el descenso era cada vez menos largo que la ascensión. Llegaban a un territorio más elevado. En

lugar de árboles se veían plantas reptantes, espinos y brezos; la hierba ofrecía un aspecto raquíutico. Generalmente, pasaban las noches en las orillas de los lagos, donde los caballos encontraban mejor pasto y se podía cazar algún animal salvaje.

En uno de aquellos lugares encontraron a Dai-Setschen (Dai el Sabio), jefe de una tribu chungirata.

Las estepas mongólicas estaban habitadas por muchos pueblos, y éstos no conocían más que una frontera: la Muralla China, al Oeste. Al norte de la muralla vivían los ongutas y, entre los ongutas y los tártaros, los chungiratos.

Yessughei dijo que iba en busca de una esposa para su hijo Temudschin. Dai refirió que había visto en sueños un halcón llevando entre sus garras a un cuervo. Ambos comprendieron el significado de aquella visión: el halcón blanco con el cuervo entre las garras era el Tug (la bandera de la raza burtschigin), y Dai-Setschen tenía una hija, Burte, de la edad de Temudschin... Juntos cabalaron hacia los pastos de los chungiratos.

Las estepas concluyeron, a su vez. Rocosos montes pedregosos, un suelo negro y pedregoso, fajas de arena blanca... y de nuevo las piedras calcinadas, las colinas y las dunas movedizas que, azotadas por vientos terribles, envolvían a los jinetes en nubes de arena, de modo que los caballos apenas podían avanzar... Y otra vez las montañas desnudas, pero éstas eran rojizas..., y luego las estepas ilimitadas.

Atravesaron el desierto de Gobi. Después de cada cordillera tenían que bajar hasta profundos y anchurosos valles; las praderas eran más fértiles y surgían bosques de olmos..., pero allí no existían verdaderas selvas, tupidas como en la patria, cerca del Onón.

En aquella región vivían los chungiratos. La tribu de Dai-Setschen era rica y grande. Yessughei sabía que los chinos llamaban a los ongutas y chungiratos «tártaros blancos», en oposición a los «tártaros negros», que eran todos los demás pueblos de Mongolia. Observó que sus tiendas de fieltro estaban ricamente adornadas, que sus vestidos eran finos y costosos, y sus armas, decoradas artísticamente. Burte estaba bien proporcionada.

El joven Temudschin gustó a Dai-Setschen. Cabalgaba como un adulto, no conocía el cansancio, era de elevada estatura para su edad, hábil y fuerte. Sobre todo, sus ojos felinos, en el rostro bronceado, tenían una expresión astuta y estaban siempre atentos a todo. Nada parecía escapar a su mirada.

Yessughei regaló a Dai-Setschen su magnífico caballo y recibió, en cambio, otros obsequios, quedando convenido que Temudschin se quedaría allí hasta que los dos *ordus* mandasen juntos sus caballos a los pastos, señal de que estaban decididos a entrar en parentesco.

II

Pronto comprendió Temudschin lo que para los chungiratos significaba la proximidad del Imperio chino. A menudo recibían la visita de chinos, que traían magníficos tejidos, escudos decorados con pinturas de laca, aljabas de marfil y muchas clases de adornos, para trocarlos por las más variadas mercancías: pieles y cueros, caballos y carneros, ovejas y camellos, yacs, o simplemente sal que los chungiratos solían traer desde varios lagos mongoles. Los mercaderes nunca se presentaban con las manos vacías ante aquellos con quienes querían ultimar un negocio; siempre les traían alguna prenda de vestir como regalo, cualquier chuchería para sus mujeres o dulces para los niños. Y, con la presencia de aquellos extranjeros, veía Temudschin llenarse de tesoros las tiendas de los chungiratos. ¿Qué país sería aquél, que podía ceder tantas preciosidades sin empobrecerse...?

Cada vez sentía mayores deseos de conocer mejor aquella China maravillosa. Buscó la compañía de hombres que habían viajado mucho, cuya experiencia y habilidad admiraba. Y les oyó contar que China era cien veces más fuerte que el pueblo nómada más poderoso, y que sus habitantes vivían en ciudades fijas rodeadas de altas murallas y encerrando incalculables riquezas. Y cuando, extrañado, preguntó por qué China mandaba comerciantes cargados con valiosas mercancías para trocarlas por unas cuantas miserables pieles, en lugar de enviar poderosos ejércitos que se apoderasen sencillamente de todo cuanto ellos poseían, Dai-Setschen le explicó que los habitantes de las ciudades no eran guerreros; no sabían cabalgar, ni tirar la jabalina, ni cazar, ni dar en el blanco con las flechas.

El muchacho sintió desprecio por la gente de las ciudades y no acertaba a comprender que Dai-Setschen se prestase a comerciar con los mercaderes, en lugar de dirigirse a la China para arrebatar las riquezas a sus hábiles pero débiles moradores. Los traficantes contaron que en China reinaba un emperador que pagaba y mantenía centenares de miles de hombres para que custodiasen las ciudades, rechazando a cualquier tribu nómada atacante. Aprendió a conocer algo de la estrategia china acerca de los carros de combate y de su infantería, armada con largas lanzas, que luchaban formando filas dispuestas unas tras otras y atravesaban con sus lanzas el pecho de los jinetes atacantes.

Estos relatos impresionaron fuertemente al muchacho. Pero quizá todo no era más que un invento de aquellos hombres astutos e ineptos para la lucha, que temblaban

ante los guerreros de su padre y de Dai-Setschen. ¿Y si en realidad, aquellos hombres fuesen guerreros...? Tal vez germinó en su cerebro, por vez primera, la idea de crear un reino compuesto únicamente de guerreros... Así, tal vez podría vencer a todos los Imperios sedentarios y apoderarse de sus inmensas riquezas...

No reveló a nadie sus pensamientos. Comprendía que el silencio es oro. Y mientras esperaba cumplir los catorce años para casarse, mostróse amable, atento y pacífico, de modo que todos le querían.

Pero después de tres años de estancia de Temudschin entre los chungiratos, Munlite, un pariente cercano de su padre, vino a buscarle diciendo: «Yessughei siente grandes deseos de ver a su hijo; tiene que acompañarme en seguida al *ordu*, en las orillas del Onón.» Dai-Setschen quedó desagradablemente sorprendido. Era contrario a los usos y costumbres enviar tales mensajes, pero se había encariñado con Temudschin y sólo le permitió marcharse prometiendo el muchacho su pronto regreso.

Rápidos son los corceles de las estepas, pero más veloz aun corrió la noticia de un importante suceso: esparcióse por todas las tribus que Yessughei estaba muñéndose. Su ruta le había conducido por el país de los tártaros. Tropezó con varias tribus reunidas para celebrar un banquete. La costumbre era que ningún transeúnte rehusara la invitación de participar en un banquete sin atraerse una mortal enemistad. Por consiguiente, Yessughei aceptó el convite y, tanto él como sus compañeros, obtuvieron un sitio de honor y se les sirvieron los más selectos trozos de carne. Pero cometió la imprudencia de no observar a su anfitrión, para comer y beber tan sólo lo que éste había probado primero y esto le perdió, pues los tártaros no podían olvidar todavía la derrota que hacía tres años les había sido infligida. Cuando Yessughei reanudó su camino llevaba el veneno en las entrañas. Temudschin cabalgaba día y noche, y al llegar al *ordu* de su padre resonaban en la gran tienda los lamentos de Oelon-Eke y de la concubina de Yessughei...

III

Yessughei había reunido bajo su mando muchas tribus. Estas se preguntaron si los hombres deberían obedecer a un muchacho por el mero hecho de haberse puesto, anteriormente, a las órdenes de su padre. Sobre todo, la tribu de los tai-eschutos se consideraba con fuerzas suficientes para cuidar sola de sus rebaños y conducirlos a los pastos. Targutai, su jefe, fue el primero en dejar, en compañía de los suyos, el campamento. Poco a poco, las demás tribus y familias le imitaron.

Oelon-Eke mandó enarbolar las insignias del difunto jefe, montó su caballo y fue con los suyos en persecución de los desertores. Pero le dijeron: «Hasta el lago más profundo llega a secarse, y aun las rocas más duras se desmoronan. ¿Qué tenemos que ver nosotros, los hombres, con una mujer y sus hijos?» ¡Tenían razón los demás; una mujer no puede mandar a los hombres...! Y, una tribu tras otra, abandonaron a la familia de Yessughei, y cada deserción iba acompañada de una sensible merma en los caballos y ovejas pertenecientes a los diezmos del difunto jefe...

Muda e impotente, contemplaba Oelon-Eke cómo se deshacía su propiedad, hasta que, por último, del inmenso y poderoso *ordu* de Yessughei quedaron tan sólo su propia tienda y la de su segunda mujer. Para salvar aquel último resto, Oelon-Eke, Temudschin, su hermano Kassar y sus medio hermanos Bektar y Belgutei se vieron obligados a reunir día y noche el mermado rebaño, buscar los animales extraviados, pescar con anzuelo y red, cosechar bayas y raíces comestibles... Los otros dos hermanos de Temudschin y la hermana eran aún niños...

Durante aquella época de penuria, un tejón o una marmota eran consideradas como presas de valor. Pero, aunque Temudschin sabía sorprender y descubrir mejor que nadie aquellos animales, y a pesar de que su hermano Kassar era un excelente tirador e infalible su flecha, con frecuencia se daba el caso de que sus dos medio hermanos, simplemente por ser los más fuertes, le quitaban las piezas cobradas.

Temudschin era el mayor, el sucesor legítimo de Yessughei. Pero ¿cómo podía, en medio de tantas dificultades y querellas, hacer valer sus derechos? Tendría que esperar a que sus dos hermanos fuesen suficientemente mayores para ayudarle. Pero... esto* tardaría demasiado. Él y Kassar tenían que habérselas con los otros dos, y éstos eran los más fuertes. Cierta día, Belgutei se fue solo a la pesca. Temudschin llamó a Kassar. La discusión fue breve. Ambos buscaron a Bektar y lo mataron a flechazos...

Nunca Oelon-Eke se enfureció tanto, jamás se enfadó de tal modo con sus hijos: «Sois como lobos, como perros rabiosos, que se muerden entre sí; como camellos enfurecidos que atacan a su madre por la espalda; como buitres que, en su rapacidad, se arrojan contra las rocas y se estrellan. ¿Qué acabáis de hacer? ¿Qué será de la raza de Yessughei cuando ni siquiera sus propios hijos pueden vivir pacíficamente entre sí? ¿Es que seguiremos siempre esta vida indigna? ¿Cómo vamos a poder vengarnos de los tai-eschutos que nos abandonaron, y de los tártaros traidores...?»

Temudschin sufrió en silencio la ira y los reproches de su madre. Pero, a partir de aquel momento, cuidaba de que todos viviesen en paz y armonía. Bektar había muerto, y en cualquier lucha que entablase Belgutei sería uno con-

tra dos. Sin embargo, no obedecía por miedo. En la nueva situación creada por la muerte de Bektar, Temudschin trató a Belgutei como amigo, le hizo regalos, le entregó de vez en cuando alguna que otra pieza cobrada y, a fuerza de atenciones, consiguió atraerse a su medio hermano y hacer de él un compañero fiel que no le abandonó jamás en trance o peligro alguno.

Y los peligros no se hicieron esperar.

Pronto corrió por las estepas la noticia de que Targutai, el jefe de los tai-eschutos, se había declarado jefe supremo de todos los burtschigins.

IV

Desde tiempo inmemorial pertenecían al jefe supremo de los burtschigins los mejores pastos existentes entre los fértiles valles de los ríos Onón y Kerulo. Y Temudschin, el jovenzuelo, pastaba su mísero ganado en aquellos prados, como si éstos le perteneciesen por herencia...

Ni siquiera mandó Targutai convocar a los guerreros de los diversos *ordus*. Acompañado tan sólo de sus amigos y parientes más cercanos, asaltó a los descendientes de Yes-sughei. No se apoderó de ninguna tienda ni caballo perteneciente a un burtschigin. No hizo daño alguno a Oelon-Eke, no molestó a Kassar ni a Belgutei. Les dejó apacentar tranquilamente sus rebaños o cazar por las estepas. Pero, en compañía de sus guerreros, persiguió tenazmente a Temudschin, que había huido a la espesura de las selvas.

Era aquél un odio que divertía mucho a los tai-eschutos. Éstos empujaron al fugitivo tan lejos en la tupida selva, que fue difícil poderle seguir. Entonces Targutai rodeó el lugar.

Durante largos días, Temudschin pasó hambre. Buscó una salida sin descanso, pero los tai-eschutos estaban al acecho y, a la primera tentativa para escapar, lo apresaron, llevándolo a presencia de su jefe.

Targutai contempló, complacido, a su prisionero. Era un verdadero burtschigin de ojos azules, cabello rojizo, matiz aceitunado, mirada orgullosa y, a la vez, astuta. Sí, aquel muchacho prometía ser un excelente guerrero. ¿Para qué matarlo, pues? Podría hacerse de él un excelente y útil compañero. Mejor sería conservar al muchacho como rehén. Pero, ante todo, habría que enseñarle a obedecer.

Y Targutai mandó meter en un cepo (*kang*) a Temudschin. El pesado yugo fue puesto en la nuca del jovenzuelo, atadas sus manos a los extremos de la madera, y, para domar su orgullo, no le montó la guardia un soldado, sino un muchacho. Los guerreros se reunieron en la tienda de Targutai para celebrar la captura.

Llegó la noche, brillaba esplendorosamente la luna y el guardián de Temudschin miraba, ávido, hacia la tienda de su jefe, en espera de algún trozo de cordero asado. Arrastrándose sin ruido, Temudschin se acercó al joven por la espalda y, con el extremo del cepo, le dio un golpe en la cabeza, huyendo en seguida a todo correr.

Cuando encontraron al guardia tendido, sin conocimiento, en el suelo, Targutai se dio cuenta de haber obrado a la ligera. Inmediatamente mandó suspender la fiesta y perseguir al fugitivo. Gracias a la luz de la luna era fácil seguir sus huellas.

Éstas conducían al río.

Era imposible atravesar a nado el Onón, cargado con un cepo. Los guerreros se esparcieron para recorrer la orilla en ambas direcciones, tínicamente un jinete quedó durante largo rato contemplando atentamente el agua. Su penetrante mirada no tardó en descubrir algo redondo en medio de los juncos, a la distancia de un tiro de lanza.

Cuando sus compañeros ya no podían oírle, dijo: «¡Bueno, bueno! Precisamente por esas cosas tuyas no te quieren», y, lentamente, cabalgó en pos de sus compañeros.

Temudschin, hundido en el agua hasta la boca, reconoció en el jinete al viejo Sorgan-Schira, con cuyos hijos había jugado muchas veces en el *ordu* de su padre. Esperó hasta que renació la tranquilidad y, prudentemente, salió de entre los juncos. Sus manos, atadas al madero a la altura de sus hombros, estaban entumecidas, y el cuello le dolía bajo el peso del cepo. Huir en semejante estado era imposible. Echóse en la hierba, revolcándose hasta haber exprimido el agua de sus vestidos y, a campo traviesa, se dirigió hacia el *ordu*, a la tienda de Sorgan-Schira, donde se escondió bajo un montón de lana.

Desde su escondrijo oyó a los jinetes regresar, uno tras otro, registrando rápidamente las tiendas. Hubo uno que clayó su lanza en el montón de lana en donde se escondía y oyó decir a otro: «¿Cómo queréis que pueda estar bajo tanta lana, con este calor?»

Luego convinieron en volver a registrar de nuevo, al día siguiente, todo el campamento, y, si no lo encontraban, volverían a emprender la persecución. Por fin, reinó el silencio en el *ordu* y Sorgan-Schira entró en su tienda.

Temudschin salió de su escondrijo.

—¿Qué buscas aquí?—murmuró Sorgan, asustado—. ¿No has oído que mañana te volverán a buscar por todas partes? ¡Si te encuentran aquí, el viento se llevará para siempre el humo de mi tienda y toda mi familia será exterminada!

—Lo mismo ocurrirá cuando Targutai sepa que me descubriste entre los juncos y, no obstante, dejaste a los otros

que continuasen buscándome — contesto Temudschin —. Rompe el cepo y dame algo de comer.

Sorgan-Schira comprendió la necesidad de que el joven huyese. Destrozó el *kang* y echó los pedazos al fuego, le entregó un arco viejo y flechas, le dio de comer y de beber, indicándole al propio tiempo el sitio exacto donde los centinelas estaban apostados. Al ponerse la luna, Temudschin salió del campamento y, cogiendo un caballo, emprendió la huida.

Nunca olvidó la ayuda que, aunque obligado, le prestara Sorgan-Schira. Más tarde, cuando cazaban juntos, le hacía regalo de las piezas cobradas y después, una vez elegido kan, le concedió la dignidad de *oerlok* — la más elevada —, otorgando altos cargos a sus hijos.

En su huida, Temudschin cabalgó hacia la espesura de la selva, donde sólo los iniciados eran capaces de encontrar una vereda, y dirigióse a los montes Burkan-Kaldun, buscando refugio en el país de los kiut-burtschigin. Todo kiut-burtschigin encontró siempre un refugio seguro contra sus enemigos en los desfiladeros de aquellos montes.

Temudschin encontró a Oelon-Eke con Kassar, Belgutei, sus hermanos menores y todo lo que habían podido salvar. No era mucho: nueve caballos, unos cuantos corderos y lo que había en el carromato cuando emprendieron la huida.

La cuestión era saber si los fugitivos podrían vivir allí con tranquilidad o si sus enemigos serían gente de su propia raza. El hecho es que, cierto día, cuando Belgutei iba a caballo a la caza de marmotas, y Temudschin, acompañado por Kassar, examinaba las trampas, un grupo de tai-eschutos ladrones se presentó en el claro donde pastaban los caballos y se los llevaron todos.

Era imposible perseguirlos a pie. Había que esperar hasta que, al atardecer, regresara Belgutei con su caballo. Y, entonces, Temudschin se fue en persecución de los ladrones.

Durante tres días les siguió la pista. La carne seca que conservaba bajo su silla no duró más de cuarenta y ocho horas y, para colmo de desgracia, su caballo se caía de cansancio. Al cuarto día se encontró con un joven de su edad, al que preguntó por el camino que seguían unos jinetes con ocho potros. Le dijo que se trataba de unos ladrones a los que él, Temudschin, el hijo de Yessughei, perseguía.

Al oír esto, el joven le ofreció inmediatamente de comer y beber, escogió dos potros frescos de su propio rebaño y dijo llamarse Boghurtshi — el Infalible —, ofreciéndose para acompañarle y colaborar en la captura.

Durante la persecución, que duró tres días más, los dos jóvenes trabaron amistad y Temudschin se enteró de que había causado sensación en la estepa su maravillosa huida del campamento de Targutai y que nadie llegaba a com-

prender cómo pudo realizarla. Todos admiraban su valor y habilidad, y los jóvenes lo tomaban como ejemplo.

De pronto vieron, en la lejanía, a los tai-eschutos y descubrieron los caballos. Durante la noche acercáronse y los sacaron de entre los demás.

A la mañana siguiente, los tai-eschutos emprendieron la persecución de los dos jóvenes.

Boghurtshi quería quedarse atrás para luchar con los ladrones mientras su amigo huía con los caballos, pero Temudschin no lo consintió. De vez en cuando volvía la cabeza para ver a sus enemigos. Estos constituían una larga hilera en el horizonte. Cada vez que volvía la cabeza sonreía, satisfecho.

— Nuestros caballos son excelentes — dijo —. Aun al galope podríamos cambiar de montura si éstos se cansan.

También Boghurtshin miraba de cuando en cuando hacia los tai-eschutos, y su rostro se iba ensombreciendo. La fila de perseguidores se extendía cada vez más, pero la distancia entre ellos y los primeros jinetes menguaba poco a poco. Y a la cabeza se todos galopaba ligero un guerrero montado en un magnífico potro. Ya se podía calcular cuándo desataría su *arkan* (lazo) para dispararlo contra ellos.

— Me quedo aquí... — dijo Boghurtshin, incapaz de resistir más tiempo aquella tensión nerviosa — y procuraré matarlos a flechazos.

— Todavía no — contestó Temudschin —. Deja que uno se acerque más y, cuando la distancia entre él y sus compañeros sea mayor, nos detendremos. ¿Comprendes, Boghurtshi? Seremos dos contra uno. Debemos procurar que sólo uno de nuestros enemigos pueda darnos alcance, para matarlo antes de que lleguen los demás.

Cuando el jinete, ya muy cerca, desataba su *arkan*, Temudschin dijo a Boghurtshi que preparase su arco y se detuviera.

— Apunta con calma, no falles el tiro — añadió.

Boghurtshin disparó y, en el mismo instante, Temudschin fustigó a los caballos, que emprendieron veloz carrera.

Boghurtshi había acertado. El jinete cayó del caballo.

Cuando, momentos después, los jóvenes volvieron la cabeza, vieron que los tai-eschutos más cercanos se habían apeado junto al herido. Un poco más tarde miraron de nuevo, pudiendo observar que la gente se congregaba en mayor número en derredor del herido y que nadie proseguía la persecución. La distancia entre ellos y los ladrones fue en aumento.

Al verlo, Boghurtshi se echó a reír, diciendo:

— Ésta es otra de las tretas que te dará fama y hará latir el corazón de los hombres.

Temudschin ofreció a su amigo la mitad de los caballos que con su ayuda había recuperado. Pero Boghurtshin rehusó obstinadamente recompensa alguna.

— ¡No sería amigo tuyo si aceptase un pago a una ayuda! — exclamó.

Juntos fueron al campamento del padre de Boghurtshi para pedirle perdón por haber éste abandonado, sin permiso, el rebaño que le fue confiado. Pero el anciano se sentía orgulloso por la hazaña de su hijo y por su nueva amistad. Les dio caballos, vestidos de reserva y una tienda, y les dijo que continuasen siendo siempre amigos y jamás se separasen.

De esta manera regresó Temudschin al *ordu* con su primer compañero.

Poco después, un antiguo guerrero de Yessughei se presentó en el campamento y rogó a Temudschin que aceptase a su hijo Dschelme como segundo compañero. Tan pronto como en la estepa se supo que Temudschin admitía compañeros, de todas partes acudieron jóvenes mongoles deseosos de unirse a él.

Su nombre se hacía famoso en las estepas. Ante las fogatas de los campamentos se contaban sus hazañas.

V

Temudschin dejó pasar cuatro años antes de ponerse en marcha, acompañado por su medio hermano Belgutei, hacia el campamento de Dai-Setschen en busca de Burte, su prometida. Estaba seguro de que ella le esperaba. Ni un solo instante dudó de que Dai-Setschen no cumpliera la palabra dada. Evidentemente, las circunstancias habían cambiado mucho desde que su padre contrajo el compromiso, pues en aquel entonces era jefe de cuarenta mil tiendas. Pero él seguía siendo heredero y, a pesar de los cuatro años transcurridos, estaba seguro de que el jefe de los chungiratos no se volvería atrás. Sin embargo, era demasiado orgulloso para, en su actual situación, exigir el cumplimiento de la palabra empeñada, y solía decir: «Nadie aprecia al que se presenta como pedigüeño.»

Pero ya que su nombre se había hecho famoso, podía presentarse sin valiosos regalos ni un numeroso séquito; tampoco tenía que avergonzarse de llevar a la rica prometida a su tienda.

Fue recibido con risas y bromas afectuosas.

— ¿Qué milagro es que vuelvas y te muestres tan animado? — exclamó Dai-Setschen—. ¡No lo puedo creer! ¡Tenías tantos enemigos!

Los festejos duraron muchos días y fueron magníficos. Se celebraron con el mismo esplendor que si, en lugar de

venir acompañado tan sólo por su medio hermano, hubiese llegado con una numerosa escolta. Como regalo de boda recibió un magnífico abrigo de cebellina gris oscuro. Aquel presente valía por sí solo más que todo cuanto poseía. Cuando emprendió con Burte el camino del regreso, no iba solo. Gran número de amigos y amigas de su esposa les seguían hacia el río Onón. La esposa de un jefe tenía derecho a poseer tienda y séquito personales, y Burte llevaba todo eso.

De la noche a la mañana, el *ordu* de Temudschin se vio densamente poblado y con una característica: todos sus guerreros eran jóvenes como él.

ASCENSIÓN

I

EN el *ordu*, emplazado al pie del monte Burkan-Kaldun, reinaba la despreocupación y la arrogancia. La juventud pasaba el tiempo cazando o celebrando festines. Alegre era el día y despreocupada la noche. Los espías no cruzaban las selvas; ningún centinela vigilaba el sueño de sus compañeros.

De pronto, un griterío salvaje perturbó la paz nocturna. Gente forastera asaltaba el campamento, echando antorchas encendidas sobre las tiendas y llevándose el ganado.

Temudschin se despertó. ¿Acaso Targutai y sus tai-eschutos le perseguían de nuevo? Cogió el arco y las flechas, se puso su abrigo de cebellina, saltó a su caballo y, a galope tendido, corrió a esconderse en los boscosos desfiladeros. Algunos de sus compañeros le siguieron en la huida. Sus hermanos, así como todos los demás, huyeron cada cual por su lado. Era el sálvese quien pueda; todos escaparon precipitadamente.

Transcurrieron un par de días en la incertidumbre. Desde los escondrijos veían a muchos guerreros cruzar la montaña en su busca. Luego se hizo el silencio y Temudschin envió unos escuchas al campamento.

El lugar estaba vacío.

Las mujeres, tiendas, carros y la mayor parte del rebaño habían desaparecido. Y las huellas del enemigo no iban en dirección Este, hacia los pastos de los tai-eschutos, sino hacia el Norte, hacia la selva...

Poco a poco se reunieron los diseminados. Muchos habían visto de cerca al enemigo. Hombres del Norte, cazado-

res salvajes y peligrosos, pertenecientes al pueblo que hacía veinte años había raptado a Oelon-Eke, la esposa de Yessughei. Si Temudschin hubiese caído entre sus manos, se hubiera visto obligado a reconocer la soberanía de Targutai, a menos de ser condenado a esclavitud o a muerte.

Subió hasta la cumbre del Burkan-Kaldun, colgóse el cinturón al cuello, en señal de humildad, hizo nueve genuflexiones, vertió en el suelo un poco de *kumys* — leche de yegua — y dio gracias al eterno cielo azul — *Menke Koico Tengri* — por su milagrosa salvación.

Luego se puso el gorro, ciñóse de nuevo el cinturón, tal como conviene a un mongol libre, y bajó de la montaña.

Al pie de ésta se habían reunido todos los que lograron salvarse de aquel ataque por sorpresa, pero Burte no estaba entre ellos. Algunos pretendían haber visto que los merkitas se la llevaban, después de sorprender el campamento, dándose prisa en huir por las selvas con su botín, antes de que llegasen otras tribus mongolas.

Temudschin no se quejaba ni se afligía. Era culpa suya. Su ligereza había deparado a Burte aquel destino. É hizo lo que en los peores años, en los años de mayor apuro, no hubiese hecho: dominó su orgullo y se puso en camino para solicitar ayuda. Cabalgó cientos de kilómetros hacia el Oeste, al país donde moraban los keraitos.

Aquel pueblo era el más importante de Mongolia. Sus pastos se encontraban entre los ríos Tula y Orchon, pero también poseía lugares de residencia fija. A través de su territorio pasaban las rutas de las caravanas que salían de China para dirigirse hacia los países de los Naimanos y Üjguros, que habitaban los territorios del Altai y de la Dkungaria. Entre los keraitos había muchos cristianos nestorianos y musulmanes.

Su príncipe, el poderoso Toghurul-Kan, era *andah* — un hermano de elección — de Yessughei, padre de Temudschin. Hacía tiempo que Temudschin pudo acudir a él, pero tan sólo ahora, tratándose de Burte, decidióse a hacerlo. Y aun así no se presentó con las manos vacías, sino que le llevó lo más preciado que poseía: el magnífico abrigo de cebellina, un regalo regio. Recordó al Kan de los keraitos que fue hermano de elección de su padre y le pidió permiso para llamarse su hijo adoptivo.

Toghurul-Kan había sido ya informado del ataque de los keraitos. Eran sus vecinos y estaba frecuentemente en querrela con ellos. Que el hijo de su amigo viniese sumiso a él halagó al Kan, pero más aún el hermosísimo regalo. Recordó que Yessughei le había ayudado a luchar contra sus parientes, y puso a disposición de Temudschin una tropa numerosa.

II

Rápidos eran los caballos de que disponían los jinetes de las estepas, pero más ligera aún voló la noticia: ¡Temudschin, al frente del ejército keraito...! ¡Temudschin, hijo adoptivo del poderoso Toghurul-Kan!

La situación había cambiado como por encanto. De todas partes acudían a él parientes mongoles. Hasta Dschamugha-Setschen, el jefe de los Dschurjatas, recordó que era hermano de elección de Temudschin, con quien, siendo niño, había jugado en el hielo del río Onón, y se apresuró a acudir en su ayuda con toda su tribu.

La «saga mongola» dice de esta expedición de castigo: los trescientos hombres que llegaron al monte Burkan-Kaldun y lo rodearon fueron pasados a cuchillo hasta el último. De sus mujeres, las que servían para madres, fueron hechas esclavas; las que servían para esclavas, fueron hechas esclavas...

En la tienda del jefe encontró Temudschin a Burte llevando en sus brazos a su hijo recién nacido. Como no sabía si aquel primogénito era realmente su hijo, le llamó Dschutschchi — el huésped —.

Luego, la expedición emprendió el regreso. Temudschin declaró: «¡Hallé lo que buscaba!», y volvió a Toghurul sus tropas, añadiendo, como regalo, su parte de botín.

Aquella actitud no la comprendieron los mongoles. En los alrededores habitaban muchas tribus merkitas y, con la ayuda de sus poderosos aliados, era fácil asaltarlos o sorprenderlos y apoderarse de un rico botín... Estos aliados se mostraron también descontentos al no permitírseles adentrarse más en el país de los merkitas y atacar, tal vez, a Tughta-Beg, su príncipe, antiguo enemigo de Toghurul...

A nadie se le ocurrió pensar que, al obrar así, el joven jefe de los mongoles, taciturno y de mirar velado, seguía una idea propia. Su deseo era no romper el equilibrio de las fuerzas de Mongolia mientras no se sintiese suficientemente fuerte para inclinar el platillo de la balanza en su favor.

III

Después de vencer a los merkitas, Temudschin no estaba solo. Durante la expedición renovó su amistad de infancia con Dschamugha, el jefe de los Dschurjatas, y vagaban juntos por los pastos de los mongoles. De lejos, Targutai observaba a su enemigo, comprendiendo que sería empresa arriesgada atacar por sorpresa aquel *ordu* cuida-

dosamente vigilado y rodeado de escuchas. Temudschin no parecía inquietarse lo más mínimo por su antiguo enemigo; sin embargo, se mantuvo prudentemente alejado de los lugares donde el jefe de los tai-eschutos mandaba pastar sus rebaños. Es más, cuando casualmente entraba en contacto con tribus vasallas de Targutai, mostrábase extraordinariamente espléndido, no escatimando los regalos ni los banquetes; las invitaba a cacerías y ordenaba impulsar el venado hacia ellas...

— Pronto se murmuró por la estepa: «Los cabecillas de los tai-eschutos nos buscan dificultades sin motivo alguno y nos oprimen. Roban nuestros mejores caballos. En cambio, Temudschin se quita el traje que lleva puesto y nos lo regala, se apea del caballo que monta para dárnoslo.»

Tribus enteras se unieron a él; su campamento creció día por día y en derredor suyo se forjaron ambiciosos planes.

Cuando sus guerreros se reunían ante las hogueras de estiércol seco, contaban en las tiendas las hazañas heroicas de los antiguos kanes, y corrió la leyenda de que, después del gran consejo del Eterno Cielo Azul, vendría en breve un héroe que de nuevo uniría todas las tribus mongolas para vengarlas de sus enemigos. Muchuli, uno de los compañeros más activos de Temudschin, no se recataba de decir públicamente que aquel esperado héroe no podía ser otro que su propio jefe...

Dschamugha también era ambicioso, y sus partidarios aumentaban en número. Pero no hacía suficiente distinción entre sus compañeros; no daba importancia al hecho de tener a sus órdenes cien tiendas, o a presentarse tan sólo con sus mujeres e hijos. Parecía tener una especial predilección por el populacho (*karatschu*), y los jefes de familia o de tribus no se sentían suficientemente distinguidos.

Con Temudschin gozaban de mayor consideración. Éste no olvidaba que era un aristócrata, y todos sus esfuerzos encaminábanse a reunir en derredor suyo a la aristocracia de la estepa; sabía muy bien que tan sólo eso era capaz de proporcionarle consideración y poder. En sus *uluss* — territorio bajo su mando — regían costumbres antiquísimas, con jerarquías escrupulosamente observadas, aunque no se aferraba mezquinamente a privilegios de nacimiento: sus primeros compañeros, Boghurtshi, Dschelme y Muchuli, no pertenecían a familias distinguidas; pero como sobresalieron a fuerza de valor y prudencia, disfrutaban del privilegio de participar en el Consejo de los nobles. Y esto era un aliciente más para todo hábil guerrero.

Dos conceptos del mundo en un mismo campamento. Los partidarios de Temudschin poseían, en su mayoría, numerosos rebaños de caballos y vacas. Los de Dschamugha se dedicaban más especialmente a los cameros y ovejas. Dia-

riamente surgían tensiones y rozamientos. Y, sobre todo, Oelon-Eke y Burte — la madre y la esposa — instaban a Temudschin a separarse de su *avdah*, que ignoraba lo que eran usos y costumbres.

Temudschin vaciló largo tiempo. Habían vagado juntos durante año y medio y, dividir en dos el campamento, le debilitaría. Pero, finalmente, comprendiendo que el consejo de las mujeres era acertado, cedió y la ruptura fue como una señal: todos los parientes nobles que vagaban aislados por allí, que no gustaban de seguir a cualquier jefe advenedizo, uniéronse, con sus secuaces, al hijo de Yessughei. Llegaron los más célebres representantes de las antiguas familias mongolas, tales como Daaritai, nieto de Kabul-Kan; su tío Altan, hijo de Kabul-Kan; Kutschar, un pariente de Temudschin de la más rancia familia de los burt-schigins... Y cada nueva unión arrastraba consigo otras tribus, a cuyos jefes les halagaba el poder vivir cerca del más noble de los mongoles.

El campamento de Temudschin contaba más de trece mil tiendas, y él sabía tratar a cada cual según su dignidad y méritos. En sus *uluss* reinaba una extraordinaria y ejemplar organización y orden. Cada uno sabía cuál era su lugar y lo que le pertenecía, pues el joven no admitía extralimitaciones. Era tan querido que casi se avergonzaban de engañarle en el diezmo que le pertenecía o estafarle un ternero o borrego. Tampoco se mostraba él tacaño ni avaro. Cuando le traían algo, el regalo que daba a cambio valía, quizá, mucho más. Se informaba de todos con interés extraordinario. Era un jefe que cuidaba de cada uno de sus compañeros.

Es más, hizo lo que nadie había hecho antes que él: inventó, para divertir a sus guerreros, un juego, un pasatiempo tan excitante como la caza y la guerra, un verdadero juego bélico.

Había repartido sus trece mil hombres en trece *guran* o divisiones, y dejaba a cada una maniobrar y evolucionar como si constituyese una unidad especial. Su obligación consistía en atacar los flancos del enemigo o introducirse como una cuña en el centro. Era éste un juego que los valientes guerreros tomaban muy en serio, y a menudo Temudschin tenía que intervenir para evitar que aquella maniobra se trocase en un verdadero y sangriento combate. Cada *guran* estaba compuesta de parentelas y castas, luchando así juntos hermanos, primos y amigos, y la derrota era casi considerada como una ofensa o vergüenza del grupo.

Pero así acostumbraba a los salvajes nómadas a la disciplina y a la obediencia en masa.

IV

En la primavera y el otoño, cuando las tribus levantaban sus campamentos para ponerse en marcha con sus rebaños hacia nuevos pastos, empezaban los días peligrosos para los nómadas, siempre rodeados de enemigos. Ocupados en manejar a sus gigantescos rebaños, impedidos por la presencia de las mujeres e hijos, cargados con todo su ajuar, todo esto menguaba en gran modo su disponibilidad para la lucha, y aquellas emigraciones eran para Temudschin, que desde hacía tiempo había desechado su despreocupación juvenil, un motivo de constante preocupación. Prudente hasta el extremo, estableció un orden especial que, más tarde, aplicó a sus expediciones guerreras.

Primeramente, cabalgaban escuchas, que se desplegaban en forma de abanico. Buscaban los lugares más apropiados para acampar, inspeccionaban las fuentes y prados y tenían la obligación de dar a conocer sus observaciones a los que le seguían. En caso de guerra, tenían órdenes severas de no dejar escapar a ningún emboscado ni espía. Seguía luego la vanguardia, suficientemente fuerte para emprender una acción por cuenta propia. En tiempo de paz se encargaba de todos los preparativos concernientes al campamento, cuidando de que hallasen agua suficiente y determinando los turnos para beber.

De este modo, doblemente protegido y confiado, seguía en amplias filas el grueso de la tribu, con las tiendas, las mujeres y los niños, todo el rebaño y los carros con el ajuar de los nómadas. Una retaguardia recogía a los rezagados, daba alcance a los animales extraviados y guardaba las espaldas de los últimos contra cualquier ataque de salteadores.

De pronto, llegaron de todas partes estafetas notificando que habían visto por doquier a los tai-eschutos equipados para la guerra. No pasó mucho tiempo sin que la vanguardia sostuviese con ellos escaramuzas. Los prisioneros eran conducidos al campamento...

Targutai se había preparado para dar el golpe decisivo. Había llamado a las armas a todos sus tai-eschutos, puesto que vencer a Temudschin significaba ya un botín abundante. También se había atraído varias tribus vecinas y, de este modo, logró reunir bajo su mando un ejército de 30.000 hombres.

¡Trece mil contra treinta mil!

Más tarde, Temudschin adquirió la costumbre de luchar contra enemigos superiores en número. Todas sus batallas, excepto una, fueron dadas contra fuerzas muy superiores a las suyas, y, exceptuando dos, siempre quedó victorioso. Pero aquél era su primer encuentro. Por otra parte, Tar-

gutai no sólo poseía la superioridad numérica de más de dos contra uno, sino que todas las demás ventajas estaban de su parte. Los tai-eschutos acudían montados sobre rápidos corceles, sin tener la impedimenta de los enseres y bagajes; y, a pesar de todo, precisamente porque los mongoles llevaban consigo a sus mujeres, hijos y rebaños, no les era posible evitar el combate, pues significaría perder todo lo que poseían y era indispensable para su vida.

En aquellos momentos de mayor apuro, Temudschin rompió con la tradición. Asimilándose de una manera asombrosa el modo de pensar del enemigo, cualidad que siempre le distinguió en las situaciones más comprometidas, el joven general mongol cambió por completo todo el orden de la batalla.

En tales circunstancias había siempre una barrica da compuesta de carros; los rebaños fueron colocados en el centro del círculo, y desde los carros, parapetándose detrás de ellos, los guerreros disparaban sobre el enemigo. Temudschin dio orden de colocar, formando círculo, todos los carros en su ala extrema, encargando a las mujeres y niños, armados de arco y flechas, su defensa. Colocó a un lado de otra sus trece *guran*, hasta que la otra ala del ejército apoyóse en un bosquecillo impenetrable para la caballería. Cada *guran* estaba formada como durante el juego de guerra: cien nombres a lo ancho por diez jinetes de fondo. El frente y los flancos cubiertos por la caballería pesada, que llevaba, como armadura, placas de hierro sujetas con correas. Recias monturas de cuero protegían a sus caballos.

Los tai-eschutos se acercaban en un frente más amplio, de cinco filas de fondo. Las dos primeras — también jinetes con armadura — se pararon de pronto, dejando pasar entre ellas a la caballería ligera, protegida tan sólo con cuero endurecido. Ésta, como un enjambre, se adelantó, lanzando sus dardos y haciendo caer sobre los mongoles una verdadera lluvia de flechas.

Las *guran* de Temudschin no se dejaron arrollar. Contestaron con iguales armas, y sus lanzas y flechas, mejor dirigidas, debido a que estaban en reposo, obligaron a los tai-eschutos a volver grupas antes de lo conveniente.

La segunda fase del combate empezó de la misma manera: la caballería pesada dejó pasar nuevamente a la ligera, que lanzóse al galope contra el enemigo, algo desordenado a causa de la escaramuza que acababa de sostener para echarse sobre la doble hilera de tropas con armadura. Pero, en el mismo instante en que la caballería ligera volvía grupas, Temudschin dispuso sus *guran* para el contraataque y, antes de que las dos hileras de jinetes de Tartugai tuviesen tiempo de protegerse debidamente, tropezaron con las diez hileras de atacantes, que, en trece sitios, rompieron la delgada cadena enemiga.

A partir de aquel momento, y según la costumbre, el orden de combate debía trocarse en un salvaje cuerpo a cuerpo... Pero, en lugar de esto, cada *guran* describió un arco de círculo y allí donde los esparcidos tai-eschutos intentaban organizarse de nuevo, tropezaron con una compacta formación que atacaba sin demora, matando y destruyendo.

Y en seguida pudo comprenderse la razón del orden dispuesto por Temudschin, que tendía a desviar, en su mayor parte, la superioridad numérica enemiga del lugar en que ocurriría la decisión. La caballería ligera, que había cumplido su cometido en las escaramuzas preliminares, abandonó el verdadero campo de batalla para lanzarse contra la barricada de carros, ya que el primero en llegar se apoderaba del mejor botín. Pero antes de que lograran vencer la encarnizada resistencia de los defensores, la *guran* más cercana los atacó por la espalda, matándolos a sablazos.

Las tribus que, alentadas por la esperanza de una presa fácil, habían acompañado a Targutai, fueron las primeras en emprender la huida.

Al atardecer, la victoria de los mongoles era completa. Más de seis mil tai-eschutos cayeron y setenta de sus jefes fueron hechos prisioneros.

Pero también los mongoles habían tenido grandes pérdidas y el mismo Temudschin, herido de un flechazo en el cuello, se salvó gracias a que el fiel Dschelme lo sacó del campo de batalla exponiendo su propia vida...

Cuando volvió en sí dio orden de pasar por las armas a los setenta jefes, con Targutai al frente.

Semejante decisión era algo insólita en la guerra de los nómadas. Por lo general, se apresaba al enemigo, reduciéndolo a esclavitud, o bien se le devolvía la libertad mediante un crecido rescate; pero tan sólo se mataba a un enemigo personal o a un rival en lucha por la supremacía. Con aquella orden extraordinaria, Temudschin significó que todos aquellos cabecillas eran rebeldes a su legítima supremacía como hijo de Yessughei. Y afirmó una vez más sus reivindicaciones al dirigirse inmediatamente, con todo su séquito, a los pastos de su familia en el bajo Onón.

Todavía en camino hacia el Onón se presentó de pronto un jinete ante los mongoles, abrióse paso hasta Temudschin y se echó a sus pies.

— Soy Dschirguadei, de la tribu de Issut. Fui yo quien, en la lucha, te herí con una flecha. Si quieres matarme no harás más que ensuciar un trocito de tierra; si me tomas a tu servicio soy capaz de parar el agua corriente y convertir para ti las rocas en arena.

Los jefes que acompañaban a Temudschin no esperaban más que una señal para despedazar al fanfarrón, quien había vertido la sangre de su señor. Pero Temudschin no dio

la señal. Contempló atentamente al joven guerrero tendido en el polvo, a sus pies.

— Cuando alguien quiere matar a su enemigo, guarda el secreto — dijo, por fin —. Tú, en cambio, nada me ocultas. Sé, pues, mi compañero. En recuerdo de tu hecho te llamaré *Dschebe* (flecha).

Le mandó levantarse y permitióle elegir nueve hombres para que los mandara como cabo.

Esta clase de rasgos eran característicos en Temudschin; durante toda su vida premió la franqueza, el valor y la fidelidad aun en el enemigo. Y jamás se equivocó en la elección de sus compañeros. Aquel joven cabo llegó a ser *Dschebe-Noion* (príncipe flecha), que más tarde, fue el primero en penetrar en China, atravesó Pamir y, junto con Subutai, arrolló a los perros, pasó el Cáucaso y venció a los príncipes rusos.

V

Temudschin era único y supremo jefe legítimo; los demás eran tan sólo rebeldes, a los que se castigaba con la muerte. Temudschin se estableció nuevamente en los territorios de su familia, y quien no quería pasar por rebelde estaba obligado a acudir a su encuentro y declararle su sumisión...

Y entonces empezó una emigración hacia el Onón de los esparcidos parientes tai-eschutos y todas las demás tribus que, a la muerte de Yessughei, hicieron defección.

Temudschin acogió con benevolencia a todo aquel que le acató. Hasta Munlik, que, en los instantes más críticos, abandonó a la familia que Yessughei le confiara, se presentó, vacilante, en el *ordu*. Pero no se le hizo reproche alguno y recibió un puesto de honor entre los nobles.

Pero Munlik sabía perfectamente que Temudschin no olvidaba nada, y, para borrar la falta cometida, demostró una extraordinaria actividad: fue de tribu en tribu, de familia en familia, declarando por doquier que había llegado el momento de elegir, por fin, un nuevo kan de los mongoles.

Los compañeros de Temudschin acogieron con entusiasmo aquellas palabras. Y cuando vino también Goktschu, hijo de Munlik, que siendo todavía joven era ya un famoso *schaman* (sacerdote), y declaró a voces que el Eterno Cielo Azul (Menke Koko-Tengri) no había destinado a nadie más que a Temudschin como Kan, cesó toda oposición.

Entre los jefes del *ordu* había cuatro que se consideraban más importantes y dignos, pero desconfiaban unos de otros.

Es más, cuando Munlik propuso ante todos los nobles a Temudschin, éste ofreció a los cuatro, uno después de otro, por orden de edades, la dignidad de Kan. Y todos la rechazaron, declarando:

— A ti te queremos por Kan. Y nosotros seremos siempre los primeros en la lucha contra el enemigo, y cuando apresemos bellas mujeres y muchachas te las traeremos, así como el mejor botín. Durante la caza, iremos ante todos los demás y te cederemos las piezas cobradas. Si en la lucha desobedeciésemos tus órdenes, o si, en tiempo de paz, perjudicásemos tus intereses, quítanos nuestras mujeres y ganados y abandónanos en el desierto.

Aquellas palabras gustaron a los demás jefes, delineando, además, las atribuciones del Kan de los mongoles: debía llevarlos a la victoria contra el enemigo para que, de este modo, pudiesen conseguir todo lo que anhelaba el corazón de los nómadas: mujeres hermosas, rápidos caballos, buenas armas y ricos trajes; debía proporcionarles numerosas ocasiones de cazar, así como cuidarse de encontrar abundantes pastos para sus rebaños. A cambio de todo esto, le cederían lo mejor del botín y le obedecerían en la lucha. Pero tan pronto como terminara la guerra, su única obligación sería no perjudicarles en sus intereses y no molestarles en todo lo demás.

Y Temudschin aceptó aquella delimitación de sus derechos y deberes:

— Todos los que os habéis reunido aquí deseáis elegirme como vuestro Kan. Si el cielo me protege y me ayuda, seréis todos mis primeros fieles y mis felices compañeros.

La elección fue celebrada con gran esplendor. El Kan, de veintiocho años de edad, no escatimó comida ni bebida. No hubo tan sólo el *kurriys* ordinario (leche de yegua batida hasta su fermentación), sino también *karakumys*, o leche batida el tiempo necesario para que todas las partículas se posen y la bebida se vuelva clara y espumosa.

Hubo, además, otro motivo de festejo: Munlik se casó con Oelon-Eke, la madre de Temudschin. Era éste un honor extraordinario, puesto que los mongoles no se casaban nunca con una viuda porque, después de la muerte, deben volver con su primer marido. Debido a ello, los hijos se podían casar con las esposas de su padre, exceptuando, desde luego, a su propia madre. Así, pues, al casarse con Oelon-Eke, Munlik pretendía demostrar al difunto Yessughei que la guardaba para él, así como su respeto. Semejante acontecimiento era digno de ser celebrado de una manera especial, y ni ella ni Munlik quisieron ser menos espléndidos que el mismo Kan.

Durante este banquete corrió demasiado el *kurriys*, y, de pronto, la esposa de un jefe creyó observar que se la honraba menos que a la otra, y los nombres vinieron a las ma-

nos. Belgutei, el medio hermano de Temudschin, que hacia el oficio de copero, quiso poner orden y los que se disputaban le hirieron en el hombro. Otros jefes acudieron en su ayuda y no tardaron mucho en golpearse mutuamente con los vasos y cacharros, hasta que, finalmente, los hombres de Temudschin los echaron a golpes de la tienda.

El mismo Temudschin no se mezcló en la disputa; inmóvil, lleno de dignidad, permaneció el joven Kan en su asiento, cubierto con la piel de su caballo blanco. Y cuando los expulsados Satscha-Beg y su amigo Daitschu, en lugar de ser prudentes, se alejaron refunfuñando, siguió silencioso. No obstante, les envió mensajeros para restablecer, aparentemente, la paz. El festín continuó como si nada hubiese ocurrido. Pero Temudschin lo veía todo y no olvidaba nada.

ALIANZA CON EL EMPERADOR KERAITO

I

POR fin los mongoles se han mostrado listos — pensaba Toghrul, el Kan de los keraitos —. No era posible que prosperasen sin un Kan.»

Y se alegraba de que fuese su hijo adoptivo quien había sido elevado a este puesto de honor. El verdadero pueblo mongol, los Bada, como se llamaban a sí mismos, era el más pequeño de los pueblos nómadas que vagaban por las estepas situadas en los límites del desierto de Gobi, y casi cada uno tenía su propio Kan, un Beg o cualquier otro príncipe, que cuidaba de que en su territorio reinase cierto orden.

Pero el poder de aquellos príncipes era muy restringido. Los diferentes jefes pasaban, a su antojo, con sus tribus, de un príncipe a otro, se hacían mutuamente la guerra y atacaban también a la tribu del príncipe si éste se debilitaba.

Por consiguiente, Temudschin, que durante su corta vida había experimentado todas las vicisitudes de la existencia nómada, no confiaba demasiado en su nueva dignidad, y, ante todo, se ocupó en fortalecer su propio *ordu*. Todo valiente guerrero era bien recibido por él y podía — entre Boghurtshi, Dschelme, Muchuli y Belgutei, los mejores de sus fieles, a quienes había nombrado *oertok* (los más distinguidos) — maniobrar en las ciudades cerradas, aprendiendo a tirar, a luchar, y era después incorporado a

ías brigadas ya existentes. Así, poco a poco, el joven Kan constituyó un verdadero ejército, una tropa de selección, siempre dispuesta a la lucha y que le era fiel hasta la muerte.

Pero el joven Kan no se preocupaba únicamente de su propio *ordu*, sino de todo el territorio bajo su dominación.

Con el pretexto de cuidarse del bienestar de sus vasallos y poder también, en caso de necesidad, acudir en su ayuda, ordenó a cada tribu que le enviase inmediatamente, cada vez que aconteciera algo importante, rápidos mensajeros para informarle. El mismo tenía siempre dispuestos cierto número de sus mejores jinetes para servirse de ellos como mensajeros, y cada *ordu* que atravesaban debía proveerles de caballos de refresco y ligeros para que, «como flechas», pudiesen llevar más lejos las órdenes del Kan.

Nunca monarca alguno mostró tanto interés por saber lo que pasaba en cada una de sus tribus vasallas. Los mensajeros eran bien tratados por Temudschin; recibían regalos con los que podían ufanarse en casa, y por eso los guerreros no tardaron en disputarse el honor de cabalgar hacia el Onón, y casi siempre encontraban algo digno de ser comunicado al Kan: «que se cambiaba de pastos, que una tribu amiga venía de visita, que un traficante u otro había llegado...». Y Temudschin tenía tal arte para interrogar a los mensajeros mientras bebían el *kumys*, que estaba perfectamente informado de las idas y venidas y de los tejemanejes de los cabecillas...

Uno de estos mensajeros vino a anunciarle que del reino de la China había llegado a Toghrul, Kan de los keraitos, una embajada, y Temudschin mandó una compañía para invitar a los embajadores a visitarle en su *ordw*.

Los enviados chinos habían recibido también la orden de informarse de cuanto ocurría en el país de los bárbaros y, por consiguiente, accedieron gustosos a prolongar su viaje hasta pasado el Onón, para cerciorarse de qué clase de persona era el nuevo Kan que allí residía.

La entrevista transcurrió con la mayor satisfacción por ambas partes. Temudschin recibió la embajada con grandes muestras de cortesía, lo cual había aprendido entre los chungiratos; su esposa presentóse como la hija de un jefe que moraba cerca de la frontera china... Por consiguiente, se podía confiar en él. Le contaron que una gran tribu tártara había emprendido una nueva expedición de pillaje más allá de las fronteras de China, y que, por lo tanto, el emperador Tschang-tsung había decidido infligirles un castigo ejemplar. Pero, dado que los tártaros tenían la seguridad de poder huir, como siempre, a las inmensidades de sus estepas tan pronto como divisasen a los soldados imperiales, el objeto de su viaje era rogar al Toghrul-Kan de los keraitos que les impidiese la retirada.

Temudschin vio en esto una ocasión favorable no tan sólo para vengarse de los tártaros, cuya tribu había envenenado a Yessughei, su padre, sino para realzar su propio valor como nuevo Kan y la bravura de los mongoles en las estepas. Inmediatamente envió sus mensajeros «flechas» al Toghrul-Kan, con la propuesta de partir juntos a la expedición, y varias tribus mongolas en las que podía confiar y que vivían cerca de la frontera, con el encargo de penetrar, como gente inofensiva, en el territorio tártaro para informarle de las fuerzas y del lugar en que estaban situados los campamentos...

Perseguidos por la infantería china, atacados por sorpresa por los keraitos y los mongoles, los tártaros fueron totalmente derrotados.

El botín que hicieron en China, durante su expedición de pillaje, cayó en manos de los keraitos y de los mongoles, y éstos, desde luego, no pensaron siquiera en devolverlo a los chinos. Una pieza de lujo, que Temudschin envió a su *ordu*, era algo que nunca se había visto en la estepa: una cuna de plata con colcha bordada en oro.

Pero lo más importante para Temudschin era que las tribus mongolas, reunidas nuevamente, habían ido a la guerra bajo su mando, consiguiendo una brillante victoria. A todo esto debía añadirse que el general chino, que ni un solo momento esperó le fuera devuelto el botín, envió a China la noticia de su victoria mencionando la ayuda de los mongoles. En recompensa, Toghrul fue nombrado Wang-Chan — príncipe chino — por el emperador Tschang-tsung, y el jefe mongol, totalmente desconocido, obtuvo el título, naturalmente más modesto, de Tschao-churi, plenipotenciario entre los rebeldes de la frontera. Semejante honor, que llevaba consigo cierta relación con el todopoderoso emperador chino, excitó la admiración en la estepa-

Así, pues, con el título de Tschao-churi fue citado en 1194, por primera vez, el conquistador del mundo en los anales del Imperio chino.

II

Wang-Chan, como gustaba Toghrul de hacerse llamar, se sentía satisfechísimo de su hijo de elección. Temudschin no desperdiciaba ocasión alguna para demostrar al príncipe de los keraitos su respeto. Juntos celebraron el triunfo alcanzado y la nueva dignidad obtenida. Toghrul fue huésped de Temudschin, cazando juntos en los territorios de éste y el mongol hizo empujar hacia el keraito las mejores fieras, regalándole después las piezas cobradas. Deseaba vivir siempre en buena amistad y perfecto acuerdo, contrayendo el solemne compromiso de que si entre ambos surgía algún

litigio no se fiarían de nadie y arreglarían por sí solos, de un modo amigable, el asunto.

Y Wang-Chan tomó en serio su amigable ayuda.

Satscha-Beg y su amigo Daitschu no prestaron oídos a la orden de marchar contra los tártaros. «Hirieron a mi medio hermano en mi propia tienda y me han negado obediencia cuando fui a la guerra. ¿Soy o no su Kan?», preguntó a su padre de elección, y el Wang-Chan emprendió, en unión de él, una expedición de castigo. Ambas tribus fueron aniquiladas, y los dos jefes desobedientes, ejecutados.

La tribu fronteriza de los naimanos, un pueblo turco del Oeste, había aprovechado la ausencia de Toghrlul para invadir el territorio de los keraitos. Entonces Temudschin acudió en ayuda de su padre de elección. Atacaron a las tribus y las derrotaron.

Pronto todos los pueblos nómadas del Norte y Oeste, del Este y Nordeste, se dieron cuenta de lo que para ellos significaba aquella alianza. Año tras año iban los ejércitos de Toghrlul y Temudschin contra algún pueblo fronterizo, y toda resistencia era inútil; quien no se sometía incondicionalmente, era derrotado y empujado hacia la selva o los desiertos. Sus propiedades se repartían entre los vencedores.

Pero mientras los keraitos hacían prisioneros y esclavos, Temudschin buscaba los mejores guerreros para incorporarlos a su ejército, les daba como esposas a las hijas de los mongoles y, en la primera expedición guerrera en que formaban, les asignaba ya su parte en el botín, de modo que, después de cada guerra, su ejército se acrecentaba, aumentando en fuerza combativa.

Esto duraba desde hacía seis años. Por fin, en el séptimo — el año del polluelo *Taha*, 1201 —, los príncipes de todas las grandes tribus nómadas comprendieron que tan sólo era cuestión de tiempo el ser atacados a su vez y sometidos. Dschamugha-Setschen, el *andah* de Temudschin, que desde el momento en que se separó, hacía ya veinte años, observaba con envidia el ascenso de su amigo de la infancia, no había cesado en sus esfuerzos para formar una contra-alianza. Todos: Tuchta-Beg, el jefe de los merkitas; luego, los bargutas y los chungiratos, a los que asustaba el peligro de verse vencidos por los mongoles, de cultura inferior, se mostraron, por último, dispuestos a emprender conjuntamente una expedición guerrera contra el peligroso y ambicioso Temudschin.

Todos estaban de acuerdo en que tan sólo de él provenía el insupportable estado de cosas, puesto que Temudschin era quien organizaba las expediciones de conquista, ya que Toghrlul reinaba desde hacía muchos años sin pensar siquiera en ampliar el reino de los keraitos. Por eso se

reunieron cerca del río Argus y prestaron el más solemne juramento que existía entre los nómadas: mataron con la espada un potro blanco, un toro, un macho cabrío y un perro, y repitieron solemnemente la frase que Dschamugha pronunciara:

— ¡Oh Dios, oh cielo, oh tierra! Vos, creador de estos animales, oíd nuestro juramento: ¡Que nos ocurra lo que a ellos si no cumplimos nuestra promesa y faltamos a esta santa alianza contraída entre nosotros!

Luego se dirigieron hacia la elevada orilla del río, cortaron árboles, los echaron por la pendiente al agua y desmoronaron la orilla con los pies, diciendo: «Si alguno de nosotros falta al juramento, que le ocurra como a esta tierra y a estos árboles.»

Y, finalmente, eligieron a Dschamugha-Setschen como Gur-Kan — el Kan de los pueblos —, que los conduciría contra el enemigo común.

A Dschamugha no le quedaba, pues, otro remedio que marchar inmediatamente contra Temudschin o esperar a las distantes tribus, especialmente los tuchta-beg y parte de los chungiratos. Pero, si esperaba, corría el peligro de que también los enemigos reuniesen sus fuerzas, y el momento era propicio, puesto que Toghrlul se encontraba con un ejército principal en el río Tula, a cientos de kilómetros del Onón, donde estaba Temudschin, que nada sospechaba. Por consiguiente, se decidió un ataque inmediato por sorpresa.

Pero al elegir sus aliados habían olvidado que Dai-Setschen, el suegro de Temudschin, pertenecía también a los chungiratos, y aunque su tribu faltase en el *Arqun*, no por eso había dejado de ser invitada. Éste, sospechando algo malo, avisó sin demora a su yerno, y les fue fácil a las esnías de Temudschin saber dónde y con qué intenciones se habían reunido las tribus nómadas enemigas.

Ya a medio camino hacia el Onón, Dschamugha se tropezó de improviso con el ejército de Temudschin, dispuesto para el combate y en una posición cuidadosamente escogida. La batalla estaba decidida antes de haber siquiera empezado. Dschamugha fue derrotado y a duras penas logró salvarse huyendo.

A partir de aquel momento, todos los territorios estaban abiertos para Temudschin. Pero antes de emprender la marcha, con el fin de reducir definitivamente a la obediencia a todas las tribus, mandó organizar un tribunal de castigo.

Antes del combate había dado una orden, que más tarde fue inscrita en su código — la Yema —: «En la victoria, perseguir denodadamente al enemigo y no entretenerse en el pillaje. El botín será dividido en partes equitativas después de la batalla.»

Pero sus más importantes parientes: **Altan, Kutschar, Daaritai**, se creían, por esta innovación, agraviados en el más sagrado derecho del nómada de reunir tanto botín como le fuera posible. ¿Deberían acaso permitir que Temudschin indicase cuánto les correspondía? ¡Eran de familia más noble que él, y no le habían elegido Kan para eso...!

Tan pronto como la batalla quedó decidida, se arrojaron sobre el carro de Dschamugha, dejando que los demás persiguiesen al enemigo.

Temudschin los vio robando; vio también sus miradas retadoras cuando se dieron cuenta de que los observaba. No dijo una sola palabra. Esperó hasta que todo su ejército hubo regresado de la persecución. Luego mandó a sus guerreros rodear a sus parientes y sus adeptos, quitándoles todo lo que habían robado para repartirlo equitativamente con el botín restante. Altan, Kutschar y Daaritai no solamente fueron excluidos del reparto, sino que, cuando Temudschin se puso en marcha para someter a los territorios vecinos, fueron enviados a su casa.

Con ira reprimida, los más nobles de los mongoles aguantaron, silenciosos, la afrenta recibida y separáronse del resto del ejército. Se dieron cuenta, demasiado tarde ya, de que el Kan por ellos elegido no sería un condescendiente protector de sus bienes, sino un amo duro y sereno. Pero los príncipes mongoles, amantes de la lucha y la libertad, no pensaron siquiera en someterse al yugo...

III

De pueblo en pueblo, de tribu en tribu, marchaba el victorioso Temudschin con su ejército a través de todos los territorios vecinos, para ganarse con el arco y la espada nuevos partidarios. Pocos eran los que todavía atrevíanse a oponerle resistencia. Todo aquel que no conseguía retirarse a las montañas y selvas, iba a su encuentro cargado de regalos, hacía acto de acatamiento, entraba como vasallo a su servicio y ponía sus mejores guerreros a su disposición.

Por doquier hay cameros, *kumys* y también mujeres.

Allí donde acampaba, el mongol tenía su casa. Cada día era hermoso; cada noche, una fiesta. Era agradable beber y comer con amigos y vasallos; era hermosa la vida del guerrero.

En aquella época, Temudschin preguntó a su *oerlok* cuál era el mayor placer de la vida de un hombre. Uno tras otro le contestaron: el uno prefería las batidas; el otro, la caza de halcones; un tercero, la lucha con los animales salvajes, el hombre contra el animal, como lo más hermoso. A cada

contestación sacudía él la cabeza negativamente: «¡La mayor felicidad en la vida humana —replicó— es vencer a los enemigos y perseguirlos! ¡Cabalgar sus caballos y quitarles todo lo que poseen! ¡Hacer que vean, bañadas de lágrimas, las caras de los seres que les fueron queridos, y estrechar entre los brazos a sus mujeres e hijas!»

Temudschin había llegado ya a la cuarentena. Durante los últimos diez años llegó a librar incalculables batallas y venció sistemáticamente a todos sus enemigos. Había ampliado el poder del Kan, había rehabilitado en toda la estepa la fama de los mongoles. Con el botín que le proporcionaron sus compañeros se había enriquecido. De sus cuatro hijos, los tres mayores, Dschutschi, Tschagatai y Uge-dei, ya le acompañaban en sus expediciones, mientras que Tuli, el menor, era, según la costumbre, *utsehigin* —guardián del ganado—, es decir, que, junto con Burte, la madre, se quedaba en el Onón para proteger al ordu. Tenía también una hija, pero no sabía aún con qué príncipe casarla —debía ser con uno cuya amistad tuviese gran importancia para él—. Entre tanto, quedaban aún unas cuantas tribus de cuya conducta no estaba todavía seguro.

Y he aquí que del Onón llegó a su campamento un mensajero con la siguiente noticia:

— Tu esposa Éurte-Chatun — señora Burte —, tus hijos principescos, los grandes y nobles de tu reino, tu noble pueblo, todos se encuentran bien: esto manda decirte Burte-Chatun. El águila hace su nido en elevado árbol, pero mientras se confía, despreocupada, en la seguridad del árbol, otros pájaros más pequeños le destruyen el nido y se comen los huevos y los pequeñuelos...

Inmediatamente, Temudschin interrumpió su expedición, dejó que los jefes, con sus tribus, regresasen a sus casas, y él dirigióse con su ejército hacia el ordu, al **Onón**.

Pero cuanto más se acercaba a sus posesiones, mayor era su preocupación. Finalmente, mandó parar al ejército y convocó en su tienda a los generales—su valeroso *oerlok*—, para un importante Consejo.

Asombrados, oyeron cómo su poderoso Kan, el vencedor de todas las tribus nómadas, a quien nadie se atrevía a replicar, el que castigaba cruelmente a quien le desobedecía y ante el cual todos los enemigos emprendían la fuga, les contaba sus cuitas:

Cuando cabalgaban por el país de los merkitas y tuchtabeg, derrotados por ellos, huyó a las selvas uno de los príncipes merkitas, que mandó a Temudschin, en señal de sumisión, a su hija Chulan y una tienda de pieles de leopardo. Era aquélla tan hermosa que Temudschin la tomó inmediatamente por esposa. Pero ahora, que se trataba de regresar al *ordu*, tenía grandes preocupaciones, que explicó en un largo discurso:

— Mi esposa Burte, a la que me prometí en mi infancia, me fue entregada por mi noble padre como esposa madre. Durante la campaña he vivido con Chulan, y ahora me cuesta trabajo presentarme ante mi Burte, que me espera en casa. Sería, además, vergonzoso que nuestro encuentro adquiriese el cariz de una riña doméstica en presencia de los recién adquiridos subditos. Por consiguiente, uno de vosotros, mis *oerlok*, debe adelantarse e ir a hablar, en mi nombre, con mi esposa Burte...

Estos nuevos generales, cuyo valor quedó comprobado en docenas de combates, miraron tan cohibidos a su Kan como éste les contemplaba a ellos, y ninguno se ofreció para ejecutar tan honroso encargo: ni el fiel Dschelme, ni el decidido Dschebe, ni su primer compañero, Boghurt-schi, ni el que le salvó la vida durante su cautiverio en el campamento de Targutai: Sorgan-Schira. Por fin, Muchuli, que fue el primero en desear la elevación de Temudschin a la dignidad de Kan, se declaró dispuesto a aceptar el encargo, y todos respiraron, aliviados.

La «saga mongola» describe como Muchuli, cuando llegó al *ordu*, se inclinó profundamente ante Burte y quedó sentado ante ella, como mudo. Ésta, según la costumbre, le preguntó detalladamente por la salud del Kan, por la suya propia, por la de todos los conocidos del séquito del Kan y, finalmente, cuando ya no había nada más que preguntar, se informó del motivo de su llegada.

Desde luego, el encargo de Muchuli era cosa delicada, pero él cortó por lo sano, sin disculpar lo más mínimo a su jefe:

«No seguía los usos y costumbres, no hacía caso de los consejos de los nobles. Se divertía en la tienda de pieles de leopardo sin esperar siquiera la llegada de la noche, contrariamente a todas las conveniencias; se unió a Chulan...»

Pero como Burte permaneciese silenciosa, a pesar de saber que Temudschin no había tomado a Chulan como concubina, cual hiciera antes con muchas princesas cautivas, sino en calidad de verdadera esposa, creyó oportuno aducir una excusa:

— Para poder dominar lejanos pueblos, tomé a Chulan como esposa... y, para anunciároslo, me manda a vuestra presencia —• dijo, vacilante.

Pero siguió sin ocurrir nada. Burte únicamente quería saber dónde se encontraba en aquel momento Temudschin, y supo que el príncipe, con su ejército, estaba tan sólo a unas pocas jornadas de distancia y esperaba su respuesta.

Ésta fue más suave de lo que Temudschin y Muchuli esperaban.

— Mi voluntad y la de mi pueblo están sometidas al poder de nuestro príncipe — dijo la astuta Burte —. Hágase la voluntad del Kan cuando quiera trabar amistad o unirse

con alguien. Entre los juncos hay muchos patos y gansos, y mi amo sabe mejor que nadie cuántas flechas debe disparar antes de que sus dedos se cansen. Pero se dice: «¿Permite un potro salvaje que le ensillen, y la primera esposa que su marido tome una segunda? Demasiado, es malo; pero, quizá, demasiado poco no es conveniente...» — Reflexionó un momento y luego decidió —: El amo puede otorgarse una nueva esposa y una nueva casa.

Al conocer esta respuesta, se le quitó un gran peso del alma a Temudschin. Preparó para Chulan-Chatun un *ordu* propio, con tiendas, rebaños y servidores, separado del de Burte, y, aliviado, fuese hacia el Onón.

A pesar de las muchas mujeres que en lo sucesivo se casó Temudschin, entre ellas princesas chinas y persas, a ninguna quiso tanto como a Chulan. Y aunque, más tarde, su tribu le traicionó y no dejó a ningún merkita con vida, no solamente perdonó a su hermano, sino que le nombró comandante de una parte de su guardia personal. Cuando concibió la sospecha de que su propio hermano Kassar hacía la corte a Chulan, por poco lo mata. Chulan era la única de sus esposas que podía acompañarle en la guerra de la conquista del Asia Anterior y de países lejanos... No obstante, durante la ceremonia de su coronación, como Cha-Kan, hizo que Burte se sentase a su lado. Únicamente los hijos de Burte podían ser elegidos Gran-Kan. Y aunque no sabía si Dschutschi era realmente hijo suyo, sus hijos reinaron sobre una cuarta parte del mundo, mientras que Jos hijos y nietos de Chulan desaparecían en la masa de los mongoles. Pues únicamente Burte era, según la tradición, da esposa madre que le fue entregada por su noble padre».

PELIGROS INMINENTES

I

BURTE veía surgir en el Oeste grandes peligros. Sengun, el hijo de Toghrul, tenía un nuevo amigo: Dschamugha, quien, desnués de su derrota, había huido, buscando refugio en su tribu. Estaban siempre juntos y algo tramaban... Sengun había sido siempre contrario a la amistad de su padre con Temudschin. ¡El jefe mongol deseaba su elevación!

Y, por el momento, reunió a todos sus enemigos, recibiendo con los brazos abiertos a los parientes expulsados de Temudschin: Altan, Kutschar, Daaritai. Éstos se habían ido, con todos sus parientes, al país de los keraitos, some-

tiéndose a Wang-Chan y constituyendo actualmente parte de sus más preciados compañeros. ¡Esto quería decir algo malo!

Pero Temudschin la tranquilizó: entre él y Wang-Chan existía el convenio solemne de no prestar oídos a nadie y arreglar amigablemente cualquier litigio que pudiera surgir entre ellos. Su amistad duraba desde hacía muchos años.

Pero Burte le recordó que Wang-Chan, ya en otra ocasión, en plena noche, lo había abandonado antes del combate con los naimanos, y que, en otra circunstancia, no le envió su parte del botín. Bien es verdad que luego regresó muy compungido, porque los naimanos le atacaron a él y no a Temudschin. Y la última vez acudió cuando su propio hermano se rebeló contra él y necesitó la ayuda de Temudschin. Por el momento, la paz reinaba en el país de los keraitos, los enemigos estaban derrotados, y Burte se preocupaba inútilmente.

Largo tiempo discutió con ella Temudschin. Luego envió emisarios a Toghrul para pedirle su hija como esposa de Dschutschi, su hijo mayor. Al propio tiempo pedía un nieto de Toghrul para su propia 'hija.

Esta solicitud fue un desgraciado acto diplomático. Era precisamente lo que Sengun necesitaba para despertar en el alma de su padre sospechas contra el evidente deseo de Temudschin.

Ahora podía ver lo que Temudschin pretendía: ¡el trono de los keraitos! ¡En cuanto falleciese Toghrul, haría valer sus derechos de heredero en favor de Dschutschi! ¡Aquel mongol estaba dominado por una loca ambición! ¡Era necesario hacerlo inofensivo antes de que llegase a ser realmente peligroso!

En vano trató Toghrul de sustraerse a estas insinuaciones. Inútilmente decía que de Temudschin no había recibido más que bien, y que en él no vio más que humildad y respeto.

— ¡Mi cabello es blanco, soy viejo ya; dejadme morir en paz! — solía decir a su hijo.

Pero Sengun, ayudado por Dschamugha, encontraba siempre nuevos argumentos:

No se podía negar que Temudschin se había mostrado siempre, ante el emperador keraito, humilde y respetuoso. Claro estaba: porque precisaba su ayuda. Había llegado a ser lo que era gracias a los keraitos. ¿Y cómo se mostraba ahora? ¿Acaso cuando los merkitas raptaron a Burte no le ayudó Dschamugha y le protegió contra los tai-eschutos? Y, sin embargo, Temudschin no se avergonzaba de atacarlos, lleno de envidia, únicamente porque Dschamugha había sido elegido Gur-Kan, porque poseía un título más elevado que el suyo. ¿Y cómo se había portado con los nobles mongoles que, renunciando a sus propios privilegios, le habían

elegido Kan? ¡Mató a sus propios parientes: a Targutai, a Satscha-Beg! ¿Y Altan, Kutschar y Daaritai? ¡Únicamente con la huida lograron librarse del mismo destino! El tan liberal Temudschin no les dejó siquiera su poquito de botín... Toda su humildad no era más que astucia, y gracias a ella había conseguido ya bastantes partidarios entre los keraitos. Al expirar Toghrul, Temudschin empezaría una interminable querrela, aprovechando debidamente las disputas entre las diferentes tribus. Como emperador, el deber de Toghrul era no pensar en su edad y su comodidad, sino en la seguridad y existencia de su Imperio...

El viejo príncipe keraito no estaba en condiciones de luchar contra aquellas intrigas. Empezó a cavilar. Quizá tuviese razón su hijo; tal vez fuera conveniente impedir que Temudschin pudiese llegar a ser peligroso mientras él estaba con vida y era el legítimo Wang-Chan, poseedor de la autoridad necesaria. Conocía a su hijo y su carácter desconfiado y cruel, sabiendo muy bien que los jefes no le obedecerían fácilmente, sobre todo habiendo cerca de la frontera un Kan tan poderoso y ambicioso como Temudschin.

— Haz lo que te parezca — dijo por fin—. Yo no quiero saber nada de todo eso.

Sengun no necesitaba más que este permiso. Envío mensajeros a los mongoles: Temudschin podía ir para tratar los detalles de la boda, e inmediatamente empezó a convocar a las tribus keraitas. Era cuestión de envenenar a Temudschin durante las fiestas de recepción y, en seguida, invadir los territorios mongoles, para evitar una expedición de venganza de su *oerlok*...

En efecto, Temudschin levantó el campamento; en el camino visitó el *ordu* de Oelon-Eke, su madre, y de su padrastro, Munlik. Allí le advirtieron. ¿Acaso ignoraba que todos sus enemigos se habían reunido con Sengun para celebrar los esponsales? Oelon-Eke sabía mucho de atentados encubiertos y de perfidias, mediante los cuales, en la estepa, se quitaba de en medio a un rival peligroso... Refería muchos casos de envenenamientos, trampas, emboscadas, fosas cavadas bajo el asiento del convidado... Citaba ejemplos... Por último, Temudschin, en lugar de ir personalmente a la tribu de los keraitos, se decidió a enviar solamente mensajeros para conseguir una respuesta, y regresó a su *ordu*.

Así se veía claramente que Temudschin desconfiaba de la amistad de Toghrul, y Sengun demostró a su padre que, en semejante caso, no tenía más remedio que obrar... y rápidamente, para ganarle por la mano; por fortuna, ya había congregado a sus tropas. Así, pues, Wang-Chau, con su séquito y sus ejércitos, emprendió la marcha hacia el Este.

El ataque cogió a Temudschin totalmente desprevenido. Cuando, cerca de la frontera, dos pastores le informaron de

la llegada del Kan de los keraitos, tan sólo tenía consigo a los guerreros de su propio *ordu*, su ejército permanente, compuesto de unos cuatro mil hombres; pero estos guerreros llevaban consigo a sus mujeres y todo su ajuar y sus rebaños. Era demasiado tarde para evitar el encuentro. El ataque de los keraitos debía ocurrir durante la noche.

Inmediatamente, mensajeros «flechas» corrieron por todas partes hacia las tribus mongolas más cercanas, con la orden de que se levantaran inmediatamente y se dirigiesen sin demora al *ordu* del Kan. Entre tanto, se empujaron los rebaños estepas adentro, y las mujeres, los niños, los camellos y los enseres más preciosos, cargados en los carros, fueron enviados lejos del lugar. Temudschin mismo, con todos los hombres útiles, retrocedió a una distancia de medio día de marcha y, en una región montañosa, se apostó a la defensa. El campamento quedó tal como estaba. Dschelme, con una pequeña división, recibió la orden de encender, al oscurecer, los fuegos y luego cabalgar en pos del grueso del ejército.

Cuando los keraitos vieron las hogueras, esperaron un buen rato, rodearon desde muy lejos el campamento y acercáronse con toda clase de precauciones. Finalmente, a un toque de trompetas, arrojáronse, en medio de salvaje griterío, sobre las tiendas, con el fin de matar a los sorprendidos durmientes. Pero la sorpresa fue para ellos al encontrar el lugar vacío.

Ahora bien, el campamento ofrecía un aspecto como si sus ocupantes acabasen de abandonarlo en rápida huida. Enseres y restos de comida yacían esparcidos por el suelo. No cabía duda: los enemigos habían visto llegar a los que pretendían rodearlos y huyeron inmediatamente, dejándolo todo tal como estaba.

Cargados con mujeres, niños y rebaños, no estarían en condiciones de luchar... Aprovechando la oscuridad, los keraitos emprendieron la persecución.

Entre tanto, con toda calma, Temudschin se había preparado para el combate. Dio a cada división instrucciones referentes a su cometido. Cuando se presentó Toghrul con el grueso del ejército, sus vanguardias habían sido ya exterminadas. La región montañosa era molesta para el atacante, y el lugar había sido elegido de tal manera que el ejército keraito no podía desplegarse en su totalidad. Pero, a pesar de la férrea disciplina de los mongoles, de su valor y de su resistencia, la superioridad numérica del enemigo era demasiado grande. Los guerreros de Temudschin empezaron a retroceder.

Temudschin había puesto en movimiento sus últimas reservas como tropas de flanco. Dividir su ya escaso ejército y hacer penetrar aquella pequeña división como una cuña entre las masas de los keraitos era una treta deses-

perada, pero tuvo éxito. En el último momento apareció, inopinadamente, su *Tug*, la bandera de su raza, sobre las colinas, a espaldas de los keraitos. El Wang-Chan viose forzado a luchar en dos frentes; y cuando, para colmo, Sen-gun fue herido de un flechazo, Toghrul comprendió que aquel día ya no le sería posible obtener un resultado decisivo. Por consiguiente, dio orden de retirarse y acampar detrás de la colina asediada.

No debía temer ataque alguno, puesto que Temudschin estaba completamente agotado, muertos sus mejores guerreros y heridos muchos de sus capitanes. Dos de sus *oerlok*, su primer compañero, Boghurtshi, y su amigo Boro-Kula, faltaban, y con ellos su tercer hijo, el joven Ugedei.

Cuando los mongoles notificaron a su Kan estas pérdidas, no se movió ni un solo músculo de su rostro. Se limitó a decir: «Preferían estar siempre juntos; juntos también murieron porque no querían separarse...»

Pero poco después se presentó Boghurtshi; al cabo de un rato, también Boro-Kula, con el rostro manchado de sangre porque había succionado la herida de flecha recibida por Ugedei, el cual yacía, sin conocimiento, delante de él, sobre la silla...

Cuando Temudschin vio aquel cuadro, se le llenaron los ojos de lágrimas. Sin embargo, ni aun entonces abandonó el campo de batalla; sólo dio orden de llevarse a los heridos.

¿Volvería al día siguiente, con sus mermadas tropas, a emprender la lucha...? Sería exponerse a una completa derrota. Tan sólo con una retirada rápida, que evitase toda persecución, podría salvarse... ¿Acaso el primer fracaso de su vida le habría trastornado hasta el punto de...?

Cuando sus compañeros le apremiaron para que, por fin, diese la orden de retirada, sacudió la cabeza: no lo haría hasta que las tropas que ocupaban la colina se unieran nuevamente a él. Si se marchaba antes, aquellos hombres estarían perdidos, y prefería correr el riesgo de una destrucción total que sacrificar a sus fieles por salvarse a sí mismo. Solamente cuando el último hombre hubo regresado, dio la orden de marcha. Y entonces excitó sin cesar a sus cansados guerreros para que corriesen tanto como sus caballos se lo permitieran.

Más tarde, siendo ya Temudschin el emperador de «todos los pueblos que viven en tiendas», y habiendo reunido a éstos en un solo pueblo, convirtió en ley la fidelidad de camaradería. La más ínfima unidad de su ejército, compuesta de nueve hombres al mando de un cabo, estaba unida en vida y muerte. Debía hacerse matar antes que abandonar a un herido. Si alguno abandonaba a un camarada, era condenado a muerte irremisiblemente.

II

A pesar de que los mongoles lucharon desesperadamente y que no fueron ellos, sino los keraitos, quienes abandonaron primero el campo de batalla, el resultado del encuentro no dejaba lugar a dudas: Temudschin había sido vencido.

Inmediatamente se notaron las consecuencias: las tribus que debían acudir en su ayuda se negaron a hacerlo.

De golpe y porrazo, sus vasallos declararon que había transgredido sus derechos de Kan. No podía darles semejantes órdenes por medio de mensajeros, sino que era necesario deliberar, todos reunidos, sobre las cuestiones de guerra y de paz. Tan sólo debían obedecerle estando ya la guerra decidida por unanimidad. Además, ¿para qué iban a luchar los jefes...? En las numerosas expediciones guerreras habían reunido más botín que nunca; tenían bastantes mujeres, esclavos y rebaños; poseían buenos pastos; ¿para qué, pues, abandonar todo esto y correr nuevos peligros y penalidades...? Si se mantenían quietos, no les pasaría nada; pero si, en cambio, acudían en ayuda de Temudschin, estaban seguros de que Toghrul, que lo perseguía, se vengaría en sus mujeres e hijos y les robaría sus rebaños y enseres. Aquella lucha era una cuestión personal de Temudschin... Si era derrotado, nuevamente pasarían ellos a ser jefes libres... ¡Y entonces reflexionarían muy bien sobre la conveniencia de elegir un nuevo Kan!

Para Temudschin y los suyos, aquella retirada era terrible. En parte alguna podían esperar ayuda, viéndose obligados a evitar las muy pobladas y hermosas praderas y buenos caminos, para que nadie se diese cuenta de su presencia. Llegaron a lugares donde los hombres y el ganado únicamente podían saciar su sed en pantanos nauseabundos; y, una vez allí, hasta las pocas tribus que les habían seguido los abandonaron, a su vez, porque se sentían sin fuerzas para seguir resistiendo.

Allí, Temudschin y sus últimos fieles juraron compartir lo bueno y lo malo y no abandonarse jamás. Ante aquellas hediondas aguas juraron que quien faltase a la palabra dada se volviese como ellas. Allí instituyó Temudschin la dignidad de los *terchanos*, que excluía a sus poseedores de la obligación de pagar tributo al Kan y les daba en todo momento libre acceso a su tienda. Podían conservar íntegro el botín hecho durante las batallas, y nueve veces podían cometer impunemente actos castigados con pena de muerte. Esta dignidad la concedía a sus fieles...

Durante aquella retirada, los mechones de pelo rojizo de las sienas de Temudschin empezaron a encanecer.

Cuando sus *oerlok* lo vieron, le preguntaron por la razón de aquellos cabellos grises, puesto que sus años no habían alcanzado todavía el comienzo de la vejez. Sin reflexionar siquiera, contestó:

— Como el cielo me ha destinado para emperador, me ha conferido este indicio de madurez, que es señal de dignidad.

No consultaba con nadie, ni con nadie discutía acerca de la situación; pero envió mensajeros a Toghrul para contarle todos los servicios y ayuda prestada, y recordarle el solemne convenio de no creer a nadie y zanjar entre sí cualquier litigio. Hizo que los mensajeros aprendieran de memoria las palabras que debían decirle:

«¡Oh Kan, padre mío! ¿Por qué te has irritado contra mí? ¿Por qué me has asustado? Si en algo te he ofendido, puedes regañarme sin necesidad de destrozar mi país y mi posesión... ¿Es que acaso me temes? ¿Por qué no gozas de paz y buena vida en lugar de hacerme la guerra? ¡Oh Kan, padre mío! En nombre de la paz, envíame tus embajadores. Que también Andah Sengun y Andah Dschamuga y mis parientes me manden cada uno su mensajero, para que podamos discutirlo todo.»

Asimismo, envió delegados a Altan, Kutschar y Daarитай, para recordarles que les había ofrecido la dignidad de Kan y prefirieron elegirlo a él. También les hizo memoria de sus juramentos. No recordaba haberles faltado, puesto que cumplió con todos los deberes jurados y los condujo victoriosamente contra los enemigos, y les preparó cacerías, y empujó las fieras hacia ellos. En cambio, ellos le faltaron a la obediencia cuando les ordenó levantarse en armas. No obstante, no les guardaba rencor y, si accedían a enviarle sus delegados, trataría con ellos las condiciones de paz.

La respuesta fue aplastante, y Sengun se la comunicó en nombre de todos: «¡Guerra!»

La situación de Temudschin era desesperada. Se vio obligado a dejar su territorio y retirarse cada vez más hacia el Sur; hasta que, cerca de la frontera de Manchuria, en la región pantanosa del lago Baldschun, se perdieron por completo sus huellas.

Y allí fue donde encontró ayuda. Las tribus del Este, asustadas por las noticias de las devastaciones y el pillaje llevados a cabo por Toghrul en las regiones que atravesaba, se unieron a Temudschin. Después llegaron guerreros de las tribus que le habían abandonado ante los keraitos.

Y, por último, cosa completamente inesperada, se presentó Daarитай, tío de Temudschin, que se había separado de Wang-Chan.

Algo importante debía de haber ocurrido...

Por las indicaciones de Daaritai y por lo que su gente le comunicó, Temudschin pudo formarse en seguida idea de los últimos acontecimientos del campamento keraito: Toghrul se había nombrado emperador de los mongoles; Dschamugha y parte de los vasallos que se independizaron encontraban que Toghrul no les daba bastante botín; consideraban a Temudschin definitivamente derrotado, habiendo dejado, pues, de ser un peligro... En vista de todo esto, Temudschin y los demás concibieron el plan de atacar a Toghrul por sorpresa, matarlo y emprender nuevamente una vida de príncipes libres e independientes. Pero alguien reveló su plan y Toghrul volvióse contra ellos, los atacó, desvalijándolos, y los amenazó, además, con penas severísimas. Altan, Kutschar y Dschamugha se salvaron huyendo hacia el Oeste, al país de los naimanos, mientras él, Daaritai, confiando en el último mensaje de Temudschin, fue a su encuentro.

Sin embargo, aun después de la defección de estos jefes, el Wang-Chan era todavía demasiado poderoso para que se atreviese a atacarlo abiertamente. Temudschin esperaba refuerzos, que debía traerle su hermano Kassar, pues éste estaba en camino con todo su *ordu*. Pero el ejército de Wang-Chan alcanzó la tribu de Kassar y la derrotó por completo.

Cuando Kassar, agotado y medio muerto de hambre, llegó hasta él con los pocos hombres que lograron salvarse huyendo, Temudschin se decidió a obrar, jugándose el todo por el todo. Ya estaba muy entrado el otoño y tenía la convicción de que, en su actual estado, le sería imposible resistir el terrible invierno mongol. Era, pues, necesario recurrir a una estratagema: dos acompañantes de su hermano, personas de toda confianza, debían, cansados y hambrientos como estaban, cabalgar inmediatamente con sus reventados caballos hacia Toghrul y ofrecerle sumisión en nombre de Kassar. El lamentable aspecto de ambos sería prueba de la desesperada situación de su jefe.

Toghrul no tenía motivo alguno para dudar de la veracidad del mensaje. Conocía a los dos hombres, gracias a las emigraciones realizadas en común, y Kassar no se atrevería a jugarle ninguna trastada, puesto que sus mujeres e hijos, tiendas y caballos, estaban en su poder como rehenes; además, sus propios emisarios le comunicaron que no era posible encontrar a Temudschin en parte alguna. Por lo demás, ¿no sería un aviso, para los últimos mongoles que permanecían todavía fieles al joven Kan, el hecho de que su propio hermano se pasase a él? Así, pues, juró sobre un cuerno, en el que dejó caer unas gotas de su sangre, no hacer daño alguno a Kassar y admitirle como vasallo. Luego envió con el mensajero un delegado a Kassar, para

que éste vertiese asimismo ante él un poco de su sangre en el cuerno y jurase fidelidad a su nuevo jefe.

Entre tanto, los keraitos empezaron los preparativos para celebrar con grandes festejos la llegada del nuevo vasallo, considerando esto como señal de su definitiva victoria sobre los mongoles.

El delegado no quedó poco extrañado cuando, en lugar de Kassar, vio ante sí a Temudschin. El Kan de los mongoles ni siquiera se entretuvo en interrogarle. Dio a sus tropas la orden de marcha y las obligó a cabalgar día y noche. Los informes que le interesaba saber de los keraitos los conocería durante el camino por boca de su propio delegado, que, al mismo tiempo, les serviría de guía.

El confiado ejército de Wang-Chan fue atacado en el campamento, dispuesto ya para los festejos. Fue aquella una de las batallas que decidían de un solo golpe la suerte de los heterogéneos reinos nómadas. Todo conato de resistencia fue inmediatamente ahogado por los furiosos mongoles. Para no ser aniquilados, divisiones enteras se pasaron a ellos. Toghrul y su hijo Sengun se salvaron huyendo, y su ejército quedó diezmado.

Temudschin, ayer todavía fugitivo y perseguido, empujado hasta el límite extremo de su territorio, llegó a ser, de pronto, no sólo el dueño de todo su país, sino que vio abierto el reino de los keraitos.

Sengun huía hacia el Oeste, hacia el país habitado por los ujguros, pueblo de raza turca, pero fuertemente mezclado con elementos indogermanos, que muchos siglos antes habían reinado sobre toda la Mongolia y parte del Turquestán, tratando casi de igual a igual al emperador chino. Vencidos por nuevas hordas nómadas, fueron empujados hacia el Asia Central y, finalmente, llegaron a ser vasallos del emperador Kara-Chitan. Aunque políticamente impotentes, conservaban su significado cultural entre los Estados guerreros de más bajo nivel. Su idioma seguía siendo un gran idioma mercantil para el Asia Central y poseían una escritura cuyos signos derivaban del arameo. En su país había grandes ciudades comerciales y agricultura. Sengun, con sus hordas nómadas, empezó a robar el ganado a los pacíficos agricultores, pero pronto fue cogido y ajusticiado.

Toghrul, por su parte, huyó hacia sus vecinos, los ujguros, y sus anteriores enemigos, los naimanos. Pero cayó en manos de dos jefes a quienes, años antes, había atacado y robado, los cuales lo mataron. Con la esperanza de recompensa, enviaron su cabeza al Kan de los naimanos, Baibuka-Taiang, y les extrañó sobremanera la severa reprimenda que recibieron como contestación: debían haber llevado vivo al Wang-Chan.

III

El país de los naimanos, una región montañosa que se extendía por todo el territorio del Altai, estaba bajo la dominación de dos hermanos. Al Oeste, el Gran Altai y sus regiones adyacentes pertenecían a Buiruk-Kan; el Este, a Baibuka-Taiang. Su padre, que reinó sobre todo el país, lo transformó, gracias a sus conquistas, en el más poderoso reino nómada. Cuando, a su muerte, sus hijos se lo repartieron, debilitóse de tal manera que, a veces, los keraitos llegaron a ser un verdadero peligro para Baibuka-Taiang. Pero ahora que Temudschin había extendido su dominio hasta las fronteras de los naimanos, la presencia de Toghrul en su corte hubiera sido bien acogida, considerándolo una buena arma para mantener en jaque al Kan de los mongoles.

Pero Toghrul había muerto, y la situación era muy distinta. Baibuka mandó engarzar en plata la cabeza de Toghrul y colocarla en el respaldo de su trono con el rostro vuelto hacia el Este, en signo de que no olvidaría al país de los keraitos. Al propio tiempo envió una carta a Alakusch-Tekin, Kan de los ongutas.

Los ongutas eran, igual que los naimanos, un pueblo poseedor de un elevado nivel cultural. Lejos, en el Oeste, estaban influidos por los ujugros y los kara-chitanos. Los ongutas, situados al sudeste del Gobij constituían un pueblo confinante con China. Entre ambos se extendía Mongolia, donde entonces dominaba la voluntad de Temudschin. Y, no obstante, la siguiente carta demuestra qué idea tenían sus vecinos del Kan de los mongoles:

«Se dice que cerca de nuestro territorio ha aparecido un hombre que se hace llamar "Kan de los mongoles" y que mira al cielo como si quisiera someter al sol y a la luna. Pero como es imposible que dos espadas quepan en una vaina o dos almas en un cuerpo, también lo es que dos emperadores existan en un solo país; por lo tanto, te ruego seas mi mano derecha y me ayudes a quitarle sus flechas y su arco.»

Pero los intereses de los ongutas eran muy distintos de los de los naimanos. Preferían un Estado consistente bajo Temudschin, que el caos de innumerables tribus y pueblos atraídos por sus más ricas comarcas. Además, en cada invasión de aquellas bandas nómadas hacia China, los ongutas eran los primeros en ser desvalijados, y en cada consiguiente expedición de castigo emprendida por el ejército chino, eran ellos también los primeros en sufrir las consecuencias. Por consiguiente, más valía que sobre aquellas hordas indomables reinase un amo severo, con el que podrían entenderse eventualmente.

Por eso, en lugar de prestar ayuda al Kan de los naimanos, el emperador onguta mandó un mensajero a Temudschin para informarle de las intenciones de Baibuka-Taiang.

Durante el invierno que siguió a la derrota de Toghrul, Temudschin se entretuvo en reorganizar su mermado ejército. Se alejaba a todo jefe insubordinado, y todas las tribus que se sometían estaban obligadas a conformarse con los instructores, que dividían al pueblo según el sagrado número nueve. Como jefe de los que habitaban las nueve tiendas se ponía a un capitán perteneciente a la misma tribu, y cada novena de dichos capitanes debía obedecer a un décimo, que, como es natural, tenía también diez tiendas bajo su mando, extendiéndose así éste sobre un total de cien tiendas. De tal modo, la organización de Gengis-Kan, aunque basada en la sagrada cifra nueve, llegó al sistema decimal.

Aunque Temudschin, gracias a estas medidas, sabía que todas las tribus a él sometidas estaban siempre dispuestas para la lucha, ya no pensaba en declarar la guerra por su propia autoridad. La lección recibida durante la lucha contra Toghrul cuando, de pronto, los jefes se negaron a obedecer, era todavía demasiado reciente. En lo sucesivo se atendería a lo estrictamente legal, obrando conforme a usos y costumbres.

Convocó un *kuriltai* — Gran Consejo — al que asistieron todos los jefes, y les informó de las intenciones de los naimanos, así como del aviso dado por los ongutas.

Tal como esperaba, todos estuvieron de acuerdo en que era inevitable una nueva guerra, pero muy pocos mostrábase inclinados a emprender inmediatamente la marcha: había llegado la primavera, y los caballos, después del hambre del invierno, estaban demasiado débiles; era menester que, en los abundantes pastos, recuperasen sus fuerzas, pues intentar someterlos a las nuevas fatigas de una expedición guerrera sería arruinar los rebaños. Se hacía necesario esperar hasta el verano o, mejor aún, hasta el otoño...

Al convocar él *kuriltai*, Temudschin había previsto todas estas objeciones, y aunque permitió que la asamblea de los nobles decidiese legalmente, no tenía el propósito de dejarse imponer la menor restricción. En el momento oportuno, Belgutei, su medio hermano, declaró que atacar por sorpresa sería de mayor importancia que los caballos repuestos. Los hermanos de Temudschin y su tío Daaritai, quien quería hacerse perdonar sus faltas, se unieron a esta opinión, y como, con Munlik, el *oertok* y los *terchanos*, constituían mayoría, los contrarios enmudecieron. Se decidió emprender inmediatamente la guerra.

Temudschin pensaba poder obligar al enemigo, como

siempre, a aceptar el combate en un lugar por él elegido. Así, pues, se decidió por una llanura con abundantes pastos, cerca de los límites del reino naimano, y allí esperó a Baibuka-Taiang.

Pero esta vez no tenía que habérselas con tribus desmandadas, sino con un ejército organizado. Por su parte, Baibuka había elegido un lugar en las montañas y esperaba tranquilamente a Temudschin. Bajo sus banderas había reunido ochenta mil hombres, naimanos, merkitas, tártaros y keraitos, sin contar a Dschamugha con sus guerreros.

Tan pronto como Temudschin se dio cuenta de que su enemigo no se prestaba a sus intenciones, apresuróse a cambiar de planes. Dio a su vanguardia, mandada por Dschebe, la orden de invadir el territorio naimano, y él se aproximó lentamente con el grueso de sus fuerzas, dispuesto a aceptar en cualquier momento la batalla. La vanguardia tenía orden de retroceder ante la primera resistencia seria.

Cuando los naimanos notaron en el enemigo su falta de valor combativo, cuando vieron cuan débiles y flacos estaban sus caballos, le presionaron para entablar decisivo combate. Baibuka-Taiang tenía la intención de adentrarse aún más en las montañas, con el fin de atraer a los mongoles a su país y agotar todavía más sus débiles caballos, haciéndolos subir y bajar las cuestas; pero su ejército no era tan disciplinado como el de Temudschin. Sus generales no comprendieron lo que podría significar una estratégica retirada ante un enemigo tan débil y mal equipado. Es más, juzgaron semejante actitud como una cobardía.

—Bajo las órdenes de tu padre, el enemigo jamás vio nuestras espaldas—exclamaban, aconsejándole que volviese junto a las mujeres, mientras ellos derrotaban al enemigo. Decían fanfarronamente—: Los trituraremos como a borregos; sólo quedarán de ellos los cuernos y las pezuñas...

Instado, y herido en su amor propio, Baibuka dio la orden de marcha.

Encontró al ejército de Temudschin dispuesto para el combate; el centro, que debía aguantar el ataque principal, estaba al mando de Kassar. Temudschin en persona se había puesto al frente de sus tropas de flanqueo y contraataque, que, en un terreno difícil, necesitaban un cuidado especial.

Referente a este combate, se ha conservado la descripción poética de un cronista. Relata como Baibuka-Taiang y Dschamugha contemplaban el desarrollo del combate, y el primero, conmovido, preguntaba al segundo:

—¿Quiénes son aquellos hombres que persiguen a los nuestros como lobos a los borregos hasta sus rediles?

Dschamugha replicó:

— Son los cuatro perros de mi *mutih* Temudschin, que están alimentados de carne humana; él los ha encadenado; tienen un testuz de cobre, dientes como cinceles y por lengua una aguja; sus corazones son de hierro. En lugar de fustas, tienen sables curvos. Beben el rocío, cabalgan sobre el viento y, en el combate, comen carne humana. Ahora les han soltado la cadena; la saliva les rebosa por las fauces, de puro contento. Esos cuatro perros son: Dschebe, Boghurtshi, Dschelme y Subutai.

Baibuka-Taiang volvió a preguntar:

—¿Quién es ese que, allí detrás, acude como un buitre hambriento?

Y Dschamugha contestó:

— Es mi *andah* Temudschin, acorazado de pies a cabeza; ha venido volando hasta aquí como un buitre hambriento. ¿Ves cómo se abate sobre la presa? Tú dijiste que cuando vinieran los mongoles no quedarían de ellos más que los cuernos y las pezuñas. ¡Mira ahora...!

Dschamugha y Baibuka hicieron prodigios de valor, lo mismo que el resto de los naimanos; pero cuando la victoria de los mongoles ya no era dudosa, Dschamugha y los suyos se retiraron del campo de batalla. Baibuka-Taiang siguió luchando; y, aun cuando cayó, sus generales continuaron el combate. Tan sólo al abandonarlo los demás aliados, como Tuchta-Beg con los merkitas, se desmembró el ejército naimano.

Con la misma decisión con que Temudschin, al principio de la empresa, adaptó su plan guerrero a las inesperadas circunstancias, prohibió a sus guerreros que se entregaran al pillaje y robaran a los naimanos. Ninguno de los jefes cautivos fue pasado por las armas; ordenó devolverles las suyas y les rogó que le sirviesen con la misma fidelidad con qué lo habían hecho a su difunto príncipe. Tomó por esposa a la viuda de Baibuka; casó a Tuli, su hijo menor, con una princesa naimana, y se esforzó por todos los medios en provocar el cruce de ambos pueblos y la asimilación, por parte de sus mongoles, de la más elevada cultura de los vencidos.

La leyenda cuenta que, poco después de la batalla, apresaron a un hombre ricamente vestido y sin armas, llevando en la mano un objeto extraño. Al ser conducido ante Temudschin declaró ser el ujguro Tatatungo y que había servido a Baibuka-Taiang como canciller, y el objeto que llevaba en la mano era el sello de su príncipe. Explicó a Temudschin el uso del sello y el significado de los caracteres ujgueros grabados en él, y Temudschin, el bárbaro, cuyo pueblo no había conocido jamás una lengua escrita, comprendió inmediatamente todo su valor y significado. El hombre analfabeto nombró a Tatatungo su guardasellos y

le encargó de enseñar a sus hijos y a los de su *oerlok* a leer y escribir.

De este modo, la escritura de los ujguros llegó a ser la oficial de los mongoles, y siguió siéndolo cuando, más tarde, Temudschin conoció la cultura china e islámica. A pesar de que concedió elevados puestos a algunos hombres de dichas culturas, siempre se obstinó en rechazarlas, considerándolas demasiado ciudadanas y afeminadas, demasiado 'extrañas para él, mientras que en los ujguros aún se podía apreciar cierto parentesco con la vida nómada original.

IV

La magnanimidad de que dio prueba con los naimanos no constituyó siempre su norma de conducta. Con todos los demás que le ofrecieron resistencia procedió despiadadamente.

Envió a Dschutschi, con algunos de sus *oerlok*, contra las últimas tribus tártaras, por lo que hubo el primer roce entre padres e hijos, ya que Dschutschi, por amor a su esposa, quería salvar al enemigo; tan sólo después de una severa reprimenda de Temudschin se decidió a aniquilarlos definitivamente y a incorporar a su ejército los que quedaran.

Tuchta-Beg se salvó con sus merkitas huyendo, ante las tropas enemigas que le perseguían, a la espesura de las selvas.

Gutschluk, el hijo de Baibuka-Taiang, que primeramente se había unido a Tuchta-Beg, huyó a los montes de Altai, buscando la protección de su tío Buiruk-Kan.

Altan y Kutschar, los dos parientes rebeldes de Temudschin, fueron apresados y ajusticiados.

Y, por último, a Dschamugha también le alcanzó el destino. Su tribu, perseguida y acosada por todas partes, decidió salvarse mediante la traición y lo entregaron a los guerreros de Temudschin. Pero cuando éste supo cómo Dschamugha había caído entre sus manos, mandó exterminar la tribu hasta el último hombre, incluso hijos y nietos. «¿Cómo es posible dejar con vida y fiarse de una gente que ataca por sorpresa a su propio príncipe!», exclamó encolerizado. En cambio, no vertió la sangre de su *andah*. Permitió a Dschamugha que muriese sin derramarla, en la cual, según la creencia de los mongoles, mora el alma.

GENGIS, GRAN-KAN

I

EN 1206, el año de Bar—la pantera—, el general «guardián de las fronteras occidentales» en la Gran Muralla, comunicó al emperador de China que en «los lejanos países» reinaba una paz absoluta.

Esto era tan asombroso que el anciano emperador Tschang-tsung, que reinaba desde hacía ya diecisiete años, pensó inmediatamente en el jefe mongol a quien nombrara Tschao-churi, «plenipotenciario contra los rebeldes de la frontera», y resolvió que ya era hora de que aquél le pagase el tributo, cuyo envío parecía haber olvidado. Así, pues, delegó a su primo el príncipe Yun-chi para que fuera a los lejanos países a recordarle su obligación a Tschao-churi.

El príncipe Yun-chi encontró en su camino delegaciones de todos los pueblos y tribus que «vivían al otro lado de la frontera», y todas ellas se dirigían a donde el propio Yun-chi: a la frontera Delugun-Baldok, en el curso superior del Onón. Allí estaba el *ordu*, de Temudschin, una inmensa ciudad de tiendas, llena hasta rebosar de valiosísimo botín y donde la gente hormigueaba. Varios días antes de llegar, ya se cabalgaba entre innumerables rebaños de magníficos caballos y vacas, miles de hombres se ocupaban en ordeñar las yeguas para preparar el *kumys*, miles de mujeres ordeñaban las vacas y preparaban el *arika*, un aguardiente de leche destilado artificialmente.

Aunque Temudschin parecía estar muy ocupado, recibió inmediatamente al príncipe, mas sin rendirle los debidos y acostumbrados honores y entregándole en seguida los regalos para el emperador, todo ello con una prisa inusitada: los caballos que trajo consigo el embajador fueron pronto ensillados y cargados de cueros y pieles. Tal era la premura, que chocaba con los buenos usos y costumbres. Parecía como si quisieran deshacerse cuanto antes de un huésped molesto. Sin embargo, el poco tiempo que estuvo allí bastó a Yun-chi para cerciorarse de que se iba a celebrar un gran «*kuriltai* de todos los pueblos que vivían en tiendas de fieltro», para nombrar a Temudschin Gran-Kan o emperador de emperadores.

Yun-chi se apresuró a regresar a China para comunicar al emperador el peligro que, a causa de la reunión de todos

los pueblos nómadas, se cernía sobre su Imperio. Era cosa harto sabida que en cuanto los nómadas se entendían entre sí, intentaban invadir a China. Por consiguiente, pidió a su emperador un ejército para adelantarse a Temudschin y declararle la guerra.

Pero el emperador Tschang-tsung era ya demasiado viejo para aventura tan azarosa. Al fin y al cabo, Temudschin tenía un título de funcionario chino, había pagado su tributo y, si sus modales no eran los exigidos por la etiqueta de la Corte, entre él y China se extendía el desierto de Gobi, el pueblo de los ongutas y la Gran Muralla. Desde luego, el emperador se daba cuenta de que era necesario vigilar más atentamente lo que pasaba en «los lejanos países» y, como advertencia, mandó insertar en los Anales del Reino: «El mongol Temudschin, de la familia de los kiutes, se ha declarado Gran-Kan en las orillas del Onón.» De este modo, después de un lapso de doce años, volvió a figurar Gengis-Kan en la crónica del Imperio chino.

Entre tanto, se celebraba el *kwiltai* con todo el esplendor imaginable. En el centro del *ordu* se erigió una gigantesca tienda blanca, tapizada interiormente de brocado. Los postes de madera que sostenían el techo estaban totalmente cubiertos de planchas de oro. Ante la entrada de la tienda tremolaba, a un lado, el *tug*, la bandera blanca de la tribu de los burtschigins, con el halcón y los cuervos, que ahora tenía nueve puntas superpuestas y en cada una de ellas se agitaba una larga pluma blanca de halcón — el emblema de la fuerza —, correspondientes a los nueve *oerlók*, los generales de Temudschin. Al otro lado de la entrada aparecía, clavado en el suelo, el *sulde*, la señal de guerra del Kan, con cuernos de yac en su extremo y cuatro colas negras de caballo.

El espacio delante de la tienda estaba libre hasta donde alcanzaba la vista. Y, desde entonces, los mongoles, fuera cual fuese el lugar donde se encontrasen, erigían su *ordu* de tal manera que, ante la tienda del emperador, siempre orientada hacia el Sur, quedaba el espacio libre, extendiéndose el campamento a izquierda y derecha durante varios kilómetros. Detrás de las tiendas de sus mujeres, cada uno tenía una corte mayor o menor, con su séquito y su servidumbre. En aquel espacio libre ante la tienda se reunieron en esta ocasión los parientes del Kan, así como sus generales y jefes, llamando a Temudschin. Cuando éste apareció, el *sciaman* Goktschu-Teb-Tengri — Goktschu, el intérprete del cielo —, hijo de Munlik, que diecisiete años antes había declarado Kan a Temudschin, dijo que el Eterno Cielo Azul le ordenaba comunicar al pueblo de los mongoles que Temudschin había sido elegido rey de todos los pueblos, con el nombre de Gengis, Gran-Kan. Y, ateniéndose a este deseo del cielo, todos gritaron con él:

«¡Queremos, rogamos y mandamos que seas el dueño y emperador de todos nosotros!»

Los parientes del Kan y demás príncipes extendieron en el suelo un fieltro negro e hicieron que Temudschin se sentara sobre él; luego, en medio de estruendosas aclamaciones, fue levantado y lo colocaron sobre el trono.

Aquel pueblo conocía Kan y Gurkanes, pero un Gran-Kan — emperador de emperadores — era algo nuevo, algo que no existía en ningún pueblo. ¿Y Gengis? Jamás se oyó tal nombre en idioma alguno.

Debía de ser de origen divino, puesto que sonaba bien y era marcial, pareciéndose a la palabra «grande», «incomovible», «invencible». Su Gran-Kan merecía mejor que nadie tal nombre.

Temudschin, el hombre de cuarenta y cuatro años, ya no era aquel que, veinte años antes, ofreció la dignidad de Kan a parientes más ilustres. Si entonces el *kuriltai* tenía el aspecto de una verdadera elección, ahora todos los nobles sabían perfectamente que habían sido convocados con el fin de proclamar Gran-Kan a su jefe y, por lo tanto, para confirmar un estado ya existente. Porque Temudschin, desde que le abandonaron sus soldados en la lucha contra el Wang-Chan, ponía gran empeño en demostrar que su poderío y sus órdenes eran legales. Ante todo el pueblo congregado dijo:

— Si deseáis que yo sea vuestro amo, debéis estar dispuestos a hacer lo que os mande: acudir cuando os llame, ir adonde os ordene y matar a quien os indique. En tal caso, seré vuestro Gran-Kan, emperador de emperadores; dirigiré tan sólo mis palabras e indicaciones a los *oerlok*, los noion, los Beg o a cualquier otro jefe, y éstos mandarán en mi nombre a sus subordinados, los cuales comunicarán luego las órdenes al pueblo. En el reino de Temudschin existirá una severa jerarquía.

Los «emperadores» contestaron a su emperador que estaban dispuestos a ejecutar todos sus mandatos.

Temudschin contestó:

— Así, desde ahora, hablará por mí la espada.

Y todos se arrodillaron ante él y le veneraron, inclinándose cuatro veces hasta el suelo. Luego se enderezaron y lo levantaron con el trono, paseándolo en hombros por la plaza, mientras el pueblo permanecía de hinojos.

Y entonces empezó una fiesta como jamás vieron «los pueblos que habitan en tiendas». Todos estaban convidados por Gengis-Kan. Un gran número de jefes, generales y nobles, con sus mujeres, dentro de la tienda; el pueblo entero, en el exterior, sobre la plaza. Enormes calderos llenos de carne de caballo hervida llegaron en carros; además, grandes vasijas con salsas picantes que quemaban la boca, provocando la sed.

Pero por mucho que se comía, por mucho que se bebía, los calderos no se vaciaban, y el *kumys* espumaba incesantemente en las copas. Se hartaban y, no obstante, seguían bebiendo; tendiéndose donde estaban, dormían un par de horas para volver a empezar. Por doquier se habían apostado músicos; se cantaba y bailaba; los guerreros jactábanse de sus hazañas, fanfarroneaban sobre el botín cogido en numerosos combates, ufanándose de sus alhajas y vestidos.

En la tienda, contra la pared norte, estaba adosado el trono. En él sentábase Gengis-Kan con Burte, su primera esposa. Un poco más distante, a su derecha, se habían colocado sus hijos y parientes; en varias hileras estaban los *oerloh* y los jefes. A la izquierda, cerca de Burte, se hallaban sus demás mujeres, su madre, su hija y las mujeres de sus invitados. Delante de Temudschin había enormes montones de objetos de oro y plata, pieles, brocados, terciopelos, y los repartía a manos llenas. Aquel día, ningún mongol entró en la tienda de su emperador sin salir de ella con algún valioso regalo.

Gengis estaba alegre y afable; pletórico de vida y de fuerza, festejaba a todo su pueblo. Él era *Sutu-Bogdo*— el enviado de Dios —, que no sólo había elevado a su familia, sino a los 400.000 mongoles, por encima de los demás pueblos. Así, pues, dijo estas palabras: «El pueblo mongol, que, pertinaz y valiente, sin preocuparse de sufrimientos y peligros, me permaneció fiel, soportando las alegrías y el dolor con unanimidad, es el más alto de todos los que se mueven sobre la tierra. Este pueblo me ha demostrado la mayor fidelidad en todos los riesgos, hasta permitirme alcanzar el objeto de mis afanes: por eso quiero que, de hoy en adelante, lleve el nombre de Koko-Mongol (mongoles azul celeste).»

Con esta hermosa y elevada denominación, despertó en el alma de los nómadas un nuevo sentimiento: el orgullo nacional. Ningún mongol podía ser tratado como siervo; su único deber consistía en servir con las armas. Todos los pueblos «que moraban en tiendas» se sentían elevados como subditos de Gengis; cualquiera que fuera su tribu, todos se llamaban mongoles. El nombre los unía, llevándolos como un huracán más allá de los 100 grados de longitud, el mundo entero, «tan lejos como pisara un caballo mongol». Cuarenta años más tarde, el fraile franciscano Juan de Plano Carpini, que el papa Inocencio IV envió a la corte del nieto de Gengis-Kan, dijo de ellos: «Desprecian a todas las naciones excepto la suya, por muy importantes que sean. Hemos visto en la corte imperial (la del Gran-Kan) a Grandes Duques de Rusia, al hijo del rey de Georgia, a innumerables sultanes y a otros grandes señores; pero no se les demostraba aprecio ni respeto.» Muchas



TRIBU Dtr-Ho



TRIBU DIN-LIN



TRIBU HUI-HE



TRIBU HU-LI-HAN

Antiguas representaciones chinas de los bárbaros del Norte, según Go-Tsin-Tu-Chu-Tsi-Chen

veces, los tártaros (mongoles) que estaban designados para su séquito, siendo casi siempre de una categoría inferior, pasaban ante aquellas cabezas coronadas y se sentaban en los sitios más elevados, teniendo éstas que hacerlo a su espalda.

Nadie sabía hasta dónde su *Sutu-Bogdo* llevaría el poderío de la raza. Su reino cubría más de mil quinientos kilómetros de Este a Oeste — desde el Altai hasta los montes Shingan — y más de mil kilómetros de Norte a Sur — desde el lago Baikal hasta más allá del desierto de Gobi —. Treinta y un pueblos, con más de dos millones de hombres, le obedecían, felices por ser sus elegidos.

Al reír Gengis, la tienda resonaba con la risa de todos. Si Gengis quería beber, el vocero gritaba, y la música, a la entrada, se ponía a tocar. Hombres y mujeres levantábanse y bailaban ante él, las mujeres ante Burte, su primera esposa. Gengis, hincando su cuchillo en un suculento trozo de carne, mandaba éste a un *oerlok*, y todos envidiaban al predilecto, el cual por nada del mundo cedería a nadie un trocito de aquel don. Si no podía comérselo, metía el resto en el bolsillo, para comer, a la mañana siguiente, aquella carne que el propio Gengis-Kan le había dado. No era bizantinismo (en aquella corte que se estaba formando no existía aún la etiqueta), sino amor y veneración, los mismos sentimientos que impulsaban a Dschelme a chupar la herida de flecha de Gengis, sabiendo que la flecha estaba envenenada; y a, Boghurtshi y Subutai a sostener sobre él durante toda la noche, por haber empezado a nevar, un cobertor cuando, en una expedición, se quedó dormido en el suelo.

La mirada de Gengis recorría la asamblea y, al caer sobre el rostro de uno de sus fieles, citaba en voz alta sus proezas y méritos y nombraba la distinción, es decir, el título de mando que le concedía. Entonces, sus amigos se acercaban al así honrado, con una copa llena, bailando y cantando. Simulaban querer obsequiarle con la copa, para retirarla en seguida al extender él la mano para cogerla, y recomenzaban el juego hasta que el agasajado conseguía apoderarse de ella. Entonces, palmoteaban, bailaban y pateaban, mientras el otro bebía.

Por muy sorprendente y, en apariencia, arbitraria que fuera la manera de repartir Gengis sus favores, colocaba a cada cual, con infalible conocimiento de la gente, en el lugar que le correspondía. Jamás tuvo que lamentarse de un nombramiento o revocarlo. Y los motivos en que basaba su elección eran asombrosos, para su época. Al extrañarse los *oerlok* de que uno de los más valientes y fuertes *bogatur*s, cuya intervención había decidido muchas batallas, obtenía un puesto elevado, pero quitándole toda libertad de acción, explicó Gengis: «No hay héroes como Yesukah;

nadie es tan apto para la guerra. Para él no existe el cansancio ni las penalidades, pero cree que los demás guerreros son como él y, precisamente por eso, no debe mandar un ejército. El que manda debe también sufrir hambre y sed, apreciando- y comprendiendo por su estado el de los demás; sólo así no se permite que el ejército padezca hambre y sed y que los caballos enflaquezcan.»

Las sorpresas llovían sobre la asamblea. Las delegaciones de alejadas tribus llevaban regalos a su emperador, y Gengis repartía la mayoría de ellos. Tatatungo, el ujguro, enseñó el nuevo sello, que había hecho tallar en jade, y los mongoles miraron, asombrados, los extraños signos, que decían: «Dios en el Cielo y el Gran-Kan en la tierra, como representante de su poder. El sello del señor de todos los hombres.»

Gengis-Kan se quedó pensativo.

—El Cielo me ha destinado para reinar sobre todos los pueblos—dijo—, pues en las estepas no reinaba, hasta ahora, orden alguno. Los hijos no escuchaban las enseñanzas de los padres, el hermano menor no obedecía al mayor, el hombre no confiaba en su mujer y la mujer no cumplía las órdenes del marido, los subordinados no respetaban a sus superiores, los superiores no cumplían con sus deberes para con sus subordinados, los ricos no prestaban apoyo a los gobernantes; en parte alguna había satisfacción. La tribu carecía de orden, de inteligencia, y por eso el descontento reinaba por doquier; había mentirosos, ladrones, rebeldes y salteadores. Cuando la suerte favoreció a Gengis-Kan, todos se sometieron a sus órdenes... y él deseaba reinar de acuerdo con leyes fijas, para que haya tranquilidad y felicidad en este mundo.

Y, dirigiéndose a Tatatungo:

—Tú estarás siempre conmigo y anotarás mis palabras, pues quiero componer una *Yassa*, — código— que sirva para todos los que vengan después de mí: una ley inmutable. Si los sucesores que nazcan dentro de 500, 1.000 ó 10.000 años ocupan mi lugar y conservan mis leyes sin cambiarlas, el Cielo les ayudará y les bendecirá. Vivirán largos años y disfrutarán del placer de la vida. Pero si no guardan serenamente la *Yassa*, entonces el reino será desmembrado y caerá en pedazos. De nuevo llamarán a Gengis-Kan, pero él no vendrá.

Su mirada paseóse sobre los que le escuchaban y se detuvo en el joven Schigi-Kutuku, a quien, siendo un niño tártaro, recogió en el campo de batalla y se lo llevó a Burte para que lo educase; la pulsera de oro que llevaba y el cinturón orlado de cebellina indicaban su alto nacimiento.

—Schigi-Kutuku, tú, discípulo aplicado de mi guarda-sellos Tatatungo, serás mis ojos y mis oídos. Te encargo de juzgar y castigar el engaño y el robo y todas las demás

faltas contra las leyes que serán redactadas en mi *Yassa*, y nadie podrá oponerse a lo que decidas. Pero deberás escribir en tablas todas tus decisiones, para que tus sucesores no las desvirtúen...

Por muy repentina que fuese la decisión y la elección del juez supremo, tampoco esta vez el Gran-Kan se equivocó. Dos puntos básicos según los cuales juzgaba y sentenciaba. Schigi-Kutuku quedaron como las piedras angulares de la jurisprudencia mongola: un testimonio arrancado por la fuerza no era válido, y únicamente se declaraba culpable a un mongol cuando era cogido *infraganti* o confesaba espontáneamente. Bajo su égida desaparecieron entre los mongoles el asesinato, el robo, el hurto y el adulterio, y el sentimiento del honor llegó a tan alto grado que nadie negaba sus faltas e iban muchos espontáneamente al juez para confesarle su crimen y pedir el castigo.

La *Yassa*, que Gengis-Kan mandó grabar en caracteres ujguros sobre tablas de hierro, tan sólo se ha conservado fragmentariamente. Los mongoles la han olvidado, lo mismo que el antiguo reinado de Gengis-Kan. Y, sin embargo, es digno de notarse que, aun después de la decadencia del reino mongol, Timur, el nuevo gran conquistador, ciento cincuenta años después de la muerte de Gengis-Kan, debió su ascensión al exacto cumplimiento de su *Yassa*, y también el Gran Mongol Babur edificó, trescientos años después de Gengis, su reino indio sobre las bases del mismo código...

La fiesta era cada vez más ruidosa y, por la noche, cuando Gengis se encontró a solas con Burte, ésta le hizo reproches:

— A todos has demostrado tu magnanimidad; nadie, por muy insignificante que sea, se ha quedado sin tus atenciones, y, sin embargo, olvidaste al más digno. ¿No fue Boghurttschi quien antaño, cuando luchabas contra la miseria y la desgracia, se unió el primero a ti, convirtiéndose en tu más fiel compañero? ¿No fue él quien ejecutó siempre las cosas más difíciles? ¿No expuso siempre su vida para servirte?

Gengis rió.

— Quiero saber si se ha molestado conmigo y si continúa hablando bien de mí — dijo —, para poder elevarlo por encima de todos los envidiosos. — Y envió un servidor a la tienda de Boghurttschi, para que escuchase lo que decía su *oerlok*.

A la mañana siguiente, estando de nuevo todos reunidos en la tienda, Gengis dijo:

— Cuando ayer repartí mis favores a todos vosotros, os debió de parecer que olvidaba por completo a Boghurttschi: incluso mi esposa Burte me lo reprochó. Entonces, envié un mensajero a la tienda de Boghurttschi y supe que

éste me defendía ante su esposa, declarándose dispuesto a ofrecerme sus fuerzas y ser mi compañero aunque se muriese de hambre. «¿Cómo va a ser posible que mi emperador me olvide y que yo le olvide a él? Mi jefe Bogdo está fuertemente unido a mis más íntimos pensamientos.» Éstas fueron sus palabras. — La voz de Gengis se hizo más fuerte y brillaban sus ojos. — ¡Ninguno de vosotros, mis nueve *oerlok*, debe envidiar a mi Boghurttschi! ¡Mi Boghurttschi, que sigue profiriendo palabras amables cuando el arco se escapa de sus cansados dedos, y que en los tiempos de mayor angustia fue mi compañero más fiel! ¡Mi Boghurttschi, cuyo espíritu y corazón no conocen cobardías! ¡Mi Boghurttschi, que, cuanto más inminente era el peligro, más cerca se encontraba de mí! ¡Mi Boghurttschi, a quien la vida y la muerte fueron siempre indiferentes...! Si a ti, el más meritorio de todos, no te distinguiera, por encima de los demás, no sería yo digno de exigir interés a mis servidores. Tú serás el primero, el más elevado de mis *oerlok*, y guardarás mi resonante trompeta, la que convoca a todas mis gentes; tú serás el generalísimo de todas las tropas de mi país y cuidarás de todos los asuntos de mi reino. A partir de hoy te llamarás Kuluk-Boghurttschi, título que será superior a todos los demás ya existentes.

Y abrazó a su más fiel y humilde compañero, el primero que le acompañó en su juventud, que cabalgó con él para arrancar sus ocho caballos, toda su fortuna, a los bandidos tai-eschutos.

II

Durante semanas enteras, en apariencia despreocupado, Gengis-Kan festejó con sus *oerlok*, jefes y dignatarios. Pero, entre tanto, noventa y cinco generales recibieron puestos y encargos especiales. Debían hacer el censo de las tribus por individuos, no por tiendas. Un *Yurt-Dschí*, un Estado Mayor permanente, quedó encargado de reparar los campos de pastoreos de verano e invierno con toda justicia, según la importancia de las tribus. También se cuidaría de los informes y relaciones con países vecinos y de determinar cuántos hombres de cada diez tiendas debían estar bajo las armas. Los *Targu-dschi* — oficiales de administración — debían juzgar y disponer todos los litigios. Los *Buljargu-dschi* — guardias rurales — debían cuidar de la seguridad de los caminos y tener bajo su custodia el ganado que se extraviara, y si les era posible encontrar a su legítimo dueño, devolvérselo. Gengis-Kan no se olvidó de nada. Sabía lo que siente un nómada cuando le roban sus caballos y yacs, y estableció la pena de muerte para semejante delito. Una consecuencia de esta ley es la costumbre,

conservada todavía en las más alejadas regiones de Mongolia y del Turkeistán, de que un camello fugitivo no debe beber en ninguna fuente extraña hasta que, acuciado por la sed, regrese con su amo.

Entonces se planeó, hasta en sus menores detalles, la institución de los mensajeros «flechas». Tan importante le parecía ésta a Gengis-Kan, que inmediatamente la puso bajo las órdenes de Dschelme, que era su más antiguo compañero después de Boghurtshi. El mensajero «flecha» era sagrado. El más alto príncipe debía, al menor ruido de las campanillas de su caballo, dejarle el camino libre y, si su montura estaba cansada, cederle su mejor caballo. Día y noche recorría el mensajero estepas y desiertos, atravesando en pocos días distancias que, ordinariamente, duraban semanas. Llevaban el cuerpo y la cabeza vendados para poder aguantar semejantes carreras, casi reventaban sus caballos, dormían corriendo; pero, gracias a ellos, en toda la dilatada Mongolia no podía ocurrir nada sin que el Gran-Kan estuviese inmediatamente informado.

Las jerarquías que determinó éste eran válidas tanto en tiempo de guerra como de paz. Los príncipes y jefes de tribu eran, en la guerra, comandantes de los *turnan* — diez mil hombres — de las centurias, y las tribus vecinas se reunían en divisiones. Y, en tiempos de paz, cada comandante debía, bajo la dirección de instrucciones, dar instrucción militar a sus subordinados y cuidar de que su equipo estuviese siempre completo. Él era responsable de su gente y le iba la vida en que «cuando llegase la orden en cualquier momento, sin vacilar, aun de noche, pudieran emprender la marcha».

De este modo se formó en el siglo xm, en el centro de Asia, un pueblo en armas; así, durante los «festejos» con sus *oerlok* y jefes creó Gengis-Kan el tinglado de un Estado militar al que cada hombre, tanto en la paz como en la guerra, estaba incorporado; y la paz no debía ser otra cosa que una época preparatoria de la guerra. La guerra y la caza eran los únicos quehaceres dignos del hombre, y la caza de los mongoles se convirtió en un ejercicio guerrero. Todo hombre, desde los quince hasta los setenta años, estaba sujeto a las armas, y el que no formaba parte del ejército en campaña, debía prestar otros servicios: cuidar de los rebaños, fabricar armas, desbravar y amaestrar caballos. Pero toda remuneración era cosa desconocida en el reino de Gengis. Al contrario, la décima parte de cuanto poseían pertenecía al Kan.

Para que los hombres pudiesen prestar su servicio militar y, no obstante, pagar el diezmo, Gengis-Kan hizo entrar también a las mujeres en su organización. Les concedió derechos y libertades totalmente desconocidos en los demás países asiáticos. Podían disponer libremente de su po-

sesión y cambiar o vender a su antojo. Exigió de los hombres que confiaran en su esposa, pero pidió de ellas obediencia al esposo y castigó con la pena capital el adulterio. Su mayor deber era procurar que el marido fuese elevado, y en el *Bilik* — recopilación de sus máximas — dice: «Si la esposa es tonta, gándida y desordenada, se ven en ella las peores cualidades del marido; pero si, en cambio, lleva bien los asuntos, recibe como es menester a los huéspedes y mensajeros y los trata con esplendidez, realza y eleva a su esposo, creándole buena fama en las reuniones. Los hombres buenos se reconocen en las mujeres buenas.»

El deber primordial de la esposa era cuidar de que su esposo, a la llamada del Kan, pudiese en cualquier momento cambiar su gorro de piel por el casco de cuero y emprender la marcha. El esposo no tenía otra obligación que cuidar de que sus armas se hallasen siempre en buen estado. La mujer debía preocuparse de que la *ducha* — manto de piel, tanto interna como externamente —, las botas y las recias calzas de fieltro que se llevaban sobre ellas, estuviesen siempre dispuestas; y que en las alforjas de la montura nunca faltasen algunas tiras de carne seca de caballo y una buena cantidad de bloques de leche desecada, y que las botas de cuero estuviesen siempre llenas de *kumys*.

Su segundo cuidado era preparar las provisiones para el invierno, pues en el verano, cuando el *kivmys* se bebía en abundancia, el mongol no necesitaba casi nada más. Entonces podía ella fabricar la manteca con la leche de vaca, la cual, después de ser bien hervida y puesta en bolsas de piel de cordero, nunca se enranciaba. La restante leche batida la dejaban agriarse, la hervían para que se coagulara y luego la dejaban secar hasta que se ponía dura como el hierro. En invierno se vertía agua caliente sobre un trozo de esta leche endurecida y se agitaba, formándose una bebida muy agria, un refresco en Mongolia, donde el agua es sucia y sabe a orín. También esto lo quiso mejorar Gengis-Kan, para lo cual prohibió ensuciar las fuentes del agua y no permitió que el ganado bebiese directamente en los pozos, imponiendo a los infractores penas de importancia. Al olvidarse la *Yassa* de Gengis-Kan, se descuidó esta sabia medida, y los que viajan actualmente por Mongolia se quejan del estado de las aguas.

El nómada ahorrativo no mataba del ganado más que los animales enfermos o débiles. Se cortaba la carne en tiras y se exponía al sol y al viento, secándose así de tal modo que se conservaba años enteros sin echarse a perder. Con las entrañas y la sangre, el mongol fabricaba salchichas, que se comían frescas. La piel de los bueyes se convertía en odres, y con el cuero de caballo fabricaban botas. Aunque la situación de los mongoles ya no era como antes de aparecer Gengis-Kan, cuando unos estribos de hierro

constituían un lujo que tan sólo podían permitirse los jefes, todavía los esclavos, los criados y las mujeres debían trabajar rudamente.

III

«Ya que el Cielo me ha destinado para reinar sobre todos los pueblos, ordeno que del *Turnan*, de las divisiones de mil hombres y de las centurias, se elijan diez mil hombres para mi guardia personal. Esos hombres, que siempre estarán cerca de mí, tienen que ser altos, fuertes y hábiles, y deberán ser hijos de jefes, dignatarios o guerreros libres», dispuso Gengis-Kan, seleccionando esta guardia entre la masa del ejército. «El oficial de mi guardia mandará mil hombres.» Pero este oficial no podía castigar a los *keschiktos*—soldados de la guardia—. Todos estaban bajo la justicia del Gran-Kan, que no solamente creaba con ellos una tropa selecta, sino que constituía de este modo una masa de guerreros cuya habilidad y cualidades conocía perfectamente y con los cuales podía cubrir cualquier puesto. Ligó a su persona y a su familia aquella aristocracia de las estepas, tan indomable y orgullosa de su independencia. Mientras aquellos hijos de jefes y príncipes estuvieran a sus órdenes, eran como rehenes para la conducta de sus padres, y cuando regresaban al *ordu* de su progenitor eran, ante todo, oficiales del Gran-Kan. Convirtió de este modo a la nobleza, causa de incesantes perturbaciones dentro del reino nómada, tan desunido, en una nobleza cortesana, en la cual tenía intención de basar en su *ordu* el principio aristocrático.

Y de entre aquellos diez mil guerreros eligió mil para su guardia permanente. «Vosotros, mi guardia personal, que vigiláis el reposo de mi cuerpo y de mi espíritu, tanto en las noches lluviosas y nevadas como en las serenas, en tiempo de paz y en el de la lucha con nuestros enemigos, constituiréis un recuerdo de mi vida, y mis sucesores deberán ocuparse de la *guardia regia*.»

Zagan-Noion mandó la guardia; era éste un targutai que había sido criado por Burte como si fuese su propio hijo y que nunca se separaba de Gengis-Kan. Hasta los príncipes le debían obediencia.

Esta medida no era motivada por el miedo. El reino de Gengis acababa de formarse. Los nómadas no estaban todavía acostumbrados a obedecer a una sola voluntad ni a que una palabra fuese ley para ellos. Se forjaron intrigas para obtener un puesto en el mando, sobre todo por parte de un hombre tan listo como el propio Gengis, que luchó astutamente para asegurarse su influencia: era éste el *schaman* Goktschu-Teb-Tengri, el conocedor del Cielo, ante el cual todos se inclinaban, atemorizados.

Hasta el mismo Gran-Kan sentía temor ante el *schaman*, pues sospechaba que era un ser peligroso. Para todas las actividades de la vida había constituido funcionarios. Sólo con la espiritualidad había hecho una excepción.

Todos consideraban a Goktschu como el jefe supremo de los *schamans*: Goktschu-Teb-Tengri, que transmitía los mensajes celestes y había dado al Gran-Kan el nombre de Gengis. Pero faltaba la confirmación de tal cargo.

Sin embargo, Goktschu-Teb-Tengri no se preocupaba por ello. El intermediario entre el Cielo y la tierra conceptuábase el primer consejero del emperador. No se atenía a ningún protocolo y hablaba en la *kurilái* aun antes de que los *oerlok* y los jefes lo hubieran hecho. Llenos de preocupación, los hijos y hermanos del Gran-Kan notaban cómo el rostro de éste ensombrecíase durante los Consejos.

Pronto reinó entre Goktschu y la familia de Gengis una abierta hostilidad. Temugu, el hermano menor del Gran-Kan, replicó un día duramente al *schaman*, y éste, en presencia de todos los reunidos, le dirigió una dura reprensión. Y el Gran-Kan callóse.

El *schaman* hablaba, incluso, antes de que los parientes más cercanos de Gengis hiciesen uso de la palabra. Y el pueblo entero callaba...

La tensión aumentaba de día en día, pero la lucha parecía estar decidida ya. Goktschu entró en la tienda de Gengis para anunciarle:

—Mientras Kassar viva, no estará asegurado tu poder, pues el Cielo ha decidido que, primero, reinará Gengis sobre los pueblos, y, luego, su hermano Kassar será el emperador.

El Gran-Kan nada dijo. Se calló, guardando en su corazón la sospecha. Pero, secretamente, observó la conducta de su hermano y un día vio como cogía la mano de Chulan-Chatun, a la que él amaba.

Gengis-Kan estaba sentado, sombrío, en su tienda, cuando Goktschu entró después: de la fiesta. Sobre su demacrado rostro de asceta brillaba una sonrisa de triunfo.

—¿Has visto—le dijo—como Kassar cogía la mano de tu mujer Chulan?

Aquello lo decidió todo: a medianoche llamó Gengis al oficial de su guardia personal y lo envió con sus hombres a la tienda de su hermano, con orden de quitar a éste su manto y su cinturón, signos del mongol libre, y maniatarlo.

Entonces, el mismo Gengis procedió al interrogatorio...

Llorando, las mujeres de Kassar corrieron hacia Oelon-Eke. Ésta saltó de la cama y, cogiendo un cuchillo, corrió a la tienda de Kassar.

La guardia quiso impedirle la entrada, pero ninguno se atrevió a poner la mano sobre la madre del Gran-Kan.

Sombrío y amenazador estaba Gengis ante su **hermano** maniatado; pero, lleno de orgullo, éste yacía a sus pies.

Oelon-Eke se puso entre ambos y cortó las ligaduras de Kassar, le devolvió su manto y su cinturón y rasgó su propio vestido a la altura del pecho.

—De estos pechos habéis mamado los dos. ¿Por qué matas a tu propia carne y sangre? ¿Qué crimen ha cometido Kassar? ¡Siempre alejé de ti a tus enemigos! ¡Pero ahora que los has aniquilado, ya no lo necesitas...!

Silencioso e irritado, Temudschin dejó obrar a su madre. De pronto, dio media vuelta y se marchó.

En su tienda, Burte le esperaba, y le dijo:

—¿Qué clase de orden reina aquí? ¡Ni siquiera tus hermanos tienen la vida segura...! ¿Qué Gran-Kan eres, si te rebajas a dar crédito al *schaman*...? Si ahora ya te teme tan poco, ¿qué hará cuando mueras? ¿Quién, entonces, obedecerá a tus hijos? ¿Para quién has creado este Imperio, para tu raza o para la de Goktschu...?

Y aquella misma noche, Gengis mandó llamar a Temugu, su hermano menor, y le dijo:

—Mañana, cuando se presente Goktschu y empiece a obrar según su costumbre, haz con él lo que te plazca.

La primera noticia que Gengis recibió a la mañana siguiente fue que Kassar y los suyos se habían marchado. Llamó a Subutai y le mandó en pos de su hermano. Subutai alcanzó a Kassar.

—¡Podrás conseguir partidarios—le dijo—, pero no amigos de sangre! ¡Podrás ganar subditos, pero no hermanos...!

Y Kassar regresó.

Entre tanto, Goktschu, con su padre y sus seis hermanos, había ido a ver a Gengis.

Temugu se permitió cierta observación.

Una vez más, Goktschu le contestó con soberbia.

Temugu dio un salto y lo agarró por el cuello.

Empezaron a luchar.

—¡Delante del Kan no se pelea!—ordenó Gengis—. ¡Salid!

Pero apenas salieron de la tienda, varios hombres apostados allí se arrojaron sobre Goktschu y le rompieron la espina dorsal.

—¡Allí está y no se mueve!—dijo Temugu al volver.

El semblante de los hermanos de Goktschu no presagiaba nada bueno.

—¡Vamos a ver!—dijo Gengis.

Pero fuera estaba la guardia del Kan y cualquier amenaza hubiera sido la muerte para los hermanos de Goktschu. Estos, silenciosos, levantaron el cuerpo del *schaman* y se lo llevaron.

Munlik, su padre, entró con Gengis en la tienda y dijo:

—¡Oh Kan! Siempre fui compañero tuyo... hasta hoy. Pero, irritado, Gengis exclamó:

—¡Mientes, Munlik! Viniste cuando tenías miedo de no venir. Sin embargo, yo te recibí sin una sola palabra de reproche y te di un puesto de honor. A tus hijos les di empleos y altas funciones, pero tú no les enseñaste discreción ni subordinación. Goktschu quiso elevarse por encima de mis hijos y hermanos. ¡Es más, hasta quiso competir conmigo...! ¡Y tú también! Tú, cerca del agua fangosa, me juraste fidelidad... ¿Y ahora quieres faltar a tu palabra? ¿Es posible que por la tarde faltes a la palabra dada por la mañana...? ¡No hablemos más de esto!

Ya nunca hizo Munlik un reproche a Gengis-Kan, ni éste volvió a mencionar lo ocurrido. Munlik permaneció en el consejo de los *oerlok* y sus hijos conservaron sus altos puestos en el ejército. Pero, en la siguiente reunión, anunció Tatatungo una nueva ley de la *Yassa*: pena de muerte para todos los príncipes y dignatarios que, con cualquier pretexto, se dirigieran, sin que el Kan lo supiese, a príncipes extranjeros.

Y cuando se esparció entre el pueblo la noticia de que Goktschu-Teb-Tengri, el mediador entre el Cielo y la tierra, había muerto, y cundió el rumor de que debió de ir al Cielo, puesto que su cuerpo había desaparecido, Temudschin mandó publicar que «el *schaman* calumniaba a los hermanos de Gengis-Kan y que, en castigo, el Cielo le había quitado la vida y el cuerpo, pues el Cielo protegía al Gran-Kan y a su raza, y aniquilaba a todo aquel, sea quien fuere, que cometiese una falta contra ellos...». Y, al propio tiempo, nombró al anciano Ussun (un *Beg* de otra línea de su familia) jefe de todos los *schamans*, y le ordenó vestir de blanco, montar un caballo blanco y sentarse en un sitio de honor.

EL ADIESTRAMIENTO DE LOS MONGOLES

I

El Imperio de Gengis-Kan limitaba con tres grandes países.

Al Este y al Sudeste estaba, tras un muro que no tenía semejante en el mundo, el poderoso Imperio chino. Al Sur se encontraba el Estado de Tanguta, Hsi-Hsia, y al Oeste se extendía, más allá del Pamir, Kara-Chitan, el Imperio centroasiático.

En cada uno de dichos países, el *Yurt-Dschi* — Estado Mayor — poseía ya sus espías, que daban al Gran-Kan, con todo detalle, los informes deseados. También su guardasellos, el ujguro Tatatungo, cuyo país era un Estado vasallo de los Kara-Chitan, le dio muchas referencias.

El país madre de estos tres Imperios era la primitiva China, la cual, en otros tiempos inmensamente grande, se extendía desde los hielos eternos hasta el perpetuo verano. Pero después sus emperadores se debilitaron y, hacía trescientos años ya, se dividió en dos partes: una, al Norte, bajo la dinastía Liao, y otra al Sur, bajo la dinastía Sung. Luego, los emperadores Sung se vieron obligados a reconocer como reyes independientes a los príncipes tangutas y gobernadores de Hsi-Hsia. Y desde hacía cerca de cien años reinaba en la parte Norte la dinastía Chin, a la que estaba sometida la Liao. Pero uno de los príncipes Liao no quiso someterse, sino que se retiró hacia el Oeste, donde fundó el Imperio de los Kara-Chitan. De este modo nacieron, de aquél en otros tiempos tan formidable Imperio, cuatro nuevos.

En el Oeste, en Kara-Chitan, reinaba un anciano emperador poco inclinado a las aventuras guerreras; pero, no obstante, su dominación era dura, y los países avasallados, como la patria del ujgur Tatatungo, gemían bajo su opresión. Por eso Gengis-Kan envió una embajada al príncipe ujgur, Idikut, diciéndole que sería preferible reconocerle a él como jefe que al emperador de Kara-Chitan. Idikut maridó al emperador mongol, primero los regalos de rigor, y más tarde fue él mismo al *ordu* para constituirse en su vasallo.

El Estado tanguta Hsi-Hsia conocía ya por experiencia propia a Gengis-Kan. Después de su victoria sobre los naimanos, invadió ligeramente varios lugares de la frontera y exigió a algunas ciudades, densamente pobladas y poco guerreras, un fuerte tributo. Hsi-Hsia consideró la primera aparición de Gengis-Kan dentro de sus fronteras tan sólo como un ataque de nómadas ladrones.

>El tercer vecino era el Imperio tras la muralla, el objetivo eterno de los nómadas, siempre ávidos de botín. Los magníficos tejidos, tallas, trajes, armas, utensilios que, desde los tiempos antiguos, se trajeron de allí después de cada invasión esporádica, no eran nada comparado con lo que sobre aquel país de maravilla contaban los comerciantes musulmanes, que tenían en sus manos todo el comercio de China y del Asia Central.

Gengis-Kan conversaba gustoso con hombres que habían viajado mucho, y por eso dejaba que todas las caravanas llegasen hasta su Corte. Su conocimiento de los negocios, su habilidad para las transacciones, le gustaron siempre, hasta el punto de que en su *Bilik* lo citaba como

ejemplo de los mongoles: debían ser diestros en la equitación y en el arte de la guerra, tan expertos en estas actividades como los comerciantes en sus negocios.

No obstante, al principio surgieron entre ellos y él algunos equívocos: los comerciantes se dieron cuenta de que sus mercaderías gustaban al jefe de los nómadas, y comenzaron a regatear por cada objeto, hasta que el Kan, enfadado, mandó sencillamente a sus guerreros despojarlos de todo y echarlos.

Entonces, un comerciante cuya caravana se encontraba ya en el territorio del Kan cuando tropezó con sus desvalijados amigos, haciendo de tripas corazón ofreció a Gengis todo su cargamento como regalo, en vista de lo cual fue bien recibido. Gengis alabó mucho los regalos y distribuyó parte de ellos entre sus *oerlok*, invitó al comerciante a ser su huésped y le rogó que volviese cuanto antes. Cuando se marchó vio, asombrado y satisfecho, a todos sus animales reunidos ante la tienda y cargados con costosísimas pieles, oro y plata, todo ello regalo del Kan.

A partir de entonces, ya no se enturbiaron las relaciones entre Gengis y los comerciantes. Este modo especial de negociar que implantó fue reconocido sin rechistar. Todos seguían el camino que pasaba por su *ordu*, le llevaban como regalo sus más hermosas mercancías y eran tratados como huéspedes del Gran-Kan, quien, sentado, silencioso y atento, en su tienda de fieltro, ante su copa de *kumys*, deseaba oír siempre nuevas historias de sus viajes y aventuras, y al partir recibían tantos regalos que su visita era para ellos el mejor negocio.

Gengis les preguntaba sin cesar acerca del Imperio Chin. Oía contar una maravilla tras otra. Allí los caminos atravesaban, sobre grandes losas, los ríos. Casas gigantescas flotaban, impulsadas por el viento, sobre las aguas de aquellas vías fluviales. Los personajes importantes del país no cabalgaban, sino que eran llevados en carrozas de oro por las calles. En el país, todo era de un esplendor y riqueza inimaginables. Pues si Chin era hermoso y rico, también su poder era enorme. Las ciudades eran tan grandes y albergaban tanta gente, que todos los mongoles cabrían en una de ellas. Estas ciudades estaban rodeadas de muros tan enormes que ningún caballo podía saltarlos ni ningún enemigo escalarlos. Sin que el emperador hiciese llamamiento alguno de soldados, su ejército permanente era más numeroso que todo el ejército del Gran-Kan. Iban armados con arcos que, para tenderlos, se necesitaban veinte hombres, y tenían carros de guerra tirados por veinte caballos. Podían arrojar fuego sobre el enemigo, y ese fuego estallaba con un fuerte ruido de trueno y rompía todo cuanto se hallaba en su proximidad...

Gengis se ponía tanto más pensativo cuanto más le con-

taban los comerciantes, y todos le referían lo mismo: las fuerzas y máquinas de que disponía el emperador de Chin excedían a todo lo existente. Ejércitos inagotables, fortalezas inexpugnables, inconcebibles medios de guerra. Y, no obstante, estaba seguro de que llegaría el día en que emprendería una increíble lucha contra el poderosísimo Chin, con el fin de asegurar su naciente Imperio mongol.

Era casi incomprensible que Chin hubiese permitido la unión de todos los nómadas, pues durante siglos no había hecho otra cosa que oponerse a cualquier desarrollo y crecimiento del poderío de los pueblos que vivían en tiendas de fieltro, puesto que si se aliaban con unos era para luchar contra otros. Gracias a esta actitud, logró ahogar en germen el desarrollo de cualquier fuerza nómada. Sólo porque el hecho se había producido demasiado aprisa; sólo porque él, Temudschin, había luchado siempre contra enemigos que los generales Chin consideraban más fuertes y, por lo tanto, más peligrosos (Wang-Chan, Tughta-Beg, Baibuka-Taiang), los de más allá de la Muralla no se preocuparon de forjar intrigas que hubieran podido serle fatales. Y después, cuando los enemigos fueron aniquilados, llegó de golpe y porrazo, de un modo sorprendente, la unificación del Imperio mongol. Sin embargo, en el último momento hizo el embajador Chin, Yun-chi, su aparición en esta parte del desierto; había recorrido dos mil *li* (mil kilómetros) para ver lo que ocurría allí, pero llegó demasiado tarde. Chin ya no encontraría más aliados. Para guerrear contra el Gran-Kan, se vería obligado a enviar sus propios ejércitos al desierto... Pero el Gran-Kan conocía ya esos ejércitos. ¡Hacía unos diez años, durante la guerra contra los tártaros! ¡Que vienesen, pues...!

Los soldados de Chin no le preocupaban, sino la astucia de los hombres de Chin. No se conformarían con proteger a los primeros que se mostrasen descontentos, sino que también sembrarían la cizaña. Pero el Kan no temía por sí mismo, sino por su Imperio. ¿Acaso sus hijos podrían mantener la férrea disciplina entre aquellos jefes y príncipes revoltosos, independientes; sobre aquellos diferentes pueblos que él mantenía unidos? ¿Podrían resistir cuando Chin excitase a unos contra otros ofreciéndoles títulos y cegándolos con brillantes promesas? Como vecinos, los Kara-Chitan y Hsi-Hsia no eran peligrosos; pero mientras Chin estuviese tras sus fronteras, su reino estaría siempre amenazado de discordia y ruina. El sueño de su juventud se había cumplido, pues bajo su bandera se había formado un pueblo de guerreros, y ahora empezaba la segunda parte del sueño: la lucha contra los habitantes de las ciudades.

Hsi-Hsia, el Estado tanguta del Sur, estaba constituido enteramente conforme al plan chino. Poseía ejércitos organizados según el sistema chino, y fortalezas. Por eso decidió Gengis-Kan utilizar dicho Estado como piedra de toque de sus fuerzas. Con él quería medir las suyas y adiestrar a los mongoles para su lucha contra Chin.

Ya al año siguiente de su subida al trono invadió a Hsi-Hsia con sus jinetes, derrotó al ejército que le presentó batalla, arrolló unas cuantas ciudades pequeñas y encontróse ante la primera gran fortaleza: Wolohai.

Los indomables mongoles ardían en deseos de emprender el asalto, y él los dejó obrar.

Todos sus ataques fracasaron miserablemente.

Gengis-Kan empezó un asedio en regla, y hubo de reconocer que sus salvajes jinetes no estaban en condiciones de continuarlo. No podían esperar con paciencia, no sabían avanzar lentamente, paso a paso. El mal humor y la incertidumbre reinaban en el campamento mongol...

Gengis-Kan no quería levantar el cerco, creyendo que su bandera blanca con el halcón, el espíritu protector suyo, no podía ser derrotado, y recurrió a una de sus sorprendentes tretas:

Mandó anunciar al comandante de la fortaleza que, contra entrega de mil gatos y diez mil golondrinas, levantaría el sitio. Asombrado de este singular deseo, el general de la plaza mandó realizar una batida contra los gatos y golondrinas de la ciudad, entregándolos a los mongoles, pero sin abrir, por prudencia, las puertas. Mas ya no necesitaba Gengis-Kan ninguna puerta abierta. Mandó atar algodón al rabo de los gatos y a las colas de las golondrinas, encenderlo y soltar a los animales. Los pájaros, asustados, se dirigieron en vuelo directo a sus nidos, y los gatos, rabiosos, buscaron sus escondrijos. ¿De qué les servía a los habitantes que éstos y aquéllos muriesen? La ciudad ardió por los cuatro costados y, al propio tiempo, los mongoles se lanzaron al asalto general...

Los guerreros de Gengis-Kan exultaban... ¡La fortaleza había caído! ¡Nada podía resistir a su Kan! Ocuparían todo el país.

Pero Gengis-Kan no estaba satisfecho. Su estratagema le había proporcionado la victoria, pero ya no podría repetirla. Y, entonces, ¿qué...? ¡Contra las fortalezas era impotente!

Sus mongoles no comprendían por qué, tras su magnífico triunfo, no los dejaba continuar. El emperador tanguta, mientras tanto, se apresuró, en lo posible, a formar un

nuevo ejército y fortificar las ciudades. Cuando los parlamentarios de Gengis-Kan se presentaron en su residencia de Hoang-hsing, la actual Ning-hsia, el Gran-Kan estaba dispuesto, bajo promesa de un tributo anual, a firmar la paz y retirar sus ejércitos de Hsi-Hsia.

Irritado, el emperador de Hsi-Hsia quiso rechazar aquella desvergonzada exigencia del nómada. Él, rey de un gran país, ¿iba a consentir en ser el vasallo de un Kan de nómadas...? Pero sus generales le recordaron que el propio emperador de China hacía, a veces, «regalos» a algún jefe, con tal de alejarlo del país, y luego, con toda tranquilidad, reunía sus* ejércitos y lo derrotaba.

Se firmó la paz, se entregó el tributo, y Gengis-Kan volvió inmediatamente a su *ordu*. Había conseguido cuanto necesitaba. Había triunfado, sus mongoles ardían en deseos de emprender nuevas luchas y realizar nuevas conquistas, y sabía en qué consistía la fuerza de las ciudades y la debilidad de su Imperio. Se trataba ahora de utilizar la experiencia adquirida.

III

El Estado Mayor de Gengis-Kan se puso a la obra. Todos los oficiales y jefes de tribu debían reunirse en su *ordu*. «Aquel que permanezca en su residencia, en lugar de venir a recibir mis instrucciones, será como una piedra que cae en el agua: desaparecerá», dictó Gengis-Kan a su guardasellos Tatatungo, y una ley elevó el cursillo de preparación militar del siglo xni a la categoría de una institución periódica. Después de poner a su pueblo en armas, Gengis-Kan formó el Cuerpo de Oficiales, cuya educación militar había de ser continua y progresiva, debiendo estar en condiciones de adaptarse a todas las circunstancias y de no conocer dificultades. Con esto eleva realmente a sus mongoles-koko por encima de todos los pueblos del mundo. Este ejército de seiscientos mil hombres que su nieto Batu, trescientos años después de la institución de este curso, pudo, en su calidad de Kan, presentar como «la Horda de Oro». Consistía tan sólo en su cuarta parte de mongoles, pero ellos fueron quienes ocuparon todos los puestos de mando, desde los más altos a los más bajos. Sus generales resolvieron sin dificultad la difícil tarea de hacer operar al ejército en el reino gigantesco que se extendía desde Polonia hasta los Balcanes, desde el Dniéper hasta el Adriático, y, no obstante, tenerlos reunidos en la batalla decisiva, hazaña que ningún general europeo de aquella época hubiera sido capaz de realizar.

El primer curso de la Academia Militar mongola servía

tan sólo para enseñar el arte del asedio, el uso de escaleras de asalto y de sacos de arena, la confección y empleo de gigantescos escudos bajo cuya protección podían acercarse a las fortalezas. Cada tribu debía fabricar este material de asedio, porque había de ser guardado en arsenales especiales, bajo la vigilancia de oficiales especialmente encargados de su custodia y que tan sólo distribuían cuando el ejército se ponía en marcha para la guerra.

Mientras en toda Mongolia, en cada tribu, bajo el mando de oficiales regresados de la guerra, empezaban los ejercicios en el nuevo arte militar, envió Gengis un ejército al mando de su primogénito Dschutschi, al que agregó sus mejores *oerlok*, Subutai y Dschebe, hacia el Noroeste, para entablar la lucha con los últimos perturbadores más allá de Mongolia. Ya no necesitaba encargarse él mismo de cada acción guerrera. Una nueva generación había crecido y debía aprender, al lado de generales, a mandar las tropas.

Atravesaron el país de los naimanos y redujeron a obediencia a las últimas tribus recalcitrantes; encontraron un paso para atravesar el Altai y bajaron a un país de estepas habitado por los kirgisos, nómadas como ellos, pero poco guerreros, que casi en el acto se sometieron espontáneamente. Luego, el ejército dio media vuelta y pasó los montes Saján para coger por la espalda a los merkitas, que, a cada ataque, se retiraban a las selvas. Allí encontraron, en primer lugar, a los oiratos, que, a su vez, sufrieron los ataques de los merkitas. Este pueblo se mostró inmediatamente dispuesto a aceptar el vasallaje de los mongoles y prestar el ejército servicios de guía, de modo que el emperador merkita, Tuchta-Beg, antiguo enemigo de Gengis-Kan, se vio obligado, por último, a aceptar una batalla decisiva en la que fue derrotado y muerto.

A pesar de que aún vivía uno de sus antiguos enemigos, Gutschluk, hijo del emperador naimano Baibuka-Taiang, que había conseguido refugiarse en la Corte del emperador de Kara-Chitan, Gengis estaba satisfecho de los resultados obtenidos por Dschutschi. Le preparó una brillante recepción y hasta le concedió una vida independiente.

— Tú eres el mayor de mis hijos — dijo —. Por primera vez has ido solo a la guerra y, sin cansar al ejército, has sometido a los pueblos que viven en las selvas. ¡Te regalo esos pueblos!

Con este don, Gengis-Kan creó una dinastía. Dschutschi fundó el reino de Kiptschak, en el Oeste, que conocemos con el nombre de «Imperio de la Horda de Oro». Los descendientes de Dschutschi fueron los Kanes gracias a cuyo favor reinaban los príncipes rusos. Durante siglos se dirigieron a la Corte de estos Kanes para jurarles fidelidad y recibir los títulos que les daban derecho a gobernar. El título que el zar ruso tuvo durante muchos años en los

pueblos de Asia, «Zar Blanco», demuestra que se le consideraba como heredero directo del Imperio del Oeste, pues el color blanco era entre los mongoles (que diferenciaban los cuatro puntos cardinales mediante colores) el del Oeste.

IV

Dos años habían transcurrido desde la guerra de Hsi-Hsia cuando llegó al Onón la noticia del fallecimiento del anciano emperador Chin, Tschang-tsung, y que el príncipe Yun-chi (el mismo a quien Gengis, en el *kuriltai* a orillas del Onón, había tratado con tan poca atención) le sucedía en el trono.

Había llegado el momento de decidirse, y Gengis-Kan creyó estar dispuesto. Sin embargo, prefirió, una vez más, probar sus fuerzas antes de emprender la lucha definitiva. Los tributos, que el año anterior habían llegado puntualmente de Hsi-Hsia, no le fueron pagados aquel año. Esto significaba que el emperador tanguta se consideraba suficientemente preparado; de otro modo, no se hubiera atrevido a quedarse con los «regalos».

Así, pues, Gengis-Kan invadió Hsi-Hsia, derrotó al ejército mandado contra él, tomó Wolohai, nuevamente reconstruida; asaltó y se apoderó de una segunda fortaleza, y pasó la Gran Muralla. Allí se le opuso un nuevo ejército, bajo el mando del príncipe heredero de Hsi-Hsia. También éste fue derrotado, y huyó hacia Hoang-hsing-fu—la actual Ning-hsia—, capital del país sobre el Hoang-ho superior. Gengis persiguió al ejército en derrota y cercó la ciudad.

Y una vez más demostróse la incapacidad de su ejército de jinetes. Desde luego, los mongoles estaban en condiciones de tomar por asalto fortalezas más pequeñas, pero no de quebrantar la resistencia de una gran ciudad, muy poblada y bien defendida.

Gengis-Kan no podía perder el tiempo. En todas sus empresas pensaba en Chin. Una vez decidido a obrar, no podía estacionarse allí. Había oído hablar del método de los chinos de cortar el agua a las ciudades asediadas, y ordenó que los tangutas fuesen empujados desde todas partes hacia un solo lugar. Quería construir un inmenso dique para desviar las aguas del Hoang-ho de la ciudad. Pero cuando el dique estaba a medio hacer se rompió, y el agua, en lugar de inundar la ciudad, anegó toda la llanura donde se encontraban los campamentos de los mongoles. Gengis-Kan no solamente se vio obligado a levantar el asedio, sino a retirarse a las montañas a marchas forzadas.

Pero, a pesar de todo, la situación de los tangutas no había mejorado. Los mongoles estaban en su país, que, desprovisto de tropas, era objeto de sus devastaciones y robos.

El derrotado ejército, encerrado en Hoang-hsing-fu, no podía ofrecerles en campo abierto ninguna resistencia. ¿Y cuánto tiempo duraría aquella tregua para la ciudad...?

El rey de Hsi-Hsia respiró aliviado cuando los parlamentarios de Gengis-Kan se presentaron ante él para ofrecerle sus condiciones de paz. Pero, esta vez, más duras todavía. No solamente estaba obligado a pagar un tributo, sino a prestar ayuda para las futuras empresas guerreras. Como prueba de su buena voluntad, debía entregar a su propia hija como mujer de Gengis-Kan. Como no podía elegir, hubo de acceder.

El tratado de paz definitivo y la nueva amistad fueron celebradas con gran esplendor. La boda se celebró bajo entrega mutua de magníficos regalos. Luego, Gengis-Kan no se entretuvo más tiempo, pues siempre pensaba en Chin, y emprendió la marcha con su nueva esposa y su ejército.

V

Aún estaba en camino hacia su *ordu* cuando un mensajero «flecha» del Oeste llegó a todo galope con la noticia de que una embajada china se había presentado al otro lado de la Gran Muralla. Inmediatamente, Gengis-Kan mandó hacer alto y dejó que los embajadores le alcanzasen.

De pie ante su tienda, recibió a los enviados del emperador de Chin. El jefe de la embajada hizo comprender al intérprete que venía con un mensaje imperial que sólo podía ser entregado a un *kotau*.

—Pero ¿quién es ahora emperador en Chin?— preguntó Gengis aparentando no estar enterado del cambio en el trono.

—El emperador Wei-Wang, antes príncipe Yun-chi— contestó el embajador.

Gengis, conforme prescribía el ceremonial, se volvió hacia el Sur; pero, en lugar de inclinarse respetuosamente, escupió con desprecio.

—Yo creía que el emperador de Chin, que se hace llamar «Hijo del Cielo», debía ser un hombre extraordinario. Si un imbécil puede llegar a tan alto, no vale la pena inclinarse.

Y Gengis mandó que le trajeran su caballo y partió a galope.

Para la embajada, el camino de regreso lo fue todo menos agradable. Lo alargaron todo lo posible. Durante aquel tiempo, el desgraciado embajador se devanaba los sesos buscando la manera de comunicar, sin peligro para él, aquella expresión despectiva del jefe de los bárbaros al «Hijo del Cielo». Pero, a pesar de los muchos circunloquios con que le describió el mandarín la recepción que le hizo

Gengis, la ira del emperador fue tremenda y no escapó al destino de todo portador de malas noticias: fue encarcelado.

Entonces se celebró, con un banquete, un gran Consejo en el Palacio de Pekín, durante el cual, según la antigua usanza, los más bajos funcionarios debían expresar los primeros sus proposiciones. Las opiniones de los dignatarios eran, como siempre, variadas. El emperador, que, como último, era quien decidía, ordenó en su sabiduría, al general que había votado por la guerra que marchase al país de los bárbaros y castigase severamente a su jefe; que esperase primero a que los bárbaros entrasen en acción, y que empezara la construcción de una nueva fortaleza cerca de la puerta más próxima de la Gran Muralla, para estar prevenido contra cualquier ataque de los mongoles.

El general más valeroso emprendió la marcha. Pero consideró demasiado peligroso marchar a través del desierto de Gobi y se conformó con dejar a sus soldados pillar un poco a las pacíficas tribus ongutas, vasallas del Imperio de Chin, que vivían al otro lado de la Gran Muralla. Mas ni siquiera esta prudencia les salvó de su destino. Oschebe-Noion — príncipe «flecha»—, a quien Gengis (al recibir la primera noticia de la aparición de un ejército al otro lado de la Gran Muralla) había enviado al Este con algunos *turman* — compañías de 10.000 hombres —, atacó a las tropas chinas, las batió ampliamente y destruyó la fortaleza que se estaba construyendo, adquiriendo, entre los ongutas libertados, buenos aliados para su señor.

Después de esta prueba, el valor guerrero de Yun-chi quedó agotado. Pero como era de mal agüero el que la primera guerra bajo un nuevo emperador acabara en derrota, prohibió severamente que se propagase por Chin noticia alguna referente a los rebeldes de más allá de la muralla.

Y cuando el «general de la Gran Muralla» se presentó, a pesar de todo, ante el «Hijo del Cielo» para comunicarle que los mongoles se preparaban para el ataque, fue muy mal recibido. Se le dijo que mentía y que Chin vivía en paz con los bárbaros.

Pero el general era muy poco entendido en la etiqueta de la Corte y continuó asegurando testarudamente que los mongoles no hacían otra cosa que cortar ballestas, forjar puntas de flecha y fabricar escudos.

A causa de su testarudez lo encadenaron, y Gengis-Kan tuvo todo un año para disponerse tranquilamente a la mejor lucha de su vida.

LA GUERRA CHINA

I

EN la primavera de 1211, Gengis-Kan reunió todas sus fuerzas. Todos los hombres en condiciones de llevar armas, desde el Altai hasta la montaña de Chinggan, debían presentarse en su campamento, situado a orillas del río Kerulo.

Ante los oficiales reunidos de todos sus ejércitos, declaró que había llegado el momento de vengar de la opresión secular del Imperio Chin a todos los pueblos que vivían en tiendas. Devolverle todo el mal que había hecho, hacerle pagar todas las traiciones que había cometido contra los anteriores Kanés.

Los guerreros recibieron con aplausos y gritos de alegría la noticia de que su victorioso Gran-Kan quería llevarlos al rico país de las maravillas, donde les esperaba el mayor botín que soñaran en su vida.

Sólo Gengis comprendía lo arriesgado de su empresa; sabía que ponía en juego la existencia de su Imperio mongol, apenas formado. Si en país extranjero, a miles de kilómetros de sus territorios, eran batidos, quedarían exterminados. Todos los países vecinos, que habían sometido con tantas dificultades, invadirían y saquearían su territorio. Las tribus sometidas volverían a sublevarse, y los pueblos que había conseguido reunir volverían a separarse. De la gloria de los Burtschigin, que él había forjado, nada quedaría, y hasta el nombre de mongol, que elevó a un título de honor, desaparecería por completo. Lo arriesgaba todo, su vida y su Imperio, en una sola jugada...

Sin embargo, nada había olvidado para asegurarse el triunfo. En todas las fronteras reinaba la paz y, más allá de las mismas, vivían por doquier aliados suyos. El país de que menos se fiaba, Hsi-Hsia, estaba tan debilitado que no le era posible pensar en la guerra durante muchos años, y si entre los jefes había todavía algunos sedientos de libertad e independencia, que le obedecían a la fuerza, se los llevaba a todos consigo, en unión de sus hijos, parientes y guerreros. Lo que dejaba tras de sí era un país parcamente ocupado por mujeres, niños y ancianos, amén de una pequeña tropa de unos 2.000 hombres para mantener el orden, y se llevó a Chin 200.000 jinetes.

Esta empresa era tan tremenda y tan grande el peligro, que no se podía permitir que un *schaman* cualquiera implorase la bendición de los dioses, ni hacer que la guer7a 7

dependiese de una incierta profecía. Por consiguiente, el mismo Gengis, en su calidad de Sutu-Bogdo—enviado de Dios—, quiso implorar los poderes divinos, mientras que, en la calle, todo el pueblo impetraba incesantemente al cielo, clamando: «¡Tengri! ¡Tengri!» Gengis oraba en su tienda, manteniendo un diálogo con los dioses. Les demostraba que sólo pretendía vengar la sangre vertida de sus antepasados. Les citaba el nombre de todos los Kanes que habían sido muertos por los chinos, enumerando todos los ataques contra el bueno y valeroso pueblo nómada, refería todas las felonías y tretas de los hombres de Chin. El Eterno Cielo Azul no podía permitir que su pueblo elegido continuase sufriendo semejantes injusticias. Por eso le pedía que le mandase todos los buenos espíritus para ayudarle—y también todos los malos, porque asimismo el poder de éstos era grande—. E imploraba el permiso de poder mandar a todos los hombres de la tierra para unirse contra Chin.

Durante tres días permaneció en su tienda, sin beber ni comer, implorando a los dioses. Al cuarto día apareció el Gran-Kan ante su pueblo, para anunciar a los entusiasmados que el Cielo le había prometido la victoria.

II

Iniciaron la marcha patrullas desplegadas en forma de abanico, con lo cual ninguna fuente, ningún lugar apropiado para acampar, ningún mensajero adversario, podían pasar inadvertidos. Luego, tres poderosos cuerpos de ejército al mando de los mejores *oerlok*: Muchuli, Subutai y Dschebe. Después, en tres divisiones—centro, derecha e izquierda—, el grueso del ejército. De este modo, el ejército mongol recorrió setecientos kilómetros, desde el río Kerulo hasta la frontera china, atravesando las montañas y la parte este del desierto de Gobi. Todo ello sin perder un solo hombre. Ni siquiera se necesitaba la guardia nocturna ni preparaciones para las etapas. Los guerreros llevaban consigo todo lo que precisaban. Cada jinete tenía su caballo de reserva. Para alimentarse en los desiertos llevaban rebaños. Con gran previsión, se eligió la mejor época del desierto para la marcha, cuando el Gobi tenía, a la vez, agua y hierba. Y ya en país enemigo, la guerra mantendría a la guerra. El lugar de abastecimiento de los mongoles se hallaba siempre ante ellos, en el país que querían conquistar...

El emperador de Chin tenía su residencia en Yen-King—el Pekín actual—, la capital más central del reino. Si Gengis quería emprender algo más que una expedición de pillaje, dicha ciudad debería ser su objetivo, y, en efecto, sus vanguardias parecían marchar directamente sobre ella, allá donde dos muros bien defendidos, separados entre sí por

cincuenta y hasta por cien kilómetros, protegían la llanura ante Pekín de las incursiones de los pueblos salvajes del Norte.

Aunque la Corte pretendía vivir en paz, estaba bien equipada. Formidables ejércitos se hallaban concentrados cerca de la capital, y se pusieron inmediatamente en camino al recibir la primera noticia de la marcha de los mongoles, con el fin de atacarlos en los desfiladeros, contenerlos gracias a sus fortalezas científicas y estratégicamente situadas, y luego aniquilarlos en las regiones difíciles situadas entre ambas murallas; cuando, de pronto, llegó del Oeste la terrible noticia: los movimientos de las tropas mongolas sólo habían sido fintas. Gengis-Kan, con su principal ejército, acababa de atravesar sin gran lucha la Gran Muralla, a unos doscientos kilómetros al Oeste, en un lugar donde la guarnición estaba constituida únicamente por mercenarios ongutás, y había llegado, como caído del cielo, a la fértil provincia de Schan-si.

Por consiguiente, los ejércitos imperiales debían, en lugar de marchar hacia las fortalezas cercanas, dirigirse cientos de kilómetros más hacia el Oeste, a través de montañas impracticables; y como, al propio tiempo, Gengis, con las tropas de vanguardia que se encontraban más al Norte, desvióse hacia el Oeste y sus caballos adelantaban mucho más que las tropas chinas, compuestas en su mayor parte de infantes, éstas fueron atacadas por ambos lados y desorganizadas completamente. Los cuadros chinos, que marchaban en apretados pelotones, ofrecían a los tiradores mongoles un excelente blanco. La lluvia de flechas los desconcertó por completo, y el subsiguiente ataque de los 200.000 jinetes, que maniobraban en filas cerradas, ningún ejército fue capaz de resistirlo. En este primer combate fue totalmente aniquilado el mejor ejército del emperador chino. Toda Schan-si estaba abierta ante Gengis.

Dividió sus tropas. Pero, para poder alimentarse con los productos del país, era necesario que se diseminaran lo más posible en amplias llanuras. Esto no ofrecía ningún peligro mientras el servicio de enlace funcionase tan bien que, a la primera aparición de cualquier ejército enemigo, pudiera acudir en dos o tres días al lugar amenazado. Y, en efecto, nunca quedaron interrumpidas, ni allí ni en las subsiguientes expediciones de guerra de Gengis-Kan, las relaciones entre él y sus generales, doquiera que éstos se hallasen. La táctica de marchar separados y luchar juntos había sido ideada y llevada por él a su más alto grado de perfección, haciendo que los mongoles apareciesen, siempre de un modo sorprendente para sus enemigos, en cualquier lugar increíble, y que, esto no obstante, todos los ejércitos estuviesen reunidos cuando se trataba de una batalla decisiva.

Tres ejércitos mandados por sus hijos Dschutschi, Tschagatai y Ugedei habían penetrado ya, formando abanico, en la rica provincia. Gengis en persona, con Tuli, su hijo menor, rodeó la residencia occidental Ta-tung-fu, y Dschebe, con un quinto ejército, fue enviado hacia el Este para informarse acerca del paso a las llanuras de Pekín.

Cuando consiguió tomar rápidamente por asalto un paso débilmente defendido, levantó Gengis el asedio de la residencia occidental, abandonaron sus hijos las fortalezas y ciudades conquistadas, y todo el alud mongol se abatió en la baja llanura del este de Chin, hasta los muros de Pekín.

Tan sólo al hallarse ante la gigantesca urbe se dio Gengis cuenta de lo absurdo de su empresa. ¡Qué fosos, qué defensas, qué murallas...! A caballo recorrió el perímetro de las fortificaciones. ¡Qué enormidad...! Nunca se había imaginado un conglomerado humano tan grande...

¿Qué hacer? ¡Jamás podría tomar aquellas gigantescas murallas defendidas por centenares de miles de hombres! ¡Nunca sería dueño de Chin! ¡Qué gran Imperio, coronado con semejante ciudad gigantesca! Ya había derrotado cuatro ejércitos, cualquiera de ellos más grande que todas sus tropas juntas, y le acababan de informar que de todas partes acudían ejércitos todavía mayores.

Hacía medio año que sus jinetes recorrían el país, saqueándolo, y ahora sabía que tan sólo se encontraban en una provincia, Schan-si, y que acababa de penetrar en una segunda de igual extensión, llamada Tschili, y que el Imperio Chin estaba compuesto de una docena de provincias semejantes. ¿Adonde dirigirse primero? ¿Qué conquistar en primer lugar...?

En su cerebro germinó la idea de desistir de un plan imposible: no se podía dominar a Chin. Todo lo demás lo había conseguido: los mejores ejércitos del emperador estaban destrozados; sus mongoles, enriquecidos con el botín y los esclavos; y la importancia de su Gran-Kan había crecido de un modo extraordinario. Dschebe, con un nuevo empujón hacia el Este, había llegado hasta el confín del mundo, hasta allá donde la tierra se cambia en agua. ¿Qué más podía desear? Él era el vencedor, pero si empezaba el asedio y tenía que levantarlo después sin tomar Pekín, su importancia quedaría aniquilada.

Y Gengis dio orden de volver atrás.

III

El ejército estaba haciendo los preparativos para la marcha, cuando un general chino se presentó en el campamento. La victoria de los bárbaros había provocado desaliento en las esferas de la Corte de Pekín. Hacía cerca de ochenta

8G



LA GUERRA EN CHINA

años que Chin no había sufrido semejante ataque de pillaje. Generalmente, los ladrones se retiraban al presentarse las tropas imperiales; pero esta vez parecían buscar la lucha, pues apenas se presentaba un ejército, era atacado desde todas partes por los nómadas. Con su jefe parecía no poderse contar; por ñn había conseguido llegar ante la capital y en Pekín se esperaba un asalto salvaje, el cual, rechazado de un modo sangriento, enseñaría a los bárbaros que valía más conformarse con ricos regalos y volver a sus territorios. Aquel Gran-Kan no permitía a sus jinetes acercarse a más de un tiro de flecha de las murallas. De lejos, se les veía cabalgar alrededor de las fortificaciones y, repentinamente, sin parlamentar siquiera, levantaban el campamento. ¿Qué planeaban? ¿Adonde se dirigían...?

Y Chin tomó la iniciativa de parlamentar.

El general enviado como parlamentario debía informarse de las intenciones de los nómadas, debía expresar al Gran-Kan el asombro del emperador: Chin vivía en paz con los mongoles, Gengis-Kan mismo era el *tschao-churi* del emperador, el plenipotenciario contra los rebeldes de la frontera. ¿Por qué, pues, había invadido a Chin?

Gengis-Kan quedó sorprendido al oír semejante mensaje: había devastado las provincias más florecientes de su Imperio y, no obstante, el poderoso emperador pretendía vivir en paz con él. Aquel enorme país, aquellas poderosísimas fortalezas y ciudades, pertenecían al emperador y, en lugar de atacarle, le preguntaba por qué había invadido su Imperio. ¿Se ocultaba en ello alguna debilidad que hubiese escapado a su perspicacia?

Gengis-Kan recibió al general con todos los honores que le correspondían, y empezó a sonsacarle. Chin había elegido mal su parlamentario: descubrió ante el Gran-Kan el estado interior del país.

Los emperadores Chin, que desde hacía cerca de un siglo reinaban sobre el norte de China, eran considerados todavía por los chinos como usurpadores. Aunque habíase unificado el país, aunque habían vencido en lá guerra contra el Imperio Sung, en la China del Sur, y pudieron arrancarle las provincias situadas al sur de Hoang-ho; aunque se hubiesen adaptado por completo a los usos y costumbres chinos, no dejaban de ser bárbaros del Norte, de la Manchuria, que derribaron a la antigua dinastía Liao, y los chinos nunca los reconocerían como emperadores legítimos. El pueblo se sentía oprimido por ellos y nunca podría quererlos. En el Sur, los emperadores Sung eran sus enemigos; al Noroeste, entre Yen-king y Corea, estaba Chitan, el país de origen de los Liao, donde vivía todavía un príncipe de la antigua dinastía; desde luego, en calidad de vasallo del emperador Chin... Si Gengis-Kan quisiera ayudar a la dinastía Liao a reconquistar sus derechos, el general, también descendiente

de los Liao, estaba dispuesto a entrar a su servicio... Y como él, pensaban muchos en el país.

Gengis examina atentamente su situación: con sus jinetes era más fuerte que cualquier ejército Chin, pero no podía tomar las gigantescas fortificaciones ni conservarlas, suponiendo que las pudiera asaltar. Cualquier guarnición mongola estaría como perdida en aquel mar de gente. Pero si, mediante los Liao, pudiese ganar a las masas populares... ¿Por qué no hacer fuertes a los Liao, con tal que quisieran ponerse bajo su mando supremo?

Decidióse: proseguiría la guerra. No se quedó en Tschili ni en Schan-si. Marchó hacia el Norte. Allí estaba la doble muralla, que debía impedirle la entrada en Chin. Desde el exterior no le ofreció ninguna resistencia digna de ser citada, y entre el interior y exterior de la Gran Muralla se encontraban los incontables potros imperiales, la poderosa remonta china. Con un solo golpe hallóse en posesión de incalculables rebaños de caballos, que le quitaron toda preocupación concerniente al equipo de sus jinetes e impidió el abastecimiento de caballos a los ejércitos chinos. Los ejércitos que en lo sucesivo* podría oponerle el emperador Chin se compondrían, casi en su totalidad, de infantes, a los que, con sus rápidos jinetes, podría alcanzar donde y cuando quisiera.

Luego montó su campamento más allá de la Gran Muralla, lejos de todo peligro de ser atacado por sorpresa, y envió una embajada a Chitan, al príncipe Liao.

IV

La primavera de 1212 presenció, de pronto, el estallido de una rebelión en Chitan, mientras Gengis-Kan exigía tributo a las provincias situadas al norte de la Gran Muralla. Derrotó al ejército enviado contra él y, persiguiendo a los fugitivos chinos, traspasó la Gran Muralla y apareció de nuevo en Schan-si. Pero allí se encontró con una sorpresa: todas las ciudades se habían provisto de nuevas defensas, y las fortificaciones arrasadas fueron reconstruidas durante el invierno. Así, pues, tenía que emprender de nuevo la conquista.

Para conseguir una rápida decisión, dejó de sitiar las pequeñas ciudades y asedió la capital de la provincia. Tantung-fu, la residencia del Oeste. Inmediatamente acudieron los ejércitos chinos de desbloqueo, pero fueron derrotados. Entonces trató realmente de tomar por asalto la fortaleza, pero también aquella hermosa ciudad era inexpugnable para sus jinetes. Y cuando él mismo dirigió el asalto, fue herido de un flechazo.

Entonces empezaron a llegar de Chitan malas noticias:

habían aparecido allí las tropas imperiales, que por doquier ahogaban la rebelión y ponían en un aprieto al príncipe Liao.

Chin era demasiado fuerte.

Cualquier otro jefe hubiera desistido de una lucha desesperada, regresando a sus seguras estepas. Mientras tanto, Gengis se había atraído aliados, que le convencían de que Chin sería derrotado. Era, pues, menester luchar hasta el fin.

Nuevamente se retiró tras la Gran Muralla y empezó a practicar a sus mongoles en el arte del asedio. Envió al apurado príncipe Liao a Dschebe-Noion — el Príncipe Flecha — con algunos *turnan*.

Dschebe, durante una expedición invernal, limpió a Chitan de los ejércitos imperiales, trató de tomar por asalto la residencia Este, Liao-yang, y fracasó lo mismo que Gengis fracasó ante Ta-tung, la residencia Oeste. Las fortalezas eran inexpugnables para los mongoles.

Entonces recurrió a la táctica preferida de éstos: hizo circular el rumor de que acudía un ejército de Chin para el desbloqueo, mandó levantar el asedio y ordenó una retirada tan precipitada que dejase toda su impedimenta y las tiendas abandonadas ante Liao-yang. Después de dos días de retirada, ordenó a sus mongoles montar sus caballos de refresco y, en una noche, desanduvo lo andado. Su treta tuvo éxito: encontró a toda la guarnición y parte, de los habitantes pillando en su campamento. Todas las puertas de la ciudad estaban abiertas... Arrolló a los saqueadores y asaltó la plaza.

El resultado fue que el príncipe chitano, que ya vacilaba, se declaró rey de Liao-tung y colocó su reino bajo la protección de Gengis-Kan.

En la primavera siguiente, los mongoles tomaron la cosa en serio: la tercera expedición empezó con la conquista sistemática de las provincias del Norte. Ahora no dejaban ninguna ciudad atrás: ante las fortalezas más débiles se ejercitaban para habérselas contra las más potentes. Tuli, el hijo menor de Gengis-Kan, y su yerno Tschiki daban el ejemplo, escalando los primeros las murallas. Sus otros hijos y sus generales luchaban por la posición de los desfileros, que ocupaban uno tras otro. Y se cumplió, por fin, la promesa del general liao: cuando ya no quedaba la menor duda de que la invasión de los mongoles no era una sencilla expedición de pillaje, sino que se trataba de una conquista bien planeada, empezaron varios generales de origen chitano a pasarse, con sus tropas, a Gengis-Kan.

Pronto llegó a ser no tan sólo dueño de toda Schan-si, sino que ocupaba ya por todas partes las llanuras de Pekín.

Y en aquel momento, cuando el peligro se hacía más

amenazador, estalló en la «Residencia central» una rebelión pasajera.

Como de costumbre en los trances de apuro, el emperador había concedido la acostumbrada amnistía y llamado a los generales sancionados. Uno de éstos, el eunuco Huscha-hu, a quien, en tales momentos, el emperador había confiado el mando de un ejército, ocupó de improviso Pekín, dio muerte al gobernador, se apoderó del Palacio Imperial y mató a Yun-chi...

Gengis interrumpió todas las acciones y corrió hacia Pekín con la esperanza de que las puertas de la inexpugnable fortaleza se abrirían ante él. ¿Pues qué podía significar un motín sino una rebelión de los partidarios de Liao...? Ignoraba que los chitanos de la dinastía Liao eran, en el fondo, tan extraños a los chinos como los manchurianos a la dinastía Chin. Hacía quinientos años que ellos eran también conquistadores extranjeros, y sólo como tales habían adoptado las costumbres, los usos y los modos de pensar del pueblo oprimido, que, indiferente, lo aguantaba todo y luchaba, bajo el mando de sus generales, contra los nuevos conquistadores, mientras el «Cielo les permitiera conservar el dominio sobre el reino del centro»; no obstante, el pueblo no los reconocía como chinos.

Huscha-hu no era partidario de los Liao ni estaba dispuesto a reconocer «a los bárbaros del Norte». Su revolución era un asunto particular. Después de la muerte de Yun-chi, se nombró generalísimo de todas las tropas chinas y puso en el trono vacante a un príncipe preferido por él, de la dinastía Chin, quien, como emperador, recibió el nombre de Hsuan-tsung. Luego marchó al encuentro de Gengis-Kan.

Cerca de Pekín, al atravesar un río, se vio Gengis atacado por sorpresa. El eunuco Huscha-hu, aunque con una pierna paralítica y sentado en una silla de ruedas, dirigía él mismo la batalla, y por primera vez, desde el comienzo de la guerra china, los mongoles fueron vencidos. Ésta fue la segunda y última derrota que Gengis-Kan sufrió en su vida. Gracias al retraso de las tropas de cerco del general Kao-chai, la batalla no terminó con el aniquilamiento total de su principal ejército y consiguió retirarse con cierto orden.

Huscha-hu quiso ejecutar al descuidado general Kao-chi, que le hizo perder el fruto de su victoria. Pero el nuevo emperador, Hsuan-tsung, intercedió por él, y Huscha-hu le dio una ocasión para enmendar su falta. Estando él mismo demasiado enfermo para continuar personalmente las operaciones, envió refuerzos a Kao-chi y le ordenó reanudar el ataque contra los mongoles.

Kao-chi atacó. Luchó con el valor de la desesperación; pero Gengis había reunido sus tropas y ordenado buscar

otras de reserva. Día y noche duró la enconada batalla, pero Kao-chi fue finalmente derrotado y perseguido hasta los arrabales de Pekín.

Estaba convencido de que Hu-scha-hu cumpliría su palabra y lo haría ejecutar. Así, pues, le tomó la delantera: al frente de sus soldados, asaltó el Palacio del Generalísimo.

Hu-scha-hu quiso huir, pero se enredó en su traje y cayó. Kao-chi lo alcanzó, decapitó y se dirigió, con sus soldados y la cabeza de Hu-scha-hu, al palacio del emperador Hsuan-tsung.

Con el sangriento despojo de su enemigo en la mano, rogó al emperador que eligiese entre los dos.

La amenaza del general no dejaba lugar a dudas: sus soldados rodeaban el Palacio Imperial y Hsuan-tsung no era más héroe que lo fue su predecesor; así es que recordó, de pronto, que Hu-scha-hu era un rebelde, un regicida que se había apropiado el título de mariscal, y despojó cobardemente de todos sus títulos y dignidades al hombre que le puso en el trono, el único que supo derrotar a los mongoles. Se hizo pública la lista de todas sus faltas, y Kao-chi fue alabado por sus hazañas y ocupó el puesto de Hu-scha-hu como generalísimo. Los soldados que asaltaron el palacio de este último fueron recompensados.

Y todo esto ocurría mientras Gengis-Kan se hallaba ante las puertas de Pekín, debiendo convencerse una vez más de que la fortaleza era inexpugnable...

Entonces tuvo un acceso de ira. ¿Acaso creían poder escarnerle porque habitaban entre murallas? ¿Seguir comerciando como si él ni siquiera estuviese en el país? ¿Es que Chin no se daba cuenta de que estaba en guerra? ¡Pues bien, pronto lo sabría...!

Gengis no pensaba ya en retirarse a sus cuarteles de invierno, pero tampoco permitía que sus mongoles se descalabrasen contra aquellos muros inexpugnables. Dividió su ejército (y las cuarenta y seis divisiones chinas que, al mando de varios generales, se habían unido a él) en tres, y mandó uno, a las órdenes de su hermano' Kassar, hacia el Este, en el sur de Manchuria; otro, en tres divisiones, al mando de sus tres hijos mayores, a través de las altas planicies de Schan-si, hacia el Sur, mientras que él, con su hijo Tuli y el ejército central, marchó por las llanuras chinas hacia el Sudeste, hasta Chantung.

Durante todo el otoño y el invierno, los mongoles, en tres bandos, recorrieron, pillando, matando e incendiando, el Imperio Chin. Regiones calcinadas, ciudades despobladas, ruinas humeantes, jalonaban su camino.

Los generales chinos se habían retirado a sus fortalezas, llamando a los campesinos para defenderlas. Gengis-Kan ordenó coger a los ancianos, mujeres y niños que habían quedado en las aldeas y los obligó a marchar, delante de

sus jinetes, contra las murallas y bastiones de los fuertes. Los campesinos se negaron a disparar contra sus padres, mujeres e hijos y a arrojar sobre ellos fuego o pez ardiendo, y no combatieron.

Tan sólo fueron respetados unos cuantos lugares cuyas guarniciones se pasaron en seguida a los mongoles] todos los demás quedaron arrasados. En menos de medio año destruyeron, incendiaron y saquearon noventa ciudades fortificadas y tenazmente defendidas. En todo el territorio, hasta el curso inferior del Hoang-ho (que entonces desembocaba al sur de Chantung, en el mar Amarillo), se destacaban tan sólo, como islas, once fuertes que no se pudieron tomar, aunque habían sido cercados. Fue devastado todo el país. El hambre y las epidemias se propagaron en pos de las tropas mongolas: los cadáveres de los vencidos yacían por los campos o flotando sobre las aguas... Así era la ira de Gengis-Kan.

Con la primavera llegó la orden de regreso. Los tres ejércitos debían volver a reunirse ante Pekín. Pero cuando atravesaban de nuevo las regiones por ellos devastadas, las epidemias y enfermedades atacaron también a los vencedores. Los ejércitos mongoles que se reunieron frente a Pekín no eran tan brillantes ni tan fuertes como cuando empezaron la retirada.

Gengis-Kan envió un parlamentario al emperador Hsuan-tsung para decirle: «Todas las provincias de tu reino al norte de Hoang-ho — río Amarillo—están en mi poder. Sólo te queda tu capital. ¡Tan débil te ha hecho el Cielo! Si quisiera, en tus apuros, seguir persiguiéndote, ¿qué diría el Cielo de mí? Temo su ira y por eso deseo emprender el regreso con mis ejércitos. ¿No podrías hacer algunos regalos a mis generales, para quitarles el mal humor?»

Se reunió en Pekín el Consejo de la Corona. Allí no se estaba acostumbrado a que fuesen los más débiles quienes ofreciesen la paz, y el mariscal Kao-chi deseaba a todo trance entablar una batalla decisiva, porque las tropas de Gengis-Kan debían de estar agotadas, y sus caballos, debilitados. Pero los ministros no quisieron oír hablar de ello. ¡Sería una locura hablar todavía de luchar! ¡De tres años a la fecha, no se hacía otra cosa! ¿Y con qué resultados? Todo cuanto se emprendía fracasaba miserablemente... Y ahora, ¿iban a rechazar su oferta, para excitar aún más su ira?

En vista de ello, el emperador Hsuan-tsung se dispuso a enviar un ministro a Gengis y se entabló discusión sobre las condiciones de paz.

Chin se comprometía a una amnistía general, a reconocer al príncipe de Chitan como emperador independiente de Liao-tung — Gengis no había olvidado a sus aliados y

cumplió la palabra empeñada — y daba por esposa al Gran-Kan, como prueba de buena voluntad, una hija del anterior emperador, con todo su ajuar y séquito.

La paz fue firmada, y Gengis se dirigió, al terminar la primavera de 1214, tres años después de su primera y gran invasión de Chin, hacia las fronteras, acompañado por el ministro imperial, con la intención de no volver a pisar el suelo chino.

Cerca de la frontera le asaltó una idea: ¿Qué haría con los diez mil prisioneros que durante las operaciones había empleado en los trabajos preliminares del asalto a las fortalezas? Llevaban los gérmenes de enfermedades y epidemias; no estaban en condiciones de cruzar el Gobi; tampoco era posible enviarlos a sus casas, pues habían aprendido demasiado de la táctica de los mongoles y, como soldados del emperador, podrían llegar a ser enemigos peligrosos. Pero ¿qué importaba la vida humana? Mandó elegir los obreros, los artistas y los sabios, y matar a los demás.

V

El año estaba excesivamente adelantado para atravesar el Gobi bajo el calor del verano, y Gengis acampó en los linderos del desierto, en el oasis Dolon-Nor.

La primera noticia que de Chin llegó hasta allí fue que el emperador Hsuan-tsung había anunciado a su pueblo el traslado de su residencia a la capital del Sur — más allá del Hoang-ho— la actual Kai-song. De nada sirvió que sus ministros le hicieran observar que su viaje se parecía a una huida, a una entrega de las provincias del Norte. La voluntad del emperador, que deseaba alejarse cuanto antes de la vecindad de los mongoles, era inquebrantable y su decisión quedó corroborada por su primer consejero, el mariscal Kao-chi, puesto que éste quiso acompañar a su emperador hacia el Sur. Para tranquilizar al pueblo y demostrar que el emperador se preocupaba de sus provincias del Norte, se dijo expresamente, en proclamas, que el príncipe heredero y el comandante militar, príncipe Wan-yen, permanecerían en Pekín.

— ¡No se fía de mis palabras! — exclamó Gengis enfadado. Luego, pensativo, añadió —: Hago la paz únicamente para poder emprender la conquista del Sur...

Y, como corroborando sus pensamientos, presentóse en el campamento mongol un embajador del emperador Sung, el cual, debido a la preocupación de su Gobierno acerca de las intenciones de Hsuan-tsung, del Imperio del Sur, había hecho largos rodeos hasta llegar al límite del desierto de Gobi.

En el reino de los Sung se celebraban las victorias de

los mongoles como si fuesen propias. Allí se consideraban las derrotas de los Chin como un merecido castigo del Cielo por las continuas guerras con que devastaban constantemente el Imperio Sung y las provincias situadas al sur de Hoang-ho, que, además, estaban obligadas a pagar un tributo.

Por fin, durante el último año, los Sung se atrevieron, una vez más, a demorar el envío de los «regalos» anuales, consistentes en 250.000 onzas de oro y 250.000 piezas de seda. Pero los mongoles se fueron de pronto y la Corte china trasladóse al Sur, en vecindad inmediata con las fronteras del reino de los Sung. Por consiguiente, la preocupación de este Imperio era muy fundada. Así, pues, el enviado deseaba conocer exactamente los planes del monarca mongol y darle a entender el peligro de que los Chin se fortaleciesen de nuevo.

El ministro de un país de cultura refinada, cuya literatura y arte florecían en alto grado; el mandarín de una Corte cuyo esplendor y etiqueta se hacían patentes hasta en los más insignificantes detalles, y a los ojos del cual el mismo emperador Chin no era más que un advenedizo y un bárbaro, necesitó algún tiempo para acostumbrarse a la situación reinante en Dolon-Nor. Se informó cuidadosamente de todos los pormenores del ceremonial de la gran audiencia. Le dijeron que, al entrar en la tienda, no debía pisar el umbral ni apoyarse luego en las columnas que la sostenían, pues estas faltas se castigaban con la pena capital y, en espera de la condena, el culpable era azotado.

Después se le hizo andar, ataviado con su traje de etiqueta, entre dos fuegos. El adepto de la filosofía de Confucio supo que así quedaría limpio de todo mal pensamiento.

Tuvo que ver cómo todos los magníficos regalos que le llevó al emperador de los mongoles eran conducidos entre, los dos fuegos, a pesar de que se chamuscaban los preciosos tejidos. Observó cómo durante siete días quedaron expuestos al aire libre para ser ofrecidos a los dioses, aunque el sol y el viento empalidecían sus delicados tintes y estropeaban muchas de aquellas preciosidades fabricadas para el embellecimiento del Palacio Imperial.

Por fin penetró en la inmensa tienda. En ella todo estaba envuelto en una extraña penumbra, pues la luz penetraba tan sólo por el agujero redondo situado en medio del techo y por las rendijas de los tapices de la entrada.

Exactamente frente a la entrada, al otro extremo de la tienda, levantábase el enorme tinglado de madera, cubierto de tapices, sobre el cual descansaba el trono del Gran-Kan y de la princesa china. Al lado del trono, un poco más atrás, media docena de concubinas. Luego, en un inmenso círculo,

sentados en taburetes y bancos, los príncipes, generales y nobles, y, frente a ellos, sus mujeres, conquistadas en China, todas adornadas, limpias, cargadas con magníficos trajes y vestiduras, piedras coloreadas, alhajas de oro... Cerca de la entrada, a un lado, gigantescas mesas que amenazaban romperse bajo el peso de los recipientes de oro y plata llenos de *kumys*, de las calderas repletas de carne hervida. Al otro lado, una orquesta compuesta por los más hermosos tocadores de flauta. Y sobre el trono, en la misteriosa penumbra, como flotando sobre todos, la poderosa figura de Gengis-Kan, quien, el único, no llevaba adornos. La música, que empezó a tocar en el momento que el Gran Kan tendía la mano hacia su copa; el tumulto de hombres y mujeres, que se levantaban de un salto, bailaban y batían palmas..., todo aquello era extraño y bárbaro.

En tales circunstancias no le resultaba fácil al embajador de los Sung explicar su misión con palabras floridas y frases bien redondeadas. Fue para él un alivio cuando el Kan le dejó hablar tranquilamente, sin ceremonias, haciendo luego traducir sus palabras por el intérprete, sin objeción alguna.

Pero el tiempo pasaba, y el rostro cerrado, la mirada insondable de Gengis-Kan, no revelaban sus pensamientos. La única contestación que dio al discurso del enviado fue que bebiera tanto *kumys* y comiera tanta carne como pudiese. Se le designó un sitio a la izquierda de las mujeres, mas no como una afrenta. Pudo beber vino de arroz y conversar con las mujeres del Kan en lengua china; y, mientras bebían, tocaba la música y bailaban ante él los guerreros mongoles.

Pero de su misión, ¡ni una palabra! Ni aquel día, ni más tarde. Parecía haber caído en el olvido. No se convocaba el Consejo, no se hablaba de una audiencia.

El Kan no había dado a conocer su opinión, y era en vano que el embajador, según el sistema chino, tratase, por medio de los cortesanos, de saber algo de las intenciones de los mongoles. Los mongoles no tenían intenciones.

Ellos cabalgan, preparan la caza con halcón y, como podía ver desde su tienda, en la plaza ante la gran tienda, jugaban a la pelota con su emperador. "Veía la enorme figura de Gengis-Kan correr, con sus príncipes y *oerloks*, tras la pelota, atraparla, lanzarla. Le veía reír y alegrarse como un niño cuando conseguía el mejor golpe.

Por fin, el enviado se las arregló para que el Kan le encontrase a la salida de la tienda. Frenó inmediatamente su caballo y el intérprete tradujo:

— ¿Por qué no viniste a jugar con nosotros a la pelota? Hemos jugado admirablemente.

El atolondrado embajador se permitió tartamudear que no había sido invitado al juego.

— ¿Y para qué necesitas una invitación? Cuando quieras jugar, no tienes más que venir.

Por la tarde, al presentarse en el banquete, lo castigaron, por su ausencia, con tantos vasos de vino de arroz que, al fin, tuvieron que llevarlo, totalmente ebrio, a su tienda. A la comida siguiente consiguió, por último, dirigir al Gran-Kan unas palabras; referentes a las preocupaciones expresadas en la carta de los Sung; pero la respuesta fue breve y evasiva:

— He firmado la paz con Hsuan-tsung.

VI

La tregua de paz, después de tres años de devastación, duró tan sólo unos pocos meses y, no obstante, bastaron a Chin para formar un nuevo ejército. Ya se habían agrupado, alrededor del enérgico comandante Wan-yen y del activo príncipe heredero, hombres que organizaban la resistencia en las provincias del Norte. Las ciudades en ruinas eran reconstruidas, y las murallas arrasadas se levantaron nuevamente. Nuevos ejércitos surgieron de la nada y dirigieron hacia Chitan, a pesar de que se había reconocido como independientes, en el tratado de paz, a los príncipes de Liao-tung. En aquellas luchas se vio que Chin no había perdido su espíritu guerrero ni su potencialidad para el combate. A las pocas semanas, las tropas del rey Liao eran derrotadas. Su capital fue tomada y el rey tuvo que huir.

Una parte de la guardia personal del emperador, que desde Pekín había acompañado a Hsuan-tsung hacia el Sur, estaba asimismo compuesta de chitanos. Tan pronto como se llegó a Kai-song, recibieron la orden del emperador de entregar en la ciudadela sus armas y caballos. Comprendieron que aquello era la primera medida para deshacerse de ellos y, por consiguiente, se negaron a obedecer. Asesinaron a su comandante y eligieron a otro, que en el acto mandó dar media vuelta, y regresaron al Norte.

Las tropas del Gobierno los persiguieron y otras divisiones les cortaron el camino; en vista de lo cual, los chitanos enviaron una delegación a Gengis para informarle de que se sometían a él y le suplicaban ayuda.

Aquél era el momento crítico. Hasta entonces, Gengis-Kan había vacilado, dudaba en atacar o en auxiliar al emperador Liao en su comprometida situación. Pero ahora tropas chinas se reconocían como subditos suyos. Ya no se mostraban partidarios de los Chin ni de los Liao, sino de los mongoles. ¿Podía dejar que fuesen exterminados?

En vista de lo cual, envió a Muchuli en ayuda del rey de Liao, y a Subutai hacia la Manchuria — cuna de la dinastía Chin —, mientras que un tercer ejército corría hacia el Sur para librar a la guardia cercada.

Subutai atravesó la Manchuria, arribó a la costa y, siguiendo ésta, llegó hasta el Sur y trajo al Gran-Kan la sumisión del príncipe de Corea.

Muchuli encontró a Liao-tung totalmente en poder de los Chin; un gobernador de Kai-song estaba ya en camino. Muchuli derrotó a las tropas chinas y ocupó todas las carreteras que conducían a la capital; Liao-yang apresó al gobernador de los Chin y entregó su credencial a un general chino pasado a Gengis, que arribó con un lujoso séquito a la residencia, mandó celebrar su llegada con gran pompa, se hizo cargo del gobierno, licenció a los oficiales y abrió las puertas de la ciudad a los mongoles. Muchuli quería castigar severamente a Liao-yang por su defección al rey Liao; pero el general chino logró convencerle de que dando un ejemplo de suavidad se atraería la confianza de todos los chitanos, y Muchuli siguió aquel buen consejo. En vista de ello, muchas ciudades chitanas se entregaron a los mongoles y, en un abrir y cerrar de ojos, todo el reino Liao quedó libre de las tropas de Chin.

El tercer ejército mongol se abrió camino hasta la guardia y, después de juntarse con ésta, conquistó los pasos que conducían a Pekín y apareció de nuevo ante las puertas de la ciudad. Pero antes de que pudieran rodearla, llegó a Pekín una orden de Hsuan-tsung, y el príncipe heredero abandonó inmediatamente la residencia central, dirigiéndose hacia el emperador, en Kai-song.

En vano se esforzó el príncipe Wan-yen, quien, junto con el príncipe heredero, era el alma de la resistencia, en desaconsejarle el viaje. Inútiles fueron sus advertencias de que su marcha sería la señal de una defección general de las provincias del Norte y el principio del caos.

Pero emprendió el viaje, y en las provincias del Norte inicióse, efectivamente, el caos. Las provincias y las ciudades se declararon independientes, y sus gobernadores se hicieron proclamar reyes. Algunos se pasaron a Gengis, para hacer luego defección en la primera oportunidad. Luchaban entre sí, contra los mongoles y contra las tropas que permanecían todavía fieles al emperador...

Muchuli recibió el mando supremo y, al propio tiempo, la orden de acabar con toda resistencia. Durante el transcurso del otoño e invierno, sus mongoles se apoderaron de más de ochocientas ciudades y aldeas, de las que arrasaron parte y dejaron otras al mando de gobernadores indígenas.

Sin embargo, a pesar del hambre y de las enfermedades, Pekín resistió obstinadamente durante todo el invierno. Los mongoles derrotaron a los ejércitos de socorro que fueron enviados desde el Sur; y, a pesar de todo, Wan-yen mantuvo a Pekín. Pero cuando en la primavera fue también vencido y aniquilado el último ejército de socorro enviado con víveres desde Kai-song y ya no quedaba esperanza al-

guna de salvación, el mariscal Wan-yen quiso intentar una postrer salida con toda la guarnición, llegar a una batalla decisiva y vencer o morir con las armas en la mano. Pero los demás generales se negaron a obedecerle.

En vista de ello, Wan-yen salió del Consejo de Guerra y se dirigió a su palacio. Escribió una carta a Hsuan-tsung, en la que le describía la situación de la ciudad cuya defensa le había sido confiada, se permitió recordar al emperador todas sus advertencias y denunció como traidor al mariscal Kao-chi, el consejero del emperador. Luego pidió perdón a su emperador por no haber podido cumplir su encargo de salvar a Pekín. Confió esta carta a un servidor de confianza, al que ordenó ir a Kai-song después de la caída de Pekín; luego se despidió de sus familiares y se envenenó.

A la noche siguiente, el general que le sustituía huyó de su residencia, acompañado de su amante, y abandonó el palacio imperial y las esposas imperiales a los soldados chinos, que habían empezado ya el saqueo.

Con cinco mil mongoles y las tropas chinas que se habían entregado a él, penetró Muchuli en aquella poderosa fortaleza, que el propio Gengis-Kan, con todos sus ejércitos reunidos, había asaltado sin éxito.

Pero ni siquiera al recibir la noticia se movió Gengis de su oasis en las orillas del Dolon-Nor. Chin ya no le interesaba. Aquellos habitantes de las ciudades eran otra clase de gente que sus nómadas, y un contacto continuo con ellos sólo podía perjudicar a sus mongoles. En efecto, no se podía confiar en gente que hoy servía a uno y mañana a otro, que a cada momento estaba dispuesta a traicionar a ambos y que tan sólo obedecía al temor, no pensando más que en sí misma y en sus bienes. A sus mongoles, a los keraitos, a los ujuguros y a los naimanos les había encargado, para que no perdiesen las virtudes de los jinetes de la estepa, o sea el valor irreflexivo, el desprecio a la muerte, la fidelidad a su tribu y a su emperador, no entablar relaciones con ellos.

Aquella gente era astuta y podía llegar a ser peligrosa. Por consiguiente, era menester mantenerlos subyugados. Temblaban ante la idea de perder la vida y sus bienes. Así, pues, se les dominaba manteniéndolos en semejante temor. Por otra parte, sabían crear muchas cosas indispensables a los nómadas y, por consiguiente, éstos se las compraban. Envío a Schigi-Kutuku a Pekín para trasladar los tesoros del Palacio Imperial a Mongolia.

Durante semanas enteras, caravanas cargadas con todas las riquezas del Palacio Imperial, bien embaladas y cuidadosamente catalogadas, salieron a diario de Pekín con dirección al campamento situado en las orillas del Dolon-Nor. En cada caravana habían incluido unos cuantos hombres «útiles», catalogados también ellos según sus nombres

y oficios. Estos individuos eran artistas, astrólogos, filósofos, ingenieros y artesanos.

Cierto día percibió Gengis a un hombre de elevada estatura, con una luenga barba negra. Su ficha decía: Yeliu-Tschutsai, mago y astrólogo de la raza de los Liao.

—La casa de los Liao y la de los Chin fueron siempre enemigas — le dijo Gengis—; de modo que te he vengado.

—Mi abuelo, mi padre y yo hemos servido a la casa de los Chin — contestó Yeliu-Tschutsai—. Mentiría hipócritamente mostrándome hostil a mi padre y a mi emperador.

Esta respuesta agradó a Gengis-Kan. Un hombre que, entre los ciudadanos, había conservado su orgullo y declaraba no haber servido por miedo ni por afán de lucro, sino por fidelidad y convicción, tenía forzosamente que ser un hombre extraordinario. Entabló conversación con él. Una vez ésta acabada, le pidió que entrara a su servicio como adivino y consejero.

Después de aquel coloquio, Gengis cambió parcialmente de opinión: los hombres que, viviendo en las ciudades, conservaban su carácter propio, eran dignos de ser colocados entre los más nobles. Era una lástima que, muy a menudo, no se llegara a comprender su manera de obrar. Por ejemplo, ¿acaso podía Wan-yen evitar que todos los demás fuesen unos traidores? Su deber era luchar hasta el fin con los pocos fieles que le quedaron; de obrar así, Gengis-Kan hubiera dado seguramente la orden de capturarlo en vida y le habría instado como a Yeliu-Tschutsai, para que se pusiera a su servicio, y quizá le hubiese nombrado gobernador de Pekín o, probablemente, de todo el territorio de los Chin... No hay que temer a la muerte... ¡Pero de eso a suicidarse...! Gengis-Kan no lograba comprenderlo.

VII

El emperador Chin pidió la paz.

—Cuando se han cobrado las gamuzas y ciervos, y sólo queda una liebre, ¿por qué no dejarla en libertad? — dijo Gengis-Kan.

Pero las condiciones eran inadmisibles. El emperador había de ceder los territorios al norte de Hoang-ho, abdicar su título de rey de Honan y reconocerse vasallo de Gengis-Kan.

Así, pues, continuó la guerra.

En otoño, Gengis-Kan envió un ejército al Sur. Fue batido y se vio forzado a retirarse más allá de los hielos de Hoang-ho. Varias ciudades alejadas se sublevaron. Una guerra partidista amenazaba. Se intentó desgastar a las grandes masas de Chin con una guerra interminable. Semejante actuación bélica no precisaba de la presencia del

Gran-Kan; además, una noticia alarmante llegó hasta Mongolia; Gutschluk, el hijo del príncipe Baibuka-Taiang, que se refugió en la Corte del emperador de Kara-Chitan después de una derrota en el Altai, había llegado a ser emperador de Kara-Chitan, lo cual produjo efervescencia entre los naimanos y preocupación entre los ujguros.

En vista de esto, el Gran-Kan se puso en marcha durante el verano de 1216, con todo su ejército, su enorme bagaje y sus riquezas y tesoros, hacia su *ordu*, en el Onón. Dejó en Chin a Muchuli con 23.000 mongoles y 20.000 hombres de las tropas chitanas, así como «todos los ejércitos que aún se habían de presentar para ponerse a sus órdenes». Lo nombró gobernador del Imperio Chin, de Corea y del reino de Liao. Al separarse le dijo:

—Yo he vencido a los territorios situados al norte del monte Ho-schan; haz tú lo mismo con los situados al sur.

EL MUNDO EN EL OESTE

I

I A vuelta de Gengis-Kan a Mongolia significaba algo más que el simple

regreso de un monarca a su residencia. Con él llegó todo un pueblo. Todos los *ordus* de la alta meseta mongola, desde el lago Baikal hasta el Altai, vieron volver a sus hombres tras una ausencia de cinco años, y con ellos llegó a las tiendas un lujo y un esplendor indecibles. Esclavos de ambos sexos, caballos y camellos encorvados bajo el peso de enormes fardos conteniendo infinidad de objetos que hasta entonces sólo vieran en fiestas principescas. A partir de aquel momento, cada mongol podía vivir como un príncipe; eran ricos y mandaban en servidores y esclavos. Incluso las familias de los que cayeron en la guerra con Chin recibieron la parte del botín correspondiente, como si el hombre viviese todavía. Los gritos de alegría y las fiestas no cesaban, y los viejos, sentados ante las hogueras, escuchaban los relatos de la campaña, maldiciendo contra su avanzada edad. En cuanto a los chiquillos, temblaban de envidia, deseando participar en semejantes luchas y aventuras.

Los nómadas eran un pueblo completamente distinto de los habitantes de las ciudades. Ninguno sentía apego a la vida, a sus bienes ni al goce de ellos; nunca se hartaban de guerra...

Su Sutu-Bogdo, Gengis Gran-Kan, les había mostrado

en qué consistía la verdadera vida del hombre, una vida de lucha y batalla, y ellos no tenían más que un deseo: seguir así eternamente.

Las palabras de Gengis-Kan: «La mayor felicidad, en la vida humana, es vencer a los enemigos y perseguirlos, cabalgar sus caballos y quitarles todo lo que posean; ver bañados en lágrimas los rostros de los seres que les fueron queridos y abrazar a sus mujeres e hijas», quedaron entrañadas en el pecho de todo un pueblo durante varias generaciones. Hacía tiempo que habían olvidado las rencillas y las rivalidades entre ellos.

Durante la lucha y las victorias comunes se formó un pueblo de caballeros y guerreros, cuyas razas y clases no tenían más que una ambición: distinguirse de las otras a los ojos de Gengis-Kan.

Aunque, en general, la vida humana tuviese poco valor para Gengis-Kan, economizaba las vidas de sus guerreros mongoles y colmaba de honores a todo general que sabía cumplir con su deber sin cansar excesivamente a hombres y caballos.

Cuando dio a Dschutschi el encargo de destruir en su camino a los merkitas, que de nuevo habíanse reunido en las selvas y se distinguieron, durante la ausencia de los ejércitos invadiendo las regiones fronterizas, le dio, como oficial de Estado Mayor, al general Subutai, el más fecundo en estratagemas. Y cuando envió a Dschebe-Noipn contra el formidable ejército del Imperio Kara-Chitan, no le dio más que veinte mil hombres.

II

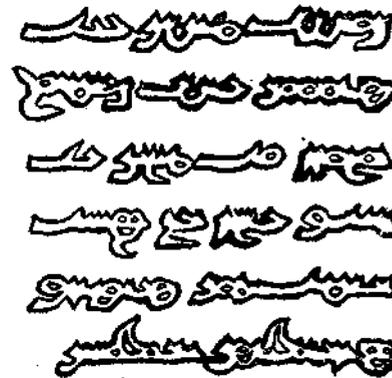
El Imperio Kara-Chitan era grande y poderoso, poseyendo numerosas ciudades muy pobladas. Sus ejércitos estaban dotados de un excelente espíritu militar y se habían medido bastante a menudo con las hordas nómadas del Este y del Norte, habiéndose batido, también victoriosamente, con los guerreros del Islam. Contra este Imperio y sus excelentes guerreros, con un territorio que se extendía en veinte grados de longitud, tenía que luchar Dschebe con sus veinte mil caballeros mongoles.

Pero Gengis-Kan, gracias a los emisarios de su Yurt-Dschi (Estado Mayor), estaba muy al corriente de todos los sucesos que durante la guerra china habían ocurrido en Kara-Chitan.

Gutschluk, el príncipe de los naimanos, se había casado, después de huir ante los mongoles, con una nieta del emperador de Kara-Chitan. Inmediatamente, con ayuda del soberano, reunió a su alrededor los restos de los naimanos y, por último, con aquel ejército atacó por sorpresa al

emperador, haciéndole prisionero. Al principio, reinó en su nombre: luego, al morir el cautivo, apresuróse a subir al trono. Gobernaba con rudeza y crueldad. Por amor a su mujer abandonó la religión nestoriana para abrazar la fe lamaica, persiguiendo constantemente a los mahometanos, que constituían la mayor parte de la población; cerró las mezquitas, confiscó sus bienes, emplazó fuertes guarniciones en las ciudades, que debían ser mantenidas a expensas del pueblo.

Cuando Gengis-Kan dio a Dschebe las dos *turnan* para



SELLO, SEGÚN KOMROFF

«Contemporaries of Marco Polo»

«Poder del cielo eterno, mandato universal del Kan del pueblo mongol. Al recibirlo, los pueblos que le están sometidos deben cumplirlo y temerlo»

luchar contra Kara-Chitan, también contaba con el descontento, y aunque, como de costumbre, le concedió carta blanca en la manera de conducir la guerra, le comunicó una orden, a saber: que tan pronto atravesara la frontera abriese todas las mezquitas y anunciase a los cuatro vientos que no combatía contra los pacíficos ciudadanos, sino tan sólo contra Gutschluk, el opresor. El nómada adepto del culto de los *schamans*, que tan pronto invocaba a los malos espíritus como a los buenos, para quien todas las religiones venían a ser lo mismo, y en cuyo séquito había sacerdotes de todas las religiones — *schamans*, lamas, budistas, maniqueos, nestorianos —, recitando sus plegarias el uno al lado del otro, se erigía de pronto en protector de las ciudades y

del islamismo. Parece ser que conocía perfectamente la fuerza e importancia del fanatismo religioso y sabía explotarlo para economizar sus guerreros.

La orden que diera Dschebe de abrir las mezquitas se extendió con la velocidad del relámpago. Bastaba con que los caballeros mongoles se presentasen ante una ciudad para que estallase la revolución en el interior, y la guarnición, si no tenía la suerte de huir, era asesinada.

Todas las puertas se abrían ante Dschebe, todos los mahometanos le saludaban como su libertador; y, como tropas admirablemente disciplinadas, que no se entregaban al pillaje ni robaban, todo el este del Imperio, con las ciudades más importantes, como Chami, Chotan, Kaschgar, etc., cayeron pronto en sus manos.

La súbita aparición de los mongoles, la rapidez con que adelantaban, la pérdida de las mejores fortalezas de su reino, todo esto desconcertó a Gutschluk. No obstante, aún intentó entablar una batalla decisiva con el enemigo; pero su ejército estaba desanimado, las divisiones musulmanas ni siquiera se aprestaron a luchar. Así, pues, fue derrotado y tuvo que huir a los montañas del Pamir.

Los caballeros de Dschebe recorrieron todo el «techo del mundo» persiguiendo sin descanso a Gutschluk hasta que su tropa lo abandonó. Con unos cuantos fieles, buscó refugio en las salvajes quebradas y torrenteras próximas a la frontera de Badachschan. El emperador vencido ni siquiera valía el sudor de un caballero mongol. Así, pues, mientras los vencedores se entretenían cazando los célebres caballos de morro blanco, Dschebe ordenó a los cazadores indígenas la persecución del fugitivo, los cuales lo acorralaron en su más recóndito escondrijo y lo entregaron al general mongol, recibiendo, a cambio, la recompensa prometida.

Juntamente con la cabeza del enemigo, Dschebe-Noion envió al Gran-Kan un hato de mil caballos «celestes» con el morro blanco.

Gengis-Kan escribió a su *oerlok*: «¡No te enorgullezcas! Recuerda que el orgullo fue la perdición de todos, de Wang-Chan, de Baibuka-Taiang y del emperador Chin.» Pero sentíase satisfecho.

Había alcanzado el pináculo de su poder. Desde las montañas que se perdían en el cielo, hasta el océano, donde terminaba el mundo, su palabra era ley. En el Este, el fiel Muchuli trabajaba despacio, pero incansablemente, en la definitiva sumisión del Imperio de los Chin. En el Oeste, Dschebe cabalgaba a través de los llanos, los valles y las gargantas del Pamir, para comprobar si existía en algún sitio una tribu que aún no fuese vasalla de su soberano.

Por su parte, Dschutschi había cumplido su misión: terminar la obra que el joven Temudschin no se atrevió a concluir treinta y cinco años antes (cuando, con ayuda ajena,

fue en busca de su Burte, que había sido raptada), por temor a romper el equilibrio entre los diferentes pueblos de Mongolia. Su venganza sobre los merkitas fue tardía, pero no por eso menos completa. Recorrió las selvas en todas direcciones y destruyó por completo una tribu tras otra.

III

La caída de Kara-Chitan y la presencia de un ejército mongol al oeste de Irtysch fueron dos acontecimientos que asombraron a toda el Asia Anterior.

Hasta entonces únicamente sabían de Gengis-Kan lo que de él les explicaron los comerciantes musulmanes. Dado que, treinta años antes, fue reconocido por China como un jefe bárbaro sumamente útil y, por lo tanto, se le juzgó con méritos suficientes para obtener un título de funcionario chino, los musulmanes suponían que se trataba de un príncipe amante del orden, que cuidaba bien a los comerciantes y con quien se podían tener ventajosas relaciones comerciales.

Luego, los musulmanes trajeron la noticia de que el Gran-Kan había conquistado el lejano Imperio de los Chin, país del que no se tenía más que una idea muy vaga, y el mundo' islamita empezó a interesarse. Éste hallábase en poder de un gran conquistador, el sha de Choresm, Alá-ed-Din-Mohamed.

Descendiente de un esclavo turco que fue nombrado gobernador de la provincia de Choresm por un sultán seljuídica, Mohamed había heredado de su padre el Imperio independiente de Choresm, que se extendía desde el mar Caspio hasta la región de Buchara, y desde el lago Ural hasta la alta meseta persa. Con incesantes guerras consiguió ampliar su reino por todos los lados; por el Norte rebasó el Sir-Daria, penetrando en las estepas kirgasas; por el Este conquistó el Imperio transoxiano con Samarkanda y Fergana, sometiendo en el Sur a las tribus montañosas de Afganistán y extendiendo su dominio hasta más allá del Irak persa. Celebrado como «la sombra de Alá sobre la tierra», como «un segundo Alejandro», como «el Grande» y «el Victorioso», empezaba a planear la conquista de todo el mundo islámico y exigió al califa de Bagdad, el mismo de quien hablan las cartas de Jacobo de Vitry, el predicador de las Cruzadas, al que ya hemos mencionado, que lo reconociese como sultán y le jurase sumisión.

El califa de Bagdad, cuyo secular poder había llegado a ser insignificante, extendiéndose tan sólo sobre Mesopotamia, tenía, no obstante, según la doctrina del Profeta, una inmensa importancia como jefe espiritual de todos los mahometanos. La política del califa con las nuevas dinastías

que pretendían ser autónomas era la misma que empleaban los papas con los emperadores alemanes, tan pronto éstos empezaban a ser demasiado poderosos; el califa Nasili-Din-Illahi se negó a reconocer al sha Mohamed como sultán, rechazando la inserción de su nombre en las oraciones públicas, y se esforzó en constituir una coalición de los príncipes todavía independientes contra Mohamed. Pero durante la conquista de Afganistán, las cartas tratando de ello cayeron en manos del Sha, y tan pronto tuvo éste en su poder las pruebas de las intrigas del Califa, convocó un concilio que anuló los derechos de Nasir al trono y nombró un contra-califa.

Así pues, Mohamed podía, sin ofender la santidad del Califa, empezar sus preparativos para una campaña contra Nasir que le destronase definitivamente.

Mientras en esto se ocupaba, el Sha oyó hablar del nuevo soberano del Este, más allá de Kara-Chitan. Desconocía el mundo mongol; tan sólo tenía vagas noticias de las conquistas en el lejano Imperio de Chin, y la súbita aparición de los caballeros mongoles en las estepas kirgisas le obligó, como medida de prudencia, a dejar para más tarde la marcha sobre Bagdad. Empezó la construcción de fortalezas en el Este y el Norte, y envió embajadores a Mongolia.

Gengis-Kan sabía mucho más del mundo islámico que el Sha del Mongol. Miles de cosas llegaban del Islam, que sus nómadas sabían aprovechar admirablemente: cotas de malla resistentes a las flechas, cascos y escudos de acero, sables curvos finamente forjados, magníficos objetos de adorno para las mujeres, vasos de cristal, tapices y alfombras blandas como plumas, sedas admirables. Así, pues, recibió a los embajadores y les ordenó comunicar a Mohamed:

«Conozco la grandeza y poder de vuestro Sha. Él es dueño del Oeste, pero yo lo soy del Este, y deseamos vivir en paz. Nuestras fronteras se tocan en Kiptschak y convendría que los comerciantes pudiesen viajar libremente de un país al otro.»

También él le correspondió con otra embajada, provista de ricos presentes, lingotes de plata, jade, géneros de pelo de camello, pieles. Para halagar al Sha, todos los delegados eran mahometanos — comerciantes ujugeres del este de Turkeistán—. El jefe de ellos era el comerciante Mahmud Jelwadsch. Se les ofreció una pomposa recepción que incluso dejó muda de estupor a la Corte del orgulloso Sha; pero en seguida empezaron las preguntas:

Mohamed deseaba saber si el Gran-Kan era dueño de muchos pueblos: si verdaderamente conquistó el Imperio de Chin, y, por último, de una manera disimulada, exigió la información más importante para él: si el Kan de los mongoles podía llegar a constituir un peligro. Advirtió al embajador:

— Eres muslim, originario de Choresm; así, pues, debes decirme la verdad sin reticencias. Tú conoces la grandeza y poder de mi Imperio. Dime: el ejército del Kan ¿es tan fuerte como el mío?

¿Acaso esta pregunta no ocultaba una amenaza? El Sha hizo observar a Mahmud Jelwadsch que era originario de Choresm; quería decir con ello que se consideraba señor suyo y, por lo tanto, la contestación debía satisfacerle. Por otra parte, como islámico, Mahmud estaba obligado a decir la verdad a su príncipe... El enviado pensó en los magníficos y ricamente engalanados caballeros del soberano islámico, así como en las hordas del Gran-Kan, tan pobremente equipadas y que, al fin y al cabo, estaban compuestas de salvajes. Así, pues, su contestación fue un modelo de diplomacia:

— El esplendor del ejército de Gengis-Kan es, comparado con el fulgor del sultán del mundo, como el brillo de una lámpara comparado con la luz del sol que ilumina la tierra. Además, el número de tus guerreros es superior al suyo.

Esta contestación gustó a Mohamed. El tratado comercial fue concluido con la mayor satisfacción por ambas partes, y mientras por un lado y por otro se equipaban caravanas, el Sha dirigióse hacia el Oeste, contra el Califa, precisamente en la misma época en que Dschebe-Noion marchaba contra Kara-Chitan.

IV

Asimismo llegó a la Corte del Califa, al propio tiempo que la noticia de los preparativos del Sha para avanzar contra Bagdad, el comunicado de que en el Oeste, más allá de las montañas afganas, se había constituido un poderoso Imperio. El Califa se informó en seguida y enteróse especialmente (por conducto de los cristianos nestorianos, cuyas comunidades estaban repartidas por toda Asia) de que el dueño del Este era un cristiano enemigo del Sha.

Ésta era una noticia a la que se habían mezclado ciertos errores, rumores y hechos reales, constituyendo un ramillete multicolor. Se debía, sobre todo, a la leyenda del «Preste Juan», «el rey cristiano de Oriente», que se había forjado hacía ya cerca de un **siglo**.

Esto ocurrió en la época de los grandes combates de China. La dinastía de los Liao acababa de derrumbarse bajo el ataque de los Chin y, para escapar a la destrucción, uno de los más enérgicos príncipes de la dinastía Liao, Yeliutasche, se dirigió con un ejército hacia el Oeste, atravesando a todo lo largo el desierto de Gobi y fundando en el Turquestán el Imperio Kara-Chitan. Cuando, poco después, este nuevo «poderoso Imperio del Este» venció en

una sangrienta batalla a los seldschukos, cuyo dominio se extendía desde Egipto hasta el Pamir, la noticia de esta victoria se extendió por todo Oriente y llegó incluso a oídos de los cruzados, que por aquel entonces combatían contra Damasco. Claro era que este enemigo que inoportunamente se mostraba en el Este debía de ser también cristiano; y como, desde la campaña de Alejandro el Grande, se sabía que la India, el país de las maravillas, estaba en el Este, la fantasía convirtió a Yeliu-tasche, el príncipe chitano, en un «rey cristiano de la India», al que se bautizó con el nombre de «Preste Juan», y como los más valerosos caballeros cristianos habían sido vencidos por los seldschukos, se adjudicó al «Preste Juan» un poder incommensurable y se hizo de él un «Rey de Reyes»... Así llegó la leyenda a Europa desde Oriente, donde se la siguió creyendo.

El Imperio seldschuko decayó; en su parte este levantóse, pujante, el Imperio Choresm del sha Mohamed, pero las luchas contra Kara-Chitan continuaron. Y cuando Gutschluk, que en su juventud fue cristiano nestoriano, empezó a perseguir el islamismo, no les quedó duda alguna a los nestorianos de que el poderoso Imperio oriental era un Imperio cristiano, y su soberano, un descendiente del «Preste Juan», un enemigo del Sha.

El Califa estaba dispuesto a aliarse con el mismísimo diablo para salir de tan apurado trance. Así, pues, se dirigió al patriarca nestoriano de Bagdad para que le sirviese de intermediario. La secular convivencia había aletargado la oposición entre la población cristiana y la mahometana. Los dos jefes espirituales se entendían a la perfección y, mediante la promesa de derribar una mezquita que había sido construida cerca del barrio cristiano, el patriarca se declaró dispuesto a dirigir, juntamente con el Califa, cuyo poder secular era inferior al de la comunidad, una carta al «Rey de Oriente». Éste podría devastar el país mientras el sha de Choresm atacaba el Oeste, con el acicate de unas gloriosas victorias y un magnífico botín.

El Califa y el Patriarca se pusieron a reflexionar por medio de quién podrían remitir aquella misiva al soberano de Oriente. El único camino disponible pasaba por el país del sha de Choresm; por consiguiente, el mensajero no podía llevar consigo carta alguna, puesto que podría caer en manos del Sha; no obstante, era preciso que el enviado llevase algún documento.

Entonces, alguien tuvo una idea genial: se afeitó la cabeza del que debía ser emisario y, con una punta de hierro calentada al rojo, escribióse la misiva sobre su cuero cabelludo, siendo frotada la herida con color azul. Luego se le hizo aprender de memoria el contenido del comunicado y, cuando su cabello estuvo suficientemente largo, se le puso en camino.

Pronto llegó a Buchara y Samarkanda. El mundo había cambiado mucho: el sha Mohamed ya estaba en camino hacia el Oeste, con su ejército, y Dschebe perseguía al emperador de Oriente, Gutschluk, empujándolo hacia las quebradas del Pamir. Pero en Samarkanda, el enviado oyó hablar del Gran-Kan mongol, que se hacía llamar el «Dueño de Oriente», y supo de las caravanas que, por Kiptschak, entraban en su Imperio...

Y, de pronto, algunos correos «flechas» llegaron del *uluss* de Dschutschi a la tienda de Gengis, para comunicarle que en las estepas kirgisas había aparecido un hombre, cubierto de harapos, que pretendía ser un enviado del califa de Bagdad y que llevaba la misión de entrevistarse con el soberano de los mongoles.

Bagdad era, según los comerciantes mahometanos habían contado a Gengis, una maravillosa ciudad situada en el Occidente, en los confines del mundo, tan alejada que ninguno de ellos logró jamás visitarla. Allí dominaba un Califa, un descendiente del Profeta, el gran pontífice de todos los islámicos...

Así, pues, los correos regresaron a toda velocidad; aquel hombre tenía que ser enviado inmediatamente al *ordu*, en las orillas del Onón.

Gracias a aquel embajador de los jefes mahometanos y nestorianos, los mongoles extendieron el campo de sus ideas más allá del mundo asiático oriental y medio. Por primera vez supieron que el Sha rio era el «Dueño de Occidente», que tras su reino se extendían, además, otros países cuyos soberanos eran enemigos de él, y que tras aquellos países, el mundo no acababa todavía, sino que allí empezaban los reinos de los cristianos, que por aquel entonces enviaban sus ejércitos al país del **Califa...**

Conocían el Oriente; allí llegaba el límite del mundo; pero, hacia Occidente, éste parecía extenderse de modo indefinido, y en todas partes reinaban las mismas condiciones que en Mongolia durante la infancia de Gengis: por doquier se peleaban los reyes, declarándose la guerra, y en ningún sitio había alguien que los dominase a todos.

Gengis no quería mezclarse en la discordia entre el Califa y el Sha. Sin embargo, tomó buena nota de las acusaciones: que Mohamed era un rey injusto e insoportable, que guerreaba contra otros príncipes islámicos y sus subditos, importándole un bledo que fuesen mahometanos o cristianos; que lo arrasaba todo a su paso y que en su país había muchos descontentos. Pero él embajador recibió la misma contestación que antaño recibiera el enviado de Sung, cuando quiso atraerse a Gengis para seguir luchando contra el emperador Chin: «No estoy en guerra con él.»

La embajada del Califa fue inútil. No obstante, más tarde, cuando los países del Asia Anterior fueron devastados

por Gengis-Kan y los pueblos islámicos veían llegar su fin bajo la presión de los mongoles, acordáronse de aquella embajada, y los cronistas árabes escribieron: «Si la afirmación de los persas es exacta, de que el califa Nasili-Din-Illahi atrajo a los tártaros al país, este hecho deja tamaño cualquier crimen, por grande que sea.»

V

La campaña de Mohamed empezó bien. El Sha venció a los príncipes semiindependientes que encontró en su camino y penetró hacia el oeste de Persia; un macizo montañoso le separaba aún de las bajas llanuras de Mesopotamia, pero a principios de 1218 presentóse un invierno excesivamente crudo. El hielo y la nieve hacían infranqueable la montaña; el ejército del Sha no estaba acostumbrado a aquellas penalidades; los animales se morían de hambre; los hombres, de frío..., y, a medio camino entre Hamadan y Bagdad, Mohamed dio a sus tropas la orden de regresar.

Pero no fue más que un aplazamiento. Soberano de un inmenso reino, jefe de un ejército invencible, pretendía volver al año siguiente, mejor equipado. Entonces se enteró de que Dschebe acababa de matar a Gutschluk, emperador de Kara-Chitan. Así, pues, los dominios del Gran-Kan limitaban con su reino por todo el Este y el No-rte. Mohamed mandó a sus tropas que regresaran a Amu y Sir-Daria. Prefería tener sus fuerzas cerca, más bien que a 2.000 kilómetros de distancia.

«Pero cuando la estrella de un mortal entra en la constelación de la Desgracia — dice una crónica persa a propósito de esta decisión —, la fatalidad hace que todas las empresas fracasen; ni el espíritu más perspicaz, ni las cualidades más extraordinarias, ni la más profunda experiencia, son capaces de salvarlo. La suerte adversa destruye todos sus méritos. Si hasta entonces el ángel de la Suerte precedió a Mohamed, si la constelación de la Felicidad dejó que se realizaran fácilmente todos sus deseos, llegó un momento en que empezaron a caer sobre su cabeza las mayores desgracias que pueden aquejar a un príncipe, y la campaña contra Bagdad fue el preludio.»

Apenas regresado Mohamed a Samarkanda, llegó un mensajero de una de sus más importantes fortalezas de la frontera para anunciarle que el gobernador había apresado a una caravana porque entre los mercaderes había espías mongoles.

El Sha ordenó:

— ¡Que sean ejecutados!

«Con esta orden, el Sha firmó su propia condena de muerte — escribe el cronista —, pues cada gota de sangre

de aquellos mongoles sería pagada con raudales de la de sus subditos; cada cabello mongol, con centenares de millares de cabezas; cada díañar, con centenares de quintales de oro.»

El gobernador aprovechó la ocasión para apoderarse de los ricos tesoros de la caravana y mandó ajusticiar a los ciento cincuenta hombres, entre traficantes y criados, que la constituían. Tan sólo un esclavo consiguió escapar. Informó en el primer puesto mongol y fue inmediatamente enviado a Gengis.

El Gran-Kan no lograba creer que un rey pudiese faltar tan deliberadamente a la palabra, dada con toda solemnidad, de dejar pasar libremente las caravanas. Aquello sería un acto del gobernador realizado a espaldas del Sha, y Gengis envió una embajada a Samarkanda para exigir del Sha la entrega del culpable.

Alá-ed-Din-Mohamed, «La sombra de Alá», no podía dar crédito a sus oídos. ¿Cómo era posible que un perro infiel, un Kan de los nómadas, exigiese de él, soberano del Islam, el «segundo Alejandro», que diese cuenta de sus actos? ¿Con qué derecho pretendía juzgar a uno de sus gobernadores?

¡Y se atrevía a amenazarle con la fuerza, en caso de negativa! Ante semejante actitud no existía más que una contestación: hizo ejecutar al jefe de la embajada y quemar las barbas a sus compañeros, que envió en tal estado al Gran-Kan.

Para los mongoles, la persona de un enviado era sagrada e intangible. Parece ser que Gengis lloró al enterarse de la ejecución de su embajador, y más aún por sus compañeros, difamados y maltratados de aquella manera.

— ¡Dios sabe que no soy yo el causante de esta desgracia!

Luego exclamó:

— ¡Que el Cielo me conceda fuerzas para vengarme!

Y sus «flechas» salieron a galope para convocar a la mitad del continente, desde el Altai hasta el mar Amarillo, a una guerra de represalia. Todos los mongoles, desde los diecisiete hasta los sesenta años, empuñaron las armas. Los salvajes jinetes de Kiptschak, el príncipe ujguro con sus guerreros, un cuerpo de artillería china, regimientos de chitanos y de karachitanos, acudieron a la llamada y se pusieron en marcha. Tan sólo un vasallo, el rey de Hsi-Hsia, se negó a obedecer las órdenes de Gengis.

— ¿Acaso el Gran-Kan no ha concluido aún de avasallar a todos los pueblos? — preguntó al correo —. ¡Si su propio ejército no le parece suficiente, que se mantenga tranquilo!

Tal negativa en semejantes circunstancias, la defección de uno de sus más importantes vasallos, irritó a Gengis.

— ¡No sé lo que me impide marchar con todo mi ejército contra el reino de los tangutas y aplastarlo! — exclamó,

furioso—. ¿Por qué no destruir toda esa región, por qué no exterminar a semejante pueblo?

Pero la sangre vertida del embajador no estaba todavía vengada, y esta venganza era primordial.

—Di mi palabra... Y, no obstante—añadió proféticamente—, ¡incluso en la hora de mi muerte habrá de pagarme esta traición!

LA GUERRA CONTRA EL SHA

I

MUCHULI continuaba la guerra con Chin, y un numeroso contingente permaneció en Mongolia para contener cualquier veleidad de Hsi-Hsia; no obstante, Gengis-Kan reunió un ejército de unos 250.000 hombres.

Pero más importante aún que el número era la organización y el equipo. Ningún ejército del mundo estaba en condiciones de enfrentarse. Toda la experiencia adquirida por los mongoles durante los cinco años de lucha con Chin había sido sistemáticamente aplicada. Las artes de los médicos extranjeros, los artesanos y los técnicos completaban la combatividad del ejército. Todas las posibilidades fueron estudiadas hasta en sus menores detalles y previstos todos los incidentes.

Cada soldado debía llevar consigo no solamente todo lo que necesitaba en la guerra, desde la aguja con hilo hasta la lima para afilar las flechas, sino también una camisa de seda cruda, pues la seda, en vez de rasgarse al recibir un flechazo, penetraba con el arma en la herida, y los médicos chinos sabían sacar la punta de las flechas rotas tirando de la seda.

Un poderoso cuerpo de artillería acompañaba a la caballería. A lomos de yacs o de camellos se llevaban, cuidadosamente desmontadas, las máquinas para lanzar proyectiles—décadas antes de que Bertoldo Schivartz inventase la pólvora—, el «hopao» y el «chin-tien-lei»; lanzadores de fuego y cañones, para incendiar las torres de madera y rociar a los defensores de las fortificaciones con una granizada de piedras y hierro. Ingenieros chinos seguían al ejército para la tarea de construir puentes—durante una marcha hacia Sir-Daria, el ejército del príncipe Tschagatai hubo de construir nada menos que ochenta puentes—y para desviar los ríos o provocar inundaciones durante los asedios.

Oficiales especializados cuidaban del armamento y equipo de cada tropa, y si faltaba algo, no solamente se castigaba al soldado en cuestión, sino al jefe más inmediato. Ciertos sargentos de caballería debían determinar en la vanguardia el lugar en que acamparía cada división. Otros se cuidaban de que ningún objeto quedase olvidado en el lugar donde acamparon, cuando la tropa emprendía la marcha. Otros, finalmente, estaban encargados de distribuir el botín con toda equidad.

Cada jinete tenía dos o tres caballos de reserva. Las armas estaban calculadas para el combate a distancia y la lucha cuerpo a cuerpo: un arco y dos carcajes con distintas clases de flechas; uno, constantemente dispuesto para ser empleado, y el otro, de reserva, envuelto en una tela impermeable; una jabalina, una lanza de tope con un gancho para arrancar al enemigo de la silla, sables ligeramente curvos o un hacha de combate, y, por último, el lazo, que los mongoles manejaban con extraordinaria habilidad. (Aun en la época de las guerras napoleónicas, un regimiento de calmuco—descendientes de los mongoles—al servicio de Rusia sembró el pánico entre las filas enemigas, pues a pleno galope y durante los ataques de la caballería lanzaban el lazo y, dando media vuelta, arrastraban tras de ellos a sus víctimas; como corría el rumor entre los franceses de que en el ejército ruso había caníbales, estaban convencidos de que sus desgraciados compañeros eran arrastrados directamente a la caldera.)

II

Otoño de 1218. Gengis-Kan había convocado una gran reunión de su ejército para la primavera siguiente, en el país de los ugiuros, en la orilla superior del Yrtysch. Preferió esperar la fusión de las nieves antes de atravesar el puerto Dsungare—la puerta de invasión a través de la cual, desde tiempos inmemoriales, los nómadas se extendieron por Occidente—. Conocía las regiones pobres en forrajes y pastos que era necesario atravesar hasta el Sir-Daria. En semejante país desierto debía alimentar a 250.000 hombres y más de un millón de animales..., pero no había otro camino. Durante la campaña contra Chin podía elegir cualquier lugar a lo largo de la frontera, de 500 kilómetros, para emprender el asalto. Pero el reino del Sha estaba protegido contra los ataques, en toda su frontera oriental, por infranqueables montañas que alcanzaban hasta 7.000 metros de altura. Incluso si, dando un rodeo, atravesaba las estepas del Norte para llegar al Sir-Daria, tendría que recorrer centenares de kilómetros en país enemigo antes de alcanzar uno de los nervios vitales del reino en el oasis de

Gerafschan, donde se encontraba la capital, Samarkanda, y la rica Buchara...

El Yurt-Dschi — Estado Mayor — estaba aún ocupado en establecer los itinerarios de cada ejército, cuando, súbitamente, de parte de Dschebe-Noion llegó un mensaje de Kara-Chitan. Había descubierto, en el Oeste, un camino a través de las montañas, el cual no podía conducir más que al reino de Choresm. Así, pues, no sólo era posible la invasión por el Norte, a través del Sir-Daria, sino también por el Este. Gengis-Kan envió inmediatamente a Dschutschi, con una tropa auxiliar, a Kaschgar, para entrevistarse con Dschebe. Ambos debían explorar para ver adonde conducía aquel camino.

El príncipe y el *oerlok* no tardaron en ponerse de acuerdo, y pronto empezó, en pleno invierno, una cabalgata aventurada y audaz, ante la que palidece el paso de los Alpes por Napoleón y Aníbal. El ejército, compuesto de 25.000 ó 30.000 hombres, penetró entre el verdadero Pamir y el Tien-Schan. Cabalgaron sobre una capa de nieve tan espesa como la altura de un hombre, bajo un frío que reventaba las narinas de los caballos y congelaba sus patas; atravesaron los helados países de Kisil-Art y Terek-Dawan, con una altitud, de casi 4.000 metros. -Entre espantosas tempestades de nieve avanzaron por aquel mundo helado, rodeados de montañas que medían 7.000 metros. Envolvieron las patas de sus caballos con pieles de yac; los hombres, envueltos en una piel doble — la *dacha* —, buscaban un poco de calor abriendo las venas de sus caballos, bebiendo la sangre caliente y cerrando la herida, y hacía tiempo que habían abandonado el equipaje superfluo, renunciando a todo lo que no era estrictamente necesario para poder proseguir el camino, el cual, no obstante, quedaba cubierto de esqueletos de caballos cuya carne, aún caliente, era inmediatamente comida... Y cuanto más se alargaba el camino, tanto mayor era el número de cadáveres de hombres congelados que lo bordeaban.

Luego, tras innumerables fatigas y privaciones, so abrió de pronto, ante las agotadas tropas, el hermoso y verde valle de Fergana, el país de los viñedos y de la sericultura, del trigo y de los mejores jumentos, célebre también por el arte de sus aurífices y por sus vidrierías. Allí hacía tiempo que reinaba la primavera.

Pero en cuanto bajaron al oasis, al aparecer en los pueblos la vanguardia de la tropa y empezar a reunir los rebaños y a requisar forrajes, apareció Mohamed, con un ejército fresco, para recibir a los mongoles, agotados y débiles.

Al ver a los nómadas, vestidos con pieles sobre sus pequeñas monturas enflaquecidas, sin cota de mella, sin acedados escudos, casi tuvo piedad de ellos. Así, pues, apenas batalló. Al primer ataque serio, los mongoles huyeron...

pero, durante la huida, se mostraron como peligrosos arqueros.

El ejército de Mohamed penetró cada vez más en el valle y pronto se encontró ante el grueso del ejército de Dschutschi. Sus tropas no solamente eran muy superiores en número, sino mejor armadas y equipadas, frescas y dispuestas al combate.

Dschebe no tenía ningún deseo de aceptar batalla; si se retiraban a las montañas, el Sha los seguiría con sus mejores hombres, alejándose cada vez más de Sir-Daria, donde Gengis pensaba dar la gran batalla con el grueso del ejército.

Pero Dschutschi tenía ganas de entablar combate.

— ¿Qué diré a mi padre? ¿Cómo explicarle que he huido?

Las tropas del Sha atacaron al son de trompetas y con gran estruendo de timbales. Profiriendo gritos salvajes, los mongoles se lanzaron sobre el enemigo y todas sus maniobras se efectuaron de una manera sorprendente e incomprensible para Mohamed y sus hombres. Sola^{m^en}te banderines y señales de diferentes colores y formas dirigían a las divisiones, que atacaban, retrocedían, se desviaban, desparramándose, y se reunían, cambiando la dirección del choque, sin que fuese posible adivinar sus intenciones. Derribaban el centro enemigo hasta el punto de que el propio Sha corrió el peligro de caer en sus manos, debiendo su salvación únicamente al temerario contraataque de su hijo Dschelal-ud-Din. Pero Dschutschi también escapó del riesgo de caer prisionero gracias al sacrificio de uno de sus capitanes. La batalla duró hasta la caída de la noche, y ambos ejércitos se retiraron a sus puntos de partida.

Los vivaques ardieron.

Con la aurora, las tropas del Sha no vieron ante sus ojos más que un campo vacío y cadáveres. Los mongoles habían desaparecido. Durante la noche subieron a sus caballos de reserva y se encontraban ya, con el bagaje, los heridos y los rebaños, reunidos a una jornada de distancia.

Mohamed podía pretender que había obtenido un triunfo, pero se guardó muy bien de seguir a los mongoles en las montañas. Distribuyó distinciones y recompensas, regresando a Samarkanda, donde celebró su victoria.

Pero el desprecio que sentía por sus enemigos, antes del combate, había desaparecido. Confesó que nunca había visto luchar a «hombres tan valientes y hábiles».

Se hizo prudente, reunió todas las tropas disponibles y preocupóse de los planes de Gengis-Kan, por lo cual envió espías a Mongolia.

— Bien, ¿qué piensas tú de eso? — preguntó Gengís a su consejero.

— Cuando se desea fabricar arcos es preciso tener artesanos que conozcan ese oficio — contestó Yeliu-Tschutsai con su tranquila sonrisa —. Cuando se va a la conquista de un reino, ¿cómo prescindir de hombres que saben el arte de gobernar...?

Estaba decidido. Yeliu-Tschutsai les acompañaría.

Chulan-Chatun, la favorita de Gengís, podía ver el mundo de Occidente, mientras que Burte, como heredera del *ordu*, había de permanecer en Mongolia.

Cuando, por último, todas las divisiones se pusieron en marcha, era pleno verano.

IV

Mohamed había reunido 400.000 hombres, pero no se atrevió a salir al encuentro de los mongoles y jugarse el reino en una batalla a campo raso. Las noticias que le trajeron sus espías eran, de por sí, bastante terribles:

«Su ejército es tan numeroso como las hormigas y las langostas. Sus guerreros son valientes como leones; la fatiga y las privaciones de la guerra no les afectan en nada. Ignoran el descanso y la tregua; no huyen ni se retiran. Cuando levantan el campo se llevan todo lo que puede serles útil. Se contentan con carne seca y leche agria; no se preocupan de las carnes que son permitidas o prohibidas, sino que, por el contrario, comen la de todos los animales, incluso perros y cerdos. Abren las venas de sus monturas y beben la sangre. Sus caballos no necesitan paja ni avena: escarban la nieve con las patas y comen la hierba que hay debajo, o escarban la tierra y se contentan con las raíces de las plantas. Cuando salen victoriosos no dejan a nadie con vida; viejos y jóvenes, todos son pasados a cuchillo; incluso abren el vientre de las mujeres encinta. Ninguna montaña ni río los detiene. Atraviesan cualquier desfilaro; nadando, pasan los ríos, cogidos a las crines o a la cola de sus caballos...»

Pero desde Irtysh hasta Sir-Daria había más de 1.500 kilómetros, y cada división tenía que abrirse camino a través de montañas, espesas selvas y ríos. Luego venía la terrible estepa del hambre, un desierto totalmente privado de agua, a través del cual querían pasar los mongoles su enorme masa de hombres y caballos... Mohamed decidió esperar pacientemente. Cuando llegaran a Sir-Daria, agotados por las penalidades sufridas, se encontrarían ante una serie de excelentes fortalezas, cuya guarnición aumentó. Y si, por casualidad, Gengís lograba atravesar aquella cadena de fortificaciones, Mohamed había reunido todas sus

reservas en los alrededores de Samarkanda para lanzarse sobre el enemigo en el Sir-Daria.

Dschutschi bajó a la fértil llanura de Fergana, donde cogió una ciudad tras otra; y, por último, sitió la formidable fortaleza de Chodschent. Tschagatai y Ugedei aparecieron en el Sir-Daria, cercando otras fortalezas y apoderándose de muchas otras de menor importancia. No obstante, las dos principales fortalezas eran lo bastante fuertes para obligar a los mongoles a detenerse durante largos meses ante sus muros.

Mohamed permaneció tranquilo esperando el día en que Gengís-Kan en persona se decidiera a atacar.

Pero he aquí que llegaron mensajeros del Sur: en el curso superior del Amu-Daria, a 300 ó 400 kilómetros más al Sur, los mongoles habían penetrado en el país, donde devastaban y lo saqueaban todo a su paso.

Era Dschebe, con su pequeño ejército, que, en efecto, había atravesado el Pamir..., pero el Sha ignoraba aún la verdadera fuerza de aquel ejército. Oyó hablar de pueblos y ciudades incendiadas. Si el enemigo tomaba el camino del Amu-Daria, le cortaría toda comunicación con el sur de su reino, Afganistán y Choresm, donde sus hijos reunían nuevos ejércitos. Mohamed envió contra aquella tropa una buena parte de sus reservas.

Pero apenas se fueron, cuando una terrible noticia se propaló: Gengís-Kan, que debía de encontrarse por el Este; acercábase por el lado opuesto, por el Oeste, hacia Buchara y Samarkanda. ¡Era imposible! ¡En el Oeste no podía haber enemigo alguno! ¿Cómo iba el jefe nómada a llegar hasta el interior del país de Mohamed...? Pero los fugitivos de los pueblos y ciudades incendiados confirmaban la fabulosa noticia...

Con 50.000 hombres, Gengís-Kan se dirigió hacia el Norte, atravesó el Sir-Daria por un lugar solitario, el desierto de arena Kisil-Kum, de unos 600 kilómetros, considerado como infranqueable (donde 650 años después, en la guerra de Rusia contra Chiwa, perdió la caballería rusa todos sus caballos), y se presentó de pronto, como un peligro mortal, en el curso inferior del Amu-Daria, por la espalda de Mohamed.

Con Gengís-Kan en el Oeste, Tschagatai y Ugedei en el Norte, Dschutschi en el Este y Dschebe en el Sur, el Sha se encontraba a punto de ser cogido en una trampa. Lanzó el resto de su ejército hacia Samarkanda y Buchara. Como los mongoles habían cerrado el camino del Noroeste que conducía a Choresm, al borde del lago Aral, su país de origen, se apresuró a dirigirse hacia el Sur antes de que Dschebe le cerrase la última puerta de salida.

Buchara era un centro de cultura, una ciudad de academias y escritores, de torres y jardines.

Estaba defendida por espesos muros y profundos fosos, pero no preparada para un largo asedio, pues nadie esperaba al enemigo. No había víveres ni municiones suficientes. La mayoría de los habitantes de la ciudad eran persas, y la guarnición se componía casi enteramente de turcos. Los generales turcos decidieron abrirse camino hacia el Amu-Daria. Protegidos por la noche, abandonaron la ciudad con el grueso de las tropas por una puerta que los mongoles no vigilaban.

Pero la puerta sin vigilancia era una de las tretas preferidas por los mongoles. No molestaban en absoluto al enemigo cuando abandonaba la ciudad, pero le seguía una tropa mongola y por la mañana lo atacaba en campo abierto, no dejando un solo hombre con vida.

Los viejos de la ciudad, los Cadís e Imanes, abrieron las puertas sin ofrecer resistencia.

Asombrado, el ejército mongol se internó por las calles de la ciudad. Gengis, acompañado por Tuli, cabalgó hasta un gran edificio.

— ¿Es éste el palacio del Sha?

Se le informó que era la mezquita, la residencia de Alá. Subió a caballo la escalinata y, desmontando, entró en el templo; allí subió al pulpito para decir a los Muíihs, Imanes, Cadís y viejos de la ciudad:

— Vuestra región no produce forraje ni carne. Mis caballos tienen hambre. Mis soldados han sufrido privaciones. ¡Abrid vuestras despensas!

Cuando los chambelanes acudieron con las llaves, los mongoles ya habían hundido las puertas y empezaban a divertirse. Hicieron venir músicos y cantores, mientras los más nobles de la ciudad, Ssides y Cadís, cuidaban de sus caballos. Las preciosas arcas del Corán sirvieron de pesebre. Los libros sagrados fueron arrojados al suelo y pisoteados. Los fieles no comprendían que semejante profanación fuera posible. Uno de ellos se dirigió al Gran Imán, que sostenía las bridas de un caballo mongol.

— ¿Qué significa esto? ¿Por qué no rezas a Alá, el todopoderoso, para que destruya con sus rayos a los incrédulos?

Pero el prudente Imán le contestó, con lágrimas en los ojos:

— Permanece quieto y cumple tu servicio, si es que tienes apego a la vida. Si ruego a Alá, quizá sea todavía peor. La cólera de Dios ha caído sobre nosotros.

¡La cólera de Dios! Ésa era, precisamente, la impresión que Gengis-Kan quería producir entre los mahometanos. No se detuvo más que unos instantes; luego cabalgó hacia la gran plaza de los rezos, donde habían sido reunidos todos los habitantes de Buchara, y les dirigió la palabra. Un intérprete tradujo al pueblo cada una de sus palabras:

— Yo soy el azote de Dios. El Cielo os ha entregado a mí para que castigue vuestros pecados, pues habéis pecado gravemente. Y vuestros príncipes y nobles os precedieron en el pecado.

Y les refirió la maldad y felonía del Sha y de su gobernador, ordenándoles que no les prestasen ayuda alguna.

Después de esto se ordenó a los habitantes que expulsasen al resto de la guarnición, oculta en las calles que conducían a la ciudadela. Pero, al ver que no lo lograban, los mongoles se dispusieron a ayudarlos y prendieron fuego a la barriada, lo cual fue causa de que ardiese la ciudad entera.

La lucha para apoderarse de la ciudadela duró aún varios días; luego fue tomada al asalto e incendiada. Obligóse a la población a derribar los muros y fortificaciones de la ciudad y a rellenar los fosos.

Gengis-Kan ya había dejado Buchara. Estaba en camino de Samarkanda con la mayor parte de su ejército, donde esperaba encontrar al Sha y entablar la gran batalla; pero dejó en Buchara fuerzas suficientes para limpiar la ciudad.

Cuando todo fue devastado y arrasado, los mongoles reunieron de nuevo a los habitantes en la plaza de los rezos, y los jóvenes más robustos fueron seleccionados y conducidos a Samarkanda para ayudar allí al asedio. Los demás pudieron quedarse en sus casas. Una vez que los mongoles abandonaron Buchara, ésta ya no subsistía como punto de apoyo militar del Sha, pues hubiese podido ser un peligro para la retaguardia de Gengis-Kan.

VI

El victorioso ejército mongol se reunió ante Samarkanda, ciudad de más de 500.000 habitantes, con ricos mercados, magníficas e importantes bibliotecas y espléndidos palacios. Era el centro del mundo islámico oriental, que encerraba entre sus muros un ejército de más de 100.000 hombres; la residencia del Sha y la fortaleza más fuerte de todo su reino. Por eso dirigió Gengis-Kan contra ella el grueso de sus fuerzas disponibles.

Las distintas divisiones habían realizado con éxito las operaciones a ellas encomendadas:

Dschutschí atravesó el valle de Fergana, conquistando

Chodschent, rica ciudad comercial en la desembocadura del valle, célebre por sus fortificaciones y el valor guerrero de sus habitantes. Esta conquista fue precedida por una desesperada resistencia.

Tschagatai y Ugedei sitiaron a Otrar durante cinco meses. El gobernador que hizo asesinar a los mercaderes mongoles comprendió que no había salvación posible para él, y, aun después de haber caído la ciudad, siguió resistiendo un mes en la ciudadela. Cuando ésta fue tomada por asalto, retiróse con sus últimos hombres a una torre, y cuando les faltaron flechas se defendieron con ladrillos que arrancaban de las paredes para arrojarlos sobre los asaltantes. Los mongoles tenían orden de capturarlo vivo, por lo que minaron la torre y lo sacaron de los escombros, lo encadenaron y se lo enviaron a Gengis, en Samarkanda. El Gran-Kan ordenó que le echaran plata fundida en ojos y oídos,, haciendo que lo martirizaran hasta la muerte, pues era el culpable de aquella guerra.

Por último, Dschebe derrotó al ejército que el Sha envió contra él, obligando a someterse a las pequeñas ciudades que encontró en su camino.

Y las tres divisiones llevaron consigo, a todos los hombres de fuerte contextura encontrados en las ciudades conquistadas, para ayudar en el asedio, pues todos los prisioneros y desertores aseguraban que los mongoles necesitarían años para tomar Samarkanda.

Durante dos días cabalgó Gengis-Kan, a distancia, en torno a la ciudad. Contempló los enormes muros, las formidables murallas, los profundos fosos, las sólidas torres, las puertas de hierro. Aquello le hizo pensar en Pekín, la residencia central del reino de los Chin, y en sus largos e inútiles esfuerzos para conquistarla. Entonces supo por un prisionero que el sha Mohamed ya no estaba en la ciudad, por lo que Samarkanda pasó a ser para él una cosa accesoría.

Con desprecio, dijo a su *oerlok*: «¡La fortaleza de los muros de una ciudad depende del valor de sus defensores!», y envió a sus dos mejores generales, el astuto Dschebe-Noion y su yerno Togutschar, cada uno con un *tuman*, en persecución del Sha.

A primera vista, esto podía parecer ridículo y excesivamente temerario.

Efectivamente, el inmenso reino del Sha se extendía miles de kilómetros hacia el Sur y el Oeste, siendo inmensamente rico en hombres y caballos, con decenas de ciudades como Buchara y Samarkanda. Gengis-Kan no había tomado hasta entonces, de aquel extensísimo reino, más que las fortalezas fronterizas del Sir-Daria y el valle de Fergana, así como algunos puestos sin importancia alrededor de Buchara, en la región entre el Sir y el Amu-Daria. ¡No

obstante, envió 30.000 de sus soldados con la orden de perseguir al rey del mundo islámico por su propio reino!

Pero Gengis-Kan sabía perfectamente lo que hacía, pues esa misma táctica permitió a Dschebe someter, sin combatir, al reino de Kara-Chitan; y él la empleó también, de una manera genial, contra el sha de Choresm.

En aquel inmenso dominio vivían una docena de pueblos diferentes que estaban obligados a pagar tributos y a servir en el ejército. Mientras mandase el Sha, su dominador, éste constituiría ejércitos que podrían llegar a ser peligrosos no sólo para sus 30.000 hombres, sino para todas sus tropas. ¿Qué importancia podía tener para él tomar media docena más de plazas fuertes...? Mucho más importante era aquel nombre solo. No se le podía dar tiempo para que dirigiese una llamada al pueblo, para reunir ejércitos ni para organizar la defensa. ¡Era necesario asustarle hasta tal punto que no pensase más que en su propia salvación! Después había que hundir una cuña entre él y los pueblos que, probablemente, le obedecerían a la fuerza. Éstos debían sentir y comprender que su destino era ajeno al del Sha.

Gengis ordenó al *oerlok* enviado en persecución de Mohamed:

— No volváis sin haberlo capturado. Si huye, perseguido a través de todos sus dominios. Perdonad a las ciudades que se sometan, pero destruid todo lo que se oponga a vuestro paso u os resista.

Remitió a Subutai un documento provisto del sello encarnado del Gran-Kan, redactado en caracteres ujgueros, que decía:

«Los emires, los kanes y todos los pueblos deben saber que yo he sometido toda la faz de la tierra, desde la salida hasta la puesta del sol. Todo el que se someta será perdonado, pero será aniquilado el que se oponga por la lucha o la rliacordia.

¡Quien se entregue será absuelto! ¡Quien se una a aquel hombre perdido será exterminado!»

Y Gengis tuvo buen cuidado de que los mongoles que perseguían al Sha cumpliesen esta promesa. Así, cuando Togutschar, a pesar de la orden recibida, saqueó una ciudad que se había entregado a Dschebe, jefe del primer *tuman*, quiso ejecutar a su propio yerno; pero, cuando calmóse su cólera, se contentó con enviarle un mensajero, un soldado cualquiera, con la orden de entregar el mando y servir como soldado raso en su propio *tuman*, a cuyo frente se puso Subutai. Y la disciplina en el ejército mongol era tan grande, que el general-comandante y yerno del Gran-Kan obedeció, sin protestar, al simple soldado que le transmitía la orden; poco después cayó, como un valiente guerrero, durante el asalto a una ciudad.

VII

El sha Mohamed estaba en Balsch, en las montañas de Afganistán, cuando supo que los *oerlok*, con sus tropas, habían atravesado en un punto muy amplio el Amu-Daria. Supo también que no saqueaban ni incendiaban, sino que tan sólo exigían alimentos para ellos y forraje para sus caballos, y que lo único que deseaban era capturarlo a él.

Conocía lo hábiles y tenaces que eran cuando se trataba de perseguir a alguien. Exceptuando su guardia personal, no tenía ejército para protegerle. Hacía muy poco tiempo que Afganistán pertenecía a su reino e ignoraba si podía fiar en la fidelidad de los príncipes montañeses; así, pues, huyó hacia el Oeste, en dirección a Chorassan, una provincia, densamente poblada, que ya pertenecía a su padre. En el camino excitó a las poblaciones de los lugares no defendidos para que abandonasen sus viviendas, asegurándoles que los mongoles lo incendiaban todo a su paso, sin respetar nada; los exhortó a que defendiesen las fortalezas hasta el último hombre.

Los autores persas y árabes se complacen en acusar a Mohamed de haber obrado a la buena de Dios; no obstante, todas sus órdenes demuestran que seguía un plan preconcebido y bien estudiado. Se atuvo a la misma táctica que Kutusow, seis siglos después, empleó con feliz éxito contra Napoleón: quiso despoblar el país para quitar a los mongoles toda posibilidad de abastecerse, no dejarles esclavos que pudieran ayudarlos en los asedios y, al propio tiempo, detener su avance por medio de fortificaciones, hasta que, más lejos, en el Oeste, él, o uno de sus hijos, pudiese reunir un poderoso ejército...

Pero no había estimado en su justo valor la velocidad y fuerza combativa de su enemigo, ni tomó en consideración el efecto de la táctica de Gengis-Kan, que se esforzaba en separarlo de su pueblo. En Merw, la ciudad de las rosas, se enteró de que Gengis-Kan, después de tres días de asedio, se había apoderado de Samarkanda, considerada como inexpugnable. La guarnición intentó una salida, pero fue rechazada con sagrientas pérdidas. Al día siguiente, los mongoles establecieron sus trincheras tan cerca de la ciudad, que cualquier nueva intentona de salir era imposible y ni siquiera podían emplear los elefantes de guerra.

Y entonces se repitió el espectáculo de Buchara: el Scheik-ul-Islam, el Muftí y los Cadís exigieron que se abrieran las puertas de la ciudad. Recordaron al pueblo que, en realidad, Samarkanda era un Chanat independiente y que apenas hacía siete años que Mohamed se apoderó de ella, por medio de una traición, asesinando al kan Osman;

también hicieron saber al pueblo que, en Kara-Chitan, Gengis-Kan había hecho abrir las mezquitas y protegía a los islámicos. Estalló una revolución. Treinta mil hombres de la guarnición — turcos Chankli — se pasaron a los mongoles; los demás encerráronse en la ciudadela y las puertas de la ciudad fueron abiertas a los conquistadores.

Aquel mismo día se derrumbaron los muros y las defensas. El Scheik-ul-Islam y 50.000 familias que constituían sus partidarios pudieron permanecer en la ciudad; el resto de la población fue expulsada al campo por los mongoles. Gengis-Kan regaló 30.000 profesionales a sus hijos y a sus generales; los nombres jóvenes fueron seleccionados, tanto para los trabajos de la tierra como para el servicio militar, y el resto fue pasado por las armas. La misma suerte corrieron los 30.000 turcos Chankli, con sus oficiales y generales; nunca se debe confiar en traidores. Y unos días después fue tomada al asalto la ciudadela.

Entonces comprendió el Sha el peligro que le amenazaba; ni al Scheik-ul-Islam ni a sus partidarios les ocurrió nada malo; al contrario, dos amigos suyos habían sido nombrados gobernadores, y los mongoles no veían en ellos más que unos funcionarios. Con tales perspectivas, la población persa de Merw se rendiría inmediatamente al enemigo.

Por consiguiente, abandonó Merw, huyendo, a través de las montañas, hacia la formidable plaza fuerte de Nischapur.

Desde allí escribió a su madre (que se encontraba en Gurgendsch, la capital del verdadero Choresm) para decirle que deseaba viniere, con su harén y sus hijos pequeños, a Chorassan, puesto que, después de rendirse Samarkanda, Choresm sería el próximo objetivo de Gengis-Kan. Entre tanto, Subutai y Dschebe había llegado a Balch, primer refugio de Mohamed. La ciudad abrió sus puertas sin ofrecer resistencia.

Allí se enteraron de que el Sha había huido hacia el Oeste. Y entonces empezó una loca persecución. Durante semanas enteras, sin descanso, cubriendo todos los días una distancia de 120 kilómetros, agotando, incluso, a sus caballos de reserva, siguieron sus huellas como verdaderos sabuesos. Bajo la influencia de los Scheikes y de los Imanes, toda una serie de pequeñas ciudades abrieron sus puertas, procurando víveres y forraje a los perseguidores.

No hacían ningún daño en las ciudades; incluso los comandantes indígenas conservaron sus puestos. En cambio, las plazas que se resistían eran tomadas sin piedad e incendiadas. Tan sólo dejaban de atacar a las ciudades poderosamente fortificadas, capaces de ofrecer una prolongada resistencia, por las cuales pasaban de largo. Pero cuando los habitantes de Zaweh se burlaron de los mongoles desde lo alto de las murallas y redoblaron los tambores, Subutai or-

denó rodear la plaza y, a los tres días, la tomó, pasando a cuchillo a toda la población, hasta el último hombre, e incendiando las ruinas...

Esto motivó el que, en Chorassan, las relaciones entre la población persa y la guarnición turca, que quería permanecer fiel al Sha, fuesen muy tensas. Gengis había conseguido lo que deseaba. Incluso refugiado tras las poderosas fortificaciones, Mohamed no se sentía seguro.

Con el pretexto de una cacería, alejóse de Nischapur y huyó más lejos, hacia el Oeste, donde se encontraban ya su madre y su harén. Pero ni siquiera podía seguir confiando en sus propias tropas. Temió que atentaran contra su vida. Cada noche dormía en una tienda distinta, y una mañana la encontró acribillada de flechas.

A partir de entonces no fue más que una fiera perseguida, temiendo constantemente por su vida. No tenía fuerzas para resistir ni valor para luchar. Su única salvación era poder huir; atravesó su reino acompañado por unos cuantos fieles, siempre hacia Occidente, por desiertos y montañas, por todo el Irak persa—Irak Adschemi—, hasta alcanzar el lugar, cerca de la frontera de Mesopotamia, donde, dos años antes, dio media vuelta durante la guerra contra el Califa. Allí se detuvo. ¿Qué hacer...? ¿Rendirse, suplicando ayuda a su antiguo enemigo...?

Por segunda vez volvía del mismo lugar..., pero ya no como orgulloso conquistador, sino como un miserable fugitivo, buscando tan sólo salvar la vida, escapar de los saques que le seguían el rastro...

Porque Subutai y Dschebe no cesaban en su persecución. Cuando en Nischapur se enteraron de que el Sha había huido, procuráronse víveres y forrajes. Y se fueron a galope.

Por el camino, en un castillo, encontraron a la madre del Sha y su harén; en otro, los tesoros de la Corona... Todo esto, bien escoltado, trasladóse a Samarkanda, donde Gengis-Kan había establecido su campamento y esperaba, con la mayor tranquilidad del mundo, el resultado de la persecución que sus dos *oerlok* llevaban a cabo a una distancia de 3.000 kilómetros.

Ante Rai, la antigua ciudad real—en las proximidades de la actual Teherán—, un ejército de 30.000 hombres se opuso a los mongoles, que lo derrotaron y se dispersó. La población de la ciudad dividióse en dos partidos: uno ganó los favores de los mongoles e inmediatamente se lanzó sobre sus contrarios, matándolos sin piedad. Subutai entró en la fortaleza y pudo presenciar la matanza. «¿Acaso se puede uno fiar de gente que siente tal odio por sus hermanos?» Y mandó acuchillar hasta el último hombre de los que fueron sus protegidos. De Rai, la ciudad real, no quedó más que un montón de ruinas humeantes...

Después de Hamadan, los *oerlok* perdieron el rastro del Sha. En pequeñas patrullas, los mongoles recorrieron la región. Una de ellas tropezó con un grupo de jinetes y lo exterminó. Un caballero, sobre una magnífica montura, fue alcanzado por una flecha, pero su caballo logró salvarlo. Era el Sha, que había cambiado la dirección de su camino e intentaba alcanzar el mar Caspio.

De nuevo siguióle las huellas Subutai, hasta llegar a la costa; pero, una vez allí, tan sólo pudo ver una vela, a lo lejos, llevándose definitivamente a Mohamed.

En la soledad de una de las pequeñas islas deshabitadas del mar Caspio murió Alá-ed-Din-Mohamed (uno de los mayores conquistadores y de los príncipes más poderosos de su tiempo) destrozado, desesperado y en tal situación de pobreza, que ni siquiera le pudieron comprar un sudario y hubieron de enterrarlo con sus propias vestiduras, hechas jirones.

Subutai, que ignoraba aún el trágico destino de Mohamed, envió inmediatamente un «flecha» a Gengis-Kan, con un informe exacto y la noticia de que el Sha había desaparecido en dirección Norte; y concedió en seguida descanso a sus hombres y caballos, dejando acampar a los mongoles, durante el invierno, a orillas del mar Caspio.

La noticia de las tropas de Subutai y Dschebe, de su persecución contra el Sha de Choresm y de sus incursiones por la región, durante el invierno, llegó a oídos de los cruzados; en Damieta, llenándolos de alegría. Esto, unido a la leyenda del «Preste Juan» y a la embajada del Califa y del patriarca de Bagdad a Gengis, incitó al obispo Jacobo de Vitry, durante la primavera del año siguiente, a enviar una farragosa epístola al Papa y a los príncipes europeos, en la que los enemigos del Sha islámico se convertían en paladines cristianos; Gengis-Kan, en el rey David, y la desviación de los mongoles hacia el Norte, hacia el mar Caspio, era sólo el deseo de protegerse las espaldas antes de emprender la conquista de Jerusalén.

LA LUCHA EXTERMINADORA

I

ENTRE Samarkanda y Buchara, en las selvas, en los parques, en los vergeles de albaricoques y melocotones, se podía ver, diseminado durante kilómetros y kilómetros, el campamento de verano de los mongoles, severamente separados los *uluss*, los *turrun.es*, las poblacio-

nes, las razas y las tribus. Los mongoles adiestraban allí potros y a jóvenes turcos destinados a servir como tropas de choque contra las fortificaciones de su país. Allí trabajaban los mejores ingenieros islámicos en la confección de nuevas catapultas, ballestas y arietes que debían superar todo lo hasta entonces conocido. El astuto Ugedei, tercer hijo de Gengis-Kan, que acababa de ser nombrado jefe de la artillería, vigilaba en persona aquellos trabajos, y muchos castillos ocultos entre las flores y los vergeles fueron derribados durante las pruebas de los nuevos aparatos. Los mongoles y los chinos enseñaron a los químicos de Occidente el empleo de las «vorágines de fuego» y a lanzar la nafta encendida contra el enemigo, arma terrible con la que los sarracenos desmoralizaban a los cruzados.

Sin embargo, era aquella una época de inactividad, y Gengis, preocupado, se dio cuenta de que sentaba mal a sus mongoles. Abandonaban la simple y ruda vida nómada para rodearse de lujo. La ociosidad ocasionaba rencillas, envidias e intrigas. Dschutschí se rodeó de una magnífica Corte e hizo venir cantores y tocadores de laúd; Ugedei y Tuli se aficionaron tanto a la nueva bebida de uva que olvidaban las prescripciones de la *Yassa*: «No emborracharse más de tres veces al mes; dos, sería aún mejor; una sola vez merecería las mayores alabanzas, y ninguna...», pero ¿dónde encontrar a semejante hombre?», Gengis era demasiado práctico para exigir lo imposible, mas, no obstante, se entristecía al ver que todos vivían tan sólo para su propia satisfacción y sus placeres.

Se quejó amargamente a su amigo chino Yeliu-Tschutsai:

«Nuestros sucesores llevarán vestiduras bordadas en oro, se llenarán de comidas grasientas y cosas delicadas, cabalgarán en caballos de noble sangre y besarán a las más hermosas mujeres sin pensar ni un solo instante: "Esto se lo debemos a nuestros padres y hermanos..." Y se olvidarán de nosotros y del día en que eso sucedió.»

Yeliu era el único con quien el Gran-Kan podía hablar de sus preocupaciones y temores.

El Imperio mongol no estaba aún bien consolidado, ni definitivamente conquistado, y Gengis-Kan sentíase envejecer. Seguía fuerte como antes, gustando todavía de la caza y de la lucha, pero tenía sesenta años y, durante los últimos tiempos, había engordado un poco. Más que nunca pensaba en lo que sucedería el día que él faltase, pues veía que todo descansaba únicamente en él, y que ninguno de sus hijos podía ser considerado como un digno sucesor suyo, capaz de proseguir y llevar a buen término la obra por él empezada. ¿Podría él hacerlo aún? ¿Qué le ocurriría a su reino...? Las ciudades podían y sabían mucho. Aunque más débiles que los mongoles, había en ellas muchos más an-

ciános que entre los nómadas... ¿Acaso poseían un medio de prolongar la vida...?

Yeliu-Tschutsai nunca había oído hablar de semejante medio. Pero en Chin vivía, en la soledad, un anciano sabio llamado Tschang-tschun, un maestro de Tao — ciencia del secreto de la vida eterna—. Quizás él supiese algo...

E inmediatamente, Gengis-Kan, el bárbaro «dueño del mundo», mandó escribir a su canciller una carta al «Maestro de la Sabiduría» como jamás emperador alguno escribió a un filósofo.

Éste pertenecía a un pueblo que él había subyugado, cuya patria devastó... Y en la carta le explicaba el motivo de sus guerras y conquistas:

«El Cielo abandonó a Chin porque se dejó dominar por la comodidad y el lujo. Pero yo aborrezco el lujo y me adiestro en la moderación. No tengo más que un traje y una sola comida. Como lo mismo que mi más humilde pastor y no tengo irrefrenables pasiones. En las empresas militares, siempre me pongo a la cabeza, y durante el combate nunca me quedo atrás, gracias a lo cual logré reañzar una gran obra y reunir en un solo reino el mundo entero. Pero si mi vocación es elevada, pesadas son mis obligaciones, pues considero a mi pueblo como a mis hijos y desde que subí al trono siempre procuré gobernarlo bien. No obstante, temo que falte algo a mi goberna. Para atravesar un río se necesita de remos y barcos»* Asimismo, para mantener el reino en orden se precisa ele hombres sabios. En lo que me concierne yo no poseo extraordinarias cualidades, pero quiero como a hermanos a los hombres de talento; siempre estamos de acuerdo en nuestras apreciaciones y unidos por un recíproco afecto. Pero todavía no he logrado encontrar hombre dignos de ocupar los puestos de los más elevados tres y de los más elevados nueve.

»He oído decir que tú, maestro, andas por el recto sendero, habiendo alcanzado la Verdad. Tu santidad se ha hecho pública, guardas las severas reglas de los antiguos sabios, y las personas que pretenden la santidad se dirigen a ti. Pero ¿qué puedo hacer yo? Me es imposible ir a verte. Lo único que puedo hacer es bajar de mi trono y colocarme junto a ti cuando llegues. Así, pues, no temas las montañas ni las llanuras que nos separan, no pienses en la extensión de los desiertos de arena; apiádate de los hombres y ven, para comunicarme el remedio de la vida eterna. Ordeno a mi ayudante que se procure un carro y una escolta. Yo mismo te serviré y espero que, por lo menos, me dejarás un vestigio de tu sabiduría. Dime una sola palabra y seré feliz...»

En esta carta, tan respetuosa, había, no obstante, una ineludible orden a Tschang-tschun, que, fiel a la sabiduría de Tao, prefería la sabiduría a todos los honores y ya otras

veces rechazó invitaciones de los emperadores Chin y Sung. Pero en el presente caso, de nada servirían todas sus excusas y las alusivas a su edad, a las enfermedades y a los peligros *del* camino. El ayudante de Gengis-Kan sabía que respondía con su cabeza si no trafa consigo al sabio y, naturalmente, estaba dispuesto a prometer todas las comodidades y facilidades; pero el sabio tenía que obedecer y acompañarle en el largo viaje, recorriendo más de cincuenta grados de latitud desde Pekín hasta Samarkanda, donde, en aquella época, Gengis convocó a los sabios islámicos y a los scheiks para instruirse en la ley del Profeta. Pero ésta no obtuvo su aprobación.

«El peregrinaje a la Meca es una tontería — dijo —. Dios está en todas partes y, por la tanto, es inútil viajar hacia un lugar determinado para arrodillarse ante él.» De una manera categórica, no podía admitir la separación de los animales en puros e impuros. «Todos fueron creados por Dios y cada cual puede comer el que más le plazca.» Y, a propósito de la separación de los infieles y su persecución, expresó así: «Podéis amar cuanto queráis, pero os prohíbo matar mientras yo no'os lo ordene. En mi reino, cada cual puede adorar al dios que prefiera; tan sólo está obligado a observar las leyes dictadas por Gengis-Kan.»

El inmediato resultado fue que los schiitas expulsaron a los mullahs, que los sunnitas les habían impuesto; los cristianos nestorianos colocaron de nuevo la cruz en sus iglesias; los judíos abrieron las sinagogas, y los persas encendieron en sus templos el fuego sagrado... De nuevo sintieron todos en seguridad, reanudar sus quehaceres acostumbrados y la región entre el Sir y el Amu-Daria,, que sufrió el primer choque de Gengis-Kan, enjaezó a reponerse de la destrucción causada por la guerra.

II

El mensajero de Subutai, llevando la noticia de la desaparición del Sha, interrumpió la tranquilidad del campamento...

Si Mohamed había navegado en dirección Norte, no pudo dirigirse más que a su país de origen, cerca del lago Aral; y Gengis-Kan preparó una nueva campaña. Ordenó a Dschutschí y Tschagatai partir inmediatamente hacia Choresm. Pero como aquel pequeño país había sabido conquistar para el Sha un reino gigantesco, debía esperarse una lucha encarnizada y, como siempre, el Gran-Kan mostrarse en extremo prudente: las tropas irían provistas de las nuevas máquinas de Ugedei para los asedios.

Para convencerse de su eficacia, las acompañó hasta la fortaleza de Termeds, en el Amu-Daria superior, que aún

no había sido conquistada y le pareció a Ugedei la más a propósito para la prueba.

Vio cómo volaban por los aires bloques de piedra de un quintal de peso, hundiendo, al chocar, los más espesos muros; y cómo los recipientes de nafta describían una gran curva, yendo a caer sobre los tejados de las casas, donde se rompían y prendían fuego, en un instante, a las mismas. Gracias a aquellas máquinas, Gengis perdonó a Ugedei sus continuas borracheras y pudo acompañar a sus hermanos, al mando de la artillería. Al propio tiempo, agregó a los tres a su más fiel y antiguo compañero, Boghurtshi, como jefe de Estado Mayor, que debía informarle secretamente de todas las vicisitudes de la empresa. Era la primera vez que enviaba juntos a sus tres hijos a una expedición, y quiso saber cómo se portaban y se entendían entre sí.

Él permaneció allí con Tuli, su hijo menor, a la expectativa, dispuesto para lanzarse, en caso necesario, en una de las tres direcciones: Norte, Oeste y Sur. Pero estaba harto de aquella vida inactiva que afeminaba a sus guerreros, y organizó, en pleno país enemigo, en la región montañosa de Termeds, una gran cacería.

Por primera vez desde que existía presenció el mundo mahometano semejante espectáculo, que sus cronistas, asombrados, describieron detalladamente:

Los oficiales del Estado Mayor cabalgaron a través de las selvas, delimitando el terreno de caza. El ejército se puso en marcha; rodeó, formando una cadena doble o simple, los bosques designados, y penetró en ellos con salvaje estruendo de tambores, timbales y cimbales; y ni un solo animal pudo escapar al cerco amenazador. Ningún matorral, ninguna laguna, ninguna oquedad, quedaron sin explorar. Detrás de los batidores cabalgaban algunos oficiales que, a cada paso, vigilaban la acción de los cazadores.

Los mongoles iban perfectamente equipados, pero no podían utilizar sus armas. Cuando un oso, un tigre, una manada de lobos o de jabalíes se lanzaban sobre la cadena, los hombres no podían herir a ningún animal, pero tampoco debían dejar atravesar la cadena a ninguno.

Monte arriba y monte abajo, en las torrenteras, en las pendientes, por doquier, todos los animales eran empujados hacia el lugar rodeado. Se atravesaban los precipicios, se nadaba por los ríos. Durante la noche, un círculo de fuego rodeaba la región maldita, que cada día reducía un poco más, haciéndose más difícil de contener a los animales salváticos. Las fieras acometían cada vez con mayor furia. Rechazadas, lanzábanse llenas de rabia contra ciervos y gamos, se atacaban y destruían entre sí. Pero cada vez eran más numerosas, puesto que el espacio vital iba cerrándose despiadadamente. Aquello continuó así meses enteros. A menudo, el Gran-Kan asistía personalmente a los lugares

más difíciles para observar la táctica guerrera de sus tropas.

Por último, el mundo animal fue reunido en un lugar muy reducido. El círculo de muerte que lo rodeaba era infranqueable.

De pronto, abrióse una brecha y, al propio tiempo, sonaron las trompetas de guerra, la charanga y toda clase de instrumentos ruidosos, produciendo tan infernal estrépito que los animales más salvajes permanecieron petrificados de miedo. El Gran-Kan apareció, cabalgando con los príncipes y el séquito. Armado de sable y arco, él mismo inició la caza matando un tigre, un oso y un formidable jabalí. Luego retiróse a un altozano donde ya había sido preparado el trono, y los príncipes, los noion y los generales pudieron demostrar sus habilidades cinegéticas. La caza disminuía en importancia, a menos que una fiera peligrosa surgiera inopinadamente de entre la maleza. Entonces, cada uno podía demostrar su valor y destreza ante el Gran-Kan, esperando quizás alabanzas o un ascenso.

Cuando fueron abatidas la mayor parte de las fieras mayores, los nietos del Kan pidieron clemencia para las más jóvenes y los animales más pequeños, y el abuelo les perdonó la vida: un signo suyo puso fin a la cacería, y los asustados animales que tuvieron la suerte de escapar de la matanza pudieron volver a la libertad de las selvas.

La batida en Termeds duró cuatro meses. Durante este lapso vagaron los mongoles por montes y collados, con la mayor despreocupación, como si en su alrededor reinase la paz más absoluta, preocupados tan sólo de que ningún animal se escapase. Y, mientras tanto, levantáronse contra ellos por doquier nuevos enemigos y nuevos peligros.

III

Mohamed había muerto, pero antes de morir nombró como sucesor suyo a Uslag-Sha, el preferido de su madre, hombre de carácter débil, que fue destinado al trono en lugar del enérgico y valiente Dschelal-ud-Din. Mas éste presentóse en Choresm y, aclamado por el pueblo, se dispuso a emprender la lucha contra los mongoles.

Pero ciertos generales de Choresm, a quienes interesaba más la libertad de que gozaban con Uslag-Sha que los mongoles, tan alejados, se conjuraron contra Dschelai-ud-Din. Éste tuvo que huir hacia Chorassan y, durante el camino, batió a una sección que Gengis-Kan había enviado contra él, desapareciendo luego. Nadie sabía dónde se encontraba en realidad, y por eso, precisamente, empezaron a circular disparatados rumores a él concernientes; se exageraba la importancia de su victoria sobre los mongoles, el valor del ejército que se le opuso...

Uslag-Sha y los demás príncipes de Choresm que huyeron ante los mongoles fueron perseguidos y murieron en el subsiguiente combate. Luego, el ejército mongol marchó a lo largo de la estrecha faja de terreno, densamente poblada con muchas ciudades y pueblos, que bordea la orilla del Amu-Daria, penetrando en las estepas arenosas. Pillaban y devastaban por doquier. Un lugar tras otro caían en sus manos..., pero, de pronto, tuvieron que detener la marcha. Gurgendsch, la capital, en el delta del Amu, era inexpugnable.

Las nuevas máquinas de asedio resultaron de muy poca utilidad en aquella baja llanura sin piedras. Abatieron y serraron los árboles, metiéndolos en el agua hasta que adquirirían el peso necesario, pero eran unos sustitutos muy defectuosos. Los mongoles intentaron asaltar las murallas, pero fueron rechazados con grandes pérdidas.

Cuando la cacería cerca de Termeds tocaba a su fin, un mensajero del fiel Boghurtshi presentóse ante Gengis-Kan. Grandes disputas habían estallado entre los príncipes Dschutschi y Tschagatai. El primero consideraba a la capital como perteneciente a su *uluts* y pretendía asumir el mando. Tschagatai, por el contrario, aseguraba que toda la región, hasta el lago Aral, le pertenecía como dominio que el Gran-Kan le prometiera, y dio contraórdenes a sus guerreros.

El Gran-Kan disgustóse y, luego de reflexionar muy seriamente, envió dos «flechas»:

El uno hacia Choresm, para notificar que el mando supremo de las fuerzas sería puesto en manos de Ugedei, y que los otros dos hermanos deberían someterse a sus decisiones.

Nadie desobedecía las órdenes de Gengis-Kan.

Por mucho que esta humillación irritase a Dschutschi y Tschagatai, obedecieron. Y como Ugedei era bastante inteligente para no abusar de su poder y servía de intermediario entre sus dos hermanos, pronto llegaron a ponerse los tres de acuerdo y emprendieron la obra de desviar el Amu-Daria más arriba de Gurgendsch.

El segundo «flecha» galopó hacia el mar Caspio para llevar a Subutai la orden de presentarse inmediatamente al Gran-Kan.

Subutai hizo como los «flechas»: vendóse cabeza y cuerpo y cabalgó noche y día. A cada cuarenta o cincuenta kilómetros, el mejor caballo del puesto de guardia mongol estaba preparado para él; en un relevo cualquiera comía unos bocados, en otro se dejaba caer en un lecho para levantarse unas horas más tarde y reanudar la fantástica carrera. Durante más de una semana cabalgó noche y día, recorriendo los dos mil kilómetros que le separaban de su señor.

Gengis-Kan esperaba ya impacientemente a su oerlofc;

pues mientras los príncipes mongoles, ebrios de gloria, se querellaban por la posesión de las provincias aún por conquistar, él veía el grave aspecto de la situación.

Había penetrado en el país con unos 250.000 hombres. En aquellos momentos, 30.000 mongoles se encontraban en el Oeste, con Subutai y Dschebe; sus hijos mayores llevaríanse consigo, hacia el Norte, 50.000 guerreros; el rey de los uiguros y el Kan de Almalik deseaban regresar a sus respectivos países con todas sus tropas, y Gengis les autorizó a hacerlo con el fin de no tener hombres descontentos, con los que no podría contar, entre sus tropas selectas. A todas estas mermas debían añadirse las grandes pérdidas sufridas en tantas encarnizadas batallas. El ejército que le acompañaba se componía tan sólo de 100.000 hombres. Y aunque podía engrosarlo considerablemente con los indígenas, en los momentos decisivos no podría contar, en realidad, más que con sus 100.000 mongoles... Y ante ellos se erguía un reino cuyos límites ni siquiera conocía.

A partir del momento en que, por primera vez, hacía dos años, Dschutschi franqueó el paso de Terek-Dawan, entrando en el valle de Fergana, los mongoles habían derrumbado el mundo islámico con una serie interesantísima de victorias; pero, en realidad, no habían conquistado más que la Transoxiana, el extremo oriental del reino chorésimico. Ahora era cuando Ugedei intentaba someter el Choresm del Norte. En el Sur estaba la región montañosa del Afganistán, que todavía no había visto a ningún jinete mongol; y en el cercano Oriente no conocían Chorassan más que por las correrías de Subutai.

Desde luego, la mayoría de las ciudades de Persia habían reconocido su dominación. Pero ¿se trataba de una sumisión auténtica o de una treta para escapar del pillaje y poderse arrojar después, todos juntos y con todas sus fuerzas, contra él? Si el valiente y decidido Dschelal-ul-Din hacía un llamamiento a la lucha, ¿no sería la señal para un levantamiento general que pondría en pie de guerra contra ellos a millones y millones de soldados? Una sola derrota decisiva anularía la serie ininterrumpida de veinte años de victorias, destruyendo su reino. No poseía reservas ni estaba apoyado por un fuerte, tradicional derecho de posesión. Llevaba consigo todas las fuerzas de que podía disponer, y la derrota de ese ejército supondría la desunión de todos los pueblos y tribus.

Llamó a Subutai para conocer las posibilidades de su enemigo, pues había recorrido, en compañía de Dschebe, todo el reino persiguiendo al sha de Choresm.

Subutai le describió, primero, la rica Chorassan, con sus poderosas fortalezas, gigantescas ciudades y enormes murallas. Se extendía desde Heralt hasta Merw, y de éste a Nischapur. Luego, la región convertíase en una estepa salo-

breña apenas transitable, a cuyo límite, entre dos montañas peladas, era necesario cabalgar durante muchos días antes de alcanzar el segundo país rico, con muchos habitantes, el Irak persa, Irak Adschemi...

—¿Cuánto tiempo necesita un ejército islámico para venir desde allí hasta Chorassan? — preguntó Gengis-Kan.

—En verano es imposible que puedan llegar a Chorassan— contestó Subutai—, porque el sol quema la hierba y seca las flores. Y en invierno no saben sus monturas buscar el alimento bajo la nieve. Tan sólo ahora, en la primavera, o en el otoño, puede un ejército del Sha emprender esa cabalgata, y, aun así, tendría que llevar consigo demasiados rebaños e impedimenta. Además, en el Irak Adschemi no hay ningún ejército semejante.

Este informe decidió la ulterior guerra.

Si Occidente y Oriente no podían ayudarse y Subutai desconocía la existencia de un ejército en Occidente, significaba que Dschelal-ul-Din debía de encontrarse en Oriente y, en caso de rebelión, tan sólo Afganistán y Chorassan se opondrían a Gengis-Kan. Por muy poderosos que fueran estos países, sus fronteras trazaban una circunferencia de 1.000 kilómetros y ésta era una distancia en la que los mongoles sabían operar de tal manera que, en caso de necesidad, podían ayudarse mutuamente. No importaba, pues, que únicamente le acompañaran 100.000 hombres.

Y esto decidió el destino de Rusia por varios siglos, llevando la devastación al sur de Europa y provocando el pánico en todo el continente europeo. •

Durante el invierno, Subutai había estudiado un poco a los países occidentales, emprendiendo incursiones en el Aserbeidschan, Kurdistán y Georgia. Allende el mar, en una isla donde murió el viejo Mohamed, elevábanse nuevas montañas, y tras esta cintura rocosa se llegaba al país de los hombres con cara alargada, cabellos claros y ojos azules. Debían de ser los mismos hombres de quienes hablaban los habitantes de Kiptschak describiéndolos como sus vecinos occidentales. Así, pues, podía contornear dicho mar y regresar a Mongolia atravesando la estepa de Kiptschak.

Subutai y Dschebe ardían en deseos de emprender la marcha. Gengis-Kan no se opuso. Dio a Dschutschi el mundo del Oeste del Yrtysch, «toda la extensión que pudiera recorrer un caballo mongol». Así, pues, aquel país, más allá del mar, tocaba los límites del uluss de Dschutschi... Siempre es conveniente conocer a los vecinos...

Subutai obtuvo la autorización de pasar las montañas, más allá, del mar Caspio, para determinar qué pueblo vivía allí, cómo era de grande el reino y de qué ejércitos disponía.

El Gran-Kan le concedió tres años de tiempo, pasados

los cuales debía regresar a Mongolia por el norte del mar Caspio.

Subutai saltó de nuevo a su caballo y, durante otra semana, cabalgó sin cesar para reunirse con sus tropas.

IV

Dschelal-ul-Din se encontraba, realmente, en el este del reino. En las montañas afganas, cerca del Chasni, levantó un ejército contra los mongoles.

Y entonces ocurrió lo que Gengis-Kan había previsto: por doquier estallaron levantamientos en todo el país.

En cada provincia, en cada ciudad, había chañes, emires, cheiks e imanes que estaban acostumbrados a no mezclarse en las querellas de los grandes señores y reconocer al vencedor. Como sufrieron mucho bajo la tiranía de Mohamed, estaban dispuestos a pactar con Gengis-Kan, a pesar de que, según la ley del Profeta, era un mérito luchar contra «los perros infieles»; pero cuando vieron que el jefe mongol atacaba el islamismo, y supieron de los pillajes y crueldades de aquellos guerreros, su tolerancia se convirtió en odio. Así, pues, al aparecer el joven Sha islámico, que ya diera pruebas de valor y habilidad, llamando al pueblo para una guerra santa, todos le siguieron. El Islam levantóse en armas, dispuesto a luchar.

Por todas partes llegó la noticia del asesinato de los gobernadores y funcionarios nombrados por los mongoles, de la matanza de sus partidarios, del mortífero ataque a los puestos aislados y pequeñas tropas, de las revoluciones en las ciudades...

A la primera noticia del levantamiento, Tuli, el hijo menor de Gengis-Kan, dirigióse hacia Chorassan con la mitad del ejército mongol. No partió para conquistar ni someter a los sublevados; la orden que recibió decía: ¡Exterminar!

Así, pues, fue aquélla una guerra de exterminio: cien mil mongoles aguerridos y disciplinados contra un mundo fanático, indisciplinado y desunido, pero tan valiente y cruel como ellos mismos. Una encarnizada lucha por ser o no ser.

El ejército de Tuli iba aumentando a medida que conquistaba nuevas plazas y eran derribadas las fortalezas. No necesitaba dejar guarnición alguna, puesto que a su espalda sólo quedaban ruinas y la más absoluta desolación. De ciudades que contaban 70.000, 100.000 habitantes, no quedó «perro ni gato con vida». Artistas, artesanos y mujeres jóvenes eran arrastrados a la esclavitud. Los hombres aptos para llevar las armas servían como fuerza de choque contra las fortalezas siguientes... Si retrocedían, los mongoles los asesinaban.

El alud mongol destruyó toda resistencia. La gigantesca ciudad de Merw se defendió desesperadamente durante tres semanas. La poderosa fortaleza de Nischapur sólo pudo resistir el ataque de Tuli durante tres días. Este había llevado consigo, para el asalto, 300 máquinas que lanzaban pesadas flechas incendiarias, 300 catapultas, 700 máquinas que arrojaban recipientes llenos de nafta inflamada, 4.000 escalas de asalto y 2.000 sacos de arena para rellenar los fosos.

Si los mahometanos ofrecían la menor resistencia, el ejército asaltante ya no admitía los ofrecimientos de rendición ni de entrega de las fortalezas.

Tan sólo en una ocasión, ante Herat, la última fortificación de Chorassan, Tuli, hastiado de una matanza que duraba desde hacía meses, perdonó la vida a los habitantes de la ciudad una vez hubo caído el gobernador de la plaza, excepto a 12.000 hombres que se empeñaron en defenderse a toda costa.

Pero apenas regresado Tuli a la Corte de Gengis-Kan, recibióse la noticia de que Herat se había revolucionado nuevamente, asesinando a los gobernadores que fueron instituidos.

Gengis se lo reprochó a Tuli:

—¿Cómo se explica esa revolución? ¿A qué se debe el que la espada no haya producido efecto entre los habitantes de Herat?

Envió un *oerlok* con otro ejército:

—Puesto que los muertos han resucitado, te ordeno que les sean cortadas las cabezas.

Esta orden fue ejecutada al pie de la letra. Después de la toma de la ciudad y la matanza de los habitantes, el *oerlok*, ya de regreso, hizo que 2.000 hombres volvieran grupas para cerciorarse de que no quedaban más hombres entre las ruinas. Esta tropa encontró en ellas 3.000 personas y las asesinó. Cuando las tropas se fueron por segunda vez, de los últimos escondrijos de la ciudad, que sólo de guarnición contaba con 100.000 hombres, salieron 16 personas, a las que luego se unieron 24 que habían logrado huir a las afueras. Era todo lo que quedaba con vida...

Esta lucha de exterminio se llevó a cabo en todos los frentes a la vez:

En Choresm, Ugedei asaltó, por último, Gurgendsch. La desviación del Amu-Daria fue inútil, pues los habitantes perforaron suficientes pozos. El odio y encarnizamiento eran iguales por ambos bandos. En cierta ocasión, los choresmianos lograron copar una unidad de 3.000 mongoles y los mataron a todos. Entonces, Ugedei dio orden de rellenar los fosos con ramas y maderos, y mientras una verdadera lluvia de recipientes de nafta inflamada caía sobre la ciudad, los mongoles escalaron las murallas. La feroz lucha prosiguió durante siete días en las estrechas calles de la

ciudad, hasta agotar ésta sus fuerzas. Los supervivientes dejáronse conducir, sin resistencia, al campo y, tras haber seleccionado, según su costumbre, a los artistas, artesanos y mujeres jóvenes, los mongoles mataron en masa a los demás. Los cronistas pretenden que cada mongol mató veinticuatro personas.

En seguida sacaron todo lo que había de valor en la ciudad, prendieron fuego a ésta y lanzaron sobre los humeantes escombros el río desviado, de manera que si alguien permanecía allí escondido, pereció ahogado. A causa de esta doble desviación, el Amu-Daria cambió de tal manera su curso, que los sabios no están de acuerdo en la cuestión de si uno de los brazos desembocaba o no en el mar Caspio y si su antiguo lecho es el problemático Usboj. Es una zanja tortuosa, inexplicable, que se prolonga durante centenares de kilómetros. El cambio transformó toda la región, entre los dos mares, en un desierto.

Entre tanto, el propio Gengis limpiaba los promontorios de Hindukusch. Tomó Balch, Talekan, Kerduan. Ante la fortaleza montañosa de Bamian cayó su nieto Moatugan, uno de los hijos de Tschagatai. La muerte de su favorito produjo en Gengis-Kan una terrible ira. Dio orden de tomar la plaza inmediatamente y matar cuanto hubiese en el interior, hombres y animales. Toda la región debería convertirse, en recuerdo de su nieto, en un montón de ruinas..., y, cien años más tarde, aquel valle, en un tiempo floreciente, no era más que un páramo deshabitado —Mobalig—, lugar maldito.

Durante la destrucción de Bamian, Ugedei y Tschagatai volvieron de Choresm. Dschutschi se sentía descontento por la humillación de haber tenido que obedecer a su hermano y se retiró a su *uluss*. Sus dos hermanos debían comunicar la noticia al padre.

— ¡Así son mis hijos, para quienes someto a los pueblos y conquisto reinos! ¡No saben hacer más que desobedecer! — exclamó Gengis, zarandeando, furioso, a Tschagatai.

Éste, comprendiendo que su padre le culpaba de ser el causante de la disputa con Dschutschi y de su alejamiento, cayó de rodillas, jurando que prefería morir antes que desobedecer sus órdenes.

Dos veces le repitió Gengis su pregunta de si estaba dispuesto a obedecer cualquier orden que le diese, y cuando Tschagatai se lo juró por segunda vez, Gengis exclamó:

— ¡Tu hijo Moatugan ha caído! ¡Te prohíbo que llores y te lamentes!

Como si un rayo hubiera caído a sus pies, Tschagatai permaneció inmóvil, y ni entonces ni nunca dejó escapar de sus labios queja alguna por la muerte de su hijo.

V

La pequeña minoría organizada había vencido, pero el territorio estaba cubierto de ruinas. Ciudades de un millón de habitantes estaban destruidas y despobladas. Nunca hasta entonces, ni en Mongolia ni en Chin, los ejércitos de Gengis-Kan cometieron tales desmanes. Por eso el pánico reinaba desde el Aral hasta el desierto persa. Tan sólo en voz baja hablaban los supervivientes del «Maldito». A veces, un solo jinete mongol entraba en un pueblo, mataba a unos cuantos hombres y se llevaba todo el ganado, sin que nadie levantara una mano para defenderse. La gente había perdido toda capacidad de resistencia.

Y aquella horrible lucha no llegaba todavía a su fin, porque Dschelal-ud-Din se encontraba aún en las montañas del Afganistán, en Chasni, y reunía a los montañeses a su alrededor.

Gengis había enviado contra él a Schigi-Kutuka, con unos 30.000 hombres, y Dschelal-ud-Din fue a su encuentro.

Para que su ejército pareciera más numeroso, Schigi-Kutuka hizo fabricar, con mantas de fieltro y paja, unos maniqués del tamaño de hombres, atándolos a los caballos de reserva. La treta estuvo a punto de dar resultado, pues los generales de Dschelal-ud-Din juzgaban lo más prudente volver grupas; pero el joven Sha no se dejó intimidar y atacó y derrotó a Kutuka. Los mongoles huyeron.

Gengis-Kan simuló no dar importancia a la derrota.

— Schigi-Kutuka está acostumbrado al éxito—dijo—. Le conviene conocer la amargura de la derrota.

Pero antes de que la noticia de la victoria de su enemigo pudiese ocasionar una nueva ola de levantamientos, se puso en marcha con todo su ejército y, acompañado de Ugedei, Tschagatai y Tuli, penetró en las montañas.

La vanguardia avanzaba sin descanso a través de todo el Afganistán. Tan sólo cerca de Pirwan, donde Schigi-Kutuka fue derrotado, Gengis-Kan, a pesar de su prisa, se detuvo para recorrer, en compañía de su joven *oerlók*, el campo de batalla e indicarle los errores que había cometido al elegir el lugar del combate y la disposición de las tropas...

Pero ni el propio Dschelal-ud-Din igualaba a Gengis-Kan. Decidido y de un increíble valor, estaba en condiciones de ganar batallas, pero no sabía aprovecharse de su triunfo. Mientras el ejército de Gengis-Kan se acercaba cada día más, él se entretenía celebrando la victoria y martirizando a los cautivos mongoles, a quienes hacía que les clavasen las orejas. Durante el reparto del botín, dos príncipes vasallos se pelearon a causa de un caballo árabe, golpeán-

dose con sus látigos. Dschelal-ud-Din creyó prudente ponerse del lado del atacante porque, de los dos, era el que mandaba más tribus. El otro príncipe, injustamente ofendido, se retiró durante la noche con sus tropas. Entonces comprendió Dschelal-ud-Din que había llegado el momento de huir.

La carrera de Gengis-Kan a través del Afganistán fue realizada con tal velocidad, que los montañeses encargados de defender los pasos no pudieron preparar en ningún lado la resistencia. Todos los lugares que no se resistían al conquistador eran respetados.

En las riberas del Indüs, los mongoles alcanzaron por fin al joven Sha. Por primera vez en su vida tenía Gengis-Kan un ejército numéricamente superior al del enemigo, y, no obstante, la batalla que allí se dio fue una página gloriosa para Dschelal-ud-Din, su contrincante. El recuerdo está aún vivo en Oriente. La leyenda se encargó de consagrarlo; la tradición olvidó a Mohamed e hizo de su valeroso hijo el principal enemigo de Gengis-Kan.

Antes del combate, Gengis había dado la orden de capturar vivo a Dschelal-ud-Din, puesto que, desde el momento en que tuviese al Sha en sus manos, todo levantamiento y resistencia acabarían para siempre. Pero era imposible apoderarse de Dschelal-ud-Din. Rodeado de mongoles por todas partes, se lanzó, al frente de los 700 nombres de su guardia personal, sobre los mongoles, y perforando sus líneas, se arrojó con su caballo, desde una altura de veinte metros, al Indus, y nadó, con la bandera en la mano, a través del río.

Sorprendido por aquel acto de bravura, Gengis prohibió que tirasen contra él.

— ¡Que tal padre tenga semejante hijo! — exclamó, maravillado, y puso como ejemplo a sus propios hijos la audacia y la decisión de Dschelal.

Pero aquello no fue óbice para que enviase un ejército a través del Indus, en persecución del Sha. Este ejército saqueó Peschawart. Lahore y Multan, pero no logró encontrar al Sha, y regresó a principio de primavera, cuando el calor empezaba a ser insoportable para los caballeros mongoles; en el Afganistán, Ugedei había acabado de someter a los montañeses, Tschagatai conquistaba Kirman y Baludschistan.

Entre tanto, Dschelal-ud-Din, acompañado por cincuenta hombres que con él huyeron a través del río, atacó a los hindúes, poco guerreros; sometió a una serie de tribus que se unieron a él para marchar contra Delhi, donde obligó al soberano a darle asilo y concederle a su hija por esposa. Allí esperó la retirada de las tropas mongolas; unos años más tarde invadió el Afganistán, y después de morir Gengis-Kan, penetró aún más en Persia; pero, amenazado por

un nuevo ejército mongol, viose obligado a huir hacia el Asia Anterior, donde lo mataron durante una expedición de pillaje.

VI

La batalla del Indus había sellado la derrota del mundo islámico. El reino de Choresm ya no existía. Unos cuantos principados más o menos independientes, como Fars, Luristán, Kursdistán, podían ser dejados para ulteriores campañas.

Las pequeñas operaciones de limpieza que aún quedaban por realizar no tenían mayor importancia que simples actividades locales. Desde el mar del Japón hasta el mar Caspio, desde Corea hasta el Cáucaso, la palabra de Gengis-Kan era ley. El Eterno Cielo Azul — Menke-Koko-Tengri — le había destinado a reinar sobre todos los pueblos de la tierra.

Mas tal destino no se había cumplido aún. Cuando Subutai volviera de Occidente se podría pensar en la conquista de esos países, pero era preciso esperar dos años. ¿Sería interesante, mientras tanto, seguir a Dschelal-ud-Din a la India y someter al país que había dado asilo a su enemigo? ¿O bien tomaría, para volver a su país, el camino del Tíbet, el país legendario, cuna de su raza, para anexarlo a su reino?

Era primavera. Para la campaña contra los indios tenía que esperar el invierno, porque sus caballeros del desierto no resistían el calor. Por lo tanto, envió al Pamir a oficiales de su Yurth-Dschi para buscar un paso hacia el Tíbet. Pero volvieron con la noticia de que los pasos eran infranqueables para un ejército cargado de máquinas de asedio e impedimenta. Así, pues, esperaría el invierno y se dirigiría a la India...

La leyenda cuenta que, en una excursión a las montañas de Hindukusch, Gengis-Kan encontró un animal del tamaño de un ciervo, de color verde, con una cola de caballo y un cuerno, que, hablando como los humanos, le ordenó volver grupas. Como siempre, Gegis consultó a Yeliu-Tschutsai, el cual conocía al maravilloso animal: su nombre era Kio-tuan y hablaba todos los idiomas del mundo. El Cielo lo enviaba cada vez que deseaba evitar un derramamiento inútil e injusto de sangre. Gengis-Kan había vencido al reino del Occidente, pero la India, el reino del Sur, no le había hecho nada. Y si él era el primer hijo del Cielo, los otros pueblos también eran sus hijos, y él debía amarlos como a hermanos. Si quería merecer la gracia del Cielo, debía dejar en paz a los habitantes de aquel país.

Y para testimoniar la veracidad de aquellas palabras, una terrible epidemia estalló entre las tropas que volvieron

de la India, muy semejante a la que, hacia fines de la guerra en China, diezmó su ejército...

Gengis-Kan nunca había obrado contra la voluntad del Cielo. Y esta vez también se sometió. Volvió a su patria por el antiguo camino, a través del Amu-Daria...

EL SABIO DE CHIN

I

EL sabio Tschang-tschun tenía setenta y dos años cuando, en mayo de 1220, tuvo que emprender el largo viaje a través de 50 grados de longitud para dirigirse a Occidente. Nunca en la historia del mundo, exceptuando la antigua China, donde con mucha frecuencia los puestos más elevados del reino fueron ocupados por filósofos, un emperador honró tanto a un sabio como Gengis-Kan, el jefe bárbaro, al monje Tao Tschang-tschun. Su viaje fue algo semejante a una marcha triunfal. En los lugares donde el Sabio descansaba, los frailes y el pueblo acudían en masa para venerarle. Los príncipes y princesas mongoles a través de cuyos dominios pasaba debían recibirle con los mayores honores, y cuando, tras un año y medio de viaje, llegó a Samarkanda, nada menos que Boghurtshi, el principal *oerlok*, fue enviado a su encuentro para acompañarle durante el último trayecto a través de la montaña del Hindukusch, donde el Gran-Kan, después de la batalla del Indus, había instalado definitivamente su campamento.

Gengis-Kan lo saludó con estas palabras:

—Otros emperadores te invitaron, pero tú rechazaste sus indicaciones. Ahora, para visitarme, recorriste un camino de diez mil li. Me siento muy honrado.

Pero el anacoreta no era adulator. No había hecho el viaje por gusto, sino a la fuerza, de modo que no quiso deformar la verdad.

—El solitario de las montañas ha venido obedeciendo a tus órdenes — contestó —. El Cielo lo quiso así.

No cayó de rodillas ni hizo el *kotau*; tan sólo, en señal de respeto, se inclinó, juntando las manos por encima de su cabeza.

Gengis le invitó a comer con él, pero el Sabio rechazó tal honor: no comía carne y se negaba a beber *humys*. Lo que necesitaba para su sustento — arroz y harina — lo había traído de Samarkanda. Lejos de sentirse ofendido, Gengis-Kan, para que la mesa de su huésped estuviese mejor servida, envió unos correos especiales a buscar a más de

100 kilómetros, en las agrestes montañas del Hindukusch, legumbres frescas y los mejores frutos.

La entrevista entre el Emperador y el Sabio empezó en seguida, con la pregunta más importante:

— Santo hombre, puesto que has venido de un país lejano, ¿posees tú la medicina de la vida eterna?

Tschang-tschun miró sonriendo suavemente al Emperador, y contestó con tranquilidad:

— Hay, es cierto, el medio de prolongar la vida; pero no existe la medicina de la inmortalidad.

Extrañados, los *oerlok* contemplaron al extraordinario chino que, tras un camino de 10.000 li, declaraba tan tranquilamente a su Gran-Kan que todos los honores y amabilidades de que fuera objeto serían en vano. Pero Gengis-Kan no expresó con palabras su descontento: asintió con la cabeza, alabando el raciocinio y la sinceridad del Sabio, y, dirigiéndose nuevamente a él, le pidió que le instruyese en la ciencia de Tao.

Se convino el día para la enseñanza y elevóse una tienda especial para ello; pero llegaron noticias de nuevos disturbios en las montañas: el levantamiento de algunas tribus, y la preocupación de la guerra absorbió el tiempo de Gengis-Kan. Aplazó la enseñanza durante un plazo indefinido... y Tschang-tschun pidió regresar en seguida a Samarkanda. El Gran-Kan intentó convencerle de que todos los caminos eran inseguros y que lo mejor era quedarse en el campamento; pero, el Sabio decía: «¡El ruido de tus soldados turba la tranquilidad de mis pensamientos!», y Gengis-Kan, en plena guerra, hizo conducir al chino, con una escolta de mil jinetes, a Samarkanda, a las frescas terrazas del Palacio Imperial de verano, a la sombra de cuyos magníficos jardines podía gozar de una perfecta tranquilidad.

Hasta el otoño siguiente no atravesó de nuevo el Amu-Daria. El campamento fijo fue montado en los alrededores de Samarkanda. Los *kadíes*, los imanes y los ancianos de la ciudad fueron a presentarle sus respetos.

Por primera vez, los nómadas mantenían la dominación de un pueblo culto subyugado sin tener que establecerse en el país. Yeliu-Tschutsai fue encargado de la difícil tarea de mantener relaciones justas entre los vencedores y los vencidos. Daba leyes fijas a las ciudades y determinaba los impuestos según la fortuna y los ingresos, nombrando por doquier tribunales, para los que elegía indígenas, a los que tan sólo vigilaba por medio de oficiales mongoles, para evitar todo rozamiento entre los mongoles y los persas. A los religiosos mahometanos que vinieron para reverenciar a Gengis, éste les dijo:

— El Cielo me concedió la victoria sobre vuestro Sha y lo aniquilé. Ahora debéis rezar por mí.

Cuando se enteró de que, durante el dominio de Mohamed, los clérigos también debían pagar contribución, preguntó, asombrado:

—¿Tan poca importancia daba el Sha a las oraciones que decíais para su bienestar?

Y los libró de todo impuesto.

Allí, cerca de Samarkanda, Tschang-tschun volvió al campamento de Gengis-Kan. En una tienda especial, cuya entrada estaba prohibida a las mujeres, se reunieron tres veces en la calma de las noches claras, cuando el campamento dormía, los santos dignatarios del reino mongol, con el Gran-Kan y su hijo Tuli al frente, para escuchar la palabra del sabio chino. Nada menos que el Canciller del reino, Yeliu-Tschutsai, servía de traductor y, por orden de Gengis-Kan, las sentencias de Tschang-tschun eran registradas por escrito en lengua china y mongola.

Gengis-Kan había conquistado un Imperio mundial y deseaba que éste persistiese durante siglos, que fuera eterno...

Tschang-tschun sonreía imperceptiblemente.

—Una tempestad no dura una mañana. Un chaparrón no dura un día... ¿Y quién los provoca? El cielo y la tierra. Si el cielo y la tierra no pueden producir nada duradero, menos aún podrá hacerlo el hombre.

Gengis-Kan preocupábase por las dificultades del gobierno.

—Gobernar un gran Imperio —dijo el Sabio— es como freír pececillos, que no se les puede escamar, ni sacudir, ni quemar, y hay que tratar a cada uno con suavidad y de igual manera. Tan sólo quien hace justicia a todos es un verdadero soberano.

Y explicó a los mongoles la imagen del mundo según la ciencia de Tao:

—Los fenómenos entre el cielo y la tierra son múltiples y desconcertantes; pero, en germen, son simples y apenas conocidos... Y quien los comprende en su germen, obtiene el sentido verdadero. El espacio entre el cielo y la tierra está vacío como un fuelle y, si se le acciona, siempre sale algo. Ocurre como con una flauta: la tierra es el instrumento, el cielo es el aire y Tao es quien sopla, quien de manera ininterrumpida produce una infinidad de melodías. Igual que esas melodías surgen de la nada, todos los seres vienen del no ser y vuelven al no ser. Pero aunque vuelvan, no por eso desaparecen. Cuando las melodías se desvanecen, aún pueden oírse. Éste es el efecto de Tao: producir y no poseer, obrar y no conservar, pedir y no dominar.

Obrar y no hacer, pedir y no dominar... Éstas ideas pertenecían a otro mundo; eran completamente extrañas, totalmente opuestas a todo lo acostumbrado desde siempre entre los mongoles y, no obstante, Gengis-Kan comprendió

su grandeza, sintió que encerraban algo que debía ser respetado, y dijo a su *oerlok*:

—Lo que el Sabio dice le ha sido inspirado por el Cielo. Guardo sus palabras en el fondo de mi corazón. Hacedlo vosotros también. Pero no debéis divulgarlo.

No obstante, quiso que Tschang-tschun explicase aquella ciencia a sus hijos. Convocó un *kuriltai*, al cual acudirían Dschutschi, Tschagatai y Ugedei, y de poco le sirvió al Sabio su insistencia en volver a Chin. Tuvo que esperar.

n

Era la primera vez que un *kuriltai* no servía para asuntos militares ni para las discusiones y los preparativos de una nueva guerra. Aquella vez, el «gran Consejo» no era más que un banquete general, el fin de una guerra victoriosa, y si duró meses enteros fue tan sólo porque la vida que se hacía en las bajas llanuras del Amu-Daria representaba, a los ojos de los nómadas, un género de vida ideal: cabalgatas diarias, todo género de cacerías, recepción de algún príncipe, entrega y distribución de presentes, banquetes cotidianos, buenos vestidos, armas magníficas, las más hermosas mujeres, los mejores caballos, los más apreciados manjares, los más exquisitos vinos... Y el Cielo había dado para siempre aquella vida celestial al pueblo mongol...

Todo estaba decorado con un lujo inimaginable. Tienda de seda y brocado, el trono de oro de Mohamed, sus insignias reales, la corona y el cetro; ante el trono, cajas llenas de diamantes, rubíes, perlas, adornos de oro... Gengis no quería aquellos lujos, pero hasta Yeliu-Tschutsai le había contradicho:

—En tu casa puedes vivir como mejor te plazca, pero aquí tienes que mostrar a todos los pueblos tu poderío y riqueza.

Y Gengis-Kan se conformaba.

A una sola cosa se negó: a llevar otra vestimenta que su viejo traje y la basta camisa y a lucir cualquier adorno. Su abrigo de pieles era de cebellina, y ribeteado de lo mismo estaba también su gorro de cuero y su cuello; pero eso convenía a un aristócrata de las estepas, y aquel conquistador del mundo no deseaba ser otra cosa. No quería llevar los vestidos lujosos ni las armaduras de los hombres de las ciudades. Repugnaban a su carácter, como asimismo la vida ciudadana. Ciertamente, a reiteradas instancias de Yeliu-Tschutsai, consintió en que, durante aquella última guerra, se convirtiese en ciudad la plaza de Karakorum, donde se cargaba y descargaba a las caravanas naimanas; el Canciller le demostró que semejante plaza fija era necesaria para

que los pueblos supiesen dónde debían enviar a sus tribus y para que las distintas administraciones tuviesen un centro; pero Gengis-Kan no tenía la menor intención de establecerse allí.

— Mis hijos preferirían, acaso, vivir en ciudades fijas — decía —, pero yo no.

Nómada hasta la médula, no deseaba para él y sus hijos más que la vida nómada y libre de toda traba. Su instinto le decía que era el único género de vida conveniente para su pueblo, mientras que ahora el trabajo de los esclavos de la ciudad procuraba a los mongoles una vida agradable, una verdadera vida de señores. En su *Yassa* ni siquiera había establecido esa vida y, sin embargo, no estaba seguro de si sus descendientes preferirían el lujo y el afeminamiento de la vida ciudadana. Ya sus hijos deseaban cosas distintas que él. Sobre todo el más querido y el que le proporcionaba más preocupaciones: Dschutschi, su primogénito.

Tschagatai y Ugedei se presentaron en el *kuriltai*. De parte de Dschutschi llegaron a Kiptschak 20.000 caballos magníficos, como presente para el Gran-Kan; pero el príncipe permaneció en su *ordu*, diciendo que estaba enfermo.

Gengis-Kan no creía en tal enfermedad. Dschutschi seguía enfadado por haber él prometido la región de Choresm, cerca del lago Aral, a Tschagatai. Pero ¿qué ocurriría en el futuro, si ya en vida de él existía el descontento entre sus hijos? Mas nadie advertía sus preocupaciones. Seguían celebrando festines, cazando asnos salvajes, y cuando ya estaban hartos, capturaban a los animales y los marcaban al fuego con el sello del Gran-Kan, dejándolos luego en libertad. Mientras tanto, los batidores habían descubierto una nueva presa, una caza de jabalíes.

Gengis-Kan perseguía a un jabalí herido; de pronto, el animal, enfurecido, lanzóse contra el cazador, y en el momento en que Gengis tesaba su arco para lanzar una flecha mortal contra el irritado animal cayó del caballo. Estaba perdido.

Y entonces ocurrió un milagro: el jabalí no atacó al Gran-Kan. Se detuvo como si hubiese echado raíces en el suelo. Y cuando los otros jinetes acudieron, desapareció entre la maleza.

Gengis-Kan estaba profundamente emocionado. No lo comprendía. ¿Cómo había sido posible que se cayese del caballo? Éste, naturalmente, se había asustado y dio un salto. Pero ¿qué significaba eso para él? Y aún más incomprensible era que el animal, ciego de furor, se hubiese detenido en su ataque precisamente cuando él yacía por tierra, impotente, entregado por completo a la ira de la bestia salvaje.

Yeliu-Tschutsai le dio la explicación: i,

Era un aviso del Cielo. El Emperador no puede exponer así su vida, a la ligera. Pero como el Cielo no desea su pérdida, obligó al jabalí a detenerse y a huir...

Gengis-Kan deseó conocer también la opinión de Tschang-tschun.

Pero el filósofo taoísta no tenía un dios personal, que ama a sus hijos, les envía avisos y los recompensa o los castiga. Cuando la hora ha pasado, se le tira y pisotea... Había llegado para el Gran-Kan la hora de abandonar los placeres de la caza...

Gengis-Kan no quería admitir que él, a los sesenta y un años, fuese demasiado viejo para divertirse. Se sentía aún fuerte, lleno de valor, y contestó a las palabras del chino:

— Es difícil renunciar a algo que se ha hecho durante toda la vida.

Pero, a partir de entonces, nunca participó personalmente en una importante cacería.

Librabase un obstinado combate de paciencia entre el Gran-Kan y el sabio chino: Gengis quería que se quedase a su lado como consejero; Tschang-tschun insistía en volver a Chin. Gengis-Kan le dijo que él iba camino de Mongolia y que, por lo tanto, hacían la misma ruta; pero a Tschang-tschun, aquel viaje con el ejército y su impedimenta le parecía demasiado largo.

— He hablado con vuestra majestad de todo lo que deseaba saber. ¡Ya no tengo más que decir!

Gengis intentó retardar el día de su partida: el Sabio debía esperar aún, hasta que hallase para él un presente adecuado.

Tschang-tschun no deseaba regalos.

¿Algún favor? ¿Alguna alta dignidad...?

— Mercedes y altas dignidades nada valen. Los favores, como los disfavores, sólo producen temor. Si se consiguen, se tiene miedo de perderlos, y cuando se han perdido, se tiene realmente miedo.

Gengis-Kan creyó poder coger al Sabio en un renuncio:

— ¡Pero tú, sin embargo, deseas obrar, ya sea actuando o sin hacer nada...! ¡Pero si caes en desgracia, tu doctrina no se propagará...!

Una tranquila sonrisa dibujóse en los labios de Tschang-tschun al contestar, resignado:

— Cuando el noble tiene tiempo, adelante. Si no lo tiene, se va y deja amontonar la cizaña.

Gengis nada contestó. Dio una escolta al Sabio para que lo condujese sano y salvo, y con toda comodidad, a Chin. Sin embargo, no renunció a hacerle un regalo regio: una de las partes más bellas del palacio imperial de Pekín, con un parque maravilloso, le fue asignada como lugar de estudio, con la promesa de que allí se levantaría, a su muer-

te, un convento taoísta. Y los sucesores de Gengis-Kan realizaron su deseo.

Tschang-tschun murió en el mismo año y mes que Gengis-Kan.

EL REGRESO

I

GENGIS-KAN ya no tenía motivo para apresurarse. El cómodo viaje del ejército duró un año y le precedían numerosas filas de prisioneros e incalculables caravanas cargadas de magnífico botín.

Los campamentos de descanso parecían más un *ordu* en emigración que un vivac militar, porque a cada guerrero le seguían varias mujeres, a menudo niños, carromatos-vivienda pesadamente cargados con el botín cogido en el Oeste, y numerosos rebaños. Esclavos de ambos sexos cuidaban los rebaños, montaban las tiendas y desmontaban el campamento... Aquella marcha hacia Oriente era una emigración, pero tranquila, agradable...

Dos «flechas» llegaron a la vez del lejano Chin. Uno llevaba una triste noticia: el fiel Muchuli, que había trabajado tenaz e infatigablemente, durante ocho años, en la subyugación de Chin, había muerto. Las últimas palabras que el *oerlok* de cincuenta y cuatro años de edad dirigió a su hijo Buru, antes de morir, fueron:

—Durante cuarenta años he guerreado, ayudando a mi Emperador a realizar grandes hazañas. Nunca me aburrí. Tan sólo lamento una cosa: no haber conseguido tomar la residencia del Sur. Hazlo tú.

El otro mensajero anunció la muerte del emperador Chin Hsuan-tsung y la ascensión de su hijo Schu-Bsu al trono.

El cambio en el trono sería seguido en Chin por las acostumbradas hazañas guerreras, pero esto no era suficiente para apresurar a Gengis-Kan. Nombró a Buru sucesor de Muchuli y continuó su camino lentamente, yendo de uno en otro campamento de descanso, porque seguía esperando que su hijo Dschutschi vendría a visitarle desde el Norte y que sus dos *oerlok*, Subutai y Dschebe, en el camino de regreso de su expedición a las orillas del mar Caspio, le alcanzarían por el camino. Ya habían pasado los tres años concedidos.

Dschutschi seguía sin presentarse; de sus *oerlok*, tan

sólo llegó Subutai; Dschebe-Noion (el príncipe «flecha»), su fiel amigo y compañero, el conquistador de Kara-Chitan y dominador del Pamir, se puso súbitamente enfermo cerca del Turkeistán, mientras regresaba de Occidente, y, tras una corta enfermedad, murió. Las filas del ejército de Subutai habían disminuido mucho, pero los numerosos carros cargados de botín, los cautivos, de razas y pueblos desconocidos, demostraban sus elevadas hazañas y su campaña victoriosa. Aquella expedición de reconocimiento efectuado por 30.000 guerreros, a través de docenas de países enemigos, abrieron a los mongoles las puertas del mundo europeo.

II

Entre las bajas llanuras del mar Caspio, desde donde partieron Subutai y Dschebe, y el cinturón rocoso del Cáucaso se encontraba el reino cristiano de Georgia. Una cabalgata a través del principado de Aserbeidschan, un recorrido por el Kurdistán salvaje, y Subutai condujo sus 30.000 hombres a Georgia. La flor de la caballería georgiana (orgullosos y experimentados luchadores que ya estaban armados y prestos para la cruzada) se lanzó a su encuentro. Subutai atacó, desplegó y dejó flotar su estandarte de siete puntas, con el halcón blanco, que los georgianos —y más tarde otros pueblos europeos— confundieron con el signo de la cruz. En poco tiempo se entabló una terrible batalla, que concluyó con la huida de los mongoles, huida que condujo a sus perseguidores en línea recta adonde se encontraban emboscadas las tropas de Dschebe. Allí dieron media vuelta, y el ejército georgiano, atacado por dos lados a la vez, fue completamente destruido.

Felizmente para los georgianos, Subutai y Dschebe no dejaron a sus hombres el tiempo de desparramarse por la región, sino que los condujeron hacia las bajas llanuras del sur de Caucasia y la alta muralla rocosa. De pronto, los caballeros salvajes desaparecieron del campo visual de la humanidad, y Kusudan, la reina de Georgia, pudo pretender que el miedo a sus guerreros los puso en fuga.

El paso del Cáucaso fue terrible. Lo mismo que durante el paso del Pamir por Dschebe, fue preciso abandonar todos los pertrechos, destruir las catapultas y máquinas lanzapiedras, puesto que era imposible transportarlas por aquel paso apenas practicable. Y cuando, por fin, los *oerlok* consiguieron atravesar los glaciares de aquellas enormes montañas y bajar a la llanura de Terek, una vez más—como antaño en el valle de Fergana—un formidable ejército enemigo esperaba a los mongoles.

Todos los pueblos guerreros del Cáucaso: tscherkesos, lesginos y alanos estaban allí para defender a sus países; y

los komanos, aquel pueblo salvaje y guerrero, se había aliado con ellos. Los komanos consideraban como su reino indiscutible toda la cintura esteparia del mar Caspio hasta el Don, donde vagaban libres y despreocupados; así, pues, acudieron para impedir al enemigo el acceso, a través de los estrechos desfiladeros, a sus fértiles llanuras.

Los mongoles estaban demasiado cansados. La batalla, cruenta y mortífera, ante la superioridad numérica quedó indecisa...

Al día siguiente, unos mensajeros mongoles cargados de oro y telas preciosas, conduciendo magníficos caballos, se presentaron en el campamento kmano.

«Somos hombres de la misma raza que vosotros, ¡y os aliáis con unos extranjeros contra vuestros hermanos! ¿Y qué os van a dar? De nosotros podríais obtener todo lo que quisierais.»

Los komanos se separaron de sus aliados.

Subutai atacó a los montañeses, desparramándolos, destruyendo sus aldeas y obligando a los hombres jóvenes a servir en su ejército. Inmediatamente lanzáronse los mongoles en pos de los komanos; que se retiraban, y los derrotaron, quitándoles todos los regalos que les habían hecho. Cuando los komanos, extrañados, se quejaron de aquella traición, Subutai les demostró que ellos mismos eran unos traidores y no merecían nada mejor. Por otra parte, Dschebe les hizo saber que no eran otra cosa que unos rebeldes, pues, como pueblo del Kiptschak, pertenecían al *uluss* de Dschútschi.

Jamás habían oído hablar los komanos de Dschútschi y de su *uluss*; probablemente, tan sólo supieron, gracias a su comercio con las tribus del este del mar Caspio, que en alguna parte del Este había aparecido un soberano, contra el cual se habían puesto en guerra; pero los *oerlok* les mostraron un escrito, con caracteres extraños e incomprensibles, del «Dueño de todos los hombres». Este había dado a su hijo Dschútschi todos los komanos como súbditos. Ellos, los *oerlok*, habían venido para reducirlos a la obediencia y castigarlos.

La rapidez de la carrera de los mongoles, su inteligente técnica guerrera, sus armas originales y desconocidas, la noticia de que no dejarían hombres ni mujeres con vida, y, además, la declaración de que habían venido únicamente para castigar a los komanos, llenó a éstos de un terror pánico. Como seminómadas, no tenían florecientes ciudades que defender y no se apegaban gran cosa a sus colonias, poco fijas. Así, pues, recogieron rápidamente su escaso ajuar, lo cargaron en caballos mongoles, se adelantaron al pequeño ejército mongol y se desparramaron como verdadero torrente humano hacia el Norte y el Oeste.

¿Hasta dónde se extendía el Kiptschak? Tras aquel to-

rrente humano cabalgaban Subutai y Dschebe, con sus 30.000 soldados, hacia el Oeste, avanzando a lo largo del mar de Azof. Por doquier se encontraban con una hermosa tierra fértil, estepas magníficas, ricas praderas... Un paraíso para el corazón de los nómadas.

Un estrecho istmo penetraba en el mar; entraron en Crimea, atravesando las montañas. En la punta extrema de la península se encontraba la fortaleza genovesa Sudak. Los genoveses ignoraban que era preciso salir al encuentro de los mongoles con ricos presentes. Cerraron las puertas y levantaron en armas a los ciudadanos. La fortaleza fue asaltada e incendiada... Los supervivientes huyeron en barcos a remo para llevar a su lejana patria, por tercera vez, la noticia de aquel terrible pueblo extranjero en cuyo estandarte lucía una cruz.

Los *oerlok* siguieron su marcha hacia Occidente, atravesando el Dniéper y alcanzando el Dniéster. Allí concluía el mar Negro, y la tierra se extendía hasta perderse de vista; las estepas eran infinitas. Allí empezaban los poderosos reinos de los hombres blancos: hacia el Norte, los principados rusos; hacia el Sudeste, un reino llamado Polonia; hacia el Oeste, el de los húngaros, y al Sur, el bizantino.

Diez mil familias komanas ya habían huido más allá del Don, dirigiéndose, en demanda de auxilio, al emperador de Bizancio. Dicho emperador, que había oído hablar ya a los georgianos de los «diabólicos extranjeros», fortificaba febrilmente su capital y colocó a los komanos, alegrándose por cada guerrero que se les unía en Tracia y Asia Menor.

Otras tribus habían pasado el Pruth y se unieron al rey de Hungría.

Subutai no había recibido orden de declarar la guerra a aquellos reinos. Sus 30.000 jinetes no constituían más que un destacamento de observación. Allí, en la orilla del mar Negro, concluía el Kiptschak y debían emprender el camino de regreso. No obstante, enviaron espías por todas las regiones de alrededor. Porque era preciso que el Gran-Kan estuviese bien informado de todo, para el día en que quisiera enviar sus ejércitos hacia Occidente, hasta el fin del mundo. Y Subutai reunió todos los datos que sobre el país de Europa pudo conseguir.

Los informes eran tan exactos que, quince años después, el sucesor de Gengis-Kan pudo planear un proyecto de conquista de Europa en dieciocho años, y durante los seis primeros años de aquel plan, bajo el mando de Subutai, Rusia, Polonia, Silesia, Hungría, Servia y Bulgaria fueron destruidas, y obrando según otro plan preconcebido, penetraron a lo largo del mar Adriático hasta Viena, mientras todas las provincias europeas no sabían qué pensar y se desesperaban ante aquel pueblo extranjero que les atacaba por segunda vez.-

III

Los principados rusos estaban en el Norte.

El príncipe Mstislav de Halicz se había casado con una hija de Kotjan, Kan de los komanos, para proteger su país de las devastadoras expediciones de su peligroso vecino. Kotjan, con todas sus tribus, huyó a su Corte, llevándole como presentes caballos, bueyes, esclavos y esclavas, solicitando su ayuda contra el enemigo tan súbitamente llegado «de país desconocido, hablando un idioma extraño, y que tenía la intención de reducir todos los pueblos a la esclavitud».

A instancias de Mstislav, los príncipes rusos se reunieron en Kiev. En realidad, hacía muchos años que los komanos eran enemigos suyos. Los países rusos siempre tuvieron que sufrir a causa de sus expediciones de rapiña; pero si ahora les negaban su socorro, era muy posible que hicieran causa común con el enemigo y guerrearán contra los principados rusos. Sería más conveniente ir al encuentro del enemigo en el país de los komanos, en lugar de permitir a éstos que penetraran en sus propios dominios.

Desde Kiev, Kursk, Smolensk, Wolhinia y Halicz, los ejércitos rusos se dirigieron hacia las regiones del mar Negro. El Dniéper y el Dniéster cubriéronse de barcos con remos de los rusos. Su fuerza combativa aumentaba de día en día, y, por otra parte, todas las tribus komanas se unieron a los nuevos aliados.

Una guerra contra Rusia no entraba en los planes de Subutai. Cuando los ejércitos rusos avanzaban por el curso inferior del Dniéper, aparecieron diez embajadores mongoles en su campamento.

— ¿Por qué se han puesto los rusos en campaña? Los mongoles no están en guerra con los rusos. Tan sólo han venido para castigar a los komanos, sus súbditos infieles.

Subutai lo sabía todo: «Los komanos han invadido y saqueado muy a menudo las comarcas rusas; los rusos harían mejor uniéndose a los mongoles para vengarse juntos de los komanos.»

Aquella oferta no podía ser otra cosa que una emboscada; la intención de los mongoles era dividir a los aliados, puesto que los komanos nunca habían sido vasallos de los mongoles. Así, pues, los diez embajadores fueron asesinados; los rusos atravesaron el Dniéper y sorprendieron y derrotaron a una vanguardia mongola de 1.000 hombres.

Al asesinato de los embajadores sólo cabía contestar con la venganza.

No obstante, antes de que los mongoles diesen a sus

enemigos una lección de buena conducta internacional, dos hombres volvieron al campamento ruso:

«Habéis matado a nuestros embajadores y habéis atacado a nuestras vanguardias. ¿Quiere eso decir que queréis la guerra? ¡Sea! Nunca os hicimos daño alguno. Por encima de todos los pueblos no hay más que un Dios. ¡Él juzgará de vosotros!»

Los rusos se asombraron tanto ante tal mensaje, ante el desprecio a la muerte demostrado por aquellos dos mongoles que se habían presentado para declararle oficialmente la guerra, que los dejaron ir indemnes.

Siempre en contacto con los rusos, que ardían en deseos de combatir, Subutai y Dschebe se retiraron durante nueve días; luego, tras el río Kalka, se detuvieron repentinamente. Ochenta mil rusos y komanos se enfrentaron con un ejército mongol de apenas el tercio de aquel número. Mstislav de Halicz, el vencedor de la vanguardia, atacó por temor de que el enemigo se le escapase nuevamente y por el amor propio de no tener que compartir con otro la victoria, mientras Mstislav de Kiev empezaba apenas a fortificar su posición sobre la orilla del Kalka superior. Los mongoles lanzaron todo el peso de su contraataque sobre los komanos, empujándolos con un formidable ataque de caballería hacia las filas rusas ya en desorden. Apenas una décima parte del ejército ruso consiguió escapar de la matanza. Mstislav de Halicz huyó en su navío e incendió los restantes, para hacer imposible la persecución.

Durante tres días atacaron los mongoles el campamento de Mstislav de Kiev, y de los 10.000 soldados de éste no quedó ni un superviviente para notificar a su país la nueva derrota. Seis príncipes y setenta boyardos pagaron con su vida el asesinato de los embajadores.

En toda la Rusia meridional no hubo ejército alguno que se opusiera a los mongoles.

Pero Subutai y Dschebe no podían someter a toda Rusia con sus tres divisiones o tiumatt.es. Por lo tanto, contra su costumbre, sólo persiguieron un corto trecho al enemigo vencido, saqueando, por venganza, las vecinas ciudades. En seguida dirigieron hacia el Norte, hasta el límite donde la estepa de la Rusia del Sur se convertía insensiblemente en selva, y se retiraron con sus ejércitos hacia el Este.

En el Volga superior y el Kama estaba el reino de Bulgaria, un Estado constituido por cultivadores, con un activo comercio en pieles, cera y miel. Un ejército búlgaro quiso oponerse al paso de los extranjeros y fue derrotado. Los búlgaros hubieron de reconocer la supremacía de los mongoles.

Volga abajo vivían cuarenta tribus saxinas; cultivadores y pescadores que, tras el asalto de su capital, se sometieron a los mongoles.

IV

Durante semanas enteras, Gengis-Kan retuvo a su *oerlok*, que le informaba, día por día, de aquella expedición, única en la historia del mundo, de 30.000 hombres hacia lo desconocido. Partiendo del mar Caspio, habían recorrido 6.000 kilómetros, atravesando inmensos dominios, ganando una docena de batallas y venciendo a una docena de pueblos. ¡Y todo ello para el *uluss* de Dschutschí!

Y Dschutschí ni siquiera se presentaba para oír el informe del valeroso *oerlok*, el más estupendo que jamás oyera Gengis-Kan. Cinco colores señalaban el mundo: el rojo, para el Sur; el negro para el Norte; el azul, para el Este; el blanco, para el Oeste; el violeta, para el centro. Y el espíritu protector del Kiut-Burtschigin acompañaba la expedición blanca con el halcón volando por todas las partes del mundo y dando a sus mongoles la victoria sobre todos los pueblos de los cinco colores.

Una vez tras otra mandaba Gengis a buscar a Dschutschí: tenía que venir. Otros países había que conquistar, muy distintos del pequeño Choresm. Y todo el Occidente le pertenecería... Y siempre la misma excusa: Dschutschí está enfermo... Pero cierto día, un mongol de Kiptschak se presentó y dijo que había visto al príncipe Dschutschí cazando.

La cólera de Gengis-Kan estalló, terrible.

Dos «flechas» galoparon hacia Tschagatai y Ugedei, quienes debían mandar inmediatamente sus tropas contra el *ordii* de Dschutschí. Todo el ejército interrumpió el camino de regreso, las órdenes volaron de un *turnan* a otro, los jinetes saltaron a sus caballos...

La primera guerra fratricida entre los mongoles estaba a punto de estallar.

Vanamente intentó Yeliu-Tschutsai detener al Gran-Kan, describiéndole los peligros que semejante discordia implicaba para el porvenir.

Gengis-Kan gritó:

— ¡Está loco! ¡Sólo un loco intentaría oponerse a mis órdenes...! ¡Y un loco no puede reinar...!

Ya cabalgaban los príncipes hacia el Norte, ya se había puesto en marcha el ejército, y he aquí que llega uno de los hijos de Dschutschí: su padre había muerto.

Él no había ido de caza, sino sus generales, que no querían renunciar a sus placeres mientras él yacía mortalmente enfermo en su tienda.

Nadie vio a Gengis-Kan llorar o quejarse. Lo que había exigido a Tschagatai, prohibiéndole llorar a su hijo muerto, se lo exigió también a sí mismo.

Durante dos días permaneció solo en su tienda. Dos días

durante los cuales pidió perdón a su difunto hijo por la injusticia con él cometida: Dschutschí no le había guardado rencor, no contrarió sus órdenes; con aquel magnífico presente de caballos intentó conseguir el perdón de su padre, porque él no podía ejecutar la orden de presentarse...

Cuando Gengis-Kan salió de su tienda, dio orden de buscar al hombre que trajo la noticia de haber visto a Dschutschí durante la cacería. Pero aunque se le buscó en una extensión de varios centenares de kilómetros, no dejando ni un solo escondrijo por explorar, fue imposible dar con él. Pero ya se había despreocupado el Gran-Kan de aquel asunto. Cansado, volvió, después de siete años de ausencia, al país ujguro, por el Este: a Mongolia.

Y allí, en la frontera de los dos países, encontraron una alegre partida de caza. Sus dos nietos, los más jóvenes, hijos de Tuli, Hulagu, de once años y Kubilai, de nueve, acababan de matar su primera pieza y, llenos de orgullo, venían a mostrar el botín a su padre: Kubilai, una liebre, y Hulagu, un ciervo.

La antigua costumbre exigía que los pulgares de un niño fuesen frotados con la carne y la grasa del primer animal por él abatido, para que, en lo sucesivo, fuese un cazador de suerte, y Gengis-Kan, un poco más contento, ejecutó él mismo la ceremonia. Jugando, Hulagu, el futuro dominador del Asia Menor y fundador de la dinastía de los Il-Kanes, retenía la mano de su abuelo, el cual, riendo, exclamaba: «¡Mirad, mirad cómo mi descendiente se apodera de mis manos!» Pero Kubilai, el futuro Gran-Kan bajo cuyo reinado el Imperio mongol adquiriría su mejor florecimiento, a quien el mundo, desde el Adria hasta el Océano Pacífico, obedecería, permanecía tan serio y digno que Gengis-Kan, dirigiéndose a sus hijos, les dijo: «Cuando no sepáis qué determinación tomar, preguntad al pequeño Kubilai.»

EL TESTAMENTO DE GENGIS-KAN

I

SEGÚN lo que Yuan-chao-pi-chi, el cronista chino, cuenta, Gengis-Kan hacía que cada día se le dijese, al rayar la tarde y por la noche, que el reino tanguta Hsi-Hsia no había dejado de existir aún. Deseaba que se le recordase de este modo el juramento que hiciera antes de marchar contra el sha de Choresm: contestar, incluso a la

hora de su muerte, al soberano de los tangutas por su traición.

El rey contra el cual había jurado Gengis-Kan sangrienta venganza por haberse negado a cumplir con su obligación de vasallo, había muerto ya; murió en el mismo año que Muchuli y Hsuan-tsung. Pero su hijo y sucesor al trono de Hsi-Hsia recibía a los chinos levantados contra los mongoles, negándose a enviar al príncipe heredero al *ordu* del Gran-Kan; reunió a los fugitivos chinos y karachitanos y constituyó un poderoso ejército, del que los espías del Yurt-Dschi afirmaban que se componía de medio millón de hombres.

Al propio tiempo, al reforzarse el reino de Hsi-Hsia, inflamóse en Chin, a la muerte de Muchuli, el antiguo espíritu combativo. Cubierto por los flancos con el Hoang-ho, protegido al Oeste por las fortalezas de las montañas construidas en cimas inaccesibles, había reunido a todas las fuerzas para una última y definitiva lucha. Según los informes chinos, durante los quince años de guerra exterior y civil, dieciocho millones de personas, casi un tercio de la población, pereció en Chin y en Hsi-Hsia; y, a pesar de todo, Chin aún era capaz de organizar no solamente una nueva resistencia, sino, incluso, de atacar. Sus ejércitos penetraron nuevamente en las provincias perdidas, derrotando a las divisiones mongolas y a las tropas que se habían pasado a ellas, guarneciendo las ciudades que Muchuli reconquistara...

Todavía existía el peligro de una coalición entre Chin y Hsi-Hsia. Así, pues, el viejo Gran-Kan levantó de nuevo el campamento para una nueva expedición guerrera hacia el Sur y hacia el Este. Empezó la marcha en pleno invierno, con 80.000 hombres, sus hijos y sus nietos.

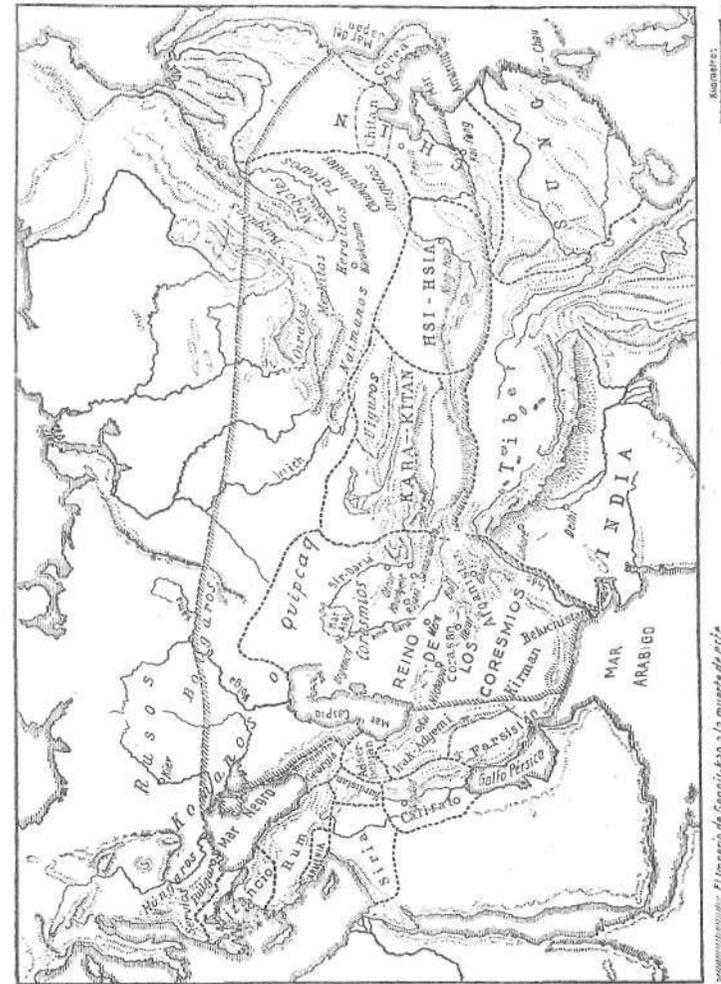
Los aleccionó para su actuación futura.

— ¡Cuando se empieza algo, es absolutamente necesario concluirlo, cualesquiera que sean las circunstancias!

Como si supiese que aquella era su última expedición, de la que ya no volvería, había arreglado antes su reino, distribuido los *ordus* y *twmanes*, y determinado los *uluss* de sus hijos:

Batu recibió el *uluss* de su padre Dschutschu: los dominios al norte y al oeste del Altai, «hasta donde podía llegar un caballo mongol». Tschagatai obtuvo el país de los ujugros y todo lo que estaba situado al Oeste y al Sur: Karachitan y el reino de Choresm, al sur del lago Aral. A Ugedei le dio Hsi-Hsia, Chin y los demás países del Asia Oriental. A Tuli, su hijo menor, guardián del hogar, según la antigua costumbre mongola, le legó su país de origen, la Mongolia y la mayor parte de su ejército mongol.

Pero su reino no podía ser dividido. Para toda la eternidad quedó estipulado en la *Yassa* que todos los descen-



El Imperio de Gengis-Kan a la muerte de él.

dientes de Gengis-Kan, allí donde se encontraran, debían, tras la muerte del soberano, reunirse en Mongolia, en un gran *kuriltai*, para elegir entre ellos un Gran-Kan a quien todos debían someterse, y quien eligiese un soberano sin la intervención del gran *kuriltai* se hacía reo de pena de muerte. Y siempre debía heredar el trono el más digno.

n

El hielo del Hoang-ho decidió la suerte de Hsí-Hsia: Gengis-Kan ocupó las colinas en torno a uno de los lagos del río Amarillo y envió a sus mejores tiradores, a pie, por el lago helado, para atacar... La caballería contraria lanzóse contra ellos como un huracán, pero las cabalgaduras empezaron a resbalar y caer en el hielo, y los mongoles se arrojaron por doquier sobre la caballería indefensa, aniquilándola. Luego, ellos mismos montaron sus caballos, recorrieron el lago al encuentro de la infantería tanguta y la derrotaron. Los mongoles levantaron tres postes en el campo de batalla, de cada uno de los cuales colgaba el cadáver de un guerrero con la cabeza hacia abajo, significando con ello que habían vencido a 300.000 enemigos.

En lo sucesivo, nada podía ya salvar a las ciudades y al pueblo de Hsi-Hsia del fuego y la espada. Todas las poblaciones fueron saqueadas e incendiadas. Los habitantes se ocultaron en grutas y en la selva. Apenas unos cuantos lograron salvarse. Sus cosechas fueron pisoteadas e incendiadas. Mientras su rey caía en una de las fortalezas de la montaña, su hijo Schidurgho, el tercero de la raza, que había osado oponerse a Gengis-Kan, se encerró en Ning-hsia, la capital, vanamente asediada antaño por los mongoles. Sus muros resistían a las catapultas; los recipientes de nafta se estrellaban inútilmente contra las torres de piedra; los fosos, llenos de agua, no podían ser vaciados. Se hicieron los preparativos para un largo sitio.

Gengis-Kan envió un ejército de asedio, mandó a Ugedei a Chin, un tercer ejército fue destacado hacia el reino tanguta y lo atravesó por el Este, en toda su anchura, hasta las montañas, hasta la región donde lindaban los reinos de Chin, Hsi-Hsia y Sung.

Toda comunicación entre los chinos y los tangutas estaba cortada, y su valor disminuía.

Un mensajero de Chin se presentó a Gengis-Kan para solicitar la paz y trajo como regalo una bandeja llena de perlas escogidas, pertenecientes al tesoro imperial.

Gengis-Kan ordenó tirar las perlas al polvo, ante su tienda. Quien quisiera, podía recogerlas. Él estaba harto de emperadores y de reyes que venían, cargados de presentes, a pedir la paz para luego romperla a la primera ocasión.

Inmediatamente después del enviado de Chin apareció el de Schidurgho, de Ning-hsia, la ciudad asediada, ofreciendo la rendición de ésta.

— Si el Gran-Kan quiere concederme el perdón, dentro de un mes acudiré a presentarle mis respetos — envió a decir Schidurgho.

Gengis-Kan permaneció inmóvil un buen rato, con el rostro inescrutable, antes de contestar:

— Olvidaré el pasado.

Se sentía muy viejo. Terribles sueños le atormentaban y con frecuencia decía:

— La fuerza de mi juventud se ha convertido en la debilidad de la vejez. El último viaje está cerca de mi puerta.

Envió a buscar a sus hijos y nietos, reuniéndolos a su alrededor en la frontera de los tres reinos, pues sentía próximo su fin.

•— Con la ayuda del Cielo he conquistado para vosotros un gran Imperio — les dijo—. Yendo de Oriente a Occidente se puede cabalgar a través de ese Imperio durante todo un año sin alcanzar sus límites. Pero mi vida ha sido demasiado corta para acabar la conquista del mundo. A vosotros os corresponde hacerlo. Sed siempre de la misma opinión, no tengáis más que una sola voluntad, y podréis triunfar de vuestros enemigos, a la par que gozaréis de una vida larga y feliz.

Les contó la fábula de las serpientes:

— Había una vez una serpiente con una sola cola y varias cabezas, y otra con una cabeza y muchas colas. Llegó un invierno muy duro y ambas hubieron de buscar su escondrijo. Para la serpiente de múltiples cabezas, todos eran exigüos. Las cabezas tropezaban unas con otras, peleándose, hasta que, por fin, cada una encontró para sí un agujero especial. Pero el cuerpo hubo de permanecer fuera y, con él, todas las cabezas perecieron. La serpiente con una sola cabeza ocultó todas sus colas bajo su cuerpo, y así pudo esperar el deshielo. — La voz cansada del anciano se hacía penetrante—: ¡Sólo uno de mis hijos puede heredar mi trono! — Los miró—. ¿Cuál de vosotros se convertirá en la cabeza de mi reino?

Sus hijos cayeron de rodillas, rogándole que ordenara; ellos se conformarían con lo que dijese.

Durante un buen rato, la mirada del viejo Kan estuvo fija en sus tres hijos arrodillados ante él. Por último decidióse:

— Entonces, designo a Ugedei como sucesor.

Con esta elección, Gengis-Kan pronunciaba su juicio según las cualidades que le parecían más importantes para ser soberano de su gigantesco reino. Ninguno de sus hijos había heredado a la vez su genio, su voluntad de hierro, su

tenacidad y su conocimiento de los hombres. Se vio obligado a elegir entre las habilidades particulares de cada uno. Desaprobaba la férrea voluntad y dureza de Tschagatai, y la energía y el talento militar del joven Tuli, colocando a Ugedei en el trono, aunque este hijo era de una voluntad tan débil que ni el propio Gengis-Kan lograba corregirle del vergonzoso vicio del alcoholismo. Pero Ugedei era inteligente. Sabía escuchar a los demás y aprovecharse de sus aptitudes. Era tan magnánimo que se atraía el corazón de todos aquellos con quienes entraba en relación, y tan hábil en su trato con la gente, que había logrado resolver la pelea entre sus hermanos. Por encima de una firme voluntad y del talento militar, por encima de la energía, Gengis-Kan colocaba la inteligencia, el conocimiento de los hombres y la bondad.

Después de emitir su juicio, preguntó a Ugedei qué le parecía la decisión.

De rodillas, Ugedei contestó:

—Oh, mi soberano y padre, tú me ordenas hablar. No puedo decir que yo sea incapaz de sucederte; intentaré gobernar con celo e inteligencia. Pero temo que mis hijos carezcan de las aptitudes necesarias para heredar el trono. Eso es todo lo que tengo que decir.

—Si los hijos y nietos de Ugedei no poseen las cualidades necesarias, no será difícil encontrar, entre mi descendencia, uno que sea digno de ocupar el trono —replicó Gengis-Kan.

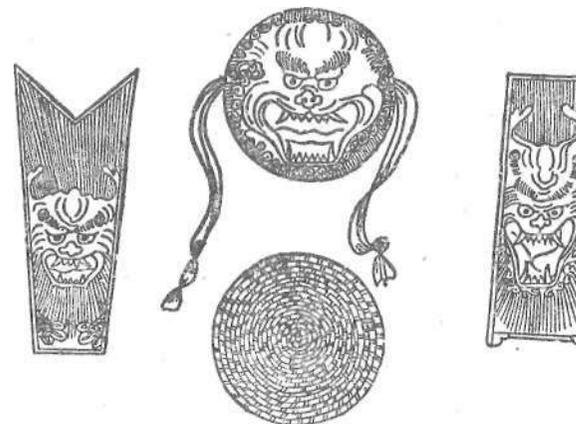
No deseaba crear una dinastía Ugedei de Grandes-Kanes, ni limitar con su decisión los derechos de los *kuriltai* establecidos en la *Yassa*. Hasta que el *kuriltai* eligiese, cedía a Tuli — el guardián del hogar — la regencia del reino.

Todo parecía asegurado y ordenado, pero las preocupaciones por Chin acompañaron a Gengis-Kan hasta el momento de su muerte. Ya moribundo, dio a Tuli (que, como siempre, se había quedado junto a él), como legado, la orden de preparar un plan de campaña para la destrucción total del enemigo secular de los nómadas:

—Sus mejores soldados se encuentran aquí, en el Oeste. En el Norte, el Sur y el Oeste, protegidos por las montañas es imposible derrotarlos. Pero los Sung son enemigos de los Chin, y permitirán el paso de nuestros ejércitos por su territorio hasta las llanuras del Oriente. Desde allí debemos marchar directamente sobre Kai-song. Entonces, los Chin harán venir sus mejores tropas del Oeste para defender la capital. Y, en ese caso, cuando dicho ejército, tras una marcha de 1.000 li, lleguen a *Kai-song*, hombres y caballos estarán tan cansados que podréis aniquilarlos fácilmente.

Y allí, en su lecho de muerte, el 15 del mes central de

otoño del año del cerdo (18 agosto de 1227), dio su última orden: mantener secreta su muerte hasta que Schidurgho viniese de Ning-hsia a presentarle sus respetos. Había que matarlo, con toda su escolta, en cuanto se presentara. Él le había prometido perdonarle, mas para entonces ya habría muerto. Tuli era el regente y no estaba obligado a aceptar los respetos de Schidurgho. Cuando éste muriese, todos los nobles y *oerlok* podrían volver a sus *uluss*. Solamente entonces podría el mundo enterarse de la muerte de Gengis-Kan.



ESCUDOS MONGOLES

(De Hubrecht, «Grandeur et suprématie de Peking».)

III

Charlando y bromeando, como siempre, los ejércitos mongoles se retiraban del país de Hsi-Hsia. Quizá cabalgaban un poco más aprisa que de costumbre, regresando alegremente de una expedición triunfal...

Sobre todo, las divisiones de los *uluss* alejados, las de Kiptschak, las del país de los naimanos, las de las montañas del oeste y las de Liao-tung parecían más apresuradas, porque las órdenes del Yurt-Dschi prescribían con exactitud a cada tropa los trayectos que debía recorrer cada día, como si se tratase, en lugar de regresar a su tierra, de dirigirse a la guerra; y muchos comandantes de *turnan*, in-

cluso los jefes de compañía (mil hombres), tenían una expresión grave.

La tienda imperial, en cuya entrada había, durante los últimos días, una lanza con la punta hundida en el suelo, como signo de que el propietario de la tienda estaba enfermo, fue la última en ser desmontada. Nadie, exceptuando los príncipes, los *oerlok* y Yeliu-Tschutsai, podía penetrar en la tienda. Como un cinturón de hierro, la antigua guardia personal la rodeaba durante la noche. Una sola vez se abrió este férreo cinturón para dar paso a Schidurgho y sus acompañantes... Se les sacó de allí cadáveres.

Tienda por tienda, se desmontó en seguida el campamento. Por todas partes se retiraban los nobles con sus tropas; tan sólo se quedaron los 1.000 caballeros de la guardia de Gengis-Kan. Formando una masa compacta que ninguna mirada indiscreta podía atravesar, rodeaban el carro donde yacía el Emperador, y cuando se fueron no había un alma viviente por los alrededores.

Por su camino, aquel cortejo del silencio de la muerte no dejaba tras de sí más que la muerte. Todo ser vivo que tenía la desgracia de presentarse en el campo visual de los jinetes, hombre o animal, pájaro o reptil, era perseguido y muerto como ofrenda mortuoria. Así condujeron a su Gran-Kan por montes y valles, a través de selvas, ríos y desiertos.

En la frontera de Mongolia, aquel cortejo del silencio encontró una ruidosa comitiva de llantos y gemidos. Las cinco esposas con sus hijos, las quinientas concubinas del soberano, los *oerlok* y los nobles, recibían de luto riguroso al gran muerto y cantaban monótonos cantos funerarios, acompañándolo, a través de sus cuatro *ordus*, al Delugun-Boldok, en las fuentes del Onón, donde se le metió en un ataúd.

En seguida, los elegidos cabalgaron, con los hombres de la vieja guardia, hacia el monte Burkan-Kaldun, que había salvado dos veces la vida del joven Temudschin. Al pie de la montaña quisieron sacar el cadáver del carro y llevarlo en hombros a la cima, pero el cuerpo del Gran-Kan parecía atornillado a su lecho. Levantaron el carro entero y lo subieron a la montaña.

En la cima, el Gran-Kan, durante una cacería, había descansado bajo un árbol corpulento. Cuando llegaron sus compañeros dijo: «Este lugar es digno de llegar a ser un día el de mi descanso. No lo olvidéis.»

Y bajo aquel árbol enterraron a Gengis-Kan con el carro de su último viaje, del que no quería separarse. Montaron ocho tiendas blancas como un sitio de rezo y veneración. Mil caballeros de la guardia quedaron como Guardia de Honor ante la montaña, cuya cima convirtiéndose más tarde

en la sepultura de Tuli y de sus hijos los grandes kanes Monke y Kubilai.

Alrededor del árbol gigantesco y solitario, pronto crecieron otros árboles, formando una selva impenetrable, y nadie podía encontrar el fúnebre túmulo.

Muchos investigadores han buscado la sepultura de Gengis-Kan; el grupo de montañas Delugun-Boldok es conocido, pero nadie sabe cuál de ellas es el Burkan-Kaldun. Si se interroga a los mongoles sobre ello, guardan silencio. Desde entonces han pasado siete siglos, y sin embargo, se dice que incluso ahora tribus mongolas se reúnen cada año en la cima de la montaña para hacer su ofrenda al mayor conquistador del mundo. Y se dice que en el Museo Imperial de Pekín conservan como una reliquia el tosco traje de hilo de Gengis-Kan.

EL MUNDIAL REINO MONGOL

EL GRAN CANCELLER

I

GENGIS-KAN había muerto, y el mundo asiático, al que, por sus guerras y conquistas, había sacado de su equilibrio y trastornado, permaneció inmóvil unos instantes. Acababa de perder, de pronto, su centro. Gengis-Kan fue, mientras vivió, el reino, la ley, el gobierno, el mando supremo en todas las cuestiones de la vida. Hizo desaparecer fronteras seculares y convirtió su campamento, allí donde se encontrara, en el centro de peregrinaje de los reyes y príncipes de los pueblos, que, hasta entonces, ni siquiera se conocían de nombre... Y ahora, de súbito, aquel hombre y su campamento dejaban de existir.

Con su última orden, Gengis-Kan acababa de alejar una repentina revolución de todos los pueblos contra los mongoles: no divulgar la noticia de su muerte hasta que todas las guarniciones hubiesen llegado a su destino y todos los príncipes, *oerlok*, jefes de milenarios, se encontrasen en sus *uluss* y *ordus*. Sin embargo, las formidables fuerzas que había despertado y disciplinado, y que aún no estaban completamente desarrolladas, quedaban libres a causa de su muerte.

Durante cuarenta años había reunido a los pueblos nómadas, los había forjado, y en seguida, en una expedición victoriosa, única en la historia del mundo, los condujo a través de las llanuras de Asia, destruyendo los reinos más poderosos y elevando al pueblo mongol por encima del mundo entero. La generación que ahora llegaba al poder, hombres de cuarenta a cincuenta años, no conocían desde su más tierna juventud más que victorias, botines y conquistas. La tercera generación también estaba allí, jóvenes de veinte a treinta años que ardían en deseos de mostrarse dignos de sus padres; y una cuarta empezaba ya... Durante cuarenta años, aquel pueblo había llevado a cabo, sin inte-

rrupción, sangrientas guerras; pero no se había debilitado, no se había desangrado; al contrario, mostrábase más fuerte, más numeroso que nunca, porque cada guerra, cada conquista, les había proporcionado nuevas mujeres, nuevos niños. Cada muerto caído en el campo de batalla dejaba una docena de descendientes. Dschutschi y Kassar, hijos de Gengis-Kan, dejaban cada uno cuarenta hijos, y uno de sus primos tenía cien. En la época del reinado de Kubilai, su nieto, el número de sus descendientes era de ochocientos, y treinta años después de morir Gengis-Kan, su descendencia alcanzaba la cifra de diez mil. Y como siempre eran los mongoles más importantes e inteligentes quienes obtenían el mayor número de mujeres y las más hermosas, la raza se ennoblecía también. Los cronistas armenios del siglo xni testimonian este cambio: Kirakos dice, refiriéndose a la primera invasión: «Su aspecto era infernal, insoportable, horroroso», y Magakij corrobora: «No tenía nada de humano.» Unos diez años más tarde, el obispo Orbelian escribe: «Tienen un aspecto muy agradable.»

Este pueblo decía: «Cuando el Gran-Kan subió al trono, el pueblo no tenía alimento para el estómago ni vestidos para el cuerpo, y ahora, gracias a sus esfuerzos y hazañas, ese pueblo pobre se ha convertido en rico, y, de poco numeroso que era, en poderoso e incontable.» Pero ahora habían perdido aquella voluntad que los conducía y los mantenía unidos. Para que aquellas fuerzas, súbitamente libres, no se volvieran unas contra otras, era necesario darles de nuevo una fuerza impulsiva, una trayectoria: y el Gran-Kan, que sabía esto y temía más que nada la discordia, dio a sus hijos, como testamento, la conquista del mundo.

No tan sólo les dejaba un pueblo robusto y disciplinado, una serie de generales y estrategas de talento, educados en su escuela, sino también uno de los mejores hombres de Estado, el más importante de todos los tiempos, capaz de organizar aquel gigantesco reino: el chitano Yeliu-Tschutsai. Él también era de raza mongola, de la familia de los Liao, que habían reinado durante dos siglos en el norte de China y servido después, durante cien años, a su vencedor Chin como altos funcionarios. Por lo cual, Yeliu-Tschutsai era capaz de comprender intuitivamente a los mongoles sin dejar de sentirse enteramente chino.

Sabio en la ciencia del Estado y en matemáticas, adepto de Confucio, aficionado a las bellas artes (en todas las expediciones guerreras sólo cogía como botín libros antiguos, instrumentos de música y medicinas raras), debía aspirar a la conservación de la cultura, y sin embargo, no podía desear el aniquilamiento de los mongoles. Los doce años que había pasado entre ellos, primero como augur y astrólogo, después como consejero, y por último, como el más íntimo amigo de Gengis-Kan, habían dejado huellas en

él. La fuerte personalidad de Gengis-Kan, sus conquistas gigantescas, su formidable manera de construir un reino mundial, le habían entusiasmado.

A menudo, China había sido conquistada por tribus guerreras extranjeras. Pero siempre aquellos bárbaros, al cabo de algunas generaciones, habían adquirido la cultura y costumbres chinas, convirtiéndose por completo en chinos. Ahora, los mongoles se habían adueñado del poder, poseían excelentes cualidades para dominar, sus fuerzas elementales eran capaces de crear un Imperio mayor que todos los hasta entonces habidos en la tierra, y, sin embargo, ese Imperio sólo sería un «reino del centro». Colocado por el destino a la cabeza de tal Estado, la tarea de Yeliu-Tschutsai era dar al reino mongol la cultura y la organización de la antigua China, y crear un Estado bien ordenado, en el que vencidos y vencedores pudiesen convivir.

Ya durante los últimos años de la vida de Gengis-Kan, todas las decisiones ajenas a las cuestiones militares emanaban de Yeliu-Tschutsai, y Tuli, cuya obligación como regente no era otra que cuidar del reino hasta que el *kuriltai* eligiese un nuevo Gran-Kan, siguió dejando las manos libres al viejo canciller.

Con el propósito de ganar tiempo para poder tomar las medidas más apremiantes, Yeliu-Tschutsai decretó, ante todo, un duelo de dos años, y cuando, al concluir este plazo, los hijos, hermanos y nietos del gran muerto se reuniesen para la elección de su sucesor, el punto central fijo del reino existiría ya: Karakorum, la plaza donde se relevaban las caravanas, formadas solamente durante la guerra del Asia Anterior. Era aún Mongolia, y allí se elevaba un magnífico palacio imperial, con todos los edificios necesarios para la gobernación, así como la tesorería y los almacenes para todas las mercaderías posibles; alrededor se extendían las estepas ilimitadas, para las imperiales yeguas y los rebaños de bueyes y carneros. Y si no podía crearse por arte de magia una verdadera ciudad en medio del desierto estepario, mayor espacio habría para los campamentos de tiendas de los gengisidas y sus séquitos, procedentes de todas las partes del mundo.

El *kwiltai* podía empezar.

Pero Yeliu-Tschutsai había cometido un error: dos años era demasiado tiempo. Los príncipes habíanse acostumbrado a vivir en sus *ultuss* como soberanos libres. Tuli no se metía en sus asuntos y no tenían él menor deseo de elegir a otro. Tuli era un excelente guerrero y continuaría seguramente las guerras victoriosas y las conquistas. Por lo demás, ellos se quedarían en sus países como señores independientes...

Dos años después de morir Gengis-Kan, amenazaba nuevamente la situación que reinaba antes de aparecer él en

Mongolia: la separación en una serie de reinos autónomos, mas con la diferencia de que ahora los *uluss* se extendían casi por la mitad de Asia.

Pero Tuli era el más joven, y no acostumbraban los mongoles a permitir que mandase el de menor edad...

Tschagatai era el mayor, pero le temían demasiado para ponerse a sus órdenes...

Y Ugedei, en cuanto comprendió que los príncipes no tenían ganas de elegirlo, declaró que él no las tenía de mandar en sus tíos ni en su hermano mayor...

Los festejos que precedieron al *kuriltai* duraron quince días, a los que sucedieron los cuatro días de la elección. En el primero de éstos aparecieron los nobles vestidos de blanco de pies a cabeza, el color del Oeste. Al segundo día iban vestidos de encarnado, el color del Sur. Al tercero, de azul, símbolo del Este. Y al cuarto, durante el cual debía celebrarse la presentación de los respetos, llevaban vestidos de brocado, en los que aparecían bordados los colores de los cuatro puntos cardinales.

Y todavía no se había llegado a un acuerdo.

Sin embargo, Yeliu-Tschutsai estaba decidido a no admitir otro Gran-Kan que Ugedei. Para su planes necesitaba un soberano que fuese distinto al duro y cruel Tschagatai, y a Tuli, que sólo pensaba en guerras y conquistas. Ugedei era inteligente, accesible a las explicaciones y cedía con facilidad...

Yeliu-Tschutsai casi logró convencer a Tuli, recordándole la última voluntad de Gengis-Kan, que optaba por Ugedei; pero, viendo la indecisión general, Tuli declaró:

—Aún no está todo dispuesto. ¿No se podría dejar la elección para otro día?

—Ningún otro día será favorable—replicó sombríamente Yeliu-Tschutsai. Luego, tomando una súbita decisión, se colocó al lado de Ugedei y gritó junto a Tschagatai—: Tú eres el mayor, pero, no obstante, eres súbdito; ¡prostérnate ante Ugedei y ríndele homenaje! ¡Así lo ordenó Gengis-Kan!

Y esta invocación produjo su efecto.

Silencioso, Tschagatai quitóse el gorro y el cinturón, que se colgó al cuello en señal de acatamiento, cayendo de hinojos ante su hermano. Y después, los demás príncipes y *oerlok* se arrodillaron ante Ugedei rindiéndole homenaje...

II

El testamento de Gengis-Kan, la conquista del mundo, colocó en seguida a sus tres hijos ante tres grandes tareas: la destrucción definitiva de Chin, terminar la conquista total del Asia Anterior y la subyugación de Europa.

Pero aunque Dschelal-ud-Din se había presentado de nuevo en Afganistán y Persia, apropiándose ya de una gran parte del reino de Mohamed; aunque los Kama-Bolgaren y los Saxin habíanse declarado otra vez independientes, negándose a pagar tributo, el *kuriltai* decidió, como tarea principal y más importante, la guerra contra Chin.

Se enviaron dos generales a Choesm. Tscharmaghan y Baitschu, con 30.000 hombres, mandando hacia el Volga tres *tuman*. Los demás ejércitos debían dirigirse contra Chin. Llegados a las provincias conquistadas, los generales declararon que de ninguna manera podían ser consideradas como base de abastecimiento, puesto que todas las despensas estaban vacías, los campesinos no tenían forrajes ni rebaños y las ciudades carecían de sedas y otros tejidos. Furioso a causa de estas dificultades inesperadas, alguien propuso exterminar aquel pueblo inútil y arrasar las ciudades, teniendo en cuenta que, al cabo de algunos años, el país estaría convertido en excelente campo de pastoreo.

Agradó la proposición, y el *kuriltai* estaba ya a punto de decidir el exterminio completo de los chinos, cuando Yeliu-Tschutsai, tomó la palabra.

Todo estaba en peligro: se trataba de conservar las ciudades, la cultura, docenas de millones de vidas chinas; se trataba de su proyecto de un reino en el que había sitio para vencidos y vencedores, para la cultura y los guerreros. No hablaba de moral ni de humanidad, sino que calculaba fríamente, con todo detalle, los tributos e impuestos que Chin podía producir, valorando el importe de los mismos y llegando, por último, a la conclusión de que los chinos producirían anualmente al tesoro del Estado 500.000 onzas de plata, 80.000 piezas de seda y 400.000 sacos de cereales, y exclamó:

— ¡Cómo es posible decir que gentes capaces de producir tanto al Estado son inútiles!

— Entonces, ¿por qué no lo dan? — preguntó Ugedei, asombrado ante aquellas cifras—. ¿Por qué están vacíos los campos y los graneros?

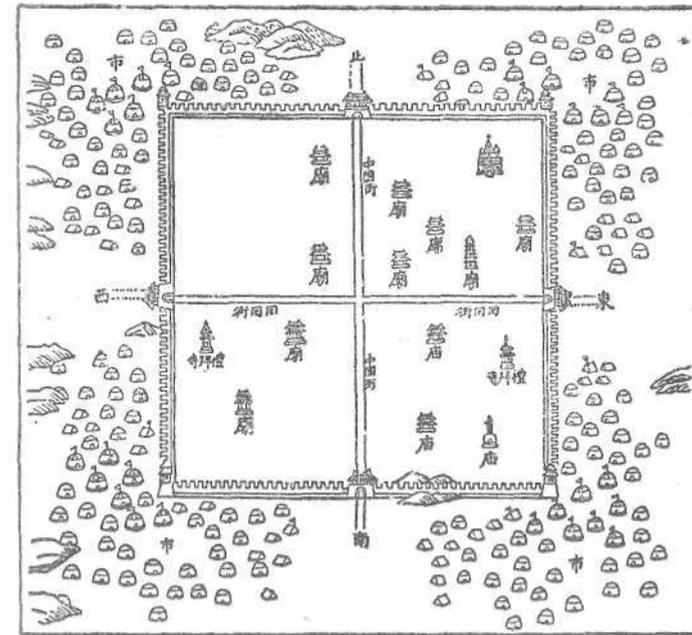
— Porque a lomos de un caballo se puede conquistar un reino, pero es imposible gobernarlo desde la silla.

Y Yeliu-Tschutsai repitió las palabras que dijera Gengis-Kan antes de emprender la expedición a Choesm: «Cuando se desea fabricar arcos, se llama a artesanos que conozcan ese oficio... De los asuntos de gobierno deben encargarse hombres sabios.»

— ¿Y quién te lo impide? — preguntó Ugedei.

Con lo cual, Yeliu-Tschutsai había triunfado. Ugedei emprendió la guerra contra Chin y dejó a su canciller el cuidado de gobernar, pudiendo éste dedicarse entonces a la gran obra de organizar todo el país.

En primer lugar, separó severamente la administración



PLAN DE KARAKOEÛM

Alrededor, los campamentos de tiendas. Cuatro puertas.
En el interior del recinto, diversos edificios religiosos.

(Según un dibujo chino publicado por Hubrecht, «Grandeur et suprématie de Peking».)

civil de la militar; luego envió sabios por todas las provincias, convocando exámenes públicos para encontrar funcionarios aptos. Incluso los prisioneros y los esclavos podían participar en la prueba. Así dio libertad a 4.000 sabios que habían caído en cautividad, devolviéndolos a sus familias; los nombró jueces y funcionarios administrativos de las provincias que les confiaba. Libró a las ciudades de la arbitrariedad de los gobernadores, instituyendo una jerarquía exacta para todos los oficiales y funcionarios gubernativos, limitando sus poderes, decretando la pena de muerte por abuso de confianza y malversación de fondos. Todo crimen o falta cometida debía ser juzgada por tribunales legales. Prohibió el rapto de personas, que venía practicándose desde la Antigüedad, puesto que el censo no se hacía según el número de personas, sino por las familias, debiendo indicar todas las personas, sin excepción, que las constituían. Creó un Tribunal Supremo, erigió escuelas en las que los niños mongoles aprendían, según la manera china, geografía, historia, matemáticas y astronomía. Instituyó en todo el reino pesos y medidas fijos, prohibió las requisas. Por doquier aumentó la seguridad. Creó impuestos regulares y bastante módicos, que los chinos debían entregar en dinero, tejidos y cereales, y los nómadas en ganado, poniendo fin a las tasas arbitrarias. El papel moneda, que introdujo en pequeña escala, se convirtió en el dinero más apreciado en todo el reino, teniendo curso en las ciudades persas, en las montañas centrales y entre los comerciantes de Chin... El pueblo empezó a respirar más libremente y los campesinos volvieron a cultivar la tierra; el comercio y la industria florecieron nuevamente.

Pero con estas medidas, Yeliu-Tschutsai quitó a los gobernadores y comandantes mongoles sus poderes ilimitados y la posibilidad de explotar a los pueblos, lo cual le creó poderosos enemigos entre los mongoles. Se le acusó de traición y de favorecer a los chinos.

Cuando Ugedei volvió de la guerra, le enseñó las cámaras del tesoro bien llenas, los graneros repletos de trigo, los rebaños en número incalculable. Había establecido entre Chin y Karakorum una relación constante de correos, con treinta y siete estaciones, que era el arquetipo de la red de comunicaciones que atravesaba todo el gigantesco Imperio reuniendo las culturas de Oriente y de Occidente y despertando la admiración de Marco Polo... Diariamente venían por aquellos caminos, de todos los extremos del Imperio Chin, quinientos carromatos de víveres, bebidas y objetos preciosos.

— ¡Y pensar que tú puedes acumular tantos tesoros sin moverte del sitio! — exclamó Ugedei, sinceramente sorprendido, y deseó que Yeliu-Tschutsai castigase por sí mismo a sus calumniadores.

Pero el sabio chino no deseaba mezquinas venganzas.

— Por el momento, tenemos demasiado quehacer — dijo. — El día en que no hayamos de realizar nada de mayor importancia, nos ocuparemos de ellos.

Ugedei sintióse satisfecho, porque, con su magnanimidad, también él buscaba siempre excusa a todas las faltas.

Ugedei era magnánimo y liberal hasta el despilfarro; el oro y la plata le dejaban indiferente. Tenía afición a que le relatasen las vidas de antiguos soberanos, y al enterarse de que amontonaban tesoros, dijo:

— Eso es poco inteligente, porque es poco riquezas del mundo no pueden protegerle a uno contra la muerte, y tampoco se pueden llevar a la otra vida. Nuestros tesoros los debemos acumular en los corazones de nuestros subditos.

Y no perdía ocasión de distribuir a manos llenas los bienes y regalos, hasta el punto de que su séquito le reprochaba el que obsequiase a todo el mundo sin ton ni son.

Entonces exclamaba furioso: «¡Vosotros sois mis enemigos! ¡Queréis impedirme reunir el único tesoro duradero en esta vida, el buen recuerdo que guardarán de mí los hombres! ¡Qué me importa el dinero, que únicamente me da el trabajo de protegerlo contra los ladrones!»

Cierto día, su magnanimidad puso en peligro la unidad del Imperio: durante un *kuriitai*, después de conquistar Chin, los príncipes y princesas le presionaron para que le regalase las diferentes provincias. Ya iba a hacerlo, cuando Yeliu-Tschutsai intervino:

— ¡Dales lo que quieras, pero no distribuyas países!

— Entonces, ¿qué puedo hacer, puesto que lo he prometido? — objetó Ugedei.

— En tal caso, ordena que no puedan exigir más que lo que, en concepto de contribuciones, reúnan tus empleados...

Los príncipes mongoles obtuvieron las rentas y títulos de posesión de las diferentes provincias, pero no el derecho de poder dictar disposiciones. Yeliu-Tschutsai había evitado la formación de una nobleza feudal.

Los príncipes mongoles reinaban tan sólo en sus *uluss* (cual los príncipes de los países vasallos) como gobernadores, gracias a la bondad del Gran-Kan.

III

La encarnizada lucha en las provincias del sur de Chin duró cuatro años. El país sacaba continuamente, como de debajo de la tierra, nuevos ejércitos y encontraba siempre generales hábiles que no solamente resistían a los mongoles, sino que los derrotaban con frecuencia. Siguiendo tan sólo, punto por punto, el plan que poco antes de morir

dictara Gengis-Kan a sus hijos, al penetrar en Chin, a través de los dominios de los Sung, un ejército bajo las órdenes de Tuli, la suerte de Chin, atacado por dos partes, quedó decidida.

Entonces murió Tuli, y Subutai se encargó del mando.

En unión con los ejércitos de Sung, bloqueó Kai-song. Durante un año entero, esta ciudad, de dos millones de habitantes, se defendió con el valor de la desesperación. Porque estaban seguros de que, al rendirse, los mongoles cumplirían al pie de la letra la ley de Gengis-Kan: «Todo aquel que se resista debe ser aniquilado; la resistencia del Sur debe ser destruida, y sus habitantes, pasados a cuchillo.»

También esta vez Yeliu-Tschutsai arriesgó su influencia oponiéndose a tal propósito.

— ¡Luchamos desde hace veinte años para conquistar ese país, cuya riqueza es precisamente su población! Un año entero combatimos por esa ciudad, ¡y quieres ahora destruirla!— exclamó—. ¡Allí se encuentran los mejores artistas y artesanos del país! ¿Y vas a matarlos? ¿Acaso quieres privarte de lo mejor que posees...?

Y también esta vez Ugedei cedió.

Si se estima la importancia de un hombre de Estado por el número de vidas que salvó, Yeliu-Tschutsai ocupará siempre el primer lugar.

Gracias a su intervención, no solamente salvó un millón y medio de vidas humanas, sino que preparó el fin de la guerra, pues las provincias todavía insumisas, que no podían esperar de las costumbres guerreras mongolas nada más que el saqueo y el asesinato, al ver que la capital había sido perdonada concibieron esperanzas de salvación y cesaron en su resistencia.

El último emperador de la dinastía Chin se suicidó.

Después de veinticuatro años de guerra, todo el reino Chin perteneció a los mongoles.

Lo mismo que Gengis-Kan después de la campaña contra el reino de Choresm, Ugedei mandó convocar una *kuriltai* de la victoria. Por espacio de un mes no se debía pronunciar ni una sola palabra sobre asuntos serios, y durante todo aquel tiempo, en la residencia esteparia de Karakorum todo se redujo a banquetes. Pero, terminados los festines, forjóse un nuevo plan de conquistas y decidieron nada menos que cuatro guerras simultáneas.

Durante los festejos llegó de Honan, la provincia del extremo sur de Chin, la noticia de que los Sung, hasta entonces aliados de los mongoles, se mostraban descontentos porque no se les había cedido toda la provincia. Habían reunido sus ejércitos y ocupado numerosas ciudades. En vista de lo cual fue enviado un ejército contra ellos. A propósito de lo que sucedió después, el cronista dice, lacóni-

camente: «Los mongoles enviaron embajadores al emperador para preguntarle: "¿Por qué faltáis a vuestros juramentos?" Y, a partir de entonces, no tuvimos un solo día de quietud más allá del río Amarillo.»

Un segundo ejército se dirigió a Occidente, hacia Corea, con el fin de sofocar una rebelión y someter nuevamente al país sublevado.

Un tercer ejército, compuesto por 30.000 jinetes mongoles, fue enviado del Asia Anterior, hacia Persia, a través del reino de Choresm, para someter el Asia Menor.

Y, como cuarta empresa simultánea, se comenzó la conquista de Occidente. Los mongoles habían recorrido ya todo el Asia, destruido su cultura, vencido a todos los pueblos; pero Europa era para ellos un objetivo desconocido y atraente; por lo tanto, en 1236 se reunió el ejército entre los montes Urales y el lago Aral. Allí compareció la flor de la juventud guerrera mongola, que soñaba con gloria, botín y conquistas.

En aquel ejército se hallaban la mayoría de los príncipes de la casta de Gengis-Kan (dos hijos de Ugedei: Kuiuik y Kadan; su nieto Kaidu; Monke, el hijo de Tuli; los hijos y nietos de Tschagatai y todos los descendientes de Dschutschí). Como, según la promesa de Gengis-Kan, las regiones sometidas debían pertenecer al *uluss* de Dschutschí, su hijo y sucesor ostentaba el mando supremo de 150.000 jinetes; pero el verdadero jefe y conductor de la campaña era el más famoso general de Gengis-Kan, el anciano e invencible Subutai, el gran *oerlok*, que había empujado al Sha hacia la muerte y cabalgado, en aquella ocasión, hasta los límites de las estepas del Kiptschak. El plan de guerra que elaboró en el corazón de Asia preveía una guerra de ocho años para conquistar toda Europa.

LOS MONGOLES EN EUROPA

I

DIECISÉIS años habían transcurrido desde las jubilosas cartas de Jacobo de Vitry a propósito del «Rey David», diez años después de muerto Gengis-Kan. Europa estaba desengañada a causa del resultado de las Cruzadas. El poderío de Egipto fue bastante grande para impedir la reconquista de Jerusalén; el Islam, en su contraataque, se había apoderado nuevamente de Anatolia. Europa, en lugar de acudir a la llamada del Papa para nue-

vas Cruzadas, prefirió pactar con el enemigo, demasiado poderoso. Las ciudades italianas independientes que bordeaban la costa mediterránea con sus factorías, luchaban con denuedo por una competencia en el lucrativo comercio de las especias levantinas. El emperador Federico de Hohenstaufen mantenía relaciones amistosas con el sultán de Egipto, quien prefería abrir Jerusalén a los cristianos mediante tratados; enviaba regalos al Bey de Túnez y tenía a sueldo una tropa musulímica con la que asustaba al Papa.

Las fuerzas, agotadas por el contacto con Oriente, se debilitaban en el interior ante la inutilidad de sus esfuerzos en el extranjero. En todos los países luchaba el poder feudal con la realeza. Pero todas aquellas guerras locales fueron eclipsadas por la formidable lucha que, para la dominación del mundo occidental, se libraba entre el Papado y el Imperio. Del mismo modo que el Papa predicaba contra los paganos, lo hacía también contra las Cruzadas y contra el Emperador; y, una vez más, Federico, al frente de un ejército de 100.000 hombres, atravesó los Alpes y entró en Italia. Con 60.000 soldados, las ciudades y repúblicas de la Alta Italia le cerraron el paso del Oglio; pero el 27 de noviembre de 1237 fueron totalmente derrotados cerca de Cortenuova, y el Emperador se consideraba también vencedor del Papa. Durante todo el invierno y la primavera mantuvo magníficos campamentos en Pavia, Turín y Verona, recibiendo a las Embajadas que acudían de todas partes de Occidente. Continuamente llegabanle nuevas tropas — se hablaba de tropas de repuesto francesas e inglesas—. Hasta el sultán Kamil le felicitó desde Oriente por sus victorias. La fama de Federico se divulgó hasta tal punto que, desde los países situados más allá del reino de los selyúcidas, que tan sólo le conocían de nombre, llegó a su campamento una embajada.

Pero esta embajada no vino a felicitarle. Llegó en nombre de los príncipes musulímicos para solicitar su ayuda contra unos «terribles bárbaros» que, destruyendo y devastándolo todo, habían penetrado «por el Oriente» en sus países. Eran estos bárbaros los tres *tumans* que Ugedei había enviado a la conquista de Persia (Irak Adschemi) y del Asia Menor.

Pero, por muy halagüeña que sonara en los oídos de Federico esta petición de socorro, produjo un efecto extraordinario sobre su Corte, dominada por los prejuicios. Toda la historia de los países occidentales estaba llena de luchas de la cristiandad contra los musulmanes, y la idea de prestar socorro a los sarracenos contra sus enemigos sobrepasaba el poder imaginativo de los occidentales.

Pero apenas los embajadores sarracenos se habían marchado, y mientras Federico se entretenía con los preparativos para continuar la guerra contra los lombardos, Uega-

ron al oeste, de la lejana Rusia, las primeras y horrendas noticias de ejércitos vencidos, ciudades incendiadas, burgos arrasados, mujeres violadas, matanzas de ancianos y niños.

Quizás entonces recordaron muchos unas crueldades semejantes cometidas quince años atrás. Se dijo entonces que un pueblo de jinetes salvajes había atravesado el Cáucaso y derrotado a los príncipes de la Rusia del norte. Ahora, los enemigos llegaron del Este e invadieron el sur de Rusia, por lo que a nadie se le ocurrió establecer una relación entre los bárbaros de que hablaron los sarracenos y los jinetes que penetraron en las selvas de la Rusia nórdica. Además los rusos eran herejes y, probablemente, el Cielo les había enviado semejante azote para castigarlos. Lo mismo que antes aquellos jinetes, a pesar del terror sembrado, desaparecieron como por encanto, tampoco ahora tardarían en eclipsarse cuando se hartasen de asesinar y recoger el botín, regresando a su desconocido país.

Y, en efecto, llegada la primavera de 1238 se decía ya que habían desaparecido en algún lugar de las ilimitadas estepas del Este. Los sucesos, los caballeros de las Órdenes alemanas, los lituanos, se armaron inmediatamente, no para acudir en socorro de los rusos, sino tras un fácil botín en las regiones rusas devastadas. ¿Aquellos desconocidos jinetes? ¡Bah! Nadie los creía peligrosos.

Nadie sabía que su objetivo era sembrar la muerte y destruir los países occidentales, ni nadie había comprendido la magnífica hazaña militar y estratégica de aquella campaña de invierno.

Todavía durante el invierno de 1236, en una asamblea del ejército mongol, Subutai ordenó a sus guerreros someter a todos los pueblos del este del Volga, entre Kama y el mar Caspio; destruir sus ciudades y matar o capturar a los hombres. Luego, los prisioneros fueron adiestrados durante el verano en el arte mongol de guerrear, y, en diciembre de 1237, el ejército aumentado casi hasta el doble, atravesó el helado Volga.

Como era natural, las ricas estepas del Sur de Rusia debían de atraer a los nómadas. Además, allí se encontraba el camino hacia Europa, pero la inteligente estrategia de Subutai decidió otra cosa. Si penetraba por el Este en el cinturón de las estepas, los príncipes del sur de Rusia podrían retirarse hacia las regiones selváticas del Norte, las cuales, debido a la carencia de rutas, constituirían un obstáculo casi insuperable para sus jinetes. Una vez allí, estos príncipes podrían esperar las levadas de los rusos del norte para atacar luego, con todos sus ejércitos reunidos, a los mongoles por la espalda y los flancos cuando tratasen de avanzar más hacia el Oeste. Por consiguiente, Subutai condujo a los ejércitos mongoles hacia el Noroeste, en la re-

gión boscosa; era menester destruir primero el poderío de los príncipes de la Rusia del Norte.

Mensajeros precedían al ejército, exigiendo de los príncipes que reconociesen la autoridad mongola, les abriesen las ciudades, les entregasen el diezmo de sus bienes y les diesen como esclavos, o para el servicio de las armas, la décima parte de los habitantes, pues era una antigua táctica mongola el tomar por medio de las poblaciones del país las fortificaciones y vencer los obstáculos interpuestos en su camino, para no atacar ellos mismos más que en el momento decisivo.

Los rusos, que desde hacía siglos sostenían conjuntamente incesantes guerras con los nómadas de la estepa, sabían que éstos eran peligrosísimos en campo abierto, pero impotentes ante las fortalezas. Por consiguiente, la exigencia del enemigo no podía ser otra cosa que una treta o una arrogancia. Los mensajeros fueron despedidos o asesinados; los príncipes se encerraban en sus ciudades y llamaban a los ciudadanos a las armas...

Tras un asedio de seis días, los mongoles tomaron Rjasan, dejando a un lado el principado de Vladimir, más fuerte; tomaron por asalto la entonces todavía insignificante Moscú y luego atacaron por dos lados a la vez Vladimir. En cuatro días se apoderaron de la capital, y entre tanto, más al Norte, rodearon y aniquilaron a los ejércitos del Gran Duque que acudían en socorro de la ciudad. En el transcurso del mes de febrero, una docena de ciudades fortificadas y poderosamente defendidas cayeron en sus manos; en marzo, los principados del norte de Rusia ya no existían. Batu se encontraba a 200 kilómetros de la gran Novgorod, cuna de Rusia y su último baluarte, e invicto, sin un enemigo peligroso a quien temer, renunció, después de haber recorrido millares de kilómetros, al saqueo de la ciudad más rica del país, dando orden a su ejército de volver grupas y dirigirse hacia las estepas del Sur. Subutai conocía, mejor que seis siglos más tarde Napoleón, el clima de Rusia y las condiciones de su terreno. A pesar del terrible frío, empezó la campaña en medio del invierno, estimuló e hizo cabalgar a sus jinetes a través de la nieve que cubría las inmensas llanuras y condujo, tanto a los hombres como a las bestias, sanos y salvos, hacia las estepas, antes de que el deshielo convirtiese las bajas llanuras en impracticables lodazales.

II

Allí, en las estepas, caballos y jinetes debían descansar y recuperar las fuerzas necesarias para realizar un nuevo avance; pero la discordia, ese antiguo mal hereditario de

los mongoles, que acabó por deshacer el Imperio más poderoso del mundo, empezó a hacerse notar entre los descendientes de Gengis-Kan. La crónica imperial china conserva una carta de Batu dirigida al Gran-Kan Ugedei, que nos informa de los acontecimientos más importantes acaecidos durante veinte años en la política mongola. Batu escribe:

«¡Por la gracia del Cielo y sino feliz, oh Emperador y tío mío! Las once naciones han sido subyugadas. Cuando los ejércitos se reunieron celebróse un festín al que asistieron todos los príncipes. Siendo yo el más viejo, bebí una o dos copas de vino antes que los demás. Buri y Kuiuik se mostraron poco inteligentes; dejaron la fiesta después de ultrajarme y montaron a caballo. Buri dijo: "Batu no es superior a nosotros. ¿Por qué bebe antes? ¡Es una mujer con barba! De un puntapié podría echarlo por tierra y pisotearlo." Kuiuik gritó: "¡Yo le haría azotar!" Y otros dijeron: "¡Para vergüenza suya, se debería atar una cola de madera al trasero de Batu!" Tales eran las palabras de los príncipes cuando, después de la guerra con varios pueblos, nos reunimos para discutir cuestiones importantes, viéndonos obligados a levantar el campamento sin haber podido tratar los asuntos. ¡Esto es lo que tengo que anunciarte, Emperador y tío mío!»

Los mensajeros iban y venían desde el Volga hasta Mongolia. Kuiuik era la causa de la disputa. Como hijo mayor de Ugedei, se creía superior a los demás príncipes y sentíase humillado porque Batu, y no él, ostentaba el mando superior y se veía obligado a obedecerle. Viendo que todos sus consejos y castigos no hacían mella en su carácter indomable, Ugedei le ordenó, finalmente, regresar a Karakorum.

Pero, entre tanto, habían transcurrido dos años desde el comienzo de la campaña en el norte de Rusia. En aquel país se habían acostumbrado ya a que en el Oeste, en las estepas más allá del Don, se hubiera establecido un pueblo nuevo, del que tan sólo recibían noticias cuando fugitivos de otros pueblos nómadas de aquellas regiones esteparias se presentaban para informarles de quejas tribus habían sido echadas de sus dominios por los intrusos.

Sólo un hombre reconocía el verdadero peligro: era Kotjan, el viejo Kan de los komanos, que ya había presenciado el primer ataque de los mongoles durante la expedición de reconocimiento que Subutai hizo para Gengis-Kan. En aquella ocasión, Kotjan luchó con los rusos contra los mongoles. En cuanto supo que los mongoles se habían establecido en el cinturón estepario, reunió a todas sus tribus, que con sus tropas vagaban por las fértiles regiones al sur del mar Negro, e inmediatamente, con todos sus guerreros, mujeres e hijos, tiendas y carros huyó hacia el Oeste. Atravesó el Dniéper y el Dniéster, corrió a través de Besarabia

y Galitzia, hasta los Cárpatos. Aun allí no se sintió todavía seguro y envió, más allá de las montañas, una embajada al rey Bela de Hungría, ofreciéndole sumisión. Declaróse dispuesto a abrazar, con todo su pueblo, el catolicismo y solicitó admisión y socorro...

El ofrecimiento de Kotjan significaba la conversión de 200.000 paganos, y los clérigos lo aceptaron fácilmente. Además, llevaba consigo 40.000 guerreros que no debían obediencia a los magnates, sino sólo al rey; aceptándole, el poder de éste aumentaría considerablemente. Así, pues, Bela, que, como casi todos los soberanos, vivía en continua lucha con las inquietas familias nobles, aceptó gustoso la oferta. Solemnemente se celebró el bautizo de los komanos. El rey y sus nobles se declararon padrinos de Kotjan y de los jefes de tribus. Terminada la ceremonia, los nómadas penetraron, con sus tiendas, carros y ganados, en los ricos pastos húngaros.

Pero, habituados a sus ilimitadas estepas, adaptábanse difícilmente a la estrechez de su nuevo país. Por doquier la tierra estaba labrada y tropezaban con cultivos. Su ganado pisoteaba los sembrados y dañaba las plantas. Por todas partes disputaban los nómadas con la población sedentaria, y, como dice el cronista: «los komanos violaban a las mujeres de los labradores, mientras que los húngaros sentían poca afición por las hembras komanas».

La nobleza, considerando peligroso para ella a aquel subdito que aumentaba el poderío del rey, estimuló en la gente el odio a los intrusos; tanto es así que Bela consintió en separar a los komanos según las diversas tribus, asignando a cada una determinados dominios, donde podían apacentar sus ganados.

Apenas había conseguido un poco de tranquilidad, cuando se presentó en Hungría una embajada mongola.

Siguiendo su costumbre de enviar, cuando era posible, compatriotas del pueblo extranjero como intermediarios, su embajador era esta vez un europeo, o mejor dicho, un inglés. Dicen las crónicas que, a consecuencia de algún delito, tuvo que huir de su país, y tras muchas aventuras, fue a parar a Asia, donde entró al servicio de los mongoles. Exigía ahora, en nombre de éstos, la entrega de los komanos, que eran «servidores de los mongoles», y se quejaba del asesinato de las anteriores embajadas. En realidad, los húngaros habían matado a varios mongoles pretextando que eran espías. Exigía del rey Bela ni más ni menos que la sumisión al soberano mongol, un Gran-Kan a quien «el Cielo dio en propiedad todos los países del mundo».

En vano recurrió el inglés a todos los medios de la oratoria para convencer al rey; inútilmente suplicó a Bela y a sus consejeros que aceptasen sus proposiciones y enviaran regalos a los mongoles en calidad de tributo, advirtiéndoles

que toda negativa traería consigo una despiadada invasión. La idea de que el rey de Hungría pagara tributo a un jefe nómada les pareció tan descabellada, tan humillante, que el inglés pudo considerarse feliz escapando de aquel trance con vida.

Partió.

Pocas semanas después, un torrente de fugitivos se dirigía hacia el Oeste; los príncipes y duques del sur de Rusia llegaban con sus respectivos séquitos a Polonia y a Hungría implorando socorro y asilo y esparciendo noticias referentes a los terribles tártaros y a su inaudita crueldad.

Inmediatamente después de la marcha de Kuiuk, el ejército mongol reanudó su expedición de conquista, y hacia fines de noviembre de 1240 había ya atravesado el congelado Dniéper.

Los príncipes de Kiev arrojaron a los embajadores mongoles desde lo alto de las murallas de la ciudad. El 6 de diciembre, Kiev, a la sazón la más hermosa ciudad del sur de Rusia y nudo de comunicaciones comerciales entre los países del Este y Bizancio, había dejado de existir. Los mongoles avanzaron a lo largo del Dniéster y del Bug, y por las llanuras de Volinia y Podolia.

Era ésta la base de operaciones que para su futura campaña había elegido Subutai.

Mientras Europa nada sabía de los mongoles, éstos conocían hasta en sus menores detalles las relaciones de las familias imperiales, las instituciones y la situación de los asuntos europeos. Hungría, reino rico y poderoso, que se extendía desde los Cárpatos hasta Adria, era su objetivo. Sabían que el rey Bela estaba emparentado con el duque polaco Boleslao de Sandomir, con Conrado de Masovia y con el duque alemán Enrique de Silesia, y que, a su vez, Enrique era cuñado del rey Wenzel de Bohemia. Los países de estos príncipes eran colindantes y, por consiguiente, Hungría podía esperar socorro inmediato de los cuatro. Era, pues, preciso agarrotar a sus ejércitos antes de invadir a Hungría.

Para ello, Subutai dividió las fuerzas mongolas en tres cuerpos de ejército. El grupo norte, bajo las órdenes del príncipe Kaidu, debía detener a las tropas polacas y silesias. El grupo sur, mandado por Kadan, debía invadir a Hungría, con el fin de entretener a las fuerzas locales. El mismo Subutai, acompañado por Batu, daría la batalla principal contra Pest, la capital, y Gran.

Tropas de reconocimiento bastante fuertes para atacar y devastar una ciudad como Sandomir, mediante un súbito asalto, determinarían la marcha del enemigo; luego, hacia principios de marzo, se iniciaría la ofensiva.

III

Entonces supo Europa lo que era una guerra con los mongoles. Según la táctica de Gengis-Kan, el primer golpe debía sembrar el terror pánico hasta en los más apartados rincones del país, paralizar a los habitantes por el instinto elemental e inevitable de conservación, hacerles comprender que toda resistencia sería inútil. De las ciudades sólo debía quedar lo que podía servir a los mongoles: mujeres jóvenes, hábiles artesanos y esclavos robustos, útiles para la prosecución de la guerra. Los fugitivos que lograsen escapar de la matanza llevarían consigo la imagen de los horrores cometidos; no hablarían más que de asesinatos, incendios, violaciones, crueldades. Así fue, y la gente abandonaba sus ciudades, incendiaba ella misma sus aldeas, huía ante aquellos terribles jinetes, que creía eran el diablo en persona, el azote de Dios, refugiándose en las plazas fuertes, escondiéndose en las selvas o regiones impracticables. Del apelativo de la raza, «tataros», que acababa de llegar de Oriente, formaron el vocablo «tártaros», o sea descendientes de Tártaro, surgidos del mundo subterráneo.

Nadie sospechaba que aquellos horrores eran un método de guerra, lo mismo que el aparentar venir en número incalculable. Los ejércitos mongoles que operaron en Europa no eran, en conjunto, más de 150.000 jinetes. Pero conducidos con una bien ideada estrategia, habituados a actuar sobre enormes extensiones de las que los europeos no tenían idea, dotados de una velocidad que los ejércitos de caballería, con sus pesadas armaduras, ni siquiera podían imaginar, les era posible asolar a todo un país de cien kilómetros a la redonda, y, al día siguiente, todos reunidos, dar un combate decisivo. Este ardid hacía creer que era totalmente imposible que se tratase de los mismos mongoles; y así, en la fantasía de los europeos, la multitud de los «tártaros» crecía hasta rayar en lo fabuloso.

En diciembre, Kiev sufrió semejante «primer golpe» y cinco años más tarde, Plano Carpini, el legado del Papa, durante su viaje a través del ducado, encontró todavía «una cantidad incalculable de cráneos y huesos, de las personas asesinadas, esparcidos por el campo» de Kiev, que «fue una gran ciudad densamente poblada, quedando ahora apenas 200 casas». Tres semanas después de la caída de Kiev, Podolia, Volinia y el oeste de la Galitzia nórdica eran igualmente presa de los mongoles. Ya en febrero, sus avanzadillas recorrían Polonia, incendiando Sandomir. En marzo, los tres cuerpos de ejército emprendían simultáneamente la ofensiva. Kadan recorrió Moldavia y Bucovina. Batu se apoderó de los pasos de los Cárpatos, y las huestes de Kaidu

se esparcieron por toda Polonia. Tres ejércitos polacos se dirigieron a su encuentro y los tres fueron derrotados. El 24 de marzo, la antigua y famosa Cracovia era incendiada, y los alrededores de Breslau, devastados. El 8 de abril, todo el ejército de Kaidu se hallaba reunido ante Liegnitz.

En dicha ciudad, el duque Enrique de Silesia había reunido contra los mongoles las fuerzas disponibles; todos los barones y nobles de su país, gentileshombres, caballeros y soldados de infantería de Silesia y de Polonia, los montañeses de la ciudad de Goldberg y una nutrida tropa de templarios. El duque de Oppeln y el vizconde de Mahran, con sus fuerzas, acudieron en su ayuda. Y, finalmente, esperaban todavía a su yerno, el rey Wenzel de Bohemia, que, con 50.000 hombres, se encontraba ya en camino a través de Silesia.

Los mongoles eran numéricamente inferiores a las tropas de Enrique, pero cuando sus enlaces y espías les anunciaron la llegada del formidable ejército bohemio, Kaidu decidió el ataque inmediato. Para Enrique, el peligro de ser encerrado con todas sus tropas en la estrecha ciudad de Liegnitz era muy grande, puesto que entonces le sería imposible desplegar sus fuerzas. Ignoraba cuándo le llegarían las tropas bohemias de refuerzo y creía que, entre tanto, las fuerzas mongolas aumentarían en número. Por consiguiente, se decidió a aceptar batalla. Hizo salir sus tropas de la ciudad y las condujo en dirección Sur, al encuentro del rey Wenzel. A algunos kilómetros de Liegnitz, en una región rodeada de bajas colinas, que recibió más tarde el nombre de «Lugar Elegido», Kaidu le alcanzó, y le atacó inmediatamente, en la mañana del 9 de abril.

El ejército mongol parecía pequeño. Fue más tarde cuando los caballeros se dieron cuenta de que los «tártaros» avanzaban en masa tan compacta que una tropa de mil jinetes parecía más pequeña que una de las suyas compuesta tan sólo de quinientos.

Silenciosos, sin proferir sus habituales gritos de guerra, sin su acostumbrada trompetería, los mongoles atacaron, caballeros en sus pequeños corceles nerviosos, delgados pero resistentes, y mandados únicamente por medio de banderitas de señales. Jinetes y caballos iban cubiertos de armaduras y arneses formados por varias capas de cuero endurecido cosidas las unas sobre las otras. Las armas de los jinetes eran el sable curvo, la lanza y el hacha de combate; pero lo más peligroso era el arco y la flecha, con lo que jamás fallaban el blanco, aun cuando disparasen, al huir, tras de sí. Estas armas causaron grandes pérdidas al enemigo.

Ya antes del choque de los ejércitos enemigos, una lluvia mortífera de flechas mongolas desarticuló las cuatro primeras divisiones de Enrique, que se dieron a la fuga.

Pero cuando los caballeros de Enrique, enfundados en sus pesadas armaduras de hierro, se lanzaron al ataque, la suerte de la batalla pareció cambiar: tras breve combate, el enemigo huyó. Dando gritos de triunfo, los caballeros emprendieron su persecución y experimentaron, a sus expensas, los efectos de este antiguo ardid mongol: las dilatadas líneas de los caballeros se vieron de pronto envueltas por numerosos guerreros tártaros montados en sus rápidos corceles. Los hostigaban, los abatían, y si las flechas rebotaban sobre sus armaduras de hierro, herían con más seguridad a los caballos, menos protegidos, y, privado de su montura, un caballero pesadamente acorazado no podía ofrecer gran resistencia.

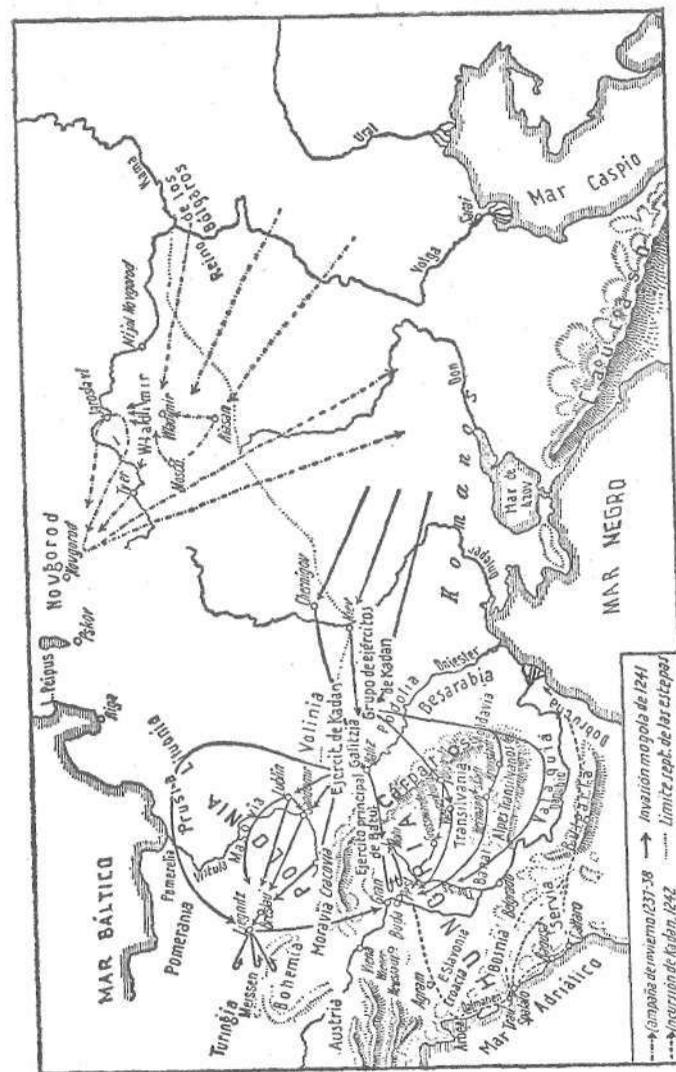
Y contra la infantería se alzó, de repente, según se cuenta, «una horrenda cabeza humana barbuda colocada en el extremo de un largo palo. Esta cabeza tenía un aspecto horripilante y despedía un vapor y un humo apesados y densos que sembraban el terror y el desorden en las filas de Enrique y ocultaba a sus ojos a los tártaros, que atacaban protegidos por la nube de humo...».

Fue, en el siglo xiii, el primer ataque con gas en Europa, por lo que corresponde a éste la prioridad sobre el ataque con pólvora, utilizada por los mongoles, la primera vez, dos días más tarde, en la batalla del Sajó. Sea como fuere, los relatos contemporáneos están llenos de los encantamientos y brujerías que daban a los «tártagos» la victoria sobre el ejército cristiano. El duque, la mayoría de los caballeros y nobles, así como la de los infantes, quedaron sobre el campo de batalla. La crónica calcula estas pérdidas entre 30.000 y 40.000 hombres. La tradición pretende que los «tártaros» cortaron una oreja a cada muerto, llenando con ellas nueve sacos que enviaron a Batu como trofeo de la victoria. Decapitaron al duque y, colocando su cabeza sobre una lanza, lo pasearon ante Liegnitz...

Cuando la noticia de esta derrota llegó al rey Wenzel de Bohemia, éste se encontraba todavía a varios días de marcha del «Lugar Elegido». Con sus 50.000 hombres se consideró demasiado débil para enfrentarse con los mongoles. Sabía que, en el Oeste, los ejércitos del vizconde de Turingia y los del duque de Sajonia se hallaban ya listos, puesto que se esperaba cada día el ataque de los mongoles, los cuales saqueaban y devastaban ya la región de Meissen y el país montañoso de Glasser. En vista de ello, ordenó a su ejército que se dirigiese hacia el Oeste, con objeto de unirse a las demás tropas.

Pero los mongoles no llegaban.

Mientras Liegnitz ardía aún, llegó la noticia de que el 11 de abril, dos días después de la batalla del «Lugar Elegido», Batu había aniquilado por completo al ejército del rey Bela y llamaba a todas las tropas en Hungría con el fin de entre-



LA INVASIÓN MONGOLA EN EUROPA

garles, según la costumbre mongola, todo el país para saquearlo por distritos. Kaidu esperaba la llegada del segundo ejército. Este se dirigió hacia el Norte, haciendo grandes rodeos a través de Lituania. Había derrotado al ejército lituano venido a su encuentro; invadió la Prusia Oriental y se dirigió a marchas forzadas por Pomerania y al oeste de Polonia, hacia Liegnitz. Las órdenes recibidas habían sido puntualmente ejecutadas: en el Norte, hasta el Báltico, no quedaba un enemigo que pudiera ser peligroso para el flanco mongol.

Los únicos ejércitos aptos para el combate estaban concentrados en Sajonia y Turingia. Por su parte, Wenzel había llegado también a Königstein. Entonces Kaidu hizo un rodeo: en lugar de avanzar hacia el Oeste, donde le esperaban los enemigos, se dirigió inopinadamente hacia el Sur, donde, entre él y Batu, ya no había enemigo, y penetró en Moravia. Esta maniobra de engaño tuvo un éxito rotundo, pues toda la provincia carecía de tropas.

El rey Wenzel, que acababa de llegar al país de Meissen, se vio obligado a retirarse a marchas forzadas hacia Bohemia. Pero cuando llegó a Moravia, el reino estaba ya devastado; las florecientes ciudades de Troppau, Marish-Neustadt, Freudenthal y Brunn habían sido tomadas al asalto y devastadas, y, por último, en Hungría, las huestes de Kaidu se habían reunido con las de Batu.

IV

Cada vez que los mongoles atacaban un reino y obtenían victorias aparentemente fáciles, los cronistas contemporáneos acusaban a los soberanos de ineptitud y de no haber sabido tomar las medidas defensivas necesarias. Tampoco el rey Bela se libró de tales reproches, a pesar de haber tomado todas las precauciones propias de un rey europeo de la época y que hubieran sido eficaces contra cualquier enemigo que siguiera las reglas usuales de guerra, pero que, al primer choque con los mongoles, fracasaron de un modo lamentable.

Desde el momento en que el rey Bela recibió la primera noticia de la llegada de los tártaros, acudió a los Cárpatos y mandó obstruir con maderas y rocas todos los pasos; llamó a las armas a todos los pueblos fronterizos y confió el mando a un experimentado palatino. Hecho esto, convocó en Buda a un Parlamento y ordenó a todos los hombres aptos que tomaran las armas y estuviesen dispuestos para la marcha.

Pero antes de que la asamblea tuviese tiempo de ponerse de acuerdo sobre las medidas defensivas, llegó a galope tendido, el 10 de marzo, un mensajero con la noticia

ilo que los «tártaros» habían atacado los pasos de los Cárpatos. Antes de que las tropas de refuerzo pudieran ponerse en marcha, llegó el comandante palatino: el 12 de marzo, los mongoles asaltaron los pasos, abriéronse camino y mataron a toda la guarnición; él mismo, con algunos de sus soldados, logró escapar del enemigo. Al día siguiente de su llegada, es decir, el 15 de marzo, un *turnan*, división de 10.000 mongoles, se encontraba ya ante Pest, después de haber recorrido en tres días trescientos kilómetros a través de un país hostil, devastando y matándolo todo por el camino. En tres días introdujeron una cuña en el territorio, separándolo del Este, mientras en el Sur operaba ya el tercer ejército, mandado por Kadan, el cual penetró por Moldavia y Bucovina, en Siebenburgen.

El rey clausuró inmediatamente el Parlamento. Los obispos, condes y barones se apresuraron a incorporarse a sus provincias, con el fin de regresar cuanto antes con sus soldados, mientras el pueblo se congregaba gritando ante el castillo donde se hallaba Kotjan, el Kan de los komanos: «¡El es quien ha traído los tártaros a Hungría!» El castillo fue asaltado y Kotjan, con sus compañeros, despedazados. Tan pronto como la noticia de esta «justicia popular» llegó a los oídos de los campesinos, éstos atacaron a los komanos que acudían a Pest para luchar contra los mongoles. Repuestos de la primera sorpresa, los komanos se unieron y tomaron terrible venganza: atacaron las granjas y aldeas, matando a cuantos podían y robando el ganado; luego se retiraron hacia el Sur, a Bulgaria. De este modo se realizó literalmente la advertencia de Batu al rey Bela: «El escapar les resultaría más fácil a los komanos que a ti; puesto que vagan por doquier, sin casas, en tiendas, es más probable que escapen; pero tú, que habitas en casas y posees ciudades y burgos fijos, ¿cómo podrás escapar de mis manos?»

En vano trató de aniquilar a los *tumanes* que se encontraban ante Pest. No se podía coger a aquellos mongoles provistos de caballos rapidísimos. Destruían las aldeas, cercaban las rutas, diseminaban a las pequeñas divisiones que acudían en socorro de Pest, se presentaban ante los muros de la ciudad excitando a sus defensores para que hiciesen una salida y matarlos después, pero se retiraban ante cualquier batalla seria. Y, entre tanto, Bela no se atrevía a perseguirlos mientras no tuviera todas sus tropas reunidas.

La marcha duró dos semanas. Finalmente, el rey de Hungría se sintió bastante fuerte para un combate decisivo. Dejó los muros de Pest, y con su ejército reunido, se dirigió hacia el Nordeste. Los mongoles se retiraron. Después de cuatro días de marcha tropezó, cerca de la desembocadura del Sajo, con el ejército de Batu. Protegidos los flancos por el Sajo, y el Theiss, cubierto por las selvas, era inatacable. En vista de ello, se concibió la idea de atraer a

los mongoles hacia la orilla derecha del Sajó, que en ciertos lugares era pantanosa y estaba cubierta de juncos, y, en otros, de aguas a causa de las crecidas. La idea era atraerlos allí y arrojarlos al río.

El rey Bela, instaló su campamento en el páramo de Mohi, a cierta distancia del río. Actuaba en campo raso, lo cual le permitía vigilar por todos lados, y para el caso de que los mongoles consiguiesen acercarse por sorpresa al campamento, rodeó éste por todas partes con carros ligados con cadenas, a fin de impedir la entrada al enemigo. Así asegurado, esperó.

Aquella mismo tarde, un desertor ruso le informó de que los mongoles querían atravesar el río durante la noche. No había más que un puente sobre el Sajó. A la medianoche, Koloman, hermano del rey, y el arzobispo Ugolino se encontraron en el puente y se lanzaron con sus soldados sobre el enemigo, que se encontraba ya en la orilla y lo echaron al río. Luego dejaron una nutrida guarnición formando una cabeza de puente y regresaron al campamento. Todos los húngaros se mostraban llenos de ardor y deseosos de combatir; estaban seguros de la victoria, pues sus informadores les aseveraban que los mongoles eran inferiores en número.

Éstos, durante aquella misma noche, instalaron sus máquinas en la orilla y lanzaron, con gran estruendo de truenos y fuego, una lluvia de piedras sobre la guarnición. Ante aquella «diabólica brujería», los húngaros se retiraron, para ver cómo, a la mañana siguiente, los «tártaros saltaban a tierra como saltamontes» y se encontraban ya en gran número en la ribera opuesta. A las cinco de la madrugada, los mongoles habían terminado ya de pasar el río.

Entonces, Koloman y Ugolino se lanzaron de nuevo con sus tropas sobre el enemigo para empujarle al río. Pero esta vez los mongoles no cedieron. Durante dos horas, desde las cinco hasta las siete, se luchó encarnizadamente, y los húngaros se vieron obligados a retirarse a su campo fortificado. Esperaban que las descansadas tropas de Bela se lanzarían a un formidable ataque contra los mongoles que les perseguían; pero entonces se dieron cuenta de que aquellas tropas se defendían desesperadamente contra otro ejército mongol que se acercaba al campamento desde el Sur. Era la sección de Subutai, que había atravesado el Sajó durante la noche, más abajo del campamento. Habían realizado la travesía ora nadando, ora sobre un pontón rápidamente construido. Poco después de las siete, la batalla estaba decidida, y el ejército húngaro, rodeado. Durante cinco horas, hasta el mediodía, los mongoles lo acbillaron con flechas, piedras y nafta inflamada. El cinturón de carros que debía proteger el campamento, lo rodeaba por completo, de modo que los húngaros se encontraban como ama-

lados en un reducido espacio. Esto resultó fatal para los sitiados. En su desesperación, Koloman, el arzobispo Ugolino y los templarios intentaron dos salidas, pero las dos fracasaron. Casi todos los templarios cayeron; Koloman y Ugolino, gravemente heridos, consiguieron regresar al campamento.

Entre tanto, al otro lado del mismo sucedía una cosa totalmente incomprensible para las costumbres guerreras europeas: el cerco de los asaltantes se abrió. Los primeros que se arrojaron por esta improvisada brecha salieron indemnes. Visto lo cual, otros soldados les siguieron, y pronto un río humano se precipitó por la abertura. Los mongoles los dejaron pasar; esta táctica daba tanto resultado en Europa como en Asia Menor. En el punto en que una partida de hombres armados dirigidos por un jefe valeroso trataba de romper el cerco, los mongoles combatían como diablos; pero a los cobardes que sólo pensaban en salvar su vida, los dejaban escapar, consiguiendo de este modo el objetivo propuesto, pues, en su huida, los fugitivos se desbarataban de todo lo que podía estorbarles, armas, pertrechos y bagajes. El ejército húngaro se desbandó así por completo.

Y entonces los mongoles, caballeros en sus rápidos corceles, se dedicaron a perseguir a los fugitivos. A sablazos caían sobre los fatigados enemigos que huían; las aldeas, las iglesias donde buscaban refugio los que huían, eran pasto de las llamas. En esta horrible matanza perecieron los últimos restos del ejército húngaro.

El rey Bela tuvo la suerte de salir del campamento sin ser reconocido, y escapó de sus perseguidores. Haciendo un gran rodeo, llegó a Presburgo, en la frontera austríaca. Koloman, su hermano, aunque gravemente herido, cabalgó noche y día y llegó a Pest. Pero carecía de la fuerza moral necesaria para oponerse nuevamente a los mongoles. Todos los esfuerzos para retenerle en la ciudad fueron inútiles. Atravesó el Danubio, refugiándose en Croacia, donde poco después moría a causa de las heridas sufridas. El obispo Ugolino y otras altas dignidades eclesiásticas y barones perecieron en la huida. Toda Hungría, hasta el Danubio, se encontraba en poder de los mongoles.

Y el mismo 11 de abril, el príncipe Kadan, con su ejército del Sur, decidió la suerte de Siebenburgen. Después de haber tomado Bistriss, Klausenburgo y Grosswardein, aún tuvo ánimos para asaltar Hermannstadt, ciudad muy fortificada.

La campaña en sí había terminado. En menos de un mes, toda la región entre el Báltico y el Danubio fue ocupada por los mongoles. Polonia, Lituania, Silesia y Moravia fueron devastadas de la misma forma que Bucovina, Moldavia, Valaquia y Siebenburgen. Las ciudades no eran más que

un montón de escombros; las regiones estaban despobladas; los ejércitos, destruidos, y las fortalezas, arrasadas. Todavía Hungría les ofrecía magnífico botín, pero ¿y después? ¿Qué país sería la próxima víctima?

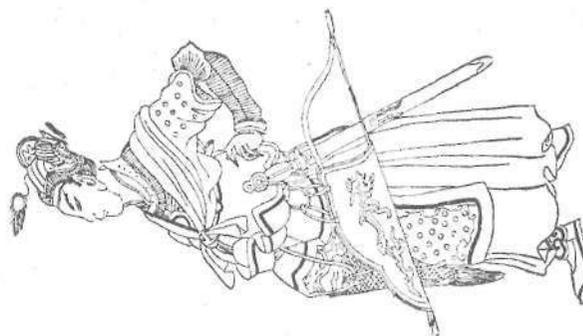
V

El pánico cundía por los pueblos de Europa; «el miedo a aquellos pueblos bárbaros se acusaba hasta en pueblos lejanos, no sólo en Francia y Borgoña, sino incluso en España, de la cual los tártaros ignoraban hasta el nombre». Los mongoles, si no eran el diablo en persona, eran sus aliados, encargados por él de destruir a la cristiandad, y solamente la ayuda divina podía alejar el peligro. Consecuentes con esto, rezaban fervorosamente en las iglesias: «De la ira de los tártaros líbranos, Señor.» El Papa dispuso que se predicara una Cruzada contra ellos; el emperador Federico instigaba a su hijo y a los demás monarcas de Europa para que tomaran las armas. Pero el pánico era muy grande. El que se alistaba como cruzado lo hacía «en el caso de que Dios no aleje a ese pueblo de nosotros». Ninguno de los príncipes alemanes reunidos en Merseburgo, ninguno de los obispos, en las reuniones celebradas con sus fieles, pensaban seriamente en ir a Hungría a batirse. Todas las discusiones y conciliábulos se referían tan sólo a la defensa de sus propios países en el caso de una invasión tártara.

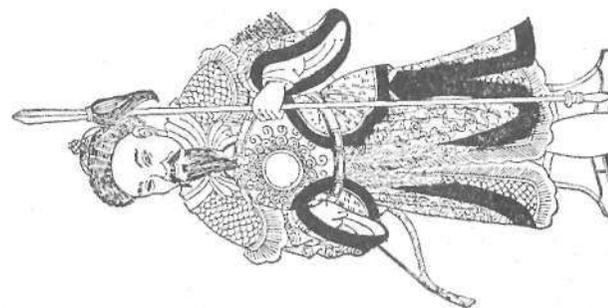
El reino de Hungría fue borrado como tal de las listas de los países europeos. Un cronista bávaro escribía: «El reino de Hungría, que empezó con el emperador Arnolfo y ha durado tres siglos, ha sido destruido por los tártaros.»

Y lo mismo que los suecos, los lituanos y la Orden teutónica habían tratado de sacar provecho de la derrota de los príncipes rusos, entonces los antiguos rivales de Hungría se sublevaron. Los venecianos, que desde hacía largo tiempo pretendían tener ciertos derechos sobre la costa dalmata, alegaron en favor de su causa que «por consideración a la religión cristiana se habían abstenido hasta entonces de producir un mal al rey, aunque les sobraban motivos para ello». El duque Federico de Austria aprovechó la huida de Bela a Presburgo para atraerlo a uno de sus castillos, en donde le pidió cuentas de una antigua deuda. Bela le entregó todo el dinero que llevaba encima, más las joyas, y, como saldo del resto, tuvo que cederle en garantía tres comarcas situadas en la línea de la frontera austríaca, para poder recuperar su libertad...

Todas las peticiones de auxilio que hizo Bela, una vez libre, fueron inútiles. El Papa tan sólo le remitió cartas consolándolo y aconsejándole «que resistiera valientemente



BATU
(De Alphonse Hubrecht, «Grandeur et suprématie de Peking»)



KUIUK
(De Alphonse Hubrecht, «Grandeur et suprématie de Peking»)



SUBUTAI

a los tártaros»; y el emperador Federico obligó al plenipotenciario del rey húngaro, en nombre de éste, a jurarle vassallaje, en trueque de la promesa «de ser defendido, bajo la protección de su escudo imperial, contra los tártaros»; pero, antes de hacer esto efectivo, debía castigar a los «rebeldes lombardos», los cuales, durante los últimos años, se habían fortalecido nuevamente.

El Papa y el Emperador, los únicos que, por reunir en sus manos los máximos poderes y ser capaces, por lo tanto, de armar el número de hombres necesario para que una masa ingente de combatientes pudiese vencer a la nueva estrategia mongola, se odiaban a muerte. Gregorio IX predicaba Cruzadas contra el Emperador al mismo tiempo que contra los mongoles; y sus adeptos sospechaban que Federico «se había puesto secretamente de acuerdo con los tártaros», e incluso pretendían haber visto a sus embajadores. Y el Emperador reunía sus tropas, no para batir a los mongoles, sino contra los partidarios del Papa y para invadir la Campania. En sus cartas a los reyes de Inglaterra y de Francia, acusa al Papa, por ayudar a los rebeldes, de impedir que «pueda marchar con todos sus ejércitos contra los enemigos de la cristiandad».

Entre tanto, los mongoles, después de las primeras devastaciones, se establecieron en Hungría. Dieron al país una especie de administración, nombrando jueces y funcionarios, instituyendo autoridades en las ciudades y anunciando, por medio de prisioneros liberados, que quien se sometiera podría regresar a su hogar. Entonces, los fugitivos salieron de sus escondrijos en las selvas y montañas, el país se repobló poco a poco, los labriegos compraron semillas, y aun cuando el ganado faltaba, encontraron la manera de procurárselo; bastaba entregar a un jefe mongol una hermosa muchacha húngara para que «volviera a la aldea con ovejas, vacas y cabras». Monedas de cuero mongolas entraron en circulación. El cronista escribe: «Gozábamos de la paz y comerciábamos, y cada cual veía respetados sus derechos.»

VI

Durante el verano y el otoño, el ejército mongol descansó. En la Navidad de 1241 pasó el Danubio helado. En tanto que el grueso de las fuerzas envolvía y asaltaba los puntos fortificados, como Buda y Gran, Batu enviaba al príncipe Kadan en persecución de Bela. Como antaño Subutai persiguió, a través de su propio reino, al sha de Choresm, Mohamed, así Kadan debía hacerlo con el rey húngaro a través del país que todavía era suyo.

En enero, Bela se encontraba en Agram, capital de Croacia, y tampoco él se veía con fuerzas capaces de re-

sistir al mongol. Huyó. En febrero llegaba a la costa adriática, y Kadan, en su seguimiento, atravesó Dalmacia; el rey se refugió en Arbe, una de las numerosas islas que esmaltan aquel trozo de mar. Pero el mongol era tenaz; requirió barcas, y en combate naval, destruyó a la escuadra del rey, el cual otra vez logró salir con vida. La caza real continuó a lo largo de la costa. La primavera sorprendió a Bela en Spalato; un poco más tarde, en Fron, isla fortificada, y aparentemente, el último reducto, que Kadan se aprestó para tomar al asalto; mas cuando todo estaba dispuesto para el último capítulo de la conquista, llegó la orden de Batu de que cesara la persecución...

Mientras Kadan por el Sur y Batu por el Oeste llevaban a cabo la conquista de Hungría, las avanzadas mongolas habían sobrepasado las fronteras. Los bárbaros caballeros se encontraban delante de Korneuburgo, al noroeste de Viena, y hasta la propia ciudad por el lado Sur, «sin haber sufrido pérdidas; se apoderaron de gentes y ganado, volviendo a Hungría», informa la crónica. Vieron allí a las tropas del duque de Austria, de Carintia y de otros príncipes, que se habían reunido. En la cercana Bohemia se encontraban las fuerzas del rey Wenceslao, y Batu se preparaba para una nueva campaña.

En tal sazón llegó a Mongolia un mensajero, después de recorrer 10.000 kilómetros, para informar al príncipe de que en Asia Central había fallecido el Gran-Kan Ugedei y que debía volver.

A pesar de esta noticia, Batu quería continuar la guerra, pero Subutai le recordó la *Yassa*, que ordenaba que, después de la muerte del soberano, todos los descendientes de la casa de Gengis debían, en cualquier lugar en que se hallasen, regresar a Mongolia para elegir, en el seno de un *kuriltai*, un nuevo Gran-Kan. Y la ley de Gengis-Kan importaba más que la conquista de Occidente. Batu levantó el campamento. Europa se había salvado.

CON EL PUEBLO TÁRTARO

1

CUANDO los mongoles se retiraron de Hungría tan rápidamente como inesperadamente habían venido, en el preciso momento en que Occidente se jugaba su propia existencia y todos vislumbraban la importancia del peligro, nadie sospechó que la amenaza sobre el pequeño con-

tmente, en la eterna lucha entre Europa y Asia, había sido desviada sin el menor esfuerzo por su parte. Nadie en Europa sabía de dónde y por qué los mongoles habían venido, ni por qué y adonde se marchaban. ¿En verdad se marchaban, o iban en busca de una nueva víctima? ¿Volverían? ¿Cuándo? ¿En qué momento asestarían el próximo golpe...? El miedo y la inseguridad gravitaban de una manera insoportable, como espantosa pesadilla, sobre pueblos y ciudades, y quedaban indeleblemente impresos en el alma de los hombres. Investigadores hay que creen que, aun hoy día, parte del pesimismo europeo — miedo oscuro e inconsciente— se debe al sentimiento del «peligro amarillo», idea larvada del pánico inspirado por los mongoles a sus antepasados, hace setecientos años. Todavía en nuestros días, en algunas iglesias de Oriente, en la letanía de los Santos se incluye la imploración: «Del furor de los tártaros líbranos, Señor.»

El pueblo deseaba que se produjera algo práctico. Por ello, el papa Inocencio IV, que, en su lucha contra el Emperador, ostentaba el título de defensor de la cristiandad, creyóse obligado a remitir una carta «al rey del pueblo tártaro», con la cual le aconsejaba cesase en sus ataques contra los cristianos y le amenazaba con la cólera divina. Pero... ¿adonde enviar tal carta? ¿Quién era el rey de los tártaros? ¿Dónde se hallaba?

Una misión franciscana dirigida por el obispo de Antivari y el legado pontificio Juan de Plano Carpini fue enviada a Oriente, siguiendo las huellas que aquel pueblo dejara en su retirada. Los dominicos, conducidos por Ezze-lino, debía llevar una copia de la carta al Asia Menor, pues, al parecer, en algún impreciso lugar de ella se encontraban también tártaros. Y, con las cartas, recibían las dos nacientes Órdenes el encargo de «investigarlo todo cuidadosamente y estar siempre ojo avizor», e informarse, al propio tiempo, sobre lo que aquel pueblo desconocido «pensase hacer en el porvenir».

Con sus acompañantes, Plano Carpini se dirigió, ante todo, a Wenceslao, rey de Bohemia. Este los envió, a su vez, al duque de Silesia, en Breslau, y desde allí continuaron, etapa tras etapa, su viaje, siempre protegidos por los príncipes, hacia Cracovia, Galitzia, Volinia y Kiev. En este último lugar terminaba el mundo conocido.

Carpini delibera con los nobles de la ciudad. El viaje de diez meses ha puesto enfermo ya a él y a sus compañeros, y ahora se entera de que incluso tienen que dejar atrás sus caballos, pues de lo contrario éstos se morirían, ya que los tártaros no disponen ni de heno ni de paja: sus monturas escarban con las pezuñas en la nieve para buscar hierbas y raíces.

Pero el hombre viejo y gordo tiene una energía infle-

xible. Se hace llevar adelante en trineos tirados por caballos de postas que se relevan de aldea en aldea, hasta que ••I día decimonono después de la salida de Kiev, precisamente cuando los frailes acaban de montar su campamento nocturno, de improviso surgen jinetes tártaros que lanzan gritos salvajes, «con armas en las manos como diablos furiosos», y se arrojan contra ellos. Los frailes creen que les lia llegado ya la última hora, pero los jinetes se le acercan con curiosidad, le preguntan por medio del intérprete, de dónde vienen y adonde van, y suplican que les den algunos víveres y pan, que entre los mongoles se considera como una golosina.

A partir de este momento, a los enviados les parece como si hubiesen llegado a otro mundo. De posta en posta, son conducidos a puestos de mando de mayor importancia cada vez, han de contar docenas de veces que son enviados del Papa, el jefe de todos los cristianos, quien los ha mandado en busca de los tártaros «porque le gustaría que todos los cristianos fuesen amigos de los tártaros y viviesen en paz con ellos». Y tienen que seguir adelante. Y cuanto más encumbrada es la personalidad ante la cual tienen que comparecer, tanto más rápido se hace el viaje. Finalmente han de estar montados en la silla desde las primeras horas de la mañana hasta bien avanzada la noche; los caballos se los cambian tres y cuatro veces al día, avanzan siempre al trote y nunca ven una ciudad, nunca un asentamiento firme, sólo tiendas de nómadas.

Por la ilimitada llanura, cruzada por anchurosos ríos helados que debieron atravesar, continuaron su ruta para internarse en las estepas. El 23 de febrero encontraron a los primeros jinetes tártaros, y el 4 de abril arribaron al campamento de Batu, en la orilla del Volga.

Parecía una gran ciudad, sólo que, en lugar de casas, se levantaban enormes tiendas cónicas, de dimensiones nunca vistas. Carpini se enteró de que tales tiendas eran desmontables y transportables sobre carros cuya distancia entre las ruedas medía veinte pies, el eje era del tamaño de un mástil de navío y once yuntas de bueyes tiraban de ellos.

Batu tenía veintiséis mujeres y una tienda como las referidas para cada una de ellas. Como rodeada de muros, cada tienda de éstas estaba colocada entre cien o doscientos carros para provisiones y utensilios caseros; y detrás de la tienda, otras más pequeñas para los niños y los servidores. El campamento era tan grande, que Carpini tuvo que galopar entre las tiendas cerca de una hora para llegar a la de audiencias de Batú.

Le era ya conocido el ceremonial de recepción: reverencia ante la entrada de la tienda, no pisar el umbral, entregar el mensaje de rodillas... Pero en tal momento los mon-

jes debían pasar previamente entre dos fuegos, a fin de purificarse de los malos pensamientos que pudieran tener. A continuación, el mensaje papal era traducido «al ruso, al sarraceno y al tártaro».

Mas, de improviso, Batu no quiso decidirse sobre el fondo del asunto; Carpini debía dirigirse, en compañía de Benedicto, su compañero, a Mongolia.

«No sabíamos si íbamos al encuentro de la vida o de la muerte», dice Carpini en su relato. «Derramando lágrimas», los monjes se despidieron de los compañeros que, por orden de Batu, debían permanecer en el campamento. Durante los dos meses que emplearon en trasladarse de Kiev al Volga, estuvieron siempre en territorio komano, donde los frailes pudieron saber, en cierto modo, el objetivo, puesto que el nombre de Batu no era allí desconocido como jefe de los «ejércitos tártaros». Pero no sabían adonde se dirigían ahora.

Los jefes mongoles tenían orden de «conducirlos lo más rápidamente a su destino», y Carpini los veía cabalgar, cambiar cinco o seis veces al día de montura, «y si en el camino algún caballo no podía más, lo abandonaban». Cabalgaban hasta la noche «sin comer», y cuando llegaban demasiado tarde a un campamento, por toda explicación se les decía: «La cena se les servirá mañana por la mañana.» La comida que les daban era muy escasa, por lo que Carpini estaba siempre muerto de hambre y altamente admirado de la sobriedad de los mongoles. Atravesaban desiertos en los que los cráneos y huesos humanos se hacinaban en montículos; pasaban por lugares llenos de ruinas de pueblos y ciudades; escalaban ingentes montañas y, en pleno verano, las patas de los caballos se hundían profundamente en la nieve. Escuchaban nombres de países jamás oídos por los europeos. Esta cabalgata duró desde el 8 de abril al 22 de julio.

Finalmente llegaron al campamento imperial, en donde supieron que entonces, cinco años después de la muerte de Ugedei, su hijo Kuiuk iba a ser coronado Gran-Kan.

II

La antigua enemistad entre Batu y Kuiuk, que había interrumpido durante dos años la campaña europea, era también el motivo de que durante tan largo tiempo no hubiera sido elegido un nuevo Gran-Kan.

Cuando Kuiuk dejó a las fuerzas de Batu, no tenía gran prisa en volver a Mongolia, donde le esperaban los reproches de su padre Ugedei. Así, pues, entretúvose en cacerías y banquetes, hasta que llegó un mensajero, hacía un año, a anunciarle, de parte de su madre Turakina, la necesidad de

que se trasladase a Karakorum, por haber fallecido repentinamente el autor de sus días. Antes de su muerte, designó Ugedei como sucesor a su tío Schiramun; pero, viviendo todavía el último hijo de Gengis-Kan, Tschagatai, y encontrándose éste gravemente enfermo, confió la regencia a la ambiciosa Turakina, la cual debía convocar un *kuriltai* para la elección de un nuevo Gran-Kan, circunstancia que, unida a la de hallarse en Occidente muchos príncipes mongoles, ella aprovechó para que fuese nombrado su hijo Kuiuk. Esto dio principio a una época de intrigas y favoritismos. Era el centro de aquéllas la esclava persa Fathma, favorita de Turakina. El cómplice de Fathma era el musulmán Abdu-Rachman, quien se había apoderado de la Hacienda, imponiendo nuevos tributos en dinero a los pueblos para entregarlos a la regente, con el fin de que ésta pudiera sobornar, mediante regalos, a los magnates que intervendrían en la elección.

Los antiguos y beneméritos consejeros de Ugedei eran depuestos y, para librarse de ser encarcelados, corrían a refugiarse en la Corte de Batu o de otros príncipes, nombrando finalmente Turakina, como gobernante único y absoluto del país, a Abdu-Rachman.

Cuando, al cabo, la nueva de la muerte de Ugedei llegó al *ordu* de Batu y de los otros príncipes, requiriendo su regreso, Kuiuk se encontraba ya en Mongolia y Batu comprendía que era demasiado tarde para emprender cualquier acción contra la influencia de la Regente y de su hijo.

Pero si no podía impedir la elección de su enemigo, podía retrasarla no compareciendo. Sin su presencia, dada su calidad de más próximo descendiente de Gengis-Kan, no podían nombrar un nuevo Gran-Kan.

En consecuencia, no se apresuraba. Lentamente reunía las tropas, atravesando Eslavonia, el Banato, Valaquia, incendiando Belgrado y hasta una docena más de ciudades a lo largo del Danubio, y esperando tranquilamente en la Dobrudcha la llegada de Kadan, quien, entre tanto, atravesaba Dalmacia hasta Ragusa y Cattaro, que había incendiado antes, devastando a continuación, siguiendo la ruta del Sur, Bosnia y Servia, cuyos habitantes se refugiaron en los bosques y barrancos; e invadía Bulgaria, en aquel tiempo ya un reino importante. Después de las primeras derrotas, el zar de Bulgaria se sometió al conquistador mongol, obligándose a pagarle un tributo y formar parte de sus ejércitos.

Este nuevo éxito de Kadan determinó las fronteras occidentales del Imperio mongol. En los llanos del Danubio pasaron revista al ejército y decidieron considerar la cadena de montañas carpáticas, los Alpes de Transilvania y los Balcanes como límites provisionales del *uluss* de Batu. Los países que quedaban tras de las montañas eran aban-

donados a su suerte. Despoblados y debilitados, no podían ser vecinos peligrosos, y sí, en cambio, ser considerados en todo momento como deportivo entrenamiento para ulteriores campañas. Dejaron como gobernador y dictador de regiones limítrofes al príncipe Nogai, a quien se dotaba con las tropas situadas a orillas del mar Negro.

Después de esta campaña, el Volga quedó transformado, de río limítrofe, en central del *ulus* de Batu. El curso del río dividía su feudo en dos mitades casi iguales, y Batu escogió la antigua ciudad de Sarai, cerca de la desembocadura del Volga en el mar Caspio, como capital. Hizo construir edificios y graneros, pero no pensaba abandonar la vida de sus antepasados y hacerse sedentario. En su feudo, Sarai sería el lugar de reunión de los comerciantes, que llevarían de todos los lugares del mundo sus productos y desde donde los esparcirían por villas y principados. Él quería pasar el resto de su vida como Gengis-Kan y su padre Dschut-schi, y para sus emigraciones escogió los fértiles llanos del Volga. Cada primavera trasladábase, con su campamento de tiendas, desde las regiones del mar Caspio, hacia el Norte, hasta Kama, para volver, después del solsticio, por el mismo camino. Al otro lado del Volga, su hijo Sartak, con mujeres, niños y tiendas, seguía igual dirección. Y en invierno, cuando el río se helaba, pasaba sobre el hielo a la otra orilla para saludar a su padre. Aunque Batu y los suyos vestían las mejores sedas chinas y brocados, adornándose con pieles raras y costosas, llevaban encima espesos abrigos mongoles de piel de lobo, de zorro o de tejón. Sus cubiertos y vasos eran de oro y plata, pero la bebida que usualmente contenían estos últimos era el *kumys*, y, diariamente, llegaba al *ordu* la leche de tres mil yeguas.

Así, remontando uno y otro año el curso del Volga, y con diversos pretextos, despedía una y otra vez a los embajadores que le enviaban de Mongolia para ponerse de acuerdo acerca de la fecha del *kuriltai*. Pero al fin comprendió la imposibilidad de demorar por más tiempo la elección de un soberano. Cualquiera principillo mongol podía hacer lo que le venía en gana, y la Regente dejábalos hacer para ganarlos a la causa de su hijo. El reino padecía con tal desorden, por lo cual Batu consintió en convocar el *kuriltai* y prometió asistir personalmente, aunque después se contentó con enviar a su hermano, diciendo que, como a él le dolían los pies y no podía viajar, hiciesen la elección sin su presencia.

III

Se trataba de la elección del «Señor del Mundo». Los poderosos de la tierra acudían de los cuatro puntos cardinales

Rales, de los países ricos en cultura, de las bellas y grandes Ciudades, de las estepas y desiertos mongoles, con ánimo de ivndir homenaje al nuevo Gran-Kan, pedirle determinado favor, que se cifraba las más veces en poder conservar el trono de sus antepasados o evitar una invasión mongola en el propio país. Más de cuatro mil embajadores se reunieron en los llanos de Karakorum, nuevo centro del universo, y, no obstante, ninguno de ellos tenía derecho a penetrar en la empalizada que rodeaba la gran tienda de brocado blanco donde tendría lugar la reunión en que dos mil descendientes de Gengis-Kan elegirían como «soberano y señor» al más digno de entre ellos.

Allí estaba el pueblo, esperando que la elección terminase en la tienda alba. Después, cabalgando durante algunas horas por el llano, iban hacia la «tienda dorada» de Ugedei, hecha enteramente de seda y bordada en oro, con los mástiles forrados por completo de planchas de plata sobredorada; y, desde lejos, veían cómo entronizaban al príncipe Kuiuk...

Entre los potentados, de ricas vestiduras, comparecieron los dos monjes, a los que sobre el pardo sayal pusieron lujosos hábitos: el arzobispo de Antivari y legado pontificio, Juan de Plano Carpini, y su compañero, Benedicto de Polonia. Con prioridad habían entregado la carta del Papa a los cortesanos de Kuiuk y debían esperar pacientemente durante meses, en el campamento imperial, la respuesta que les darían por escrito.

En el campamento encontraron a muchos cristianos nestorianos y prisioneros húngaros y rusos; y, hablando con ellos, supieron la vida y costumbres de los mongoles, y empezaron a comprender el peligro que representaba para el cristianismo un pueblo tan guerrero y acostumbrado a la victoria...

Y un día acabó todo. Recibieron la respuesta imperial y la orden de partir inmediatamente, en pleno invierno, en jornadas interminables, con la misma vertiginosidad con que habían ido.

IV

La respuesta que Kuiuk dio al Papa fue desconocida de Europa hasta el siglo xix. Los eruditos habían hallado una versión latina mutilada. En nuestros días se ha encontrado en el archivo del Vaticano el texto original. Está redactado en persa, lleva el sello mongol de Kuiuk y dice:

«Por la potencia del Cielo Eterno, el Kan que abarca todos los grandes pueblos. Nuestra orden:

»Éste es un decreto dirigido directamente al gran Papa, a fin de que lo conozca y tome nota de él.

»Después de un Consejo con los reyes de vuestros dominios, nos habéis hecho una oferta de acatamiento que hemos sabido por mediación de vuestros embajadores.

»Si en verdad queréis obrar como decís, ven tú, tú que eres el gran Papa, acompañado de los reyes en persona, a reverenciarnos y os daremos a conocer los preceptos de la *Yassa*.

»Otro sí: Decís que sería bueno que fuéramos cristianos. Tú me escribes sobre esto e incluso me requieres a ello. No hemos comprendido tal requerimiento.

»Aún más: Me habéis comunicado estas palabras: "Habéis atacado a Hungría y a otros países cristianos. Esto me extraña. Decid: ¿qué falta habían cometido?" Tampoco hemos comprendido estas palabras. Tanto Gengis-Kan como el Gran-Kan Ugedei hubieron de obedecer las órdenes del Cielo. Pero aquéllos no quisieron creer en las órdenes celestiales. Esos de que habláis mostráronse, incluso, soberbios y dieron muerte a nuestros embajadores. Por ello han sufrido, con la muerte, el castigo del Cielo. ¿Cómo podría nadie matar y conquistar si no fuese por celestial designio?

»Y cuando dices: "Soy cristiano. Rezo a Dios. Compadeczo y desprecio a los demás...", ¿cómo sabes que places a Dios y te concede su gracia? ¿Quién te lo ha dicho, para pronunciar tales palabras?

»Por el Cielo Eterno nos han sido dados todos los países, desde Levante hasta Poniente. ¿Cómo podría obrar alguien, de no ser por orden celestial? Lo que debéis hacer es decir, puesta la mano sobre el corazón: "Seremos vuestros subditos, pondremos nuestro poder a vuestra disposición." Tú en persona, a la cabeza de los reyes; todos vosotros, sin excepción, debéis venir a ofrecernos vuestros servicios y homenajes. Solamente entonces conoceremos vuestra sumisión. Y si no seguís los mandatos del Cielo, y os oponéis a nuestros órdenes, entenderemos que sois nuestros enemigos.

»Os hacemos saber esto. Si obráis en contrario, no sabemos lo que os podrá suceder. Sólo el Cielo lo sabe.»

Y, junto con la carta, llevó Carpini la noticia de que el nuevo Gran-Kan se preparaba para una nueva guerra contra Europa; de que los mongoles volverían a avanzar a través de Hungría, Polonia, Livonia y Prusia, en una guerra de dieciocho años contra la cristiandad, si el Papa y los reyes de Occidente no hacían espontáneamente lo que se les mandaba.

Carpini había visto demasiado para no darse cuenta de que un pueblo, luchando aislado, sería indefectiblemente vencido si los tártaros le atacaban, y de que sólo la unión de todos podía alejar el peligro. Decía que había rehusado a acompañar a una embajada mongola para el Papa, «pues si vieses que entre nosotros existen la discordia y la guerra, sus ganas de combatirnos aumentarían más aún.»

En efecto, la amenaza de la guerra no era vana, y la carta no se prestaba a diversas interpretaciones. La segunda embajada, dirigida por Ezzelino, volvió del Asia Menor con una carta, concebida en parecidos términos, del gobernador Baitschu: «Tus mensajeros han pronunciado palabras fuertes y no sabemos si tú les has encargado hablar así o si lo han hecho por sí mismos. En tu carta dices: "Matáis, destruís y asesináis a muchos hombres." La voluntad invariable de Dios y la orden del Kan que manda en el mundo entero determinan nuestras acciones. El que obedece sus órdenes puede permanecer en su tierra, en su agua y en su propiedad, y depositar su poder en las manos del que domina toda la tierra. El que no obedezca y se oponga, será destruido y exterminado.»

EL NIETO DEL CONQUISTADOR DEL MUNDO

QUINIENTOS carros cargados hasta los topes de oro y plata, sedas y brocados, se hallaban, durante la entronización de Kuiuk, en una colina, próxima a la tienda imperial. Era el tesoro real de Ugedei, que Kuiuk dispuso fuese repartido entre príncipes y duques, los cuales lo regalaban a su gusto a las tropas, séquito y servidores. Cundía el júbilo: tenían un nuevo Gran-Kan generoso y liberal.

^ Había exigido de todos los embajadores de Asia la sumisión y homenaje personal de sus soberanos, y en la respuesta que dio, por mediación de los monjes, a las tierras de Occidente, anunciaba una guerra. Podían, pues, esperarse nuevas glorias y botín, cabalgadas y combates...

Pero los que esperaban que Kuiuk se dedicaría exclusivamente a nuevas guerras, dejándoles las manos libres para hacer su voluntad, se vieron pronto cruelmente decepcionados. Apenas terminadas las fiestas y recepciones, separóse de su madre y se dedicó a administrar justicia, empujando por aquellos que habían abusado en provecho de la Regencia. Los favoritos de Turakina fueron ejecutados, y su amiga Fathma, ahogada, culpada de hechicería. Todos los decretos y disposiciones de su padre Ugedei fueron puestos nuevamente en vigor, y otra vez los antiguos consejeros ocuparon sus puestos.

Los nobles mongoles añoraban la magnanimidad y paciencia de Ugedei y la independencia de que gozaban en los

tiempos de Turakina. Kuiuk era amigo del orden y lo imponía con severidad. Los príncipes que dilapidaban la hacienda de sus respectivos *uluss* eran inhabilitados para la administración, incluso de sus propios bienes. Ordenó que parte del botín obtenido en las expediciones guerreras fuese entregado al tesoro público. Castigó a los generales que esquilaban a los nativos. Y, con estas otras medidas, restringió los derechos de los gengisidas, que habían gobernado el *uluss* como soberanos independientes, exigiéndoles una obediencia ciega, como imponían las leyes de la *Yassa*. Y, como natural consecuencia, reforzó notablemente el poder del Gran-Kan.

Severo y orgulloso, no era dado a las confianzas de nadie. Jamás una sonrisa asomaba a sus labios. Era un favor extraordinario el que se dignara dirigir la palabra a alguien, siendo lo usual que diese sus órdenes en voz baja a sus ministros, los cuales las transmitían en alta voz. Llegó a ser un soberano duro e inabordable, que estaba en todo y no perdonaba falta ni escatimaba reproches.

Sólo una persona se escapaba de sus reprimendas: Sjurkuk-Teni, viuda de Tuli, hijo menor de Gengis-Kan.

La historia de Mongolia es pródiga en mujeres. Fueron viudas que salvaron de la decadencia a su raza, poniendo a contribución energía e inteligencia; que acompañaron al marido a la guerra y lucharon con valor a su lado. Regentes hábiles, grandes intrigantes, sensatas consejeras; y, entre todas, quizá la más célebre fue Sjurkuk-Teni. Prima del soberano de los keraitos, su dominador Gengis-Kan la dio, siendo muy joven, como esposa a su hijo Tuli. Y, a pesar de su corta edad, supo hacerse respetar de todos, hasta el punto de que, al morir Tuli, el Gran-Kan Ugedei quería casarla con su hijo Kuiuk. Sjurkuk-Teni rehusó tal honor, pero supo hacerlo de manera que conservó el aprecio de Ugedei y consiguió no lastimar el orgullo de Kuiuk. Pretextó que tan sólo quería vivir para el cuidado de sus hijos, gobernar en su nombre el *uluss* y educar a los más pequeños.

Y, efectivamente, en su gobierno de Mongolia, raíz del reino, resplandecía un orden perfecto. Cada tribu conocía con exactitud sus pasturajes, los impuestos eran pagados puntualmente y no existían envidias engendradoras de discordias entre los jefes. Sus decisiones eran ley y nunca se la pudo reprochar de haber obrado injustamente. Como en los tiempos de Gengis-Kan, los jefes del *ordu* se hallaban siempre prestos a partir con sus guerreros cuando el Gran-Kan lo ordenase, y como a este *uluss* pertenecían la mayor parte de los nómadas, era, pues, la influencia de Sjurkuk-Teni la que mantenía libre de partidismos y discordias la principal fuerza militar del reino.

Aunque era cristiana nestoriana, mostraba, de acuerdo

con la ley de Gengis-Kan, el mayor respeto por todas las religiones. Su hijo Hulagu fue educado por un maestro nestoriano, mientras que a su hijo Kubilai le dio como profesor un sabio chino. Fundó una mezquita y una escuela mahometana que llevaba su nombre. Dejó marchar a Monke, su primogénito, a Occidente en compañía de Batu, y cuando Kuiuk y otros príncipes abandonaron el ejército, Monke continuó toda la campaña como amigo fidelísimo de Batu. Lo hizo venir para dirigirse, en compañía de sus otros dos hijos, al *kuriltai* que había sido convocado en Karakorum, para prestar el juramento de fidelidad al nuevo Gran-Kan.

II

Kuiuk, que, a fin de reforzar el poder del Gran-Kan, había establecido graduaciones entre los diferentes *uluss*, dejó aparte uno tan sólo: el de su enemigo Batu.

No fue por desidia por lo que Batu prolongó tanto tiempo la Regencia. Quería, en ese intervalo, convertir su *uluss* en un poderoso reino; y lo consiguió. Bien organizado y perfectamente delimitado, gobernaba desde el lago Aral hasta los Cárpatos y Duna. Precisamente el reino que concibiera Gengis-Kan cuando empezó la conquista de los pueblos sedentarios.

Las villas, ducados y principados mongoles eran libres bajo el gobierno de un príncipe, el cual debía obtener en el *ordu* mongol el *Yarlyk* o documento que le daba derecho a reinar. Era responsable ante el Kan de la paz y buena administración de su principado, del pago puntual de los impuestos, de la exacción de los diezmos en pieles, animales, hombres, oro y plata. Sobre los pueblos subyugados no tenía el Kan jurisdicción; tan sólo gozaba del fruto de su trabajo. Era rey de reyes, señor de horca y cuchillo; ante su trono decidía los litigios entre las familias principales, y su sentencia revocaba la tradición.

Así como el campamento de Gengis-Kan fue, en la generación anterior, el centro del mundo, la ciudad de tiendas de Batu llegó a ser lugar de peregrinación para los príncipes de su reino, y, por su magnificencia y lujo, denominábanla «La Horda de Oro».

En los principados y pueblos sedentarios, y en puntos estratégicos, vagaban campamentos mongoles, y entre los campamentos de cada distrito y sus comandantes había organizado un servicio regular de mensajeros. En pocos días, desde el Aral al Vístula podía poner en pie de guerra grandes contingentes de tropas. ¡Ay de los vecinos aventureros, de los príncipes o ciudades que se oponían a las duras exigencias de los *haskaks* — recaudadores de impuestos — del

Kan! Seiscientos mil soldados, cuya cuarta parte eran mongoles nómadas, sin contacto apenas con los habitantes sedentarios, caerían sobre ellos a la menor indicación.

Parecía inútil exigir obediencia a un reino así, por lo que Kuiuk abrigaba, respecto de él, otros planes. Obraba como si olvidase que Batu demoró durante cuatro años su coronación y que fue, asimismo, el único que no se presentó a ofrecer sus homenajes al Gran-Kan. Como si nada hubiera sucedido, Kuiuk, apenas en orden su Imperio, anunció su intención de dirigirse hacia Occidente y renovar la guerra en Europa, terminando al propio tiempo la conquista de Oriente. Pero a sus órdenes no tenía más que un pequeño ejército, insuficiente para el objeto que se proponía. La ruta que debía seguir pasaba por el *ordu* de Batu, y contaba con hacer una leva entre los soldados de éste...

Sjurkuk-Teni presagiaba malas intenciones. El camino pasaba por sus dominios, y sabía que Kuiuk estaba enfermo. Sufría de dolores en las extremidades. Para mitigarlos, bebía excesivamente, y cada vez estaba más sombrío y era más orgulloso. Se sabía que Batu viajaba por la orilla del Volga con un *ordu* de menos de un millar de guerreros, y Sjurkuk-Teni se decidió a actuar. Envío un mensajero para que advirtiera a Batu.

A la chita callando, Batu reunió una tropa más numerosa y se dirigió hacia Oriente, al encuentro de Kuiuk. Ninguno de los dos había mostrado sus intenciones. ¿Quería Kuiuk pedir cuentas a Batu o, como decía, dirigirse a Occidente para continuar la guerra? ¿Iría a estallar, a los veinte años de la muerte de Gengis-Kan, una guerra entre sus nietos, los dos soberanos más poderosos del mundo? Todavía les separaban algunos días de marcha cuando, repentinamente, murió Kuiuk. Su remado había durado menos de dos años.

Después de la muerte de Kuiuk, Sjurkuk-Teni se dirigió, con sus cuatro hijos y jefes de tribu, al encuentro de Batu.

Este acontecimiento era decisivo: Batu era el más allegado a Gengis-Kan, y no quería ver por segunda vez a un Gran-Kan enemigo por encima de él. No obstante, siguiendo la tradición, encargó la Regencia a Ogul-Gaimisch, primera mujer de Kuiuk; pero, al propio tiempo, convocó el *kuriltai* en el campamento en que se hallaba cuando acaeció la muerte de Kuiuk.

En vano los parientes y partidarios del difunto Kan protestaron contra esta convocatoria; inútilmente exigieron que el *kuriltai* se celebrase según la *Yassa*, en el verdadero país de origen de Gengis-Kan. Todos los príncipes de la familia de Dschutschí y de la de Tuli, todos los generales de Batu y todos los jefes mongoles que obedecían a Sjurkuk-Teni se presentaron en el campamento de Batu. Como la reunión

contaba con la mayoría de los gengisidas y de los generales, se creyó en el pleno derecho de votar.

Batu era el más anciano, era soberano del más poderoso *uluss*, era el vencedor de Occidente, y la Asamblea ofreció el trono a Batu.

Pero Batu rehusó. Acostumbrado a las fértiles estepas del Volga, no las cambiaba por el rudo clima de Mongolia. Dueño de un reino, no deseaba más. Y era el momento de premiar la fidelidad de Monke durante la campaña de Occidente y de recompensar el aviso que le diera Sjurkuk-Teni; y señaló al hijo bien amado de Tuli como el más digno de ocupar el trono del Gran-Kan.

Monke fue elegido.

Mas, para que ningún reparo pudiera oponerse a la elección, convocaron un nuevo *kuriltai* en el país de origen de los mongoles, en las fuentes del Onón y del Kerulo, al pie del Burkan-Kaldun, donde yacían los restos de Gengis-Kan; y para que, en aquel sitio, todos los príncipes y duques rindieran acatamiento al nuevo Gran-Kan.

Con esto se realizaba la secreta ambición de Sjurkuk-Teni. La lucha dinástica se había decidido, la herencia de Gengis-Kan pasaba del linaje de Ugedei al de Tuli.

III

Pero los que se consideraban perjudicados no se avenían con el cambio de dinastía. Por dos veces tuvo que requerir Monke a los príncipes partidarios de Ugedei y Tschagatai para que asistieran al nuevo *kuriltai*. Y cuando lo hicieron cargaron, en las pesadas carretas que los conducían, armas en lugar de presentes. Era su intención atacar al nuevo Gran-Kan durante la fiesta de la coronación.

La maquinación fue descubierta, y perecieron todos los contrarios al Gran-Kan, siendo sus guerreros repartidos como siervos entre los fieles. Otros ejecutores se dirigieron con el mismo fin a los lugares de las tropas que operaban en China.

Toda mitigación de castigo era considerada como debilidad. Tanto es así, que el hecho de ser perdonados, en gracia a su temprana edad, unos pocos príncipes (entre los que se encontraba Kaidu, nieto de Ugedei y héroe de la campaña polaco-silesiana), fue suficiente motivo para que sus sucesores se considerasen obligados a fomentar una guerra civil que duró diez años, pues sus partidarios jamás reconocieron como legítimo el paso de la soberanía de la casta de Ugedei a la de Tuli.

No obstante, mientras vivió Monke no hubo rebeldías. Fue el suyo un reinado modelo en el intervalo de los diez años siguientes a la muerte de Ugedei. Monke era un mon-

gol de pura cepa, amantísimo de la guerra y de la caza, únicos objetivos de su vida. De costumbres sencillas, perseguía con saña el lujo y la vana ostentación, llegando hasta vigilar por sí mismo los gastos de sus esposas. Y, al obrar así, no le guiaba la sordidez. Ordenó que se pagasen todas las deudas contraídas por sus antecesores, y, al considerar la miseria en que yacían los pueblos subyugados, debido a un esquilmo de diez años, prohibió que les fuesen exigidas las deudas atrasadas y restauró el impuesto progresivo, pues decía que prefería conservar dichos pueblos a llenar el tesoro público. Todo el caudal lo dedicaba al mantenimiento de los guerreros, y a quienes le enviaban presentes en oro y objetos de lujo les hacía saber que prefería guerreros a tesoros, que le enviaran tropas.

Con esta lucha contra el lujo trataba de salvar a los mongoles de la molicie que fomenta la riqueza. Los quería duros para la fatiga y despreciadores del peligro, tal como los deseaba Gengis-Kan, para así terminar la conquista del mundo, interrumpida por la muerte de Ugedei.

Es preciso hacer notar que esta generación de nietos se consideraba designada para llevar a cabo la obra de sus antepasados.

Pero en tanto que Gengis-Kan sólo veía este objetivo: extender el dominio de sus nómadas sobre el mundo entero, sin preocuparse del cómo ni del porqué, Monke reflexionaba más. Alguna duda debió de, asaltarle sobre el porvenir cuando, casi sin consejo, escribió al rey Luis: «Cuando, por el poder del Dios Eterno, el mundo entero, desde donde el sol nace hasta donde se pone, sea único en la paz y en la alegría, entonces ya veremos lo que debemos hacer.»

La dominación mundial era para él un deber que debía llevar a cabo sobre millones de cadáveres, pero ¿qué hará de ese dominio, una vez conseguido...? Entre la idiosincrasia de Gengis-Kan y la de su nieto, que tanto se le parecía, mediaba un abismo.

Sin embargo, su idiosincrasia no era la misma. No había sido vana la labor de Yeliu-Tschutsai. Monke y sus súbditos conocían los refinamientos de la civilización. El propio Gran-Kan era amante de las letras y las artes; se rodeaba de sabios y escuchaba encantado las discusiones filosóficas y sobre temas religiosos. Una vez que envió a su hermano Hulagu al Asia Anterior, entre otras cosas les ordenó que destruyese el califato y salvara al gran matemático Nafréd-Din y lo condujese, con todos los honores, a Karakorum, en donde quería construirle un observatorio. Tenía una cancillería integrada por funcionarios persas, ujueros, chinos, tangutos y tibetanos, a los que encargó componer diccionarios en aquellas lenguas.

La ejecución del testamento de Gengis-Kan, «conquistar al mundo entero», no era una utopía; si los mongoles se

conservaban unidos, cabía en lo posible. Nunca se había concebido un plan tan vasto como el de la conquista del mundo, y nunca estuvo tan cerca de ser una realidad como entonces.

Habían transcurrido veinticinco años desde la muerte de Gengis-Kan; tres soberanos habían ocupado el trono y, en los interregnos, habían pasado por épocas turbulentas, con gobiernos egoístas y sobornables, discordias intestinas, guerras civiles, y dos de las cuatro ramas gengisidas habían desaparecido; pero, como roca incommovible, los ejércitos mongoles, a pesar de tales vicisitudes, permanecían invencibles. Monke podía, por aquel entonces, poner en pie de guerra un millón de hábiles guerreros, alud que no se detendría hasta los confines del mundo, «hasta que sobre la tierra no hubiese más que un soberano, así como en el Cielo no había más que un Dios».

OFENSIVA GENERAL

1

MONKE distribuyó de nuevo el mundo.

Cuando, antes de morir, Gengis-Kan determinó los cuatro *uluss* para sus cuatro hijos, dio a Ugedei el Asia Oriental y el trono. Sus sucesores habían perdido ambos. El Asia Oriental estaba disponible, y Monke nombró gobernador de Chin a su hermano Kubilai, que había sido educado por el sabio chino Yao-shi. Kubilai debía continuar la guerra contra el Imperio Sung, al sur de China. El Asia Central, desde el Turkestan hacia Occidente, pertenecía a los descendientes de Tschagatai, pero el *uluss* que les asignó Gengis-Kan no llegaba más allá del lago Aral y el Oxus, y Monke no pensaba en acrecer su poder dándoles Persia, que había sido conquistada posteriormente. Al Asia Anterior envió a su hermano Hulagu y le dio «por cada diez tiendas diez guerreros» para que sometiera a los reinos que se extendían más allá del Oxus.

De esta forma, el mundo Mongol adquirió un nuevo aspecto. Los hijos de Tuli reinaban sobre toda la extensión comprendida entre el mar de China y el mar Caspio. Monke nombró como su representante en Mongolia a su hermano menor Arik-Buka.

Tan sólo el reino de Batu, el *uluss* Dschutschi, quedó inalterado, pero a pesar de la amistad que le unía a Batu, las conquistas que Monke podía realizar en Asia le im-

portaban bastante más que el Occidente, el cual correspondía, de acuerdo con la división establecida, al wluiss de Batu. A esto debió Europa el no ser invadida, y la primera invasión mongola, comparada con ésta, hubiera sido un débil preludio.

II

El ataque general en Asia se desencadenó simultáneamente contra el Este y el Oeste, poco después, las fuerzas mongolas pasaban el Tigris, y los mensajeros de Hulagu cabalgaban al encuentro del califa Mustassim, nieto de Nasir, aliado de Gengis-Kan contra el sha de Choresm. Durante cinco siglos la dinastía abasida reinó en Bagdad, pues, aunque perdieron el poder temporal, continuaron siendo los jefes del mundo musulmán. Entonces Hulagu exigió al Califa la demolición de las obras de defensa de Bagdad y que prestase acatamiento y pagara el tributo.

El Califa le respondió: «Joven envanecido por diez días de fortuna, eres a tus propios ojos el dueño del Universo y crees que tus órdenes son decisiones del destino. Así, pues, marcha por el camino de la paz y vuelve a Chorassan.» El embajador de Mustassim advirtió que quien pusiera la mano sobre el Califa era hombre perdido, y el astrólogo de Hulagu, que era musulmán, pronosticaba que caerían seis desgracias sobre los mongoles si atacaban la capital del Mam.

Esta profecía le costó la vida al astrólogo, y su sucesor prometió a Hulagu una victoria aplastante.

Tras una semana de lucha, el Califa hallóse en plena derrota y, un día después, las vanguardias del ejército mongol se encontraron ante Bagdad, centro religioso del Islam. El asedio duró tres semanas; luego, los arrabales fueron tomados al asalto y el Califa capituló sin condiciones. Durante seis jornadas, la ciudad fue saqueada día y noche; las mezquitas, incendiadas, la gente, asesinada..., y, finalmente, Hulagu la declaró propiedad suya, y a los sobrevivientes, sus subditos, prohibiendo toda nueva violencia. Desde el principio de los disturbios, los cristianos, refugiados en sus iglesias, nada sufrieron, pues era una antigua política de los mongoles atraerse la parte de población enemiga de la nación dominante.

Se obligó al Califa a indicar personalmente dónde había escondido sus riquezas, y todos los tesoros acumulados durante quinientos años por los abasidas yacieron, amontonados, ante la tienda del nieto de Gengis-Kan. Hulagu ofreció un lingote de oro al Califa, al cual, desde su captura, no le había dado nada de comer. «Toma y come», le dijo. «No es posible comer oro», contestó el Califa. «Si lo sabáis,

¿por qué no me lo enviaste?—preguntó el mongol, añadiendo—: ¡A estas horas estarías tranquilamente en tu castillo, comiendo y bebiendo sin preocupación alguna!» Y ordenó que fuese pateado por los caballos hasta su muerte...

Luego los mongoles se dirigieron hacia Mesopotamia y Siria. Tan sólo las ciudades que les abrieron sus puertas sin ofrecer resistencia fueron respetadas. Los príncipes que se presentaban espontáneamente ofreciendo su acatamiento podían continuar gozando de sus dignidades y posesiones. Alepo, que se defendió, fue tomado al asalto y entregado al saqueo durante cinco días, y sus habitantes, asesinados o reducidos a la esclavitud. Damasco, al abrir sus puertas a Hulagu, fue respetado. Éste nombró gobernador de la ciudad a un príncipe musulmán. Cierta día, los defensores de una plaza fuerte, invocando su ignorancia de la religión de Hulagu, exigieron que fuese un musulmán quien jurase sobre el Corán que los habitantes serían respetados. Se prestó el juramento, pero, no obstante, todos los ciudadanos fueron pasados por las armas por haber dudado de la palabra de Hulagu...

Gengis-Kan inició la conquista del Asia Anterior destruyendo el reino de Choresm. Durante la regencia de Ugedei, los ejércitos mongoles extendieron su dominación hasta Armenia. Fue Hulagu quien, con la destrucción del califato, terminó la conquista del Asia Anterior. Incesantemente penetraban sus mongoles a través de Mesopotamia y Siria, hasta las costas del Mediterráneo. Los musulmanes huían por doquier, las propiedades eran vendidas por sumas irrisorias, mientras que el precio de los camellos subía de un modo fabuloso. No les quedaba a los musulmanes más refugio que Egipto, último baluarte del Islam. Pero Hulagu no tardó en enviar sus embajadores al sultán de Egipto, con la orden de sumisión...

III

La situación de Oriente era crítica, tanto desde el punto de vista militar como del industrial. Al morir Ugedei, los mongoles, faltos de dirección, sin plan guerrero, se conformaron con dar batallas fronterizas en el norte de China contra las tropas del reino Sung de la China del Sur. Y cuando nuevos y hábiles generales Sung no solamente resistieron, sino que pasaron a la ofensiva, arrancándoles varias ciudades, los generales mongoles volvieron a la antigua táctica de los caballeros de las estepas: hacer incursiones en las provincias enemigas con el único objeto de enriquecerse por medio del saqueo. Las consecuencias no se hicieron esperar. Las aldeas y ciudades quedaron desiertas,

los campos se cubrieron de cizaña y, entre los dos reinos de Chin y de Sung, se formó una amplia faja de terreno desértico.

Una vez decidido el ataque general contra los Sung, Kubilai emprendió primero una expedición envolvente, que, con justo título, puede parangonarse con las más audaces de Gengis-Kan.

El reino Sung se extendía a todo lo largo de su frontera norte, protegido por los ríos Hwai-ho y Han-kiang, montañas y fortalezas. Tratar de dominarlo únicamente por el Norte hubiera sido imposible. Durante centenares de años le fue dado constituir ejércitos en sus llanuras y nuevas líneas fortificadas detrás de sus fronteras. Si quería luchar con éxito contra el reino Sung era menester envolverlo, como antes se hiciera con el reino Chin, partiendo de Occidente para atacarlo simultáneamente por el Norte y el Sur. Pero, al Oeste, el reino Sung se apoyaba en una infranqueable barrera, una enorme cordillera cuya longitud excedía de los mil kilómetros, y los abruptos picos del Kuen-lun y del Himalaya, que, como un muro, separaban herméticamente las amplias llanuras chinas de las altiplanicies del Tíbet.

Y Kubilai penetró con 100.000 hombres en aquellas formidables montañas que se tenían por infranqueables. Desde Ning-hsia, la antigua capital de Hsi-Hsia, emprendió la marcha y condujo a sus jinetes, a través de un valle, hacia el Sur, a la región de los gigantes de hielo; cruzó algunos puertos y descendió a otra región fluvial, desvióse hacia el Oeste, cabalgó con sus hombres por senderos de la montaña, en elevados valles helados de la región, limítrofes del Tíbet. Tribus guerreras, que no reconocían soberano alguno y defendían cada camino y cada vereda, obstaculizaron su ruta. Los mongoles se vieron obligados a luchar continuamente, pero siempre salían victoriosos. Subyugaron una tribu tras otra, y éstas hubieron de prestarles guía hasta la tribu próxima, entregarles víveres y cubrir con sus propios guerreros los huecos que ellas mismas habían causado en las filas mongolas. Y así prosiguió su ruta, luchando a cada paso y avanzando más de mil quinientos kilómetros a través de un mundo montañoso que jamás ejército alguno había hollado. Luego, Kubilai llegó al Kin-scha-kiang, límite actual de los Yunnan. Allí, las tropas del reino Nan-Tschao, ayudadas por toda la población indígena, les cerraron el paso, y sus embajadores, que exigían la sumisión, fueron asesinados. Los mongoles atacaron y derrotaron al enemigo. El rey se salvó huyendo a una fortaleza de la montaña, que fue tomada por asalto. Huyó a la ciudad de Yunnan, y Kubilai envió en su persecución al general Uriang-katai, uno de los hijos del gran Subutai, mientras él se dirigía hacia Ta-li, la capital del país. Era ésta una

ciudad poderosamente defendida, cuyo asalto se llevó a cabo al día siguiente.

Kubilai estaba sentado ante el fuego del campamento con el sabio Yao-shi, su antiguo preceptor chino, que le contaba la historia de un general legendario que tomó una ciudad enemiga sin matar a un solo hombre y sin que en la plaza tomada se cerrase una sola tienda. Cuando Yao-shi acabó su relato, Kubilai exclamó: «¡Lo que acabas de contar es una leyenda, pero mañana yo haré que sea una realidad!» Y ordenó a sus mongoles que extendiesen ante la capital, Ta-li, gigantescas banderas de seda con la inscripción: «¡Bajo pena de muerte, no matar!» Condujo sus banderas por los mercados y plazas públicas, y en parte alguna levantaron la mano contra ellos. Ningún mongol, ningún habitante perdió la vida. Kubilai tan sólo mandó ejecutar a dos de sus comandantes por no haber obedecido la orden de no matar.

Luego, él mismo corrió hacia la ciudad de Yunnan, y cuando el rey, viendo la imposibilidad de salvarse, se entregó, no le hizo daño alguno, a pesar de que había mandado asesinar a los enviados del Kan, crimen que los mongoles solían castigar irremisiblemente con el exterminio de todos los culpables. Se conformó con enviarle a Karakorum para que ofreciese su acatamiento a Monke, y pudo regresar a su reino como príncipe vasallo.

La marcha a través de las montañas y la toma de Yunnan duró un año y tres meses, cayendo el país en manos de los mongoles. Y Kubilai regresó a Chin, dejando a Uriang-katai encargado de asegurar y construir las bases a espaldas del reino Sung.

De los cien mil mongoles que partieron con Kubilai, tan sólo quedaban con vida veinte mil. Las cuatro quintas partes del ejército habían desaparecido durante las batallas o a consecuencia de enfermedades, pero fueron sustituidos por nativos de todos los pueblos vencidos, y el ejército estaba tan presto al combate como el primer día. Monke podía estar satisfecho. Sus mongoles eran como él deseaba: unos guerreros endurecidos, inexorables, que no tenían compasión de los demás ni de sí mismos. Seguían siendo igual que en tiempos de Gengis-Kan. Tan sólo en ciertos momentos parecía como si un espíritu diferente animase a sus guerreros, y era cuando los conducía Kubilai.

Aunque valiente y hábil general, Kubilai no podía renegar de su educación china. El primer acto que realizó, después de su nombramiento como gobernador de China, fue llamar a su antiguo preceptor Yao-shi, quien le entregó una Memoria escrita por él, referente al mejor sistema de educación. Y al entregar la Memoria a su educando, Yao-shi, como verdadero chino, le dio también el lema de conducta: «El núcleo de todos los países y pueblos, de todas

las riquezas, es el Reino del Centro, ¡oh príncipe! Pero tratarán de separarte de tu pueblo. Por consiguiente, será más ventajoso para ti no mandar más que el ejército y confiar el gobierno a los funcionarios.» Y Kubilai siguió estos consejos. Se conformó con la dirección de las operaciones guerreras y creó autoridades civiles, entre las cuales había chinos, para la administración de las provincias. Dio semillas, bueyes y vacas a los labradores, distribuyó a las guarniciones terreno y permitió a los soldados instalarse allí como colonos. Este mismo espíritu caracterizaba ya su campaña, llenando a los mongoles de desconfianza. Por las medidas tomadas, Kubilai se granjeó el amor de los chinos, pero, al propio tiempo, se hizo sospechoso en la Corte de Monke.

Cuando, al regresar a sus provincias, permitió cierto bienestar a los habitantes empobrecidos (con el fin de mitigar los males causados por la guerra), no exigiendo impuestos de guerra, su hermano Monke lo destituyó, haciéndole regresar inmediatamente a Mongolia, y envió un nuevo gobernador, cuyo primer acto fue destruir toda la administración china instituida por Kubilai y hacer ejecutar a sus principales funcionarios.

Furioso, Kubilai quiso movilizar inmediatamente sus tropas para marchar contra su hermano, pero el prudente Yao-shí le aconsejó:

— Eres el primer subdito de tu hermano y debes dar ejemplo de sumisión y obediencia. Envíale tus mujeres e hijos y vete tú mismo a él, ofreciéndole todo lo que posees, tu vida y la de ellos.

Una vez más, Kubilai fue lo suficientemente discreto para seguir el consejo.

El Gran-Kan, al ver que su hermano obedecía, sumiso, sus órdenes, olvidó su desconfianza y todas las acusaciones levantadas contra él. El encuentro trocóse en una conmovedora reconciliación. Los dos hermanos no podían contener las lágrimas al abrazarse. En primer lugar, Monke confirmó a Kubilai en todos sus feudos; luego mandó preparar grandes festejos y, durante éstos, se decidió a emprender la guerra definitiva contra Sung, que, una vez más, había encarcelado a una embajada. Esta guerra debía efectuarse conforme al testamento de Gengis-Kan: «En todas circunstancias hay que llevar hasta el fin una guerra emprendida.»

Monke deseaba participar personalmente en la campaña. Dejó en Karakorum a su hermano Arik-Buka como lugarteniente; fue en peregrinación a las fuentes del Onón y del Kerulo para ofrendar al Cielo sobre la tumba de Gengis-Kan e implorar su bendición para la guerra, que iba a emprender, empezando entonces el ataque concéntrico, por tres lados a la vez, contra el reino chino del Centro. Penetró por el Noroeste con tres ejércitos; en Sze-tschan conquistó una serie de ciudades y empezó el asedio de la

plaza clave Ho-tschau, defendida según todas las reglas del arte y de la técnica militar. Kubilai irrumpió por el Norte, desde Honan, conquistando el país al norte de Yang-tse-kiang, atravesando el río y envolviendo a la poderosa Wu-tschang-fu, mientras en el Sudoeste, Uriang-katai penetraba, por el Yunnan, en el Este, incendiando y destruyéndolo todo a su paso. Luego, haciendo un repentino viraje, después de tomar Kwei-ling-fu, se dirigió hacia las llanuras de Yang-tse-kiang, haciendo inminente la unión con las tropas de Kubilai y, por lo tanto, la división del país en dos partes.

Ante todo, era necesario proteger el Yang-tse-kiang, arteria principal del país. Kia-se-tao, primer ministro de Sung, acudió, al frente de un poderoso ejército, en socorro de Wu-tschang y Han-kou; pero, en lugar de aceptar la batalla, prefirió entrar en relaciones con Kubilai. Le ofreció tributos en oro, plata y sedas, queriendo fijar nuevamente los límites entre ambos reinos, y se declaró dispuesto a reconocer la supremacía de los mongoles sobre el reino de Sung...

En aquel preciso momento, Kubilai recibió la noticia de que una epidemia de disentería se había declarado entre las tropas de Monke, acampadas ante Ho-tschau, y que el Gran-Kan acababa de fallecer, víctima de la enfermedad. Sus tropas estaban ocupadas en levantar el asedio y preparábanse para regresar a Mongolia.

Kubilai aceptó inmediatamente la oferta de Kia-se-tao, ministro de Sung, y regresó al Norte, hacia sus provincias.

KUBILAI

I

IA ley de la *Yassa* determinaba que, a la muerte del Gran-Kan, todos los príncipes de la familia de Gengis, sin que importara dónde se encontrasen, debían dirigirse a Mongolia y allí, todos reunidos, elegir entre ellos como soberano al más digno.

Pero al morir Monke, Borke, el Kan de la Horda de Oro, sucesor de Batu, encontrábase cerca de la desembocadura del Volga, rodeado de sabios y artistas y ocupado en la construcción del Neu-Sarai, su capital. Las campañas de sus tropas, que acababan de devastar nuevamente Polonia y Lituania y se entretenían en expediciones de castigo contra las ciudades rusas donde los cobradores de impuestos

mongoles habían sido asesinados, le preocupaba mucho más que la cuestión de cuál de los hermanos de Monke subiría al trono...

Después de la destrucción del Califa y la sumisión de Jos sultanes selyúcidas del Asia Menor, Hulagu, regente del Asia Anterior, estaba a punto de conquistar Siria y crear un reino que se extendiese desde el Oxus hasta África. No obstante, se puso inmediatamente en camino hacia Mongolia. Pero como, durante su ausencia, el sultán de Egipto derrotó a sus vanguardias cerca de las fronteras de Siria, matando a su general Ket-Buka, regresó lo antes posible.

Kubilai hizo saber a su hermano menor, Arik-Buka (quien, al marchar Monke contra los Sung, quedó como gobernador en Karakorum), que deseaba reconducir primero sus tropas a los correspondientes distritos, para asistir después al *kuriltai*.

Mientras tanto, los jefes mongoles se sentían llenos de desconfianza respecto de Kubilai. No era un verdadero nómada como ellos; sólo pensaba en sus chinos, en que no se les hiciese daño, y en rodearse siempre de sabios; pero como en el Consejo y como general gozaba de gran consideración, había muchas probabilidades de que fuese elegido Gran-Kan si llegaba el primero al *kuriltai*. Por lo tanto, se reunieron lo más rápidamente posible y entronizaron a Arik-Buka, pretextando cumplir así la voluntad de Monke, ya que, al dejarle a él como lugarteniente suyo en Mongolia, había indicado tácitamente el deseo de que fuese su sucesor.

La respuesta no se hizo esperar: Kubilai, a su vez, se hizo proclamar Gran-Kan en un *kuriltai* conyocado en Schang-tu, a orillas del Dolon-Nor, por sus parientes, los generales mongoles de los ejércitos de China y los gobernadores de las provincias chinas. Treinta años después de morir Gengis-Kan, su ley prescribiendo que la elección del soberano debía hacerse en presencia de todos sus descendientes, y prohibiendo, bajo pena de muerte, la elección de un soberano rival, estaba olvidada, y lo que quiso impedir sucediera durante miles de años, aconteció: la guerra de sucesión. Dos de sus nietos, nacidos mientras él vivía, estaban a punto de disputarse el trono con las armas en la mano.

El *kuriltai* celebrado a orillas del Dolon-Nor no solamente eligió un soberano rival, sino que constituyó un momento crítico en la historia del mundo. En efecto, dio una nueva dirección al Imperio mongol, cambiando a la vez todo el destino de Asia. Esta elección no satisfacía a Kubilai, sabiendo que era rebatible, y, por lo tanto, se hizo coronar «Hijo del Cielo» por príncipes, generales y mandarines mongoles. Lo mismo que Carlomagno, heredero de los soberanos germanos, se hizo heredero de los Césares por su

coronación en Roma, el Gran-Kan Kubilai se arrogaba, como «Hijo del Cielo», la herencia, varias veces milenaria, de los emperadores chinos. Iba más lejos todavía que Carlomagno, ya que transfirió, desde las estepas mongolas, su residencia a China.

Jamás Gengis-Kan, el conquistador del mundo, ni Monke, el último Gran-Kan mongol auténtico, soñaron en figurar en la galería de antepasados de la dinastía china. Si lo ocurrido ahora no tenía remedio, con la transferencia de la residencia imperial desde la patria nómada a la muy antigua y gigantesca Pen-king (la actual Pekín), Kubilai desviaba el eje de la dominación mundial. Puesto que, de conquistador mongol de China, había llegado a ser el soberano de los chinos, transformaba Mongolia, núcleo del Imperio mundial de Gengis-Kan, en un simple distrito militar, en una provincia del Imperio chino engrandecido, poniendo el poderío mongol al servicio de China. Tal cambio era la victoria de Yeliu-Tschutsai sobre Gengis-Kan, el triunfo del portador de la vencida cultura china sobre los bárbaros mongoles victoriosos.

El primer efecto de esta elección hecha a orillas del Dolon-Nor era una formidable reacción del mongolismo nacional, que veía sobrepasados, con creciente desconfianza, sus peores temores. Debido a ello, la mayoría de los descendientes de Ugedei, Tschagatai y Monke se agrupaban todavía más estrechamente en derredor de Arik-Buka, el cual emprendió inmediatamente la lucha contra su hermano.

Pero ahora quedaba demostrado que el acto de Kubilai sólo era la expresión externa de un traslado del poder consumado ya efectivamente. Arik-Buka fue vencido por las tropas mongol-chinas de Kubilai. Karakorum, su capital, dependía por entero de la importación china, y fue reducida al hambre. Las tropas de Monke que se encontraban todavía en el oeste de China, en Schen-si y Sze-tschuan, tuvieron, después de la derrota y bajo la presión de Kubilai, que evacuar las provincias. Rechazado hasta el desierto del oeste de Mongolia, con un ejército mal provisto, carente de víveres y cuyos caballos, después del hambre del invierno, estaban debilitados, a Arik-Buka no le quedaba esperanza alguna de resistir a las bien equipadas tropas de Kubilai.

Fingió sumisión y, cuando sus caballos estuvieron descansados, quiso presentarles sus respetos. Kubilai le creyó, dejó una vanguardia en Mongolia y envió las demás tropas a sus distritos. Pero Arik-Buka incumplió la palabra dada, atacó y destruyó la vanguardia y atravesó el desierto. Nuevamente reunió Kubilai sus tropas y, en los límites del Gobi, logró derrotar a Arik-Buka, pero prohibió a sus soldados que persiguiesen a los fugitivos. «Son cosas de niños — decía —. Si tiene seso, ya reflexionará y se arrepentirá.»

Pero el astuto mongol desconocía el arrepentimiento. Reuniendo nuevas tropas, reanudó la guerra hasta que, completamente agotado y (a causa de sus crueldades para con los oficiales mongoles del ejército enemigo) abandonado por sus propios partidarios, se vio obligado a entregarse a discreción. Y, una vez más, Kubilai fue lo suficientemente magnánimo para perdonarle la vida.

Pero esto no puso fin a la resistencia mongola. Kaidu, nieto de Ugedei, el héroe de la campaña polacosilesiana cuando la invasión de Europa, se colocó al frente de los rebeldes. Sintióse el verdadero heredero y defensor del mongolismo puro, y es significativo que su modo de combatir contra Kubilai se pareciese por completo al que seguían antaño los jefes mongoles en sus guerras contra el emperador Chin. Tan pronto como, en el extenso Turquestán y en las gargantas del Altai, donde se encontraban los *ardus* de sus partidarios, hubo reunido bastantes guerreros y material de guerra, penetró en los dominios de Kubilai, devastando y saqueando algunas regiones. La táctica guerrera de Kubilai era también la que antiguamente empleaba el emperador Chin., Igual que éste, en otros tiempos, se conformaba con rodearse tan sólo de tropas de vigilancia colocadas a lo largo de la Gran Muralla, Kubilai no pensó siquiera o en enviar sus ejércitos a las abruptas montañas del Altai. Limitábase a rodear totalmente el país de Kaidu mediante cordones militares, y cuando éste conseguía atravesar uno de ellos, Kubilai mandaba contra él un ejército. Era la antigua costumbre utilizada por los chinos contra sus vecinos nómadas, eternamente inquietos, que se aplicaba una vez más. La única diferencia era que ahora los límites de China habían retrocedido hasta el Altai y, por consiguiente, los ataques mongoles ya no podían herir los centros más importantes del Imperio. Los mongoles no se habían debilitado, pero China, gobernada a la manera mongola, se había fortalecido. Y aun cuando Kaidu consiguió poner en línea de combate un ejército de 100.000 hombres, éste estaba ya rodeado y derrotado en Mongolia, pues sus enemigos ya no eran los pesados ejércitos chinos, sino jinetes mongoles como los suyos y, además, mejor disciplinados, mejor equipados y más hábilmente formados mediante tropas de infantería. Tanto durante los avances como en los repliegues, los infantes, armados de lanzas cortas y sables, cabalgaban a la grupa de los jinetes y se apeaban con el fin de herir a los caballos enemigos antes o después de los ataques de la caballería.

Y lo mismo que, en otros tiempos, las incursiones de los mongoles saqueadores no impidieron a los emperadores Chin emprender otras acciones guerreras, así los ataques de Kaidu no impidieron a Kubilai reanudar la gran lucha contra el reino Sung.

Una vez más había generales, coírio antiguamente Subutai, Dschebe y Muchuli, que conducían los ejércitos mongoles victoriosos a través de todas las regiones del país enemigo. Todavía, durante la tercera generación, la escuela de guerra de Gengis-Kan obtenía triunfos. Atschu, nieto de Subutai, tomaba por asalto fortalezas y derrotaba al enemigo tanto y tan bien como lo hicieron su padre y su abuelo. El nombre de Bayan, generalísimo de los ejércitos que luchaban contra los Sung, es digno de ser colocado al lado de los más famosos generales de Gengis-Kan. Más tarde, los Sung se arrepintieron de su reto: el encarcelamiento de los embajadores y el asesinato de los plenipotenciarios. Bayan se dirigió (tomando todas las plazas fuertes, destruyendo a todos los ejércitos) en línea recta hacia Hangtschou, magnífica residencia de los Sung, la mayor y más hermosa ciudad del mundo, con 1.600.000 familias. Como Venecia, estaba totalmente atravesada por canales, sobre los cuales pasaban 12.000 grandes y pequeños puentes de piedra. Sus calles estaban trazadas de modo que, a cada lado de los canales, había libre tránsito de carros, mientras que, por debajo de los puentes, los navios de mayor calado, con los más elevados mástiles, podían pasar holgadamente. Gracias a una excelente canalización, las calles adoquinadas permanecían limpias aun durante, días lluviosos y se secaban inmediatamente. Edificios y torres de piedra construidos en cada calle servían de refugio y de almacenes de víveres en los casos de incendios. La policía desempeñaba las funciones de los bomberos y estaba distribuida de manera que, a la menor alarma, se podía disponer fácilmente en cada distrito de mil o dos mil hombres. Sobre cada puerta había una lista de todos los ocupantes de la casa, incluidos ancianos y niños. Los hoteles y fondas tenían la obligación de anotar la hora de llegada y salida de cada huésped. Barrios enteros de recreo, parques para excursiones, un lago magnífico rodeado de palacios, templos, monasterios y jardines (en los que se podía alquilar góndolas, tomar baños calientes y fríos, y donde — como anota, extrañado, Marco Polo — «todos solían bañarse diariamente, en particular antes de las comidas») constituían las características de esta «ciudad celestial». Y contra esta ciudad de placeres y alegría, contra este puerto y mercado, quizás el más rico del mundo, marchaban Bayan y sus mongoles.

La emperatriz madre, que ejercía la Regencia en nombre del emperador, de siete años de edad, ofrecía la paz. Bayan rechazaba toda entrevista. El embajador trataba de disuadir la compasión de los «bárbaros». ¿Acaso los mongoles querían guerrear contra un niño indefenso, arrebatándole su Imperio...? La respuesta de Bayan le hizo enmudecer: «¿Acaso el ministro de la dinastía Sung ignora que su fundador arrebató también el reino a un niño de corta edad...?»

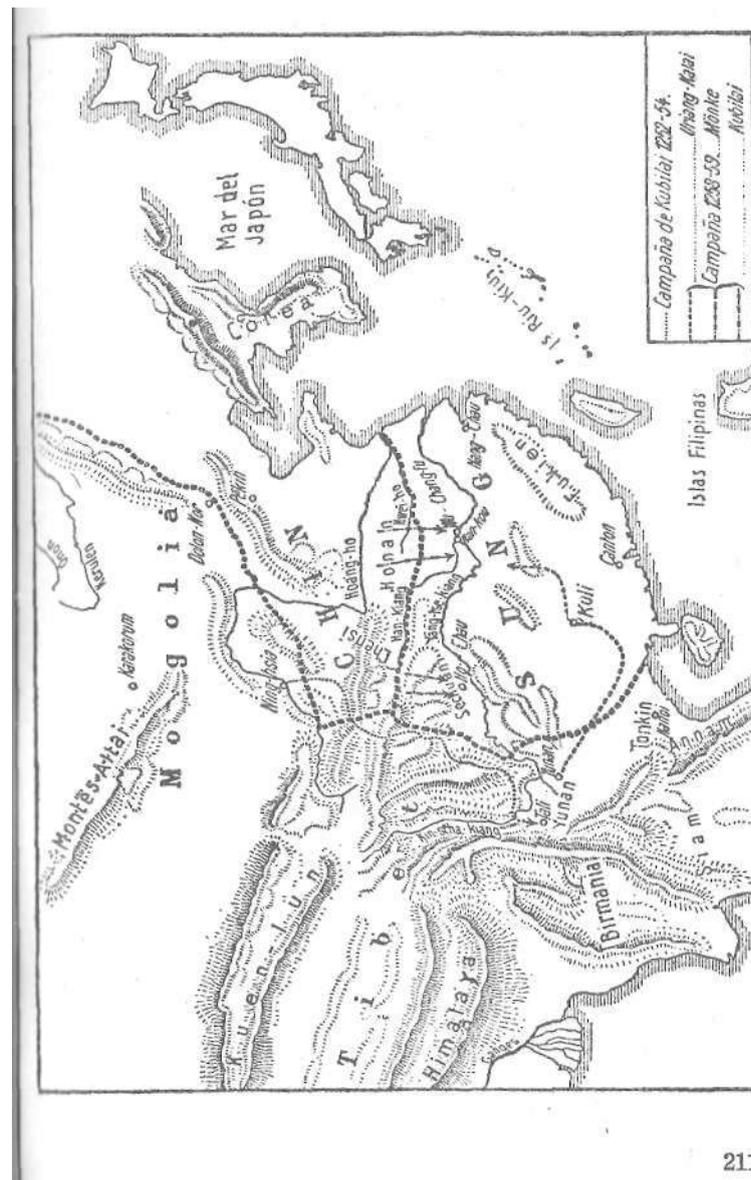
Los salvajes jinetes de la tercera generación habían llegado a ser sabios sin haber perdido un ápice de su espíritu guerrero.

Y con aquel cambio espiritual conquistaron también sus costumbres. Ya no se mataba a la población ni se destruían las ciudades conquistadas, sino que se tomaba posesión de las mismas, gobernándolas. Cuando la emperatriz, en señal de sumisión, envió su sello imperial ante la puerta de Hang-tschou, Bayan mandó hacer una entrada triunfal. Sus mongoles no saquearon ni mataron; en lugar de eso, los mandos, por orden expresa, reunieron todos los sellos oficiales, en señal de poderío... Las obras de arte, los libros y los mapas geográficos fueron llevados, en unión del tesoro imperial, a la Corte de Kubilai. Ya no sé enviaba, encadenada, a la soberana cautiva al *ordu* del vencedor, tal como Gengis-Kan condujo a Mongolia a la madre del Kan de Choresm. Ahora, la emperatriz madre deseaba ver al general mongol, y Bayan rehuyó el presentarse en su palacio porque «no sabía con arreglo a qué ceremonial debía conducirse». La nueva categoría del ex emperador debía ser primeramente determinada en la Corte de Kubilai... Le fue concedida la de «príncipe de tercera clase».

Pero ni la toma de la capital y el cautiverio del emperador pusieron fin a la guerra de los cuarenta años. El sur de China ofrecía aún resistencia. Los ministros que huyeron a la provincia de Fo-kien cuando se aproximó la vanguardia de Bayan, proclamaron al hermano mayor del ex emperador como sucesor suyo. Y los mongoles debieron continuar su ruta, tomar una ciudad tras otra, ocupar provincia tras provincia y dividir sus tropas, a causa de la extensión, cada vez mayor, del reino.

Debido a la falta de soldados, parece ser que Kubilai abrió las puertas de las cárceles, dio caballos y víveres a los presos y los envió a su ejército. Y de entre aquellos 20.000 soldados así reclutados surgieron excelentes oficiales. Por último, Kanton, el último baluarte de los Sung en el continente, hubo de capitular. Tan sólo les quedaba la flota. Entonces, los ministros se embarcaron, con su emperador y el resto del ejército en los navios, haciéndose fuertes en las islas situadas frente a las costas.

Una flota mongola se presentó ante aquellas islas, y una segunda escuadra acudió desde la bahía de Kanton. La batalla naval duró un día entero. Gracias a la espesa bruma del atardecer, unos sesenta navios de la flota imperial lograron huir a alta mar, pero más de ochocientos cayeron en poder de los mongoles. Siendo el navio almirante demasiado lento para escapar a la persecución del vencedor, el capitán echó al mar a su mujer e hijos, y, cogiendo luego en brazos al muchacho emperador, lo lanzó al agua, gritando: «¡Un emperador de la dinastía Sung prefiere la



muerte al cautiverio!» Después de reinar durante tres siglos, extinguióse la dinastía Sung y, por primera vez en la Historia, todo el «Imperio del Centro» se encontró reunido bajo el poder de un soberano extranjero, para no volver a separarse. Ninguna conquista ni revolución pudo destruir la unidad creada por la dinastía mongola.

II

Kubilai era Gran-Kan y, al propio tiempo, *Tien-tse*, «Hijo del Cielo». Como heredero de Gengis-Kan, era «amo del mundo». Como fundador de la dinastía Yuan, «emperador de China». China era el primer país del mundo, *Tschung-kuo* («Eli Reino del Centro»), pero no era el mundo. Sobre esa escisión no se podía poner ningún puente.

Como Gran-Kan, la palabra de Kubilai era ley en las cuatro quintas partes del continente euroasiático. Era el señor feudal de «La Horda de Oro». Reclutaba hombres del Dniéper y del Volga para sus guerras en China y en Manchuria. En su guardia servían guerreros alanos, hombres blancos de un pueblo caucásico, y cristianos. El reino fundado en el Asia Anterior por Hulagu, que se extendía desde el Amu-Daria hasta Siria y cuyos límites comunes lindaban con Bizancio, era la provincia extrema de su Imperio, y sus soberanos recibieron el título de II-Kan. Las monedas acuñadas en Tabriz llevaban su nombre. Al morir Hulagu, su hijo Abaka, al ser proclamado II-Kan, rehusó subir al trono sin que el Gran-Kan confirmase su elección.

Aunque Hulagu y sus sucesores obedecieron al Gran-Kan y no a un emperador chino, los anales chinos consideran a los II-Kanes como funcionarios chinos de la mayor categoría...

Kubilai era el emperador *Sche-tsu*, que había unificado a China y traído la paz. La dinastía Yuan, por él fundada, continuó la obra de las veintidós dinastías del «Reino del Centro», y sus antepasados mongoles, los dos enemigos más inexorables de las dinastías imperiales chinas, fueron venerados en los templos chinos como antepasados propios.

Kubilai no permitía que le llamasen «Conquistador de China». Y, prisionero de la antigua civilización, de sus símbolos de fabulosa antigüedad y de sus costumbres, se desprendió poco a poco de las tradiciones nacionales de su raza para adoptar la eterna tradición del «Reino del Centro». Y, sin embargo, en su parque de ensueño (con magníficos estanques llenos de preciosos peces, puentes de filigrana, artísticas fuentes y surtidores, más otras mecánicas maravillas) al que hacía llevar por medio de elefantes los árboles más raros del mundo, con sus raíces y tierra, para plantarlos, hacía sembrar una parcela con la reseca hierba de

IVTongolia, a fin de que él y sus hijos se acordasen siempre de las hermosas estepas que fueron su cuna.

Protegió las ciencias y las artes. Atrajo a los sabios, pintores, poetas, arquitectos e ingenieros de todas las partes del mundo. Terminó el Canal Imperial, de más de 100 kilómetros de longitud, que abría el camino desde las llanuras de Yang-tse-kiang hacia Pekín. Construyó un observatorio y mandó componer un calendario. La geometría, el álgebra, la trigonometría, las ciencias geográficas e historia, florecieron nuevamente. Los diccionarios compuestos por orden suya están todavía en vigor. Hizo escribir obras sobre agricultura, horticultura, cría del ganado y del gusano de seda. Dos clases de arte, la novela y el drama, tuvieron en China nuevo auge... Pero, en el fondo, seguía siendo mongol, sintiéndose cohibido porque su pueblo no poseía una escritura propia y se veía obligado a emplear los signos uigueros, por lo que encargó a un sabio lama la creación de una escritura adaptada al espíritu de la lengua mongola.

En sus esfuerzos por unir en su vida lo mongol y lo chino procuró conservar las costumbres de sus antepasados, pero las cambió de tal manera que difícilmente podían ser reconocidas.

Como los mongoles, amaba la caza, pero mientras Gengis-Kan tan sólo renunció en sus últimos años a la peligrosa lucha del hombre con la fiera, él mantenía, por simple pasatiempo, leopardos domesticados que, colocados tras los cazadores, en la grupa de los caballos, se lanzaban, a una señal dada, sobre cualquier ciervo o venado del gran parque imperial. También asistía cada primavera a la anual batida, pero no montado en un fogoso corcel mongol, sino sentado en un palanquín portado por uno o dos elefantes e interiormente tapizado con tela blanca a la que se mezclaban hilos de oro, y forrado exteriormente con pieles de tigre. Desde su lecho de reposo observaba cómo los gerifaltes de caza se arrojaban sobre las grullas, o los tigres sobre los osos, jabalíes u otras fieras, luchando con ellos.

Como Gengis-Kan, poseía también su tienda de caza hecha con pieles de pantera, pero cuyo interior estaba tapizado con armiño y cebellina. Y era tan impermeable que ni el soplo del viento ni una gota de agua podían penetrar en ella. Como recuerdo de su vida en las tiendas, su pabellón de recreo, cuyo techo de bambúes dorados estaba sostenido por columnas también doradas, pintadas y adornadas con dragones, estaba tan ligeramente construido que podía ser desmontado en cualquier momento para ser transportado al lugar que se deseara. Pero las cien cuerdas de seda que sujetaban esta frágil construcción a su sitio en el parque imperial de la residencia de verano de Tschang-tu nunca se quitaban.

También prefería la bebida de sus antepasados, el *ku-*

mys, a todos los vinos y licores. Pero este *kumys* provenía de yeguas blancas sin la menor mácula, cuidadosamente seleccionadas, de las cuales sus caballerizas contenían diez mil y cuya leche sólo podía ser bebida por los descendientes de Gengis-Kan. Los escanciadores que le servían el *kumys* llevaban la boca tapada con una tela, para que su aliento no contaminase la bebida del emperador.

Cada una de sus cuatro esposas principales mandaba su propio *ordu*, pero estos *ordos* ya no eran campamentos de tiendas, sino palacios con más de trescientas hermosas doncellas como sirvientas, con camareras, eunucos y pajes, de modo que la Corte de cada emperatriz estaba compuesta por diez mil personas. Poseía numerosas concubinas, pero no todas eran el botín ocasional de la guerra, sino que, cada dos años, funcionarios especiales las buscaban cuidadosamente en las provincias famosas por la belleza de sus mujeres. Las cuatrocientas o quinientas doncellas más hermosas eran conducidas a su Corte, dónde, tras un minucioso examen de cada una de ellas, se elegían treinta o cuarenta, las cuales eran entregadas, a las damas de la Corte, cuya obligación consistía en vigilarlas, sobre todo de noche, para cerciorarse de que no estaban afectadas de algún defecto corporal secreto, de que no roncaban, de que su aliento era puro. Las que salían indemnes de este severo examen eran distribuidas en grupos de cinco, y cada grupo debía prestar servicio de cámara, durante tres días y tres noches, cerca de Su Majestad.

Los correos galopaban a través de todo el reino para llevar al día siguiente al Gran-Kan los frutos recogidos por la madrugada en el Sur, a pesar de que la distancia era mayor que la de diez días de viaje normal.

Todo en su derredor era casi increíble: una complicada combinación del amor al lujo mongol y el último refinamiento chino; ningún otro soberano estaba tan indicado como él para llegar a ser un personaje de leyenda. Y, a todo esto, hay que añadir un Gobierno verdaderamente sabio. Apenas terminada la conquista del país, se dedicó a granjearse el corazón del pueblo. Conservó todo lo que en las instituciones estatales de las anteriores dinastías poseía algún valor, y procuró reparar los males que los cincuenta años de guerra habían ocasionado al país. Un censo general de la población china arrojó sesenta millones de almas. Cien años antes componíase de cien millones. Las guerras de Gengis-Kan y sus sucesores habían, pues, reducido la población en cuarenta millones de almas.

Pero ahora cada labrador recibía doble extensión de terreno, y Kubilai no se mostraba tacaño en la distribución del ganado y de las semillas. Durante todo el año, un ejército de funcionarios examinaba el estado de las cosechas y la situación de la agricultura y de la población. A las fa-

milias necesitadas se les facilitaba arroz y mijo, ropa y albergue. Los ancianos, huérfanos, enfermos o lisiados recibían asistencia pública. Kubilai hizo recoger a todos los niños abandonados y les dio instrucción. Mandó construir enfermerías y hospitales en todo su reino. En Pekín, la cocina imperial nutría diariamente a treinta mil necesitados. En los años de abundancia, el Estado compraba el sobrante de las cosechas, que almacenaba en gigantescos depósitos para llevarlo al mercado en épocas de cosecha deficiente, evitando así la subida de los precios. En casos de penuria, mandaba distribuir gratuitamente víveres. Para todos los artículos de primera necesidad establecíanse precios tope. Pronto reinó en la China hambrienta el bienestar y hasta la riqueza.

Juncos chinos surcaban el mar de China, dirigiéndose hacia Ceilán, el mar de Arabia y Abisinia; comerciantes musulmanes traían por vía terrestre mercancías árabes y persas, y pieles rusas, regresando cargados de seda, piedras preciosas y especias. China era el centro del comercio, que, gracias a los esfuerzos de Kubilai, adquirió una insospechada expansión, puesto que el emperador Sche-tsu era el Gran-Kan mongol que reinaba sobre las cuatro quintas partes del continente y protegía la unidad del Imperio.

En Rusia y Persia construyeron los mongoles, como en el Turquestán y en China, rutas militares y puentes, abrieron camino a través de las montañas, hicieron transitables los pasos y edificaron casas de relevo, provistas de todas las comodidades, cada veinticinco o treinta millas, con el fin de que también las altas personalidades pudiesen, según su categoría, habitar en ellas. Cada relevo contenía hasta cuatrocientos caballos, para que el tráfico no sufriese interrupción en parte alguna. Más de diez mil relevos con trescientos mil caballos estaban destinados al servicio del tráfico del gigantesco Imperio, y para los correos del Gran-Kan se establecieron relevos en todas las rutas, a tres millas uno de otro, los cuales eran estaciones abiertas día y noche al servicio. El mensajero «flecha» llevaba un amplio cinturón guarnecido de cascabeles, y en cuanto el guarda percibía el ruido de los mismos, preparaba el mejor caballo. El «flecha» saltaba de un animal a otro y continuaba su veloz carrera, cubriendo así de doscientos cincuenta a trescientas millas diarias. Lo que desde el punto de vista de la conquista de las distancias logró realizar la técnica europea a principios del siglo actual, era una fantástica realidad en el siglo xni gracias a la voluntad de Gengis-Kan, y alcanzó su perfección mayor en virtud de la organización de Kubilai.

En todo el Imperio existía la paz mongola. Por primera vez en la historia del mundo, el Asia Anterior y China, Rusia y el Tíbet, no estaban separados entre sí por desiertos

intransitables e infranqueables montañas, divididos en Estados enemigos y entregados al caos de las guerras perpetuas. El bandolerismo fue extirpado. Tropas mongolas vigilaban las carreteras, y funcionarios mongoles registraban en cada relevo la llegada y salida de las caravanas, recayendo la responsabilidad de éstas en el gobernador del distrito que atravesaban. Reinaba tal orden, que un cronista contemporáneo decía, con su florido lenguaje y acostumbrada exageración: «Una doncellita, llevando en la cabeza un trozo de oro, podía atravesar sin peligro alguno el Imperio entero.»

La gloria de Kubilai extendióse por todo el continente.

III

En el año 1260, los venecianos Nicoló y Maffeo embarcaron en Constantinopla para las tierras de la Horda de Oro. Siguiendo las costumbres establecidas por Gengis-Kan, regalaron todas sus mercaderías, consistentes en joyas y piedras preciosas, al Kan Borke, y recibieron de éste, después de una prolongada y amable hospitalidad, el doble de su valor como recompensa. Pero, a consecuencia de las luchas en las fronteras, el camino de regreso era inseguro, por lo que prosiguieron su ruta desde más allá del Volga hasta Buchara. Pero también allí hubieron de detenerse, pues, a causa de la guerra de sucesión entre los jinetes de las estepas y las tropas de Kubilai y Hulagu, les fue imposible continuar hacia el Este y Occidente. Pasados algunos años, encontraron una embajada de Hulagu a Kubilai, que pasaba por Buchara, y el embajador les permitió acompañarla hasta la Corte del Gran-Kan.

Kubilai, que jamás había visto comerciantes italianos, les interrogaba frecuentemente acerca de Europa, de sus soberanos, de sus instituciones estatales, de sus ejércitos, de su religión... Y ellos, como buenos católicos e hijos de su época, no dejaban escapar ocasión para tratar de convertirle al cristianismo. El les hacía concebir esperanzas, pero luego el mongol, siempre práctico, quería saber por qué había de hacerse cristiano.

«Hay cuatro profetas venerados en el mundo entero — les dijo —: Jesucristo, Mahoma, Moisés y Sakya Muni. Yo me inclino ante los cuatro, así como ante quien en el Cielo es el mayor de todos y le ruego que me socorra. ¿Por qué queréis que abrace el cristianismo? Ya veis que los cristianos de estos países son unos ignorantes que no saben hacer nada, mientras que los idólatras pueden realizar todo lo que quieren. Realizan muchas cosas maravillosas y sus hechiceros lo saben todo. ¿Qué diría a mi pueblo? ¿Cómo explicarle el milagro que me habría inducido a hacerme

bautizar? Sin contar con que los idólatras, gracias a su ciencia y a sus brujerías, con las que realizan cosas maravillosas, podrían hacerme morir fácilmente.» Sin embargo, era muy cauto y se guardaba mucho de ofender al Dios cristiano, que acaso fuese el más grande; y envió los Polo al Papa.

Este debía hacerlos volver acompañados por cien eruditos en la ciencia religiosa cristiana, «capaces de demostrar a los idólatras que también ellos sabían realizar maravillas, pero despreciaban el hacerlo por ser arte diabólico».

Prometió que, en tal caso, se convertiría y se dejaría bautizar, juntamente con todos sus nobles y su pueblo, «de manera que habría aquí muchos más cristianos que en todos vuestros países».

Pero al llegar a Europa los Polo, el Papa había muerto. Los cardenales estaban ocupados en disputarse la plaza, y hasta después de dos años de inútil espera, cuando ya se hallaban camino del Asia Oriental, no supieron que el cónclave había elegido papa a su protector Teobaldo Visconti, quien adoptó el nombre de Gregorio X. Volvieron sobre sus pasos. Pero, en lugar de los cien sabios, Gregorio sólo les dio dos eclesiásticos que no tenían el menor deseo de someterse a las penas y fatigas del viaje, y, llegados al Asia Menor, regresaron a Europa. En lugar de sacerdotes que debían demostrar a Kubilai la superioridad de la religión cristiana, los Polo llevaron únicamente al hijo menor de Nicoló, Marco Polo, de veinte años de edad.

Marco estaba precisamente en la edad de observar, con los ojos muy abiertos, todas las maravillas del mundo. En Nu aprende los cuatro idiomas usualmente hablados en la Corte: el mongol, el chino, el ujguro y el persa. Quizás había aprendido los dos últimos en su viaje, que duraba ya tres años. Ve cómo Kubilai interroga a sus embajadores, a sus generales y a los comerciantes extranjeros sobre los países y regiones que han visitado, informándose de ellos acerca de los pueblos, de sus usos y costumbres y de las cosas notables que habían visto. Observa cómo se enoja cuando no tienen nada que contarle; y cuando él mismo realiza, por orden del Gran-Kan, un viaje, le informa, con profusión de detalles, de cómo ha viajado y de cuanto ha visto. Fíjase en todo atentamente y lo relata a maravilla. Esto es lo que determina su suerte. Sin ocupar ninguna función pública, atraviesa de un lado a otro, por orden del Gran-Kan, todo aquel mundo inverosímil. Para un comisariado del soberano todopoderoso no existen secretos, pues ninguna puerta se cierra ante él. Ve, oye y experimenta más que ningún otro viajero antes y quizá después de él. Contempla las doradas pagodas de Burma; Ceilán, la isla de las piedras preciosas; Java, la misteriosa patria de valiosas especias; la India, el país de los brahmanes; los hela-

dos desiertos de Pamir y Sumatra, patria tropical de los caníbales. Oye hablar de las islas del Japón, el Zipangu de su libro, y de las regiones siberianas con sus tinieblas árticas y sus tunguses cabalgando sobre renos; no desconoce los trineos con perros ni los bancos de las ostras perlíferas del mar Índico. Y, entre tanto, vive en la Corte de Kubilai, participa en todos los acontecimientos, observa el mecanismo interno del más formidable de los Imperios, ve la vida privada de este monarca, «Soberano de Soberanos», quien, por el número de sus subditos, la extensión de sus dominios y el importe de sus ingresos, supera a todos los príncipes que hayan existido y existen en el mundo. Cuando Marco Polo dejó Venecia tenía ya edad suficiente para poder parangonar la parquedad y estrechez de las relaciones europeas con el poderío de aquella extraordinaria grandeza mongola, y lo admira todo: admira al soberano, al reino, su grandeza, su poder y su ilimitada tendencia expansiva, pues todavía los embajadores de Kubilai seguían recorriendo la dilatada Asia para exigir sin cesar, de los demás reyes extranjeros, acatamiento y tributos. Y cualquier negativa tenía, indefectiblemente, como consecuencia una invasión mongola, aunque el país estuviera separado de China por montañas infranqueables, por inmensos desiertos o por mares dilatados. La petición de acatamiento procedía siempre de una cancillería china, en nombre del emperador de China... Al atenerse Kubilai inexorablemente al testamento de Gengis-Kan, imponiendo la conquista de todo el mundo, demostraba ser un verdadero mongol. Tan sólo después de haber trasladado el centro de gravedad del reino mongol a China, empezó a interesarse por las otras partes del planeta. El Occidente estaba demasiado lejos; en el Asia Anterior residía su hermano Hulagu, y el reino del Il-Kan era «una apartada provincia del Extremo Oriente», por lo que era Hulagu quien estaba obligado a extender todavía más los límites; solamente una vez le envió Kubilai un ejército de 30.000 jinetes como refuerzo. Con el tiempo el reino de la Horda de Oro se había separado de la generación mongola y, en lugar de ser una parte del reino, habíase convertido en una especie de Estado vasallo; y como el Occidente pertenecía a su *uluss*, Kubilai tenía muy poco interés en conquistarlo. Por consiguiente, concentró sus empresas guerreras en el sur y este de Asia.

El rey de Cochinchina se negó a presentarse personalmente en la Corte de Kubilai para prestarle acatamiento, por lo cual invadió el país un ejército mongol, destruyendo la capital; pero la guerra resultó estéril, porque el pueblo se refugió en las montañas, donde fue imposible perseguirlo.

El rey de Annam se opuso al paso de las tropas por su territorio. Los mongoles tuvieron que luchar en aquel mor-

tífero clima, que los diezmó, aunque el rey acabó pagando espontáneamente su tributo.

El rey de Birma no envió su hijo a Kubilai, y el resultado fue tres sangrientas guerras.

Alguien descubrió las islas Riu-Kiu, e inmediatamente fue enviada allí una flota. Otra flota puso rumbo a las islas del Sur, hacia las Filipinas y las islas de la Sonda. Y, a su regreso, trajo el tributo de diez reinos. Sus soldados luchaban en Siam, en la India, hasta la orilla opuesta del Ganges, y en Java. Poco le importaba que sus conquistas le reportasen o no beneficios, que le prometieran ventajas o le fueran estériles: le dominaba una indomable ambición de poderío y sentía la necesidad de satisfacerla. No conocía la circunspección de Gengis-Kan, la tenacidad con que éste preparaba sus guerras, la prudencia y precisión con que determinaba la serie de países cuya conquista deseaba realizar; y, de este modo, eran inevitables las grandes derrotas.

Un sabio coreano hizo a Kubilai fantásticos relatos de la riqueza del Japón, e inmediatamente partieron embajadores a los países del Sol Naciente, con un documento cuyas exigencias eran insultantes para una dinastía que durante dos mil años no conoció dominación extranjera; por consiguiente, ni siquiera se le contestó. Daraushin desembarcó con una flota colosal compuesta por 45.000 mongoles y 120.000 chinos y coreanos. La llanura fue devastada, pero fracasaron todos los ataques a las fortalezas, gracias al valor heroico de los japoneses. La Naturaleza acudió en socorro de éstos con un terrible tifón que alcanzó a la flota, estrellando casi todos los navios contra las rocas. El grueso del ejército, separado de su base, fue destruido o hecho prisionero y reducido a la esclavitud. Pero Kubilai siempre siguió pensando en una guerra de desquite, y únicamente la muerte impidió que la hiciese.

En Tokio existe una pintura que nos muestra a Marco Polo entre el séquito de Kubilai mientras éste interroga al sabio coreano sobre el Japón, y muchas fuentes japonesas consideran a los venecianos como principales instigadores de esta guerra contra el país del Sol Naciente. Aunque Kubilai no necesitaba de instigadores, dichas fuentes nos procuran, sin embargo, una prueba de la importante situación que ocupaban los Polo en la Corte del Gran-Kan.

Durante diecisiete años estuvieron a su servicio. Pero, transcurridos éstos, juzgaron que había llegado la hora de poner en seguridad los tesoros acumulados, así como sus personas. Kubilai era ya muy anciano, y ellos no dejaban de ser unos extranjeros, muy envidiados a causa de los favores que les concedía el emperador; incluso es posible que se les odiase. Si emprendían el viaje de regreso en vida de Kubilai, lo harían bajo la protección del Gran-Kan, con

todos los privilegios debidos a los altos personajes. Pero Kubilai se negaba a dejarlos partir.

Sin embargo, la casualidad vino en ayuda de los venecianos. La primera esposa del Il-Kan Argun — reinaba ya en el Asia Anterior el nieto de Hulagu — acababa de morir, exigiendo a su marido la promesa de no volver a casarse más que con una joven de su raza. En vista de ello, Argun envió una embajada a Kubilai para que éste eligiese una mongola de la familia de la difunta. Presentóse entonces el conflicto de conducirla hasta Persia. Nuevamente, en el Asia Central, una guerra de sucesión entre los herederos de Tschagatai hacía estragos. No era posible exponer a la princesa al peligro. Entonces, los Polo se unieron a los embajadores, pues conocían una ruta marítima segura. Precisamente, Marco regresaba de un viaje por mar a las Indias, realizado por orden de Kubilai, y sabía que al otro lado de las Indias empezaba el Golfo Arábigo.

En tales circunstancias, el Gran-Kan no podía negarles su autorización. Y los Polo pudieron partir como acompañantes de honor de la joven princesa, pero no sin antes prometer a Kubilai su inmediato regreso. Sólo dos años más tarde, al desembarcar en la India Posterior y Ceilán, en el golfo de Omán, supieron que habían partido en el momento oportuno: Kubilai acababa de morir...

LOS MILLONES DE MARCO POLO

I

LA orgullosa Venecia, dominadora de los mares, se veía atacada en todos sus mercados por la pujante Genova. Su dominio del Mediterráneo Oriental estaba fuertemente comprometido. El mar Negro, que durante la primera mitad del siglo xm fue un mar veneciano, vio, al finalizar dicho siglo, más navios de Genova que de Venecia. Bizancio, antaño mercado veneciano, se encontraba por completo en manos de los genoveses. Las factorías genovesas en Crimea habían adquirido preponderancia en el comercio con la Horda de Oro, y sus puertos de la costa norte del Asia Menor les proporcionaban la mayor parte del comercio del Asia Central. Era tal el odio de las dos rivales, que ninguna flota comercial podía aventurarse sin escolta por el mar, y allí donde se encontraban navios venecianos y genoveses librábase batalla:

Por último, los genoveses se decidieron a un gran com-

bate naval: querían atacar a Venecia en sus propias aguas. El 7 de septiembre de 1298 libróse una batalla decisiva cerca de la isla de Curzola, en la costa dalmática. La flota veneciana fue derrotada. Perdió casi todos sus navios, y más de 7.000 hombres cayeron prisioneros. El almirante Dándole, no queriendo sobrevivir a tal vergüenza, se rompió el cráneo contra el palo mayor de su navio. Entre los prisioneros conducidos a Genova se encontraba Marco Polo, el cual durante el combate mandó una galera.

Cuando, tres años antes, Marco, Nicolás, su padre, y su tío Maffeo volvieron a su país, con los raídos vestidos de viaje y hablando en veneciano con marcado acento extranjero, se les consideró como impostores. Los Polo habían muerto y hacía muchos años que sus familiares ocupaban su morada. Lo que aquellos extranjeros conocían referente a la familia, lo sabían, sin duda, por los Polo, a quienes por casualidad debieron de encontrar en el camino y con los cuales viajarían durante algún tiempo.

La tradición veneciana cuenta que los tres viajeros, con el fin de demostrar la veracidad de lo que decían y deshacer toda sospecha de que pretendían entrar en ilegítima posesión de la antigua casona, prepararon un espléndido banquete para los nobles de la República. A cada plato se presentaron ataviados con nuevos y magníficos trajes, regalando cada vez el anterior a los criados. Después de la comida, cuando la servidumbre se había retirado de la sala, Marco trajo las viejas y raldas vestiduras con que se habían presentado y, deshaciendo las costuras, hizo rodar sobre la mesa, ante las asombradas miradas de los comensales, un verdadero río de diamantes, zafiros y rubíes como jamás se viera en tan gran cantidad, pues los Polo, antes de emprender su largo viaje, habían convertido su inmensa fortuna en piedras preciosas. La ostentación de semejante riqueza hizo desaparecer entre los convidados hasta el menor asomo de duda; los viajeros fueron reconocidos, y aquéllos visitaban gustosos la hospitalaria casa, deseando oír a Marco Polo los relatos de sus viajes y aventuras, lo cual éste hacía de muy buen grado.

Sin embargo, las maravillas que describía a propósito del Gran-Kan, su Corte y su reino, hicieron que sus oyentes supusieran que abusaba de su credulidad exagerando demasiado. Y aunque escuchaban gustosos sus fábulas orientales, el cuentista no tardó en recibir, a causa de sus pretendidas exageraciones, el mote de «Marco *Milione*».

Esta fama le siguió a Genova, cuando su cautiverio, y los genoveses no tardaron en acudir en masa al *Palazzo del Capitano del Popólo* para escuchar los instructivos relatos de aquel gran viajero. Un compañero de cautiverio, Rusticiano de Pisa, reconoció el inagotable material que había en aquellos relatos y, a petición suya, Marco Polo le dictó,

estando en la cárcel, en idioma francés, su libro titulado *Livre des Diversités et Merveilles du Monde...*

Entre tanto, varios príncipes italianos actuaron como mediadores entre las dos repúblicas. La paz fue firmada y Marco Polo regresó a Venecia. Pero entonces, todo lo que había contado de un modo fragmentario estaba escrito en forma de libro, en negro sobre blanco, y producía un efecto importante..., pero en un sentido muy distinto del que su autor imaginara. El palacio de los Polo recibió el sobrenombre de «*Corte del Milione*». En ninguna comitiva carnavalesca podía faltar el fatuo grandilocuente a quien se llamaba «*Mareo Milione*», el cual, para solaz y alegría del pueblo, contaba toda clase de fanfarronadas. Hasta en su lecho de muerte, concienzudos amigos le rogaron que jurara, por la salud de su alma, ser ciertas las exageraciones contenidas en el libro. Por último, el enfermo les gritó, furioso, que no había contado más que la verdad, pero ni siquiera la mitad de lo que había visto. Y, a pesar de que el progreso de los conocimientos referentes al Asia Oriental demostró que sus descripciones eran totalmente exactas y verídicas; aunque dejó de contar las cosas más asombrosas, como, por ejemplo, la Gran Muralla china y la existencia de la imprenta, para no destruir la poca fe que tenían en su libro, todavía en el siglo *xx* se oía a los escolares italianos exclamar, al oír una gran exageración: «¡Oh, qué Marco Polo!»

Pero el libro estaba allí y, lo creyeran o no, era leído. Lo leían por tedio, por amor a las aventuras, por curiosidad y deseo de conocer mundos lejanos. Curiosidad que se había despertado en la Europa meridional para no desaparecer. Un copista describe exactamente la opinión de su época al decir que copió el libro por no aburrirse y que, a pesar de que contenía cosas increíbles, entretenía bastante. No eran «mentiras, sino cosas maravillosas» y, aunque no las creyese, «podían ser verdaderas».

Con tan opuestos sentimientos se copiaba el libro, se traducía al latín y al italiano, y se tenía ante los ojos un mundo insospechado, nuevo y gigantesco. Según las ideas geográficas de la época, la parte de tierra firme ocupaba casi toda la extensión de una planicie circular rodeada por el océano. Según palabras del profeta Ezequiel, Jerusalén era el centro de la tierra: «Así, dijo el Señor: Ésta es Jerusalén, y la he colocado en el centro de los pueblos, con todos los países a su alrededor.» La distancia del Extremo Occidente, desde el océano Atlántico hasta Jerusalén, era igual a la del Extremo Oriente, donde se encontraba el Paraíso, puesto que fue en Oriente donde «Dios colocó el Jardín del Edén». El espacio vacío entre dichos dos puntos estaba poblado por gentes fabulosas, monstruos con cuerpo humano y cabeza de animal, u otros seres parecidos. Por consiguiente,

estaban dispuestos a creer cualquier fantasía, cualquier inverosimilitud. Cuando Marco Polo, al describir un país que sólo conocía de oídas, habla del ave Rock, que podía elevarse por los aires con un elefante entre sus garras, los lectores no mostraban mayor extrañeza que cuando describía un tigre. Pero que describa toda la inmensa extensión de Asia, que cite un país o un reino tras otro, y que diga que por doquier había hombres normales, inteligentes, que comerciaban y construían ciudades..., eso era demasiado, no se le podía dar crédito. Mas lo verdaderamente increíble, lo más asombroso, era que, en los confines de aquel continente, más allá de todos los países, se encontrase aquel inconcebible reino de Kathai, nombre con que Marco Polo denominaba a China: ciudades cuyas barriadas, situadas respectivamente ante sus doce puertas, eran mayores que Venecia; ríos por cuyas aguas navegaban cada año 200.000 navios, es decir, más que por todos los ríos y mares de Europa; navios con cuatro y seis mástiles, una tripulación de doscientos o trescientos hombres y otros tantos pasajeros, y una carga de miles de banastas con pimienta y otras especias, el artículo más apreciado y más caro en el comercio de Europa; y maravilla tras maravilla: moneda de papel, con la cual se podía comprar todo lo que se deseaba: piedras preciosas, oro y plata... Pero todo esto que Marco Polo aseguraba, palidecía ante este último detalle: para calentarse no empleaban leña, sino piedras; tenían tejidos que se limpiaban echándolos al fuego, vino sacado de los árboles, osos blancos y leones rayados. Mas ni los desiertos de Persia y Asia Central, ni los cañones salvajes de Badashshan, ni las montañas del Pamir, cuyas cimas parecían horadar el cielo; ni las minas de lapislázuli, ni los campos de amianto y de diamantes, produjeron en sus contemporáneos el mismo efecto que la descripción de China, su riqueza y su extensión.

Rodeó de poética fantasía la personalidad del Kan, el justo, el sabio, y muy pronto no hubo novela que se respetase en la que no apareciera su figura. Sin embargo, hombres prácticos se dirigieron, aunque al principio con desconfianza, hacia aquellas amplias regiones: mercaderes en busca de mercancías, y misioneros animados por ideas más elevadas. Y cada noticia que llegaba de Oriente no hacía más que confirmar, hasta en sus menores detalles, todo lo que Marco Polo había escrito.

Cincuenta años después de la muerte de Marco Polo, China había dejado de ser un país legendario.

Dos rutas intercontinentales para caravanas unían (a través de Mongolia y el reino de la Horda de Oro, o del Turquestán y Persia) el Asia Oriental con los países occidentales, y terminaban en puertos venecianos o genoveses, en las costas del mar Negro.

II

Un capítulo de la historia mundial tocaba a su fin. Un nuevo pueblo, salido de la nada, había grabado con sangre y fuego su nombre en la historia de la Humanidad. Pero ya el primer período de la denominación mongola (durante la cual no se pactaba, sino que era necesario someterse o desparecer), que había sembrado todas las rutas de innumerables campos de huesos humanos y dejado montones de ruinas en los lugares donde se levantaban las orgullosas urbes, había pasado definitivamente.

La *Pax tatarica* — paz tartárica —, cuyo precio era la vida de docenas de millones de personas y la caída de veinte reinos, había cumplido su misión histórica de poner en contacto inmediato las culturas de Oriente y Occidente, formadas y desarrolladas independientemente una de otra en los límites extremos del continente euroasiático.

La historia de nuestro continente no es sólo — tal como solemos considerarla — una historia del eterno duelo de Europa contra Asia, de Occidente contra Oriente, cuyas diversas fases se observan durante muchos años: los griegos contra Troya, el ejército persa contra el griego, las triunfantes campañas de Alejandro Magno, la desesperada defensa de Europa en los campos cataláunicos y su ataque en la época de las Cruzadas; la invasión mongola de Batu y la gran contraofensiva que comenzó en el siglo xv y terminó en el xrx con la denominación mundial de la pequeña Europa. La historia del continente euroasiático es tanto, o más, la historia de la lucha incesante de los territorios extremos contra el Centro, en la que la Europa central representa el mismo papel que el Asia central. La historia de Roma y su defensa contra el avance de los germanos tiene su analogía en la historia de China y de los reinos del Asia Anterior, así como en el siempre renovado ataque de los pueblos turcos. Las dinastías turcas dominantes de Persia, las manchurianas y mongólicas de China, corresponden a la lucha del emperador alemán por Italia: era la lucha de las fuerzas continentales por la posesión de territorios fronterizos. La piedra angular del poderío continental era su dominio de las rutas comerciales y, de este modo, al terminar el milenario, y en cuanto la ruta de comunicación entre los centros culturales del Báltico y Bizancio adquirió importancia, vemos surgir y florecer nuevamente el reino continental de Kiev en Rusia, exactamente como, cuatro siglos antes, el reino turco de Bu-Min se formó en el Asia Central, a lo largo de la ruta comercial entre China y el Asia Anterior. Este reino de Bu-Min, aliado con Chosroe, rey de Persia, destruyó los Estados intermedios y propuso luego a Bizan-

cío una alianza contra Persia, con el fin de hacerse dueño de todo el comercio de seda de China con los países inmortales europeos. Y entonces, bajo los sucesores de Gengis-Kan, ocurrió, por primera vez en la historia de nuestro continente, que el Centro, victorioso, tendió en verdad un puente sobre todo él y reunió todas las culturas limítrofes. Este hecho marcó un momento único en la historia mundial: el Extremo Oriente y el Extremo Occidente se encuentran, se miran y entran en relaciones comerciales, religiosas, diplomáticas y científicas; y es muy natural que las antiguas y avanzadas culturas de Oriente ejerzan mayor acción y, estimulando la de Europa, más reciente, la fertilicen y produzcan un renacimiento destinado a ahuyentar las tinieblas medievales.

Para juzgar la impresión que en aquella época produjo China sobre Europa, nos vemos obligados a recurrir a algunos nombres: Marco Polo, Juan de Montecorvino, Odorico de Pordenone... En cuanto a las relaciones de los príncipes europeos con las Cortes mongolas, podemos citar nueve embajadas y quince contraembajadas de los Kanos durante la primera mitad del siglo xiv. Embajadores mongólicos iban a Roma, a Barcelona, a Valencia, a París y a Londres; pero los banquetes y recepciones recíprocos sólo son datos exteriores de la invisibilidad de relaciones mucho más hondas entre los pueblos. Muchos miles de innominados fueron expulsados de su patria por los acontecimientos guerreros, dispersándose por el continente. Vivían como esclavos, como servidores o como artesanos independientes, por toda Asia.

Aventureros de todos los países dirigíanse, impulsados por la curiosidad o por el lucro, a Oriente, donde se establecían. Muchos hacían fortuna y tal vez obtuvieron consideración e importancia. Cada embajada, cada caravana que llegaba a su región, se enriquecía gracias a las experiencias y conocimientos que recibían de ellos. Los millares de hombres que acompañaban a las caravanas a través de los países extraños contaban, a su regreso a la patria, cosas sobre el nuevo mundo y sus maravillas exhibiendo alguna que otra curiosidad traída de sus lejanos viajes.

Y, al propio tiempo que ambas rutas transcontinentales, abrióse también en Europa la ruta marítima hacia el lejano Oriente. En oposición con sus antecesores del Asia Anterior, los Il-Kanos, aun después de convertirse al islamismo, mostrábanse tolerantes con todas las religiones y dejaban en libertad a los mercaderes de Occidente para transitar por las rutas comerciales que cruzaban su país hacia el Golfo Pérsico y la gran ruta de Ormuz, desde donde los veleros emprendían sus viajes a las Indias, islas de la Sonda y el sur de China. Era un río ininterrumpido de caravanas occidentales que llevaban sus cargamentos desde Ormuz a los puertos del Asia Menor. La seda de China llegaba a Europa

con un precio que le permitía competir con la seda fabricada en nuestro continente. La gente se aficionó a las mustras chinas y se intentó imitarlas. Se aprendió a conocer los alimentos extraños y a prepararlos en casa: los macarrones italianos son de origen chino. Se adoptó el uso de los medios mecánicos extranjeros: la máquina de calcular china se usa todavía en Rusia. Adquirieron conocimientos sobre las islas de las especias, de donde llegaban las más preciadas, como la pimienta, el jengibre, la canela y la nuez moscada. La muselina india, el algodón, las perlas, las piedras preciosas, gozaban de una excelente aceptación en Europa. Del Irán llegaban armas, tapices, artículos de piel. Jamás fue Asia tan grande, tan variada, tan rica en diferentes culturas y tan parecida a Occidente.

¿Fue casualidad que empezasen en Europa los inventos precisamente por aquella época? Desde la Antigüedad conocían los chinos la pólvora. Los mongoles poseían morteros. Los frailes franciscanos fueron los primeros embajadores en la Corte mongola, y un franciscano llamado Bertoldo Schwarz trajo la pólvora a Europa. Marco Polo escribe que los comerciantes chinos tenían cuadros entre sus objetos de lujo. Los primeros arzobispos de Pekín fueron franciscanos. En Asís, centro de la Orden Franciscana, se podían ver las características de la pintura china que, en el trecentos, condujo el arte italiano al Renacimiento: composición asimétrica, movimientos más acentuados, fondo de paisaje. Hasta en un cuadro de Simón Martini, conservado en la iglesia de Asís, se ve un chino que canta, vestido de sacerdote. Uno de los arzobispos de Pekín había sido profesor de Teología en la Universidad de París. Ya en el siglo x, los chinos usaban la imprenta con caracteres de madera para la impresión de los libros. La primera edición de sus libros clásicos data del año 952. Los libros europeos que aparecieron en nuestro continente durante el siglo xiv estaban, como los chinos, impresos únicamente por una sola cara de las hojas. Desde el año 1120 conocía China los naipes; los europeos más antiguos se parecen en su forma, tamaño, dibujo y número, a los que empleaban los chinos. En Corea se imprimieron, a partir de 1403, libros mediante caracteres móviles, lo que, en realidad, no era una invención, sino una mejora del antiguo procedimiento chino: los chinos emplearon caracteres de arcilla, y los coreanos, de metal; Gutenberg nació hacia el año 1400.

El número de los inventos en aquella época es enorme, no siendo siempre imitaciones de modelos chinos. La súbita mezcla de todas las culturas influyó en cada una de ellas. Los broncees y cerámicas de la época revelan, tanto en la forma como en el decorado, una influencia del Asia Anterior. Los bizantinos esmaltes alveolados constituyen el punto de partida de un arte nuevo. Los artistas indios crea-

ron en el «Reino del Centro» una escuela especial que modelaba, según el estilo indio, estatuas de Buda. Las cifras indias, los métodos astronómicos musulmicos, penetraron en el Asia Oriental. Pero más fuerte todavía fue la influencia china en el arte miniaturista, en el textil y en la cerámica. IJuró siglos. Y Europa, con su fuerza y su disposición extraordinarias para asimilarse todas las influencias extranjeras, era un campo admirablemente abonado para la reunión de todas las culturas asiáticas. El menor estímulo, relatos que luego eran repetidos, bastaban para realizar ensayos personales. Es típico, hasta sintomático, que la mayoría de los inventos de aquella época fueran realizados, no por sabios, sino por hombres prácticos desconocidos, por gente del pueblo, por artesanos. Ni siquiera conocemos el nombre de la mayoría de ellos. De repente, los inventos aparecían. Se los mejoró, se los perfeccionó, y, de pronto, revelaron otras posibilidades prácticas, como el desarrollo de las armas de luego, por ejemplo. Cada vez, el comienzo de la ruta es tan ic-nebroso que resulta difícil seguirlo, técnicamente podemos observar sus efectos: así, la brújula china llegó a través del Asia Anterior a Europa. Al conquistar las ciudades, los oficiales de Kubilai recogieron los mapas geográficos; pero fue el espíritu europeo el que, en el siglo siguiente, creó,

gracias a la navegación, la unión teórica de la geografía con la cartografía práctica, formando las bases de los descubrimientos de la época y permitiendo la iniciación de la época moderna...

III

Europa se había visto obligada a cubrir en Egipto sus necesidades de mercancías orientales, como, por ejemplo, los productos indios o los de las islas de las especias. Los celosos islámicos, especialmente los poderosos de Egipto, explotaron su monopolio de un modo usurario, pues aumentaban en un trescientos por ciento el valor de las mercancías, ofendiendo y maltratando, además, a los comerciantes cristianos. Los Il-Kanes abrieron a los países occidentales el mercado persa, hasta entonces cerrado para ellos. Sustituyeron El Cairo y Bagdad por Tabriz, como centro del comercio internacional, y ofrecieron su protección a todos los comerciantes, cualquiera que fuese su nacionalidad o religión. El camino hacia las fuentes de riqueza quedó abierto para Europa. En el año 1315, los agentes de la Banca genovesa de los Bivaldi hicieron un viaje de estudio por Tabriz y el puerto de Ormuz hacia la India. Cinco años más tarde existían factorías genovesas en la India, en el golfo de Kanbay y en las costas malabares. Allí terminaban las líneas de navegación del Imperio mundial chino, mientras que la

ruta norte de las caravanas pasaba por el reino de la Horda de Oro hasta las factorías italianas de Crimea. Por primera vez existió un movimiento comercial de circunvalación. Oriente vendía a los países occidentales mucho más de lo que compraba. Sin embargo, los tejidos europeos y los de hilo de Milán eran muy solicitados; en todo Oriente se apreciaba mucho la orfebrería italiana; la cristalería veneciana se pagaba cara, y los corales se vendían hasta en China. Todos los países se dedicaban a este comercio, ganando sumas enormes; de todo ello, el Asia Anterior era la que más se beneficiaba, y empezó a desempeñar un papel histórico de lazo de unión entre Oriente y Occidente.

De modo que, en el transcurso del siglo XIII, se formó, en el verdadero sentido de la palabra, un comercio y una economía mundiales. Inmediatamente empezó la lucha por el mercado del mundo, siendo Venecia y Genova las que se lo disputaban en Europa. Pero aún era demasiado pronto para tal lucha, para este comercio mundial. Se había adelantado en varios siglos el estado de la técnica y el espíritu de los pueblos, a causa de un fenómeno excepcional: la sobrehumana fuerza expansiva de un primitivo pueblo de jinetes. Ya en la segunda mitad del siglo XIV romuióse esta fructífera unidad del continente europeo. El mundo asiático, que con tanto esfuerzo y plenitud se había abierto para Europa, cerróse con la misma e inesperada rapidez.

LOS TRES REINOS

EL FIN DEL IMPERIO

I

LA formidable unidad de Asia, que se manifestó a Europa en la forma de *Pax tatarica*, produjo enorme asombro en el desmembrado Occidente. Pero ya llevaba en su seno el germen de la decadencia. Los mongoles que se esparcieron por las llanuras rusas y las altas planicies del Irán, a lo largo de los ríos de China, perdieron el sentimiento de solidaridad con su patria; y los niños nacidos en los nuevos países, más ricos, más hermosos, ni siquiera tenían un recuerdo de la antigua patria. Únicamente la obediencia a su Kan y la sumisión de éste a la voluntad del Gran-Kan unían a los mongoles de todo el mundo.

La enorme extensión de terreno que la voluntad de Gengis-Kan y la tenacidad de los jinetes mongoles conquistaron se volvió contra su vencedor.

Todos aquellos reinos parciales eran tan gigantescos que resultaba imposible dominarlos desde un solo punto central y mantenerlos sometidos. El Kan, que iba a la guerra en calidad de general del Imperio mongol, se transformaba en soberano de los dominios conquistados y se encargaba de los cuidados y preocupaciones inherentes a su gobierno. Creaba y organizaba en realidad un nuevo reino, pero esta demora significaba en cada caso una reorganización y ponía en peligro a las tropas situadas en las fronteras donde últimamente hiciera alto el ejército.

Por eso, cuando, muerto Ugedei, Batu volvió sobre sus pasos, Subutai, el hábil general y compañero de armas de Gengis-Kan, encargóse de que la Hungría vencida y devastada, Galitzia, Silesia y el sur de Polonia fueran abandonadas a su suerte, colocando así entre los mongoles y el enemigo, aún no vencido, una amplia zona de destrucción y aniquilamiento. Mas cuando, al morir Monke, Hulagu se disponía a dirigirse a Mongolia para asistir al *kuriltai*, carecía de un Subutai que le incitara a tomar aquella previ-

sora medida y, como consecuencia, hubo de pagar cara tamaño falta de cautela. Dejó a su general Ket-Buka con un ejército en Siria conquistada, cerca de Egipto, país al que ya había enviado la orden de sumisión; y cerca de Tabriz, cuando apenas sus principales tropas habían sido distribuidas por los diversos países del Asia Anterior, recibió la noticia de que su ejército en Siria había sido destruido por el soberano de Egipto, el sultán mameluco Kutuz, y que los ejércitos enemigos se habían esparcido por toda Siria. De consiguiente, hubo de renunciar a asistir a la Asamblea en su patria y preparóse para una nueva guerra en Siria.

II

Si este golpe hirió inesperadamente a Hulagu, no menos sorprendente fue su victoria para toda el Asia Anterior. El último avance de Hulagu, la destrucción del Califato, la ocupación de Mesopotamia y Siria, hundieron a los pueblos musulmicos en la más honda desesperación. La última hora del Islam parecía haber sonado.

Nadie creía que Egipto, el último refugio, el punto de concentración de todos los fugitivos desde el Turquestán hasta Siria, tendría fuerza y valor suficientes para oponerse al terrible mongol, aquel azote de Dios. El que podía, emprendía la huida hacia el interior de Africa. El terror y la crueldad, estos dos agentes explotados con tanta sabiduría por la táctica guerrera mongola, precedían siempre a los ejércitos y paralizaban de antemano a las futuras víctimas. Esta vez, no obstante, fracasaron con los mamelucos de Egipto.

Los mamelucos — esclavos que los sultanes egipcios compraban en todos los mercados del Asia Anterior y hacían instruir en el servicio militar para crear una tropa que les fuese personalmente adicta — habían constituido así la más poderosa fuerza guerrera de Oriente. Con ella rechazaban todos los ataques de los cruzados contra Egipto, exigían tributos a Palestina y vencían a los príncipes sirios. Los mamelucos no tardaron en trocarse, de esclavos, en dominadores de sus dueños. Los emires mamelucos reinaban en nombre del sultán, lo destronaban y, si llegaba el caso, lo asesinaban... Cuando Hulagu, después de la toma de Bagdad, marchó contra Mesopotamia, el enérgico emir mameluco Kutuz aprovechó del pretexto del peligro mongol para subir al trono de Egipto en lugar del heredero, que todavía era un niño, y dirigió todos sus esfuerzos a los preparativos del gran combate.

Mandó ejecutar a los enviados de Hulagu que exigían la sumisión, uno en cada uno de los distritos de El Cairo, con el fin de obligar a todos a combatir sin cuartel, pues sabía

que, indefectiblemente, los mongoles daban muerte a todos los habitantes de las ciudades donde sus embajadores eran asesinados. Mediante impuestos personales, confiscación de fortunas enteras, requisa y embargo de joyas, se procuró el dinero necesario para la campaña. Alistó bajo sus banderas a todos los habitantes de Choresm, turcomanos, árabes, sirios, y obligó a tomar las armas a todos los hombres en condiciones de hacerlo. Al que se escondía se le propinaba, al ser descubierto, una paliza en público. Obrando así, formó un ejército de 120.000 hombres, cuyo núcleo lo constituían mamelucos a las órdenes de Beibars, su terrible jefe.

Beibars, un komano, había luchado, siendo muy joven, bajo las banderas mongolas. Al ser capturado, lo compró en Damasco un emir mameluco por 800 dracmas. Pronto se distinguió por su bravura y habilidad en el tiro del arco. Nombrado comandante de los mamelucos de El Cairo, les enseñó el arte de guerrear de los mongoles y, gracias a ello, siendo joven todavía, alcanzó una brillante victoria sobre los ejércitos francos y sirios reunidos. Este hecho dio celebridad a su nombre. Era él quien excitaba a Kutuz a la resistencia, impulsándole (tan pronto como sus espías le trajeron la noticia del viaje de Hulagu hacia la Mongolia para asistir al *kuriltai*) a no esperar la invasión mongola, sino — cosa inaudita — a atacarlos en la Siria ocupada.

Ket-Buka, el general de Hulagu, disponía de unos 30.000 hombres, según un cronista, y de 10.000 solamente, según otro. No obstante, aceptó la batalla. Cerca de Aindshalut, en las fuentes del río Goliat, al oeste del Jordán, tuvo lugar la batalla decisiva. Pero el miedo a los mongoles era tan grande que el ejército egipcio, numéricamente superior, retrocedió vencido. Mas, a su vez, Beibars recurrió a una de las tretas de guerra mongolas: se colocó con sus mamelucos, emboscado tras la retaguardia del ejército egipcio. Desde su escondrijo se lanzó sobre los perseguidores y aquello decidió la batalla.

El efecto fue extraordinario. Esta victoria significaba, treinta años después de la muerte de Gengis-Kan, la primera derrota infligida a la ininterrumpida carrera triunfal del ejército mongol. La noticia del fausto acontecimiento se esparció como reguero de pólvora: por primera vez, los indomables mongoles habían sido derrotados por el mundo islámico y su general, muerto. Los mongoles supervivientes huyeron atravesando el Eufrates.

La Siria mahometana exultaba. En las ciudades, los habitantes se volvieron contra los cristianos, que los mongoles habían respetado, y por doquier se les mataba y expoliaba. Antiguos principados sirios fueron de nuevo reducidos a vasallaje por Egipto, y emires mamelucos, nombrados como gobernadores. A diestro y siniestro distribuía Kutuz ricos regalos, y dignidades a su séquito y adeptos.

Tan sólo olvidó a uno: a Beibars, cuya ciencia estratégica hizo posible la victoria.

El orgullo de Beibars, así como su habilidad, eran demasiado peligrosos para que el Sultán le confiase una ciudad como Alepo, que el general deseaba como feudo. Beibars tramó un *complot*. Durante el regreso a Egipto, donde los habitantes de El Cairo se preparaban alegremente para festejar con gran pompa al libertador y salvador del Islam, atacó a Kutuz y lo mató. Los mamelucos, que adoraban a su temerario y valiente guerrero, no encontraron un sucesor más digno del vacante trono del Sultán que el propio Beibars. Y el pueblo de El Cairo, que llenaba las calles para festejar a Kutuz, el vencedor, oyó de pronto al pregonero gritar en las plazas públicas y mercados: «¡Oh pueblo, reza y solicita la divina gracia para el alma del sultán Kutuz, y una larga vida para el nuevo sultán Ez-Zahir-Beibars, el victorioso!»

Rudo, violento, perjuró, astuto, asesino de dos sultanes, Beibars era, en realidad, el salvador del Islam. Era, tal vez, el único que no se engañaba acerca del verdadero estado de sus fuerzas ni exageraba tampoco el alcance de su victoria sobre el ejército de Hulagu. Sabía perfectamente que la gran batalla no tardaría en prepararse. Por consiguiente, ordenó evacuar Damasco, alejando a las mujeres y niños del norte de Siria, con el doble fin de disponer de más víveres para sus soldados y despoblar toda la región situada entre Alepo y Mesopotamia. Todos los arbustos fueron quemados y talados los árboles, con objeto de que no sirviesen de alimento a los caballos, ni de sombra y leña a los mongoles, privándolos así de protección y material para completar sus preparativos guerreros.

Y mientras realizaba estos preparativos, sacaba, como hábil diplomático, prudente soberano y buen general, todas las posibles ventajas de la situación. En primer lugar, aseguraba su posición erigiendo en su Corte un nuevo Califato para uno de los familiares del Califa asesinado en Bagdad. El nuevo Califa declaró los derechos de soberanía de Beibars sobre todos los países del Islam, así como sobre los demás que Alá librara del yugo de los infieles; y, de este modo, hizo, de un usurpador, el sultán legítimo de Egipto y de Siria. Y el Sultán ordenó jurar solemnemente a todas las provincias fidelidad al Califa, elevando así a El Cairo, su capital, a la dignidad de nuevo centro del Islam.

Sultán legítimo, soberano supremo de todos los musulimes y protector del Califa, se encontraba ahora en condiciones de atraerse a uno de los más poderosos aliados existentes. Borke, el Kan mongol de la Horda de Oro, pues era el primer soberano mongol que había abrazado el islamismo.

III

En vida de Batu, el *ultiss* de su hermano Borke se encontraba en la región del Cáucaso. Por su dominio pasaba la vía que conducía a Derbent, una de las rutas comerciales de Mesopotamia y de Irán hacia la Horda de Oro. Este tráfico se encontraba totalmente en manos de los comerciantes musulmanes, y Borke comprendió en su justo valor la ventaja que se le ofrecía. Después de convertirse al islamismo, todas las caravanas seguían únicamente el camino a través del *ovéw* del Kan creyente, cuya riqueza e importancia eran tales que Batu le ordenó establecerse más hacia el Norte, entre Mongolia y el Volga, y prohibió a los comerciantes que le visitasen.

Cuando Borke sucedió a Batu, consideró sus intereses amenazados a causa de las conquistas de Hulagu, pues gustoso hubiera extendido su propio poderío más allá del Cáucaso, acercándose a los centros de cultura mahometana. Y procuró, mediante un continuo inmiscuirse y reprochándole el ser demasiado cruel con los musulimes, impedir el avance.

En un informe, Beibars decía que la campaña de conquistas de Hulagu era una guerra de exterminio contra el Islam; que el asesinato del Califa y la toma de Bagdad habían privado al mundo islámico de su jefe espiritual y de su centro, y añadía, maliciosamente, que todo aquello se hizo con premeditación y en contra de Borke, el Kan mahometano.

Logró por completo su objetivo. Por primera vez, la igualdad de religión venció a los lazos de la sangre y un soberano mongol decidió proteger a un pueblo extranjero contra otro Kan mongol. Cuando, por fin, año y medio después de la derrota de Ain-Dschalut, Hulagu reunió sus tropas y quiso emprender la campaña de desquite contra el sultán mameluco, con el fin de barrerlo de Siria y Egipto, las tropas de Borke se encontraban en el Cáucaso dispuestas a invadir el reino de Hulagu. Y en lugar de marchar hacia el Oeste contra los mamelucos, Hulagu se vio obligado a dirigir sus tropas contra guerreros de su propia raza.

Al mismo tiempo que los mongoles de Kubilai luchaban contra los mongoles de Arik-Buka en los límites del desierto de Gobi, luchaban los mongoles de Hulagu contra los mongoles de Borke. Sobre toda la extensión de Asia, los mongoles luchaban contra los mongoles, gengicidas contra gengicidas.

IV

Después de la derrota de Arik-Buka, Kubilai consiguió terminar la guerra entre las dos potencias de Occidente; pero aunque ambas le habían reconocido como Gran-Kan, ya no fue su fuerte ley la que logró acabar con las invernales luchas intestinas de cada año, sino el envío, en socorro de Hulagu, de un ejército de 30.000 guerreros mongoles; en vista de lo cual, Borke renunció a la tentativa de pasar el río Derbent.

En dos generaciones, la posición del Gran-Kan llegó a ser muy diferente. Gengis-Kan era el Sutu-Bogdo, el enviado de Dios, y su palabra era la voluntad del Cielo. Sus sucesores conservaron el título, pero ya no eran más que soberanos elegidos por el *kuriltai*, y, finalmente, faltaba hasta esta elección legal. Gengis-Kan consideró la dominación nómada sobre los pueblos civilizados como un deseo de la voluntad divina; sus sucesores se adaptaron a la cultura de los pueblos vencidos, protegieron una u otra religión o se convirtieron a ella. ¿Cómo iba a considerar Borke, el muslim, la palabra del Gran-Kan Kubilai como la voluntad de Alá? ¿Y cómo los posteriores Il-Kanes iban a considerar a Kubilai como Sutu-Bogdo, el enviado de Dios?

Al trasladar su residencia de Karakorum a Pekín, el radio de acción del poder del Gran-Kan sufrió una merma. Mediante este traslado quiso unir el poder con el centro de la cultura; pero, de este modo, situó el eje del Imperio hacia el Este. Transformando el país de origen en una insignificante provincia del reino chino, sacó de su lugar apropiado el centro de gravedad, y los países del Oeste, con su civilización y su desarrollo propios, fueron alejados. A causa de los contrastes existentes entre ellos, no se quisieron someter a los intereses comunes tal como los consideraban en China.

El inmenso Imperio estaba resquebrajado, la idea de la unidad mongola perdió su fuerza y, aunque la tendencia de expansión y de conquista persistió viva en todas las partes del Imperio, la aureola mongola estaba destruida.

Cada uno de estos reinos mongoles parciales vivía y tenía su propia historia.

EL REINO DE LOS IL-KANES

I

EL sino del reino de los Il-Kanes quedó decidido por su enemigo del Islam. Desde el acuerdo entre Beibars, el sultán mameluco, y Borke, el Kan de la Horda de Oro, éstos se opusieron a Hulagu en cada una de sus fronteras.

Tanto en las orillas del Eufrates como en el Cáucaso y el Oxus, por doquier encerraban el reino de Il-Kan, paralizándolo sus fuerzas. Cualquier éxito obtenido en algunas de las fronteras era desvirtuado, destruido, por la presión ejercida sobre la otra.

El sueño de conquistar y someter a Egipto había terminado para Hulagu. Las luchas que desde entonces se desarrollaron no tenían más objeto que la posesión de una u otra parte de Siria. De hecho, los límites del reino, del Il-Kan estaban fijados. La tendencia a la expansión, que dominaba a todos los reinos mongoles y les daba siempre nuevas fuerzas, estaba ya ahogada.

Los Il-Kanes fueron los primeros soberanos mongoles que no pudieron vencer a sus enemigos con sus propias fuerzas y, por consiguiente, necesitaron conseguir aliados. Los buscaban en el Occidente cristiano, cerca del Papa, jefe de todos los cristianos, el cual, como supieron por sus amigos los nestorianos, llamaba, desde hacía siglos, a los ejércitos occidentales contra Egipto.

Abaka, hijo y sucesor de Hulagu, le propuso una alianza contra Egipto: los mongoles y los cruzados debían atacarlo y destruirlo por dos lados a la vez. El plan era perfectamente realizable y, gustoso, el Papa lo aceptó, y Abaka envió embajadores más lejos todavía: a Francia, Inglaterra y España.

Parece ser que tuvieron éxito. Luis el Santo, Jaime de Aragón, dos príncipes ingleses y Carlos de Anjou, rey de Sicilia desde la muerte del último Hohenstaufen, se declararon dispuestos a emprender una nueva Cruzada.

Pero Beibars, el sultán mameluco, era un diplomático demasiado hábil para darse cuenta del peligro y no prevenirlo. Después de tomar en Siria a los francos Antioquía y Jaffa, la más poderosa fortaleza, así como una serie de otros burgos, consideró necesario pactar con las potencias cristianas de Occidente. Debido a no estar todavía traza-

das en aquella época las rutas transcontinentales y el comercio con Egipto, particularmente el de las especias, que se hacía a través de los puertos egipcios y era una de las fuentes de riqueza más importantes para los reinos mediterráneos, no le fue difícil atraerse a Venecia y Sicilia. Los dos Estados mediterráneos más próximos no sentían ya interés en la ruina del reino mameluco y en lugar de contra Egipto, la campaña fue dirigida primeramente contra Túnez. Ante Túnez, el ejército de las Cruzadas sucumbió a una enfermedad pestífera. Luis el Santo murió, y la muerte del rey de Francia cerró la época de las Cruzadas. No sólo Egipto escapó de la destrucción, sino que tuvo el valor de arrancar a los cruzados los últimos apoyos que poseían en Tierra Santa.

Al ver fracasada esta tentativa de alianza, Tagudar, segundo hijo de Hulagu, emprendió otro camino: abrazó el islamismo, tomó el nombre de Achmed y quiso hacer la paz con el mundo musulmán. Pero Egipto no pensó, por un Kan convertido al islamismo, en renunciar a la conquista del Asia Menor. Aunque la población musulmana del Asia Anterior aclamaba a Tagudar, los demás príncipes de la casa de Hulagu no se unieron a la política del Kan. Argun, hijo de Abaka, se quejó a Kubilai de que su tío «hubiese abandonado la ruta seguida por sus antepasados, aceptando la ley de los árabes», y la desaprobación del Gran-Kan fue tan poderosa en el reino del Il-Kan, que diez príncipes mongoles y sesenta generales se mostraron favorables a Argun. Achmed fue vencido y muerto durante una rebelión.

Argun volvió a la idea de una alianza con los países occidentales; nuevamente sus embajadores recorrieron las Cortes europeas, prometiendo a los cristianos Tierra Santa y hacerse bautizar en Jerusalén en cuanto conquistasen la ciudad. El Papa hizo acompañar a los embajadores a la Corte de Felipe el Hermoso de Francia y a la de Eduardo I de Inglaterra, pero todo fue inútil. El Occidente no quería ya Cruzadas. Dejaron escapar vanamente el momento oportuno. El Occidente, ocupado en sus rencillas y mezquinas discordias, dejó que el Islam recuperase sus fuerzas y le allanó el camino para la ulterior conquista de Constantinopla.

II

En aquella época, a fines del siglo xm, hacía tiempo que los mongoles habían perdido su salvaje orgullo de conquistadores. Los Il-Kanes se habían vuelto soberanos civilizados y, cultos, que construían ciudades, protegían el comercio y cultivaban las ciencias y las artes. Gustaban

rodearse de sabios, para los cuales mandaban construir observatorios y escuelas; mantenían alquimistas que buscaban la piedra filosofal y escudriñaban los secretos de la Naturaleza.

Sin embargo, ellos mismos y sus mongoles eran en el país como un cuerpo extraño que vivía a expensas del pueblo que explotaban.

Entretenidos en lides y asuntos caballerescos, en luchas y caza, en banquetes y también en sofocar rebeliones que sin cesar estallaban en todo el país, los Kanes carecían de tiempo para gobernar y dejaban que lo hicieran sus favoritos, mientras los Kanes se sucedían rápidamente. A los treinta años de la muerte de Hulagu habían reinado cinco Il-Kanes, que murieron uno tras otro, ya fuese por el veneno, por las enfermedades inherentes a la bebida y otros excesos, o simplemente por asesinato, y el poder de los jefes que reinaban como emires o gobernadores en las provincias aumentaba sin cesar. La consecuencia de tal comercio era unas Cortes espléndidas y un pueblo empobrecido; un gran florecimiento de las artes, las ciencias, la literatura y la arquitectura, a costa de la depauperación del país.

Uno de los Il-Kanes, Kaichadu, ambicionó sobrepasar la fama de Ugedei, el príncipe más magnánimo y liberal de todos los autócratas, y gastó todas las rentas[^] tributos y presentes con sus amantes, cortesanos y oficiales; de suerte que el erario quedó completamente exhausto. Con el fin de engrosarlo de nuevo, tuvo alguien la luminosa idea de emitir, a ejemplo de los chinos, papel moneda. Dicha moneda debía ver la luz del día, primeramente, en Tabriz, la capital; y, en previsión del éxito, se erigió en cada provincia una Banca emisora. Quedaba prohibido en todo el reino el empleo de moneda metálica, y se aseguró al Kan que, una vez en uso el papel moneda, ni un solo pobre quedaría en el reino, y que los poetas apresuraríanse[^] a dedicar sus más bellas loas a su persona y a su acción.

El 12 de septiembre de 1294 fue[^] el día memorable en que el papel moneda hizo su aparición en Tabriz. Los pregoneros anunciaron por las calles que quien se negara a acentar los billetes, vendiera o comprara algo con otra moneda cualquiera y no llevase las monedas metálicas al Banco, sería ajusticiado. Los billetes llevaban el emblema de la fe: «No hay más Dios que Alá, y Mahoma es su profeta.» Luego, el nombre del Kan, la indicación del importe y empleo, y que quien imitara los billetes sería condenado a muerte y confiscados sus mujeres, hijos y bienes.

Durante ocho días se obedeció esta orden, por temor al castigo; después, las tiendas aparecieron vacías; en toda la ciudad, nada adquirible quedaba, y la gente empezó a emigrar. Los ciudadanos hambrientos asaltaban los huer-

tos de los alrededores, desvalijándolos. El viernes siguiente hubo grandes lamentaciones en las mezquitas, y las tropas, con las armas en la mano, se vieron obligadas a intervenir para impedir rebeliones. Por un caballo que valía siete monedas de oro, los vendedores exigían cien veces este importe en papel moneda.

Después de algunos atentados contra el visir y altos funcionarios, se autorizó nuevamente el empleo de moneda acuñada, primero en los almacenes de comestibles, permitiendo comprar también con dicha moneda otros artículos; y dos meses después del paro total del comercio, cuando ningún comerciante ofrecía mercancías, los billetes desaparecieron por completo, quedando tan sólo los libelos y poesías burlescos escritos durante aquel lapso acerca del hombre inteligentísimo que había inventado semejante estupidez.

Tan sólo en una provincia, donde el príncipe Gazan, un biznieto de Hulagu, era gobernador, el papel moneda no tuvo curso. Cuando le llevaron los billetes, junto con la prensa para imprimirlos, mandó decir al Il-Kan que en su región era tan sutil el aire, que el papel, al usarlo, se hacía tan delgado y frágil como una telaraña, y ordenó quemar prensa y billetes.

En este mismo Gazan, encontró, finalmente, aquel país tan maltratado, un soberano enérgico y consciente. Bajo él, la dominación de los emires y visires cesó. Reinaba personalmente, recibía a las embajadas y reglamentaba la legislación.

Desde que el Kan Achmed pagó con la vida su fracasado intento de pactar con el Islam, sólo diez años habían transcurrido; pero las circunstancias habían cambiado por completo en el país. Los mahometanos, cada día más numerosos, consiguieron altos empleos, y los mongoles nobles abrazaron, cada vez en mayor número, el islamismo. Las relaciones con China, reino del Gran-Kan, se habían relajado, y mientras los demás jefes, separados según sus tribus, combatían entre sí, los mahometanos manteníanse unidos, de suerte que formaban, dentro del Estado, el partido más poderoso y, además, podían apoyarse en el pueblo y en el clero. Dicho partido mahometano elevó a Gazan al trono y le convenció para que se convirtiese al islamismo. Los primeros años de su reinado los dedicó a la persecución de cristianos y judíos, a la destrucción de iglesias y templos; pero cuando su poder fue lo suficientemente estable, volvió a la antigua tolerancia mongola en cuestión de creencias religiosas. Un edicto ordenó a todos sus subditos que viviesen en paz unos con otros, y prohibió a los poderosos oprimir a los débiles. Cuando sabía que en algún distrito las tropas habían provocado disturbios, mandaba apalea a los oficiales inferiores y reprendía severa-

mente a los superiores... «Gustosos desvalijáis a los habitantes— solía decirles—, pero ¿qué haríais después de matar el ganado y devastar la región? Vendríais a mí para que os mantuviera. Mas lo que haré será castigaros.»

Con el fin de evitar extorsiones ilegales ordenó que, en cada localidad, los impuestos a percibir fuesen determinados por el gobernador en presencia del caíd, seid o imán, y que luego fuesen grabados sobre madera, piedra, cobre o hierro y expuestos ante las mezquitas y en otros lugares públicos.

Determinó que los terrenos incultos pertenecerían al que quisiera cultivarlos, y que quien cultivase la tierra estaría exento de todo impuesto durante el primer año; al siguiente, calculaba los impuestos según la fecundidad del terreno. Cuando el propietario primitivo se presentaba y demostraba sus derechos sobre la propiedad, el Estado le devolvía la mitad de los impuestos, pero el cultivador del terreno conservaba el fruto de su labor.

Gazan se cuidó de fertilizar los campos mediante la construcción de obras hidráulicas y canales, dotó a las aldeas de baños y mercados, mandó construir ciudades enteras que llegaron a ser importantes centros comerciales y protegió al obrero manual. Guerrero valiente, amigo de las artes y de las ciencias, siendo él mismo botánico, químico, astrólogo y, por afición a los trabajos manuales, hábil forjador, tornero y talabartero, creó el orden y la paz en su reino; sin embargo, empleaba parcialmente medios mongoles. Su historiógrafo y visir Raschid-ud-Din, que hace de él grandes elogios, apenas tiene en su historia una sola página donde no cite el ajusticiamiento de algún alto funcionario; y Gazan trataba de la misma manera a sus propios familiares, príncipes y generales que pudieran sembrar la discordia en su reino. Los exterminaba, sencillamente, para que no hubiese nadie que pudiera provocar guerras civiles.

A pesar de haber abrazado el islamismo y de ser el primer Il-Kan que dejó de acuñar en sus monedas el nombre del Gran-Kan, siguió considerándose sucesor y heredero de Gengis-Kan. Raschid-ud-Din dice que conocía mejor que cualquier otro mongol su genealogía y el nombre de los antiguos y nuevos jefes mongoles. Como defensor de la tradición, y deseando la paz y el orden, se esforzó en resucitar el Imperio mongol con toda su poderosa unidad; no para su propia gloria o con el fin de emprender nuevas conquistas, sino únicamente porque conocía el efecto nefasto de las querellas entre hermanos. Por consiguiente, envió embajadas a todos los reinos parciales con el propósito de que reconociesen como Gran-Kan a Timur, el nieto de Kubilai. Y aunque no pudo ver su plan realizado, Oldschaitu, su hermano y sucesor, pudo escribir a Felipe

el Hermoso, rey de Francia, poco después de ía muerte de Gazan, que la guerra fratricida que duró cuarenta y cinco años entre los reinos mongoles había terminado, uniéndose todos nuevamente.

Pero esta unión llegó demasiado tarde. Los mongoles ya no cabalgaban desde el desierto de Gobi hasta Hungría, ni desde China hasta el Asia Anterior. El desarrollo había pasado ya de las condiciones preliminares tan necesarias para semejante Imperio. La idea de conquistar el mundo, que constituía su fuerza motriz, había desaparecido. *Es* más, ya no se podía hablar de una acción militar en común, puesto que cada reino estaba demasiado ocupado con sus propios intereses. Y, por consiguiente, el acatamiento general al Gran-Kan no era, en realidad, más que una mera fórmula, una prueba de que los diversos Kanes encontraban en ello una ventaja, a saber: lograr mantener durante algún tiempo la paz entre ellos y realizar un intercambio más activo de caravanas...

De todos modos, los nueve años del reinado de Gazan permitieron a su hermano reinar apaciblemente durante doce años. Pero el débil sucesor permitió de nuevo que los jefes llegasen al poder.

Durante su reinado, ellos gobernaron en sus provincias como Kanes independientes, y la unión se perdía por completo.

Conquistado y formado por Hulagu, y reunido nuevamente por Gazan el mahometano cuarenta años después, el reino de los Il-Kanes era el primero en desmoronarse al cabo de treinta años, cesando así de ser una de las partes integrantes del Imperio mongol. Cada provincia se esforzaba en buscar algún descendiente de Hulagu que viviera aún en el olvido, para declararlo Kan, y, en su nombre, comenzar la guerra contra sus vecinos, con el fin de anexionarse sus provincias.

De haber vivido en China, país del Gran-Kan, un monarca enérgico, su palabra hubiese aún podido poner orden en el Asia Anterior; pero precisamente entonces estaba ocupado el trono por un muchacho de trece años, a quien el destino había señalado para ser también el último emperador de la dinastía Yuan, fundada por Kubilai. La convivencia con los pueblos de mayor cultura y la adopción de sus usos y costumbres fueron mucho más fatales para los sucesores de Gengis-Kan que sus incesantes y sangrientas guerras. Habían agotado su propia fuerza vital.

LA DINASTÍA YUAN

I

CONSEGUIDA de nuevo la unidad de China bajo la dominación mongola, había alcanzado este país el punto culminante de su significación mundial. Estaba en el centro de las rutas comerciales del mundo de entonces, y los lazos del tráfico y del intercambio cultural le unían estrechamente al continente entero. Más adelantado que ningún otro país, constituía el ardiente deseo de los negociantes extranjeros, y tal deseo podía convertirse en brillante realidad, puesto que China estaba abierta a todo el mundo. Obispos cristianos de diferentes sectas, factorías italianas y colonias de comerciantes musulmanes fueron fundados en diferentes partes del reino. Monjes franciscanos eran obispos de Pekín, y uno de ellos traducía el Nuevo Testamento y varios salmos a la lengua mongola. La jerarquía de los lamas se estructuraba imitando las Cortes de los Papas. Iniciábase una época de tolerancia mundial, llegando a ser Pekín, sobre todo, la ciudad más internacional que nunca haya existido.

Pero la cultura china, su tradición y su ceremonial, con vejez de miles de años; su forma de vida, reforzada y rígida, y sus símbolos, habían de ser fatales para los soberanos mongoles cuando, en lugar de una personalidad tan fuerte como la de Kubilai, otros emperadores menos inteligentes escalaran el trono...

Ya Timur, nieto y sucesor de Kubilai, estaba convencido de que la protección y el ejercicio de las artes es el más hermoso privilegio de un soberano. La tendencia a la alegría de los mongoles daba un nuevo tono a la demasiado seria literatura china, apareciendo numerosas obras de un género más ligero. La novela y el drama estaban en pleno florecimiento. Los instrumentos musicales de arco, usados en Occidente, lograban gran éxito, aprendiendo así China a gustar de una música nueva. En la Corte comenzaba una disipada vida de placeres.

Sin embargo, no le faltaba aún a Timur el espíritu práctico de sus antepasados. Protegía a los labradores cuyos campos eran destrozados por las guerras, impidiendo que sus guerreros dejasen pastar en ellos, estuviesen cultivados o no, sus ganados y caballos, y le placía el reconocimiento y la veneración con que pagaban sus esfuerzos. No obstante, olvidaba fatalmente que él sólo era el sobe-

rano de una casta guerrera y que únicamente retenía, como por la brida, a un pueblo que, desde el punto de vista numérico, les era miles de veces superior y, además, extraño.

Cuando había que llevar la guerra a una parte cualquiera de las fronteras del enorme reino, se encargaba de ella y de sus penalidades y trabajos a aquellos cuya presencia no era muy grata en palacio. Los verdaderos mongoles de la Corte imperial, cada vez se transformaban y fundían más en la cultura china.

No tardaron los emperadores en verse rodeados de una infranqueable barrera de cortesanos y favoritos que explotaban, en su único beneficio, las eternas disputas sobre la sucesión al trono. En cada uno de estos cambios, la intriga y la traición jugaban el papel principal. Los rivales eran eliminados por el veneno o el asesinato; sus partidarios, muertos o desterrados, y el mismo que lograba conquistar el trono no se encontraba muy seguro en él. Los emperadores se sucedían cada vez más aprisa.

Togon-Timur, muchacho de trece años, subía al trono cuarenta años después de la muerte de Kubilai; era su noveno sucesor, y el destino lo había designado para ser el último emperador de la dinastía Yuan. Era absolutamente incapaz de comprender su situación y de oponerse al odio que calladamente aumentaba de día en día. Su primer ministro sentíase furiosamente chinófobo, hasta el extremo de mantener aún el propósito de Gengis-Kan: exterminar a todos los chinos.

Pero era ya demasiado tarde para tales resoluciones; sólo servían para aumentar más el rencor, y las bandas de salteadores se multiplicaban.

Cuando los jefes de estas bandas se dieron cuenta de que el Gobierno no tenía fuerzas suficientes para combatirlos de un modo eficaz, dieron a sus expediciones de pillaje una finalidad política: la liberación del yugo mongol. En el Yang-tse-kiang y en la provincia de Cantón estalló la rebelión abiertamente.

Ahora era en el sur de China donde aparecía la revuelta. Durante el último siglo, el Norte sufrió constantemente invasiones de los pueblos nómadas y la dominación extranjera, y las provincias del Centro y del Sur, por el contrario, jamás habían soportado, hasta los tiempos de Kubilai, el yugo extranjero, constituyendo así la China nacional auténtica, la de los grandes artistas y sabios, la del comercio y la burguesía. Estas ciudades no soportaban el absolutismo de Pekín y sólo la presencia de las guarniciones mongolas, distribuidas por todos los puntos estratégicos del país, contenían su ánimo revolucionario.

Pero ahora el prestigio de los mongoles había caído ya muy bajo. Los campesinos empobrecidos se unían en masa

con los aventureros y jefes de salteadores que les daban ocasión de pillaje, y cuando las guarniciones mongolas se reunían para sofocar la rebelión en el punto donde amenazaba, en seguida estallaba en otro. Los jefes de las bandas se erigían en gobernadores, príncipes, emperadores incluso, y devastaban el país, acabando por caer en la más espantosa anarquía.

Y en tales momentos, muy apropiados para que los mongoles hicieran la última tentativa de restauración de su poder, las discordias intestinas estallaban en la Corte. Uno de los hijos del emperador era el principal enemigo del primer ministro, y las tropas venidas de Mongolia para luchar contra los rebeldes se batían entre sí ante Pekín, en favor de uno u otro bando.

Esto siguió así una década, hasta que el rebelde Tschu-Yuan-tschang se constituyó en verdadero jefe único.

Era hijo de un labrador y hubo de recluirse en un claustro de monjas a causa de su constitución endeble; mas abandonó pronto el convento para unirse a una banda de salteadores. Su inteligencia privilegiada le ayudó en el camino de los rápidos progresos, alcanzando primero el puesto de lugarteniente y, en seguida, el de jefe de una de tales bandas. Su fama se extendió rápidamente, y como logró impedir que su gente se entregase al pillaje en las ciudades de las provincias que le pertenecían, ganóse la ayuda de campesinos y comerciantes y, con ello, su poder creció hasta el extremo de apoderarse de Nanking y formar allí un verdadero Gobierno. Esta hazaña, que acababa con el estado anárquico del país, dio sus frutos inmediatamente. Todas las ciudades a lo largo del Yang-tse-kiang le abrieron con sincero júbilo sus puertas, para escapar de tal modo, bajo su protección, a la guerra civil que lo exterminaba todo.

Desde Nanking empezó su lucha contra los otros jefes de banda. Esta lucha duró cinco años y, al final de ella, Tschu-Yuan-tschang había conquistado casi todo el antiguo reino Sung y comenzaba la empresa de apoderarse del Norte. En una de sus proclamas incitaba a los chinos a la rebelión contra los mongoles. Empezaba con estas palabras:

«¡Estos bárbaros han nacido para obedecer, no para gobernar a una nación civilizada!»

Toda China exultaba, agrupándose a su alrededor. Era la primera vez, durante mil años, que la nación china abandonaba su actitud defensiva ante los ataques del Asia Central, para pasar al ataque contra sus enemigos.

Tan sólo unos cuantos meses bastaron para reparar las torpezas cometidas durante un siglo. A la cabeza de 250.000 hombres marchó un general sobre Pekín, el *daidu* de Kubilai.

La campaña fue un desfile militar. El mismo terror que, tiempo atrás, precedía a los ejércitos mongoles, paralizó entonces a éstos ante sus enemigos.

En vano advertían los ministros mongoles al último emperador: «Este es el reino de Kubilai, el más grande de tus antepasados. ¡Debes conservarlo hasta la muerte!» En vano le pidieron que librara una batalla decisiva, ante las puertas mismas de Pekín, para vencer o morir. Sólo pudieron cubrir la retirada nocturna de su emperador hacia el Norte.

II

A la huida de la Corte siguió un terrible baño de sangre, una orgía de crímenes, una destrucción furiosa de todo cuanto se relacionaba con los mongoles. Nada de lo que perteneciera a los odiados dominadores debía quedar en pie; los castillos de Kubilai fueron completamente arrasados, y hasta las murallas del mismo Pekín sufrieron la cruel demolición. Un año después, en 1369, Tschu-Yuantschang, que, como primer emperador de la nueva dinastía Ming, había tomado el nombre de Tai-tsu, ordenaba que se escribiera la historia de la dinastía Yuan, considerada ya por él como absolutamente extinguida.

Y con los mongoles desaparecieron también todos sus protegidos, los extranjeros. Las colonias cristianas y mahometanas fueron destruidas; los obispados, suprimidos; los sacerdotes, asesinados; ni aun en los cementerios mongoles quedó piedra sobre piedra.

Bajo el imperio de los Ming volvió de nuevo China a separarse del mundo, encerrándose en sí misma. Las relaciones comerciales e intelectuales con el extranjero quedaron interrumpidas; toda la legislación fue reformada a la manera nacional china e inspirada en las viejas tradiciones de la dinastía Tang, que había reinado durante más de quinientos años, la «Edad de oro». El Imperio ya no temía a los bárbaros del Norte, pues no se contentó con expulsarlos de las fronteras de la antigua China, sino que los persiguió hasta su propia patria, hasta Mongolia.

Pero los mongoles expulsados no quisieron someterse a su amarga suerte y, bajo el mando de Togus-Timur, hijo del último emperador, se agruparon de nuevo e intentaron volver a la táctica militar de sus antepasados: los ataques rápidos contra las provincias limítrofes de China. Mas entonces era ya muy otra la China enemiga. En el año 1388, un ejército chino penetra hasta la misma Karakorum y la destruye; persigue a los mongoles a lo largo del Kerulo y los rechaza hasta el lago Buir-Nor, donde les inflige una derrota aniquiladora. Pierden el ganado, las tiendas, todo

lo que poseen, y más de 70.000 hombres caen prisioneros. Nunca se rehicieron de esta derrota. Los príncipes mongoles se declararon independientes y la vida anárquica volvió a ellos como antaño, antes de la época de Gengis-Kan.

Sin embargo, aunque los emperadores Ming trataron de borrar, después de la expulsión de los mongoles, todo recuerdo de su paso, los herederos de la dinastía Yuan hacían valer sus derechos sobre la dominación mundial. Trataban a Mongolia como una provincia china; penetraron hasta el este del Turquestán — el *uluss* de Tschagatai — y durante el mismo año en que pusieron fin a la dominación mongola en la batalla de Buir-Nor, despacharon embajadores a todos los países que habían obedecido a la voz de Kubilai y les exigieron que continuaran sumisos.

En este momento se inicia en la Horda de Oro, después de un largo período de luchas intestinas, y bajo el dominio del Kan Tochtamisch, un nuevo florecimiento, una nueva pujanza.

LA HORDA DE ORO

I

YA no le amenazaba ningún enemigo, y, excepción hecha de la estrecha franja en el reino del Il-Kan, no tenía en ninguna parte límites fijos. Estaba rodeada de vecinos débiles, cuyas tierras y ciudades eran siempre una tentación para su afán invasor. De este modo, la Horda de Oro podía desenvolverse libremente y llegar a ser el más poderoso reino del oeste asiático. Erigida por Batu, según los principios de Gengis-Kan, como reino nómada, no se apropiaba, de las antiguas civilizaciones asiáticas, más que esas cosas agradables que los habitantes de las estepas desean de los pueblo sedentarios. Las caravanas llevaban al Volga todo lo que China y el Asia Anterior podían ofrecer, y el Islam, enemigo mortal de los Il-Kanes, era para la Horda de Oro, desde la época de Borke, un amigo fiel y, además, culto, cuyos arquitectos habían hecho de la Nueva Sarai, construida por Borke, una ciudad espléndida, llena de palacios, mezquitas y baños, una ciudad de mármol y de pórfido, con todo el lujo de la época.

Y al mismo tiempo que los productos de las dos civilizaciones asiáticas, también las mercancías y objetos mate-

riales de Occidente habían entrado en el Volga. Los comerciantes italianos pasaban, desde el Sur, hacia el *ordu*; e igualmente llegaban desde el Norte, por el camino de Novgorod y Nijninogorod, las mercancías y productos de las ciudades hanseáticas.

De tal modo, gustando de todas las civilizaciones, gozaban de todos sus productos, aunque los Kanes nunca olvidaban las costumbres de su pueblo y procuraban seguir siendo lo que habían sido sus antepasados: soberanos nómadas. En las inmensidades de sus dominios esteparios, desde el lago Aral hasta los Cárpatos, sin ser estorbados en ningún sitio por regiones cultivadas, vagaban por todas partes, con sus caballos y sus carros-tiendas, los mongoles y sus gigantescos rebaños. Los pueblos nómadas de las estepas del sur de Rusia habían sido absorbidos por los mongoles hacía ya mucho tiempo, y cuidaban sus rebaños como esclavos o servían como soldados en sus ejércitos. Las antiguas ciudades del sur de Rusia, como Kiev y Tschernigow, que fueron abandonadas por sus habitantes, se habían convertido en pueblecitos sin importancia. La estepa de Asia se extendía hasta los Cárpatos.

Hasta el gran reino eslavo de la Rusia del Norte tiene que formar parte, ya desde el Imperio de Batu, de la temida Horda de Oro.

Cuando Batu, después de su vuelta de Hungría, erigía su reino y exigía a los príncipes rusos que vinieran a rendirle homenaje, el gran duque Yaroslao de Vladimir y su hijo Alejandro aceptaron sin vacilar una política de completa sumisión. Habían reconocido que en un reino como el de Batu, donde el Kan quería reinar como soberano de soberanos y gobernar por mediación de príncipes, éstos dependían por completo de él. Habían visto además, que Rusia no podía esperar ayuda alguna de Occidente. En consecuencia, renunciaron a toda relación con Occidente, interesándose en adelante por aquél. Con esta decisión dieron a Rusia durante siglos una dirección política que fundó, quizá para siempre, el doble aspecto que todavía le queda.

Fue, sobre todo, Alejandro quien con su actitud demostró al Kan las ventajas de ser un príncipe sumiso y enérgico quien gobernase al país, aparte de buscar, en su fuero interno, que le devolviera confianza por confianza elevándolo en su consideración sobre los demás príncipes. Y así sucedió, puesto que, gracias a la política de Alejandro, los numerosos pequeños Estados y principados en que Rusia estaba dividida, según costumbre de la época, fueron agrupándose bajo la influencia y el dominio de un solo príncipe, cuyo papel representaba algo así como un gobernador general de los «uli/ss rusos» de la Horda de Oro.

Al principio fueron el Gran Ducado de Vladimir y el trono del Gran Duque quienes recibieron tal privilegio, pero

pronto se transfirió, éste a Moscú, cuyos príncipes seguían, lo más fielmente posible, la política de Alejandro uniendo, con la complacencia del Kan, «la tierra rusa». Esta política llevaba en sí la posterior realización del reino moscovita, que libertaría a Rusia del «yugo de los tártaros» para erigirse en seguida en heredero único de la Horda de Oro.

II

Era el Kan soberano de príncipes. Ni la dignidad de Gran Duque ni el trono eran hereditarios, sino otorgados en disfrute vitalicio. El Kan los cedía, según su capricho, a uno de los príncipes rusos. Después de la muerte de Alejandro, sus familiares y descendientes emprendieron una verdadera carrera hasta el *ordu*, con eifin de obtener, mediante presentes, soborno y sumisión, el *Yarlyk* — documento de feudo —. Este angustioso ir y venir, en constante ruego, había de durar cerca de cien años, pues el Kan, que confería la dignidad, podía también retirarla a cada instante; de manera que, una vez tomada cualquier decisión, no impedía que el elegido fuese calumniado por un rival más feliz, mediante sospechas de toda clase o denuncias de que no enviaba la totalidad de los impuestos, o bien intentando ganarse el favor del Kan con ofertas de un mayor tributo.

Cuando el hermano de Alejandro obtuvo el trono del Gran Duque, era su peor enemigo Dimitri, hijo de Alejandro, y apenas fue Gran Duque, a la muerte de aquél, Andrei, su mismo hermano, empezó a intrigar en el *ordu* contra él y, consiguiendo al fin también un *Yarlyk*, apareció en Rusia a la cabeza de un ejército mongol, para arrebatarle el trono.

«Los desdichados días de Batu se renovaron en Rusia, por todas partes fueron incendiadas ciudades y aldeas, y tampoco entonces se respetó sexo, situación o edad. Aun los que lograron escapar de la espada o del cautiverio, encontraron, en los bosques o estepas adonde habían huido, una muerte mucho más triste y espantosa, causada por el hambre y el frío.»

Finalmente, el Gran Duque Dimitri se vio precisado a huir, pero no fuera del país mismo, sino a la Rusia del Sur, junto a Nogai, el poderoso. Gobernador de aquella región, quien le recibió con todos los honores y le proveyó de soldados. Entonces, Dimitri, con otro ejército de mongoles, volvió a la Rusia del Norte a entablar lucha contra su propio hermano y los mongoles del Kan.

De una manera rápida, las crónicas nos hablan de la situación y de los acontecimientos en el seno de la Horda de Oro, mostrando a las claras la inminente tensión interior.

Hasta entonces, los Kanes sólo habían recibido grandes beneficios de la organización del reino de Batu. El Gran Duque percibía todos los tributos en moneda, plata, pieles, ganados y hombres, y los enviaba al Kan. El desacuerdo y la envidia existentes siempre entre los príncipes era para él una garantía de que no le defraudarían en la más pequeña cantidad. Mas ya los rusos empezaban a explotar en su favor las oposiciones internas que progresivamente se desarrollaban entre los mismos mongoles. Nogai había servido fielmente a tres Il-Kanes y luchado contra Bizancio, los polacos y los lituanos; pero, en los cuarenta años transcurridos desde la fundación de la Horda de Oro, el poder de su *uluss*, que comprendía toda la región al norte del mar Negro, se había engrandecido demasiado. Yerno del emperador de Bizancio y soberano de Bulgaria y de Serbia, Nogai no se sentía ya dispuesto a seguir aceptando las órdenes del *ardu* del Volga. La huida de Dimitri, junto a él facilitó a Nogai la ocasión de intervenir independientemente en los asuntos del reino, y la relación actual de las fuerzas de los dos *ordus* era tal, que el Kan aguantó en silencio esta última transgresión y hubo de aceptar que los Duques rusos se inclinaran nuevamente ante Dimitri.

Un nuevo poder se había formado en el interior del reino y, andando el tiempo, sería inevitable el encuentro entre las dos potencias. Nogai fue quien lo provocó con la ayuda prestada al biznieto de Batu, el joven Tochtu. Este reinaba como cuadrunviro con otros tres príncipes, a quienes pronto hizo asesinar, con la ayuda de Nogai, para poder gobernar él solo. Creía Nogai que, dado su poder, él, hacedor de reyes, conseguiría apoderarse de todo el reino; pero se equivocó en sus cálculos. El joven Tochtu-Kan, enérgico y tenaz, soberano mongol al estilo antiguo, no era hombre que tolerase sobre su poder el de uno cualquiera de sus vasallos. Después de destruir catorce ciudades rusas y ahogar en sangre el movimiento liberador de los rusos, movilizó sus tropas, con motivo del primer leve desacuerdo entre él y Nogai, y se dirigió con ellas a la Rusia del Sur. Dio a Nogai tiempo para hacer sus preparativos bélicos y éste logró batir a las tropas del Kan.

La segunda batalla dio la victoria a Tochtu. Nogai, herido en la lucha, murió cuando se daba a la fuga. Sus hijos se dispersaron; unos pasaron al servicio del Il-Kan, y otros, al de Bizancio. Había terminado el poderío de Nogai. Sólo su recuerdo perduró hasta el siglo xix, en nombre de los tártaros de Crimea.

La esperanza de los príncipes rusos en la división de la potencia mongola no llegó a cumplirse. Unida nuevamente la Horda de Oro bajo el mando de Tochtu, alcanzó el punto culminante de su poderío. Dejó el islamismo para volver a la religión de sus antepasados y, con este renacimiento de

la *Ya&sa*, y de las costumbres de sus mayores, resurgió la idea de la unidad de todo el pueblo mongol.

En los tronos de los tres reinos había hombres que reconocían las ventajas de mantener pacíficas y constantes relaciones culturales y comerciales; y así fue como (bajo el gobierno del biznieto de Batu y Hulagu, y el de Timur, nieto de Kubilai, reconocido ahora como Gran-Kan) refloró, allá por los comienzos del siglo xrv, el nuevo Imperio mongol.

III

Mientras el espíritu de unión y mutua inteligencia imperaba en el reino de los mongoles, siquiera fuese momentáneamente, en Rusia alcanzó la discordia su punto culminante. La captura recíproca de prisioneros, los robos, las devastaciones a que se entregaban los príncipes rivales, los saqueos realizados por las tropas mongolas que antes habían introducido en el país, las crueldades hechas durante aquella guerra civil que duraba ya varias generaciones, habían contribuido a hundir el país en la más honda miseria.

De la Iglesia ortodoxa rusa surgió la renovación y la unión que faltaban. Comprendió que era la única oportunidad que aún quedaba en aquellos pueblos atormentados, divididos, en constante lucha interna bajo el yugo extranjero, y que sólo ella, la Iglesia, podía todavía unirlos, librando a Rusia del caos. En consecuencia, la metrópoli, que había trasladado su residencia, de la devastada Kiev, a Vladimir, ciudad más segura, creó en ella un centro espiritual y tomó el título de «Metropolitano de todas las Rusias», obligando a todas las Iglesias a reconocerlo como tal. Amparada así en esta supremacía, intentaba crear, junto a su poder espiritual, otro poder terreno: un único «Gran Ducado de todas las Rusias».

Entre tanto, las circunstancias de los príncipes rusos habían cambiado notablemente. Los principados del Este y del Sur, junto a los límites de la región selvática de la Rusia del Norte, habían sido los más expuestos a las invasiones tártaras y sufrieron grandemente bajo su dominación. Las regiones occidentales, distraídas en sus continuas luchas con polacos, lituanos, caballeros alemanes y Suecia, no se ocupaban gran cosa de las cuestiones generales rusas. De este modo, dos eran los únicos pretendientes al trono del Gran Duque: los dos principados situados casi en el centro de la Rusia de entonces. Estaban éstos tan bien protegidos por todas partes que, desde el tiempo de Batu, casi ninguna invasión había devastado sus dominios. Los dos principados eran el de Twer y el de Moscú.

Twer, el reino más antiguo, consiguió, con promesas de pagar los más elevados tributos, obtener un *Yarlyk*, y en-

tonces coronó el Metropolitano, por primera vez, como «Gran Duque de todas las Rusias», al príncipe Miguel de Twer.

Inmediatamente, todos los descontentos se pusieron al lado de su rival, el príncipe Yuriij de Moscú. Este, después de la muerte de Tochtu, se dirigió al *ordu* y vivió allí durante dos años, casándose con la hermana del joven Kan Usbek, la cual quedó así convertida en princesa de Moscú. Fácil es comprender que Yuriij obtuvo del Kan el *Yarlyk* de Gran Duque y pudo volver a Rusia a la cabeza de un formidable ejército mongol.

Miguel reunió sus tropas, venció a los mongoles y cogió prisionera a la esposa de Yuriij, hermana del Kan, que murió poco después en el cautiverio. Este suceso había de ser su perdición, porque fue invitado a ir al *ordu* y allí murió asesinado. Entonces Yuriij subió al trono como primer Gran Duque de la casa de Moscú, la rama más joven de los sucesores de Alejandro.

En los decenios siguientes, ningún cambio se experimenta en las relaciones entre Moscú y la capital mongola. Los Grandes Duques de Moscú son siempre bien recibidos en el *ordu*, por el Kan reinante. Llevan el oro y la plata arrebatados a las ciudades y regiones, excediendo en mucho a los envíos corrientes, y saben sobornar con ricos dones a las mujeres del Kan, a la nobleza mongola y a todas las demás personas influyentes, volviendo siempre con mayores privilegios y derechos. De este modo, casi nada queda ya en Rusia que pueda escapar a la supremacía de Moscú. Sólo un enemigo queda junto a sus fronteras: Lituania, cuyo poder, por la energía y talento de su soberano, se extiende hasta más allá de Kiev. Pero cuando el príncipe lituano consigue llamar la atención del Kan sobre las consecuencias peligrosas del excesivo poder que Moscú va adquiriendo, el Gran Duque logra convencer a los mongoles de que, por el contrario, él es el único defensor del *ulus* de la Horda de Oro contra los excesos y ataques de los lituanos.

Poco a poco, en el reino de la Horda de Oro, Moscú se desenvuelve como un segundo centro al lado de Sarai. Esta representa el Gobierno y es la ciudad rica en donde convergen todos los hilos del comercio, el núcleo de la civilización musulímica. Moscú aguarda pacientemente que suene su hora, ya que, después de la muerte de Usbek, en 1340, comienza la lenta decadencia del poderío mongol.

IV

En la época de la expulsión de la dinastía Yuan de China, estallaron entre los últimos Kanes de las provincias las

luchas por la soberanía en el seno de la Horda de Oro. La pujanza de los mongoles comenzaba a declinar. Cada Kan provincial intentaba el fortalecimiento de su poder mediante invasiones de saqueo en los territorios rusos, pero chocaban con fuerte resistencia y tenían que retirarse vencidos. Y cuando, por último, el príncipe Mamai, que había logrado ser el más fuerte de todos los disidentes del Kan, quiso reducir a la obediencia al *ulus* ruso, Moscú sintióse lo bastante fuerte para oponerle resistencia. La aureola de poder de la Horda de Oro se había desvanecido tanto que Mamai juzgó necesario asegurarse antes la ayuda de los lituanos para tal campaña. El Gran Duque de Moscú, Dimitri, decidió adelantarse a tales propósitos e impedir la unión de los dos ejércitos. Agrupó entonces todas las fuerzas disponibles de Rusia y marchó al encuentro de Mamai.

El 8 de septiembre de 1380, junto al Don, en Kulikowo, se dio la batalla decisiva, y desde esta fecha los historiadores rusos consideran que su país se libró del yugo tártaro.

Los rusos conocían ya la manera de combatir de los mongoles, pues, con bastante frecuencia en el último siglo, divisiones rusas la aprendieron sirviendo en el ejército mongol; por lo tanto, supieron detener sus efectos en el momento necesario. Las tropas rusas fueron distribuidas de forma tal que resultaba imposible envolverlas. Los mongoles se vieron, así, precisados a atacar a los rusos por el centro, gastando de esta manera sus mejores fuerzas, y cuando, finalmente, a costa de grandes sacrificios, lograron batir en retirada a una de las alas del ejército ruso, Dimitri utilizó una tropa de caballería que tenía oculta en el bosque próximo y cayó sobre los perseguidores por el flanco. Era ésta una antigua estratagema de los mongoles, de la que ahora ellos mismos resultaban víctimas.

La derrota de Mamai no pudo ser más completa, pero tal victoria les costó a los rusos la pérdida de casi todas sus fuerzas bélicas. Mamai, sin embargo, comenzó de nuevo a reunir soldados en las vastas estepas entre el Don y el Volga, donde estaba su *ordu*, con el fin de emprender una nueva guerra de terrible desquite. Otra vez se veía Rusia amenazada como en los tiempos de Batu, cuando, inesperadamente, vino la salvación. No bien había comenzado Mamai sus preparativos para una guerra de exterminio, llegó la noticia de que Tochtamisich había logrado hacerse nombrar soberano de todas las tribus de la Horda de Oro. Por lo tanto, en lugar de marchar al Norte contra los rusos, tuvo Mamai que dirigirse al Sudeste contra su inesperado enemigo. Junto al riachuelo Kalka, en el mismo sitio donde ciento sesenta años antes Subutai, general de Gengis-Kan, venció por primera vez a los príncipes rusos y extendió el terror a las armas mongolas, fue derrotado Mamai. Con

ello se iniciaba una nueva potencia mundial, procedente esta vez del cuarto de los uluss de Gengis-Kan, el reino de Tschagatai (Asia Central), a la sazón reino de Timur.

EL CENTRO

I

EL centro del Imperio mongol era la estepa, país de los nómadas. Formaba la Mongolia, propiamente dicha, y el territorio situado al Oeste, antiguo reino de Kara-Chitan, que Gengis-Kan conquistó personalmente. Al distribuir éste entre sus hijos los distintos *uluss* que lo formaban, dio a Tuli, el menor, toda la Mongolia; y al segundo, Tschagatai, el Asia Central, o sea el Turquestán ruso y la actual China. Hasta la muerte de Monke, desde estos territorios se derramaban hacia todas las partes del mundo aquellos duros guerreros mongoles, aquellos escuadrones de caballería jamás vencidos.

Cuando Kubilai trasladó su residencia desde Karakorum a Pekín e hizo de Mongolia una provincia china, los mongoles fieles a la tradición, que habitaban las estepas de su antigua patria, se reunieron alrededor del héroe de la guerra de Polonia, Kaidu, nieto de Ugedei, que comenzó luchando contra el Gran-Kan desertor. Rechazado por Kubilai hacia las regiones limítrofes más extremas de Mongolia, las montañas de Altai, Kaidu viose precisado a extender su dominación hacia el Oeste y el Sudoeste, sobre todo el *uluss*: de Tschagatai.

Como verdadero guardián del carácter mongol, decretó en un *kv/ritai* que debía ser conservada y practicada severamente aquella vida nómada y ruda de los antepasados, como en tiempos de Gengis-Kan. Los mongoles deberían, pues, continuar viviendo en las estepas y montañas, en sus tiendas, y llevando a paecer sus rebaños, como antes, en los pastizales de estío y de invierno. En las ciudades, antiguos centros mahometanos del viejo reino de Choresm, entre el Amu-Daria y el Sir-Daria, se puso un gobernador especial, un comerciante mahometano, que percibía los tributos y debía remitirlos al príncipe. Toda relación entre los nómadas y las ciudades debía quedar rota, con el fin de que los nómadas no pudieran renunciar a sus usos, costumbres y forma de vida.

Así se hizo hasta la muerte de Kaidu, a principios del siglo xiv. Entonces, el Turquestán volvió a caer en poder de los descendientes de Tschagatai.

II

El destino del reino de Asia Central quedaba fatalmente determinado por su situación geográfica. Rodeado por reinos poderosos, como el de los Yuan, el de los Il-Kanes y el de la Horda de Oro, sólo podía extenderse en una dirección. Imposibilitados, pues, de extenderse hacia el exterior, la exuberante vitalidad nómada se agotaba en continuas guerras intestinas, y la región se despoblaba.

Los campos cultivados convertíanse de nuevo en estepas, y, en lugar de la población sedentaria, llegaba del Norte gente nómada, cada vez más numerosa, turcos que, mezclándose con los mongoles dominantes, formaron después el típico pueblo de Tschagatai, en el centro de Asia, con una lengua mezclada y cuyo nombre fue también Tschagatai.

ni

Esta región fue, sin duda, elegida para ser el centro del Imperio mongol, el lazo de unión entre las tres civilizaciones. La unión de los mongoles bajo el mando de Timur, nieto de Kubilai, dio, en verdad, a Tschagatai una gran importancia durante algún tiempo. Pero los jefes semiindependientes de las tribus de Tschagatai preferían el beneficio seguro de sus asaltos a las caravanas a la problemática ganancia de un tráfico regular a través de sus dominios; y, en vez de ser un lazo de unión entre los distintos reinos, el de Tschagatai, presa fácil de continuas guerras civiles, llegó a ser el más grande obstáculo de la unidad mongola.

Pero el mismo Tschagatai no era un reino que pudiera llamarse unido. Estaba formado por dos partes: el Turquestán y la región que se extiende ante el Amu-Daria y el Sir-Daria, llamada Transoxiana, que, en su origen, había pertenecido al reino de Choresm. Ambas partes eran bastante diferentes, llegando a separarse definitivamente allá por el año 1320, después de una treintena de Kanes durante cuyos breves reinados se mantuvieron unidas.

Los Kanes del Turquestán, escaso en ciudades, siguieron siendo jefes en la estepa y, como en los tiempos anteriores a Gengis-Kan, estaban en constante lucha.

El carácter de la Transoxiana era completamente distinto. Mucho más poblada, industrial y con abundantes ciudades en las que imperaba el mahometismo, sus Kanes fueron pronto juguetes en manos del emir, como los Il-Kanes del Asia Anterior. Situada entre el reino de los

Il-Kanes y el Turquestán, tenía, en lo referente a la cultura, un doble carácter, tanto espiritual como comercialmente considerada, y precisamente de este intermedio en su cultura y en su geografía nace, a mediados del siglo xiv, el reino mundial de Timur, conocido con el nombre de reino de Tamerlán.



ARQUERO MONGOL

TAMERLÁN

PAÍS ENTRE REINOS

I
La historia del Asia Anterior es un canto épico vivido: el de la lucha del Irán contra el Turan; el mundo persa, sedentario y refinado, contra el mundo de los salteadores de la estepa. En oleadas sucesivas e incesantes, grandes masas de caballería arrancadas de las estepas del Turan caían sobre el país de las ciudades y jardines, de la cultura y de la ciencia, y siempre el Irán se asimilaba a estos hombres de la estepa, transformándose en adoradores de la vida persa, de su literatura y de sus artes, hasta afeminarlos y debilitarlos. Conseguido esto, se levantaba en seguida contra el intruso, pues nunca lo reconoció como sus iguales. Si ellos sabían asimilarse fácilmente al pueblo persa, jamás éste los consideró como asimilados.

La oleada de pueblos mongoles había inundado toda Asia y borrado todas las fronteras, pero el Amu-Daria, línea divisoria entre el Irán y el Turan, continuaba separando entrambos reinos: el de Asia Anterior, el del Il-Kan, y el del Asia Central, en el que reinaban los descendientes de Tschagatai. Durante ciento cincuenta años, la lucha fluctuó de un lado al otro del río.

El poder de los Kanes mongoles había disminuido mucho. Las provincias se independizaban, aunque los rudos jefes mongoles, tártaros, turcos de otras tribus nómadas tenían como principio, según mandaba la Yassa, el obedecer a un solo Kan que había de ser de la familia de Gengis. Esto era aprovechado por casi todos los emires, quienes, en su provincia, solían tener algún descendiente de aquél, que era elevado en seguida a la dignidad de Kan, como soberano de paja, para reinar en su nombre y, en su nombre, hacer la guerra a sus vecinos...

Cada emir, cada jefe, cada tribu, no poseían más que aquello que podían defender contra la codicia de los demás. La guerra era el elemento fundamental de la vida: producía héroes y los destituía.

II

En tales circunstancias, la Transoxiana no era simplemente una región fronteriza entre el Irán y el Turan, sino un verdadero reino igual al otro, vivamente codiciado por sus vecinos orientales de más allá del Sir-Daria, los mongoles- Tschagatai, quienes trashumaban por sus estepas con todos sus rebaños y carros, sintiendo al mismo tiempo un ardiente deseo de extenderse hacia el Sur y el Oeste, a costa de sus vecinos del otro lado del Amu-Daria, el reino persa de Herat y la república derviche, rica en ciudades, de Chorassan.

La Transoxiana era un país abundante en ciudades densamente pobladas, y fértil, con cultivos muy desarrollados, jardines de albaricoques, higueras y viñedos, bosques y moreras para el gusano de seda, y abundantes praderas para el ganado. Atravesaba la Transoxiana la ruta comercial más importante, que iba desde el Asia Anterior hasta China. Los comerciantes, artesanos y labradores eran persas; los guerreros, cuyos esclavos vigilaban y apacentaban los caballos, camellos y ovejas en los valles, eran mongoles, tártaros: hombres del Turan, nómadas. Éstos ya no creían, como en tiempos de Gengis-Kan, en el «Cielo Eternamente Azul» ni en los augurios de los schamanes; eran ya musulmanes y sabían que Alá revela su voluntad mientras dormimos, mediante ensueños, y que, abriendo el Corán, su voluntad queda manifiesta en los versículos que caen bajo nuestros ojos. Pero, en lo demás, continuaban viviendo según las costumbres de sus antepasados: bebían vino y permitían que sus mujeres llevaran desvelado el rostro.

El emir de Transoxiana, Kasgan el Tuerto, era un poderoso y entero soberano. Perdió un ojo en una batalla, a consecuencia de una herida de flecha. Era ésta, precisamente, la batalla en que defendía sus derechos contra el Kan. Ya había suprimido al segundo Kan, en cuyo nombre luchaba por la independencia, y colocado a un tercer descendiente de Gengis en su trono. El número de tribus que obedecían sus órdenes era bastante considerable.

La tribu de los Barias se asentaba en las praderas del sur de Samarkanda, región de *Schechri Sebs*, la ciudad verde, cuyos muros se cubrían de verdor cada primavera. Los valles de la región, bañados por suaves ríos, se llenan de sustanciosa hierba y sus praderas se cubren de flores. El jefe de la tribu, Taragai, era un hombre muy devoto y amigo de los mulás y scheikes, y una noche soñó que un hermoso joven, con rostro de árabe, le tendía una espada. Cogiendo esta espada, la lanzó al aire y los reflejos de la hoja de acero iluminaban todo el mundo. Entonces pidió

a un venerable scheik que le explicara tal sueño, y el scheik le dijo: «Te nacerá un hijo que, con la fuerza de su espada, conquistará el mundo entero, convertirá a todos los hombres al islamismo y librerá la tierra de tinieblas e innovaciones.»

Cuando Taragai tuvo el hijo augurado, lo llevó ante el scheik, que en aquel momento leía el Corán, y se detuvo en la palabra *támunru* — agitación — y llamaron al muchacho Timur, el férreo.

A los nueve años, su juego favorito era la guerra. Dividía a sus amigos de la escuela en dos bandos, se nombraba a sí mismo emir y los llevaba al combate. A los doce años sentía vergüenza de los juegos infantiles, estaba persuadido de su prudencia y grandeza, trataba a todos con dignidad y altivez y buscaba siempre la compañía de los sabios para escuchar sus conversaciones. Aprendió a jugar al ajedrez y se pasaba días enteros en este juego. A los quince años se entusiasmó por la caza y se hizo un excelente jinete.

Él es el mejor batallador, el cazador más hábil, el jefe insustituible de sus compañeros. Timur ponía ya un término a su ambición: llegar a regente de la Transoxiana. Concibe una conjura contra el emir Kasgan, pero nadie se atreve a conjurarse con el adolescente, y entonces, después de bendecido por su padre y por el venerable scheik Zain-ed-Din, Timur se dirige al emir Kasgan con la intención de entrar a su servicio.

Allí llega a saber lo que son verdaderas conjuras, en las que entran jefes de tribu con miles de guerreros para llevarlos al combate. Quieren usurpar su poderío al emir, y Timur, comprendiendo que el cambio no le reportará ningún beneficio, se presenta ante el emir Kasgan y descubre la conjuración.

Kasgan no sabe qué hacer. ¿Opondrá a unos jefes contra otros? ¿Cuáles de ellos le siguen fieles y cuáles están secretamente contra él? Y cualquiera que sea el partido vencedor, su poderío quedará, sin duda, debilitado. Entonces, Timur, el ingenioso jugador de ajedrez, le aconseja que distribuya el reino entre los descontentos. El emir sigue tal consejo y ve cómo, en la distribución, comienzan los jefes a disputar entre sí, a dividirse... Éste fue el primer peldaño en la escalera de la buena suerte de Timur.

Kasgan muéstrase reconocido a Timur y le da como esposa a Aldschai, su nieta, de quien la crónica nos dice: «Su belleza se parecía a una luna joven y su cuerpo era esbelto como un ciprés.» Le colma de regalos, dándole joyas, vestidos de seda, caballos y esclavos, y le nombra comandante de una división de mil hombres. El joven Timur cabalga en el séquito de Kasgan, y lo acompaña en los combates. Ya en el primer ataque se portó como el más valiente de los guerreros y el más astuto para forjar planes. En se-

guida se hace el favorito de los *bahadur*, guerreros experimentados que, en gracia a sus méritos personales, tales como el valor, la prudencia en la guerra y su resistencia física y moral, son distinguidos en el combate. Estaba sediento de hazañas guerreras.

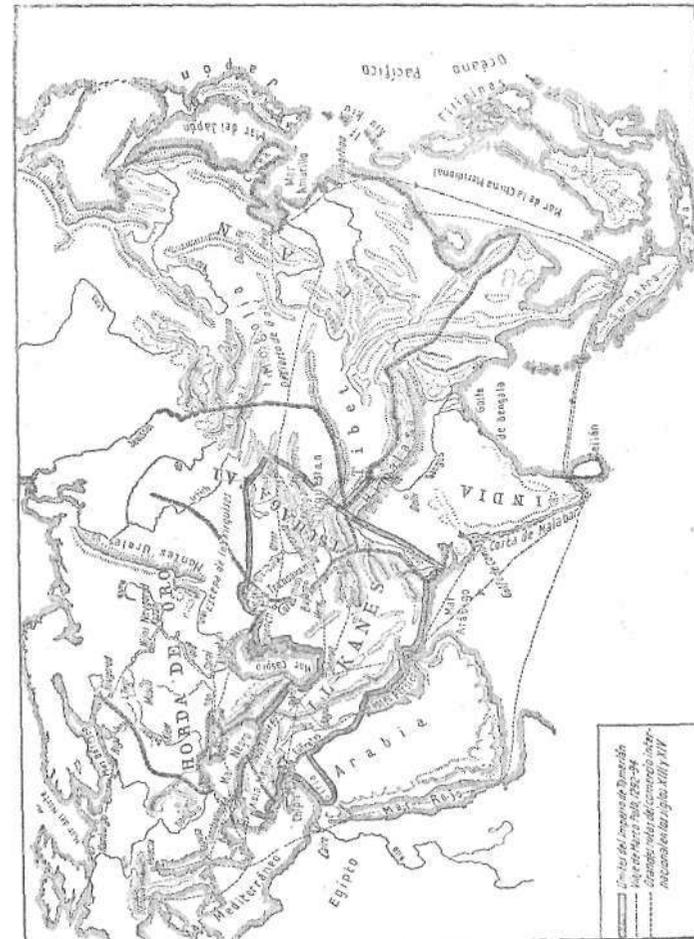
III

Cuando durante algún tiempo no se hace la guerra y se celebran fiestas o se preparan cacerías, suele ocurrir que tales diversiones son más dañinas que la guerra misma, pues todos tienen tiempo para pensar en sus planes ambiciosos y para urdir intrigas. Un día el emir, olvidando que un hombre como él ni siquiera podía ir de caza sin que lo rodeara una fuerte guardia, fue atacado y muerto por el marido de su propia hija y por el padre de su nuera, para usurparle el poder, que también ambicionaban. Pero su acción no les dio resultado, pues los otros jefes se sublevaron contra ellos y los arrojaron juntamente con su Kan.

La Transoxiana se encontraba sin soberano e inmediatamente comenzó el juego de las intrigas.

Timur, desde la muerte de su padre, dueño de *Schechri Sebs*, la ciudad verde, se dedicaba, en esta gran lucha, a excitar, unos contra otros, a los grandes señores, mientras él se procuraba adeptos entre los pequeños, fortificando su poder por medio de alianzas secretas con todos. Pronto llegó a ser uno de los tres hombres más poderosos de Transoxiana. Bayaceto Dschelair, jefe de las tribus Dschelair, que residía en el Norte, junto al Sir-Daria, y el tío de Timur, Hadschi Barias, jefe de los Barias y soberano de Samarkanda, disponían de tropas mucho más numerosas que las de él; pero el hijo del piadoso Taragai, que desde su infancia prefería la compañía de los sabios y se creía discípulo del venerable sheik Zain-ed-Din, disponía de otro apoyo poderosísimo: el clero.

En parte por tolerancia y también por superstición, los mongoles, en sus destrucciones, habían respetado siempre a los hombres religiosos. Cada ciudad conservaba, pues, algún hombre piadoso en el cual los musulmanes podían buscar amparo y hasta obtener protección, siendo de este modo la casta sacerdotal el único factor indígena que representaba el poder de los habitantes. Después de la conversión de los conquistadores al islamismo, este elemento sacerdotal había ganado en influencia, sobre todo en las ciudades, y aspiraba a influir en los príncipes para que extendieran y fortalecieran el islamismo entre aquellos nómadas, a quienes los devotos musulmanes consideraban como semipaganos. Creyeron haber encontrado en Timur el príncipe ideal para tales fines y, con su protección, lo



elevaron al mismo nivel que Bayaceto Dschelair y Hadschi Barias. Estos tres hombres decidieron gobernar el país, unidos y en paz.

En el mismo año feliz de su ascensión, Timur tuvo un hijo a quien el ambicioso padre, como signo de los grandes planes que había concebido, llamó Dschehangir —embajador del mundo—. Timur invitó a todos los jefes a una espléndida fiesta, a la que Bayaceto Dschelair y Hadschi Barlas no asistieron. Parecía que estos dos príncipes abrigaban planes siniestros.

Pero antes de que las rivalidades estallaran entre ellos, otro príncipe mucho más poderoso, Tukluk-Kan, que gobernaba el Turquestán, soberano de todos los mongoles-Tschagatai, hizo acto de presencia en las fronteras. Venía de las amplias estepas de Oriente, a la cabeza de un innumerable ejército, y había ya pasado el Sir-Daria, con intención de recuperar la provincia que, unas docenas de años antes, arrebatara a su padre el emir Kasgan.

Para Bayaceto Dschelair era ya casi imposible la defensa, puesto que su dominio lindaba con el Sir-Daria y era el primero en recibir el ataque enemigo. Se apresuró, pues, a presentarse al Kan con ricos presentes, rindiéndole homenaje, y en premio a haber sido el primero en acatarle recibió como feudo el dominio de Samarkanda, perteneciente a Hadschi Barias. Éste reunió sus tribus, pero, no atreviéndose a presentar batalla, emprendió la fuga con sus guerreros hasta más allá del Amu-Daria. Timur, no sabía qué hacer, y, además, era demasiado tarde para huir. Las vanguardias del ejército enemigo habían penetrado ya en sus dominios.

Cabalga, pues, al encuentro del enemigo, invita a sus capitanes a un banquete indescriptible y satisface la avaricia de estos hombres con ricos presentes, haciendo así que los que esperaban el saqueo se vieran de pronto transformados en huéspedes de honor. Hasta el comandante de aquellas huestes da a Timur una carta de recomendación para Tukluk-Kan. Timur reúne todos los objetos preciosos que puede y se pone en camino para presentarse ante él. En la ruta tropieza con un gran ejército y también reparte entre sus capitanes ricos presentes, hasta saciar sus deseos, recibiendo en cambio, de cada uno de ellos, una carta de recomendación.

Provisto de tales cartas, Timur se presenta ante el Kan, que le recibe con todos los honores; y, mostrando ante sus ojos los presentes que le trae, se excusa hábilmente de su pobreza. El le traía muchos más presentes, pero los oficiales que le dieron las cartas de recomendación los desearon para sí...

Inmediatamente fue llevada a los oficiales, mediante correos, la orden del Kan de que le devolviesen en seguida

todos los presentes recibidos, juntamente con el botín que hicieran entre tanto. Los jefes se rebelan contra tal pretensión y, dando orden a sus mongoles de volver atrás, atraviesan la Transoxiana saqueándola, cruzan el Sir-Daria y llegan a sus estepas, donde se revuelven contra el Kan injusto que exige el botín a sus soldados y oficiales. Tukluk-Kan quiere entonces enviar contra ellos una parte de sus tropas, pero Timur, que, como fiel vasallo, se ha quedado todo este tiempo en el campamento del Kan, le advierte que si él mismo no acompaña en persona a aquellas tropas corre el riesgo de que se pasen a los revoltosos. Tukluk, en efecto, parte con sus guerreros para el Turquestán.

¿Ya a quién puede dejar mejor, como gobernador de la Transoxiana, que al joven Timur, tan hábil y excelente consejero, y que se ha mostrado tan sumiso y fiel? «El Kan me ha encargado de la regencia y me ha dejado su sello y el mando de 10.000 guerreros. El haber concebido y ejecutado mi plan ha sido el comienzo de mi elevación. La experiencia me ha enseñado que un plan inteligente produce siempre mejores resultados que un ejército de 100.000 hombres», dice la autobiografía de Timur, en donde cita no menos de trece de sus planes, gracias a los cuales llegó a obtener definitivamente la soberanía absoluta en el país comprendido entre los dos ríos.

Mas aún queda en Samarkanda Bayaceto Dschelair como vasallo de Tukluk, y Hadschi Barias, el fugitivo, apenas el Kan repasa el Sir-Daria, vuelve a sus dominios, a la Transoxiana, aliándose ambos contra el joven Timur, que tiene la pretensión de que le obedezcan. Los jefes que habían rendido acatamiento a Tukluk, y en los cuales Timur creía poder apoyarse, se pasan al enemigo, y Timur se ve en la necesidad de solicitar del Kan su regreso al país.

Pero esta vez recibe un terrible desengaño. Tukluk-Kan termina su tarea en Transoxiana y, al retirarse, deja a su hijo lijas en Samarkanda, como regente de todo el país. Timur es sólo el comandante militar y, por lo tanto, sin poder efectivo alguno, puesto que los mongoles del Turquestán no le deben obediencia.

Éstos sólo quieren el saqueo, sólo desean su botín; roban a las jóvenes, venden a los hombres como esclavos y someten a tortura a los ciudadanos ricos para que confiesen el lugar donde guardan sus tesoros. Esta conducta despierta la murmuración del pueblo y la esperanza del clero en los socorros de Timur, quien, por su parte, cree haber hallado con ello un nuevo camino hacia el poder, pues piensa en excitar al pueblo oprimido a que se rebelen, para que éste lo aclame como el libertador de Transoxiana.

Con tropas adictas ataca a los mongoles-Tschagatai,

arrebatándoles setenta de los más importantes cautivos; pero su acción no produce el efecto que él se figuraba, puesto que el pueblo no llega a agitarse en su favor. Antes bien, los mongoles-Tschagatai envían un mensaje a Tukuluk-Kan comunicándole lo acaecido. Timur, siempre astuto, intercepta la respuesta del Kan y lee en ella su propia condena de muerte.

EL CABALLERO ERRANTE

I

TIMUR huyó de Samarkanda a la montaña. El vencedor de todos sus enemigos, el feliz emir, el que aspiraba a la soberanía de toda la Transoxiana, era al presente un fugitivo sin patria, perseguido y acosado. En la montaña se encontró con el también fugitivo Hussein, hermano de su mujer Aldschai y nieto del emir Kasgan, reuniéndose en la misma vida aventurera y en las temeridades, verdadera novela del caballero errante, que había de durar tres años.

El número de sus hombres llegaba a sesenta. Los dos habían llevado consigo a sus mujeres y cabalgaban hacia el Noroeste, a través de las estepas, para buscar en Chorasm, el país de los turcomanos, las alianzas que necesitaban. Cuando ya habían alcanzado el territorio de Chiwa, el emir envió soldados contra ellos, para capturarlos y entregárselos al Kan. Durante la noche consiguieron ponerse fuera de su alcance, pero no dejaron de perseguirlos y hubieron de prepararse para la lucha.

Timur distribuyó sus sesenta hombres en cinco grupos, llevándolos a una altura, fuera de su campamento. Sus jinetes se arrojaron sobre el enemigo. El caballo de Hussein fue muerto, y aunque éste logró saltar sobre el de un enemigo, se encontró rodeado de tal modo que sólo gracias a un ataque temerario de Timur consiguió salvarse.

La noche puso fin a la lucha. A Timur le quedaron con vida siete de los sesenta hombres, y de todos los soldados del emir sólo quedaron cincuenta, con los que prosiguió la persecución empezada. Las dos mujeres cabalgaban sobre un caballo, cubiertas constantemente en su retirada por los guerreros hasta que salieron de la estepa a terreno cultivado. Sólo entonces sus perseguidores abandonaron su propósito, volviendo grupos.

Consideraron una locura el seguir juntos. Mientras el séquito se componía de sesenta jinetes, todavía represen-

taba una fuerza, aunque pequeña, pero ahora sólo dependía de su fama personal. Además, Hussein, cuya tribu se encontraba en las montañas afganas, podía hallar adeptos con más facilidad. Se separaron, pues, conviniendo en encontrarse más tarde al otro lado del Amu-Daria y en reunir sus guerreros. Hussein continuó su camino y Timur se quedó sólo con una mujer y su criado.

Los turcomanos los tomaron por ladrones y los atacaron, arrebatándoles la mujer mientras los dos hombres se defendían a la desesperada. Es lo más probable que Timur no habría escapado de la muerte si uno de los turcomanos, que tiempo atrás había estado en Samarkanda, no lo hubiera reconocido. Asombrado, contuvo a sus compañeros, pidiendo perdón al emir. A esta casualidad debieron su salvación. El jefe de los turcomanos los honró como a sus huéspedes durante los tres días que se detuvieron en la tribu, contándose recíprocamente sus aventuras y planes. Después, provistos de víveres, caballos y una escolta de diez hombres, continuaron su camino.

Mas las noticias se propagan con rapidez a través de las estepas. Cuando un emir caído en desgracia llega a un país vecino, siempre trae esto consecuencias desagradables. O quiere rehacer por la violencia su poderío o bien es perseguido y, tras él, van los enemigos a devastar la región. Ali-Bek, dueño de aquella en la que Timur quería gozar da un largo reposo, quiso prevenir estas dos eventualidades, enviando una tropa que sorprendió al fugitivo, lo encadenó y lo encerró, con su escolta, en un establo de vacas convertido en prisión.

El tiempo pasaba. Los días eran largos y pesados, y las noches, interminables y llenas de tormentos para aquellos nómadas que, en vez de la libertad a que estaban acostumbrados, se veían encerrados en los estrechos límites de un establo lleno de estiércol. Al mes de estar allí, Timur hizo promesa a Alá de no encerrar nunca a nadie sin antes haber oído y juzgado su causa. ¿Por qué se les tenía presos? ¿Por qué no los sometían a un interrogatorio? ¿Cuánto tiempo tendrían que estar aún encarcelados? Tras dos meses de espera, puso en práctica un plan temerario: la evasión. Quería luchar por su libertad. Valía más morir al aire libre que vivir preso.

Un día arrebató la espada a uno de sus guardianes y, blandiéndola, se arrojó sobre ellos, que, asustados, retrocedieron ante él. Oyó gritar a los que huían: «¡Se ha fugado! ¡Ha huido!» Y, de pronto, se avergonzó. ¿Huir él, Timur...? Con la espada en alto penetró en las habitaciones de Ali-Bek pasando por entre los servidores, que huían aterrorizados, para decirle que aquellos gritos eran una mentira, que él no había huido, sino que, luchando, se había libertado de la prisión.

Ali-Bek lo recibió como su huésped, pues durante los dos meses transcurridos había circulado la noticia del encarcelamiento de Timur, el más valiente de los valientes, y todos los nobles reprocharon a Ali-Bek su injusta conducta. Su propio hermano le había enviado algunos regalos para Timur, pidiéndole que devolviese la libertad a su prisionero y le proveyera de caballos y víveres. Ahora que Ali-Bek tenía una prueba del carácter caballeresco y del valor sin tacha de Timur, se apresuró a reparar su injusticia.

Inmediatamente se presentó una docena de hombres valerosos que, armados y sobre sus corceles, querían unir su destino al de Timur, pues estaban seguros de que, en su compañía, podrían obtener un rico botín. Durante su viaje a través de las estepas de Choresm se le unieron cincuenta turcomanos, y de la misma Chorassan le salieron al encuentro doscientos jinetes, uniéndosele también, con sus guerreros y numerosos presentes, un centurión que, tiempo atrás, había servido a sus órdenes.

Timur viose de pronto a la cabeza de una pequeña tropa de guerreros dispuestos a todas las aventuras, y concibió un día planes temerarios: reunió a sus hombres y, pasando el Amu-Daria, retiróse con ellos hacia el Sur, a las montañas del Afganistán, donde le esperaba Hussein con sus guerreros. Unidos entrambos, juntan ya unos mil jinetes y, como verdaderos condotieros en busca de un campo de acción, están dispuestos a vender sus fuerzas al primero que las necesite.

No tarda en presentarse la oportunidad. El emir de Seistán, que había sido derrotado por su vecino, no puede someter a siete de sus fortalezas, clave de la seguridad de su reino, que se le han rebelado y le cierran sus puertas. En tal situación, pagará lo que se le exija por una buena ayuda.

Timur ataca durante la noche la primera fortaleza. El asalto se hace por los cuatro costados a la vez, y logra su rendición sin condiciones, tras veinticuatro horas de lucha. El botín de esta primera acción consiste en una enorme provisión de trigo que el vencido guardaba.

La guarnición de la segunda fortaleza intenta presentar batalla ante sus puertas, pero es rechazada y obligada a encerrarse. Los guerreros de Timur se lanzan al asalto, y los defensores tienen que rendirse.

La tercera fortaleza es considerada por todos como inconquistable y, confiando en ello, la guarnición espera tranquila tras sus murallas. Llega Timur y ordena a sus guerreros que preparen una red de sedal atada a largas cuerdas para ser lanzada sobre el enemigo durante el ataque de la caballería. Agarrada esta red a las grietas de las murallas, consiguen sus tropas escalarlas y abrir después

las puertas para que Timur entre con los demás en la ciudad al son de su trompetería.

Ante tales acontecimientos, los seistanos muéstranse dispuestos a reconocer de nuevo a su emir, y las fortalezas restantes capitulan. «Si Timur toma todas las ciudades fortificadas, se apoderará de Seistán y nos destruirá a todos», dice al emir su embajador. El emir, entonces, abandona el campamento de Timur con todo secreto durante la noche y reúne a todos los suyos para expulsarlo del país. La batalla fue encarnizada. Timur y sus bahaduros se presentaban allí donde la lucha era más dura y temible. Le hieren dos veces: una flecha le atraviesa una pierna, y otra, el codo; pero, en el fragor de la lucha, no se da cuenta. Sigue luchando hasta que el enemigo, vencido, abandona el campo en desordenada huida. Sólo entonces advierte la gravedad de sus heridas y se retira a la montaña para curarse, lo cual consigue difícilmente, pues durante mucho tiempo no puede utilizar el brazo enfermo, y la pierna quedósele con un defecto que le hizo cojear durante el resto de su vida. Los turcos, sus enemigos, le llamaron Aksak-Timur (Timur el cojo), y los persas, Timur-i-lenk (Tamerlán), o sea Timur el paralítico.

II

Apenas sintióse curado de sus heridas montó de nuevo en su caballo. Sólo le seguían cuarenta jinetes, pero todos nobles, hijos de príncipes y emires, los más valientes guerreros.

Dirigiéronse, cabalgando por las montañas, hacia el Norte, y en uno de aquellos valles vieron a un tigre con el que Timur quiso probar fortuna. «Si logro matarlo tendré éxito en todo», se dijo; y, utilizando su arco, lo dejó muerto al instante con la primera flecha. Animados todos por tal augurio, decidieron acampar en aquel mismo valle, y allí acudieron todos los descontentos con el dominio de los mongoles-Tschagatai: los más bélicos aventureros nómadas, muchos jefes de pequeñas tribus con sus séquitos respectivos, y hasta tropas, bastante numerosas, de guerreros. La llegada de cada uno de tales grupos se celebraba con espléndidos festines, y Timur los recibía a todos con los brazos abiertos, dándoles lo que aún le quedaba: a uno, su cota de malla; a otro, su rico cinturón; a un tercero, su sombrero adornado con piedras preciosas...

El ejército aumentaba, y muy pronto se encontró Timur en condiciones de apoderarse de una fortaleza que había de servirle de base y punto de apoyo en sus futuras operaciones.

Luego, en una rápida correría, atacó por sorpresa a los

príncipes de Badachschan, que hubieron de someterse y pagar tributo para librarse del saqueo de los vencedores. Por último, derrotó a una división de mongoles-Tschagatai y pasó el río Oxus.

De nuevo lijas acudió a oponérsele, pero esta vez con todas sus fuerzas: más de 20.000 hombres. Timur sólo disponía de unos 6.000.

El encuentro de entrambos ejércitos tuvo nuevamente lugar cerca de un río. Timur confió la defensa del único puente que había a 2.000 de sus guerreros más escogidos, y, durante la noche, se retiró con el resto de sus tropas hacia un lugar del río por el que éste era fácilmente vadeable. A la siguiente mañana, el enemigo no vio más que la reducida tropa y supuso que el resto del ejército preparaba una emboscada, no atreviéndose lijas a atacar hasta conocer, por medio de sus mensajeros, la situación cierta de sus enemigos. Aquella noche, a espaldas de los mongoles-Tschagatai, brillaban en todas las colinas grandes fogatas, como si vivaquearan. El regente lijas, creyéndose cercado, no dejó dormir a sus tropas y ordenó la retirada para salir de aquella situación comprometida. Al día siguiente se vio obligado a aceptar batalla en un sitio desfavorable. La lucha duró un día y una noche, y gracias a su superioridad numérica, lijas, a pesar de las tremendas pérdidas sufridas, consiguió permanecer en el campo.

La situación bélica de Timur era desfavorable, pero otra vez la suerte le ayudó de manera inverosímil. Un mensajero procedente del Turquestán se acerca a galope tendido al campamento enemigo para anunciar que Tukluk-Kan, el padre de lijas, acababa de morir.

Para lijas, la sucesión de su padre es mucho más importante que la victoria de una simple batalla, y decide volver con rapidez al Turquestán antes que otro cualquiera haga valer sus pretensiones al trono...

III

Nuevamente había sido libertada la Transoxiana, y Timur y Hussein eran sus libertadores; pero, como ocurría habitualmente entre los nómadas, la contienda quedaba ahora entablada entre ambos.

Rompiéronse, pues, abiertamente las hostilidades, y aunque se derrochaba bravura y sólo habilidad táctica, no estratégica, por ambas partes, no se veía un plan determinado en tal lucha. Hoy se tomaba un castillo, mañana se dispersaba una tropa enemiga o se sitiaba una ciudad.

Siguieron las incursiones de los más bravos jinetes, se repitieron los actos de heroísmo, sin reacción adecuada a ellos; no dejaron de actuar las divisiones ligeras; que cas-

tigaban continuamente al adversario; pero nada de esto llegaba a producir algo definitivo. Timur, no obstante, consiguió ocupar nuevas ciudades, más plazas fuertes, y sabe escoger el momento oportuno para trocar su aciaga suerte en otra batalla favorable. Y cada nuevo éxito aumenta la gloria de Timur.

Por fin, dos emires emparentados con el Kan de los Tschagatai se pasaron a las filas de Timur con 7.000 mongoles-Tschagatai, decidiendo así aquella lucha de los dos rivales. En cuanto los guerreros de Hussein vieron ondear las banderas mongolas en las filas enemigas, se dieron a la fuga, y entonces pudo Timur cercar al enemigo junto a Balj. Después de una lucha encarnizada, «Hussein cerró tras sí las puertas de la ciudadela que él mismo había mandado construir, para, en su desesperación, renunciar a su buena estrella y a su grandeza. Despidióse, apenado, de su corona y sus tesoros, y solicitó que lo dejaran salir libre para comenzar su peregrinación a la Meca. Timur accedió a ello, pero sus generales, temiendo que después se arrepintiera de haber perdido la ocasión, raptaron a Hussein y le quitaron la vida y, con ella, el deseo de fomentar nuevamente inquietudes, emprendiendo una nueva guerra».

«Eran éstos el lugar y la hora destinados a Hussein, y nadie puede torcer su destino», dice la crónica a propósito de su muerte.

EL SOBERANO DE TRANSOXIANA

I

SÓLO un descendiente de Gengis-Kan, según la *Yassa*, podía ser Kan. Por eso Timur, el vencedor de todos los enemigos y conquistador de Transoxiana, al hacerse elegir soberano por los jefes y exigirles, con arreglo a la antigua costumbre mongola, el juramento de fidelidad eterna, tomó el título de Emir-el-Kebir (el Gran Emir), reservando el de Kan para un descendiente de Gengis llamado Sjurhatmisch, en cuyo nombre quería reinar él.

Transoxiana había sido siempre una parte del *ulus* Tschagatai, y como Sjurhatmisch no descendía de, ningún soberano de los Tschagatai, sino de Ugedei, primer Gran-Kan de los mongoles, podía reclamar como legítima herencia todos los reinos que antaño los mongoles gobernaran.

Timur es ya el emir de Transoxiana, y los jefes vasallos suyos le creen llegado al punto culminante de todos sus deseos y ambiciones. ¡Ningún emir había sido nunca tan po-

deroso! Sin embargo, este hombre de treinta y cinco años, de rostro cetrino, y que, a pesar de su juventud, tenía el cabello cano y estaba ya sentado en un trono, hallábase solamente al principio de su carrera. Sólo él sabe que había renovado la ya olvidada ley de Gengis-Kan según la cual únicamente se puede elegir monarca por medio de un *kuriltai* (asamblea de todos los jefes), y por eso ha buscado su Kan en el linaje de Ugedei. La tradición de Gengis-Kan vivía aún en el corazón de cada nómada. Era la tradición de una ascendencia sobrehumana, de una semidivina soberanía sobre la tierra, y Timur, el gran calculador y jugador de ajedrez—nacido bajo buena estrella y destinado a la dominación mundial—, pensó y decidió reunir de nuevo, bajo su cetro, a todas las tribus mongolas.

Precisamente por eso había elegido un Kan descendiente de Ugedei (un heredero de todo el Imperio) y renovado la *Yassa*. Y por igual razón decidióse a adoptar, como nuevo sostén de sus planes, la religión islámica. Cuando Gengis-Kan partió a la conquista del mundo, en su país de origen, Mongolia, no quedaron más que pueblos de su misma raza, o sea mongoles. Pero ahora Timur formaría sus ejércitos con jinetes nómadas del Turan, y en las ciudades y campos quedarían solamente gentes de otras razas, iraníes y piadosos musulmanes, que sienten tanto odio por la *Yassa* como por sus incrédulos opresores, pues, a pesar de su conversión al islamismo, los seguían considerando como 'musulmanes a medias. Para atraerse a esta masa de población, Timur tenía que ganar para su partido a la casta sacerdotal, apareciendo ante sus ojos como el protector y propagador de la fe islámica.

«Elegí, entre los descendientes del Profeta, a uno de los más ilustres, y le di autoridad absoluta sobre los musulmanes. Le encargué que administrase los bienes eclesiásticos, que nombrase a los sacerdotes, que eligiera al Muftí (juez supremo en las ciudades y pueblos), a los inspectores de mercados, para examinar los pesos y medidas y vigilar los viveres; que determinase el sueldo y beneficio de los seides (descendientes del Profeta) y de los religiosos y otros hombres de mérito.» Esto no era, pues, solamente la autonomía de la Iglesia, sino la entrega en manos de sus príncipes de toda la vida pública de la población sedentaria. A partir de este momento, la casta sacerdotal se halló en absoluto de acuerdo con Timur, teniendo éste así en cada mulá, en cada derviche, un incondicional adepto, un espía hábil y de confianza.

De tal manera, este gran artista del cálculo logró erigir su reino sobre dos elementos populares diferentes, incluso enemigos; sobre dos códigos de leyes opuestas, irreductibles. Dividió la sociedad en doce clases, construyendo la primera no los generales ni los ministros, sino los seides,

los jeques y los ulemas, los consejeros de la sabiduría y los hombres piadosos; pero supo sacar del Corán prescripciones legales, acordes con el espíritu de la *Yassa*, concernientes al ejército y a las tribus nómadas. Llegó hasta instituir un juez especial «para entender en los conflictos entre los soldados y los demás subditos».

Rodeóse del lujo de los soberanos del Irán, con su Corte de sabios, poetas y artistas. Él mismo recitaba versos, y se hizo pintar con tez blanca, mejillas sonrosadas y espesa barba negra, al modo iraní; pero nunca adoptó ninguno de los títulos acostumbrados entre los monarcas musulmanes, tales como: «Protector de la fe», «El Bendito», «Luz de la fe». Ciertamente que cambiaba sus títulos a medida que se ensanchaba su reino, pero observando siempre con fidelidad la *Yassa* al no nombrarse nunca Kan y sí Sultán solo, no obstante su enorme ambición. Cuando murió su Kan Sjurhatmisch, hizo proclamar al hijo de éste, Mahmud.

II

Debían pasar aún diez años, después de la muerte de Hussein, para que Timur pudiera pensar en la realización de sus grandes planes. En estos diez años hizo cinco guerras contra el Turquestán, cuatro expediciones contra el reino de Choresm en el curso inferior del Amu-Daria, y, además, hubo de sofocar varias rebeliones en su propio país. El mismo en persona conducía sus tropas y combatía en todas las batallas y siempre había de interrumpir sus expediciones triunfales para sofocar alguna revuelta en su país. Los demás emires no podían soportar que un hombre que hasta hacía poco había sido su igual fuese ahora su soberano, y se conjuraban contra él, intentando más de una vez apoderarse de su persona; mas siempre escapó de los atentados que le preparaban y dominó toda clase de conjuraciones.

«Yo los colmaba de presentes y de liberalidades; daba a quienes lo ambicionaban el gobierno de las provincias y no escatimaba el oro ni las piedras preciosas. Pero, con el fin de mantenerlos siempre entre el temor y la esperanza, les daba, además, un lugarteniente.» Una red inextricable de espionaje los aprisionaba a todos e informaba de todo a Timur, que podía así actuar siempre en el momento oportuno. Timur castigaba raras veces, pero cuando lo hacía era con la pena de muerte. Aquel que le imploraba perdón y prometía nuevamente fidelidad, podía estar seguro de obtenerlo y recuperar la gracia perdida, pues Timur necesitaba jefes, precisaba de sus tropas. La fuerza mágica para arrastrar a todos a una sumisión incondicional y hasta fanática la poseía en uno de sus grandes planes: la conquista del Irán.

Y así, en esta tarea, en esta lucha constante para asegurar sus fronteras y hacerse reconocer por todos como soberano legítimo, se le pasaron diez años. Cuando hace la guerra, trata especialmente de aliarse con el enemigo. Se casa con la hija del vencido Kan de los Tschagatai, y exige al soberano de Choresm la entrega de la princesa Chan-Sadé, célebre por su hermosura, para darla como esposa a su hijo Dschehangir, cuidando de que la recepción de la princesa y la ceremonia imperial se hagan con una fastuosidad jamás vista en Transoxiana. Todos los caminos quedan cubiertos de tapices y brocados, y todas las calles, llenas de flores, mientras el ambiente de las ciudades se satura de quemados perfumes. Las fiestas no cesan; cada retorno de una expedición bélica es pretexto para grandes festines; cada victoria, cada nacimiento de príncipe o cada matrimonio, se celebran construyendo edificios suntuosos, para lo que hacía venir a los más célebres artistas de las demás ciudades y a los más hábiles artesanos. De este modo embellecíanse constantemente Samarkanda, la capital, y también Schechri-Sebs, su ciudad natal, cedida a su hijo favorito, Dschehangir.

Entonces es cuando Timur anuncia, en un *kuriltai*, a los jefes, para alegría y satisfacción de todos, que ha llegado el momento de conducirlos hacia el Oeste, hacia el Irán. Lo mismo que doscientos años antes significó China para los nómadas mongoles el mundo grande y deseado, para las tribus de Transoxiana significaba Persia, a pesar de sus devastaciones y de su agotamiento secular, algo así como la tierra prometida, el país lleno de tesoros y placeres. Y aquellos hombres seguirían ciegamente al hombre que los quería llevar a esta región bendita, mostrándose dispuestos a obedecerle sin condiciones y a sufrir toda clase de fatigas y sacrificios.

III

En Herat reinaba un príncipe indígena, Gijas-ed-Din, con quien, de joven, habíase batido Timur cuando ayudó al emir Kasgan a someter a los países vecinos. Al presente, le invitó a su *kuriltai*, lo cual equivalía a considerarlo como vasallo, y Gijas-ed-Din expresó a sus embajadores la alegría que le causaba tan honrosa invitación, e inmediatamente se puso a fortificar los muros de Herat y a terminar otros trabajos de igual naturaleza. Timur invadió el principado, tomó algunas plazas fuertes y sitió la ciudad. Los habitantes aprestáronse a la defensa, y Timur, entonces, amenazó al príncipe con la demolición completa de la urbe, en la que vivían doscientos cincuenta mil habitantes, si no se sometía en el acto. Herat era sede de las ciencias todas,

con centenares de escuelas, y cuyo grado de civilización mostrábase en sus innumerables casas de baños y en la riqueza de sus decenas de miles de tiendas y talleres. El principito, que no tenía aliados y sabía que no podría resistir la abrumadora superioridad de toda la Transoxiana, «abandonó su orgullo y besó, arrodillado, el tapiz imperial».

Los magnates de Chorassan, la Orden fanática de los Serbedaros, no vacilaron en aceptar la supremacía de Timur desde el momento en que se presentó en sus fronteras. Tan pronto como las primeras plazas fuertes de Masenderan capitularon, el emir de aquella región diose prisa en acudir al encuentro de Timur y en atacarlo. Después presentóse ante el conquistador una embajada del viejo y astuto sha Ghodscha, soberano de Ispahan, Fars y Kirman, en el sur de Persia. Sabía éste muy bien lo que significaba una invasión en su hermoso país, y, demasiado viejo para buscar una solución con las armas, se anticipó a Timur, enviándole magníficos presentes y solicitando su apoyo. De este modo, con una sola expedición, Timur se convirtió en soberano de todos los reinos del sur de Persia.

Después de esto, sus miras fueron más lejos, buscando nuevas presas. Su reino lindaba por el Sur con las montañas del Afganistán. ¿Y no había sido él, allá en su juventud, casi el soberano de Seistán? ¿No había tenido comienzo, precisamente en estas montañas afganas, su marcha hacia el poder? El gobernador de Kabul «tenía el honor de besar el tapiz imperial», pero las tribus de las montañas no opinaron lo mismo y sobrevino el choque con Timur. La lucha por parte de los montañeses en defensa de su libertad era tenaz, y, mientras aquél se ocupaba en someterlos, estalló de pronto la rebelión en las regiones del este de Persia, recientemente conquistadas. En Herat y Chorassan, el pueblo, tomando de nuevo las armas, degolló a las guarniciones, asesinó a los gobernadores y fortificó sus ciudades. Timur tenía que volver a empezar sus conquistas.

En cuanto se enteró del levantamiento emprendió la marcha a través de las montañas, y su venganza fue algo terrible. Por primera vez pasó, «como un huracán destructor», por el territorio; por primera vez ordenó horrores y destrucciones que, aun en aquellas épocas acostumbradas a la crueldad, hicieron temblar de espanto a los pueblos, envolviendo para siempre el nombre de Tamerlán con la siniestra aureola de matador y aniquilador de hombres. Por primera vez, tomando por asalto a la rebelada Sebsewar, capital de Chorassan, formó, con 2.000 personas embutidas en piedra y argamasa la «torre del horror», «como aviso para cuantos quisieran rebelarse y como signo de la venganza de Timur». La espada del verdugo exterminó a la dinastía de Herat, y la ciudad de Sebsewar quedó convertida en un montón de ruinas. En seguida, Timur volvió a

las montañas afganas y prosiguió sus conquistas áonde las había interrumpido contra su voluntad.

Las ciudades montañosas, que se defendieron con bravura sin igual, fueron coronadas con pirámides de cráneos, y en la capital de Seistán, donde los habitantes se defendieron a pesar de la sumisión de su príncipe, perecieron todos bajo la espada del verdugo, «desde los viejos de cien años hasta los niños en sus cunas». Los soldados lo robaron todo, «hasta los clavos de las puertas, y cuanto era combustible fue pasto de las llamas. Ciudad tras ciudad y fortaleza tras fortaleza cayeron todas en manos del conquistador, hasta no quedar una sola persona en aquellas provincias que no obedecieran a Timur».

Después concedió a sus soldados y oficiales un descanso de tres meses, antes de reanudar la marcha, y «apenas sus tropas franquearon el Amu-Daria, todos los reinos del Irán se sobrecogieron de terror». Entonces encontróse de pronto ante un nuevo y poderoso enemigo: Tochtamisch, el Kan de la Horda de Oro.

IV

Por la misma época en que Timur acababa de ser proclamado Emir-Kebir (Gran Emir) y formaba su naciente poderío con sus expediciones contra Choresm y el Turquestán, la Horda Blanca se separaba del reino, caduco ya e impotente, de la Horda de Oro. El enérgico Kan Urus, de la Horda Blanca, había luchado sin cesar contra todos los Kanes provinciales, vencióndolos y arrasando sus territorios, y finalmente le llegó el turno a su primo el Kan de la Horda de Oro, Tochtamisch, al cual tenía sitiado.

Tochtamisch logró escapar, buscando amparo en Timur, y éste comprendió que se le presentaba la ocasión única para inmiscuirse en el destino del gran Imperio mongol del Norte. Si el fugitivo Tochtamisch, descendiente de Gengis-Kan, se mostraba dispuesto a rendirle homenaje como vasallo, él podía ayudarle, con perfecto derecho, a recuperar el trono y así sometería a la Horda Blanca y, más tarde, sin duda, a la propia Horda de Oro... Tochtamisch viose obligado a prestar el juramento de vasallaje que se le pedía.

Fue recibido con todos los honores, y obtuvo tiendas, caballos, camellos y esclavos. Timur le cedió las tribus de la frontera para que luchara contra Urus-Kan, pero fue vencido. Volvió a confiarle un ejército más numeroso, y fue derrotado de nuevo. Por tercera vez hubo de ampararse en Timur, y por tercera vez fue bien recibido y colmado de presentes. Pero ahora, casi al mismo tiempo que Tochtamisch, presentáronse ante Timur los embajadores de Urus-Kan exigiendo del emir de Trasoxiana la inmediata entrega

del fugitivo, comunicándole, además, que el Kan en persona se aproximaba con un ejército formidable... Timur ordenó a sus guerreros que se apostaran junto a todos los caminos que venían del Norte, despidió con orgullo a los embajadores, encargando a unas patrullas que los vigilaran a hurtadillas, y él mismo, al mando de su ejército, inmediatamente detrás, cayó de improviso sobre la Horda del Kan, poniéndola en fuga.

Poco después de esta derrota murió el Kan, y su hijo, que no era guerrero y sólo vivía para los placeres, fue vencido fácilmente por Tochtamisch, quien lo hizo ejecutar. Entonces, los demás jefes no osaron ya resistir al Kan que Timur había protegido con sus fuerzas, y acudieron de nuevo a rendirle homenaje. Tochtamisch, después de someter a su poder las regiones orientales, franqueó el Volga y el Don, dispuesto a hacer lo mismo con la Horda de Oro. El Kan Mamai, que acababa de ser derrotado junto al Don por las armas de los príncipes rusos reunidos, no se sintió lo suficientemente fuerte y fue vencido por Tochtamisch, huyendo a las colonias genovesas de Crimea, donde fue asesinado.

En menos de cinco años, de pobre fugitivo, sin medios, sin amigos y sin partidarios, llegó a ser Tochtamisch el soberano de toda la Horda de Oro y uno de los monarcas más poderosos del mundo.

Con el fin de devolver a su reino el antiguo poderío, organizó expediciones de castigo contra los príncipes rusos, que, no repuestos aún de su lucha contra Mamai, no pudieron defenderse. «Columnas de humo y llamas que se elevaban de las ciudades y de las cosechas quemadas anunciaban día y noche la proximidad del ejército mongol.» El objetivo de la expedición no era otro que el Gran Ducado de Moscú, ciudad que fue incendiada al rendirse, después de cuatro días de asedio. Otras siete ciudades del Gran Ducado siguieron la misma suerte, no escapando de ella ninguno de los principados rusos. Cuando Tochtamisch volvió a Sarai, su capital, ningún príncipe ruso había que no fuera vasallo suyo y que no se hubiera comprometido a pagar tributo anual. Los hijos de los príncipes más poderosos vivían como huéspedes en su campamento.

La batalla de Kulikowo había tenido vanos resultados, pues la voluntad del Kan volvía a ser ilimitada desde el lago de Aral hasta más allá del Dniéper.

Y el sojuzgador y dueño de Grandes Duques y príncipes, soberano de dominios inconmensurables y de pueblos numerosos, descendientes de Gengis-Kan, heredero legítimo del *ulus* de Dschutschí, ¿iba a soportar por más tiempo las pretensiones de un emir de la provincia de Transoxiana? ¿No era, acaso, Timur un usurpador que se había apoderado de las regiones pertenecientes a los herederos de Gengis-

Kan, tales como el Turquestán, que pertenecía a los herederos de Tschagatai, y el Irán, que correspondía a los de Hulagu? Ahora que Timur invadía el Aserbeidschan, país que los Kanes de la Horda de Oro codiciaban desde hacía más de medio siglo, Tochtamisch envió un ejército a través del Cáucaso para detener al invasor.

Las vanguardias de ambos ejércitos tuvieron un encuentro, y cuarenta oficiales de Timur quedaron en el campo de batalla. Timur ordenó a su hijo, el valiente Miran-Scha, que vengara tal derrota, y Miran-Scha se lanzó en persecución del enemigo hasta más allá de Derwent, verdadera frontera de la Horda de Oro.

Continuó Timur su campaña de conquistas en Irán, batiendo a las tropas del sultán Achmed, que se encontraba en Aserbeidschan, mientras el propio Achmed se refugiaba en Bagdad. Seguidamente, penetrando en Georgia, tomó al asalto su capital, Tiflis.

Desde Georgia condujo Timur sus tropas al Kurdistán, en donde fue el valeroso Miran-Scha el encargado de recorrer en todos sentidos aquella región montañosa para vencer, una tras otra, a todas las tribus, tomando al asalto las cumbres de las montañas, mientras Timur, con el grueso de su ejército, se instalaba en Armenia.

Allí le llegó la noticia de que el viejo sha Ghodscha, el soberano del sur de Persia, acababa de morir. En seguida partieron a galope unos mensajeros a donde se encontraban sus sucesores para advertirles que debían presentarse ante Timur con objeto de rendirle homenaje; pero como creían que la suerte y prosperidad de aquel soberano terminaría pronto, se mostraron remisos, y Timur se dirigió entonces, con su ejército, hacia el sur de Persia. Ahora conocería por sí mismo aquel país que el viejo y astuto sha había sabido guardar, mediante sus presentes y sumisión, de las crueldades de la guerra.

LA GUERRA CONTRA TOCHTAMISCH

I

MÁS de dos mil quinientos kilómetros de camino para las caravanas había entre Chiraz y Samarkanda, y en sólo diecisiete días lo recorrieron unos mensajeros para dar a Timur la terrible noticia: Tochtamisch, el Kan de la Horda de Oro, había atravesado el Sir-Daria, invadiendo a Transoxiana. Al mismo tiempo, los choresmanos

del Amu-Daria se habían sublevado y los mongoles-Tschagatai franquearon los pasos de las montañas, penetrando en la región de Fergana, pues su Kan, aliado de Tochtamisch, esperaba extender de nuevo su poder a la vieja región fronteriza del otro lado del Sir-Daria.

La rapidez de las jornadas de Timur era ya proverbial. Las crónicas dicen que en un día recorría distancias que otros necesitaban semanas. Esta vez, los cadáveres de los caballos muertos de fatiga señalaban su camino, y antes de que ninguno de sus enemigos se aproximase a Samarkanda llegó él a Transoxiana.

Su inesperada aparición produjo un efecto terrible. Nadie pensaba en él, y Tochtamisch, que, confiando en un fácil botín, sólo había puesto en pie de guerra a las tribus fronterizas, apresuróse a volver a sus estepas, conducta que imitaron los mongoles-Tschagatai desapareciendo tras las montañas. Así es que Timur hubo de limitarse a castigar a los choresmanos mientras sus hijos limpiaban los valles del Este de las últimas bandas del Turquestán, y a reducir a obediencia a los ciudadanos de Chorassan, que aprovecharon la ocasión para rebelarse igualmente. En todas estas operaciones transcurrió el verano...

Ya los jefes de Timur se preparaban para ocupar sus cuarteles de invierno, donde pensaban gozar de un muy merecido descanso, cuando llegó la noticia del norte del país de que había aparecido un formidable ejército cerca de Chodschent y empezaba a atravesar el Sir-Daria. Era el de Tochtamisch, que, en respuesta a Timur, venía ahora preparado de manera sorprendente. Los nómadas de Irán y de Transoxiana acostumbraban a hacer la guerra cuando sus caballos encontraban hierba por todas partes. Los mongoles del Norte, por el contrario, realizaban sus expediciones guerreras precisamente en invierno, pues sus corceles, de la resistente raza mongola, desconociendo, tanto en verano como en invierno, la paja y las caballerizas, sabían buscar su alimento escarbando en la nieve.

Tochtamisch quería sacar provecho de esta ventaja natural, tanto más cuanto que aquel invierno era excesivamente frío y una espesa capa de nieve cubría el suelo.

Todos los generales que Timur convocó al *kwiltai* se mostraron unánimes en el parecer de que era necesario esperar. Si se llamara a los guerreros de las regiones lejanas, seguramente sus caballos llegarían agotados, sin fuerzas para el combate... Era preciso, pues, encerrarse en las fortalezas, puesto que nada había que defender en un país vacío como aquél, dando así tiempo, mientras Tochtamisch se entretenía en tomarlas o no, a que llegase la primavera. Entonces podrían reunirse todas las tropas. Pero ni Tochtamisch ni sus generales conocían a Timur. Éste no quería aguardar; su lema era siempre: «¡Más vale disponer de 100

hombres en el sitio oportuno que estar en otro con 10.000!» Ordenó que todas sus tropas se reunieran inmediatamente; y, al frente de ella, hundiéndose los caballos en la nieve hasta el pecho, salió al encuentro de Tochtamisch mientras su hijo Omar-Schei, al frente de otra aguerrida tropa, dirigióse, por Fergana, a lo largo del Sir-Daria.

Timur dejó libre a Tochtamisch el camino hacia el interior, y, rodeando al enemigo, lo atacó por los flancos con sus dos divisiones, como si pretendiera colocarse entre él y el Sir-Daria.

Tochtamisch esperaba el ataque de Timur del interior del país, pero sus avanzadillas todo lo encontraban vacío y solitario. Vio que dos pequeñas divisiones intentaban colocarse entre sus flancos y el río, y las consideró como tropas que querían cercarlo, suponiendo que no tardaría en aparecer el grueso del ejército de Timur para atacarle en firme. Piensa entonces que debe tener siempre libre una salida, y se aleja del Sir-Daria para ordenar la retirada total de su gran ejército. Pero Timur, siempre vigilante, cae rápidamente sobre sus tropas en desorden, lo persigue a través de las estepas, hasta el norte de Otrar, y vuelve triunfante a Samarkanda. Una vez más se vio libre Transoxiana de los horrores de una invasión enemiga.

Por su condición de nómada sabía Timur que un país cultivado, rico en ciudades y en gran industria, y con comercio activo, es una tentación continua para los nómadas y, más tarde o más temprano, caerá en su poder, cual codiciada presa, si sólo a la defensa se limita. Los nómadas podían a cada instante atacar, devastar, saquear y perturbar cualquier territorio, y cuando encontraban una resistencia algo sería se retiraban tranquilamente a sus estepas. Consecuencia de estas circunstancias, fue la decisión de ir en busca de Tochtamisch a sus propios territorios.

Nunca Timur había decidido hacer una guerra más en contra de su gusto, ni nunca había hecho tan grandes preparativos. No sabía a qué distancia de Transoxiana le conduciría la guerra, ni tampoco el tiempo que duraría; pero, en cualquier circunstancia, quería dejar a su país protegido contra toda sorpresa, para que no sucediera otra vez lo que hacía poco había ocurrido. Además, no confiaba de manera absoluta en casi ninguno de los que le rodeaban, pues durante su última expedición de castigo contra los choresmanos, hasta su propio yerno se le había rebelado, desertando de Transoxiana con las tropas que le había confiado. El yerno rebelde fue perseguido, aprisionado y ejecutado sin dilación.

Gracias al extraordinario botín conseguido en las numerosas expediciones hechas, los oficiales de Timur se habían enriquecido grandemente; y, considerando esto, el astuto emir los convocó a un *kuriltai* en el que decidió que, en lo futuro, cada uno de ellos debía aumentar el número de sus soldados, lo cual les elevaba de categoría; pero como así cada uno de ellos respondía de la manutención y del sueldo de sus hombres, resultaba que les aumentaba los gastos, obligándoles con ello a pensar en nuevos botines y riquezas. La consecuencia última de todo esto era el seguro aumento de su ejército.

Pero no era bastante: necesitaba asegurarse, además, los flancos de Transoxiana. Al comienzo de la primavera, Timur, atravesando las montañas, cayó sobre el Turquestán y el país de los Siete Ríos. Lanzó divisiones de sus soldados en todas direcciones para que devastaran sistemáticamente el territorio, dispersando a todas las tribus que encontrasen; les robó los ganados, avanzó hasta más allá de Kaschgar y Almalik, y rechazó al Kan de Dsungarei hasta rebasar Irtysh. En el Turquestán no quedaban ya enemigos, mas por si acaso algunas tribus habían escapado de semejante limpieza, en la primavera siguiente envió aún a algunos de sus generales para que hicieran una nueva revisión. Poco después le comunicaron que, no encontrando en ninguna parte tribus guerreras que combatir, habían decidido regresar, y cuando llegaron a los pasos de la montaña, camino de su patria, se encontraron con otras tropas de Timur que se dirigían de nuevo al Turquestán, «para buscar las tribus que los otros generales no hubieran encontrado».

Semejante insistencia dio buen resultado, pues los embajadores del Kan-Tschagatai se presentaron, ofreciendo a Timur sumisión. Con la unión de Turquestán y Transoxiana, todo el reino Tschagatai del Asia Central acabó de reestaurarse y, de este modo, los guerreros de Timur, cualquiera que fuese la tribu a que perteneciesen, pudieron llamarse, con orgullo, Tschagatais.

III

Por fin, al tercer año, terminaron todos los preparativos. Timur legró atraer a su partido a dos príncipes de la casta Dschutschi, enemigos de Tochtamisch, los cuales querían partir con él, asegurándole la ayuda, en el momento oportuno, de sus partidarios de la Horda de Oro. Tenía, además, como consejero, al Kan de los mongoles de Crimea, de la familia Nogai, y del *uluss* Dschutschi. Envio Timur a sus generales a las provincias para que enrolaran a todos los nombres útiles para las armas, obligándoles a que cada cual se presentara con víveres para un año, un arco, treinta

florines, un carcaj y un broquel. Los talleres que fabricaban las máquinas de guerra habían trabajado sin cesar noche y día, y, por numerosas que fuesen las tropas, había arneses y cotas de malla para todos. Por cada dos hombres había un caballo de reserva, y cada diez tenían una tienda, dos palas o azadas, un pico, una hoz, una sierra, un hacha, dos leznas, cien agujas, lazos, cuerdas y una marmita grande.

Timur se hizo traer sus yeguas y repartió los caballos; abrió su tesoro y pagó a los soldados en oro y plata. «El soldado puede morir—dijo a sus generales—, y debe recibir la paga que le corresponde.» Pues el ejército de Timur no se componía ya, como el de Gengis-Kan, de unas tropas populares en las que a cada uno de los hombres debía servir desde joven sin recibir soldada alguna; las de Timur eran tropas pagadas. Cada guerrero recibía un caballo, y, en cuanto se distinguía en la guerra, el doble o el cuádruple. El jefe de diez hombres recibía diez veces más que un simple soldado, y el comandante de un millar de hombres obtenía tres veces más que el centurión. El sueldo de los generales en campaña equivalía al valor de 1.000 hasta 10.000 caballos.

El ejército entero se reunió en la región norte de Transoxiana, al lado de acá del Sir-Daria, sobre el cual los pontoneros construyeron lanchas y balsas. En la primavera anterior, Timur envió a un grupo de labradores para que sembraran la región de Taschkent, más allá del río, con objeto de, cuando estableciera allí su campamento, poder disponer de los suficientes víveres y forrajes. Su intención era partir antes de que empezase el invierno, para cruzar aquella estepa terrible, la famosa «estepa del hambre» (*Bek-Pakdala*), y estar en la siguiente primavera en regiones fértiles; pero una enfermedad, con fiebres altísimas, lo retuvo en el lecho durante cuarenta días.

Por fin, en el mes de enero quedó completamente restablecido, pero el momento oportuno para la marcha había pasado, y la lluvia y la nieve detenían al ejército durante semanas en las bajas llanuras del Sir-Daria.

Finalmente, el día 21 de febrero convocó un *kuriltai* en el cual tomaron el acuerdo de reanudar la marcha.

Si comparamos la expedición de Timur con las llevadas a cabo por Gengis-Kan, cuidadosamente preparadas mediante informaciones previas sobre el país enemigo, nos parecerá una loca aventura, un juego de azar en el que nadie, antes que él, se hubiera arriesgado. Era conducir a más de 100.000 hombres hacia lo desconocido, sabiendo sólo que en lo desconocido se encontraría con el adversario, con Tochtamisch, para entonces vencerlo y aniquilarlo. Pero estos 100.000 hombres confiaban ciegamente en su adorado jefe Timur, a la vez que Timur, irremediable

aventurero y único que sabía la temeridad de su expedición, confiaba también ciegamente en su buena estrella.

Levantaron, púas, el campo y cabalgaron durante tres semanas atravesando las estepas, y otras tres más por el terrible desierto de Bek-Pakdala. Cuando, mes y medio después, alcanzaron un río, los caballos estaban extenuados; pero no se les concedió otro descanso que el tiempo que las tropas tardasen en pasar el río para reanudar el camino a través de las estepas. Tropezaron con unas montañas, que cruzaron sin detenerse, y sólo ante el Uluch-tach, el más elevado de los picos, hizo Timur que descansara el ejército, para poder escalar la cumbre. La tierra se extendía hasta lo infinito, cubierta de una suave alfombra verde esmeralda. Semejante visión siempre ha agitado el corazón de los nómadas, y el de Timur debió también de gozarse en ella cuando se detuvo allí todo el día. Después ordenó a sus soldados que llevaran piedras e hizo construir un obelisco en el que cincelaron la fecha de aquel día como recuerdo para las razas y pueblos más alejados. En nuestros días aún existe tal monumento en medio de las estepas kirgisas.

Volvieron a emprender la marcha, avanzando siempre hacia un sitio desconocido, por un país de confines infinitos, de suelo sin cultivar, inhabitado. Caminaban hacia ya tres meses y todavía no sabían dónde se dirigían, ni habían encontrado a ningún hombre, ni tenían la menor idea de dónde podrían encontrar a Tochtamisch y su ejército. Los víveres comenzaban a escasear, y Timur dio severas órdenes a sus guerreros para que nadie se proveyera de pan. Entonces juntaron los víveres y se procedió a un reparto tan riguroso que absolutamente nadie, ni general ni príncipe, recibió más que uno cualquiera de los soldados o servidores. No estaba permitido comer otra cosa que una pobre sopa de harina. Los soldados recorrían la estepa buscando huevos de aves acuáticas, caza, hierbas comestibles, y el que tenía la suerte de encontrar algo, guardaba su ración de harina para otra vez.

Por fin, Timur consintió en que se hiciera una caza general y, según la costumbre mongola, rodearon una enorme extensión de terreno para levantar la caza, estrecharon poco a poco el cerco y lograron reunir gran número de antílopes, asnos salvajes, ciervos y pájaros de la estepa, a los que dieron caza. Por primera vez, los guerreros de Timur tuvieron carne en su comida durante la expedición, y aún hubo para guardar y alimentarse unos días más. Con esto reanimóse un tanto el estado de ánimo y se continuó la marcha.

No obstante, Timur juzgó oportuno levantar el espíritu bélico de sus soldados y, cuando llegaron a la región donde el río Tobol nace, dio órdenes para hacer una gran maniobra militar, distribuyendo su ejército en, forma de com-

bate: el ala izquierda, el ala derecha, el centro y la vanguardia. El cronista, entusiasmado, describe el espectáculo de la siguiente manera:

«Era un ejército de innumerables guerreros habituados a triunfar de sus enemigos. Se precipitaban a la lucha como elefantes ciegos de furor. Sus armas eran una lanza, una espada, un puñal, una clava de combate y una cuerda. Llevaba, además, escudos recubiertos de piel de cocodrilo, y sus caballos iban provistos de arneses de piel de tigre.

»El soberano montaba un brioso corcel y se dirigía a la llanura, cubierta la cabeza con una corona de oro engastada de rubíes y llevando en la mano una clava en forma de cabeza de buey. Cuando se aproximaban los príncipes, emires y generales que mandaban los diversos cuerpos, echaban pie a tierra y caían de hinojos ante su soberano.»

Él examinaba las armas, los efectos de las distintas divisiones y arengaba continuamente a sus tropas. La parada duró dos días, «desde la mañana, cuando el sol (centelleante corcel del espacio) aparece, hasta la noche, cuando el soberano de las celestes esferas cede el paso a la parada de las legiones de planetas y estrellas».

Y cuando Timur llegó a la última división, mandada por su nieto Mohamed-Sultán, el joven príncipe se arrodilló ante el abuelo y le pidió que le concediera el mando de la vanguardia. Mohamed-Sultán era el hijo mayor del difunto Dschehangir, el favorito de Timur, al cual le hacía objeto de su predilección porque había de sucederle en el trono. Concedióle lo que le pedía, no obstante ser un puesto muy peligroso, ya que cada día, en cada momento, podía ser víctima de algún ardid preparado por el invisible enemigo a quien buscaba, cayendo sobre él con fuerzas muy superiores.

Siguieron la marcha a lo largo del río Tobol, siempre sin saber dónde se dirigían y sin ver el más leve rastro del enemigo. Por fin, pasada una semana, Mohamed-Sultán anunció que había visto, en su misión de descubierta, una fogata al otro lado del río. Atravesólo el ejército y encontró el sitio del fuego, pero no a quien lo había producido.

Timur entonces envió un bahadur turcomano (que había pasado la vida en las estepas), al mando de unos cuantos hombres, a patrullar por los contornos. Después de dos días de cuidadosa búsqueda, encontraron en el bosque dos chozas abandonadas y, finalmente, a un hombre. Lo llevaron ante Timur, y el prisionero contó que, desde hacía algunos meses, se dedicaba en completa soledad a la caza, y que unos días antes llegaron diez jinetes desconocidos a aquellos parajes, ocultándose en un bosque próximo. Un destacamento mandado por Timur rodeó el lugar indicado y cogieron prisioneros a los diez jinetes, que eran guerreros de Tochtamisch. ¡Al fin supieron algo cierto sobre el ene-

migo! Los prisioneros declararon que aquél se encontraba lejos, en el Oeste, junto al río Ural.

Cambiaron la marcha, dirigiéndose hacia el Oeste, sin encontrar, como hasta entonces, alma viviente. Por fin llegaron a las márgenes del Ural. Tenía este río tres sitios vadeables, pero Timur ordenó que nadie se acercara a ellos, que lo cruzaran todos a nado por allí mismo, por donde tropezaron con él. Esto fue su salvación, pues cerca de los vados había situado Tochtamisch tropas en acecho para tenderle la emboscada.

Siguieron la marcha por el valle del río, y ya llevaban caminando más de tres meses, desde su partida del Sirdaria, sin divisar al enemigo, cuando la vanguardia, que marchaba con toda clase de precauciones, anunció que ya oía los ruidos del buscado ejército. Inmediatamente ordenó Timur hacer alto.

Reunió a sus oficiales y jefes, distribuyéndoles ricos regalos (valiosos vestidos, armas preciosas y mucho dinero) y los colmó de pruebas de cariño y confianza. El, que aprovechaba toda oportunidad para extender la traición en las filas enemigas, quería resguardarse de tal riesgo precisamente en el momento decisivo, ganándose de nuevo la gratitud y la sumisión de sus guerreros. Desde aquel instante, nadie, fuese quien fuese, debía separarse de su división, y cada vivaque debía estar rodeado de un foso y vigilado por centinelas.

De esta manera se protegía contra un ataque del enemigo y contra la desertión de sus propios guerreros. Cada día avanzaba el ejército en formación de combate, sin llegar a ver al enemigo. Al cuarto día de la expedición, los soldados se encontraban ya fatigados; los caballos, casi exhaustos, y los víveres, extinguidos. Aquellos hombres poníanse nerviosos ante aquel enemigo que siempre se les escapaba de las manos. Llegaron ya hasta una región en que, desde junio, comienza «a verse la aurora antes de extinguirse el crepúsculo vespertino». Y los mulás declararon que los soldados no debían hacer su oración nocturna. Habían dejado las estepas tras de sí hacía ya mucho tiempo, y ahora caminaban por regiones cubiertas de árboles, con suelo pantanoso. ¿Hasta cuándo duraría aquello?, se preguntaban todos tácitamente.

Un prisionero conducido ante Timur relató que, sabiendo Tochtamisch la escasez de víveres y la fatiga del ejército enemigo, quería atraerlos en su persecución hasta agotarlos de cansancio y privaciones por aquel terreno pantanoso. Timur hizo matar al prisionero para que no se extendiese aquella noticia entre sus soldados, y ordenó avanzar más aprisa, mientras un destacamento se adelantaba con el fin de forzar a Tochtamisch a aceptar combate. Las tropas enviadas cayeron sobre una pequeña división

que encontraron: atacáronla y regresaron junto a Timur con cuarenta prisioneros; pero éstos ignoraban dónde se hallaba el ejército de Tochtamisch. Habían llegado demasiado tarde al sitio convenido para reunirse con él y, buscándolo, se perdieron. Timur mandó también matarlos y siguió su marcha, siempre hacia delante, hacia lo desconocido, atravesando lagunas y riachuelos. Al pasar un río se tropezó, de pronto, con un fuerte destacamento enemigo que los atacó y los dispersó. Timur, al frente de su guardia, acudió en su socorro y pudo comprobar que aquellas tropas eran de la retaguardia de Tochtamisch. Encargó entonces a su hijo Omar-Scheik que los siguiera con 20.000 hombres y obligara a Tochtamisch a aceptar combate.

Al día siguiente, Omar-Scheik logró dar alcance al grueso del ejército enemigo, y al otro día Timur se reunía con él.

Los dos ejércitos estaban, por fin, frente a frente; mas he aquí que, de improviso, en pleno mes de junio, se desencadenó una tempestad de nieve que duró seis días. Al séptimo se aclaró el cielo y Timur preparó a su ejército para el combate final.

Las tropas de que disponía Timur estaban agotadas, famélicas, mientras que el enemigo hallábase bien dispuesto e intacto, y era muy superior numéricamente. Además, se batía en su propio país, y sobre un terreno bien conocido; pero, a pesar de estas desventajas, Timur no tenía más remedio que combatir, no había otra solución. Necesitaba los rebaños del enemigo para alimentar a sus soldados y, sobre todo, precisaba de una victoria para reafirmar la confianza en sí mismo. Si ahora, después de cuatro meses de marcha y persecución, fuera rechazado, podía contar con la dispersión de su ejército en la retirada, en medio de la desmoralización más completa. Era, pues, necesaria una decisión.

La carnicería duró tres días. Timur, para poder disponer de mayor cantidad de reservas, había empleado un nuevo orden de combate, dividiendo a su ejército en siete divisiones, en lugar de cinco. Tochtamisch dispuso el suyo en forma de media luna, con tres divisiones, para aprovechar mejor su superioridad numérica. Timur sabía que la pérdida de tal batalla, tan lejos de su patria y en territorio enemigo, ocasionaría su destrucción definitiva. También lo sabían sus hijos y sus *bahaduros*; pero a pesar de los esfuerzos que éstos hacían, estuvieron en ciertas ocasiones a punto de ser vencidos, y sólo la intervención de Timur, al frente de su guardia, los salvaba de la derrota. Al tercer día logró Tochtamisch, en un violentísimo ataque, romper el flanco izquierdo y penetrar en el mismo centro del ejército, amenazándolo seriamente.

En tal momento, cuando todo parecía ya perdido, ordenó

Timur a sus soldados echar pie a tierra, como si fuesen a vivaquear en pleno campo de batalla; y, en el mismo instante, se abatió el estandarte imperial de Tochtamisch. Timur no perdió el tiempo en los seis días que duró la tempestad de nieve, y había logrado sobornar al portaestandarte de Tochtamisch para que, a una señal determinada, dejara caer la insignia, lo cual significaba la muerte del Kan.

Tochtamisch, siendo ya vencedor y encontrándose en el centro mismo del enemigo, separado del grueso de su ejército, tuvo que mirar, impotente, cómo éste se detenía, se disgregaba y emprendía la huida, pues cuando el Kan muere en la batalla no hay ya razón para batirse. El mismo Tochtamisch hubo de darse a la fuga para escapar de la muerte o del cautiverio.

Los guerreros de Timur persiguieron al enemigo hasta el Volga, quedando cubierta la llanura con más de 100.000 cadáveres. Todas sus mujeres, con los niños y los tesoros, cayeron en manos de los vencedores, formando un botín incalculable. De pronto, aquellos soldados se vieron ampliamente compensados de todas las penas, fatigas y daños sufridos. Ahora tenían en abundancia mujeres, esclavos, riquezas y, sobre todo comida. Y en medio de un país enemigo, a orillas del lejano Volga, comenzó una fiesta salvaje en la que los manjares fueron servidos en fuentes engastadas de piedras preciosas, y las bebidas, en jarros y copas de oro. Semejante banquete duró ininterrumpidamente veintiséis días...

LA CAMPAÑA DE LOS CINCO AÑOS

I

LA fama de las expediciones de Timur se extendió por toda Asia. Había penetrado en el Oeste hasta las regiones confinantes con las montañas del mar Negro, conducido a sus tropas hacia el Sur, hasta los valles del Indo, y guerreando victoriosamente en el Norte, donde los días se enlazan sin que la noche se interponga entre ellos. Pero cuando, poco después de su regreso del Volga, cayó gravemente enfermo y hubo de nombrar gobernadores en las diversas provincias de su reino, dióse cuenta de que éste sólo se componía de Trasoxiana y de los países vecinos: Chorassan, Herat y Afganistán. Ésto era todo.

Había devastado el extremo Oeste a sangre y fuego, tomado al asalto plazas fuertes y conquistado ciudades; pero,

apenas regresó a su país, todos los principados de Georgia de Armenia y del Kurdistán se volvieron a levantar, reconociendo de nuevo la autoridad del sultán Achmed, como si Timur jamás hubiese pasado por aquellos territorios.

Había sometido también a los príncipes del sur de Persia mediante el terror, con aquellas coronas hechas con pirámides de cráneos; pero no bien se retiró de allí, el sh Mansur salió de las montañas salvajes del Chusistán, donde se había refugiado, e inmediatamente todos los pequeños principitos olvidaron su anterior juramento y se le unieron. Esto indica que ninguno de los países sometidos había entrado, en realidad, a formar parte de su reino.

Por último, en aquella batalla gigantesca contra Tochtamisch, que había sido su más brillante éxito militar, venció definitivamente gracias a esfuerzos sobrehumanos y a su astucia genial. Pero ¿qué ventajas le había reportado tal victoria, fuera del espléndido botín? Quería reconstruir el reino de Gengis-Kan y apenas había logrado tener en su poder el de Tschagatai... Y, a todo esto, Timur tenía ya cincuenta y seis años.

Probablemente, la desilusión tardía de una vida llena de luchas y guerra, a pesar de su buena estrella (vida que era una ininterrumpida cadena de victorias), habría fatigado, hasta pensar en el abandono, a cualquier otro que no fuera Timur. Éste no quería ceder, y a nada renunció que estuviera en su gigantesco plan. Durante el forzado reposo a que le obligó su enfermedad, tuvo tiempo de meditar sobre lo mucho que aún había de hacer, y aquella ineludible vez que se le aproximaba estimulábale a no perder tiempo en su empresa. Y si todo lo que había llevado a cabo hasta el presente no era mucho, se propuso hacer sus conquistas más a fondo en el porvenir, obrando de manera que los países conquistados no se levantaran luego contra él.

Seis meses después de regresar del Volga había movilizó nuevamente su ejército y, al frente de él, se disponía a renovar sus conquistas. Sabía que tenía buenos generales, hábiles capitanes e hijos valientes y audaces, que ya se habían distinguido en varias ocasiones; pero sólo confiaba en ellos para misiones determinadas, precisas. No había creado, como Gengis-Kan, un nuevo arte de guerrear, ni fundado con su ejemplo una escuela de buenos generales; su originalidad consistía en sus decisiones rápidas y sorprendentes, en sus astucias, que le daban la victoria, y esto no forma escuela. Consideraba a sus generales y soldados tan buenos o tan malos como los de su enemigo, y por eso confiaba en su presencia personal. Tampoco menospreciaba a sus enemigos, incluso en esta ocasión en que marchaba contra el sur de Persia, tan fácilmente sometido antes.

Dividido su ejército en 80.000 hombres y en tres partes, atravesó el país. Una parte, deslizándose entre Fars y el

Chusistán, para evitar que el sha Mansur pudiera escaparse a su montaña; otra, con la obligación de vencer la resistencia de las plazas fuertes, situadas en las montañas; y la tercera, conducida por el propio Timur, para atacar a Chiraz, la capital de Mansur. De nuevo, Timur tiene que luchar con un enemigo indomable, ante el cual se lo puede jugar todo; Mansur es extraordinariamente valiente y sus ataques son irresistibles, pues cuando su ejército está ya derrotado y todo parece perdido para él, en lugar de huir, reúne a sus adictos, rompe las filas enemigas y, abriéndose paso hasta Timur, ataca al conquistador del mundo. Sabe Mansur que tal acción significa su muerte, porque no podrá escapar de la espada vengadora; pero quiere llevarse, en su caída, al temible enemigo que desde hace veinte años devasta el Asia Anterior. Dos veces logra golpear con su espada la cabeza de Timur, y dos veces el casco de acero de éste recibe el golpe mortal; pero la fuerte espada resbala sobre la armadura de hierro, sin encontrar el sitio vulnerable. Los guerreros de la guardia personal de Timur caen, uno tras otro, abatidos por el valeroso y temerario Mansur, hasta que, finalmente, la cabeza del sha rueda a los pies de su mortal enemigo.

Muerto Mansur, los principillos se presentan de nuevo ante Timur para rendirle homenaje; pero esta vez, en lugar del perdón, Timur ordena que sean ejecutados. El sur de Persia ya no tiene una dinastía propia, sino que se incorpora al reino de Timur como una provincia más.

II

Después de esto, Timur condujo su ejército hacia Mesopotamia, contra el sultán Achmed.

Tomó en seguida el camino de Bagdad, hizo previamente una expedición por las montañas con sólo unos centenares de hombres escogidos y luego, marchando a toda prisa día y noche, para sorprender a su enemigo, tuvo la osadía de entrar en Bagdad con doscientos hombres solamente. No encontró resistencia, pero Achmed, ya enterado de la proximidad de Timur por aviso enviado mediante palomas mensajeras, había huido, haciendo destruir los puentes tras él. Timur en persona quiso perseguirlo, pero sus emires le contuvieron, jurándole que ellos mismos se lo traerían encadenado ante su trono. Atravesaron a nado un río y la persecución comenzó; pero no eran éstos de aquella casta de «sabuesos de Gengis-Kan» como Subutai y Dschebe, que persiguieron sin cesar al sha de Choresm a través de toda el Asia Anterior. Les llevaba el sultán unas horas de delantera nada más, pero se extravió en el desierto de Siria y estuvo a punto de perecer de sed. Sólo por puro

azar volvieron a encontrar su rastro, logrando apoderarse de su harén, de su Corte y de una parte del tesoro de la Corona, mientras Achmed se internaba en Egipto. Ahora parecía que había de repetirse lo del tiempo de Hulagu, pues ya Timur se había aproximado a las fronteras de Siria después de devastar a Irak y Mesopotamia; pero no pasó del Eufrates.

Era todavía demasiado pronto para renovar la vieja lucha de los kanes mongoles contra los sultanes mamelucos, además de que aún tenía a su espalda, desde hacía tiempo, enemigos que reducir en las montañas kurdas y armenias.

Timur se dirigió hacia el Norte, con el fin de someter por completo a los últimos territorios que aún faltaban para reconstruir el reino de Hulagu.

Un mar de sangre se derramó en el desgraciado país, entre el Eufrates y el Cáucaso. Como no había en aquellos territorios un enemigo lo suficientemente terrible para que Timur necesitara reunir todo el ejército, dividió a éste en pequeños destacamentos que se repartieron por todo el país, saqueando, robando, asesinando e incendiándolo todo. «Los tártaros —dice un cronista georgiano— torturan al pueblo en todas las formas imaginables: con el hambre, con la espada, con el cautiverio, con tormentos insoportables y de una crueldad inhumana. Arrastran tras de sí tan enormes cantidades de botín y de prisioneros, que es indescribible la desgracia y la triste suerte que ha caído sobre nuestro pueblo. Una de las provincias más ricas y florecientes de Armenia se ha convertido en un terrible desierto, pudiendo asegurarse que el número de muertos es muy superior al de los que lograron escapar con vida.» Nadie volvió a pensar en rebeliones. Timur cedió como feudo a su valiente hijo Miran-Scha el reino restaurado de los Il-Kanes, celebrando tal acontecimiento con grandes fiestas y espléndidos banquetes. Pero, en medio de aquel alborozo, cayó como un rayo una terrible noticia: un ejército de Tochtamisch había atravesado el paso de Derbent, y otro había invadido a Schirwan, al este del mar Caspio.

III

Aunque la derrota del Volga fue de primera magnitud, no privó a Tochtamisch de ninguna de sus fuentes de recursos. En cuanto reunió los restos de su ejército dispersado, los envió a saquear los dominios rusos y convocó a sus vasallos en su campamento.

El primero que compareció ante el Kan, para llevarle presentes y tributos y sobornar a sus cortesanos, fue el Gran Duque de Moscú, Wassili, a quien, en recompensa, Tochtamisch le cedió nuevos territorios que, por lo demás,

nunca habían pertenecido al Gran Ducado. Nijni-Novgorod, Gorodez, Murom y otras fueron las ciudades que, no obstante pertenecer a otros duques, pasaron al dominio de Moscú, ya de modo casi espontáneo, con ayuda de los guerreros mongoles o bien mediante el soborno de los boyardos. Tanto se engrandeció Moscú a expensas de los demás territorios rusos, que pudo proveer a Tochtamisch del dinero y prestigio que necesitaba, pues como soberano reconocido por los rusos, podía llegar a ser el señor de todos aquellos pequeños kanatos y, con tal nueva fuerza, vengarse de Timur.

Pero de nuevo fracasó su muy madurado plan, consistente en atraer a Timur hacia Schirwan para defender el camino que conducía a Transoxiana y, entre tanto, destruir su ejército en Transcaucasia. Mas tampoco se dejó engañar ahora Timur. Esperó pacientemente que pasara el invierno y, durante la primavera, atravesó el Cáucaso para detener al enemigo ante el río Terek. Pero entonces Tochtamisch no rehusó el combate. Felizmente para los demás pueblos, la lucha decisiva por la dominación mundial se libraba una vez más entre mongoles. Aun muerto por todo su ejército, jamás vio Timur la derrota tan próxima como en esta batalla. Tochtamisch hundió las formaciones de Timur y, como hizo anteriormente el sh Mansur, trató de entablar un duelo con el conquistador. La lanza y el sable de Timur estaban rotos y debía la vida a sus guardias, que se sacrificaban por el querido y admirado soberano. Protegidos tras sus escudos, los *bahaduros* forraban en derredor de Timur una verdadera muralla viviente. Algunos se abrieron paso hasta los carros de Tochtamisch, arrastraron tres de ellos y, como un muro, los colocaron ante su jefe, resistiendo y rechazando detrás todos los ataques, hasta que Miran-Scha, hijo de Timur, acudió en su ayuda. Por doquier, en el campo de batalla, era encañizada la lucha. Todos, desde los príncipes hasta los soldados rasos, combatían cuerpo a cuerpo, hasta que Tochtamisch, desesperado al ver que la victoria no se decidía en su favor, emprendió la fuga, dando así la señal para la dispersión de su ejército. Timur, al verse tan inopinadamente vencedor, sintióse tan excitado que, apeándose de su caballo, se arrodilló y dio las gracias a Alá por la victoria que le concedía...

Esta vez, Timur estaba decidido a no dar a Tochtamisch otra ocasión para reunir un ejército. La persecución continuó desde el Cáucaso hasta el Volga; luego, a lo largo de este río, hasta las selvas de Bolar, cerca del Kama, y cuando Tochtamisch se desvió hacia el Oeste, sus perseguidores le siguieron hasta el Dniéper.

Otros *ordus* mongoles vagaban por las cercanías del Dniéper, y Timur los asaltó y dispersó. Cerca del Don tropézose con un tercer ejército, a que derrotó. Muchas tribus

mongolas, al verse perseguidas por los soldados, emigraron: parte de ellas establecieron al oeste del mar Caspio; otras, en la Dobrudja; una tercera se dirigió hacia el Asia Menor, estableciéndose cerca de Esmirna; un cuarto grupo se aposentó en Moldavia; un quinto, cerca de Adrianópolis, y un sexto se retiró hacia Lituania. En todos estos parajes se encuentran todavía sus descendientes, y aldeas y regiones con nombres tártaros.

Timur permitió a su hijo Miran-Scha devastar Ucrania, mientras él se dirigía al Norte para luchar contra los ducados rusos; pero las inhóspitas estepas, las espesas selvas, los vastos pantanos y la pobreza de las aldeas, tantas veces asoladas, desilusionaron a sus guerreros. Con la llegada de los primeros fríos, poco antes de alcanzar Moscú, volvió sobre sus pasos. De regreso, halló más rico botín en las colonias genovesas situadas en las costas del mar de Azof. Luego, Timur devastó las regiones situadas al norte del Cáucaso, que se habían librado de la destrucción. Siguiendo una vez más las orillas del mar Caspio, destruyó Astrakán. Finalmente, desde allí marchó sobre Sarai, la bella metrópoli del reino de la Horda de Oro.

Las dos ciudades: Antigua y Nueva Sarai, estaban situadas una cerca de la otra. En la primera, innumerables norias con ruedas de acero impulsaban el agua potable hacia el centro, desde varias balsas construidas sobre terrazas. Había también incontables talleres, forjas, alfarerías, fábricas de cerámica y altos hornos. La ciudad nueva la atravesaban canales, y la embellecían magníficos estanques; las casas poseían conducciones de agua, los suelos de las viviendas eran de mosaico, y las paredes, de azulejos multicolores. Entre las ruinas se han descubierto elegantes establecimientos de sastrería, zapatería y joyería, y entre restos de mercancías se ha encontrado café, que ya en el siglo xiv se bebía en aquella ciudad de lujo. Timur destruyó tan a fondo estas dos ciudades, que, en la actualidad, sólo quedan de ellas dos campos de ruinas de 36 y de 48 kilómetros cuadrados, respectivamente, sin vestigio alguno de vida indicador de que dichas ciudades constituyeron durante ciento cincuenta años los dos principales centros del mundo...

La Horda de Oro ya no pudo rehacerse tras tan duro golpe. Perdió su importancia como reino mundial y dejó para siempre de ser un centro de la cultura asiática.

Los mongoles seguían siendo valerosos guerreros: poseyeron durante más de un siglo la fuerza suficiente para mantener en obediencia a los príncipes sometidos, para devastar y saquear sus países y extender sus expediciones de pillaje hasta Lituania, Polonia y Podolia, pero su reino, carecía de un punto central. En cambio, los pequeños kanatos de Siber, Astrakán, Kazan y Crimea adquirían cada vez mayor importancia. La Horda de Oro iba hacia su extinción.

EL SEXAGENARIO

I

SEÑOR feudal de la Horda de Oro, soberano del reino de los Il-Kanes y dueño de Tschagatai, Timur, a la edad de sesenta años, interrumpió momentáneamente su carrera sangrienta. Parecía como si a su obra destructora quisiera añadir otra, más formidable aún, de reconstrucción.

Su reino quedó definitivamente constituido. Había mantenido en los países y provincias conquistadas el sistema de administración habitual, y decretado que cada ciudad poseyera por lo menos un mercado, una escuela, un convento, un baño público, un hotel y un hospital. Por doquier poseía agentes secretos, encargados de informar al Gobierno central de todo lo que acontecía en sus distritos. Este servicio de información estaba asegurado por medio de 3.000 correos, y todo abuso cometido por los funcionarios era castigado tan severamente como una acción infamante.

Introdujo el orden y la tranquilidad en su reino; orden y quietud de cementerio en las regiones devastadas y empobrecidas del Asia Anterior, bienestar y paz en su Transoxiana. El «país de entre los dos ríos» se extendía como una isla dichosa entre el Sir-Daria y el Amu-Daria, que lo envolvían por todas partes. Únicamente los buques aseguraban el tráfico y las relaciones con el exterior. Todo el mundo podía penetrar en aquella isla, pero nadie podía abandonarla sin estar provisto de un permiso oficial. Timur había poblado la Transoxiana con príncipes sabios y artesanos de todas las regiones del mundo. Ninguna de las personas allí instaladas podía alejarse, ningún espía podía entrar clandestinamente ni salir para divulgar sus preparativos de guerra. Por eso, siempre que las tropas salían, tenían que hacerlo por un puente de barcasas, que destruían rápidamente una vez pasado el río.

Las conquistas de Timur cambiaron por completo las relaciones del tráfico y comercio transasiáticos. Debido a la destrucción de Sarai, cerca del Volga; de Urgendes, sobre el Amu-Daria, y de Almalik, en el país de los Siete Ríos, cerró las grandes rutas de las caravanas del mar Negro, que conducían a China, y, en su lugar, abrió otra cuyo centro se encontraba en Transoxiana. En el bazar de Samarkanda se reunían los comerciantes de todos los países y las mer-

canelas de todas las regiones del mundo. Allí aquellos productos eran nuevamente embalados y expedidos, no sólo a todos los rincones de Asia, sino también a Europa: por Choresm, Nijni-Novgorod y Moscú, iban a parar a manos de los comerciantes de la Hansa, o bien tomaban el camino de Herat, Tabriz y Trebisonda hacia los buques genoveses, venecianos y pisanos. Con todos los medios a su alcance, Timur trataba de favorecer el comercio. Hacía anticipos en metálico a comerciantes arruinados, e infligía duras penas a la injusticia y el engaño. Escribía a todos los soberanos, incluso a Carlos VI, rey de Francia, diciéndoles que debían enviar mercancías, pues, «gracias al comercio, prospera el mundo».

Sus desvelos animaron la agricultura y la industria y favorecieron el comercio. Gracias a las obras hidráulicas se fertilizó el suelo. El país cubrióse de canales, puentes, jardines y talleres. Favoreció la crianza del gusano de seda y reunió en Samarkanda a los más hábiles tejedores de seda de Persia y Siria. Mandó cultivar el algodón y el lino, y obligó a los más célebres fabricantes de tejidos de algodón a establecerse en Samarkanda. En poco tiempo, los tejidos transoxianos, especialmente el magnífico terciopelo encarnado, se hicieron famosos. Fundó colonias enteras de ceramistas chinos, sopladores de vidrio, armeros, orífices de Persia, Turquía, Georgia y Siria. Los artesanos empezaban a jugar un papel importante en la vida pública. Se reunían en corporaciones, participaban en todas las ceremonias y fiestas públicas, gozaban de todos los privilegios. Sólo les estaba vedado el regreso a su patria.

Y al mismo tiempo que protegía el comercio, la agricultura y la industria, Timur alentaba las artes y las ciencias. Este hombre, que entregó al furor destructivo de su soldadesca las ciudades del Irán, era un entusiasta de la pintura y la literatura iraníes. Destruyó las más famosas bibliotecas y mandó conducir a su capital, sobre bestias de carga, los libros, cuidadosamente embalados. Aficionado al fastuoso lujo de las antiguas civilizaciones, devastó el Oriente, hundiéndolo en la miseria, para crear en su Samarkanda un lujo todavía más esplendoroso.

Construía como guerreaba: de súbito, rápidamente, sorprendentemente, deslumbrándose a sí mismo, con tan extraordinaria diligencia que los edificios parecían brotar del suelo. Sus emires vigilaban la construcción, y su vida, lo mismo que la de los arquitectos, dependía de que la obra se acabase en la fecha indicada por él. Esta arquitectura era titánica, despótica: muros gigantescos, cúpulas formidables, masas enormes de líneas sencillas, sobrias y clásicas. Pero la belleza y severidad de las líneas quedaban ocultas por una fachada que era un delirio de colores y de adornos de un dibujo fantástico. Era la unión, el enlace

de los estilos chino y persa; la fusión de ambos con otros del Asia Central, produciendo la impresión de que aquellos muros eran pétreos tapices de encanto. Una cúpula de mezzquita se alzaba más de cincuenta metros sobre el suelo; un patio de noventa metros de largo por setenta de ancho conducía al edificio, y el conjunto, muros, puertas, tabiques interiores y exteriores, formaba una sinfonía de matices verdes, azules, blancos, amarillos y rosados; círculos, cuadrados, estrellas, triángulos y espirales se unían, se entrelazaban, formando un dibujo de símbolos e inscripciones, de una armonía perfecta y de una rara magnificencia colorista. Centenares de columnas de mármol, horadadas, sostenían cúpulas estucadas con oro. Mosaicos azul turquí, rojo sanguíneo, verde esmeralda y amatista, y mayólicas imperecederas, de un brillo inverosímil, lucían al sol bajo el cielo eternamente azul del Asia Central. Su resplandor era tan intenso que había que cerrar los ojos ante sus reflejos centelleantes. De pronto se erguía un palacio de cegadora blancura y cuya única decoración consistía en la armonía de sus proporciones. Ya no quedan en Samarkanda más que las ruinas de alguno de sus edificios, pero todos los investigadores que la visitaron se muestran entusiasmados de su esplendor, aunque tan sólo vieron mezzquitas, mausoleos, edificios públicos.

En cambio, de todo lo que Timur mandó construir para él, de aquellas residencias y castillos de placer, de sus palacios, que los cronistas de la época describen y alaban como lo más bello que jamás existió sobre la faz de la tierra, no quedan más que los nombres, como el «Jardín del Paraíso», el «Jardín que alegra el Corazón», el «Jardín que representa el Mundo». No es casual el que esas obras de arte arquitectónico se denominen «Jardín», ni que las altas columnas labradas recuerden los postes o mástiles de esculpida madera odorífera que sostienen las tiendas de los nómadas, ni que el decorado de la cerámica se asemeje, con sus complicados dibujos, a los cortinajes y tapices que embellecían las tiendas de fieltro. Timur construía palacios, pero los trataba de idéntico modo que sus antepasados sus tiendas. Iba de un castillo a otro, nunca dormía más de dos o tres noches en cada uno de ellos y, para él, más importante que cualquier construcción era la forma de los jardines en que erigió aquellos espléndidos palacios. Esos jardines se transformaban, durante su residencia, en verdaderas ciudades de unas 50.000 tiendas, pues ¿cómo celebrar festines y banquetes en las salas cerradas, por grandes que éstas fuesen...? Y por hermoso que resultase el efecto producido por los diversos matices de paredes y cúpulas, ¿podrían éstas compararse, acaso, con el azul ultramar de la inmensa cúpula celeste tendida sobre el verde césped que cubría la tierra cual mullida alfombra? Por bellas y audaces que

sean las construcciones del más hábil arquitecto, el ojo del nómada de las ilimitadas estepas prefiere el arco que en el cielo describe la insondable Vía Láctea. No, no es posible celebrar fiestas en los palacios, en las ciudades, sino sólo en plena Naturaleza, donde todo vive y respira, donde todo es movimiento y colorido. La alegría de sus fiestas debía ser, pues, infinita, como la Naturaleza de su patria.

Iban a un banquete como a una batalla. Las mesas y asientos se colocaban en orden de combate, como las filas de un ejército, y cada cual ocupaba su sitio, como al anunciarse la lucha. Pronunciaban brindis, bebían hasta la embriaguez y comían hasta hartarse, y quien más bebía y comía era proclamado *bahadur*.

Y, para cada comensal, aquel festín podía ser su última batalla. En efecto, Timur quería «recompensar, a la vez, el bien y castigar el mal». Por consiguiente, en las plazas donde se celebraban los juegos y representaciones para regocijar al pueblo, utilizábanse también las horcas. Generalmente, se decapitaba a los plebeyos; la muerte en la horca estaba reservada para las personas importantes. Casi nadie estaba seguro de que no le llegase la hora de morir, pues ¿quién no tenía enemigos? También era posible demostrar a cada uno de los comensales que había percibido impuestos excesivos, participando en alguna conjura o abusado de sus poderes. En aquella Corte no existían prescripciones; todas las fechorías eran conocidas, y si hasta entonces Timur les había concedido su gracia, más de un gobernador, e incluso algún general, había sido arrestado, interrogado, careado con los testigos en pleno festín, perdiendo en el acto su posición y su vida. Muchos comerciantes y artesanos que, ricos, influyentes y considerados, eran invitados al banquete, volvían empobrecidos a sus casas por el mero hecho de haber vendido sus mercancías demasiado caras. De este modo, Timur los mantenía a todos «entre el temor y la esperanza». Para cada cual había un representante, y nadie podía buscar protector, pues más de uno que había querido salvar a un amigo, o tratado de conseguir un fallo menos severo, pagó tal intento con la vida...

II

En medio de uno de aquellos banquetes y festividades, Timur anunció una nueva empresa bélica: la campaña contra la India.

Por primera vez, sus jefes y generales consideraron esta guerra como un descabellado asunto. Se previno a Timur contra las elevadas montañas, las selvas y desiertos impenetrables, los formidables ríos, los innumerables guerreros indios y sus elefantes de combate. Le advirtieron que aquel

país haría olvidar a los hijos y nietos del conquistador su raza, costumbres y lengua. Todo fue inútil.

La fabulosa India, sus riquezas, su oro, tentaban a Timur. Su insaciable ambición le empujaba hacia este país, en cuya frontera se detuvo Gengis-Kan para regresar, puesto que los conquistadores que, como Alejandro, condujeron sus soldados a aquel maravilloso territorio, se habían rodeado, a causa de la fantasía del Asia Anterior, de un nimbo incomparable y era inmortal su gloria.

«Pero los emires estaban allí, cabizbajos; nada replicaban y su silencio oprimía mi corazón — dice la autobiografía de Timur —. Mi primer impulso fue destituir a todos los que se oponían a la conquista de la India y confiar sus ejércitos y regimientos a sus representantes.» Pero eran demasiado numerosos, y la autobiografía continúa: «Les reproché su actitud y, aunque me habían destrozado el corazón, en cuanto aprobaron mi plan les fue perdonado todo.»

Un ala del ejército, compuesta de 30.000 jinetes, bajo las órdenes de Pir Mohamed, nieto de Timur, fue enviada desde Kabul hacia el Sur, contra Multan; su segundo nieto, Mohamed-Sultán, conducía la otra ala a lo largo de la falda del Hirnalaya, hacia el Sudeste, contra Lahore. Seguiales, el centro, mientras Timur en persona penetraba, con un pequeño ejército selecto, por las montañas del Hindukusch, donde jamás conquistador alguno había puesto los pies, y donde vivían los kafiris. Si no puede justificarse la guerra contra la India por la riqueza del país o por el deseo de repetir la legendaria campaña de Alejandro, con quien Timur se complacía en compararse, entonces sólo queda, para explicar esta temeraria expedición, la ambición desmedida de un anciano maniático. No podía esperarse un rico botín de aquellos míseros montañeses, ni había allí ningún reino que conquistar; pero a Timur le era insoportable la idea de que en el Asia Central hubiese un pueblo insumiso, y por eso penetró en aquellas salvajes e inaccesibles montañas.

Los autóctonos huían hacia las más elevadas cumbres, adonde les seguían los *bahaduros* de Timur. Empezaba la época del deshielo; los caballos resbalaban y había que hacer alto y esperar la nevada nocturna para que pudieran subir por las pendientes. Durante el día los cubrían con mantas de fieltro, y al anochecer, cuando volvía a nevar, continuaban la ascensión. Cuando, por fin, alcanzaban la cumbre, no quedaba en ella vestigio alguno de indígenas. Los fugitivos se habían puesto a salvo siguiendo vericuetos sólo por ellos conocidos. Era imposible volver a bajar de aquellas cumbres. En vista de lo cual, los emires y los soldados se echaban sobre la nieve y se deslizaban a lo largo de las vertientes opuestas. Para Timur habían fabricado una especie de trineo provisto de anillas a las que se ataban

cuerdas para tirar de ellas. Instalado en aquel artefacto, le hacían bajar hasta un picacho cubierto de nieve donde podía apearse. Cinco veces le hicieron bajar así, hasta llegar a un punto desde el cual podía emprender personalmente el descenso. Luego se intentó bajar los caballos de Timur, pero todos, excepto dos, cayeron en los abismos. Por consiguiente, todo el ejército seguía a pie a su antiguo jefe, único que iba montado. A la helada atmósfera de las alturas seguían los cálidos valles que rodeaban los burgos de los indígenas. Después de fatigas inenarrables y penalidades tremendas, se alcanzó el Indo en el mismo lugar donde, dos siglos antes, el último sha de Choresm, Dschelal-ud-Din, huyendo de Gengis-Kan, atravesó a nado el río.

Timur cruzó el Indo sobre un puente de pontones, y empezó una de las guerras más terribles que la historia de Oriente ha conocido. Vanos fueron los esfuerzos de los habitantes del Punjab para defender sus ciudades y sus bienes. El país fue devastado y saqueado, y los hombres, las mujeres y los niños fueron reducidos a esclavitud. Los que no habían sido asesinados o cogidos prisioneros, huían hacia el interior del país, perseguidos por los despiadados vencedores. La plaza fuerte de Bhatni les cerraba el paso, pero fue tomada al asalto. Los desesperados habitantes incendiaron sus propias casas y se arrojaron a las llamas con sus mujeres e hijos; otros mataron a sus familiares para salvarlos de la esclavitud y, con el valor de la desesperación, se lanzaron sobre el enemigo para morir con las armas en la mano. En aquella matanza perecieron más de 10.000 personas. Los soldados de Timur saquearon la urbe conquistada. «Incendiaron los edificios que habían escapado de las llamas y arrasaron las murallas de tal modo, que parecía como si la ciudad jamás hubiera sido habitada.»

El alud continuó su ruta a través de las bajas llanuras indias, dirigiéndose hacia Delhi, capital del país. Las riquezas de la India no eran una leyenda. Por el camino, adquirieron tal cantidad de objetos preciosos y de ganado, que los esclavos que arrastraban tras ellos llegaban a ser una molestia y un peligro, por lo cual, poco antes de llegar a Delhi, Timur ordenó que todos cuantos llevasen esclavos consigo los mataran inmediatamente, bajo pena de muerte si no lo hacían. A consecuencia de semejante orden, más de 100.000 indios fueron muertos en menos de media hora. La crónica habla del terror y repugnancia con que un pacífico sabio, que jamás había podido matar a un cordero, se vio obligado a hacer asesinar a sus quince esclavos indios...

Ante las puertas de Delhi, el sultán de la India fue al encuentro del enemigo con sus elefantes de guerra. Poseía máquinas que arrojaban recipientes llenos de hirviente pez o lanzaban cohetes provistos de una punta férrea que estallaban al chocar contra el suelo. Pero, a pesar de todo, no

pudo contener el fogoso empuje de los soldados de Timur. Fue derrotado y huyó. Sin ofrecer resistencia, la ciudad, incomparable por su esplendor y riqueza, abrió sus puertas al conquistador.

En plena paz, Timur entró en Delhi y se sentó en el trono del sultán de la India. Los gobernadores y emires acudieron a rendirle homenaje. Los elefantes de guerra formaban una magnífica comitiva, se inclinaban ante el soberano y tocaban el suelo con sus enormes cabezas. En la mezquita de las mil columnas se recitaron preces públicas para implorar la bendición del cielo sobre el nuevo soberano. Timur mandó organizar una espléndida y «encantadora fiesta que hacía olvidar todas las penalidades y fatigas de la guerra».

Pero los soldados de Timur habían empezado ya el pillaje en los arrabales. Timur dio a sus emires la orden de que lo impidieran inmediatamente. Pero ya era tarde. Más de 15.000 soldados habían penetrado en la ciudad, y cuando se cerraron las puertas de la misma, las abrieron de nuevo para que entrasen los camaradas que habían quedado en el exterior. No habían llegado, tras indecibles penas y fatigas a través de las montañas afganas y kafiristanas, hasta la India para renunciar a los tesoros amontonados en aquella magnífica ciudad. Enfurecidos, se lanzaron sobre sus oficiales, que querían impedir el pillaje; la disciplina fue destruida y la soldadesca arremetió contra los inofensivos habitantes. «Jamás se había oído hablar de tal mortandad y de tal desesperación.» El propio Timur parece haber querido sincerarse ante la Historia por aquella responsabilidad, puesto que escribe: «Era mi más fervoroso deseo ahorrar estos males a los habitantes, pero Alá había decidido que la ciudad fuese destruida.»

Aquellos días señalaron el fin de la esplendorosa y mundialmente célebre capital de la India musulmana. Cinco siglos transcurrieron antes de que Delhi, reconstruida, pudiera volver a ser la sede de un Gobierno. Hubo soldados rasos que, después del pillaje de la ciudad, lleváronse consigo de 100 a 150 esclavos, mientras otros iban cargados de perlas, rubíes, diamantes, vasos de oro y plata e incontables monedas. Mientras se exterminaba a una parte de los habitantes refugiados en la mezquita, se obligaba a otros a dejar la ciudad formando una larga hilera y, conforme iban saliendo, cada emir eligía un grupo para su servicio; y como entre ellos había millares de obreros y artistas, Timur ordenó que le escogieran, para su servicio personal, a los marmolistas y albañiles, pues deseaba hacer construir, cuando regresase a Samarkanda, una gran mezquita cuyo modelo fuese igual a la de las mil columnas de Delhi.

Después de la destrucción de la capital ya no encontró Timur ninguna resistencia organizada en la India. Avanzó

hasta más allá del Ganges, pero aquello ya no era una guerra, sino una sencilla caza del hombre, la inútil destrucción, sin objeto alguno, de millares y millares de indios que caían entre las manos de las excitadas hordas de Timur. Pues estas masas de guerreros no iban ya guiadas por la finalidad de una conquista, sino únicamente animadas por el instinto de rapiña común a toda soldadesca.

Cuando, finalmente, a causa del calor, el ejército volvió sobre sus pasos para seguir primero el Ganges hasta el pie del Himalaya, y pasar luego el Indo, la expedición parecía más bien un éxodo. Los esclavos de ambos sexos, los carros sobrecargados y los rebaños eran incontables. Había simples guerreros que llevaban tras de sí de 400 a 500 cabezas de ganado como botín. Aquel ejército, célebre por su velocidad, no conseguía avanzar más de cuatro millas diarias.

Timur nombró al raja de Multan, que le había rendido homenaje, gobernador de aquel país devastado y despojado. En realidad, no pensaba anexionarlo a su reino y se adelantó a sus tropas, dirigiéndose a Samarkanda para celebrar su gloriosa empresa bélica y emprender la construcción de la enorme mezquita Bibi-Hanum, en la que todos los fieles de su capital hallarían sitio para rezar sus oraciones.

III

El magnífico edificio parecía surgir del suelo; 480 pilares sostenían el techo; el suelo estaba formado por losas de mármol pulido, y las enormes puertas metálicas habían sido fundidas con una aleación de siete metales... Pero, a pesar de que Timur se había instalado cerca de las obras, aunque mandaba venir cerca de sí a los príncipes y los emires, excitándolos a exigir de sus obreros la mayor actividad, no pudo ver terminado el templo. En efecto, Chan-Sadé, la bella princesa choresmana, viuda de su hijo predilecto Dschehangir, y ahora, según la antigua usanza mongola, esposa de su hermano Miran-Scha, fue a quejarse a Timur respecto de su marido.

Cuando Timur lo nombró soberano del *uluss* Hulagu, le aconsejó: «Debes procurar inmortalizar tu nombre sin importarte los acontecimientos.» Y Miran-Scha quería seguir este consejo. A su llegada a Tabriz admiró el esplendor de la ciudad. Se hacía, referir su historia, su desarrollo y engrandecimiento como residencia de los Il-Kanes. En tales ocasiones solía decir: «Soy el hijo del hombre más grande del mundo, pero ¿qué puedo hacer en estas famosas ciudades para legar mi nombre a la posteridad?» Y empezó a construir.

Pero pronto advirtió que sus construcciones no podían

igualar en belleza a las ya existentes en la capital de los Il-Kanes.

Y de pronto dio una consigna: «¡Demoled...! ¡Destruid las mezquitas, los palacios, los edificios públicos; hundidlo todo!»

«Así la gente se acordará de mí — decía, riendo, en medio de su borrachera—. Dirán: ¡Realmente, si Miran-Scha no edificó algo mejor, por lo menos supo demoler las más bellas construcciones del mundo!»

De Tabriz se dirigió a Sultanieh — la encantadora ciudad de los últimos Il-Kanes —, donde continuó la destrucción, mientras se entregaba al libertinaje en el palacio imperial, distribuyendo entre los que le rodeaban los tesoros que Timur había depositado.

La noticia de su conducta llegó a los países vecinos. El sultán Achmed creyó llegada la hora de apoderarse, con la ayuda de Egipto, de Bagdad. Miran-Scha montó inmediatamente a caballo, y si la velocidad de Timur era célebre, él la sobrepasó. Obligaba a sus tropas a cubrir en una jornada la distancia de dos. Quería caer como un rayo sobre el enemigo. La noticia de su cabalgata debía haber bastado para asustar al sultán y ponerlo en fuga. Pero era verano, y el sultán sabía que el calor sirio, con su sequedad, hacía imposible el asedio de la urbe y, en lugar de huir, se preparó para una resistencia a ultranza; y como Miran-Scha llevaba consigo todas las tropas de Persia, estallaron por doquier las rebeliones, y dos días después de su llegada ante Bagdad, se vio obligado a volver rápidamente a Tabriz.

A su regreso, lleno de furor, mandó ejecutar sin investigación alguna a cuantos le parecieron sospechosos. Entre los ajusticiados hallábase un cadí y un scherif, descendientes ambos del Profeta; y, a consecuencia de aquel acto de crueldad, se atrajo la enemistad de los eclesiásticos; pero él no se preocupaba por nada. Los turcomanos se habían rebelado, los georgianos habían echado a sus gobernadores, los beduinos árabes habían pasado, desde sus desiertos sirios, al interior del país. El valiente guerrero los dejó hacer. Bebía, jugaba a los dados, despilfarraba el tesoro del Estado para divertir a sus compañeros de libertinaje... Al fin y al cabo, ¿para qué preocuparse? Su padre, Timur, «el hombre más grande del mundo», ya lo arreglaría todo. Había querido ser un buen soberano, enriquecer a su pueblo, embelesar a su país, vencer a sus enemigos... Pero en todo había fracasado... Por último, ofendió mortalmente a Chan-Sadé (cuya ambición era hacer de su hijo el primero de todos los príncipes), pues alguien le hizo dudar de la fidelidad de su mujer.

Timur cedió a Chan-Sadé un palacio en Samarkanda — jamás volvió al lado de su esposa — y se llevó a Khalil consigo a Persia. Cuando llegó a Tabriz, Miran-Scha se

presentó ante él con una soga al cuello, para saludarle y conocer su condena. Todos los emires y oficiales encontraban excusas en favor de Miran-Scha. Atribuían el cambio de su conducta, sus locuras y sus excesos a una caída de caballo que trastornó su entendimiento. ¿Creyó Timur tales afirmaciones, o reconoció en su hijo su propia insaciable ambición, que, no pudiendo satisfacerse, había degenerado en una manía vandálica? El hecho es que no lo castigó de muerte, como fue su primer impulso. Se conformó con llamar a Abu-Bekr, primogénito de Miran-Scha para ofrecerle la soberanía. Pero Abu-Bekr contestó que, ante los ojos de Dios, le era imposible ocupar el puesto de su padre. En vista de ello, Timur nombró a Khalil regente del país y condenó a muerte a todos los compañeros de libertinaje de su hijo.

Cuándo subían al cadalso, el juglar de Miran-Scha se detuvo de pronto, inclinóse ante el dignatario que le seguía y le cedió el paso diciendo: «¡Oh, perdón! ¡Tú siempre has deseado ser el primero!» Timur, muy sensible ante cualquier rasgo de ingenio, perdonó la vida a aquel chistoso que, hasta enfrentándose con la muerte, sabía conservar su espíritu y su buen humor.

EL SUEÑO DE DOMINACIÓN MUNDIAL

I

COMO dos siglos antes chocaron en el Asia Central los dos reinos de los mayores conquistadores de la época, el de Gengis-Kan y el del sha Mohamed, soberano uno de ambos sobre la tierra, así chocaron ahora en el Asia Menor las fronteras del reino de Timur con las del de Bayaceto.

Cuatro generaciones de soberanos enérgicos, decididos a desarrollar sus planes y alcanzar el objetivo propuesto, habían transformado la insignificante tribu, fugitiva ante las hordas de Gengis-Kan, en un reino que empezaba a amenazar a Europa.

Osman había formado, con los jefes turcos acudidos de todas partes, una caballería superior a las de sus vecinos, tanto en disciplina como en fanatismo. Gracias a ella pudo conquistar los Estados del Asia Menor. A esta caballería unió su hijo Urchan una excelente tropa de infantería: «Jani-Tschari» (nueva cohorte). Estaba compuesta, en su mayor parte, de jóvenes, cristianos robados y educados en

el fanatismo musulmán, y formaban una tropa selecta. Estas tropas, siempre asalariadas y adiestradas admirablemente, no tardaron en pasar a los Balcanes y en dar por doquier el golpe decisivo en las batallas. Urchan prosiguió la campaña de conquistas iniciada por su padre; atravesó los Dardanelos y tomó Gallípoli, Murad, su hijo, conquistó Adrianópolis y, desde este punto, comenzó a tomar a griegos, serbios, búlgaros y albaneses una plaza tras otra, llevándose como esclavos a sus habitantes y substituyéndolos con turcos. La caduca Bizancio, cuyo emperador había implorado en vano el socorro de las demás naciones y estaba rodeado por los osmanlíes, se vio en la necesidad de comprar la paz mediante el pago de tributos anuales. Los reyes de Servia y de Bulgaria siguieron su ejemplo. El Imperio turco se extendía ya desde Salónica hasta el Danubio. Murad cayó durante la batalla de Cosovopolle. Libraba esta batalla contra los ejércitos serbios y búlgaros reunidos y apoyados por húngaros, polacos y albaneses. Sus tropas obtuvieron la victoria. Su hijo Bayaceto, después de asesinar a su hermano, le sucedió en el trono. Transformó a Servia en un Estado vasallo, envió sus tropas al saqueo hasta Croacia y Estiria, amenazando al propio tiempo Bizancio y Hungría. Por primera vez, el grito de alarma contra el peligro turco recorrió Europa, predicándose por doquier Cruzadas contra los otomanos. La nobleza francesa, los príncipes y condes del sur de Alemania, los caballeros de las Ordenes germánicas, corrieron hacia Hungría para ayudar al rey Segismundo. Cerca de Nicópolis, a orillas del Danubio, todo el ejército cristiano fue derrotado y hecho prisionero. Los que huían fueron muertos por la caballería ligera turca. El terror de la potencia turca data de esta derrota. Bajazet Ilderim (Bayaceto el Relámpago) llegó a ser el símbolo del conquistador terrible y siempre victorioso.

Primero se dirigió hacia el Asia Menor. Los príncipes, amenazados por las tropas de Timur, se sometieron gustosos a él y, de este modo, consiguió ampliar su reino hasta el Eufrates. Entonces, Timur se hallaba en la India. Cuando llegó al Asia Menor para restablecer el orden en el reino de Miran-Scha, Bayaceto se encontraba nuevamente en Europa, preparándose para dar a Bizancio el golpe definitivo. Ya nada parecía capaz de salvar a Constantinopla. Cada día se esperaba la caída de la antigua ciudad imperial...

Por esa época, marchaba Timur desde Tabriz contra Occidente. A la primera noticia de su llegada, el sultán Achmed, de Bagdad, y su vasallo Yussuf, del Curdistán, emprendieron la fuga. No pareciéndoles Egipto un refugio bastante seguro, buscaron protección en Bayaceto, el gran conquistador. Timur le exigió la entrega de sus enemigos. La respuesta recibida fue la siguiente: «Sepa el perro sanguinario llamado Timur que los turcos no tienen por cos-

tumbre negar el asilo a sus amigos, y que no temen la guerra ni la batalla.»

Una formidable coalición enemiga amenazaba a Timur; la alianza de Mesopotamia, Siria y Egipto con el reino otomano.

Timur, que acababa de devastar nuevamente Georgia y Armenia, en castigo de su rebelión contra Miran-Scha, no vaciló: Siwa, la más poderosa plaza fuerte del reino turco, no pudo resistir más que ocho días, y Malatia, la segunda fortaleza, fue asaltada en uno solo. Bayaceto levantó inmediatamente el asedio de Constantinopla y se dirigió a marchas forzadas hacia el Asia Menor.

Pero no entraba en los planes de Timur marchar contra él mientras tuviese a su espalda la potencia egipciosiria. Tan pronto aseguró sus flancos con la toma de las fortalezas, penetró a toda velocidad en Siria. El ejército enemigo se encontraba ya concentrado ante Alepo, pero fue aniquilado en una sola batalla, y devastada la ciudad.

Damasco abrió sus puertas al conquistador. Con algunas variantes, se repitió allí lo ocurrido en Delhi. Timur contempló, admirado, los venerables monumentos de la ciudad. Mandó trazar el plano de un mausoleo con cúpula y ordenó erigir otro semejante en Samarkanda. Dicha cúpula llegó a ser el modelo de muchas magníficas construcciones del Asia Central. Un siglo más tarde renació en la India, en la fabulosa Tadj Mahal. Según su costumbre, Timur envió a todos los artistas y obreros a Samarkanda e impuso a Damasco una extraordinaria contribución de guerra. Era su deseo salvar la ciudad. Pero, una vez más, la soldadesca no se mostraba dispuesta a que la magnífica ciudad se salvara del pillaje, y en cuanto Timur dejó a Damasco, dirigiéndose hacia el Norte a causa de Bayaceto, empezaron el pillaje y los asesinatos, durante los cuales la mayor parte de la ciudad, con su famosa mezquita omiada, fue pasto de las llamas.

Entre tanto, Timur había alcanzado otra vez el Eufrates. En menos de un año terminó la campaña de Siria. En cambio, Bayaceto no daba señales de vida. Debía de estar en alguna parte de Asia, ocupado en reunir a sus ejércitos. En vista de ello, Timur se arriesgó a emprender una nueva guerra y romper, antes del choque con Bayaceto, la resistencia de Mesopotamia.

Bagdad, la ciudad de los califas, donde hacía cinco años había él entrado al frente de unos centenares de hombres y a la que trató tan bien, le cerraba ahora sus puertas. Sus habitantes sentíanse seguros tras de sus fortísimas murallas, sobre todo porque los calores estivales no permitían su asedio. En efecto, todas las hierbas se habían secado, y de las fuentes no manaba ni una sola gota de agua. Pero Timur, ciego de ira por la soberbia de los habitantes, mandó

traer todas sus máquinas de asedio y de asalto y dejó que sus soldados sitiase la ciudad durante quince días, bajo el tórrido calor de la cuenca del Tigris, donde «los pájaros caen muertos del cielo». Luego, la antigua ciudad de los califas se convirtió en teatro de una tremenda matanza. Las 120 pirámides formadas por 90.000 cabezas humanas, colocadas por orden de Timur sobre las murallas de la ciudad, dan una idea de aquella horrenda carnicería. Excepto las mezquitas, escuelas y hospitales, ningún edificio quedó en pie.

II

Ya nada había que pudiera influir en el resultado de la lucha entre los dos conquistadores. Pertenecían ambos a la misma raza y profesaban la misma religión. Tanto en un bando como en otro, las mismas fuerzas nómadas del Turan, hacían sus conquistas en nombre del Islam. Hasta entonces nunca habían chocado, puesto que las conquistas de los turcos se dirigían hacia Occidente, hacia Europa, y Timur, en su calidad de sucesor de Gengis-Kan, ningún interés tenía en el Asia Menor. Bayaceto era para Timur un descendiente de la patria turania, pero un infiel, degenerado en el ambiente bizantinoegipcio. Mas era menester batirle en su propia región, puesto que recibía de Europa sus refuerzos... Para Bayaceto, Timur era el jefe inicial del Turan, llegado desde las profundidades del Asia. Por consiguiente, él, Bayaceto, defendía el Occidente civilizado, puesto que los turianos, aclimatados en Occidente, se hallaban todavía bajo la amenaza de los terribles asaltos de Oriente. Por lo tanto, ambos soberanos se decidieron a entablar la lucha.

Hubo una serie de intercambios de embajadores, se celebraron entrevistas, pero se procuraba, al propio tiempo, obtener informaciones referentes al enemigo. La fama de Timur aumentaba día por día. Eecibió a los embajadores de Egipto, que le traían la sumisión de su soberano. Comerciantes y embajadores genoveses iban a visitarle, dándole informes detallados sobre los países europeos de Bayaceto. El emperador de Bizancio le envió una petición de socorro. Timur entabló también relaciones con Europa a través del reino de Bayaceto, y envió embajadas a Carlos VI de Francia y a Enrique III de Castilla. Entre tanto, ambos adversarios continuaron armando y equipando a sus ejércitos. Y ninguno de los dos se mostraba dispuesto a perdonar nada del adversario o a demostrarle demasiados honores, de modo que el tono empleado por los embajadores se hacía cada vez más violento, y las cartas, cada vez más ofensivas. Timur calificaba a Bayaceto de turcomano, de dudosa

cuna, y todos los cronistas prefirieron pasar en silencio las respuestas de este último. Timur se hallaba en Siwa, y Bayaceto, en Angora. Ninguno de los dos podía, retroceder, pues ello significaría ceder ante el enemigo.

Por fin, Timur inició las hostilidades tomando por asalto una fortaleza fronteriza. Bayaceto, cuyo ejército se componía especialmente de infantería, formando su núcleo los invencibles jenizaros, ordenó levantar su campamento de Angora y marchó al encuentro del enemigo siguiendo la única gran ruta. A medio camino, en una región accidentada y selvática aparentemente desfavorable para la caballería de Timur, mandó acampar y esperar al enemigo.

Pero Timur no se presentaba. Bayaceto envió a todas partes tropas de reconocimiento que avanzaron hasta Siria, mas no encontraron a Timur. Hacía ya mucho tiempo que éste había dejado Siwa, dirigiéndose hacia el Sur. Luego, sin acercarse a ninguna población y dejando siempre el río entre él y Bayaceto, siguió, dando grandes rodeos, el camino hacia Occidente, encontrándose ya con todo su ejército (caballería, infantería, elefantes de guerra y máquinas de asedio) en el terreno de Bayaceto.

Éste no podía exponer a su país a la devastación, ni tampoco alejarse de sus fuentes de socorro. Por consiguiente, ordenó dar media vuelta y regresar a marchas forzadas. Timur trató de tomar rápidamente, por asalto, la ciudad de Angora; pero, antes de conseguir apoderarse de los muros exteriores, recibió la noticia de la proximidad de Bayaceto. En vista de ello, levantó el cerco y se retiró con su ejército al lugar abandonado por su enemigo. Hizo desviar el único río que corría hacia el campamento, dirigiéndolo detrás del mismo, de modo que el enemigo no podía alcanzarle. Al propio tiempo ordenó cegar todos los puentes. Así, pues, cuando los soldados de Bayaceto, después de agotadoras marchas forzadas bajo el tórrido calor de julio, llegaron a la llanura de Angora, vieron al enemigo instalado en su propio campamento y se encontraron sin agua para sus caballos, agotados y sedientos, y obligados a aceptar una batalla decisiva que estaba perdida antes de entablarse.

El ejército turco era realmente uno de los mejores del mundo y hacía prodigios de valor. La batalla, que se empezó hacia las seis de la mañana, duró hasta la noche; pero todo fue inútil. En vano se sacrificaron 20.000 valerosos guerreros acorazados: los jenizaros se hicieron matar sin retroceder. Todo estaba perdido. Cuando los soldados turcomanos del Asia Menor, incorporados al ejército de Bayaceto, vieron a su soberano derrotado y rodeado por los soldados de Timur, pasáronse a éste en plena batalla. El reino turanio de Occidente estaba vencido por el Asia Central. Bayaceto, que no quería darse por vencido y combatía en medio de sus jenizaros, se decidió demasiado tarde a la hui-

da. Fue hecho prisionero y conducido a presencia de Timur.

Éste trató a su enemigo con todos los honores y le hizo sentar a su lado. Le dio ricos vestidos y habilitó para él una tienda contigua a la suya. Pero el viejo guerrero no pudo digerir la vergüenza de su derrota y falleció poco después de la batalla, habiendo asistido a la ruina y destrucción de toda el Asia Mayor y presenciando la sumisión de su hijo Solimán a la soberanía de Timur.

Esta derrota infligida a los turcos por Timur fue la salvación de Constantinopla. El emperador envió regalos a Timur y reconoció su supremacía. La gloria de éste como salvador de la cristiandad penetró en todos los países de Europa.

III

Por decimonona vez regresó Timur triunfador a su querida Samarkanda. En el transcurso de su larga existencia había conquistado veintisiete reinos asiáticos y era el indiscutible soberano del mundo islámico. Pero ni aun entonces aquella naturaleza de hierro conocía el reposo y la tranquilidad. Poseemos una imparcial información sobre Timur y su reino, debida a la pluma de González de Clavijo, el embajador español enviado allí por Enrique III de Castilla. Por aquella época, Clavijo siguió a Timur, sin poder alcanzarlo, a través de toda el Asia Anterior, hasta Samarkanda. El embajador español asombróse no sólo de la inmensa extensión del reino y de la inverosímil magnificencia de los palacios y jardines del soberano, sino también de la indestructible vitalidad de éste, que, casi ciego e imposibilitado para andar o cabalgar, mantenía sujetas con indomable energía las riendas del reino, y ya gravemente enfermo, sintiendo próximo su fin, reunió un gran ejército de más de 200.000 hombres, el mayor que había reunido hasta entonces, y emprendió la marcha para invadir a China.

Excepto una, todas las crónicas guardan el más absoluto silencio sobre las relaciones del reino de Timur con China, en la esperanza de que la posteridad ignore la situación de su soberano frente al «Hijo del Cielo». Pero este único documento confirma textualmente lo que dicen las crónicas oficiales chinas: que Timur, «el Soberano del Mundo», se reconoció como un vasallo del «Reino del Centro».

China, más fuerte y rejuvenecida a consecuencia de su revolución nacional contra el emperador mongol, pretendía cada vez más la supremacía sobre todos los *ulus* mongoles en que había remado el Gran-Kan Kubilai. Y como Timur afirmaba la legitimidad de su supremacía sobre los *ulus*-Tschagatai, puesto que poseía un Kan gengisida en cuyo nombre reinaba, el emperador Ming exigió, como legítimo

heredero de la dinastía Yuan, la sumisión de Timur. Éste, ocupado con sus luchas en el Irán, no podía arriesgarse a una oposición contra el todopoderoso «Reino del Centro». Envió embajadores a la Corte del emperador chino, con la relación de sus hazañas y conquistas, tal como habían hecho los sucesores de Hulagu con Kubilai. Sabemos de tres embajadores portadores de tributos, y de una contraembajada que reconocía a Timur como vasallo y «le comunicaba las órdenes del emperador».

Esta situación de vasallo debió de ser un tormento insoportable para el amor propio de Timur. Y, en efecto, el temor de morir sin haber satisfecho su mayor ambición instó a Timur a dar, en pleno invierno, órdenes a su ejército de dejar a Samarkanda y dirigir personalmente, a pesar de estar enfermo, una guerra que sabía había de ser la más difícil, y última de las suyas, contra el reino más poderoso del mundo. El frío era tan intenso que los hombres y caballos perecían en el camino, y los guerreros tenían los pies y manos helados. No obstante, Timur dio orden de desplegar los estandartes y emprender la marcha hacia Oriente. El mismo atravesó el helado Sir-Daria y llegó hasta Otrar; pero «entonces de nada le servían ya el reino, el ejército, las riquezas, los tesoros y el trono».

Devorado aún por la fiebre, incapaz de moverse, atenazado por los dolores, quiso que le informasen del estado del ejército, de las disposiciones de cada división y de las posibilidades de continuar la marcha. Tan sólo después de advertir que ya no había esperanza para él, cambió de idea. Reunió a sus mujeres y a sus emires y les rogó: «No profiráis gritos ni quejas por mi muerte, pues de nada sirve. Hasta ahora, los gritos no alejaron la muerte de nadie. En lugar de rasgar vuestras vestiduras y correr de acá para allá como locos, rogad a Dios que me sea propicio y recitad oraciones que alegren mi alma.» Designó a Pir Mohamed, hijo de su primogénito Dschehangir, heredero del trono, y exigió a los emires que obedecieran su última voluntad y sirviesen a su sucesor, aconsejándoles permanecer unidos.

La noche siguiente, 18 de febrero de 1405, en medio de una horrenda tempestad, mientras los relámpagos y los truenos rasgaban sin cesar el cielo, y los imanes y seides recitaban sin cesar las oraciones prescritas, expiró, a la edad de setenta años, el «Soberano del Mundo».

IV

Raras veces un soberano ha sido tan odiado y maldecido, tan amado y admirado, como Timur. Raras veces ha existido en la Historia una figura tan llena de contradicciones como él. Jamás hombre alguno ha destruido y devas-

tado tanto y, no obstante, por su vida y su personalidad ha sido, durante varias generaciones, el modelo de los soberanos. Ningún déspota asiático produjo tanta impresión en Europa. Durante siglos, los monarcas europeos y los zares rusos admiraron sus hazañas, y hoy en día, las tribus de Asia cantan aún hasta en la lejana Siberia los relatos de su vida.

Deseaba el renacimiento del reino de Gengis-Kan, pero carecía de su principal idea política: unir a los nómadas y darles la supremacía sobre todos los pueblos civilizados. Era imposible que la poseyera. Nómada sólo por su origen, su espíritu amaba la civilización. Gengis-Kan había creado un pueblo y construido su reino sobre el carácter de ese pueblo y para ese pueblo, del que él era la más alta encarnación. Timur conquistaba con soldados mercenarios, que le conducían a él, el más venturoso soldado de los «condotieros», al pináculo de su poderío, y siguió siendo toda su vida un «condotiero», un soberano y un organizador.

Quería lo imposible: unir la civilización de las ciudades y la vida nómada, la *Yassa* y el Islam. Creía vencer al Irán con el Tufan, pero difundía la civilización irania por toda el Asia Central mediante sus compañeros de conquista, civilización que, un siglo después, Babur, uno de sus sucesores, introdujo en la India.

Para evitar las guerras de sucesión, que habían destruido a los reinos gengisidas, rompió antes de morir con la tradición mongola que concedía idénticos derechos a los hermanos e hijos, e instituyó la sucesión directa por el antiguo linaje proclamando heredero del trono a Pir Mohamed, el hijo de Dschehangir. Pero en cuanto su muerte fue conocida y confirmada, empezaron las discordias e causa de la herencia, y sólo después de un caos de cuatro años, durante el cual Pir Mohamed fue asesinado, el Sha-Roch, de Chorassan, hijo menor de Timur, consiguió extender su soberanía sobre Afganistán y Transoxiana, y reconquistar después una parte de Occidente, hasta Aserbeidschan. Todo lo demás se había perdido. Sha-Roch, guerrero y poeta, era también un príncipe pacífico. Bajo su sabio y magnánimo gobierno de cuarenta años, el reino alcanzó su mayor esplendor, restableciéndose así la cultura irania. Su hijo Ulug-Bek, un gran sabio, constructor del famoso Observatorio de Samarkanda y creador de las tablas astronómicas, célebres y empleadas todavía en Europa durante el siglo xvii, era uno de los príncipes más bondadosos de la historia mundial; pero, a pesar de adelantarse mucho a su época, no era lo suficientemente enérgico para poder conservar el reino. Su mismo hijo lo expulsó del trono y le hizo perecer. Después comenzó la anarquía general.

Los reinos de Gengis-Kan persistían, se conservaban en sus partes esenciales, aun durante siglos de sumisión a otro

soberano. El reino de Timur, en cambio, se deshacía; pero, mientras los últimos gengisidas eran una mera sombra de emperadores, los descendientes de Timur supieron conservar sus caballerescas cualidades personales. Hasta después de perder su poderío siguieron siendo valerosos, temerarios, espléndidos, y aun después de quedarse sin el dominio del Asia Anterior conservaron su fama de «caballeros errantes». Cuando, un siglo más tarde, Babur, el último de estos príncipes, fue expulsado definitivamente de Transoxiana por una nueva oleada nómada del Turan y se vio obligado a huir, lo hizo para continuar sus conquistas. Desde Kabul, siguió las huellas de Timur hacia la India, y fundó allí, con un ejército organizado según la *Yassa*, de Gengis-Kan, el reino de los Grandes Mongoles.



LAS FABULOSAS TORTUGAS VOLANTES
DE LA CHINA

(De «El poderoso Imperio Chino»,
descripción alemana del maravilloso
vais, escrita en el siglo XVII.)

LA HERENCIA

LOS HEREDEROS

I

EL poderío mongol estaba definitivamente arruinado en todos los países civilizados del mundo, pero aquel mundo había cambiado bajo su dominación.

Los historiadores de la época, pertenecientes en su mayoría a los pueblos cultos subyugados, no veían más que la destrucción y la devastación, la desgracia y el terror caídos sobre la Humanidad. Las generaciones futuras fueron las beneficiarias del Imperio mundial, pues fructificaron gracias a la unión de todas las grandes culturas, creando en los siglos siguientes los más importantes progresos, los grandes adelantos de Europa. Y cuando los reinos mongoles dejaron de existir, los pueblos subyugados estaban maduros para ser ellos sus herederos.

Cuando los mongoles llegaron a China, estaba ésta dividida por las guerras civiles y separada en varios campos por las dinastías reinantes de los Liao, los Chin y los Sung. Los mongoles le devolvieron su antigua grandeza y la unificaron de tal modo que, después de ser expulsados, seis siglos no consiguieron destrozarse esta unión.

El Asia Anterior fue, en tiempos de la primera invasión mongola, un montón de ruinas del que ávidos capitanes de raza turania arrancarían, probablemente, grandes pedazos; pero, bajo los Il-Kanes, consiguió de nuevo la unidad, olvidada desde hacía siglos; y ni la caída del reino ni el fuerte dominio de Timur pudieron destruir aquel sentimiento de homogeneidad vuelto a despertar en el iranio.

Mientras los mongoles ejercieron su dominación, la unidad del continente se conservó, a pesar de las escisiones y de las guerras civiles. El comercio mundial a ellos debido resistió todos aquellos golpes, las caravanas continuaron dirigiéndose desde China al Asia Central y Anterior, y sus navios, desde los puertos chinos hasta las islas de la Sonda, hacia la India, y, desde ésta, hasta los países costeros del Golfo Pérsico y del mar Rojo. Sin embargo, las relaciones

de los centros comerciales del Asia Anterior con el mundo occidental quedaron destruidas a partir del promedio del siglo xiv. Una vez más, Egipto volvió a explotar su situación de, país intermedio en el comercio veneciano y genovés. Durante algún tiempo existió aún una última posibilidad de intercambio de mercancías con Persia dando la vuelta por los establecimientos italianos de Crimea y de los países de la Horda de Oro; pero Timur destruyó aquella ruta y, después de la toma de Constantinopla por los turcos, el mar Negro quedó completamente dominado por éstos.

Esta unidad mundial creada durante el siglo xiii por los descendientes de Gengis-Kan en el continente euroasiático quedó por completo destruida. Nuevamente reinó allí un concepto legendario acerca de los países maravillosos, como la India, las islas de las Especias y el reino de Khatai. Pero Europa ya no quería encerrarse en los estrechos límites de la Edad Media y renunciar a sus relaciones con el país de la riqueza. Y entonces Asia se abrió a Europa sin la intervención de ésta. Ahora Europa se sentía lo suficientemente madura para buscar, por sus propios medios, la ruta hacia el Extremo Oriente; pero como había sido expulsada de Oriente por la fuerza de las armas y no se sentía con poder para recobrar las rutas terrestres que conducían allí, empezó a buscar una ruta marítima.

Ya muchas veces, comerciantes genoveses, venecianos y otros se habían dirigido, siguiendo el itinerario de Marco Polo, desde Persia hasta el pueblo de Ormuz, para llegar desde allí, a través del mar Arábigo, hasta la India. Sabían por rumores de procedencia árabe que África estaba rodeada al Sur por el océano, de modo que bastaba circunvalar dicho continente para llegar al mar Arábigo. Era generalmente admitido que dicho mar no sobrepasaba, en modo alguno, el ecuador.

La realización de semejante empeño, el arriesgarse sobre las aguas del desconocido océano, ya no estaba reservada a Venecia ni a Genova, sino a los países que comprendían la península ibérica: España y Portugal. Los navegantes españoles volvieron a encontrar las islas Canarias, conocidas ya de los romanos, pero caídas más tarde en el olvido. La ilota portuguesa, mandada por genoveses, se arriesgó en el Atlántico y descubrió las islas de Madera y las Azores. A partir del siglo xv, el Infante portugués Enrique el Navegante exploró las costas occidentales de África, y se tuvo la convicción de que, una vez pasados Cabo Verde y Guinea, se encontraría la verdadera ruta hacia la India.

Sobre vino entonces la gran desilusión en el Golfo de Guinea, la ruta hacia Oriente quedaba otra vez cerrada. El continente africano se extendía infinitamente hacia el Sur...

Una generación después, el cosmógrafo y astrónomo Pablo Toscanelli presentó al Gobierno portugués un mapa

para llegar al Asia Oriental, navegando en línea recta hasta el Oeste y partiendo de Europa. Pero Portugal no sentía interés alguno por dicho plan, y su valeroso navegante Bartolomé Díaz prosiguió nuevamente su camino a lo largo de las costas africanas, con la esperanza de poder doblar en breve el continente.

Un genovés ambicioso y casi desconocido, Cristóbal Colón, volvió a ocuparse del plan de Toscanelli. Hay una carta del astrónomo florentino, fechada en el año 1474, en la que Toscanelli, apoyándose en Marco Polo, describe China y exalta la fabulosa riqueza de Cipango, nombre dado por Marco Polo al Japón. Pero era necesario buscar, en primer lugar, las 7.448 islas que, al decir de Marco Polo, dependían del Gran-Kan, y desde las cuales se traficaba en oro, maderas preciosas y, sobre todo, en especias con los puertos chinos.

Hacia aquellas islas dirigióse Cristóbal Colón en 1492, con sus tres carabelas, para tomar posesión de ellas en nombre de la Corona española, puesto que eran consideradas, en su conjunto, como constituyendo una sola y misma cosa las islas de las Especias, la India y China. Cristóbal Colón, al emprender su viaje, era portador de una carta del monarca español al Gran-Kan. En efecto, Colón quería poner rumbo hacia el continente asiático, «puesto que era muy fácil no ver aquellas islas y, en cambio, en Kathai podía hallar indicaciones exactas referentes a su posición». Al describir las Bahamas creyó encontrarse ante las islas indicadas por Marco Polo, y su interés en proseguir la exploración decreció. Ya no intentó llegar al continente, puesto que allí existía, según Marco Polo, uno de los reinos más poderosos del mundo...

Los Grandes-Kanes habían dejado de existir desde hacía unos 150 años, y las dinastías mongolas no aparecían ya en los tronos de Asia. Pero gracias a la búsqueda de los países que revelaron a Occidente su *Pax tatarica*, descritos por Marco Polo, senescal de Kubilai, Europa descubrió América.

Y seis años después del descubrimiento, cuando surgían las primeras dudas acerca de si se trataba o no de las islas de las Especias, Vasco de Gama, tras de haber circunnavegado África, puso pie en suelo indio. Dos décadas más tarde, los portugueses habían aniquilado el poderío naval árabe en el Océano Indico y apoderándose de las aguas malayas y del comercio de las especias. Sus navios anclaban ya en el puerto de Cantón para entablar relaciones comerciales con China.

Empezó la época de los descubrimientos.

Una verdadera carrera hacia aquellos países de la riqueza entablóse entre las naciones europeas. Holanda e Inglaterra siguieron a los españoles y portugueses. Ingle-

térrea, colocada desventajosamente, a consecuencia de su situación geográfica, en comparación con Portugal, concibió un plan temerario que no ha sido realizado hasta la fecha: quiso circunnavegar el continente euroasiático por el Norte, con objeto de crearse una ruta comercial propia hacia el Extremo Oriente. En una de sus expediciones descubrió el mar Blanco; los navios penetraron en los golfos, llegaron hasta Arcángel y encontraron así la ruta hacia el reino moscovita, que, en aquella época, era ya el heredero de la Horda de Oro.

II

El poder de la Horda de Oro se mantuvo más tiempo que el de los otros dos reinos mongoles. Batida por Timur, poseía, sin embargo, todavía fuerzas suficientes para rechazar los ataques de los ejércitos polaco-lituanos contra Rusia. Aun durante su decadencia tuvo la fuerza necesaria para someter a los príncipes y duques vasallos.

En la época de la invasión mongola formaba Rusia un inmenso territorio, gobernado por 64 soberanías, en el que centenares de príncipes guerreaban entre sí constantemente. Cuando Rusia llegó a ser una parte integrante del Imperio mongol, los príncipes moscovitas que supieron adaptarse mejor adoptaron también su idea imperialista y su habilidad para organizarse militarmente.

La transformación operada en el «*ulus* ruso» (el desarrollo de Moscú como centro de los territorios rusos) nada tenía de extraordinario a los ojos de los mongoles; nada que, en el fondo, les pareciese enemigo.

Era el natural acrecentamiento del poderío del «Gobernador moscovita del Kan». Bastaba con vigilarlo y humillar de vez en cuando y también con destruir ocasionalmente el *uhbs*, como en otros tiempos se hizo con la potencia de Nogai, el gobernador de la Rusia del Sur. Por consiguiente, las campañas que los Kanes emprendieron en diversas ocasiones contra los príncipes rusos no eran consideradas como guerras, sino como meras expediciones de castigo.

Cuando la Horda de Oro empezó a deshacerse en varios pequeños kanatos, fue precisamente el modo «tártaro» de vivir, la manera idéntica de vestirse, los modales, el concepto del Estado y de la política, lo que facilitaba a los enemigos del Kan entonces triunfantes, el buscar refugio en el Gran Duque de Moscú, como antes lo buscaban en un Nogai. Pertenecía aquél a otra religión, pues recientemente los mongoles habían abrazado el islamismo, y muchos de dichos príncipes se dejaban bautizar fácilmente para adorar al nuevo dios.

También el Gran Duque mostrábase tolerante, admi-

tiendo mongoles a su servicio, sin hacer distinción alguna entre cristianos y musulmanes, y los moscovitas hicieron a su Gran Duque severos reproches: «¿Para qué has traído a esos tártaros al territorio ruso? ¿Para darles ciudades y regiones donde vivir? ¿Por qué te entregas tanto a los tártaros y a su idioma, y oprimes despiadadamente a los campesinos, y repartes el oro, la plata y los bienes a los tártaros?»

Pero estas colonizaciones y estos nombramientos de funcionarios mongoles en las regiones limítrofes eran la defensa más eficaz contra los fraccionarios *ordus* mongoles como Kazan y Astracán, reduciendo los *ovdus* enemigos a la impotencia y borrando cada vez más la distinción entre los dominios del Gran Ducado moscovita y la verdadera dominación mongola. Representaba el primer paso hacia la contraofensiva de Moscú, pues Moscovia se hizo grande y poderosa no separándose de la Horda de Oro, no sacudiendo el yugo «tártaro», sino apoderándose premeditadamente de la herencia y de las pretensiones de esta raza.

Iván III, el Gran Duque de Moscú, se sentía ya perfectamente en el papel que hasta entonces habían desempeñado los Grandes Kanes de la Horda de Oro. Ayudó a sus vasallos los príncipes mongoles en sus pretensiones al trono del Kanato de Kazan; y así como antaño los Kanes mongoles pusieron sus ejércitos a la disposición del Gran Duque, ahora éste los ponía a la disposición de los mongoles. Y, como verdadero heredero de la Horda de Oro, reanudó las relaciones con Oriente aun antes de que el reino moscovita las tuviese, dignas de mención, con Occidente. Ya en 1464 se hallaban en Herat embajadores rusos; un comerciante ruso, de Twer, Afanissi Nikitin, viajó con ellos, llegando hasta la India y describiendo más tarde su viaje en una obra titulada «Allende los tres mares».

Y sólo entonces, tras de reanudar estas relaciones y ampliar sus fronteras hasta países no rusos, como Suecia, Dinamarca, la Unión polaco-lituaniana y Turquía, penetró el Gran Ducado de Moscú en el círculo histórico de la política europea, o sea cuando ya, de hecho, había dejado de ser Gran Ducado.

Bizancio acababa de ser destruido por los turcos, Europa buscaba fuerzas contra el peligro otomano, y en la Corte papal surgió la idea de establecer el equilibrio mediante Rusia, casando al Gran Duque Iván III con la sobrina del último emperador bizantino: Sofía Paleóloga. Este enlace, efectuado en el año 1472, señala la segunda fecha importante en la historia de Rusia. Moscú, hasta entonces heredera de la Horda de Oro, convirtióse también en candidato a la herencia del Imperio Romano oriental.

Con la heredera de Bizancio, llegó a Moscú la Corte griega. El ceremonial bizantino sustituyó a la sencillez que

allí reinaba. Una pomposa terminología fue introducida en los actos oficiales, y arquitectos italianos recibieron el encargo de edificar un nuevo Kremlin para sustituir al existente, que era de madera. Y, poco a poco, la idea mongola de Gengis-Kan sobre el Estado se fue transformando según el concepto bizantinocristiano.

El Gran Duque se hizo Zar (título deducido de la palabra «César», pero que había sido dado hasta entonces en Rusia a los Kanes mongoles). El Zar se hizo autócrata (según el título imperial bizantino, «autócrator»). Moscú adoptaba la doble águila bizantina en el blasón ruso, y, sobre ella, tres coronas flotantes: la de Moscú y la de «los dos kanatos mongoles», Kazan y Astracán, como se explicaba todavía en el siglo xvii al embajador ducal de Holsteln, Adán Olearius.

Sólo teniendo en cuenta esta doble herencia puede comprenderse a Rusia, su idea del Estado y la situación de sus zares.

De la herencia bizantina nace la idea de que «el Zar ruso es el único monarca verdaderamente creyente en el mundo entero y de que Moscú es la tercera y última Roma». La idea que los Kanes mongoles se habían formado del mundo la oímos de labios de Iván el Terrible al apostrofar al rey polaco: «Tú eres un soberano instituido, no un monarca por nacimiento. Eres soberano porque tus *Pani* lo han querido así concediéndote, como un favor, la soberanía». Al emitir su opinión referente al rey de Suecia, dice que «sus consejeros son sus iguales, y que sólo está a la cabeza de ellos como un jefe de despacho»; y cuando habla de Isabel de Inglaterra le reprocha que «no es ella quien gobierna, sino que deja evacuar los asuntos de Estado a sus campesinos». En cuanto a sí mismo, decía que «era Zar por la voluntad de Dios, no por el deseo de la inquietísima Humanidad», y que, como Zar, sólo reconocía por sus iguales a los soberanos de Oriente, tales como el sultán turco o el Kan de Crimea.

Rusia no penetraba en los países asiáticos como conquistadora, sino como sucesora de la Horda de Oro. En 1570, el enviado de Iván recibió orden de decir al sultán turco: «Mi Zar no es enemigo de la fe musulmana. Su servidor Sain-Bulat reina en el kanato Kassimow; el príncipe Kaibula, en Juriew; Ibak, en Suroschk, y los príncipes Nogai en Romanow.» En efecto, los príncipes tártaros se hallaban, en el reino moscovita, por encima de los boyardos rusos «a causa de su elevado origen». Un biznieto del Kan de la Horda de Oro, Simeón Bekbulatowitsch, llegó a ser el «Gran Duque de toda Rusia». La nobleza tártara se mezcló con la aristocracia rusa, y los nombres de toda una serie de familias nobles y célebres revelan su origen mongol. Moscú era la heredera directa y legítima de la Horda de Oro.

Como «Zar Blanco» — Zar de Occidente, pues blanco es el color con que los mongoles indican el Oeste — penetra el soberano ruso en la conciencia de las tribus asiáticas, y esto explica la singular facilidad con que consiguió conquistar todo el Oriente. Así llegó Rusia a ser ese reino gigantesco que cubre la quinta parte de nuestro planeta.

Como es natural, la dependencia de las tribus era muy débil al principio. El que quisieran ser vasallos del «Zar Blanco» no impedía a estos nómadas atacar, cuando se les presentaba ocasión, las ciudades rusas, imponiendo tributos; así es que cuando los cosacos recibieron órdenes de someter a toda la Siberia, esto no se consideró como una guerra colonial del Zar de Occidente, sino como un legítimo deseo de que las tribus tártaras, por lejanas que estuvieran, le reconociesen como dueño y señor. Hacia fines del siglo xvi y principios del xvii, la oleada rusa inundó Oriente. Cosacos, aventureros y campesinos emigraron hacia los países fronterizos del reino moscovita, se establecieron en las dilatadas llanuras asiáticas, se mezclaron con la población, mientras pequeñas tropas provistas de armas de fuego y de la autoridad del Zar penetraban en lo desconocido, tomando posesión de él. En 1609, una división colonial penetró en las fuentes del Yenissei, es decir, en la verdadera Mongolia, y exigió tributo a las tribus que hasta entonces lo habían pagado al Kan mongol Altan. En 1616, una embajada rusa visitó a este Kan, el cual, seducido por la promesa de que «el Gran Zar le haría ricos regalos», se declaró dispuesto a «entrar a su servicio». Y hacia mediados del mismo siglo, China, nuevamente fortalecida bajo los emperadores manchúes, derrotó a los cosacos cerca del río Amur, impidiendo toda ulterior penetración por parte de Rusia. El ciclo guerrero quedó cerrado y la herencia de Gengis-Kan, repartida: los reinos de Oriente y Occidente se habían hecho vecinos.

LOS DESHEREDADOS

I

CERCA del río Amur, los reinos de Occidente y de Oriente, Rusia y China, principales herederos del Imperio mongol, se pusieron en contacto, y toda su frontera, de varios miles de kilómetros de longitud, pasó desde entonces a través del país de los nómadas, los desheredados hijos de Gengis-Kan. Ocupaban éstos una región

esteparia, casi tan extensa como los Estados Unidos. Expulsados de todos los países civilizados, volvían a la vida primitiva, sencilla y ruda de los habitantes de tiendas. Pero en sus sombrías y sucias tiendas de fieltro, durante su trashumación, a través del país inculto y pobre, desde los pastos de verano a los de invierno, aquellos rudos jinetes de ojos oblicuos jamás olvidaron su pasada grandeza. Nunca perdieron su orgullo de dominadores ni dejaron de soñar con un nuevo Gengis-Kan y una nueva restauración de su poderío; nunca se borró de su mente la idea de la necesidad de una nueva unión de todas las tribus bajo el mando de un nuevo jefe. Pero sólo querían obedecer a un hombre que hubiese demostrado su capacidad de mando, su valor en el combate y su talento de estratega. Por consiguiente, cada jefe animado de grandes proyectos debía rendir las pruebas exigidas, venciendo a los demás príncipes y reduciendo a la obediencia a las tribus vecinas. Y, dueño de tan importante dominio, de aquel formidable cinturón de estepas cuyas partes tenían distintos nombres (Turquestán Occidental, Turquestán Oriental, País de los Siete Ríos, Dsungaria, Mongolia Oriental y Mongolia Occidental), podría hacer valer, con las armas en la mano, sus pretensiones sobre otros países. De este modo, toda unión mongola, todo nuevo levantamiento de la estepa contra sus vecinos, iba precedido de una larga guerra fratricida que la debilitaba antes del choque con el exterior; y también la política china contribuía a dividir sus fuerzas.

Lo que Gengis-Kan temía, lo que fue motivo para emprender la guerra de destrucción contra China y que ni aun en su lecho de muerte dejábale descansar, se realizaba: los chinos excitaban a los mongoles contra los mongoles. Apoyaban a las tribus débiles contra las fuertes, concedían a los príncipes vasallos elevados títulos, llegaban hasta pagarles salarios y aun en el campo enemigo se proporcionaban aliados que luchaban para ellos y contribuían a mantener la discordia entre los habitantes de las estepas.

La región esteparia en que vivían era, desde un principio, algo elástica. Cuando en algún sitio de la frontera había un choque, la presión se propagaba en todas direcciones y producía una idéntica sobre cualquier otra región. Cuando China rechazó a los mongoles hacia Mongolia, las tribus expulsadas, empujadas hacia Occidente, chocaron con otros mongoles, los oiratos, que habitaban allí. Estos mongoles occidentales, que desde la época de Kaidu conservaban su independencia, no quisieron reconocer la supremacía de sus achinados hermanos, y por ello comenzó en Mongolia una guerra civil de tres siglos, de la que la única beneficiaría fue China.

Primero se alió con los oiratos, y los mongoles orientales civilizados y achinados, atacados por ambas partes a la vez,

fueron destruidos. Luego, cuando quedaron tan debilitados que su dominación por los oiratos llegó a ser una amenaza, los chinos mostráronse de pronto sus protectores y, unidos, combatieron contra los mongoles de Oriente.

Sin embargo, aun después de un siglo de lucha, las fuerzas de los nómadas eran todavía suficientes.

Unas veces en el Oeste, otras en el Este, otra entre los Dsungaria, o bien en el Turquestán oriental, entre los oiratos, surge algún jefe valeroso que reúne a las tribus. Pero casi siempre muere antes de poder terminar su obra, y cada vez su muerte es causa del fin de su Imperio. Las tribus apenas reunidas, privadas de su jefe, decaen, aceptan otros pactos y forman, a su vez, reinos efímeros. Los habitantes de las estepas constituyen una masa en continuo movimiento, como las olas del océano. Se levantan con furia, y pasan las fronteras; se retiran, y se agotan en su continuo ir y venir. Para poner fin a estas correrías, Wan-tschun-hu, un político chino, buen conocedor de los mongoles, escribe en 1570, en su informe al Gobierno: «El budismo prohíbe verter sangre, prescribe la confesión, ordena una vida virtuosa; por consiguiente, hay que favorecer por todos los medios esta creencia entre los nómadas.»

La dinastía Ming va debilitándose. Desde hace largo tiempo, los emperadores trataban con los mongoles y, en lugar de luchar contra ellos, llegaban a pagarles tributos. Para defenderse, repararon la Gran Muralla, en lugar de ir a atacarlos al mismo centro de Mongolia. Por eso, el peligroso Dayan-Kan consiguió, en sus campañas de rapiña, penetrar profundamente en el reino chino, incendiando, incluso, los arrabales de Pekín; pero fue atraído al lamaísmo y, en un *kuriltai*, lo declaró religión del Estado. Esto explica que les llegasen los libros sagrados del Tíbet y que sobre las ruinas de Karakorum se alzase el monasterio lamaísta de Erdeni-tsu. A expensas de los príncipes y del pueblo se construyeron por doquier templos y conventos, y los profesores tibetanos dispusieron de tales medios que, para atraerse nuevos adeptos, regalaban una vaca o un caballo a todos los que aprendían sus oraciones.

Era un ensayo verdaderamente original el emplear la religión como arma pacificadora esgrimida contra vecinos demasiado poderosos, cautivar el espíritu guerrero de un pueblo mediante un culto contrario a la guerra, con magníficas cabalgatas, espléndidas comitivas y funciones en que figuraban encarnaciones de santos, demonios y diablos; así como el poner fin al incesante aumento del pueblo haciendo entrar gran parte de los habitantes en los conventos. Este ensayo dio tan excelentes resultados que, «durante los cincuenta últimos años de la dominación Ming, ya no fue necesario encender los fuegos de vivaque en la frontera china». Pero al principio del siglo xvii, un nuevo movimiento

con el lema de «unificación» recorrió toda la extensión de las estepas. Tal vez lo hiciera nacer la misma unidad de religión, pero fue propagado por los soberanos nómadas más poderosos, quienes, casi a un mismo tiempo, empezaron a extender su dominio sobre los tres confines del cinturón estepario. Desgraciadamente, cada uno de ellos interpretaba a su modo el concepto de unificación y quería subyugar a los otros. Por consiguiente, las tribus mongolas vieron su independencia amenazada por tres lados a la vez. El más peligroso de ellos parecía ser Likdan-Kan, de los mongoles Tschahar, quien había erigido su reino en el sudeste de Mongolia. Impulsados por el miedo, los príncipes mongoles del Este, al verse amenazados, concluyeron alianzas con sus vecinos del otro lado de las montañas Chingan, emparentados con los manchúes. Las tribus manchúes — recién unificadas bajo un valeroso guerrero y soberano inteligente — se acercaron a Mongolia desde la península de Liao-tung, en el nordeste de China. Los mongoles las consideraron en seguida un peligro; pero, momentáneamente unidos, las derrotaron y continuaron la guerra contra China empezada por ellas. Vencieron a los ejércitos chinos, desapareció la dinastía Ming y ocuparon el trono imperial chino para fundar la nueva dinastía manchú.

Pero, durante esta guerra en Oriente, se formaba también en el Asia Central un gigantesco reino nómada. Batur-Huntaidschi, el clan de Dsungaria, había conseguido reunir a todas las tribus mongolas occidentales y, en un *Kuriltai*, les hizo aceptar un código y jurar por todos los Kanes: «¡No sembraremos más la discordia entre las tribus mongolas; no queremos tratar como esclavos a gentes de nuestra misma raza, no se las daremos más en propiedad a nombres extraños a nosotros, y no verteremos más su sangre!» E inmediatamente como si todas las fuerzas adormecidas se reincorporasen a esta unión, empezó la expansión de aquel reino. Las tribus unidas penetraron, desde el País de los Siete Ríos, en el Turquestán, en el Tíbet, en el Pamir, hacia el Norte, más allá del Irtysh y del Tobol; pasaron el Ural en las proximidades de Astracán y se establecieron en las orillas del Volga. Bajo Galdan, hijo de Batur, este poder se extendió durante la segunda mitad del siglo xvii, formando el reino nómada unido de Siberia, cuyos límites llegaban al Himalaya y, por el oeste de Mongolia, a las costas del mar Caspio. El antiguo *ulus* turcomongol de Tschagatai había resucitado y extendíase por doquier, mucho más allá de sus antiguos límites, como si quisiera colocar de nuevo toda la estepa bajo la dominación de sus tradicionales jinetes. Y, finalmente Galdan se dirigió con sus ejércitos hacia Oriente para someter al antiguo país central, la misma Mongolia.

La marcha de Galdan llenó de terror a todas las tribus

de la verdadera Mongolia, que abandonaron sus pastos y huyeron hacia Oriente. Pero, cerca del Kerulo, las alcanzó Galdan y las derrotó definitivamente, después de una batalla que duró tres días. Esta victoria decidió el destino de Mongolia; ya no podía mantener sus propias fuerzas, su independencia y su libertad. Hostigada en el Norte y el Sur por los rusos y los chinos, presionada y perseguida en el Oeste por Galdan, ya sólo se trataba de saber a quién de los tres se sometería.

Entre ella y las tribus turcomongolas de Galdan existía una enemistad tres veces secular, y no cabía suponer que ellos, los mongoles de pura raza, se sometieran a hombres que consideraban inferiores. Por consiguiente, no les quedaba más que elegir entre el Zar Blanco de Occidente y el Emperador de Oriente. Además, los manchúes, emparentados con ellos, ocupaban entonces el trono de China y debían, en parte, su soberanía a los príncipes mongoles. En consecuencia, los Kanes mongoles siguieron el ejemplo de aquellos príncipes, que eran ya semivasallos, semialiados del Emperador, y, en el otoño siguiente, en un *kuriltai*, tomaron la unánime decisión de prestar juramento de fidelidad a los manchúes. El emperador de China se comprometió a proteger Mongolia.

A unos 350 kilómetros de Pekín, las tropas de Galdan chocaron con el ejército manchú-mongol-chino. Los guerreros de Galdan utilizaban todavía sus antiguas armas, arcos y flechas, mientras que el ejército imperial estaba provisto de fusiles e incluso de artillería; y la superioridad en armamento y, sobre todo, en hombres dio el triunfo al emperador manchú.

Y, no satisfecha con haber salvado a Manchuria, la joven dinastía, en la cumbre de su poderío, persiguió al enemigo y penetró en el Oeste, cruzó la cordillera del Altai y adelantó unos 500 kilómetros hacia el Asia Central las fronteras chinas. A partir de este momento, la historia de la estepa asiática se convierte en la historia de la política mongola de la dinastía manchú y de la conquista del Asia Central por China.

II

A principios del siglo XVIII, la China manchú penetró despiadadamente en el Asia Central. Dicho siglo fue testigo de la lucha heroica de las tribus turcomongolas, única, tal vez, que puede ser comparada con la desesperada lucha de los indios norteamericanos contra el avance de los blancos. Aquel siglo presenció las temerarias expediciones de ataque de pequeñas divisiones de jinetes que penetraban miles de kilómetros en el interior del país enemigo, soportando la

ardorosa sed y los tormentos del hambre, los tórridos calores y el frío entumecedor; escapando siempre de ejércitos doce veces más numerosos, y retirándose a los desiertos y a las abruptas montañas. Rodeados continuamente de enemigos, sabían abrirse paso y continuaban incansables su desesperada guerra. Ninguna dominación ni persecución podían abatir su espíritu de resistencia; las llamas de la rebeldía se avivaban constantemente en el país subyugado. Los ejércitos manchúes eran siempre rechazados, hasta que, hacia el promedio del siglo, sus generales aplicaron las medidas que antaño los generales mongoles quisieron utilizar contra los chinos: el exterminio del enemigo. Dondequiera que encontraban nómadas centroasiáticos, los exterminaban: «Buscaban por todas partes los escondrijos donde pudieran ocultarse ancianos inermes, mujeres y niños indefensos, y los mataban a todos.» En aquella ocasión murieron asesinados cerca de un millón de personas, y el resultado de esta matanza fue que, aun hoy, habitan en el Manchukúo unos dos millones de mongoles, y otros dos millones ocupan Mongolia, mientras que en el Turquestán chino y regiones limítrofes ni siquiera llegan al millón.

El pánico se apoderó de los infelices mongoles del Asia Central. Todos los que consiguieron escapar de la espada, abandonaron el país, huyendo al interior del Tíbet, hacia el país de los kirgisos y cosacos; y diez mil familias buscaron refugio en Rusia. El despoblado país iba repoblándose paulatinamente con tribus turcomanas. El reino mongol centroasiático había dejado de existir, y los últimos restos de aquellos mongoles occidentales se dispersaron para siempre. Pero, aun sometidos a países extranjeros, no perdieron las tribus mongolas su orgullo ni su amor a la libertad, y, como ya no podían luchar para sí mismas, sabían morir por su causa.

Cuando los kalmucos (nombre dado por los rusos a los mongoles occidentales) llegaron por primera vez al reino moscovita, contestaron a la invitación de sumisión del Zar: «Los kalmucos hemos sido siempre libres e independientes; nunca fuimos esclavos de nadie ni lo seremos jamás.» Pero, con el tiempo, los jefes de las tribus se dieron cuenta de que el hecho de reconocer la supremacía rusa podía serles ventajoso. La gloria de entrar en relaciones con el Zar Blanco los distinguía de sus semejantes. Los regalos y salarios que recibían del Zar significaban mucho para el pueblo empobrecido, y los servicios que prestaban, a cambio de ello, eran pequeños. Lo único que se les pedía era la protección del tránsito de las caravanas rusas a través de las regiones que ocupaban, pues, hacia fines del siglo xvii, Rusia exportaba ya a China pieles, cueros y tejidos, e importaba de dicho país sedas, especias y brocados.

Pero el siglo xviii llevó consigo un tercer cambio en la

política rusa: Pedro el Grande, que había dado antes al reino moscovita la dirección hacia Oriente, lo condujo después, desde el círculo de cultura asiática, al de Europa, por lo que disminuyó el interés hacia las regiones situadas al este del Ural, confiando su administración a gobernadores independientes, que utilizaron su empleo para enriquecerse exaccionando a las tribus nómadas.

Cuando un gobernador ruso empezó a aplicar sistemáticamente tales arbitrariedades a los kalmucos, éstos lo soportaron durante algún tiempo, con su fatalismo oriental, pero luego su orgullo se rebeló; mas sus quejas no produjeron efecto, y sus amenazas fueron recibidas con desdén. Por triste experiencia, adquirida durante la lucha contra China, sabían que, por las armas, sólo conseguirían sellar para siempre su desgraciado destino. Por consiguiente, el Kan reunió a sus tribus (75.000 tiendas) y, cierta mañana, desaparecieron con sus ganados, carros, tiendas y todo su ajuar, dirigiéndose hacia Oriente, su antigua patria. Se intentó retenerlos, se enviaron tropas en su persecución, se excitó a los cosacos contra ellos, se consiguió que otras tribus les obstruyesen el camino; pero nada era capaz de obligarles a retroceder. Rodeados de enemigos, luchando por su vida, continuaron sin cesar su camino. La gente se moría, perecía el ganado y la ruta quedaba sembrada de cadáveres de personas y bestias, pero no torcieron su rumbo. Murieron de hambre en los desiertos, apenas una cuarta parte de ellos alcanzaron las estepas de su patria, donde los funcionarios chinos los recibieron con alegría, y con los brazos abiertos en las regiones despobladas. La Corte rusa los reclamó como súbditos suyos, pero el emperador chino contestó que no hacían más que volver a la patria donde sus antepasados habían vivido desde tiempo inmemorial, y así quedó el asunto...

III

La historia del Turquestán del Este presenta un destino totalmente distinto del de Mongolia. Nunca sus príncipes fueron enemigos de Manchuria, sino aliados suyos, sirviéndola como vasallos. Al principio, mientras la joven dinastía no se sentía aún afianzada en China, los manchúes y mongoles trataron de mantener a su patria libre de toda influencia chinesca, como reserva de fuerzas para la futura guerra contra China. A los chinos les estaba prohibido establecerse en el país o vender a crédito sus mercancías a los mongoles, con el fin de evitar que éstos cayesen bajo el dominio chino. Pero los príncipes mongoles no observaban tales medidas, pues ellos mismos atraían los colonos chinos a su país. Poseían abundantes terrenos y deseaban arren-

darlos para poder adquirir en el mismo lugar los cereales que necesitaban. Esta colonización era un lujo que los señores del país se permitían, pues miraban con desdén a los cultivadores, que no les parecían gente libre, y aun hoy día ningún mongol quiere cultivar la tierra, a no ser que la miseria le obligue a ello.

Sin embargo, debido a la continua chinización de la dinastía manchú, la situación de los emperadores cambió frente a sus antiguos aliados. Empezaron a sentirse chinos y trataron de favorecer los intereses del reino del Centro. Ya no querían que sus vecinos del Norte conservasen su poderío, considerando sus virtudes guerreras y sus pretensiones como un peligro; porque los mongoles no olvidaban que habían ayudado a los manchúes a subir al trono.

Por consiguiente, Pekín reanudó la política de los Ming. Se dificultó la formación de grandes tribus, se parcelaron los terrenos, se concedieron títulos honoríficos a los príncipes; pero el crear tantos Principados, burocratizaban el régimen feudal. Generales y residentes manchúes se establecieron en Kalgan, Jehol y Kuei-hua-cheng, espiando todos los movimientos y actitudes de los príncipes mongoles, a quienes se les retiró el derecho de convocar un *kuriltai*, pretextando que éste sólo podía celebrarse en Pekín, abriendo y presidiendo las sesiones dignatarios pequineses. Al propio tiempo, se favoreció por todos los medios el lamaísmo, que educaba a sus adeptos en la contemplación y en el desprecio de las pasiones y de la concupiscencia, transformándose así las estepas de los guerreros en un país de monasterios y de molinos de la oración.

China dominaba y, triunfantes, sus escritores dijeron: «La debilidad de los mongoles es un beneficio para China, y la dominación de Mongolia por medio del budismo, una de nuestras normas políticas más importantes.»

La tradición de Gengis-Kan parecía haber caído en el olvido, siendo sustituida por los Arik-Lamas, fundadores del lamaísmo en Mongolia. Cada hijo segundo nacido de familias mongolas poco prolíferas era destinado a la carrera eclesiástica. De este modo, los conventos llegaron a contener cerca de la mitad de la población masculina. Estos conventos acaparaban las riquezas de la nación, mientras ésta se empobrecía a causa de las enfermedades y de la mortandad infantil. Pero su gigantesco dominio, poco poblado y situado, por decirlo así, ante las puertas de un reino que albergaba trescientos millones de almas, debía de ejercer sobre la población china, demasiado densa, una atracción magnética. Desde que se derogó la prohibición de emigrar dictada por los antiguos emperadores manchúes, una verdadera oleada de colonos chinos se extendió sobre Mongolia, rompiendo con la antigua tradición mongola de que la tierra es santa y no se puede cultivar más terreno que el

estrictamente necesario, y nunca dos años sucesivos una misma parcela. Empezando en la frontera sur, la estepa comenzó a transformarse en un campo cultivado. Por otra parte, los comerciantes chinos ya no se conformaban con los mercados fronterizos, sino que penetraban con sus mercancías en las estepas y en las montañas, estableciéndose en las proximidades de los monasterios y, mediante ventas a crédito, procurábanse terrenos, ganados y lanas. La libre y pujante infiltración del país se hizo sistemática en el siglo XIX.

Compráronse a unos mongoles sus tierras, se expropiaron a otros y se parcelaron, fundándose colonias (sobre todo desde que los ferrocarriles abrieron el país al tráfico ofreciendo a los modestos colonos chinos la facilidad de exportar los productos del nuevo suelo) bajo la administración civil china. Los nómadas se vieron obligados a retirarse hacia el interior del país, y cuando los nuevos terrenos de pastoreo no bastaban para sus ganados, encontraban siempre traficantes chinos a quienes vender sus caballos, camellos y ovejas. Todo conato de rebeldía era cruelmente sofocado.

Así, pues, los mongoles fueron rechazados un año tras otro. Durante los cuarenta últimos años de la colonización, las fronteras raciales retrocedieron en toda la extensión del país más de cien kilómetros hacia el Norte, y en el siglo XX, los mongoles del Sur constituyeron, en el interior de Mongolia, tan sólo la tercera parte de la población total. Sobre su territorio se extiende una red de aldeas, ciudades y lugares dotados de guarnición. Los mongoles, divididos en unas cuarenta o cincuenta tribus, ya no pueden vivir como tales, sino tan sólo vagar en comunidades de dos o tres familias y dentro de límites severamente trazados. Si antiguamente las ciudades perecían debido a la proximidad de los nómadas, ahora el nomadismo está condenado a extinguirse entre la opresión de los campesinos y de los colonos.

Desde el sur de Mongolia, la colonización china se extendió hacia el Norte y más allá en cuanto Rusia, a consecuencia de la guerra ruso-japonesa, hubo de renunciar a sus pretensiones sobre Manchuria. Los enemigos de ayer se entendieron en seguida a expensas de China: Rusia reconoció la región al oeste del grado 117 de longitud (meridiano de Pekín) como esfera de interés japonesa, y el Japón reconoció como territorio ruso la zona situada al Oeste, o sea todo el territorio intermedio entre Rusia y China. Por eso, China se apresuró a ocupar toda la ruta desde el interior al exterior de Mongolia, desde Kalgan hasta Urga, mediante colonias chinas, y empezó a construir en Urga mismo una serie de cuarteles para alojar en ellos a toda una división china.

El mismo destino sufrido por el interior de Mongolia pa-

recia recaer también sobre la Mongolia del Norte, la cual, separada de China por el desierto de Gobi, había permanecido hasta entonces libre de la colonización china, conservando su carácter popular, sus tradiciones y cierta independencia. Sus conatos de resistencia fueron sofocados; pero el país lindaba con Rusia, y todo mongol que, huyendo de la venganza de los chinos, conseguía llegar a Siberia, era allí bien acogido y recibía apoyo, y hasta comprensión y simpatía, para su lucha por la independencia. De modo que cuando, a principios de 1911, los príncipes de la Mongolia Exterior se reunieron bajo la presidencia de Hutuktu, el «Buda viviente» de Urga, y decidieron su separación de China, buscaron protección en Rusia cerca del «Zar Blanco». Una comisión se dirigió a San Petersburgo para solicitar allí armas y auxilio.

Cuando, en aquel mismo año, estalló la revolución en China y la dinastía manchú fue destronada, estos mongoles expulsaron a los funcionarios chinos, declarándose independientes. Jamás se consideraron como ligados a China, ni reconocieron su supremacía. Sólo habían jurado fidelidad a los emperadores manchúes, y mantuvieron su juramento; pero, al no haber emperador, se consideraron libres. En vano se les dijo que la República se había hecho cargo de la herencia del Imperio, que la nueva bandera de cinco colores simbolizaba los cinco pueblos de China y que ellos, los mongoles, eran uno de los mismos: no quisieron saber nada. Deseaban la total independencia, y cuando los rusos, por temor a complicaciones internacionales, no quisieron garantizar más que una autonomía de los mongoles del Norte, declararon que si no se quería reconocer un Estado mongol independiente comprendiendo a todos los mongoles, preferían perecer con las armas en la mano antes que permitir la división de Mongolia y que se comprase la libertad de los mongoles del Norte al precio de la esclavitud de sus hermanos del Este y del Sur.

La dominación china había durado cinco siglos y medio. Se había combatido a los nómadas con todas las armas, oprimido por todos los medios y destruido su poderío; se les había despojado de sus riquezas y de su territorio, y nada se había descuidado para hacerles olvidar su tradición guerrera. Pero en esto fracasó todo el arte y la astucia de los Ming y de los manchúes. El núcleo de su ser, de su carácter, no cambió; no habían llegado a ser subditos chinos y sólo necesitaban un pretexto para que desapareciera su aparente pasividad, la callada sumisión a su destino. Nuevamente despertó en ellos su viejo orgullo nacional, el antiguo sentimiento de unión y la decisión de combatir y de morir.

Jamás, ni aun con las mayores humillaciones, olvidaron los mongoles su antigua grandeza. En las venas de sus príncipes ardía todavía la sangre de Gengis-Kan, y en sus co-

razones continuaban viviendo su imagen y su tradición. Cuando, por fin, se firmó el tratado que, por parte de Rusia, garantizaba la autonomía de los mongoles del Norte, el ministro mongol dijo, «bromeando», según aseguró el embajador ruso, que aquello era la primera restauración de las relaciones directas entre Mongolia y Rusia desde la época de la invasión de ésta por los mongoles en el siglo xni. Durante un banquete, un comandante mongol dijo a un escritor ruso: «Sí, lo mismo que vosotros, los rusos, hemos amado nosotros la guerra. Vuestro Moscú fue conquistado por nuestro emperador, y aquí, en China, teníamos muchos cautivos, como estos criados...» Ante los fuegos de los campamentos, pasando de generación en generación, circula a través de toda la Mongolia esta leyenda: cuando lo más duradero que hay sobre la tierra, el Reino del Norte y el Reino del Sur, se hundan y en Rusia y en China desaparezcan el Zar Blanco y el Hijo del Cielo, surgirá un nuevo Gengis-Kan para crear un nuevo Imperio mundial mongólico.

LA LLAVE DEL ASIA

I

CUANDO, a principios de la vigésima centuria, las potencias del lejano Oriente empezaron a delimitar, una frente a otra, sus esferas de acción, nadie contaba con los mongoles. Entonces, Mongolia no era más que un concepto geográfico, un espacio intermedio que, geopolíticamente, limitaba al Norte, Este y Sur con el desierto de Gobi, y la misma China, que reclamaba para sí toda la Mongolia, sólo veía en ella un espacio colonizable en el que los últimos nómadas no poseían más que cierto derecho a la vida como proveedores de borregos y lanas al Imperio del Centro y como explotadores de tierras baldías.

Pero a la primera tentativa para asegurarse aquellas esferas de acción, las potencias se dieron cuenta de que aquel «concepto geográfico» volvía a la vida y de que existía una nación mongola que presentaba sus exigencias nacionales. Esto dio lugar a la cuestión mongola, y cuando el Japón quiso establecerse en Manchuria, y Rusia en la Mongolia del Norte, tuvieron que atraerse a los mongoles; y cuando China quiso contrarrestar la influencia de estas dos potencias, vio que no podía lograrlo sin chinizar influyentes círculos mongoles y sustituir la Administración mongola

por otra china. De esta manera, la conducta de las potencias para con los mongoles quedaba determinada de antemano, y esperaron el momento propicio para actuar.

Estalló la guerra mundial, y China empezó a convertir inmediatamente las regiones mongolas del interior en provincias chinas (Jehol, Chahar, Suiyuan y Ninghsia), sometiéndolas a una severa vigilancia. El Japón comenzó en seguida a favorecer los levantamientos mongoles, que, aun siendo enérgicamente sofocados, indicaban una disposición amigable para con dicha nación. Luego, cuando se hundió el reino de los Zares y ardió en toda su extensión la guerra civil, China envió al general Hsu, a través del Gobi, a la Mongolia del Norte (oficialmente, para protegerla contra los excesos de la guerra civil en Siberia), y las ciudades abrieron las puertas a sus tropas. En Urga, la capital, hizo prisionero a Hutuktu, el «Buda viviente», y a sus ministros y trató de arrancarles, por el terror, la declaración de que renunciaban a su autonomía y pedían un gobernador chino.

Pronto se rezó en todos los conventos para verse liberados del enemigo hereditario chino, y la liberación no tardó en llegar cuando las tropas de los «rusos blancos», en su retirada a través de Siberia, se presentaron en las fronteras mongolas. Uno de sus comandantes, el Barón de Ungern-Sternberg, reunió varias divisiones mongolas, derrotó a los chinos, los expulsó y ocupó Urga. Pero el régimen de terror que implantó no tardó en hacerlo odioso al país y a sus propios compañeros.

Entre tanto, en la región siberiana, se había formado un partido popular mongol revolucionario, que, en unión de las tropas rojas, derrotó a las divisiones de Ungern-Sternberg, el cual cayó prisionero, siendo conducido ante un tribunal y fusilado. El «Buda viviente» preparó a los nuevos libertadores una recepción triunfal en Urga, puesto que llegaban con el lema: «Independencia del pueblo mongol».

Se formó un Gobierno provisional revolucionario. Hutuktu quedó como jefe del Estado, y hasta conservó su título de «Ejen-Kan» (Señor y Rey), ñero sólo podía ocuparse en cuestiones religiosas. Empezó la lucha contra los poderes feudales. Todo el dominio de la Mongolia del Norte, con sus riquezas minerales, sus selvas y sus ríos, fue declarado propiedad nacional, privando así a los príncipes y nobles, que formaban la sexta parte de la nación, de sus feudos. Inmediatamente estallaron conjuras, se perpetraron atentados, se asesinó a miembros del Gobierno revolucionario. Los conspiradores fueron martirizados y ejecutados. Y China no cesaba en sus protestas, exigiendo a Rusia la evacuación de la Mongolia del Norte.

En 1924 se escribía que el Japón, bajo la presión de Norteamérica, se había visto obligado a retirar sus tropas del este de Siberia y devolver Kiautschou a China. Ésta

quería formar un poderoso Gobierno Central y, en su lucha contra los generales autócratas del Norte, cualquier aliado era bien recibido. Los Soviets vislumbraron un campo de acción muy distinto de un simple territorio mongólico, y, para procurarse el acceso a China, hicieron concesiones. Estaban dispuestos a reconocer la Mongolia del Norte como parte de la República china, pero, desde luego, tan autónoma «que toda intromisión china en sus asuntos quedaba excluida». Efectivamente, las tropas rusas se retiraron, pero no sin antes anunciar a sus partidarios la autonomía de la «República popular mongola» y fusilar al comandante y al vicepresidente, que no les eran gratos; y, habiendo muerto Hutuktu, «el Buda viviente», prohibieron toda nueva reencarnación. El consejero soviético quedó en Urga, y los instructores soviéticos se cuidaron de la educación de la juventud, a su manera, y de la instrucción militar de los hombres. Un Banco creado con dinero soviético vigilaba el comercio del país... Pero el *kuriltai* que había proclamado la «República mongola popular autónoma» estaba compuesta de mongoles, y mongoles eran los que mandaban y reinaban, lo cual bastaba para que pareciese, a los ojos del pueblo mongol, que su país era independiente.

También la República china estaba satisfecha, puesto que la Mongolia del Norte seguía siendo una de sus partes integrantes. Los Soviets no se mostraron parcos en concesiones: renunciaron a todos los «tratados desiguales» y privilegios, a la extraterritorialidad y a cualquier otra ventaja, pretendiendo además luchar contra todo imperialismo. Sun-Yat-sen, padre espiritual de la revolución china, vio en ellos a los libertadores de las naciones débiles contra la opresión de las grandes potencias, y China abrió sus puertas a las ideas comunistas, empezando Mongolia a entablar relaciones exteriores.

En los años 1925-26, una delegación comercial mongola hizo su aparición en Berrín y encargó máquinas, contrató a ingenieros y procuró entablar negocios de intercambio con varios Estados. Le siguió una comisión de estudiantes mongoles con el ministro de Instrucción al frente. El mapa de su país que el Gobierno mongol publicó fue impreso en Alemania. Pero luego desapareció la delegación comercial, puesto que todo el comercio debía pasar por las agencias soviéticas, y los cónsules rusos podían representar también a otras naciones. Igualmente, el representante de los estudiantes recibió el orden de regresar— aunque se dice que hasta 1934 hubo en Berlín un plenipotenciario mongol—. La situación del Extremo Oriente había cambiado.

El Gobierno Central chino en Nankín, en cuanto se consideró seguro de su triunfo sobre los generales del Norte, se libró de los consejeros soviéticos, considerando como enemistosas las maniobras comunistas en su territorio.

Ejércitos gubernamentales marcharon contra los centros comunistas chinos, nuevas oleadas de colonización empezaron a afluir hacia las provincias interiores mongolas, y, con la pérdida de la amistad china, empezó nuevamente la revolución en la Mongolia del Sur.

La lucha contra los poderes feudales degeneró en una lucha de clases. Se socializaba, se colectivizaba, se confiscaba el ganado, y los propietarios de rebaños empezaron a matar sus reses para no perderlas, hasta que el número de cabezas quedó reducido al mínimo. Todo aquel que podía, emigraba.

Esto ocurrió hacia la época en que el Japón daba su primer gran golpe en el continente, ocupando Manchuria y fundando el Estado independiente de Manchukuo. En su acción no podía contar con la ayuda de la población china que habitaba la región y, por consiguiente, se esforzaba en atraerse por todos los medios a los mongoles que la poblaban. Prohibió toda ulterior colonización de su territorio, asegurando así a los nómadas su espacio vital, y separó su país como provincia Hsingan autónoma, con el fin de dar a las tendencias nacionales mongolas un nuevo centro; y la riada de fugitivos procedentes de la Mongolia del Norte se dirigió hacia ella. El Manchukuo se convirtió en lugar de refugio para la perseguida aristocracia mongola, y Puyi, un descendiente del emperador manchú y soberano del Manchukuo, declaró: «Crearemos el gran reino mongol, el país de la paz y de la felicidad terrenal para los mongoles.»

Con la formación de este nuevo Estado cambió inmediatamente la situación de los nómadas en los demás territorios. Hasta entonces, la Mongolia Interior se vio amenazada, al Sur, por la colonización china y, al Norte, por la revolución. Su aristocracia, formada por jefes de tribus y propietarios de rebaños con derecho a pastos y terrenos, se había enriquecido con la venta de ganado y tierras a los chinos, había adoptado el modo de vivir chino y prefería la vida de la ciudad a la existencia nómada, los blandos asientos de los automóviles a la silla de montar, y enviaba sus hijos a las universidades chinas... Pero esta juventud se sentía madura para tomar entre sus manos los destinos de su país, mientras China negaba toda concesión. Pero apenas el Manchukuo existió en el nuevo centro mongol, China se declaró dispuesta a conceder también a la Mongolia Interior cierta autonomía, y empezó a proteger a los jefes y lamas.

En la Mongolia del Norte, el Gobierno de la República popular mongola reaccionaba, revocando los decretos de socialización. Permitió nuevamente la conservación de ganado como propiedad privada y dejó de organizar la agricultura colectiva. Sin embargo, rechazó definitivamente toda tentativa del Manchukuo para entablar con ella relaciones di-

plomáticas. Cuando, en vista de esto, el Manchukuo declaró a la Mongolia del Norte «zona peligrosa», cuya existencia no podía tolerar cerca de sus fronteras, los Soviets hicieron un tratado de alianza con la República popular mongola y empezaron a proveer a la Mongolia del Norte de bases de aviación, de estaciones de radiotelefonía y de centenares de automóviles militares; fundaron en Urga una academia militar y fábricas de fusiles automáticos, de municiones y de tejidos; equiparon al ejército mongol con las armas más modernas y nuevamente transformaron a los pastores en guerreros.

De este modo, ocurrió en 1932 lo que veinte años antes trataron de evitar los mongoles cuando dieron a conocer sus pretensiones nacionales: su territorio fue dividido en tres partes. Cada parte estaba bajo otra dirección, tenía otro destino y debía adquirir otro desarrollo. Y en cada una de estas tres partes actuaban y agitaban los propagandistas de las otras potencias.

Como se dice en el legendario informe de Tanaka, para conquistar a China se debía dominar primero a Mongolia, y para conquistar a Mongolia era preciso adueñarse de Manchuria. Pero tanto si existe este informe de Tanaka y si fue o no presentado por este estadista al emperador del Japón, como si es una fábula de los enemigos de este país, lo cierto es que la formación del Manchukuo carecería de sentido si no hubiese tenido como objetivo Mongolia.

Pero toda tentativa de penetrar más en la Mongolia Exterior o del Norte debía llevar fatalmente a complicaciones militares con Rusia y, por consiguiente, las relaciones oficiales entre el Manchukuo y la República popular mongola se limitaban a conflictos de frontera bastante sangrientos. El campo de la actividad política japonesa era, al principio, la Mongolia Interior, y pronto Teh, un príncipe mongol, declaró independiente el territorio que comprendía las provincias de Suiyuan y Challar, y luego como reino autónomo mongkuo. Pero las esperanzas japonesas de que los mongoles se reunieran en su mayoría bajo su protectorado no se cumplieron. Encerrados entre Rusia, Japón y China, y mimados por esta última, mas para ser explotados en beneficio de los tres, habían aprendido a vigilar desconfiadamente todos sus intereses.

Gutosos aceptaban mediante el Manchukuo mejorar de situación y la seguridad de sus pastos, pero los japoneses no les habían dado la libertad que esperaban. En parte alguna se permitía un verdadero movimiento en favor de la libertad mongola, por doquier en el país se reforzó la influencia militar y política de los japoneses, y jóvenes mongoles fueron enviados al Japón para ser educados allí. La penetración en la Mongolia Interior se hacía bajo el lema: «Es nuestra misión ayudar a la raza mongola a librarse de

la opresión de la raza china»; pero el excitado sentimiento nacional de la raza oprimida, basada en su antiguo orgullo nacional, se dolía de esta nueva tutela.

La vigilancia que se creía deber establecer en los territorios mongoles condujo a conspiraciones, rebeliones y ataques que, según los informes japoneses, eran estimulados por el propio Gobierno mongol. Hasta los fugitivos mongoles de la Mongolia Exterior, que durante los años de colectivización (1930-32) buscaron protección en Manchuria, decía: «Hemos nacido nómadas libres y queremos seguir siéndolo. No nos gustan las historia revolucionarias, ignoramos lo que significan y no las queremos. Pero si hemos de escoger entre dejarnos oprimir por los chinos o por los japoneses, no elegiremos ni a unos ni a otros, sino que volveremos a la Mongolia Exterior, pues preferimos ser oprimidos por los mongoles.» La Mongolia Exterior, el único dominio con una población puramente mongola y bajo un Gobierno de mongoles, que reinó, invisible, sin dar cuenta a nadie, conservó una gran fuerza atractiva como centro nacional. E incluso los intereses contrapuestos de mongoles y chinos no se mostraban tan fuertes como creían en el Manchukuo. Cuando China envió sus tropas contra el príncipe Teh, los demás príncipes mongoles se declararon en favor de China y ayudaron a expulsarlo, primero, de Suiyuan y, después, también de Chahar. Con la ocupación de Chahar por las tropas chinas en 1936, las tres potencias en litigio hicieron tanteos en el centro de Mongolia y la lucha entró en una nueva fase.

II

Para conquistar China es preciso apoderarse primero de Mongolia, dice la información de Tanaka. Esto es cierto no solamente porque esas regiones son para China el centro más importante de la cría de ovejas y producción de lana y porque Chahar posee la mayor reserva en mineral de hierro, sino también porque la Mongolia Interior es el más próximo e importante eslabón que une a China y Rusia. Su posesión es una protección de los flancos contra los Soviets. Y esto es lo que se hizo, en efecto, al estallar las hostilidades entre China y Japón durante el verano de 1937: ocupóse Suiyuan y Chahar, y en una reunión internacional decidióse «el Gobierno autónomo de Mongolia», que, según la tradición de su calendario, data de Gengis-Kan. Gracias a esto, los japoneses se abrieron camino hacia la China del Norte, proporcionándose al mismo tiempo un dominio desde donde podían emprender la marcha contra la Mongolia Exterior; pero al propio tiempo multiplicaban el peligro de chocar con los Soviets, porque la Mongolia Exterior es el

punto sensible del sistema de defensa de la Rusia oriente.

A lo largo de toda la frontera de la Mongolia Exterior corre el ferrocarril transiberiano, arteria que une la región costera del mar del Japón con la Rusia europea. Para Irkutsk, Verchmeudinisk, Tschita y Nertschinlsk — centros administrativos y de abastecimiento, lugares industriales y de concentración—, la Mongolia Exterior es la barrera de protección más importante. Y, sobre todo, puede ser la vanguardia para un ataque contra la cuenca del Altai-Kusnessk. Esta formidable cuenca industrial recientemente abierta, que reúne, en una situación favorable, madera útil de toda clase, carbón y el mejor mineral de hierro, en un suelo apto para la agricultura, puede, en pleno desarrollo, nutrir varias docenas de millones de almas y está, además, destinada a ser algún día la proveedora de Siberia y quizá de toda Rusia. Ningún ataque aéreo puede alcanzarla, puesto que se encuentra a 3.500 kilómetros de las fronteras oriental y occidental de Rusia, pero ni siquiera a 500 de la Mongolia Exterior. Éste es el motivo del profundo interés testimoniado por los Soviets a la República popular mongola y la razón de los verdaderos sacrificios que han hecho por ella. La han fortalecido militar e industrialmente, han elevado el estado de salubridad del pueblo, amenazado de perecer, mediante la construcción de hospitales y la adopción de las necesarias medidas higiénicas, concendiéndole, además, mercancías y préstamos. La Mongolia Exterior posee yacimientos carboníferos, que se explotan en Tagebau; en el Altai tiene oro y plata, cobre, minerales de hierro y piedras semipreciosas; y cerca del lago Kossogol se elevan dos montañas enteramente de grafito. Por eso (haciendo ya caso omiso de los demás motivos), la ocupación de la Mongolia Interior por el Japón debía conducir a un acercamiento político de Rusia y China.

Mongolia es la llave de la China del Norte, de Siberia y del corazón de Asia: el Turquestán oriental y el Tíbet, con el que está unida por Tsing-hai. Estrechar relaciones parece imposible, a causa de las escasas comunicaciones en tan enormes distancias; pero en Asia valen otros medios. Todo lo que ocurre en Mongolia encuentra eco en el Tíbet y se puede notar hasta en la India. No sin motivo posee el Gobierno chino en Pekín un solo y mismo despacho para los asuntos mongoles y los tibetanos y el primer acto de política exterior del Gobierno popular mongol fue la firma de un tratado con el Tíbet en el que reconocían su mutua independencia y se prometían ayuda contra cualquier enemigo externo. Y cuando, a fines del año 1925, se decidió en la Mongolia Exterior convocar el gran *kuriitai*, marchó una delegación mongola no solamente al Turquestán oriental y el Tíbet, sino también a Siam, para invitar a los hermanos de raza. De este modo, todo el territorio, desde los montes

Chingang hasta el Pamir, y desde el lago Baikal hasta el Himalaya, constituye un bloque continental compacto. Gengis-Kan, que en el siglo XIII realizó su unidad — aunque todavía sin el Tibet, al que por entonces no estaba aún ligado por lazos de religión —, pudo emprender desde allí su dominación mundial. Los descendientes de Gengis-Kan la perdieron (por grandes que fuesen los reinos que crearon) en cuanto cesó su poder sobre este bloque. El poder de Gengis-Kan transformó, en medio de un mar de sangre, un mundo dividido en una unidad transcontinental y abrió la época de los imperios terrestres y de las rutas para las caravanas. Al deshacerse esta unidad en el siglo xvi, comenzó el espíritu europeo la conquista del mundo partiendo del mar e iniciando la época de las vías marítimas y de los imperios dominadores del océano. Las rutas terrestres continentales cayeron en el olvido. El interior del continente euroasiático perdió su importancia. Pero ahora, en el siglo xx, vemos que la competición por la dominación de Asia no empezó, como se creía, en el Pacífico, sino en la misma altiplanicie en que Gengis-Kan inició su ascensión.

La gran tragedia de la Segunda Guerra Mundial hizo pasar inadvertida esta lucha, pero sin que las potencias interesadas perdiesen de vista la cuestión. Durante la época de los combates por Stalingrado, los rusos, debido a la presión china, tuvieron que renunciar a su influencia en Hsin-Tschian, la antigua Kara-Chitan; pero, incluso durante la guerra, con la ayuda de las armas rusas, considerables porciones del territorio norte se declararon autónomas y formaron una república independiente de Turquestán del Este, cuya vida económica y comunicaciones con el mundo exterior están dominadas por el ferrocarril turquestanosiberiano y el servicio aéreo ruso. Como resultado de la Conferencia de Yalta, China se vio obligada a reconocer a la República Popular de la Mongolia Exterior, cuyas tropas, que aparecieron en el norte de China en el verano de 1945, no se diferenciaban nada en armamento y táctica de las tropas de los rusos. El estado de la Mongolia Interior, Mengt-schiang, creado por los japoneses, fue sustituido por una administración autónoma bajo jefes aleccionados por los rusos; en la Manchuria se erigió una administración análoga, y en el año 1947 formaron ambas un gobierno autónomo mongol con sede en Wangyehmiao, trescientos kilómetros al oeste de Charbin, que envió sus tropas al general comunista Mao Tse-tung para luchar contra Chang Kai Chek. El gobierno nacional que había tenido fuerzas para resistir todos los ataques japoneses lanzados por la costa, se hundió ante los ataques terrestres de los ejércitos de Mao Tse-tung, y el proceso histórico de la conquista de China desde el Norte se repitió. Pero tan pronto como toda China queda unida bajo un jefe militar, se presenta de nuevo la

aspiración a la hegemonía en el Asia Oriental, y la decisión sobre quién será el heredero de Gengis-Kan sólo recaerá cuando se ponga en claro si Mao y sus consejeros siguen la tradición china o si se contentan con ser vasallos del reino continental cuyo centro se ha desplazado muy hacia el oeste, de Karakorum a Moscú; un imperio que por raza e ideología será siempre extraño para China.

FIN

CRONOLOGÍA

1115. — Fundación de la dinastía China en la China del Norte, después de la derrota de los Liao.
1124. — Yeliu-tasche, príncipe Liao, emprende una campana en el Oeste y funda el reino Kara-Chitan, en el Turquestán (1126).
1135. — Campaña de saqueo de Kabul, kan mongol, en Chin.
1141. — Yeliu-tasche, emperador de Kara-Chitan, derrota a Sandschar, sultán de Persia.
1145. — El obispo Otto von Freisingen escribe al papa Eugenio III acerca de un sacerdote llamado Juan, que, llegado de Oriente, había derrotado a los soberanos medas y persas. Éste es el origen de la leyenda del Preste Juan, en cuya ayuda querían acudir los Cruzados.
1162. — Nacimiento de Temudschin.
1175. — Muerte de Yessughei.
1188. — Derrota de Targutai y de los tai-eschutos.
1194. — Como aliado de Chin, Temudschin marcha con Toghrul, kan de los keraitos, contra los tártaros, y el emperador de Chin le nombra «Tschai-churi».
1201. — Dschamugha es elegido Gur-Kan. Temudschin derrota al ejército de Dschamugha.
1203. — Guerra entre Toghrul, kan de los keraitos, y Temudschin.
1204. — Campaña de Temudschin contra los naimanos.
1206. — Temudschin es proclamado Gran-Kan y adopta el nombre de Gengis.
1207. — Campaña contra Hsi-Hsia, estado Tonguta.
1208. — Muerte del emperador Chin, Tsehang-tsung. El príncipe Yun-Chi le sucede como emperador Wei-wang.
1209. — Nueva expedición contra los Tongutas.
- 1211-1216. — Guerra contra Chin.
1213. — Revolución palaciega en Pekín. Asesinato del emperador Wei-wang.
1214. — Armisticio con Hsuan-tsung.
1215. — Caída de Pekín.

1217. — Tratado comercial con Mohamed. Campaña de Dschebe contra Kara-Chitan.
 1217-1218. — Campaña de Mohamed contra Bagdad.
 1219. — Los Cruzados conquistan Damietta.
 1220. — Federico II es coronado emperador (5 de nov.).
 1221. — El 18 de abril, Jacobo de Vitry escribe al papa Honorio III acerca del rey David.
 Abandono de Damietta (agosto).
 1219-1222. — Guerra contra el reino de Choresm.
 1219. — Batalla del valle de Fergana.
 1220. — Toma de Buchara, Samarkanda. La persecución de Subutai contra el Sha Mohamed. Los hijos de Gengis-Kan marchan contra Choresm.
 1221. — Muerte de Mohamed (10 de febrero). La caza en Termeds. La campaña de Tuli contra Chorassan. Dschelal-ud-Din huye al Afganistán. Ugedei y Tschagatai vuelven de su expedición contra Choresm. Batalla del Indo (9 de diciembre).
 1221-1224. — Subutai invade Europa.
 1222. — Recepción de Tschang-tschun (mayo: en las montañas de Hidukusch; septiembre-octubre: en Samarkanda).
 1223. — Regreso a Mongolia.
 Muerte de Muchuli.
 Subutai derrota a los rusos en la batalla de Kalka (31 de mayo).
 Muerte del emperador de Chin, Hsuan-tsung. Sucédele en el trono su hijo Schu-hsu (1223-1234).
 Muerte del emperador de Hsi-Hsia.
 1224. — Regreso de Subutai. Gensis-Kan ordena una expedición de castigo contra Dschutsehi.
 1225. — Muerte de Dschutsehi. Regreso a Mongolia.
 1226-1227. — Guerra contra Hsi-Hsia.
 1227. — Muerte de Gensis-Kan.
 1229-1241. — Reinado de Ugedei.
 1230-1234. — Conquista definitiva del imperio Chin.
 1232. — Muerte de Tuli.
 1235. — El *kuriltai* mongol decide cuatro guerras: contra los Sung, contra Corea, contra el Asia Anterior y contra Europa.
 1236-1242. — Campaña de Batu contra Europa.
 1237-1238. — Campaña de invierno contra la Rusia del Norte.
 1240. — 6 de diciembre. Toma de Kiev.
 1241. — Invasión de Polonia, Alemania, Hungría.
 9 de abril. Batalla de Liegnitz.
 11 de abril. Batalla de Sajó.
 11 de abril. Asalto a Hermanstadt.
 1245-1247. — Viaje de Plano de Carpini.
 1246-1248. — Reinado de Kuiuk.
 1251-1259. — Reinado de Monke.
 1253-1255. — Embajada de Rubruk.

1256. — Marcha de Hulagu contra el Asia Anterior.
 1257-1259. — Guerra de Monke contra el reino Sung.
 1260. — Los mamelucos derrotan a los mongoles.
 1260-1294. — Reinado de Kubilai.
 1266. — Nicolo y Maffeo Polo cerca de Kubilai.
 1267-1279. — Conquista definitiva del reino Sung.
 1271-1295. — Viajes de Marco Polo.
 1335. — Decadencia del reino de los Il-Kanes.
 1368. — Expulsión de China de la dinastía Yuan.
 1369. — En la Transoxiana, Timur se hace nombrar Gran Emir.
 1380. — Dimitri de Moscú derrota a Mamai en el campo de Kulikowo.
 1381. — Tochtamisch, después de su victoria sobre Mamai, es nombrado kan de la Horda de Oro.
 1389. — Victoria de los turcos sobre los serbios en el campo de Amstel. Bayaceto es proclamado Sultán.
 1391. — Campaña de Timur contra Tochtamisch.
 1395. — Timur devasta Rusia.
 1396. — Bayaceto aniquila el ejército cristiano cerca de Nikopolis.
 1398. — Expedición de Timur a la India.
 1399. — Cerca del Worskla, la Horda de Oro aniquila al ejército lituano-polaco.
 1400-1401. — Campaña sirio-mesopotámica de Timur.
 1402. — Timur derrota a Bayaceto en Angora.
 1405. — Muerte de Timur.
 1453. — Toma de Constantinopla por los turcos.
 1472. — El Gran Duque Iván III de Moscú se casa con Sofía Paleólogo, heredera de Bizancio.
 1492. — Descubrimiento de América.
 1498. — Descubrimiento de la vía marítima de la India.
 1502. — Aniquilamiento definitivo de la Horda de Oro.
 1533-1584. — Iván el Terrible.
 1552. — Incorporación al reino moscovita del kanato de Kazan.
 1554. — Incorporación del kanato de Astrakán.
 1640. — Formación del reino del Asia Central bajo Batur-Hun-taidschi.
 1644. — Caída de la dinastía Ming por la dinastía Manchú.
 1658. — Las tropas manchúes ponen fin al avance de los cosacos en el Amur.
 1675. — La primera embajada rusa al emperador de China.
 1691. — En un *kuriltai*, los mongoles deciden someterse a los emperadores manchúes.
 1682-1725. — Pedro el Grande.
 1759. — Incorporación del Turquestán del Este a China.
 1904-1905. — Guerra ruso-japonesa.
 1911. — China se transforma en República. La Mongolia Exterior se declara independiente.
 1912. — Rusia garantiza la autonomía de la Mongolia Exterior.
 1920. — Ungern-Sternberg ocupa Urga.

- JS27. — Gobierno revolucionario provisional en Urga.
 1924. — Proclamación de la «República popular mongola autónoma» en la Mongolia Exterior.
 1932. — Formación de la República Manchukuo.
 1934. — El Manchukuo se transforma en Imperio.
 1936. — Alianza militar entre Rusia y la Mongolia Exterior.
 1937. — Formación de un «Gobierno federado autónomo de la Mongolia Interior» y del «Comité de la unión mongola».

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES MONGOLAS

- ALTAN TOETSCHI: *El Botón de Oro*. — Crónica del año 1604. Traducida al ruso por el lama Galssan Gomboew (Petersburgo, 1858).
 SSANANG SSETSCHEN: *Historia de los mongoles del Este, hacia el año 1662*. — Traducida al alemán por Isaac Jacobo Schmidt (Petersburgo, 1829).

FUENTES CHINAS

- YÜAN-CHAO-PI-SHI: *Historia secreta de los mongoles del año 1240*. — Extractos traducidos al alemán y comentados por Eric Haenisch (Academia Sajona de Ciencias, 1931).
 YUAN-SHI: *Historia de la casa imperial mongola del año 1400*. — La primera parte traducida al alemán por J. C. A. Krause, con el título «Gengis-Kan» (Heidelberg, 1922).
 HAN-MU: *Historia general china*. — Ha sido adaptada en colaboración de Yuan-shi y del archimandrita Hyakinth Bitschurin, con el título *Historia de los cuatro primeros kanes de la familia de Gengis*. Traducida al ruso (Petersburgo, 1829).
 CI-YU-LU: *Historia del viaje de Yeliu-Tschutsai al Occidente*.
 PEÍ-SHI-KI: *Informaciones sobre una Embajada al Norte*.
 SI-YU-KI: *El viaje de Tschang-tschung a Gengis-Kan*. — Estas tres obras se pueden leer en extractos, en lengua inglesa, en *Mediaeval researche de Bretschneider* (Londres, 1888).

FUENTES MUSLIMES

- IAMI-UT-TAWARIK: *El compendio histórico de Raschid-ud-Din*. — 13.º tomo anual.
 SCHAGAEAD TURKI: *Árbol genealógico de los turcos de Abulgazi. Scheref-ed-Din, Zafer ñame*. — Traducido por Petits de la Croix. Delf, 1727.
 TARIK-I-JAHAN: *Historia, del Conquistador del Mundo de Dschu-weini*. — 13.º tomo anual.

Las tres obras refundidas, entre otras, en *Temudschin el Inconmovible*, de Franz von Erdmann (Leipzig, 1862).
Tusukat-i-Timury.—Decretos de Timur (en ruso, por N. Ostrumow). Kazan, 1894.

FUENTES ARMENIAS

MAGAKYJ: *Historia de los mongoles*. — Traducida al ruso por K. P. Patkanova (Petersburgo, 1871).
WAEDAN: *Historia Universal*.
ORBELIAN: *Historia de los Siumas*.
SEMPAB: *Historia de Armenia*.
KIKAKOS: *Historia del pueblo armenio*.

Estas cuatro obras datan del siglo xm. Han sido extractadas y traducidas al ruso por Patkanov: *Historia de los mongoles según las fuentes armenias* (Petersburgo, 1873).

La obra de JORGE ALTUNIAN: *LOS mongoles y sus conquistas en los países caucásicos y del Asia Menor durante el siglo XIII* (Berlín, 1911), se basa en fuentes armenias.

OBRAS RECIENTES

ABEL-MEMUSAT, M.: *Memorias sobre las relaciones políticas de los príncipes cristianos con los emperadores mongoles*. — París, 1822.
— *Misceláneas asiáticas*. París, 1825.
— *Nuevas misceláneas asiáticas*. París, 1829.
BARTHOLB, W.: *Formación del reino de Gengis-Kan* (en ruso). Petersburgo, 1897.
— *Turquestán en la época de la invasión -mongola* (en ruso). Petersburgo, 1900.
— *Informes sobre el lago Ural y el curso inferior del Amu-Daria*. Leipzig, 1910.
— *Historia del Turquestán* (en ruso). Taschkent, 1922.
— *Historia de la vida cultural del Turquestán* (en ruso). Lenigrado, 1927.
BLOCHET, E.: *Introducción a la historia de los mongoles*. París, 1910.
— *La muerte del Gran-Kan Kuiuk*. París, 1922.
CAHUN, LÉON: *Introducción a la historia de Asia*. París, 1896.
CHAVANNES, EB.: *Inscripción y documentos de cancillería de la época mongola*, 1904.
CORDIER, HENRI: *Misceláneas de historia y de geografía oriental*. París, 1920.
— *Historia general de China*. París, 1920.
CURTIN, JEREMÍAS: *Los mongoles*. Boston, 1908.
ERENJAN CHARA-DAVAN: *Gengis-Kan* (en ruso). Belgrado, 1929.
FEER, LÉON: *La potencia y la civilización mongolas*. París, 1867.
GORLOV, NIKOLAI: *Historia completa de Gengis-Kan* (en ruso). Petersburgo, 1840.

GRIGORJEW, W. W.: *Los nómadas como vecinos y conquistadores de Estados civilizados*. Petersburgo, 1875.
— *Relaciones de los nómadas con los Estados civilizados*. Petersburgo, 1875.
GROÛSSET, RENE: *Historia de Asia*. París, 1922.
— *Historia del Extremo Oriente*. París, 1929.
HOWORTH, H. H.: *Historia de los mongoles*. Londres, 1880-1888.
HUBRECHI, ALPH: *Grandezza y supremacía de Pekín*. Pekín, 1928.
HUBSON, G. F.: *Europa y China*. 1931.
HYAKINTH: *Historia de los cuatro primeros kanes* (en ruso). Petersburgo, 1829.
— *Recuerdos de Mongolia* (en ruso). Berlín, 1832.
IWANIN, M.: *Del arte de la guerra y de las conquistas de los mongoles* (en ruso). Petersburgo, 1846.
KOTWITSCH, W. L.: *Jeroglíficos y proverbios calmuco* (en ruso). Petersburgo, 1905.
KRAUSE, F. C. A.: *La época de los mongoles*. Berlín, 1924.
— *Historia del Asia Oriental*. Gottingen, 1925. Fig. 1.
LAMB, HAROLD: *Gengis-Kan*. Nueva York, 1927.
MOSTAERT, A.: *A propósito de algunos retratos de emperadores mongoles*. Leipzig, 1927.
D'OBSSON: *Historia de los mongoles*. París, 1824.
OPPERT, GUSTAV: *El Preste Juan en la leyenda y en la Historia*. Berlín, 1864.
PALLADY: *Notas de viaje por Mongolia* (en ruso). Petersburgo, 1892.
POSBNEEV, A.: *La literatura mongola* (en ruso). Petersburgo, 1880.
POSDNEEV, DIMITRI: *Bosquejo de la historia de los Ujgueros* (en ruso). Petersburgo, 1899.
SCHOTT, GUILLERMO: *Los últimos años del dominio mongol en China*. Berlín, 1850.
— *El reino Karachitai o Si-Liao*. Berlín, 1850.
SIUBE, ROBOLOFO: *Lao-tse*. Tübingen, 1912.
WASSJXJEW, W.: *Historia y antigüedad del Asia Oriental en los siglos X hasta XIII* (en ruso). Petersburgo, 1857.
WIEGER, LÉON: *China a través de las Edades*. Hien-hsien, 1920.
— *Textos históricos*, 1923.
WILHELM, RICARBO: *Laotse*. Stuttgart, 1925.
WIRIH, ALBRECHT: *El Asia Oriental en la historia mundial*. Bonn, 1901.
WLADIMIRZEV, B. I.: *Gengis-Kan* (en ruso). Berlín, 1922.
— *Las ordenanzas sociales de los mongoles*. Leningrado, 1934.
WOLFF, O.: *Historia de los mongoles*. Berlín, 1872.
ZARNCKE, FEBERICO: *El Preste Juan*. Leipzig, 1879.
BACHFELD, JORGE: *Los mongoles en Polonia, Silesia, Bohemia y Moravia*. 1889.
KNOBLICH, A.: *La duquesa Ana de Silesia*. 1865.
KDNISCH, J. G.: *El duque Enrique II de la Baja Silesia*. 1834.
MOREL, CAP. H.: *Las campañas mongolas en el siglo XIII*. 1922.
SCHNEIDER, FEBOR: *Una carta de los húngaros a la Curia, de los últimos tiempos de la invasión tártara*. 1915.

STRAXOSCH-GRASSMANN, GUSTAVO: *Invasión de los mongoles en la Europa Central*. 1893.

CARPINI, JUAN DE PLANO: *Historia de los mongoles*. (Traducida y comentada por Federico Risch.) Leipzig, 1930.

KULB: Viajes misionales a Mongolia. Regensburg, 1860.

PELLIOT, P.: *Los mongoles y la Papalidad*. 1922-23.

RUBRUK, GUILLERMO DE: *Viaje al interior de Asia*. (Publicada y adaptada por Herm. Herbst.) Leipzig, 1925.

CHARIGNON, A. I. H.: El libro de Marco Polo. Pekín, 1924.

El libro de Ser Marco Polo. Traduc. por Henry Yule. Londres, 1926.

El viaje del veneciano Marco Polo. Adaptado por Hans Lemke. Hamburgo, 1907.

BALODIS, FRANZ: *Sarai la vieja y Sarai la nueva*. Riga, 1926.

BERESIN, I.: La estructura interior del *Vluss Dschutschi* (en ruso). Petersburgo, 1864.

HAMMER-PURGSTALL: *Historia de La Horda de Oro*. Pest, 1840.

ŪLOWAJSKI, D.: La victoria de *Dimitri DonsTcojs* en el campo de *Kulikowo* (en ruso). Moscú, 1880.

KLIUTSCHEWSKIT, W.: *Historia de Rusia*. Stuttgart, 1925.

PAWLOW, N. G.: *Historia del Turquestán* (en ruso). Taschkent, 1910.

STRAHL, FELIPE: *Historia del Estado ruso*. Hamburgo, 1839.

BAMBEKY, A.: *Historia de Buchara y de Tronsoxiana*. Stuttgart, 1872.

WERNADSKI, G. B.: *Bosquejo de la historia rusa* (en ruso). 1927.

KUGLER, BERNHARD: *Historia de las Cruzadas*. Berlín, 1880.

MULLER, A.: *El Islamismo en los países de Oriente y Occidente*. Berlín, 1887.

RUVILLE, ALBERT VON: *Las Cruzadas*.

WEIL, GUSTAVO: *Historia de los Califas*, Mannheim, 1851.

WILKEN: *Historia de las Cruzadas*. 1832.

BOUAT, LUCIANO: *El Imperio mongol*. París, 1927.

— *Ensayo sobre la civilización timuride*. París, 1926.

CHARMOY, M.: *Expedición de Tamerlán contra Tochtamisch*. Petersburgo, 1855.

CLAVITO, RUY GONZÁLEZ DE: *Vida y hazañas del Gran Tamerlán* (ruso de Gresnevski). Petersburgo, 1881.

LAMB, HAROLD: *Tamerlán, el Terremoto*. Nueva York, 1928.

MULFUZAT TUMURY: *Autobiografía de Timur* (en ruso). Moscú, 1934.

SARKISOV, SERAFINI, J.: *En el reino de Tamerlán y del Sol Naciente* (en ruso). Moscú, 1929.

SACY, SILVESTRE DE: *Memoria sobre una correspondencia inédita entre Tamerlán y el rey de Francia Carlos VI*. París, 1812.

SMOLUC, JULIO: *Los monumentos arquitecturales en Samarkanda*. Viena, 1929.

CLEINOV, JORGE: *La Nueva Siberia*. Berlín, 1928.

Almanaque eurasiático (en ruso). Siete volúmenes. 1920-1929.

GRUM-GRSCHUHAILO, G. E.: *Descripción del viaje a la China Occidental* (en ruso). Petersburgo, 1889.

— *La Mongolia Occidental y el dominio wrjachansk* (en ruso). Leningrado, 1926.

J. R.: *La herencia de Gengis-Kan* (en ruso). Berlín, 1925.

IVANOV, Bs.: *My* (en ruso). Charbin, 1926.

KOROSTOWEZ: Desde *Gengis-Kan a la República Soviética*. 1926.

LEVTNE, J.: *Mongolia*. París, 1937.

TSCHEREWAUSKI, WL.: *Dos olas* (en ruso). Petersburgo, 1898.

BIBLIOGRAFÍA PARA EL CAPÍTULO «LA LLAVE DE ASIA»

BELL, SIR CHARLES: La lucha por *Mongolia*. («Journ. of tile Royal Centre-Asian Soc», 1937.)

CASTAGNÉ, JOSÉ: *El problema mongol*. («Europe Nouvelle», 1933.)

China y Japón. («Royal Inst. of Intern. Affairs. Inf. Dep. Pap.», número 21.)

ECK, ALEJANDRO: La Mongolia Exterior como objeto de colonización soviética. (Geopolítica, 1937.)

FRANZ, MIGUEL: *El fondo de la lucha por Mongolia*. («Contemp. Rev.», 1937.)

FRETTERS, GERARDO, M.: El preludio de la *independencia de la Mongolia Exterior*. («Pacific Affairs», 1937.)

HUDSON, GEOFFREY: *Mongolia y Manchukuo*. («The Nineteentli Century», 1935.)

RLEIST, PETER: *El reconocimiento del derecho de los pueblos de la Rusia Soviética*. Königsberg, 1934.

LATTEVEORE, OWEN: *El chino como raza dominadora*. («Journ. of the Centre-Asian Soc», 1928.)

— *El factor geográfico en la historia mongola*. («Geogr. Journ.», 1938.)

LEVY, ROGELIO: *Las relaciones de China y de Japón*. París, 1938.

LOBANOV-ROSTOVSKY, A.: *Rusia y Mongolia*. («Revista Eslava», 1926-1927.)

— *Algunos aspectos de la crisis del Lejano Oriente*. («Revista Eslava», 1938.)

MASLENNIKOV, W.: *Sobre la cuestión mongola* (en ruso). (Mirov. Chosjajstwo, 1936.)

R. S.: *Sobre la cuestión de la Mongolia Interior*. (Geopolítica, 1937.)

La Memoria secreta de kanaka al emperador japonés. («Nortkaestern Affairs research Soc»)

WALTER, RODOLFO: *El problema del Lejano Oriente*. («Revista Europea», 1938.)

WILBERG, ERICO: *Vladivostok y Mongolia*. («Europa Occidental», 1938.)

YAKHONTOFF, VÍCTOR A.: *Mongolia, objetivo y pantalla*. («Pacific Affairs», 1936.)